SUPERVIVIENTE

EL FUTURO DE LA ESPECIE DEPENDE DE ÉL

CARTER DAMON

INDICE

PRÓLOGO
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23
CAPITULO 24
CAPITULO 25
CAPITULO 26
CAPITULO 27
CAPITULO 28
CAPITULO 29
CAPITULO 30
CAPITULO 31
CAPITULO 32
CAPITULO 33
CAPITULO 34

CAPITULO 35
CAPITULO 36
CAPITULO 37
CAPITULO 38
CAPITULO 39
CAPITULO 40
CAPITULO 41
CAPITULO 42
CAPITULO 43
CAPITULO 44
CAPITULO 45
CAPITULO 46
CAPITULO 47
CAPITULO 48
CAPITULO 49
CAPITULO 50
CAPITULO 51
CAPITULO 52
CAPITULO 53
CAPITULO 54
CAPITULO 55
CAPITULO 56
CAPITULO 57
CAPITULO 58
CAPITULO 59
CAPITULO 60
CAPITULO 61
CAPITULO 62
CAPITULO 63
CAPITULO 64
CAPITULO 65
CAPITULO 66
CAPITULO 67
CAPITULO 68
CAPITULO 69
CAPITULO 70
CAPITULO 71

CAPITULO 72
CAPITULO 73
CAPITULO 74
CAPITULO 75
CAPITULO 76
CAPITULO 77
CAPITULO 78
CAPITULO 79
CAPITULO 80
CAPITULO 81
CAPITULO 82
EPILOGO 1
EPILOGO 2
EPILOGO 3
NOTA DEL AUTOR

Es un hecho comúnmente aceptado por la ciencia que el nacimiento del universo tuvo lugar hace trece mil millones de años en un poderoso evento denominado Big Bang.

A partir de ese instante se produjo una rápida expansión del espacio tiempo, que en un primer momento fue increíblemente veloz, incluso más rápido que la luz, etapa extraordinariamente corta que se conoce como era inflacionaria del universo. Con posterioridad a este episodio, la expansión del espacio tiempo empezó a frenarse.

Sin embargo, hace varios miles de millones de años, sin que se comprenda cuál es la razón del cambio, la expansión del espacio tiempo empezó a aumentar, a acelerar su velocidad. Hoy en día, dicha alteración en la velocidad de expansión del universo es uno de los grandes misterios de la historia del cosmos. Si este proceso continúa, llegará un día en el que ningún objeto astronómico, más allá de las estrellas de nuestra propia galaxia, podrá ser observado por un telescopio situado en cualquier planeta de la Vía Láctea.

La ciencia ha puesto nombre a la fuerza a la que se atribuye el cambio del comportamiento del cosmos y de la cual se desconoce absolutamente todo: energía oscura.

PRÓLOGO

Hace veinte años

El muchacho recuperó el conocimiento para volver a desvanecerse a continuación. Una visión de pesadilla se dibujó en su retina en el fugaz instante en el que entreabrió los ojos, pero antes de que tuviera tiempo de comprender su significado quedó sumido otra vez en la negrura indolora de la inconsciencia, sin sonidos, sin olores, … sin llamas.

Primero comprendió que respiraba. Agitadamente. Era como si hubiera terminado de correr una carrera corta, pero a gran velocidad. Jadeaba. Le costaba inhalar, sus pulmones se negaban a expandirse hasta sus límites normales. Experimentó una intensa y súbita ansiedad. Se asustó. Abrió los ojos, vio un cielo encapotado, nocturno, que resplandecía por la luz vibrante de decenas, tal vez cientos de pequeñas hogueras, que titilaban en su entorno. Después le llegó el olor. Queroseno, carne quemada, una mezcla desagradable y penetrante que le inspiró un pensamiento, una determinación. Quiero irme de aquí.

Pero no podía moverse. Sentía que su cuerpo estaba inmovilizado, aunque no sabría decir la razón. Intentó mirarse las manos. Con gran esfuerzo lo consiguió. Estaban sucias, impregnadas

de una sustancia viscosa que se secaba. ¿Aceite… o era sangre? Apenas logró mover los brazos y el esfuerzo le supuso un gran dolor. La misma rigidez atenazaba sus piernas.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba? Su visión era borrosa. Distinguía a su alrededor multitud de hogueras, fuegos que ardían como en la ceremonia de un extraño rito salvaje, esparcidas en una extensa llanura de forma desordenada y aleatoria, de tal manera que se alternaban columnas de llamas con pequeños rescoldos que resplandecían como el resultado de una manifestación maligna. El paraje nocturno se ensombrecía con la silueta de una estructura desmadejada, partida en mil pedazos, cuyos restos se distribuían a su alrededor como la osamenta carbonizada de una criatura antediluviana fenecida siglos atrás. Pero no lograba precisar de qué se trataba. Su vista se desenfocaba tan pronto estaba a punto de lograr una imagen nítida.

Cuando quiso concentrarse en cómo había llegado hasta allí y qué había sucedido le resultó imposible. Asustado comprendió que no recordaba siquiera cuál era su nombre.

Entonces las oyó. Una sinfonía de sirenas resonaba en lontananza, como el griterío caótico de una horda que embestía a un enemigo imaginario, pero en un crescendo que avisaba de su llegada.

Tuvo que cerrar los ojos. Le resultaba doloroso permanecer consciente y dejó que el sopor se adueñara de él. No era agradable. Estaba revestido de un dolor tan intenso que su mente se negaba a asimilarlo y permanecía flotando a su alrededor, como una fiera al acecho, aguardando a que en un descuido pudiera saltar sobre él para

experimentarlo en toda su cruel magnitud.

Alguien lo tironeó de los hombros. Aturdido, recobró el conocimiento. Se trataba de un hombre joven, la cara tiznada de hollín, al igual que sus ropas, como si acabara de salir de una mina de carbón. Le decía algo, pero sus oídos eran incapaces de captar los matices y le resultó ininteligible. Comprendió que no oía correctamente. Se quedó mirando de hito en hito a aquel hombre de facciones indistinguibles que no cesaba de hablarle. Parecía inquieto, miraba a su alrededor con nerviosismo. Finalmente tomó una decisión, y para sorpresa del muchacho, lo izó en brazos y lo colocó sobre sus hombros.

Sintió una oleada de sensaciones. Mareo y náuseas, junto con una impotencia causada por la inutilidad de su cuerpo que, sin embargo, sí protestaba con una sinfonía de dolor. El hombre lo cargó durante un trayecto durante el cual su campo de visión iba y venía, recorriendo escenas de fuego y destrucción que, vistas boca abajo, resultaban más dantescas. De pronto, una gran explosión hizo que abriera los ojos de par en par. Justo en el lugar del que procedían se formó una gran bola de fuego que se elevó hacia la oscuridad nocturna envuelta en una nube refulgente. Una vaharada de calor llegó hasta el muchacho, la caricia de la hoja de la guadaña que había estado a punto de segarle la vida.

Su rescatador se detuvo y lo depositó con cuidado en el suelo. Lo miró a los ojos y murmuró algo que le llegó como un sonido grave e incomprensible mientras apoyaba su mano en el pecho. Después se fue.

Su respiración fue relajándose. Oyó voces a su alrededor y sintió que alguien palpaba su cuerpo como si rebuscara en sus prendas un objeto importante. Quiso protestar para que lo dejaran en paz, pero le resultó imposible. Su boca reseca fue incapaz de articular sonido alguno y su intención quedó solo en un boqueo inútil, como un pez desesperado recién extraído del agua. Lo movieron. Se sintió como una marioneta cuyas extremidades son manipuladas y movidas independientemente de su voluntad. Su cuerpo, que ahora entendía, había permanecido encogido, agazapado en posición fetal, fue extendido con gran dolor, cuan largo era, y posteriormente depositado en una superficie mullida. Lo cubrieron con una manta. Fue consciente entonces de que poco a poco el calor de la vida regresaba a su cuerpo, y junto con él multitud de sensaciones contradictorias, algunas agradables como las que acompañan al que recupera su espíritu vital, pero también, agazapado, un dolor latente y amortiguado que amenazaba con cobrar fuerzas en cualquier instante.

Lo introdujeron en un lugar iluminado. Incluso con los párpados cerrados percibía una claridad artificial. Estoy vivo… estoy vivo… El pensamiento hería su mente, pronunciado entre la alegría y la incertidumbre.

Las voces eran diferentes. Unas se solapaban con las otras y le resultaban incomprensibles. Concluyó que lo que escuchaba era una lengua extranjera. El sonido llegaba amortiguado, desfigurado, como si un filtro deformase cada onda sonora y la hiciera mucho más grave de lo que era.

Sentía cómo lo manipulaban. Creía que le habían inyectado

algo en el antebrazo porque sintió un agudo pinchazo en su piel, tan diferente al ensordecedor dolor del resto de su cuerpo que diría que se trataba de un bálsamo. Abrió los ojos para saber qué sucedía, pero sólo vio una luz blanca suspendida en el techo, muy cerca de él. Cerró los párpados porque no podía mover la cabeza. Sin embargo, aquella simple acción bastó para que se desatara un pequeño tumulto a su alrededor. Tenía la sensación de que varias personas cercanas se dirigían a él, que le susurraban algo al oído.

Tragó saliva con gran dificultad e inesperadamente el sonido se aclaró milagrosamente. Pudo escuchar el ronroneo del motor y el aullido agudo y caótico de la sirena, y también fue consciente del bamboleo de la ambulancia. Comprendió que había dos personas junto a él y hablaban en su idioma, dirigiéndole un mensaje insistente y perentorio.

—No te duermas chico, no te duermas por lo que más quieras.

CAPITULO 1

Probabilidad de impacto de Ignotus, una entre un millón
Observatorio de Mauna Kea, Estados Unidos

El propietario del local era un hombre grueso de tez morena, barba de varios días y semblante redondeado. Su frente brillaba con una pátina de sudor y, aunque sus ojos eran pequeños y miraba con recelo al norteamericano, lucía una ancha sonrisa en su boca que parecía decir todo lo contrario.

—Cuatro cervezas muy frías, — solicitó Ben Lantham mientras mostraba cuatro dedos de su mano y el costarricense asentía en señal de comprensión.

“Pura Vida” era el nombre de una cantina de aspecto destartalado situado en un pueblo de montaña llamado Cohen, enclavado en mitad de la Reserva de la Biosfera de Hitoy Cerere, en el este de Costa Rica.

Ben se encontraba de magnífico humor, al igual que el resto de sus compañeros. Acababan de terminar el periodo de entrenamiento de supervivencia que había tenido lugar en la selva centroamericana. No era oficial todavía, pero tras las últimas pruebas estaban convencidos que sus expedientes mostraban ya la calificación final de aptos para la siguiente misión espacial a emprender por la NASA.

—Bueno pimpollos… brindo porque creo que es notorio. Aquí

estamos reunidos la próxima tripulación de la Ulyses. Nos mandan a las estrellas – Ben llegó con las cervezas y las repartió entre sus compañeros.

Chocó su botellín con el que mantenía Ling en alto. El chino, que siempre mantenía esbozada una sonrisa en su boca con una expresión de inmutable alegría, dio una palmada en el hombro a Nathan, el teutón alto y envarado al que gastar una broma le suponía un gran esfuerzo, y acercó una de las cervezas a Asya, que le miraba divertida, con unos ojos brillantes que denotaban admiración.

—Comandante Bale, … no mire así al Benjamin del grupo, que parece que se lo va a comer – comentó Nathan mientras daba un codazo a Ling.

Asya sacudió la cabeza.

—Aún no me creo lo que hizo este loco esta mañana… —comentó justo antes de beber un buen trago de su botella mientras no apartaba los ojos de Ben.

—Había que llegar a tiempo… y lo hice – dijo Ben con una sonrisa eufórica – Vamos a ser nosotros los que salvemos a la Tierra. ¿No os lo decía una y otra vez?

Ling y Nathan prorrumpieron en carcajadas.

—Bueno… no sé si la vamos a salvar – explicó Nathan, con repentina seriedad — Con menos de un cero coma uno por ciento de probabilidades de impacto tampoco hay que exagerar. Además, cada día que pasa, los astrónomos reducen un poco más las probabilidades. Como esto siga así no nos lanzan al espacio – concluyó con una

sonrisa ancha que parecía más forzada que natural. Nathan tenía una forma de ser seria y grave y cualquier expresión de alegría dibujaba en sus rasgos un rictus artificial.

—Oh, Nathan… no nos chafes el plan, que a todos nos hace ilusión ir al espacio a reventar ese pedrusco – comentó Ling con voz de falsete que todos acompañaron de risas.

Ling era la antítesis del alemán. Su expresión era de natural risueña y contagiaba buen humor.

—Después de las molestias que me he tomado más vale que nos envíen allí arriba – dijo Ben protestando también por el comentario de Nathan.

—Ya lo creo que te tomaste la molestia, tío…— comentó Ling — pero ni por todo el oro del mundo habría hecho lo que tú. Es una verdadera locura… nos podrían haber descalificado… ¿pero tú has visto lo que hiciste?... Que eso eran más de cincuenta metros, Ben— le recriminó el asiático.

—Lo importante es que lo hemos conseguido. ¡El mejor equipo! – concluyó Ben entusiasmado mientras alzaba su botella y los demás brindaban con él y repetían sus últimas palabras.

— ¿Visteis la cara del instructor Derry cuando nos estábamos poniendo los arneses para el descenso y este hombre llega corriendo… y salta? – preguntó Nathan al grupo con su marcado acento alemán.

Asya sacudió la cabeza con incredulidad.

—Se quedó pasmado… completamente pasmado. Creo que pensó “este se nos mata”.

Todos rieron con ganas. El sargento Derry siempre empezaba las instrucciones de cada ejercicio diciendo, muy serio, “nunca he tenido una baja y hoy no va a ser ese jodido día”.

—Es sencillo. La víspera ya me había asegurado que había profundidad suficiente – explicó Ben, divertido— y tenía ganas de acabar rápido. Esa era la mejor manera.

Llevaban varias cervezas encima. La temperatura del local era elevada, al igual que la humedad, y todo invitaba a consumir las bebidas con rapidez, antes de que se calentaran.

— ¿Saltando? – preguntó Asya que mantenía aún el brillo en sus ojos.

—Saltando.

Ben notaba una calidez en la mirada de la comandante que ya había percibido con anterioridad. Ahora, cuando sus ojos se quedaron fijos en los de la mujer, descubrió mucho más que una simple pregunta. Y aunque lo atribuyó al alcohol, también sabía que esa complicidad se estaba volviendo más y más habitual. Su estancia en Centroamérica para los ejercicios de supervivencia había desatado entre los dos una química dialéctica cargada de buen humor. La proximidad física y las miradas sostenidas que surgían entre ambos resultaban electrizantes.

—Me ha llegado el vídeo – exclamó Ling ajeno al cruce de miradas mientras mostraba su móvil e interrumpía el silencio embarazoso que se había impuesto. Movió la cabeza con incredulidad y lo colocó sobre la mesa para compartir la secuencia.

Sus compañeros prorrumpieron con diversas exclamaciones mientras observaban la pantalla.

La grabación se iniciaba en un acantilado junto a la costa. La mañana lucía con un cielo azul desvaído y sin nubes, anticipando un día de intenso calor. El Atlántico se mecía suavemente contra la base del acantilado desde el que se efectuaban las tomas. Las aguas de un azul intenso, adquirían inesperadamente junto a la orilla tintes turquesas gracias al fondo arenoso. El cámara había grabado el precipicio por el que se disponían a hacer rapel, una pared vertical de roca clara que establecía un hermoso contraste de color con las aguas circundantes. El equipo formado por Asya, Nathan y Ling se apresuraba a colocarse los arneses y preparar la sujeción mientras el monitor los observaba con atención solemne. Unos metros más allá, el personal de apoyo, algunos miembros de la NASA, junto con los observadores civiles de Costa Rica así como una pareja de policías de escolta, charlaban en inglés y español alternativamente oyéndose ocasionalmente sus voces y risas. Nathan comentaba que eran el último equipo en hacer la maniobra de descenso y era importante hacer un buen tiempo. Entonces Asya, que estaba concluyendo la tarea de fijar los arneses a una roca se dirigió a una persona que estaba fuera del campo de visión de la cámara.

—Coño, Ben, ¿qué estás haciendo?

La cámara giró ciento ochenta grados hasta encuadrar a Ben que se alejaba del grupo mientras se quitaba la camiseta. Después hizo lo propio con las botas y los calcetines. Ahora Ling y Nathan se habían detenido en su tarea y le miraban extrañados.

—Joder, Ben… no tenemos tiempo para tus tonterías – exclamó Nathan con voz visiblemente enfadada.

— ¡Señor Derry, ponga el cronómetro en marcha! – exclamó Ben por respuesta mientras echaba a correr hacia el acantilado. Incluso tuvo tiempo de hacer un guiño a la cámara cuando pasaba corriendo a su lado.

El sargento Derry lo observó atónito, con la boca abierta de par en par en un gesto de incredulidad involuntariamente cómico que quedó perfectamente plasmado en la toma e hizo reír al grupo que miraba el vídeo. Ben finalizó su carrera dando un largo salto justo en el borde del acantilado mientras extendía los brazos en cruz. La cámara se aproximó al borde del vertiginoso precipicio y siguió toda la trayectoria en la que Ben evolucionaba en una larga caída hacia el mar, hasta quedar completamente de pie y sumergirse como un bólido en sus aguas. Unos segundos después emergía y saludaba con la mano mientras en lo alto todos aplaudían y silbaban. Poco después nadaba rápidamente hacia la lancha que marcaba el objetivo de la prueba y donde se debería detener el cronómetro.

— ¡Qué capullo eres! – murmuró Asya incrédula cuando terminó la secuencia. Sonrió y después echó otro trago de cerveza.

—Comandante Bale… lo que usted diga… pero hicimos la mejor puntuación. Seremos la próxima tripulación de la NASA que embarque en la Ulyses dispuestos a recorrer el espacio sideral y salvar este planeta del apocalipsis. Ya verá cómo me lo agradece. Le puedo asegurar que no pararé hasta que unos cuantos asilos e institutos lleven nuestros nombres.

*****

Dos horas más tarde, cerca de la medianoche, Asya y Ben caminaban por una amplia vereda flanqueada por grandes árboles. Se dirigían a las cabañas individuales en las que se alojaban, un conjunto de construcciones de madera de aspecto rústico rodeadas de un exuberante jardín y cuyos límites los marcaba la indomable selva costarricense. Numerosos monos aulladores alegraban la noche con sus estrambóticos y electrizantes chillidos. Después de una intensa lluvia de última hora de la tarde el firmamento había quedado despejado, mostrando una interminable colección de rutilantes estrellas que brillaban con una intensidad prístina, un brillo acentuado por la excitación del día y la embriagadora emoción que brinda un paseo en compañía agradable. Ben, incluso en su euforia propiciada por el alcohol, era consciente que la noche estaba cargada de expectativas. Todavía su corazón latía acelerado por las miradas sostenidas que había intercambiado con la comandante Bale durante la velada.

—Señor Lantham, no es necesario que me acompañe a mi cabaña.

La entonación de Asya, aunque lo pretendía, no llegaba a ser todo lo ortodoxa que debería ser, y Ben lo percibía. La celebración la había llevado a consumir más alcohol del recomendable y ahora estaba imbuida por una alegría ligera que era incapaz de reprimir. Ben se daba perfecta cuenta de ello porque él mismo participaba de los mismos efectos.

—Comandante Bale, compartimos camino… Mi suite de lujo

esta por este mismo sendero.

—Suite de lujo… ¿desde cuándo a un simple tripulante le dan mejores estancias que a la comandante de la misión?

Asya negó divertida con la cabeza.

—No crea señora que se halla en compañía de un vulgar tripulante espacial. No soy ningún grumetillo inexperto. Le comentaré que además de exobiólogo y geólogo especializado en asteroides he sacado una titulación cum laude en salto de precipicios y otras memeces. No soy ningún don nadie, como puede ver.

—Oh, vaya… usted me impresiona verdaderamente. ¿Otras memeces? ¿Qué cubre exactamente esa titulación? Me gustaría saberlo más que nada por saber con qué talentos desconocidos contamos en la Ulyses.

—Una de mis titulaciones más prestigiosas es que soy capaz de abrir cualquier botellín de cerveza con la sola fuerza de mis dientes.

Ben frunció el ceño y mostró su espléndida dentadura con una expresión que provocó la risa de la mujer.

—Abrir un botellín de cerveza con un mordisco… joder… eso nos podría venir bien en una situación de apuro en la Ulyses… Imagínese que no encontramos el abrebotellas. Solo de pensarlo siento un pálpito. Ahora bien…aunque su currículum es insuperable, qué duda cabe, sigo sin entender la razón por la que le han dado una suite de lujo. Creo que exagera para impresionarme.

—Si duda de mi palabra sería conveniente que lo compruebe en persona… Allí mismo está mi magnífico *lodge* – dijo Ben mientras

señalaba una cabaña similar en todo a las que estaban dejando a un lado y otro del sendero.

—Diría que sí… que tiene razón, ya desde fuera se nota que no es una cabaña cualquiera. Ese pórtico señorial impresiona.

—Sí, el exterior ya es un prodigio de la arquitectura local, un anticipo de los tesoros que esconde su deslumbrante interior.

Ben abrió la puerta e invitó a que la comandante Bale pasara primero.

Ella entró y se apoyó en la puerta y aguardó a que él llegara a su lado. Sus labios hicieron un mohín y Ben creyó adivinar un deseo reprimido en ese gesto. Observó sus rasgos y le pareció en ese momento, bajo la luz de las estrellas, más hermosa que nunca. Sus miradas se hundieron el uno en el otro. Era como si antes de que sus labios se fundieran en un apasionado beso ya éste hubiera sido consumado en sus almas.

La selva circundante, con sus gritos, ululares y el murmullo del viento en las copas de los árboles, había dejado de existir. El tiempo se había detenido y ya daba igual en qué lugar del mundo se hallaran. Olvidaron quién era cada cual. Mientras Asya cerraba la puerta tras de sí, con la otra mano acercaba el cuerpo de Ben al suyo y mientras se besaban Ben sentía la silueta de la fina cintura de la mujer con sus manos. Desabrochó su camisa con pasmosa facilidad mientras ella le aflojaba el cinturón y los botones de su pantalón.

Se quitaron la ropa sin saber exactamente cómo lo hacían. No pretendían precipitarse, pero todo fluía con una parsimonia carente de

pausas. Ningún incidente ni dificultad les rompió la magia de la excitación, nada que los obligara a reflexionar qué estaba sucediendo. Sus cuerpos se buscaban el uno al otro impulsados por un deseo latente que había sido contenido durante mucho tiempo, las semanas previas en las que habían compartido sesiones de entrenamiento durante las cuales la complicidad entre ambos había surgido de manera natural e inevitable. La mutua atracción que existía se había coartado bajo la premisa de la profesionalidad, de las directrices del personal de la NASA que impedían las relaciones entre miembros de la tripulación. Ahora, al fin, cuando se vencía esa resistencia, sus gemidos eran un verdadero canto de liberación, la barrera invisible que los había mantenido distantes se desvanecía, y como dos poderosos imanes que encuentran bruscamente sus polos de atracción, Asya y Ben se fundieron en un acto de pasión.

*****

Amanecía.

Ben se despertó. Había permanecido sumido en una cálida ensoñación en la que los apasionados recuerdos de su encuentro sexual con la mujer que era comandante de la Ulyses eran perturbados por un insistente dolor de cabeza y malestar, síntomas de una resaca que no perdonaba sus excesos alcohólicos nocturnos. Las pruebas de supervivencia habían concluido y en breve regresarían a casa. Entre tanto habían disfrutado de un periodo de descanso en el que los tripulantes de la Ulyses se resarcían de las privaciones sufridas durante el entrenamiento.

Era la tercera noche consecutiva que acudía a la cabaña de

Asya. Generalmente abandonaba la cabaña al amparo de la discreta oscuridad nocturna. Esta vez, sin embargo, se había quedado dormido. Gruñó.

Cambió de postura y su mano buscó instintivamente el muslo desnudo de la mujer que hasta ese momento había permanecido acostada junto a él, pero en su lugar encontró el vacío de una sábana que aún no estaba del todo fría. Pensó que a lo mejor ya se había ido… pero después cayó en la cuenta de que no era así.

—Aún falta una hora para la diana.

Era Asya que le hablaba sentada en una silla del dormitorio. Ben abrió ligeramente un ojo y observó que estaba anudándose el cordón de las zapatillas deportivas. Vestía un pantalón corto y una camiseta de axila. Su melena de color rubio tostado oscilaba por delante de su rostro mientras completaba la tarea. A Ben le habría gustado verla sonreír. Contempló extasiado la belleza de sus piernas desnudas y la tersura de sus hombros. Su piel morena y suave despertó su deseo de tomarla entre sus brazos de nuevo. El malestar se disipaba por momentos al calor de ese pensamiento.

—Es conveniente que abandone mi cabaña cuanto antes, señor Lantham.

El tono era absolutamente formal. Ben comprendió que su placentera sensualidad se disipaba como por ensalmo. Se dio cuenta en ese momento que estaba tendido boca abajo completamente desnudo y con una mano buscó una sábana con la que se cubrió torpemente.

—Me siento como la Cenicienta… se ha acabado el hechizo y he dejado de ser guapo y atractivo y me parezco más al jorobado de Notre Dame ¿no es así?

—Voy a salir a hacer mi carrera de la mañana – la comandante ignoró la broma— Le ruego no comente las incidencias nocturnas con nadie. Podría causarnos graves problemas a los dos. No sé si podremos volver a quedar en el futuro.

¿Incidencias? Ben se rascó la cabeza mientras una expresión de extrañeza se dibujaba en su cara. Nunca lo habría llamado de esa manera. Hola guapa… ¿te gustaría tener una "incidencia" conmigo?, pensó divertido imaginándose ligar con una frase tan ingeniosa. Pero su sonrisa no tuvo respuesta en el semblante hermoso pero severo de la mujer.

La comandante Asya se incorporó con energía y se dirigió a la puerta de la cabaña. Ben se sentó sobre la cama dispuesto a decir una palabra de despedida, pero cuando dirigió la mirada hacia la puerta, ésta se estaba cerrando con brusquedad.

—Pero… al menos la incidencia de anoche estuvo bien ¿no? — murmuró para sí.

Cuando minutos más tarde se duchaba en el baño de su cabaña y el malestar se iba disipando al ritmo del agua fría que recorría su piel, Ben iba reflexionando sobre las emociones contradictorias que se alternaban en su espíritu de forma caótica. Por un lado, no podía evitar sentirse utilizado. Era un pensamiento que le provocaba cierta hilaridad. Resultaba divertido. La noche había sido estupenda. Sus

recuerdos eran borrosos y confusos, pero varias imágenes se habían grabado en su memoria y sabía que jamás podría olvidarlas. Las noches que habían pasado juntos evocaban emociones y sentimientos que habían nacido de la intimidad, la connivencia sexual había mostrado la existencia de una conexión, más allá de tapujos o de quien llevara la iniciativa, que iba mucho más allá de la mera relación física. Esa cualidad era evidente para ambos, al menos así lo interpretaba Ben, que estaba convencido de que esa compenetración era mutua. El recuerdo estaba aún fresco y era como si acabara de suceder y provocaba que sus labios dibujaran una sonrisa inconsciente. Comprendía que jamás había estado con una mujer así… ni jamás volvería a encontrar otra igual. Ese nivel de afinidad era imposible que fuera superado.

No obstante, junto al dulzor de ese recuerdo había otro que provocaba un sabor agrío. No lo había visto venir. Se sentía humillado. No era un sentimiento con el que estuviera conforme, pero no podía evitarlo y eso lo martirizaba. “Somos dos personas adultas que nos hemos acostado un par de noches. Si no queremos que esto derive en una relación… ¿por qué tengo que sentirme rechazado? Es absurdo”. Pero ese argumento, por más que se lo repetía con diferentes palabras y matices, no lograba aliviar su mal sabor de boca. Las palabras de la mujer despidiéndolo temprano y rogándole que olvidara el asunto eran como ácido en su corazón. Sólo tenía una explicación que a él se le antojaba extraña por lo que suponía. Implicaba reconocer que, durante los meses de convivencia previa, en los que habían compartido aula de formación en Houston y diversas

prácticas de todo género realizadas en diferentes centros de la NASA, y especialmente durante la convivencia en Costa Rica, la atracción que había experimentado por la mujer se había concretado en algo no tan superficial como había estimado. La humillación era el síntoma de que quizás sus intenciones pretendían entablar una relación seria, algo que no estaba dispuesto a reconocer fácilmente.

"Joder, esa mujer me atrae y me gusta". Ben dio un golpe en la pared de la ducha con la palma de la mano cuando admitió que tal eventualidad no sólo no era una reacción intrascendente, sino más bien podría tratarse de todo lo contrario, un hecho cristalizado. "No me lo puedo creer… ¡estoy colado por ella como un colegial!".

Esa idea le hizo verdadero daño, porque se dio cuenta de que mientras la enunciaba no podía evitar sentir que estaba diciéndose una verdad a sí mismo que hasta la fecha había negado. Y esa admisión entrañaba que las palabras de la comandante se hacían tan duras como el acero.

"Bueno, Ben, tú puedes con eso y con mucho más, campeón"

CAPITULO 2

Ben se agarró a la baranda con fuerza. La galerna azotaba con furia la estructura de metal en la que se encontraba. Miró a ambos lados, pero no reconoció qué lugar era aquel. Los relámpagos iluminaban alternativamente la escena nocturna mientras una lluvia helada cargada de gruesas gotas le laceraba la piel. El estupor de Ben era mayúsculo. ¿Qué hacía él en aquel lugar de aspecto fantasmagórico? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Oteó el horizonte mientras el viento lo zarandeaba y amenazaba con arrojarlo al mar encrespado y salvaje que hervía por debajo de él. No se distinguía la luz que revelara la presencia de ninguna costa. El océano de aguas oscuras se perdía en el horizonte, iluminado por esporádicos relámpagos que mostraban una extensión vasta de aguas agitadas que no ofrecía ninguna referencia. En el cielo las nubes se arremolinaban oscuras en movimientos veloces que competían con el mar en ver cuál de los dos se mostraba más violento.

¿Qué es esta estructura colosal? Ben se volvió para analizar mejor el lugar en el que se encontraba. Parecía una plataforma situada en mitad de un paraje oceánico. Percibía su leve oscilación al compás del vaivén de las aguas. La estructura que se alzaba ante él era de un metal blanco, bruñido, por el que resbalaba la lluvia que era conducida hacia las escorrentías de cubierta desde las cuales se

precipitaban al océano en caudalosas cascadas que la ventisca pulverizaba sin piedad. Pero aquello no era la cubierta de un barco. Mirando hacia lo alto comprobó que, entre las ráfagas de viento cargadas de agua de mar, se erigía un enorme edificio de paredes impolutas y de diseño aerodinámico, sin aristas ni fisuras de ninguna clase, como un sofisticado artilugio de contornos redondeados y de dimensiones gigantescas. La pared contaba con infinidad de paneles de forma rectangular y de ángulos igualmente redondeados, de muchos de los cuales emergía una luz matizada de color amarillo pálido y apariencia serena, inmune a la tempestad del exterior.

Observó la longitud interminable de la baranda y caminó un trecho apoyándose en ella. A medida que lo hacía se percató de que la estructura flotante en la que se encontraba era mucho más grande de lo que se había figurado. La cubierta por la que avanzaba se curvaba ligeramente hasta perderse de vista, como si formara un enorme circulo cuya verdadera dimensión quedara lejos de poderse contemplar de una sola vez. La cubierta, de hecho, parecía no tener fin, y más allá del edificio junto al que se encontraba se adivinaba una sucesión de otros tantos, cada cual con dimensiones distintas, pero que tomaban prestada una fisonomía similar.

Se sentía morir. La temperatura gélida le embotaba los sentidos y le agarrotaba manos y piernas. Avanzar era cada vez más complicado y Ben se urgió a encontrar refugio cuanto antes. Si no lo hacía corría peligro de que un azote del viento lo derribara y los torrentes de agua que fluían por cubierta lo arrastraran irremisiblemente al océano. El viento rugía con tal fuerza que

resultaba ensordecedor. Era inútil gritar o pedir ayuda. Ben lo intentó, pero su voz no era rival para la exhibición sonora de la naturaleza que lo apabullaba. Paso a paso avanzó contra la ventisca, buscando una entrada a aquellos edificios tras cuyas paredes infranqueables Ben imaginaba que hallaría una confortable calidez.

Resbaló arrastrado por una carga de agua que llegó de improviso y sus manos se enredaron en la baranda de metal, asiéndose a ella con fuerza. Sus piernas colgaron en el vacío, muchos metros por encima del oleaje. El susto provocó una descarga de adrenalina y le ayudó a recomponerse como si hubiera sido despertado bruscamente de un sueño. Trepó de nuevo a la cubierta con más agilidad de la que esperaba. Era consciente que sus energías se agotaban. Tiritaba violentamente y sus manos estaban completamente insensibilizadas.

Se separó de la baranda y aprovechó que el viento amainaba un instante para dirigirse con paso inseguro hacia el edificio más cercano. La distancia resultó mayor de la que estimaba y el trayecto se hizo eterno. Los embates del agua y el viento le zarandeaban y no le daban tregua. Logró apoyarse contra el metal del edificio, frío como el hielo pero que, no obstante, le ofrecía el refugio de situarse junto a algo sólido que le protegía en parte de los azotes de la ventisca. Recorrió los bordes de su perímetro buscando una entrada.

El contorno lo fue alejando paulatinamente del extremo de la cubierta y tras un recodo se encontró en una zona relativamente resguardada de la intemperie. Al menos el agua no llegaba hasta él desde todas las direcciones posibles. Solo ocasionales ráfagas de viento cargado de agua pulverizada de mar se derramaban sobre sus ya

empapadas ropas. Observó que por encima de donde se hallaba cruzaban multitud de pasarelas que comunicaban los edificios cercanos como una compleja red de telaraña que abarcara distintas alturas y trayectorias. Algunas, las más anchas, disponían de marquesinas de aspecto rígido que sufrían la furia de los elementos con indiferencia. Más allá se vislumbraban entre las descargas de agua y viento las pálidas luces procedentes de un sinfín de edificios que se difuminaban fantasmagóricamente por efecto de la distancia y la tormenta. Todo el conjunto abarcaba una extensión colosal. Ben comprendió que se trataba, por sus dimensiones, de una gran ciudad construida sobre el océano. A medida que consideraba cuanto veía experimentaba una honda fascinación.

Estaba decidiendo qué nueva dirección emprender cuando descubrió una abertura sencilla, de unos tres metros de ancho, en la base de un edificio cercano. Contaba con una iluminación mortecina y ejerció una intenso poder de atracción sobre él. Comprendió que se trataba del portal del edificio que había bordeado y dirigió sus pasos vacilantes en esa dirección, pero cuando se aproximó su determinación se debilitó. ¿Qué era aquel lugar? ¿Qué iba a encontrar allí dentro?

“No debería estar aquí”. El pensamiento provocó una oleada de miedo.

Pero el frío le impelía a moverse y no teniendo otra alternativa, según pudo comprobar al echar un vistazo en su derredor, se adentró en el interior.

Tan pronto traspasó el umbral sonó un timbre de tono

agradable. Inmediatamente notó que la temperatura del aire era más elevada, casi excesivamente caliente, y la sensación resultó vigorizante. Chorreaba agua, pero ésta, según llegaba al suelo, desaparecía, absorbida por un sistema que Ben no comprendía. Le sorprendió que sus ropas se secaran como por arte de magia. La antecámara tenía una función de control de temperatura que aislaba el interior de las inclemencias exteriores. Aparentemente no había nada que impidiera el intercambio de aire frío y caliente entre el interior y el exterior, pero sin embargo la diferencia era manifiesta. Ni siquiera las potentes ráfagas de viento que circulaban a escasos centímetros de donde se hallaba le alcanzaban. Tan solo a unos pasos de distancia la cubierta era barrida por cortinas de agua arrastradas por un viento huracanado y él permanecía misteriosamente a salvo del temporal implacable como si un grueso cristal lo mantuviera a salvo.

Tenía ganas de permanecer allí hasta recuperarse por completo y que la tibia atmósfera que le reconfortaba calara en su cuerpo hasta desalojar de sus propios huesos el frío y la humedad. Pero la curiosidad, y también una ansiedad intensa de origen desconocido, le impulsaban a indagar qué lugar era aquel. La cámara simplemente contaba con un tabique que podía rodearse por cualquiera de sus dos extremos. Ben se asomó más allá del borde de uno de ellos y observó un lugar como nunca antes había visto.

Aunque había una gran sala de paredes blancas y relucientes, lo que verdaderamente captó su atención se situaba al fondo de la escena. Un bosque de vegetación tupida, en el que abundaban grandes hojas de un color verde oscuro, le hicieron pensar de inmediato en un

ambiente tropical. La arboleda tenía una altura considerable y una espesa niebla ocultaba en gran medida las copas de los árboles, que sólo se adivinaban como pálidas sombras de contornos imprecisos. La temperatura elevada y la humedad acrecentaban la sensación de trópico. Pero no se trataba de un bosque en su estado natural. Más bien parecía tratarse de un gran jardín, porque todo el entorno del mismo estaba construido con estructuras de metal rematadas con cristales transparentes de distintos matices de turquesa, violáceos, celestes y dorados. Era un gran bosque contenido en una caja de cristal como la obra artística de un maestro de orfebrería que hubiera erigido el más grande de los invernaderos. Infinidad de pasarelas serpenteaban a diferentes alturas de un lado a otro del jardín, de la misma manera que había visto en el exterior, pero éstas, a salvo de los elementos, contaban con un aspecto más etéreo y liviano. El panorama era de una belleza inefable y Ben se quedó anonadado. Jamás había visto nada igual. Avanzó absorto varios pasos, en silencio, adentrándose por un gran atrio abovedado. Conforme caminaba iba comprendiendo mejor que aquel entorno natural debía tratarse de un jardín interior de grandes proporciones. Su cometido era adornar el espacio entre los distintos rascacielos de la ciudad flotante. Cuando la niebla se desvanecía ocasionalmente desvelaba que la espesura se extendía más allá de las lindes en las que se hallaba Ben. Y era un bosque rebosante de vida. Gorjeos de distintos tonos alegraban el ambiente, acompañados de un sinfín de sonidos que Ben no podía identificar, e incluso un torrente de aguas cantarinas discurría en la orilla del bosque para internarse después en sus sombras y

desaparecer de la vista. Pensando en la tormenta del exterior, era como si acabara de trasladarse a un mundo completamente distinto.

Se detuvo de golpe. Algo se había movido. No estaba seguro de su origen. Creyó que su procedencia era cercana al arroyo y su vista se concentró en las aguas oscuras que fluían entre helechos y plantas de grandes hojas ovaladas. Reparó en una roca negra como el carbón que brillaba con una pátina de humedad. Reconoció asombrado que se estaba moviendo.

Ben dio un paso hacia atrás porque tuvo un mal presentimiento. La roca se desplazaba sobre sí misma a la vez que se desdoblaba de una forma inesperada y sorprendente, con un trazado limpio, elegante, veloz, y adquiría en su despliegue una altura notable. Su morfología final podría considerarse muy distinta a la humana. Dos piernas posteriores cortas y otras dos extremidades delanteras más altas elevaban el torso en una postura simiesca cargada de agresividad. Sobre sus hombros un abultamiento hacía el lugar de cabeza, y en medio de esta protuberancia tres puntos de luz roja adquirieron un brillo intenso. Era claro que él constituía su foco de atención.

Ben gritó, pero fue inútil. Tres haces de calor incandescentes brotaron de esos ojos y lo alcanzaron en el pecho, provocándole un dolor abrasador. La fuerza de la descarga lo empujó varios metros hacia atrás. Ben fue consciente en el acto de que se trataba de una herida mortal.

*****

Ben Lantham se incorporó bruscamente de la cama donde hasta hacía pocos instantes permanecía desapaciblemente dormido. Sudaba abundantemente y su corazón palpitaba desbocado. “Joder otra vez igual. Y yo que pensaba que me iba a ahorrar la visita al loquero.”

Se llevó una mano al pecho y desabrochó la camisa del pijama, pero allí, donde esperaba encontrar el impacto de varios proyectiles, no había ninguna herida. El intenso dolor que había sentido segundos antes, mientras permanecía completamente inmerso en el sueño, ya era un simple recuerdo, una ilusión.

Tomó varias bocanadas de aire y observó su habitación en penumbras. La luz de la calle se filtraba por la ventana y le permitía reconocer las siluetas familiares del mobiliario de su dormitorio. La ropa descansaba sobre el respaldo del sillón, junto a la lámpara de pie. El pequeño escritorio permanecía, como era de esperar, junto a la ventana, con el portátil abierto tal y como recordaba haberlo dejado. Las puertas del armario estaban cerradas y una camiseta colgaba de uno de los tiradores. Comprobó que el otro lado de la cama permanecía vacío.

Al constatarlo recuperó de golpe la lucidez. “Ya se ha ido”. Recordó que ella siempre insistía en regresar a la habitación de su cabaña. Para ella era importante mantener su propósito; una relación esporádica, física y nada que los implicara emocionalmente y pudiera afectar a su participación en la misión. Se había quedado dormido y ella había tenido el gesto de cariño de no despertarlo. La jornada, agotadora, le había procurado un sueño profundo y ella lo había respetado, aunque preferiría haber tenido la ocasión de despedirse. Le

habría querido acompañar…, y ella se habría negado. Era una mujer decidida y no quería recibir ningún gesto de cortesía que pudiera tener su origen en el rango superior que ostentaba o en el hecho de ser mujer. Era una situación complicada.

“Ben, campeón, ¿no decías que tú podías con esto?”, pensó mientras se recriminaba los sentimientos enfrentados que suscitaban esos pensamientos.

Se dirigió al armario y tomó una camiseta limpia que sustituyó a la que llevaba puesta. Se acostó intentando conciliar el sueño, pero resultaba imposible.

“Esta pesadilla… ha sido espectacularmente real” pensó agobiado. “Y sencillamente, no puedo contárselo a nadie… Si lo hago estoy fuera. Y no, Ben Lantham, tú no te quedas fuera, ¿entendido?”. El mero pensamiento le causó inquietud. Intentó quitárselo de la cabeza.

Se recostó hacia al otro lado de la cama, intentando buscar una postura más cómoda que le facilitara el sueño, pero se daba cuenta que era imposible. Su mente estaba completamente lúcida después del sueño tan vívido que acababa de experimentar.

Cerró los ojos con fuerza y no le costó mucho reconstruir todo cuanto había visto. Incluso su imaginación recreó el aspecto de la ciudad flotante contemplada desde el océano, como si él mismo fuera una forma etérea suspendida en el aire, y siendo capaz de alejarse cuanto quisiera, pudiera distinguir mejor su insólita envergadura. Desafiando a los elementos, se erigía inmóvil, pálida y blanca, sobre

las aguas turbulentas, firme sobre el oleaje de un mar hirviente mientras las agujas con las que culminaban sus edificios más altos desaparecían más allá de la densa negrura del firmamento.

“Joder, es como si realmente hubiera estado allí”.

CAPITULO 3

Adams Sinclair se encaró al grupo de astronautas con su habitual semblante serio. No le convencía el ambiente enrarecido que se había instalado en el equipo. Habitualmente después de una convivencia estrecha la tripulación forjaba una camarería palpable. Pero tras el regreso de Costa Rica notaba una tensión latente cuya causa no lograba identificar. Asya había asumido su papel de comandante con mayor solemnidad y parecía haber marcado su mando con un distanciamiento formal del resto de la tripulación. Siempre resultaba complicado encontrar el equilibrio perfecto. Lo cierto era que el exceso de camaradería no era bien visto por el director de la NASA, y más cuando la misión que se proponía por delante podía resultar decisiva para el futuro de la humanidad, aun cuando fuera para mitigar un riesgo que contaba con unas probabilidades ínfimas.

—Bien… esto es lo que tenemos. Un posible cambio de planes.

Los astronautas se miraron entre sí. Fue la comandante la que tomó la palabra. Estaba acostumbrada a actuar en representación de todo el equipo.

— ¿Qué quiere decir eso? ¿No vamos a por Ignotus? ¿Se suspende la misión? — La pregunta estaba cargada de tensión.

—Eso suena a que los observatorios han detectado que el

asteroide no va a colisionar con la Tierra. Lo han descartado ¿verdad? – preguntó Nathan con su gran vozarrón germano.

Adams adoptó su postura más seria. La peor noticia que podía recibir un equipo que estaba a punto de emprender una misión espacial era el anuncio de la cancelación del lanzamiento. Ya había visto a gente hecha y derecha derrumbarse como si le hubieran dado la peor noticia de su vida. Eran muchos meses, años incluso, de trabajo, preparándose para una tarea en la que se iba a arriesgar la vida y que sometía a los candidatos a una tensión enorme. Si se liberaba de golpe podía desencadenar una frustración irremediable. Daba igual la fortaleza psicológica de los miembros de la tripulación. Se trataba de una noticia demasiado dura.

—Hay cambios… aunque no sé de qué naturaleza. Parece ser que el administrador ha recibido órdenes desde arriba. Ignoro por completo cuáles son las razones. Este tipo de cosas… ya sabéis, es la política. Recorte de presupuestos, ajustar la misión al calendario electoral, meter al hijo de alguien en el equipo de la tripulación… He visto de todo en esta casa.

— ¿Pero pueden hacer eso? – Ling preguntó en tono contenido. Su enfado era notable. – No sé qué pensará mi gobierno de todo esto.

—Por supuesto que pueden. Todo el mundo sabe que la NASA es una organización completamente independiente de la Casa Blanca cuyo Presidente está nombrado a dedo… por la Casa Blanca. Y no me vengáis con remilgos. Os he preparado a conciencia para soportar todo tipo de presiones… una de las cuales era esta eventualidad.

—Ya sé lo que pasa – comentó Ben con aire socarrón – La élite mundial se ha dado cuenta que Ignotus puede servir para hacer borrón y cuenta nueva. Por eso nos suspenden – bromeó.

Adams recorrió con la vista a todos los presentes y los miró con dureza. La comandante respiraba profundamente. Estaba haciendo un esfuerzo por contener su emoción. Ling parecía indignado, al igual que Nathan. Ben permanecía impasible, pero Adams lo conocía bien y sabía que por dentro debía arder de curiosidad, como todos los demás. Su postura despreocupada era su pose habitual. Cuanto más le interesaba algo, mayor era la indiferencia que mostraba.

—Venga ya, Adams —dijo Ben por fin — Te conozco tan bien como si fuera tu hermano pequeño al que le has hecho todo tipo de putadas… Se nota a la legua que tienes un as escondido en la manga – sentenció. — ¿Por qué crees que siempre que jugamos al póker te desplumo? No sabes poner cara de farol.

Todos rieron el comentario, incluida Asya, aunque Adams percibió que la comandante intentó disimular su sonrisa con una expresión de desaprobación. Adams rezongó. Le gustaba ese muchacho. “Este es un cabrón. Me conoce mejor que mi propio hijo”.

—Sí… puede ser, puede ser – reconoció de mala gana. – No estamos hablando de cancelación, sino de cambio de planes, … pero no me gustaría que os hicierais ilusiones, ¿entendido?

—Adams, — Asya insistió por su cuenta — Tiene pinta de que sabes algo.

Adams asintió de mala gana.

—Es una elucubración. Sólo es una elucubración, insisto. – Y tras recalcar esta idea su expresión adquirió un aire de complicidad – Veréis, he notado cierto trasiego en el despacho del director en los últimos días. Si hubieran sido burócratas … o el enlace de la Casa Blanca, me cuadraría lo que os decía antes. Sin embargo, a estos no los conocía… pero lucían unas camisas hawaianas que llamaban mucho la atención por estas latitudes. Ya sabéis… camisas hawaianas y piel bronceada…

— ¿Hawaianas y piel bronceada? – preguntó incrédula la comandante Bale.

—Eso solo puede significar una cosa – comentó Ben con aire de conspiración – Ya sabemos dónde no va a caer Ignotus.

—Sí, claro… Adams está diciéndonos que sospecha que pertenecen al grupo del observatorio de Mauna Loa… ¿verdad? – comentó Ling mientras miraba a sus compañeros esperando la confirmación de sus sospechas.

—Conjeturas – comentó Adams con tono de reprobación. – No me gusta nada andar haciendo elucubraciones… me parece habladurías de viejas comadres, ya sabéis como soy yo – dijo de entrada, a modo de declaración de intenciones – Sin embargo, he notado que había cierta agitación científica. Sé reconocer a uno de esos ratones de laboratorio cuando cree que ha descubierto la pólvora. Parecen colegiales que acaban de encontrar una revista porno en una papelera.

—Por Dios Adams, revista porno… como se nota que

perteneces a otra generación – bromeó Ben, y los demás rieron con ganas.

Adams gruñó, pero no acertó a hacer un comentario ingenioso y se limitó a pensar que Ben lograba hacerle parecer el abuelo del grupo. Todavía se reía al recordar cuando, en un día de instrucción al poco de formar el equipo de tripulación y tras una explicación en la que Adams había recordado cómo eran las cosas en los tiempos en los que él había participado en una misión de la NASA, Ben alzó la mano y, con expresión seria y tono correcto, intervino para aclarar a sus compañeros que en esa época "los dinosaurios ya se habían extinguido".

—O sea, que una de las posibles conjeturas que tienes en mente es que han cancelado la misión a Ignotus porque ha surgido otra de naturaleza científica que resulta incluso más interesante— resumió Nathan.

Ben sacudió la cabeza.

—Cuesta imaginar algo que pueda desbancar una misión que tiene por objetivo seguir la trayectoria de un asteroide para alterar su rumbo caso de que represente un peligro para la Tierra. Incluso, aunque se descartase el impacto sería demasiado arriesgado prescindir de una salvaguarda. Todos sabemos que la trayectoria de Ignotus se verá alterada por el tirón gravitatorio del Sol cuando transite junto a él… y realmente lo que tenemos es un arco de posibles trayectorias a partir de esa efeméride. ¡Estamos en el casino y la bola está en la ruleta! ¡Hagan juego!

—Los ordenadores más potentes del mundo recopilan información de multitud de observatorios tanto terrestres como situados en el espacio – objetó la comandante Bale con un tono que no admitía discusión. – Es dudoso que se cometa un error, por muy pequeño que sea su calibre, y personalmente creo que no habrá sorpresas con Ignotus.

Adams medió entre los dos. Últimamente los desencuentros entre ambos astronautas eran frecuentes y no le apetecía que la conversación derivase hacia uno de esos debates sin sentido.

—Hay otro síntoma adicional que nos indica que las cosas no van tan mal – dijo mientras apoyaba su mano sobre el legajo— El papeleo continúa.

Toda la tripulación protestó mientras el jefe de equipo pasaba una gruesa carpeta de documentos a cada uno de ellos.

— ¿FBI? – preguntó Nathan observando el logotipo que venía impreso como una discreta sombra en la portada del dossier.

—Sí, protocolos de seguridad – explicó Adams – Puro papeleo… Creo que si habéis sobrevivido a un rapel suicida en Costa Rica bien podréis sobrevivir a esto. Ni siquiera tú, Ling, ni tú, Nathan, estáis exentos de estos protocolos. Si vuestros gobiernos respectivos no quieren proporcionar información solicitada están en su derecho, pero me imagino que el FBI presionara para garantizar la seguridad de la misión hasta el límite de sus posibilidades.

Las protestas duraron un par de minutos más, mientras los astronautas repasaban el índice del dossier y consideraban que los

datos que se solicitaban eran excesivos. Pero no había más temas que tratar y Adams agradecía que al menos tuvieran esa tarea entre manos. Les iba a ocupar varios días recabar las acreditaciones que requería la agencia de inteligencia y los ejercicios de preparación seguían su programa habitual. Eso los mantendría ocupados y él tendría tiempo libre para husmear por las oficinas de las altas instancias de la NASA. Quería obtener pistas más concretas en relación a los cambios que podría sufrir la misión de la Ulyses, incluso si era cierto que podría cancelarse del todo, como había llegado a oír. La NASA era un hervidero de rumores.

Cuando terminó la reunión retuvo a Ling, quería comentarle algo en privado. El astronauta de mirada clara y pelo corto y puntiagudo era el más joven del grupo. Sus facciones tenían un aire infantil acentuado por unas mejillas sonrosadas y una sonrisa que brotaba con facilidad.

—A ver Ling… estoy notando algo raro en el ambiente del equipo… ¿qué sucedió exactamente en Costa Rica?

— ¿Qué sucedió? Acabamos el entrenamiento con las mejores calificaciones – explicó con una sonrisa aún más ancha de lo habitual. Adams escrutó la mirada del oriental sin lograr dilucidar siquiera una sombra de duda. Comprendió que ambos sabían a lo que se estaba refiriendo el director del equipo de astronautas, pero Ling había optado por no pronunciarse.

Adams gruñó. Sí, esa era la respuesta formal que temía.

—Me refiero… a que el grupo ha perdido la naturalidad que

tenía antes. Me gustaría saber la razón.

Ling negó con la cabeza.

—Yo estoy como siempre, señor Sinclair. Debería hablar con el resto. Por lo que a mí respecta estamos como siempre.

Ling se despidió y Adams se quedó pensativo. Todos eludían hablar del tema. Sí, en Costa Rica había sucedido algo, pero confiaba en que no influyera en el desarrollo de la misión.

*****

Ben abandonó la sede de la NASA y condujo más despacio de lo que en él era habitual. La guantera del copiloto de su Bentley Continental almacenaba una considerable colección de multas.

La reunión le había dejado un poso de preocupación. Costaba hacerse a la idea que la misión para la que había estado preparándose durante tanto tiempo se pudiera cancelar. No parecía factible que se abandonara el objetivo de alterar el tránsito de Ignotus, el asteroide extrasolar que podía amenazar la vida en el planeta. La preparación para ese viaje le había ocupado tanto tiempo en los últimos dos años que la mera idea de que tal vez se suspendiera y que tras la cancelación se abriera un periodo de indefinición le desasosegaba profundamente. La historia de la NASA estaba repleta de individuos que habían quedado en el dique seco por los vaivenes de la política, los accidentes… o la falta de presupuesto.

La sensación de disgusto se acrecentaba cuando pensaba en Asya. No le gustaba el cariz que estaba adquiriendo el trato con la comandante de la misión. Lo ocurrido en Costa Rica había sido un

error. Pensaba que ojalá el desenlace con Asya hubiera sido otro… y deseaba quitársela de la cabeza y así poder simplificarlo todo, pero resultaba imposible. Asya era un chute de droga en vena. Estaba colado por ella y su cercanía disparaba todo el arsenal hormonal de su cuerpo. El agravante que suponía que los demás sospecharan que había ocurrido algo entre la comandante Bale y él le fastidiaba. Lo peor era que ambos intentaban disimular la situación infructuosamente y con facilidad se enredaban en fangosas discusiones de matices que eran un tormento para los demás. Querían camuflarlo todo bajo una pátina de profesionalidad, pero el resultado era dudoso. Era difícil recuperar la familiaridad que existía entre ellos antes de sus encuentros sexuales. El trato seco y cortés que había adoptado Asya resultaba chocante y ridículamente artificial, y sus bromas habían dejado de ser ingeniosas y con frecuencia caía en un siniestro humor negro que a él mismo le horrorizaba. Si alguien ponía una chispa de desenfado en todo aquello seguía siendo él.

Habían perdido la naturalidad y la frescura iniciales. Ahora todo era nuevo, diferente, como si pisaran un campo minado y tuvieran que aprender reglas de comportamiento nuevas de un día para otro y no se acabaran de adaptar. Adams, que era perro viejo, se había dado cuenta de ello en muy poco tiempo y ya los había interrogado al respecto. Ben sacudió la cabeza al recordarlo. “Menudo lío si el jefe se entera”. Y si bien hacía todo lo posible para quitarse a Asya de la cabeza, verla a diario convertía ese deseo en un imposible. Estaba enamorado de ella. Era algo superior a sus fuerzas y con cada cruce de miradas, cada vez que observaba su figura y la seductora

elegancia de sus movimientos, cada vez que escuchaba el timbre de su voz, ese sentimiento se tornaba más y más sólido, como si no bastara el dolor que le procuraba el enfoque que daba ella a su relación y tuviera que certificarlo una y otra vez. Su presencia aceleraba su corazón. La observaba de reojo, el delgado talle, la energía con la que abordaba las conversaciones, la intensidad que adquiría su mirada cuando exponía una idea… No podía evitar deleitarse al contemplar la figura de la mujer y pensar que ese cuerpo había sido suyo… y la imaginación le llevaba desearla aún con más fuerza cuando era eso justamente lo que trataba de desarticular en su mente. Ben conocía sobradamente cuáles eran los sentimientos de la mujer, ya habían quedado meridianamente claros hacía tiempo, y temía que el amor latente que crecía dentro de él se transformara en un fuego descontrolado que acabara por consumirlo completamente. Sí, sus sentimientos por Asya le inspiraban miedo, porque en la fría soledad de la autopista, mientras conducía rodeado de coches, se daba cuenta de que esa relación podría destrozar su carrera y su vida… incluso la de ella.

Salió de la autopista, muy atento a los coches que repetían la maniobra detrás de él.

“Todas estas precauciones son absurdas… ¿qué diablos estás haciendo, campeón?”

Condujo por una carretera local y finalmente se desvió en una urbanización cuyas avenidas estaban flanqueadas por olmos que proporcionaban abundante sombra. Recorrió una larga recta pendiente del retrovisor, observando si alguien repetía sus mismas

maniobras. Aminoró la velocidad. El vehículo circulaba alternando entre claros luminosos de luz y las sombras densas y oscuras de la arboleda y Ben pensó que era una metáfora de lo que acontecía dentro de su corazón, claros y oscuros.

“Nadie, como siempre” resumió volviendo a prestar atención a si alguien lo seguía.

Giró a la derecha y repitió la maniobra de observación. Era fácil constatar que no había tráfico en el barrio. Sólo había visto algunos niños jugando en el césped que alfombraba el jardín delantero de sus viviendas y grandes coches familiares aparcados en las inmediaciones.

La percepción de incomodidad y angustia creció mientras estacionaba junto a una casa de aspecto similar a las que componían la urbanización. El jardín estaba bien cuidado y la casa de color blanco y tejado de pizarra mostraba la agradable placidez que cualquier otra vivienda del barrio. Bajó del coche y dirigió miradas casuales en ambas direcciones. No se veía un alma. Entró en la vivienda con las llaves que llevaba en el bolsillo y se sentó en el mullido sillón de la sala de estar. Estuvo tentado de encender la televisión, pero no quería abstraerse de sus pensamientos. Creía que estaba a punto de dar con la clave de algo, aunque no tuviera ni idea de qué se trataba, sin darse cuenta de que lo único que hacía era regodearse en las preocupaciones que rondaban su mente. La misión, Asya, … vueltas en círculos sin llegar a ningún sitio concreto.

Oyó un coche que aparcaba en el exterior. A través del tamiz de las cortinas percibió la sombra de una figura que se aproximaba a

la casa. La puerta, cuando se abrió, mostró la silueta de una mujer de cabellera larga que caía sobre los hombros. A contraluz era imposible distinguir sus rasgos, aunque Ben si percibió el brillo de una sonrisa que contrastaba con una piel ligeramente bronceada.

La comandante Bale no saludó ni dijo palabra alguna, al igual que Ben, que permaneció sin moverse sentado en el sillón mientras observaba como se aproximaba a él, se sentaba a horcajadas sobre su cintura y mientras sus manos acariciaban su nuca, sus labios se fundían con los suyos en un beso rebosante de deseo.

*****

Un par de horas más tarde ambos yacían desnudos en la cama del dormitorio principal. La mano de ella descansaba sobre su pecho. Ben permanecía pensativo mientras acariciaba el muslo desnudo de ella. Su piel, ya de por sí ligeramente tostada, aún conservaba el bronceado del sol centroamericano. Pensaba si podría abordar el tema otra vez, pero recordaba cómo había sido la última conversación. Lo había dicho medio en broma. “Deberíamos hacer oficial lo nuestro y anunciar al barrio que somos astronautas”. Eran unas palabras burlonas, hasta frívolas, enunciadas con una sonrisa, pero Asya se había puesto muy seria. “Lo hago por tu bien, Ben”, porque Asya reconocía tras la broma cuál era el mensaje subliminal que implicaba.

Sí, Ben comprendía perfectamente su argumento. La Agencia Espacial no veía nada bien las relaciones entre miembros de una tripulación espacial con un cometido tan extraordinariamente importante. No harían una excepción con ellos, simplemente no lo tolerarían. Asya conocía varios casos y siempre el tripulante de menor

escalafón había salido perjudicado. “No sólo soy la comandante. Mi preparación en las fuerzas aéreas me hace más imprescindible que tú. Científicos con ganas de ir a Ignotus los hay a patadas”. Y viajar al espacio era algo extraordinariamente importante para Ben… siempre lo había sido… “Créeme, si ves que no puedes controlar tus sentimientos es mejor que me lo digas y suspendemos estos encuentros”. La advertencia pesaba sobre Ben como una losa y sabía que Asya lo había planteado absolutamente en serio. “Campeón, estás bailando con la más guapa, ¿de qué te quejas?”, se dijo con resignación, pero también sintiendo una punzada de dolor. ¿Qué clase de sufrimiento elegir? ¿Renunciar a ella y tratar de olvidarla, o mantener esos encuentros esporádicos y no rendirse en el empeño de conquistarla, pero sufrir descarnadamente la frialdad de su corazón?

— ¿Estás despierto? – preguntó Asya.

Asya se incorporó y se volvió hacia él, su melena cubría parcialmente sus pechos, la cadera se curvaba en una silueta cargada de seducción y le sonreía de una forma cautivadora. Sintió un repentino deseo de abrazar su cuerpo desnudo y besar sus labios… pero comprendió que en ese momento ya no resultaba procedente. La pasión había sido satisfecha. Una muestra de cariño podía malinterpretarse. Ben evitó que sus ojos quedaran hechizados por la belleza de la mujer y apartó la vista fingiendo hastío.

—No intentes seducirme con esas poses de chica playboy. No me dejaré enredar con tu pobre interpretación de escena de cama. Y sí, claro que estoy despierto – gruñó finalmente.

Asya rió.

— ¿Seguro? No lo estaría yo tanto.

Ben gruñó y le miró con extrañeza.

—Has vuelto a hacerlo.

— ¿Hacer el qué?

—Hablas en sueños, Ben. Ya te lo he dicho un par de veces, aunque hacía tiempo que no te pasaba.

— ¿Hablo? – Ben se sentía incómodo con ese fenómeno. Temía que un día sus sentimientos fueran delatados por su subconsciente – Es posible… a menudo tengo horribles pesadillas. Por cierto, si te he pedido matrimonio debe haber sido una de las peores – comentó con indiferencia mientras cruzaba los brazos bajo su nuca para adoptar una postura más cómoda. Miraba al techo mientras sentía la presencia de la mujer desnuda, tendida a su lado, observándole con expresión divertida.

— Es completa y absolutamente ininteligible… te puedes quedar tranquilo. Ningún secreto de Estado ha salido por tu boca – dijo mientras su índice acariciaba sus labios.

Ben había constatado hacía tiempo que cuando adoptaba esa ufana pose de indiferencia lograba la mejor predisposición de Asya. En cambio, si intentaba mantener una conversación seria en la que exponer sus sentimientos con claridad lograba que la comandante Bale huyera envuelta en la polvareda de una espectacular estampida.

—La verdad es que no recuerdo nada de mis sueños – mintió Ben— pero si de alguna manera captas algo de lo que digo… me encantaría que me relataras lo que cuento – Ben siempre le había

solicitado su colaboración de esa manera. Era una forma de proteger su intimidad sin tener que dar explicaciones y por otro lado recibir un testimonio que tal vez pudiera suponer una ayuda. Hasta ahora sus sueños siempre habían sido una cuestión íntima y las preocupaciones que despertaban sus pesadillas las había guardado en una caja acorazada en la que custodiaba lo estrictamente personal. Le alarmaba que de improviso su contenido pudiera desparramarse sin control e incluso afectar a su carrera profesional.

Asya negó con la cabeza y se puso más seria.

—Murmuras algo… pero ya te digo, completamente incomprensible.

Ben le miró ceñudo.

—A decir verdad… creo recordar algo del sueño que he tenido hoy, sí – dijo lentamente mientras su expresión se volvía más seria.

Asya le miró con curiosidad.

—Sí… tú estabas loca por mí y yo te decía que mi religión me prohíbe tener relaciones con comandantes de vuelos espaciales con tendencias ninfómanas.

Asya sonrió. Ya se esperaba un disparate similar.

—No… a decir verdad no sólo no se te entiende una sola palabra, sino que yo diría que hablas en otro idioma. – Hizo una pausa y le miró con curiosidad mientras se inclinaba levemente sobre él. Ben sintió la caricia de su aliento en su mejilla — Por cierto, ¿qué otros idiomas hablas?

Ben se quedó realmente sorprendido con esa afirmación.

—Chapurreo patois… — y como Asya la miró extrañada se

explicó un poco más – Es una lengua criolla de Jamaica… una mezcla de inglés, español y francés con lenguas africanas… Viví en Jamaica cuando era muy pequeño… por mi padre. Tenía una explotación azucarera allí … pero todo se perdió a raíz del accidente.

Asya asintió. Ya conocía la historia de la familia de Ben. La había explicado a todo el equipo de la misión cuando se conocieron tiempo atrás.

—Lo que te puedo asegurar es que de inglés no hay una sola palabra – dijo ella mientras se levantaba y se dirigía al baño.

Ben observó las largas piernas de la mujer y la esbeltez de sus nalgas con un extraño placer. Era aprensión, la amargura suscitada por saber que, tal vez, un día su relación pudiera acabar.

CAPITULO 4

Adams había intentado rascar información de todos y cada uno de sus contactos. Había visitado en primer lugar a Kyle Reynolds, mano derecha de Jeremiah Maddock, director de la NASA. Se caían muy bien, pero en cuanto Kyle observó que Adams quería sonsacarle información le sonrió de oreja a oreja y se alejó de él diciendo que estaba muy pero que muy ocupado. También con varios subalternos de distintos departamentos, incluido contabilidad. Jugó la baza de dar hechos como ciertos.

—Hola Gus… ya me he enterado del tema de recorte de presupuestos – comentó con voz de fastidio. – A ver si un día quedamos a tomar un café.

Pero la mirada de Gus resultó tan sorprendida como preocupada y fue él quien insistió con vehemencia a Adams que le dijera todo lo que sabía al respecto. Adams se lo quitó de encima emplazándolo para tomar un café la semana siguiente. A Adams no le costó mucho esfuerzo comprender que la mayoría, si no todos ellos, tenían la misma información que él. El director Maddock no había compartido ni un ápice de novedad alguna con nadie de la Casa. Sabía perfectamente que desde el momento que lo hiciera los rumores se extenderían por toda la organización.

Cuando llegó a su despacho, después de varias horas de haber

rondado infructuosamente por distintos departamentos, se sentía cansado, no tanto físicamente sino por las dudas respecto a lo que iba a suceder. Si él experimentaba esa ansiedad, se imaginaba la que podrían tener sus “chicos”, tal y como le gustaba pensar a él en los tripulantes de la próxima misión.

Su secretaria le recibió con expresión de premura.

—Señor Sinclair… he intentado localizarlo, pero siempre deja el móvil en su despacho – se justificó.

— ¿Ha sucedido algo?

—Dos cosas importantes. Se ha convocado una junta del Comité para esta tarde… temprano, a las cuatro.

—Caramba – murmuró Adams mientras miraba el reloj de la oficina. Había perdido la noción del tiempo. Le quedaba lo justo para un almuerzo rápido.

“Esto no lo he visto venir” se dijo. El pensamiento vino acompañado de una ola de inquietud. Odiaba los imprevistos y además conocía bien a Jerry, tal y como llamaba al director en confianza, pues ambos eran de la misma quinta y Jeremiah Maddock le permitía esa licencia en privado como privilegio de su larga amistad. Y sabía que a Jerry, por mucha confianza que tuviera con él, le gustaba hacer su trabajo a conciencia y una de sus máximas siempre había sido que la información era poder y que el control de la información es la expresión máxima del ejercicio de poder. “A saber qué nos dice ahora”.

Adams se dirigió a su despacho y se sentó. “La hora de la

verdad ha llegado… nos pueden decir que la misión se cancela por cualquier eventualidad que sirva para explicarse ante los medios de comunicación… o tal vez ha surgido otra opción más interesante que viajar a un asteroide que procede de más allá del sistema solar y cuyas posibilidades de convertirse en un problema para la Tierra son nimias”. Pero ese pensamiento no le consoló tanto como otras veces. Ahora le parecía realmente inverosímil. Ojalá fuera así porque significaba que se descartaba completamente un peligro de naturaleza apocalíptica.

Levantó la vista y se percató de que Ann había seguido sus pasos. Todavía tenía una noticia más que comunicarle.

—Lucy Jones… me rogó que pasara por su despacho.

Adams se sobresaltó. Lucy había sido una antigua pretendiente, de cuando ambos eran mucho más jóvenes, que siempre había estado rondándole. Contaba ya sesenta años y aquella mujer parecía no abandonar en su empeño. Adams sonrió condescendiente.

—Sí, ya le llamaré en cuanto pueda… — comentó con tono cansado.

Ann se le quedó mirando a través de sus gafas de diseño retro.

—Creo que no es para… quiero decir, parecía preocupada por usted…

— ¿Por mí? — Adams experimentó curiosidad. – Bueno… tal vez deba llamarla.

—Me rogó que no lo hiciera… sino que pasara por su despacho. Tengo la sensación de que era verdaderamente importante.

Adams suspiró. “Mujeres… siempre igual”

*****

—Hola viejo bribón… ¿ya no quieres ni ver a tus antiguos amores? ¿Tan mal llevo los años que te doy grima?

Se dieron un abrazo. Ambos se estimaban y profesaban un cariño mutuo surgido de muchos años de trabajar codo con codo. Hacía tiempo Lucy se había enamorado de él y la relación laboral se tensó hasta que ella optó por cambiar de departamento, lo cual supuso un enorme alivio para Adams. Veía en Lucy una mujer explosiva, con la que podía resultar estimulante mantener vehementes discusiones técnicas… pero trasladar esa agitación a su vida sentimental era algo muy distinto de lo que esperaba de la vida conyugal. Tras el rechazo y el distanciamiento iniciales, el tiempo había permitido a ambos digerir lo ocurrido, olvidar los malos momentos y quedarse con una buena amistad.

— ¿Qué te traes entre manos, Lucy? ¿Ya has exprimido bastante a nuestros proveedores?

Lucy soltó una sonora carcajada. Ella era la directora logística de suministros y estructuras de la NASA. Siempre había sido una ingeniera sobresaliente y coordinaba el transporte y ensamblaje de todo tipo de sistemas y elementos imprescindibles para los vuelos espaciales.

—Qué bien me conoces. Disfruto con este trabajo de locos, y es verdad lo que dices. Estoy preparando las cláusulas para la nueva

remesa de propulsores para la SLS y si esos parásitos de la Northrop creen que van a ganar dinero fácil … se van a llevar un chasco – rió con explosividad. Adams se contagió de su buen humor y le dio la razón.

—Pero siéntate que ya no estás en edad de estar de pie mucho tiempo… y no lo digo tanto por ti como por mí, que tengo la cadera fatal. Cuando me caí de Samantha hace un par de años, esa potra bastarda me jodió bien.

—Yo te veo tan estupenda como siempre— aseguró Adams, que veía que Lucy mantenía sus gruesas formas femeninas muy bien conservadas.

—Calla viejo desgraciado que a buenas horas me vas tú a echar piropos.

Cuando se sentaron el semblante de Lucy se tornó más serio y la expresión se tensó.

—Quieren putearte.

Adams reconocía cuando Lucy dejaba de bromear.

—Cuéntame.

—No es a ti exactamente, Adams… pero sí a uno de tus chicos, y sé lo que te sulfura cuando los de arriba meten sus garras en nuestro trabajo.

Adams suspiró. “¿Por qué las cosas tienen que complicarse tanto justo ahora?” Hizo un esfuerzo interior por conservar la paciencia, aunque experimentaba ganas de estallar.

— ¿Has oído algo de la cancelación de la misión? Lo único que

me han dado a entender es que se podían dar cambios en la misión a Ignotus… pero no sé interpretar ese lenguaje ambiguo. No sería la primera vez que “cambiar” algo es cancelarlo – Adams lanzaba un señuelo a ver si daba algún resultado.

Lucy negó con la cabeza.

—Aquí sigue todo lo mismo de siempre. No veo ningún aplazamiento, ni mucho menos cancelación, todo lo contrario. Si se fuera a cancelar lo sabríamos. Me extraña lo del retraso porque aquí nos meten la misma prisa de siempre ¡incluso más! – Lucy se le quedó mirando a Adams y su expresión cambió. — Pero lo que sí sé casi con total certeza es que van a dar el pasaporte a uno de tus tripulantes. Por eso quería hablar contigo… confidencialmente.

Adams tardó unos instantes en hacer la pregunta. Un intenso malestar se apoderaba de él.

— ¿Sabes a quién?

—Sospecho que se trata de Ben Lantham… Sí, ese chico. Lo sé porque de repente muchos suministros personalizados han sido asignados a … un tal Joyce… James Joyce… uno de los que tienes en el banquillo de suplentes — dijo mientras hojeaba unos formularios que reposaban sobre su mesa — Siempre que he visto este tipo de trasiego es porque se pulen al astronauta que sustituye.

Adams pensó en James. Era un buen chico, sí, y estaba capacitado… pero Ben era infinitamente mejor. Era el mejor con diferencia. Por eso lo había seleccionado para la misión. Sintió como la ira crecía dentro de él. Sacudió la cabeza, intentando eludir la ola

de rabia que estaba a punto de coparlo por completo.

—Siempre estamos con lo mismo – dijo con voz contenida — Si al final van a meter sus manazas en la composición de la tripulación… ¿qué coño pinto yo en todo esto?

—Si te sirve de consuelo te diré que, algún día, cuando seas un verdadero carcamal, es posible que tú seas un jodido hijo de puta que haga lo mismo a los que tengas por debajo… y disfrutes con ello.

Adams no pudo evitar reír el comentario ácido de Lucy con un sentimiento agridulce. Siempre tan cínica.

Le dio las gracias y decidió que intentaría comer algo antes de la reunión, aunque no tenía la más mínima sensación de apetito. Sentía sus entrañas completamente revueltas.

CAPITULO 5

Adams Sinclair le embargaba una incómoda sensación cuyo origen identificaba con claridad. Una premonición… y además de índole desagradable. Le abrumaba la desconcertante certeza de que las cosas se iban a torcer. No sólo se trataba de lo que Lucy le acababa de comunicar. Había algo más. Seguramente si le preguntaban al respecto no podría haber argumentado los motivos concretos, en qué se fundamentaba la sensación oscura de que una tormenta estaba a punto de desatarse. A menudo son los hechos que no ocurren los que conducen a que el subconsciente nos alerte con la advertencia de que algo no va bien.

Era cierto que el encuentro con el director de la NASA, Jeremiah Maddock, se había pospuesto por circunstancias arbitrarias en sucesivas ocasiones durante las últimas semanas. Pero a ese hecho, a decir verdad, no demasiado sospechoso por sí solo, se sumaba el aviso que acababa de recibir sobre Ben. Adams odiaba profundamente las maledicencias y todo lo que no fuera un escrupuloso análisis de resultados, de parámetros, de datos objetivos, se adentraba en el peligroso terreno de las interpretaciones, de las opiniones personales y las simpatías, terreno que a él le resultaba tan repugnante como poco científico. Era el espacio de los intereses, de los favores, un terreno en el que, aunque sabía moverse con soltura, no en vano era el jefe de tripulaciones número uno de la Agencia, su inequívoca existencia le repugnaba hasta los tuétanos. Y por supuesto, lo que remataba la

situación hasta hacerla sombría, era la convocatoria del Comité sin previo aviso, sin orden del día, usando el pretexto de carácter extraordinario. Con los rumores de suspensión circulando por los despachos, Adams tenía el presentimiento de que se avecinaban cambios impuestos, cambios en los que él no había sido tenido en cuenta y ante los cuales emergía en su interior una predisposición muy negativa.

Adams entró ofuscado por esas ideas en la sala de reuniones. Ya había llegado todo el personal convocado a excepción del director de la Agencia, Jeremiah Maddock, y su ayudante, Kyle Reynolds. Jeremiah era un hombre de color, de piel extraordinariamente negra, de carácter enérgico que, como contrapunto a su aspecto severo, siempre se comportaba con una exquisita parsimonia, como si fuera un sumo sacerdote de la antigüedad y todo cuanto obrase obedeciera a un rito sagrado. Kyle Reynolds, que muchos apodaban “la sombra” porque siempre andaba un paso por detrás de su jefe, era su eficiente mano derecha. También era un hombre de color, aunque de tez más clara. Joven, callado, hablaba lo imprescindible ciñéndose a un guion que cuidaba exquisitamente, sabedor de que cualquier palabra dicha de más podría ser usada en su contra. De mirada inteligente, podía entenderse con Jeremiah Maddock sin prácticamente hablar, tan solo intercambiando significativas miradas. Adams siempre había envidiado esa complicidad profesional.

Observó a los presentes y se fijó de inmediato en los cuchicheos entre los astronautas Natham y Ling, costumbre que se había intensificado últimamente y de la que habían quedado excluidos

Asya y Ben. Le sorprendía como dos personalidades tan dispares, el uno risueño y el otro inverosímilmente serio, compaginaban tan idóneamente sus formas de ser. Lo que le llamaba la atención, en cualquier caso, es que los tripulantes de la Ulyses se habían sentado en posiciones alejadas unos de otros. Asya estaba sentada entre varios ingenieros de la Ulyses y Ben junto con algunos de los científicos de apoyo de la misión. Sus sonrisas de salutación fueron francas y cordiales, pero no dieron pie a ningún tipo de conversación.

Miró el reloj. Se sentía incómodo por la incertidumbre y faltaban pocos minutos para saber cómo se iba a resolver. Todo lo que no fuera una misión concreta y una fecha del calendario asignada a un lanzamiento sería un desastre. Se removió inquieto en su asiento. “Sesenta años y todavía tengo que estar lidiando con trapicheos cargados de mezquindad… con conjuras políticas y acuerdos secretos para repartirse presupuestos millonarios”. Aunque intentó aligerar la pesadumbre que lo inquietaba se daba perfecta cuenta que iba a estar solo y que si sus temores eran fundados no iba poder oponerse contra todo un director de la Agencia Espacial. Ni él ni ninguno de los presentes. Era inapelable. Adams maldijo la pesadumbre que revestía su forma de pensar. “Hace veinte años habría luchado mucho más”. Después de tantas batallas se sentía agotado, conocedor de antemano de cuál sería el resultado independientemente de cuánto se esforzase por cambiarlo.

Observó a John Ellroy, un hombre de cabello que antaño había sido rubio y que había palidecido paulatinamente, y cuya cara

marcada por la varicela endurecía su semblante. Sus ojos, claros e inteligentes, resultaban intimidatorios, al igual que su forma de exponer sus ideas. Parecía que siempre estaba a punto de atacar a alguien, que buscaba un culpable para cualquiera de las incidencias que surgían en la dirección de vuelo, de la cual, era máximo responsable. Se rumoreaba que un proceso de divorcio hostil lo había amargado profundamente y radicalizado su carácter ya de por sí bastante agrio. Por debajo del escalafón del propio director de la NASA, John Ellroy era el hombre más importante de la Agencia en ese momento.

La sala de juntas estaba a tope de su capacidad cuando la puerta se abrió y entró como una exhalación el director Maddock acompañado de su lugarteniente Kyle Reynolds. Tomaron asiento y el auxiliar procedió a desplegar una serie de documentos delante de su jefe con asombrosa fluidez. Los acompañaba una tercera persona que Adams veía por primera vez. Aunque vestía traje, su aspecto no dejaba de ser desastrado. “Un hombre poco acostumbrado a las corbatas y ropas elegantes”, juzgó. “La chaqueta está deformada después de haber estado mal colgada en una percha por lustros… y la corbata ha sido anudada al cuello como quien ata un perro a un poste” bromeó Adams para sí. Tomaron asiento con solemnidad y el presidente hizo una breve salutación a los presentes. Reinaba un silencio mortal.

“Es mentira que esté solo para defender la causa de Ben”, pensó Adams mientras intercambiaba una sonrisa con Asya a modo de saludo. “La comandante Bale es la persona más honesta que conozco y no me abandonará en la defensa de la plaza de Ben. Si ella misma

tuviera la más mínima duda sobre su propia capacidad para dirigir esta misión sería la primera persona en ceder su sitio”.

Maddock era un hombre de mirada enérgica, facilitada por unos ojos oscuros que se fijaban en los de su interlocutor sin pestañear, como si pretendiera absorber cada uno de sus pensamientos. Cercano a la sesentena de años, su cráneo afeitado realzaba sus cualidades y completaba sus rasgos faciales, habitualmente poco dados a ser expresivos. Revestía su actitud con una gesticulación solemne de rey de la antigüedad. Cada movimiento que efectuaba, cada gesto de sus manos o cómo ladeaba su cabeza al mirar en una u otra dirección, parecía destinado a ser captado por una cámara y quedar inmortalizado en una imagen memorable. Un hábito marcaba extraordinariamente el carácter de Jeremiah Maddock. Siempre pretendía dar a sus consideraciones el toque final de una mayor significancia, como si al concluir cada conferencia, conversación o disquisición, le correspondiera solo a él pronunciar la última palabra y esta debiera adquirir la dignidad de un sabio epitafio.

Jeremiah Maddock abrió la sesión con unas breves palabras.

—Tenemos dos puntos en el orden del día del comité. El primer punto es meramente informativo. Les comunico que el lanzamiento de la Ulyses va a adelantarse. ¿Fecha y hora? Se comunicará a los respectivos directores en el momento oportuno. – El presidente hizo una pausa mientras con la vista recorría la audiencia y evitaba los murmullos y comentarios que todos tenían ganas de hacerse. Jeremiah Maddock tenía la suficiente experiencia para saber que todos y cada uno de los científicos y técnicos que le miraban con

expresión contenido pensaban interiormente “imposible”. Él mismo había ocupado una de esas sillas como técnico unos años atrás y conocía de sobra el guion de ese tipo de discusiones— No me voy a enredar en un debate sobre los distintos problemas a los que nos enfrentamos. Sé de sobra que hay unos cuantos. Aun así la agencia necesita ganar ese tiempo imperiosamente y ni que decir tiene que este asunto debe permanecer en el más estricto secreto.

La mirada severa del presidente contuvo la evidente ola de protestas y objeciones y abortó a más de uno que quiso tomar la palabra con un gesto imperioso de su dedo índice.

—El segundo punto tiene que ver con las labores de investigación accesorias a desarrollar en Ignotus.

Adams enarcó la ceja, sorprendido, pero fue John Ellroy el que expuso lo que todos pensaban.

— ¿Labores de investigación accesorias? Dada la premura de la misión… el peligro que podría representar Ignotus… siempre habíamos descartado dedicar tiempo y presupuesto a…

— Para plantear la cuestión que hoy nos atañe les ruego tengan la bondad de prestar atención al doctor Shellenberger, reputado astrofísico, director del observatorio Keck de Mauna Loa. – Jeremiah Maddock interrumpió sin paliativos al jefe de vuelo, que se quedó con la palabra en la boca y expresión de resignación—. Como pueden imaginar, está realizando un exhaustivo seguimiento del objeto Ignotus. A medida que se aproxima al sistema solar contamos con mejores mediciones. Comprenderán por explicaciones ulteriores que el

interés de la NASA por conservar el liderazgo en la carrera espacial nos ha llevado a replantearnos nuestras prioridades en relación a la siguiente misión de la Ulyses. Sin más preámbulos le cedo la palabra, doctor Shellenberger.

El doctor, un hombre de mediana edad de pelo canoso y desordenado saludó a los presentes y sonrió mientras iniciaba su presentación. Se inclinaba excesivamente hacia delante, como si una pesada carga tirara de su barbilla y lo obligase a bajar la cabeza.

—Damas y caballeros, les presento a Ignotus – dijo mientras activaba la pantalla que se hallaba al fondo de la sala y señalaba extendiendo el brazo —. Ya sé que han oído hablar de él previamente – dijo logrando que muchos de los presentes esbozaran una sonrisa – Esta es la mejor imagen que hemos obtenido hasta la fecha. Como ven no hay duda de que se trata de un asteroide convencional de forma alargada… Si alguien esperaba descubrir una nave alienígena de aspecto rocambolesco lamento defraudarle — Algunos rieron la broma, incluido Ling, que soltó una sonora risotada.— Podemos concluir que Ignotus presenta una configuración irregular propia de un asteroide rocoso.

La imagen de un objeto pixelado y borroso, trazado en escala de grises, apareció en la pantalla situada en el fondo de la sala mientras descendía la luminosidad de la estancia para facilitar el contraste.

Adams escrutó la imagen mientras se mesaba la barbilla. “Bueno… vamos a ver cuál es el menú que nos tiene preparado el señor Shellenberger”, pensó. Frente a él, John Ellroy fruncía el ceño

con aire desconfiado.

—Esto que ven es la primera observación con relativa nitidez de un objeto de procedencia extrasolar, el segundo que hemos descubierto. Como pueden ver guarda algunas similitudes con nuestro viejo conocido Oumuamua, aunque son las cuestiones que lo diferencian las que más han llamado nuestra atención.

El doctor Shellenberger hizo una pausa y la pantalla presentó una sucesión de imágenes de Oumuamua que mostraba la trayectoria que trazó años atrás a través del sistema solar.

—Que sepamos, Oumuamua fue el primer objeto extrasolar que llegó hasta nosotros, y al igual que él, Ignotus procede de más allá de nuestro sistema, no hay duda al respecto. Viene además a una velocidad formidable y en pocos meses estará pasando muy cerca del Sol. Tanto que es probable que su trayectoria se altere, acelerando aún más su velocidad. Como recordarán, en esto también es similar a nuestro Oumuamua… aunque la trayectoria de ese asteroide nunca amenazó con cruzar la órbita de la Tierra. De hecho, muchas teorías fantasiosas dijeron que no se trataba de un simple objeto inerte porque esa trayectoria parecía claramente una maniobra de asistencia gravitacional, la misma que empleamos nosotros con nuestros satélites para ganar velocidad y llevarlos más lejos más rápidamente. En cualquier caso, nuestro equipo está planteando a la NASA que considere la posibilidad de obtener muestras de Ignotus y realizar una investigación exhaustiva sobre su superficie y composición… claro, si esto fuera factible. Sin duda sería una información valiosísima desde el punto de vista científico…

El doctor Shellenberger concluyó su exposición con una voz que se iba apagando paulatinamente, conforme era consciente que su proposición no participaba del entusiasmo de los presentes, a tenor de las miradas sombrías que le dirigían. Adams sintió como su pulso se aceleraba. Cientos de consideraciones cruzaban por su mente en ese instante. ¿Estaban hablando de ampliar la misión a Ignotus? Nunca se había considerado la posibilidad de dar un paseo espacial sobre su superficie. Era un cambio de planes que implicaba preparación y mentalización de la tripulación. Habría que establecer protocolos, seleccionar qué tipo de muestras se querrían recoger y quiénes se ocuparían de ello. A Adams no le gustaba cambiar los planes, y menos cuando se suponía que quedaba tan poco tiempo. Además, siempre había que estar atento al objetivo principal; tener que desviar a Ignotus de su trayectoria si esta se volvía peligrosa para la Tierra. Era fácil comprender que cualquier objetivo secundario sería problemático.

—Bien, antes de ulteriores explicaciones debo dejar claro que la cuestión de determinar qué objeto de una misión científica es digna o no de emprenderse es una decisión que no me atañe a mí determinar. De igual manera puedo decir lo mismo en relación con la decisión de la fecha y hora idónea para proceder al lanzamiento de una misión. – El doctor Shellenberger miró fijamente a Jeremiah Maddock mientras su cabeza parecía inclinarse incluso por debajo de la línea de sus hombros. El doctor Shellenberger aguardó a que el director de la NASA hiciera una señal de asentimiento y retomó la palabra – Me han pedido que proponga un adendum con propuestas

de investigación relacionadas con la misión Ulyses y es lo que he hecho. – explicó en tono defensivo. — Uno de los principales criterios de los que hemos procurado estar bien seguros es corroborar la procedencia de más allá de nuestro sistema solar del asteroide Ignotus… Esta cuestión está plenamente resuelta a estas alturas. El objeto Ignotus procede de un plano perpendicular a la elíptica y su velocidad es muy superior a la velocidad de escape del sistema solar. Un objeto así no podría proceder ni siquiera de la nube de Oort. – El doctor se ajustó las gafas con gesto pulcro. Después activó una nueva imagen en el proyector. Varias constelaciones se dibujaron sobre el fondo negro de un cielo estrellado. — La trayectoria, en concreto, del asteroide Ignotus es muy singular. Si intentáramos decir de qué sistema solar procede no hay una respuesta clara. Creo que vamos dar bastante trabajo a los chicos de computación – dijo mientras sonreía y giraba la cabeza de un lado a otro de la sala, abarcando con la mirada a todos los presentes.

Un ingeniero joven que vestía camisa a cuadros tomó la palabra.

— ¿No podría determinarse su procedencia como perteneciente a alguna estrella próxima al sistema solar?

—Estamos trabajando en averiguar su origen, pero lo que sí puedo asegurar sin temor a equivocarme es que Ignotus procede de una zona con muy baja densidad estelar. Eso nos lleva a pensar que seguramente venga de muy lejos… realmente lejos… si es que somos capaces de determinarlo con un umbral de seguridad fiable… Y no sólo es su origen lo que resulta intrigante. Sospechamos que Ignotus

no viene solo. Aunque tenemos indicios importantes de que no se trata de un cometa, parece que tiene un pequeño cortejo de objetos menores en su entorno. La presencia de gran número de objetos en órbita alrededor del asteroide nos hace sospechar sobre su naturaleza extremadamente densa. Se trata sin duda de un objeto muy peculiar e interesante para el estudio. Por eso hemos propuesto incorporar una serie de equipos de observación en la Ulyses para implementar mejor las características y composición de Ignotus y poder realizar in situ la correspondiente investigación.

—Eso que plantea es un completo absurdo.

El que interrumpió con palabras arrogantes al astrofísico era John Ellroy, uno de los artífices de la construcción de la Ulyses. Adams lo consideraba un engreído. “Tiene un ego más grande que el planeta que le vio nacer” era la breve descripción que hacía de él cuando quedaba a tomar unas cervezas con sus amigos del golf. Por otro lado, John Ellroy era de los pocos, por no decir el único, a excepción del propio Adams, que era capaz de plantar cara ante el todopoderoso Jeremiah Maddock sin que le temblara la voz.

John Ellroy se explicó.

—No veo en ese objeto, Ignotus, ninguna relevancia especial en relación a otros similares que puedan aparecer más tarde o más temprano en nuestra vecindad. ¿El hecho de que viene acompañado por un montón de cascotes espaciales es relevante? Si eso lo convertimos en una condición de interés científico estamos acabados. Si damos una vuelta por el cinturón de asteroides encontraríamos cientos de objetivos similares. – El físico hizo una mueca que venía a

decir: “es la cosa más vulgar del universo”. — Es verdad que reúne elementos que lo hacen similar al célebre Oumuamua… pero ahí mismo terminan sus puntos de interés. Estoy ojeando el memorándum que nos ha dejado, y veo índices de rotación y vectores de trayectoria que me parecen tan anodinos como cualquier roca flotante del cinturón de asteroides. Incluso su elevada densidad se me antoja que tiene más que ver con un error de cálculo notable ya que veo que la sigma del error en las mediciones es inusualmente alta. En fin, que desde mi punto de vista… la misión Ulyses tiene sentido como una salvaguarda que debe centrarse en evitar el impacto de Ignotus con la Tierra. Cualquier consideración que nos aleje de esa premisa nos puede restar eficacia en el objetivo realmente relevante. Todos conocen mi escepticismo inicial ante la misión Ulyses y solo cedí cuando se constató una ínfima posibilidad de que tal catástrofe pudiera ocurrir. Recuerdo que hemos planificado situar la Ulyses sobre un punto escogido de Ignotus a fin de aplicar con sus motores el impulso idóneo para desviarlo. Cualquier otro cálculo que nos aparte de ese programa me parece descabellado, además de añadir elementos de riesgo a una misión ya de por sí complicada. Lo que nos ocupa es preservar la vida en la Tierra.

Sus palabras sentaron como un jarro de agua fría sobre el ánimo del doctor Shellenberger, que se quedó pasmado con la boca abierta. Pero Adams comprendía que John estaba aunando el sentir de muchos de los técnicos y científicos de la misión, que no parecían muy predispuestos a centrar su atención en consideraciones accesorias teniendo una que podía considerarse absolutamente principal. Él

mismo coincidía en gran parte con ese análisis. Muchos optarían por una actitud conservadora. Ampliar el objeto de una misión espacial sobre la marcha implicaba una notable carga de trabajo adicional cuando la misión ya contaba con sobrados tintes dramáticos que dejarían las tareas añadidas como pura anécdota. El alegato propició que muchos de los presentes asentían en silencio las palabras de John Ellroy.

Sin embargo, el semblante del director de la NASA, habitualmente impertérrito, había variado ligeramente. Mantenía el aplomo, pero un rictus que Adams conocía muy bien mostraba un desagrado notable por las palabras de John Ellroy, como si hubiera tenido que comerse un sapo contra su voluntad. Liberó una exhalación más fuerte de lo normal a través de la nariz evidenciando que el presidente hacía un esfuerzo por contenerse.

Jeremiah Maddock dio una palmada en la mesa para acabar con los susurros y conversaciones a media voz que se habían iniciado y se hizo el silencio en la sala. Adams se percató que John había hablado como lo haría un político. Su preocupación por “preservar la vida en la Tierra” resultaba extemporánea, pero era ideal para después esgrimirla en otros escenarios como valedor de un objetivo tan loable, como si a los demás esa cuestión no les importara tanto. Miró asombrado a John cuando acabó de comprender lo que implicaba ese tipo de dialéctica. “Este tío está mirando el puesto de Jerry con codicia”.

Y el director de la Agencia no eludió la réplica.

—Señor Ellroy, me parece muy oportuna su preocupación por

la continuidad de la vida en el planeta – dijo en un tono en el que era fácil de captar el sarcasmo. Después el director de la NASA prosiguió con un tono comedido y monótono, como si la cuestión que estuvieran tratando fuera algo tan vulgar que no mereciera la pena esforzarse en explicar en exceso — Precisamente era un dato que me parece relevante mencionar en esta sala y su valiosa aportación me da pie a hacerla. De hecho, esta misma mañana he hablado con el señor Alba Simpson, como saben, el senador que preside el comité que supervisa nuestro presupuesto, y estaba notablemente preocupado por el gasto astronómico, nunca mejor dicho, que representa esta misión en el conjunto de la asignación que recibimos… Más de quinientos millones de dólares mensuales en, básicamente, supervisar y asegurar que un asteroide, con una probabilidad de impacto que no es significativa, pase de largo de la Tierra. Y estoy hablando de gastos ordinarios sin incluir la construcción del prototipo Ulyses – Adams pensó que esa era una andanada bajo la línea de flotación de John Ellroy, dado que él era el responsable en gran medida de esas cifras “astronómicas” – Pero no podemos ignorar que tras la misión subyacen ideas poderosas. ¿Quiénes van a salvar el mundo? Las naciones que contribuyen económica y científicamente en la misión gozarán de una merecida buena reputación, qué duda cabe. Pero todos sabemos que no vamos a ser los únicos en esta lid. – El presidente crispó su expresión. Adams reconoció que era capaz de intimidar a cualquiera cuando su semblante adquiría ese rictus. Estaba haciendo referencia a la que había sido la estrafalaria propuesta de un magnate de origen hispano, Peter Ram, que había anunciado meses atrás que él en persona iba a

ocuparse convenientemente de Ignotus. El anuncio, que muchos habían considerado se trataba de una eventual ocurrencia, se había consolidado con el tiempo en una alternativa que rivalizaba con el proyecto de la NASA. Cuánta más información llegaba de Ramspace Limited, más verosímil parecía su pretensión. — Siendo realistas, y espero que todos lo seamos, no podemos permitir que nuestra misión no cubra con sobrados resultados las expectativas que podamos suscitar. Por esa razón, el estudio científico de Ignotus no puede ser descartado de la presente misión. Se trata de un objeto que procede de más allá de nuestro sistema solar y vamos a llegar hasta allí. En algo nos tenemos que diferenciar de un pretencioso dandi con unas cuantas patentes millonarias en su bolsillo e ínfulas de convertirse en el salvador del mundo. – El director de la NASA hizo una pausa en la que su mirada perforó hasta la médula al airado John Ellroy – Ignotus nos ofrece una oportunidad de liderazgo y no la vamos a desperdiciar. Mejorar nuestra comprensión sobre la naturaleza de algo que proviene mucho más allá de nuestra familia cósmica puede suponer un conocimiento científico notable. Sé que les exijo mucho, y sería más cómodo limitarnos a vigilar de cerca a Ignotus… pero señores, esto es la NASA y no un grupo de jóvenes amigos metidos a vigilantes de la playa con ganas de lucir palmito en Instagram. Si vamos hasta Ignotus es para hacerlo bien, completamente bien. Por supuesto que la prioridad va a ser aterrizar en el lugar idóneo para impulsar a Ignotus convenientemente en caso de necesidad, pero una vez hecha esa maniobra nada nos impide desarrollar una actividad científica y profesional… o eso es al menos lo que el mundo entero espera de

nosotros.

La voz del presidente resultó concluyente, pero no para John Ellroy, que se aprestó a proseguir el debate.

— Señor director, con todo el respeto, llevamos meses, de hecho, algo más de un año, ultimando la misión a Ignotus. Mire a la gente en esta sala. Tripulación, equipo de ingenieros, científicos, … todos estamos listos para la acción. Hemos adaptado la Ulyses a las duras condiciones del viaje tan cercano al sol y no ha sido ni fácil ni barato. Comprendo que sería estupendo descubrir una roca de aspecto metálico, con brillantes y relucientes emblemas dorados sobre su superficie y un gran puente desde el cual una hilera de hombrecillos verdes nos saludaran con la mano… pero eso no va a suceder, ¿verdad? Lo más probable es que…

—Lo más probable es que la NASA culmine con éxito la misión de la Ulyses, —interrumpió tajante Jeremiah Maddock, — tanto en lo que respecta su objetivo de desviar a Ignotus de su ruta como en la obtención de muestras y realización de todo tipo de análisis de carácter científico que se establezcan. – El tono de voz del presidente era gélido. Adams intuyó que la aseveración de Jeremiah Maddock contenía un mensaje que sólo podía entender John Ellroy. – Le diré lo que va a suceder. Aunque es verdad que Ramspace Limited está preparando la misión tripulada a Ignotus con el idéntico objetivo de desviarlo de su curso, también es de sobra conocida su pretensión de dejar en ridículo esta Agencia. Peter Ram nos ningunea. Dice que abusamos del presupuesto público, que hace falta diez ingenieros de la NASA por cada uno de Ramspace Limited, y que con la cuarta parte de

nuestro presupuesto va a demostrar que se puede hacer lo mismo pero mucho mejor. Quiere ultrajarnos— la voz del presidente adquirió casi un timbre violento. — Nuestro competidor ahora mismo en la carrera espacial no es China ni ninguna otra potencia mundial, sino la industria privada aeroespacial encarnada en ese sujeto sin escrúpulos. Sabemos de primera mano que varias empresas de capital privado están interesadas en invertir en el campo de la minería espacial y Ramspace Limited quiere posicionarse como líder en este tipo de exploración y para ello pretende usarnos como chivo expiatorio. Con nuestro descrédito pretende liderar la exploración comercial del espacio. Y no pienso permitir que ese escarnio tenga lugar bajo mi mandato – La actitud severa del director de la NASA se acentuó con las palabras que siguieron. — Si no queremos convertirnos en una comparsa tenemos que estar allí. El presidente de la nación – Jeremiah remarcó esas palabras adrede — tiene especial interés en que el gobierno tenga siempre la última palabra en la materia porque se corre el riesgo de que la industria privada nos desbanque por completo en el dominio del espacio. He ahí el verdadero riesgo. Por eso es importante marcar la diferencia, por eso debemos ser los primeros en llegar allí, insisto especialmente en este punto, y retomar la iniciativa de la exploración espacial en el sentido más amplio de la palabra y recordar a toda la humanidad que el espacio no es comercio, es ciencia. — Jeremiah hizo una larga pausa en la que su mirada se clavó en los ojos de cada uno de los presentes. Adams tragó saliva involuntariamente cuando le llegó su turno. — Debemos mantener la iniciativa y recordar que nuestra guía es la luz del conocimiento, y no

un mero puñado de dólares.

Adams pensó que Jerry había utilizado la bomba atómica. Había citado al presidente de la nación, lo cual hacía que la misión propuesta a Ignotus resultara incontestable. Se preguntó por qué no lo había nombrado de entrada. Si lo hubiera hecho en el preámbulo de la presentación del doctor Shellenberger se habría evitado esa escaramuza… Entonces Adams sonrió. “Este cabrón quería que John Ellroy se retratara y poder así someterlo públicamente” Adams sacudió la cabeza. “Jerry es perro viejo… ya lo creo… perro viejo”.

El presidente hizo una larga pausa en la que los presentes saborearon el vapuleo dialéctico al que el pretencioso John Ellroy había sido sometido. Pero Adams también percibió un sentimiento distinto que se imponía entre los presentes, porque él mismo lo experimentaba. Era una tensión creciente. No era una emoción mala, todo lo contrario. Era la que precedía al trabajo intenso, la antesala de la vorágine de trabajar a contrarreloj propia de una misión en la que empiezan a surgir contratiempos, imprevistos, incluso retrasos y accidentes. Conocía el proceso. Hasta hacía un minuto parecía que había tiempo de sobra, que no había prisa… y de pronto surgían por docenas un sinfín de detalles que debían ser supervisados, problemas y errores a corregir, cambios de protocolos, nuevos cálculos para todo…

Entonces la reunión retomó el habitual ritmo de trabajo propio de cuando se sometía un objeto astronómico al escrutinio de los diferentes departamentos. Elucubraron sobre las diferentes características físicas y de trayectoria de Ignotus. Había poca información relevante aún y la mayoría de las exposiciones

abundaban en porcentajes de probabilidad. Repasaron el memorándum del doctor Shellenberger y las misiones científicas propuestas.

Cuando concluyeron el repaso Adams fue el primero en emitir su veredicto.

—El equipo técnico de la misión, la tripulación de vuelo y la propia Ulyses están en perfecta disposición para el lanzamiento. No se me ocurre ninguna razón por la que deba cambiarse ningún parámetro ni miembro de la tripulación. Las tareas propuestas básicamente consisten en recogidas de muestras y la realización de distintos tipos de mediciones y no suponen un gran esfuerzo. Además, creo que no hay que construir ningún tipo de dispositivo complejo sino tan solo instalar determinadas sondas y antenas… ingeniería no debería tener problema con facilitarnos el instrumental.

Adams remachó la última frase y logró que Jeremiah Maddock levantara la vista del dossier que estaba comentando con Kyle Reynolds y le mirara de reojo. No le había gustado su comentario en relación a que no había que “cambiar ningún miembro de la tripulación” y Adams comprendió que la advertencia de Lucy había dado en la diana.

En esta ocasión la propia comandante de la Ulyses, Asya Bale, efectuó un breve alegato que reforzaba lo expuesto por su superior.

—Señor Maddock, mi equipo goza de un ánimo excelente y su predisposición es magnífica. La tripulación está lista y preparada. Si tuviéramos que embarcar en unos pocos días las condiciones serían

igual de óptimas. No creo que el espíritu de trabajo con el que afrontemos un viaje al asteroide Ignotus varíe un ápice si se establecen objetivos científicos adicionales. Estamos listos y dispuestos a todo.

La comandante Bale concluyó con una espléndida sonrisa cargada de seguridad. “Se nota que tienen ganas de una aventura espacial. Buenos chicos”, pensó orgulloso Adams, que sentía a sus pupilos como parte de la familia a la que debía proteger. El que tenía cara de fastidio era John Ellroy. Tendrían que cumplimentar una serie de dispositivos requeridos para las misiones científicas. No eran complejos, pero implicaban trabajo, y si se quería hacer las cosas bien, mucho trabajo.

Cuando concluyó la reunión y todo el mundo abandonaba apresuradamente la sala de juntas Adams oyó al jefe Maddock con un último ruego.

—Jefe de equipo de vuelo y comandante de la Ulyses, necesito que se queden un momento conmigo. Es necesario resolver un último punto fuera del orden del día.

*****

Solo quedaron en la estancia además del director de la Agencia espacial y su ayudante, Kyle Reynolds, la comandante Bale y el propio Adams. “Al menos la compañía es grata”, pensó compungido el ingeniero pensando en la mujer que comandaba la Ulyses. Durante largos segundos en los que aguardaron a que la sala de juntas se vaciara por completo no dijeron palabra. Adams no quería facilitar las

cosas a Jerry y no pensaba contemporizar sobre temas intrascendentales para camuflar su nerviosismo. No sería la primera gresca dialéctica que tenía con Jeremiah Maddock, ni probablemente la última.

—Se trata del señor Benjamin Lantham. – El director fue directo al grano.

Adams no dijo nada, pero su evidente gesto de fastidio suponía una respuesta clara. Respiró con fuerza mientras aguardaba el golpe. “Qué será esta vez”.

—Sí, ya sé que no es el primer debate que tenemos en torno a la idoneidad de que figure como cabeza científica de la expedición, pero no me mire así, Adams. Yo no soy su enemigo – las palabras del presidente parecían sinceras y dejó que pasaran unos segundos para que surtieran efecto. Adams aflojó el semblante de contrariedad y se encaró con el director sin decir palabra. — Ya sabe que en anteriores ocasiones he tenido que dar pie a las peticiones para supervisar su candidatura. Es el protocolo, ni más ni menos.

—Y todos somos conscientes de que se trataban de patrañas y consideraciones muy poco objetivas, señor Maddock – respondió Adams con tono contundente. – Ben es un chico con un sentido del humor estrafalario, es cierto, pero se lo puede permitir, es el mejor.

—No lo entiendo. – Fue Asya la que concatenó la frase de Adams – Pensaba que la plaza del señor Lantham era más que segura. Ha superado todos los filtros y pruebas debidamente, e incluso las objeciones que se plantearon en su día fueron desestimadas… ¿Qué ha

sucedido ahora? Creo que el señor Lantham está completamente comprometido con la misión, en un grado muy superior al resto… Constituye un incentivo para todo el equipo. Nos ha obligado a todos los miembros de la tripulación de la Ulyses a ir mucho más allá del cien por cien de nuestra capacidad.

Adams agradeció enormemente el alegato de Asya si bien observó que había hablado con una vehemencia inesperada que lo sorprendió. Siempre había sido él el que había dado la cara por Ben. Comprender que tenía un importante aliado en la comandante de la misión suponía un gran alivio y la confirmación de que su valoración de Ben no era una apreciación subjetiva. No quería que su defensa del astronauta se tornara en una consideración de afectos personales. Sentía simpatía por Ben, pero si no estuviera convencido de que era el mejor, lo rechazaría sin pensarlo dos veces. Escogería al que reuniera las mejores aptitudes. Ese siempre había sido el lema, desde que era director de tripulaciones, al que había intentado ceñirse con la mayor honestidad.

—Sí, está claro que el señor Lantham es uno de nuestros mejores activos – aseveró Jeremiah en tono conciliador.

— ¿Uno de los mejores?... – Adams aprovechó para reforzar las palabras de Asya – Podemos repasar sus calificaciones científicas y de preparación física. Señor, da veinte vueltas al siguiente candidato.

—Sí, y sin embargo ha surgido un pero que escapa a nuestro poder de decisión… y cuando digo nuestro, quiero decir que supera con creces la capacidad de la NASA. Es un tema que viene de arriba, del Departamento de Estado… y debes creerme, Adams, que este tema

me fastidia tanto como a ti.

Adams enarcó las cejas, incrédulo. Jerry había abandonado los formalismos entre ellos, incluso en presencia de otras personas. Eso implicaba que intentaba transmitir un mensaje claro. Decía la verdad.

—Venga ya… ¿cuándo ha metido el Departamento de Estado las narices en la NASA? No me puedo creer que de nuevo tengamos que volver a hablar de las aptitudes psicológicas de Ben.

—Es algo que forma parte de los protocolos, está en la letra pequeña, si bien nunca había sido motivo de excluir a nadie de una misión. Es un precedente intranquilizador… y que ocurra ahora no me agrada lo más mínimo.

El presidente hizo una pausa que su ayudante, Kyle, se apresuró a rellenar con una explicación ulterior.

—Sospechamos que esta inspección rutinaria se ha excedido en sus competencias. Exhaustiva e intransigente… no parece que sea mera casualidad – una mirada compungida puso fin a su intervención.

—Lo cierto es que debemos prescindir del señor Lantham, al menos para esta misión – estableció el director Maddock con tono inapelable.

Asya y Adams intercambiaron una mirada de incredulidad. Ninguno de los dos comprendía exactamente qué procedimiento podía haber interferido en la misión Ulyses que no fuera los propios criterios de idoneidad de la misión, todos los cuales habían sido finalmente superados.

—Pero… ¿Quién? ¿Por qué? – Era Asya la que interrogaba

ahora cargada de extrañeza.

El director Maddock los miró de hito en hito durante unos largos segundos. Quería dar más fuerzas a las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—El FBI.

Tanto Adams como Asya preguntaron a la vez, incrédulos, ante la parca argumentación que acababa de exponer su director.

—Sí, es el pasado del señor Lantham lo que ha impedido obtener el visto bueno final… Ya saben que los astronautas que forman parte de una misión requieren el conforme de la agencia de seguridad. Hasta la fecha, en toda la historia de la NASA y hasta lo que yo sé, este trámite había sido pura formalidad. Sin embargo, la labor inspectora de la agencia de investigación federal ha revelado la existencia de lagunas en la memoria de nuestro candidato en su pasado…

— ¿El pasado? – interrumpió Adams incrédulo — ¿Pero es que acaso el señor Lantham es un terrorista o tiene vínculos con grupos extremistas o… es un delincuente…? — Adams no pudo evitar que sus palabras fueran en un crescendo de asombro, porque estaba convencido de que cualquier aseveración que se formulara en relación a Ben en el sentido de sembrar sospechas sobre su lealtad u honestidad era una completa insidia, tan ridícula como increíble.

—Sí, … me temo que es el pasado del señor Lantham lo que ha jugado en su contra. Obviamente no se ha vulnerado ningún protocolo de seguridad. La cuestión es que el señor Benjamín Lantham sufrió un

accidente aéreo en su adolescencia que le provocó una conmoción con una pérdida severa de memoria. Olvidó toda su vida hasta ese momento. Infancia y adolescencia. La agencia informó debidamente de ello al comité médico de la NASA instándole a un pronunciamiento que certificara cualquier posible incidencia negativa de ese episodio en la presente misión. Obviamente, interpelado de esa manera, el equipo médico ha tenido que cubrirse las espaldas y su veredicto ha sido el descarte. Es algo que lamento profundamente, pero al parecer el propio afectado ha sido incapaz de esclarecer las dudas del equipo investigador y como consecuencia de ello el gabinete médico lo ha declarado no apto.

—Pero… ¿de qué se le acusa? – Era Asya la que, inclinada hacia delante, preguntaba con ojos entrecerrados y voz de desconcierto, igualmente llena de incredulidad ante lo que estaba escuchando. — ¿Qué es lo que ha hecho exactamente? ¿Olvidar su infancia?

El director negó, con semblante igualmente desconcertado.

—Ni yo mismo lo acabo de entender, pero… no se trata de lo que ha hecho, … ni de lo que no. Es muy posible que el celo del FBI haya sido excesivo, a tenor que se conoce bien la vida de adulto del señor Lantham. Sin embargo, una de las conclusiones de su informe interpelaba directamente al comité médico. La cuestión que plantea la agencia de seguridad es si acaso una lesión cerebral ocasionada por ese trauma no podría manifestarse con cualquier otro síntoma que mermase las facultades del astronauta en cualquier momento de la misión. Es una interpelación muy delicada y que compromete

definitivamente al equipo médico.

Adams bufó enfadado.

—Eso no es una interpelación, es una pregunta sesgada. Podría buscar episodios de cualquier índole en la vida de cualquier tripulante de la Ulyses y acorralar al equipo médico con una pregunta similar ¿Y a cuento de qué el FBI se entromete y formula ese tipo de cuestiones a nuestros equipos médicos? – Adams se mostraba colérico y a duras penas era capaz de reprimir su enfado.

Hubo un largo silencio en el que Adams y Asya permanecieron en silencio, crispados, asumiendo una noticia que costaba asimilar. Adams sentía verdadero dolor por Ben. Conocía su interés por la misión. Era mucho más que "algo que quería hacer". Era su vocación personal. Esa noticia lo iba a destruir. Adams intentaba asimilar esa conjunción fatal de investigación del FBI y el dictamen médico pero la conexión entre ambas lo desconcertaba. Resultaba todo demasiado precipitado. No lo había visto venir. Estaba aún elucubrando aún sobre cómo podía haber ocurrido semejante catástrofe cuando sus pensamientos los interrumpió el director de la NASA.

—Señores. Desgraciadamente no tenemos opción. No puedo jugarme el tipo y emitir una dispensa sobre la resolución del comité médico. No ahora, en una misión donde el futuro del planeta puede estar en juego – concluyó con seriedad el director Maddock. – El presidente de la nación no consentiría un riesgo semejante.

Y antes de que Adams pudiera formular una nueva pregunta o exigir más explicaciones, el señor Maddock se levantó con aire formal,

se ajustó la chaqueta del traje con un gesto firme y elegante y se dirigió hacia la puerta de la sala escoltado por el diligente Kyle Reynolds, que caminaba tras él con la adustez propia de un pretor romano.

CAPITULO 6

Galveston es una ciudad pequeña al sur de Houston, en la costa del golfo de México, cuyo distrito histórico aún conserva un encanto victoriano. Solía ser uno de los lugares que ocasionalmente Asya y Ben empleaban para sus encuentros esporádicos. Tampoco era extraño que, de vez en cuando, se reuniera en algunos de sus locales especializados en pescado y marisco la tripulación al completo, incluyendo al propio director del equipo, Adams Sinclair, para celebrar algún acontecimiento o simplemente para comer y pasar una agradable tarde juntos. Asya y Ben habían elegido Galveston inicialmente para sus encuentros furtivos, pero comprendieron que era un lugar muy frecuentado por la gente de Houston y no sería extraño que alguien los sorprendiera un día saliendo por la puerta de alguno de los encantadores hoteles establecidos frente al litoral. Por eso habían decidido alquilar una pequeña casa familiar en las afueras de Houston, un lugar anodino y discreto.

Ahora, sin embargo, la situación era distinta. Asya había telefoneado a Ben y le había conminado a reunirse con ella cuanto antes, al día siguiente sin demora. Habían quedado esa mañana de domingo en la pequeña localidad, en una cafetería situada frente a uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Se trataba de una

construcción con un aire europeo decimonónico que contaba con grandes cristaleras coronadas por arcos de medio punto de aspecto clásico y cuya piedra de tono ambarino se combinaba con otra de tono arcilloso creando un contraste hermoso y singular. Era uno de sus lugares favoritos en pleno corazón del Strand. El lugar, público y lejos de su casa alquilada, ya avisaba a Ben que iba a ser diferente a sus otras citas.

Ben aguardaba impaciente y cuando observó a la mujer que esperaba avanzar hacia su mesa con su habitual desenvoltura no pudo evitar que el corazón se le acelerase. “Qué duda cabe que tienes buen gusto, campeón” pensó en medio de un torbellino de sentimientos encontrados. Siempre que la observaba sufría simultáneamente un incontenible amor por ella a la vez que era dolorosamente consciente de la necesidad de contener sus emociones para complacerla.

Se saludaron con un cariñoso beso en la mejilla. Hicieron el pedido a una solícita camarera y ambos se quedaron mirando el uno al otro, ella con cautela y él lleno de aprensión. Las gafas de sol ocultaban a Ben la mirada de la comandante, pero tan pronto se las quitó comprendió que la expresión habitualmente risueña se había esfumado. Asya estaba preocupada y sus rasgos lo denotaban con claridad.

—Ben… no sé cómo decirte esto… Ayer lo discutí con Adams y le insistí que me dejara a mí hablar contigo.

Ben sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. La expresión de Asya denotaba que se trataba de algo verdaderamente malo. La comandante intuyó cuales eran las

elucubraciones que pasaban rápidamente por la mente de su amante.

—Si es por la fiesta sorpresa que el equipo quería hacer por mi cumpleaños no temas, estoy al tanto – bromeó Ben, sin éxito, porque la expresión de Asya no varió ni un ápice. – Si es que se han enterado de lo nuestro… siempre podemos decir que tú me acosaste y me amenazaste con dejarme abandonado en Ignotus si no consentía tus caprichos sexuales…

—No, Ben… no tiene nada que ver con lo nuestro… pero sigue siendo terriblemente malo. Es… peor que malo.

Era evidente que le costaba anunciar lo que tuviera que decir. Su semblante estaba descompuesto y sus ojos parecían húmedos y enrojecidos. Ben tuvo la certeza que Asya había estado llorando hasta hacía poco.

—Te han dejado fuera de la misión, Ben.

Ben hizo un gesto de extrañeza, como de rechazo. No lograba asimilar el mensaje que le estaba transmitiendo Asya y tuvo que repetírselo varias veces antes de que la incredulidad y la incomprensión dieran paso a la rabia y a la frustración. La camarera les trajo en ese momento el desayuno que habían solicitado, pero Ben ni lo vio. Su campo visual se había reducido tanto que apenas veía a Asya sentada frente a él. Era como si el mundo que lo rodeaba, al completo, se hubiera esfumado y hubiera sido sustituido por una esfera de oscuridad que ensombrecía todo, que matizaba el cielo azul de un día despejado con un tamiz que confería a aquel hermoso escenario urbano un aspecto sombrío y lúgubre.

—No entiendo… ¿por qué? Debe tratarse de un error… tengo calificaciones muy superiores a ese chico que es mi suplente… James Joyce… por Dios… ¿van a enviar a Ignotus a un tío que se llama igual que el escritor que escribió Ulyses en una nave espacial del mismo nombre que el título de su libro?… — Ben se rió de su propio chiste — Voy a hablar con Adams hoy mismo porque eso es un disparate – Ben siguió hablando, casi para sí, insistiendo en la idea de que debía tratarse de un error. Incluso hizo un ademán, casi instintivo, de ponerse en pie. Estaba dispuesto a ir directamente al domicilio de Adams a pedirle explicaciones sobre la marcha.

—Me parece muy bien Ben, pero primero haz el favor de escucharme – le rogó Asya mientras le retenía con su mano — Te explicaré lo ocurrido y así sabrás de dónde viene todo esto.

Asya detalló entonces lo acontecido tras la reunión de dos días atrás.

—Cuando concluyó la reunión estaba demasiado conmocionada. Adams estaba dispuesto a hablar contigo esa misma noche, pero le rogué que me dejara hacerlo a mí. No quería eludir mi responsabilidad ni que pensarás que tenía algo que ver conmigo o que por alguna razón me acobardaba darte la noticia. – Asya miró con firmeza a Ben y este estaba seguro que sus sentimientos eran sinceros. – Créeme, esto me duele muchísimo… sé que no puede ser tanto como lo que tú estás sufriendo ahora… pero me ha destrozado, más incluso de lo que me habría figurado – comentó mientras su mano tomaba el antebrazo de Ben y lo apretaba con fuerza.

Aquel contacto le supuso un alivio inesperado. Amaba a

aquella mujer que siempre había insistido en que toda correspondencia sentimental era imposible y aquel simple gesto de afecto le conmovía hasta lo más hondo. Era la primera vez que veía un atisbo de que tal vez esa muralla no resultara tan infranqueable como siempre había parecido.

Pero el dolor permanecía dentro de él, carcomiéndolo por dentro con una intensa angustia, empujándolo a querer llorar como un niño. “Esta ola pasará… mañana veré esto de otra manera… eso o me tiro por un puente.”

—El vuelo espacial es mi vida. Siempre quise participar en misiones espaciales, y desde que recuerdo me he estado preparando para esto. ¿Qué haré ahora? – Ben miró al infinito, buscando inspiración para liberarse de la angustia. — Puedo intentar ser monologuista y explicar mi paso por la NASA… seguro que soy tan patético que la gente se ríe de lástima.

Asya parecía a punto de llorar, pero la broma le hizo esbozar una sonrisa.

Se miraron en silencio durante un largo rato. Ben sentía el alivio de la enorme corriente de empatía de Asya, pero se daba cuenta que era insuficiente. Ella se iría, seguiría con su carrera, prepararía la misión… y partiría. Dejarían de verse. No sólo era el final de su carrera en la NASA, era el final de su relación con Asya porque perderían el contacto, desaparecería la incitación carnal que inspiraba la proximidad. La excitación de la clandestinidad que había sazonado sus encuentros perdía toda su fuerza. El dolor se intensificaba.

Ben suspiró.

—Háblame de nuevo de la causa exacta.

—Tu infancia desaparecida, Ben.

— ¿Te refieres al hecho de que tras el accidente aéreo… perdí completamente la memoria… que hasta los dieciséis años no recuerdo nada…?

Asya asintió.

—Exacto. El hecho de que no puedas acreditar tu infancia correctamente parece que ha sido la excusa. Viviste en Jamaica con tus padres, pero lo has olvidado todo de ellos, y el FBI ha realizado pesquisas … y ha podido esclarecer más o menos correctamente tus orígenes, averiguando datos que incluso tú desconoces. Sin embargo, su informe ha tenido consecuencias. Forzaron a pronunciarse al gabinete médico y eso ha tenido una mala deriva. Declararon en contra de tu candidatura estableciendo que no es fiable un tripulante con una ausencia de memoria firme y daños cerebrales imposibles de evaluar correctamente. Pudiera haber otros daños… cuya aparición podrían ocurrir de forma inesperada. – Asya hizo una pausa, dejando que Ben asimilara la noticia — Hablé con Adams largo y tendido tras la reunión. Él entiende mejor que yo lo que está ocurriendo. Estamos absortos por nuestro trabajo y no lo hemos visto venir, pero según me explicó se está librando una batalla por el liderazgo de la NASA y John Ellroy está haciendo sus postulaciones. Adams cree que su estrategia es maquiavélica, pero según él, el jefe de vuelo es retorcido y ambicioso… y cuenta con apoyos importantes.

— ¿Y qué tengo yo que ver con su carrera política? No entiendo.

—Según Adams, John está buscando un punto débil, un talón de Aquiles con el que desbancar a Jeremiah Maddock de su cargo. Piénsalo. Caes tú, y él lo vestirá como una negligencia de la NASA… una supervisión que debía haber efectuado Adams y que se traducirá en un malgasto millonario de la Agencia y, en suma, no sólo en una mala decisión de Adams que no abordó correctamente su trabajo, sino también una responsabilidad de quién designó a Adams para ese cargo. Y estamos hablando de una misión que podría ser crucial para el destino de la humanidad. Adams cree haber deducido de las palabras del director de la Agencia que John Ellroy está urdiendo varias conspiraciones con el fin de derrocarlo. Parece ser que cuenta con el respaldo de numerosos representantes en la cámara legislativa.

Ben hizo un gesto de resignación. Si eso era así era una batalla que quedaba muy por encima de sus posibilidades. Ni siquiera se le ocurrió una chanza con la que hacer sonreír a Asya.

—Y esa insistencia del FBI en averiguar hasta el último detalle de mi pasado… pero ¿es que la influencia de John Ellroy llega tan arriba y tan lejos?

—Obviamente John es el peón de un lobby político más poderoso. Es el hombre de alguien importante de Washington, eso debe ser así, sin duda alguna.

Ben fue incapaz de consumir el desayuno que le habían servido y tan pronto apuró su capuchino pagaron la cuenta y se decidieron a

dar un paseo por el litoral, junto a una avenida flanqueada de casas de madera de dos y tres alturas pintadas con colores pastel.

A Ben le costaba hablar. Todo su ser era un amasijo de emociones tan dispares y fuertes y se alternaban con tanta fuerza dentro de él por imponerse que era incapaz de establecer cuál las dominaba a todas. Después de un rato sus ideas fueron aclarándose y un pensamiento cargado de fatalismo se asentó.

—A lo mejor está bien que haya sido así… — acabó diciendo en voz baja, mientras su vista se perdía en el horizonte. Pensó, como una idea lúcida, que ese momento iba a cristalizar como un recuerdo imborrable. Ese paseo junto al mar, acompañado de la mujer que amaba y que no le correspondía, en el día que se había roto la ilusión de su vida y era presa de una intensa desesperación se constituiría en un fragmento de su vida de una cualidad melancólica inolvidable. Era consciente que se encontraba en una de las encrucijadas más aciagas de su existencia y que probablemente las cosas jamás volverían a enderezarse a partir de ese momento. Una resignación desesperada domeñaba su espíritu.

—No te rindas Ben. Hablaremos con Adams…— Ben observó la expresión decidida, casi diría que indómita, de Asya, pero incapaz de contagiarse de su espíritu de lucha — Él ya está haciendo llamadas. Aguarda a que hable contigo. Sabes cómo es él. Nos considera poco más o menos como sus hijos… y a ti te adora. En confianza, te digo que él siempre me ha dicho que nunca ha tenido a alguien tan competente como tú.

Ben no pudo evitar esbozar una sonrisa de incredulidad,

aunque su semblante lo dominaba una profunda expresión de tristeza.

—Sí… créeme. Me lo dijo tantas veces que llegué a insistirle que debía nombrarte a ti comandante de la misión.

Ambos rieron el comentario desenfadado de Asya. Pero el buen humor fue un relámpago que pasó rápidamente por el ánimo de Ben sin dejar ningún poso.

—No, lo digo en serio, Asya. Creo… siempre he tenido algunas dudas acerca de mi idoneidad y no sé hasta qué punto ese informe médico no va desencaminado.

Asya le miró llena de asombro y le replicó seriamente.

—Eres una persona cuerda, equilibrada, con una capacidad de concentración bárbara, una condición física excelente… y una sangre fría envidiable. No he conocido a nadie más apto en toda la academia que tú… Ese pensamiento es absurdo, lo puedes desechar por completo.

Ben la miró pensativo y pensó “al diablo”.

—Nunca le he contado esto a nadie… pero hay algo que voy a confesarte ahora. Ocasionalmente tengo unos sueños extraños, muy vívidos… de hecho, más que sueños yo diría pesadillas. Y no hablo de los que me pides matrimonio con desesperación…

—Caramba, todo el mundo tiene sueños, Ben.

—No como los míos. Ya me he dado cuenta. Es algo a lo que no termino de acostumbrarme y aunque he tratado de ponerle solución, no la he hallado. —Ben hizo una pausa, rememorando hechos que jamás había revelado a nadie. — Acudí hace unos años a un

psicólogo… y después a otro. No… lo sueños convencionales son remanentes del consciente que se manifiestan en el subconsciente y que se borran de la memoria con suma facilidad. Yo tengo verdaderas vivencias que puedo recordar como si fueran experiencias propias… Son tan vívidas que me despierto completamente imbuido por emociones que me afectan…y que a veces duran horas, incluso días. Tengo que sosegarme cada vez que sufro una experiencia de ese tipo… y además resultan de lo más extraño.

Asya le observó preocupada y le tomó de la mano. Ben agradeció ese gesto infinitamente. Después de unos minutos andando, Ben prosiguió su relato. Era consciente que Asya aguardaba que continuara revelando sus dudas conforme al ritmo que él encontrara cómodo. Reflexionó sobre el orden correcto para confesar su secreto.

—No es algo habitual, pero sí esporádico – dijo finalmente. —Por ejemplo… hace unos días soñé algo extrañísimo. Me encontraba en una ciudad flotante, una estructura de metal blanco y reluciente construida sobre un océano de olas enormes y aguas oscuras, verdaderamente negras. El interior de la ciudad parecía a salvo del tiempo tormentoso que reinaba en el exterior… pero se trataba de una ciudad que languidecía, sin apenas habitantes. Había algo decadente en ese lugar… era palpable, como si asistiera al declive de esa civilización y se percibía un aura de infinita pesadumbre. Sin duda influía el hecho de que era una ciudad vacía… o casi vacía, pero había algo más. Era como si supiera algo que afectara profundamente a mi ánimo, pero ese conocimiento quedara excluido de mi sueño, como un secreto al que no tuviera acceso pero pudiera intuir. En mi sueño, ese

sentimiento de fatalidad predominaba como una losa y perduró varios días como un recuerdo amargo que prevalecía sobre todo lo demás –Ben estuvo a punto de decir “incluso de lo que siento por ti”, pero se contuvo —. Es verdad que una vez me desperté y comprendí que había sido un sueño experimenté un alivio enorme… pero basta recordar ese lugar para que mi humor se venga abajo. Me lleno de una intensa pena.

—No parece tan misterioso…

Pero Ben alzó la mano. Su relato aún no había concluido.

—No sólo es eso. He soñado en numerosas ocasiones con ese lugar y me han sucedido cosas verdaderamente sorprendentes, incluso muy desagradables, … pero hace unos días me relacioné con sus habitantes… No podría decir si eran personas como nosotros o no. En mi sueño se asemejaban a fantasmas, seres indefinibles, borrosos, como si fuera incapaz de enfocar mi vista correctamente en sus semblantes y toda su figura no fuera sino un trazo impreso en papel de dibujo que alguien ha borrado de manera irregular y tosca.

Ben hizo una pausa mientras Asya esperaba paciente que continuase su relato.

—No entiendo muy bien cómo, pero hablaba con uno de aquellos seres. Estaba construyendo algo importante y discutían. Había una idea que me resultaba sorprendente… al parecer habían encontrado explicación a un misterio del universo, uno importante y crucial, y… de alguna manera, planeaban hacer uso de ese descubrimiento. Lo cierto es que se produjo una discusión

desagradable. Cuando desperté tenía una impresión terrible. Estaba convencido de que un peligro enorme me acechaba. Era la emoción que había experimentado durante el sueño… y tardó varios días en desaparecer por completo. De hecho, todavía mantengo en mí la convicción de una amenaza… un presentimiento absurdo cuyo origen me resulta imposible de identificar pero que asocio con aquel sueño… basta pensar en ello para darme cuenta de que sigue latente. – Ben hizo una pausa e hizo la mueca de una sonrisa forzada — ¿Qué tal? Supongo que ya te he convencido de que deben ingresarme cuanto antes en el módulo de esquizofrénicos, en la sección de “echados completamente a perder”.

Asya se quedó pensativa.

—Todo eso parece absurdo… es decir, ¿qué pérdida de credibilidad tiene una persona que tiene sueños vívidos? Comprendo que sufrir pesadillas es algo terrible… pero es obvio, Ben, y créeme cuando te digo lo siguiente. Nada de eso ha afectado a tu rendimiento en la Academia ni en la fase de la preparación de la misión. Tu currículum es envidiable. Adams va a recurrir esa arbitrariedad. Eso que dices es una soberana tontería. ¿Quién no ha tenido pesadillas cuando experimenta una situación de estrés como la que sufrimos nosotros con la responsabilidad de la misión que tenemos sobre nuestros hombros? Pesa una gran losa sobre todos nosotros y tú la has somatizado de esa manera. Creo que sobrarían psicólogos dispuestos a avalar ese hecho.

Ambos callaron.

Ben consideró si debía seguir hablando sobre el tema, pero se

abstuvo. Ya había confiado demasiado en Asya, quizás en exceso. Desechó la idea de extenderse en más detalles.

La mañana se acercaba a su fin y optaron por despedirse. Ben observó la figura de Asya alejarse en busca de su coche. Pensó con tristeza que tal vez nunca más volvería a verla. Ben se daba perfecta cuenta que en lo sucesivo iba a ser muy difícil superar el dolor que iba a suscitar un reencuentro. No sólo era la afrenta de un amor no correspondido. A ese sentimiento se le añadía el recordatorio insufrible de su frustración por haber quedado fuera, de haber sido aparcado de la Ulyses y el viaje a Ignotus.

Mientras permanecía inmóvil en la calle, parado en una esquina al calor del mediodía, Ben sintió que su corazón permanecía más apagado y frío que nunca.

¿Y ahora qué, campeón?

CAPITULO 7

La sala estaba recargada de luces y abarrotada de público. Las principales cadenas nacionales estaban presentes y Peter se mostraba eufórico. Había estrechado las manos de directivos de grandes empresas norteamericanas, europeas, incluso asiáticas y australianas, conforme habían llegado a la presentación. La convocatoria había sido un éxito y no podría dejar de reconocérselo a Brenda, su magnífica asistente, una experta en derecho privado y fiscalidad que entre otras funciones ejercía de relaciones institucionales con una soltura que su juventud hacía inimaginable. De vez en cuando se asomaba entre bastidores para comprobar que el aforo rebosaba de capacidad y después comprobaba la hora. Quería iniciar la presentación con escrupulosa puntualidad.

Brenda efectuaba algunas indicaciones por su radiotransmisor al personal de la sala. Todos atendían meticulosamente sus indicaciones y no se reportaban incidencias. Brenda le hizo una señal en dirección a Peter para que comprendiera que no había ningún problema y se alejó para hablar con uno de los técnicos de sonido. Peter se deleitó en su figura esbelta y atractiva. Siempre había tenido como lema dar una oportunidad a gente joven que mostrara indicios de talento, de “brillo”, como a él le gustaba decir en español, y Brenda reunía muchas cualidades en un envoltorio de “lujo”, tal como él decía entre sus amigos íntimos.

Peter se dirigió entonces a los camerinos cercanos y no tardó mucho en localizar el que buscaba. Lo ocupaban varias maquilladoras que se afanaban en los últimos preparativos de las personas que le iban a acompañar en la presentación. El hombre vestía un traje oscuro y la mujer un entallado traje de noche que, al ponerse en pie, arrancó un “caramba” de Peter lleno de admiración.

—Es la hora…, debemos ser puntuales… así que vamos al escenario. Ya sabéis cómo va esto. En el sector privado no sólo hay que demostrar que sabes hacer las cosas bien, también hay que saber venderse.

Peter se aproximó entonces al escenario, sorteando el barullo de los bastidores y ya cerca del límite hizo la señal a Brenda de que todo estaba a punto. Ella a su vez dio instrucciones por su comunicador. Las luces de la sala se apagaron y una voz anunció por la megafonía que el acto estaba a punto de comenzar. Brenda se hizo cargo de sus acompañantes mientras Peter se preparaba para entrar en acción. Se movía nervioso y se ajustaba las mangas de su chaqueta con frecuencia.

Segundos después una música de carácter sideral subía de volumen gradualmente mientras una voz en off de un conocido actor hollywoodiense enunciaba un emotivo discurso. Entre tanto se proyectaba en la pantalla de la sala un colorido vídeo que mostraba un vistoso recorrido del sistema solar que terminaba en la misteriosa e insondable oscuridad que se hallaba más allá de sus límites.

“… una frontera que aún nos hallamos muy lejos de poder rebasar, pero de cuyas inalcanzables profundidades emerge un peligro

que solo una industria decidida y capaz será capaz de conjurar”.

Después la música ganó en vitalidad y ritmo y un último mensaje llenó la pantalla.

“Ramspace. Más allá de los límites.”

Varios haces de luz iluminaron súbitamente un punto del centro del escenario en el que se había situado Peter Ram, que saludó con una calurosa sonrisa. Recibió una intensa ovación de aplausos y algunos silbidos de júbilo de un público sorprendido por su aparición fulgurante.

—Amigos míos. Mi nombre es Pedro Ramírez, pero prefiero que me llamen Peter Ram – el público rió la presentación. Peter era un millonario de sobra conocido y su presentación, aunque prescindible, lograba infundir un aire campechano y familiar a su papel. — Es un placer para mí estar esta noche con todos vosotros, sobre todo porque tengo algo que compartir, un sueño, una ilusión, con la que he crecido y he albergado dentro de mí desde que era un crío. Afortunadamente ha llegado el día en el que tal vez la pueda ver cumplida. He tenido la fortuna de nacer en el seno de una familia acaudalada… no hace falta que explique mis orígenes, pero sí diré que fui la oveja negra… o al menos eso decía mi abuela– el público se rió con la exageración – Lo cierto es que nunca me conformé con lo que ya tenía y siempre fui un soñador. Necesitaba saber por mí mismo cuál era mi valía y cuáles eran mis límites… por eso me vine a este maravilloso país, cursé mis estudios y me aventuré en cuantas iniciativas empresariales pasaron por mi imaginación. – Peter hizo una pausa en la que miró al público con picardía – Y no me fue mal, creo. – El público rio con ganas su

comentario. Era uno de los hombres más ricos del mundo. – Siempre me ha interesado la disrupción, las tecnologías que suponen una ligera mejora de lo que ya tenemos me aburren. Mi mente necesita avanzar a saltos… a grandes saltos. – Peter hizo una pausa y esperó a que el público dejara de aplaudir. – Hace unos años decidí mirar al cielo y pensé que ya había llegado la hora de cumplir uno de mis deseos más importantes. Por eso mi último reto, Ramspace. El que crea que simplemente estoy pensando en hacer rentable la exploración del espacio más allá de la Tierra… es que no me conoce.

Entonces la iluminación se apagó y el escenario quedó a oscuras. Lentamente una música de carácter sideral subió progresivamente su volumen mientras la gran pantalla de cine recuperaba el protagonismo.

La voz en off narró cómo décadas atrás se había descubierto el primer objeto transolar que llegaba a nuestro sistema solar. Su visita sólo había sido posible estudiarla a través de imágenes de escasa resolución, pero su trayectoria y comportamiento habían despertado multitud de interrogantes. Oumuamua, que así se llamaba, estaba cargado de características fascinantes. No sólo era su origen, sino su trayectoria cercana al sol que iba a propiciar que el tirón gravitacional cambiara su rumbo y acelerara su velocidad. Su aspecto fusiforme, nada habitual para un objeto de esa naturaleza, habían despertado multitud de elucubraciones. Ahora se repetía la visita de un objeto que tenía características muy similares, pero con una particularidad que lo diferenciaba de cualquier otro objeto transolar que hubiera llegado con anterioridad a nuestro vecindario cósmico. Existía una

probabilidad, pequeña, de que, tras su paso cercano al Sol, tomara una ruta de interceptación con la Tierra.

La voz en off, extraordinariamente solemne, logró que el público contuviera el aliento.

“¿Es realmente una casualidad que un asteroide llegue a nuestro sistema y utilice el Sol en una precisa maniobra de aceleración y cambio de rumbo?” prosiguió la voz.

De nuevo la luz de un potente foco se centró en Peter Ram, que aplaudía el contenido de la proyección como el resto de la audiencia.

—Sí, lo admito…. el equipo de producción ha trabajado en muchas películas de ciencia ficción, se nota, ¿verdad? – Peter rio la broma junto con el público y después prosiguió con voz relajada — Muchos os preguntaréis por qué Ramspace ha tomado una iniciativa tan aventurada como abordar Ignotus a fin de desviar su trayectoria, caso de que sea necesario. Somos una empresa joven, es verdad, pero hemos consolidado rápidamente una tecnología sencilla y fiable para el vuelo espacial como todo el mundo sabe por los medios de comunicación. Veréis, como vosotros, he crecido con la visión que nos ha proporcionado el cine de naves espaciales capaces de viajar por el espacio con la facilidad de un velero que surca el mar, de ir de un planeta a otro con la soltura del que cruza el país de costa a costa… y he querido hacer ese mito realidad. Cuando fundé Ramspace no quería hacer una nave un poco más grande o un poco más rápida. Señoras y señores, lo que realmente quería… ¡era traer el futuro al presente! – el público aplaudió generosamente tras la exclamación de Peter – Sí, me he planteado la construcción de una nave espacial capaz de viajar al

cinturón de asteroides a extraer oro, o que sea capaz de llegar a Marte y volver a la Tierra sin que sus tripulantes estén casi seguros de que se van a inmolar como héroes del espacio. Y ha sido precisamente cuando el proyecto del Argonauta estaba próximo a su conclusión cuando Ignotus llega a nosotros… misterioso… amenazador… La ocasión perfecta para que el mundo conozca de lo que es capaz Ramspace.

Entonces se volvió y señaló de nuevo hacia la pantalla mientras que la luz del foco que lo iluminaba se desvanecía de nuevo.

La misma voz hacía ahora una disertación sobre los orígenes de Ramspace, de cómo Peter se había rodeado de los mejores y más prometedores científicos e ingenieros del mundo entero y había liderado la creación de una empresa de exploración espacial. Trabajaban guiados por la consigna de progreso, eficiencia y generación de beneficios que tenía como meta la explotación minera de asteroides tipo M, aquellos que cuentan con un alto contenido metálico en elementos poco abundantes en nuestro planeta y mantienen órbitas cercanas a la Tierra. Las cifras de negocio que llenaron la pantalla parecían apabullantes. Pero el dinero no era el único contenido que preocupaba a Ramspace Limited. La impronta de la empresa también venía marcada por el ansia de descubrir y conocer nuestro universo. Hasta la fecha la exploración del espacio había sido un territorio ocupado en exclusiva por los gobiernos del mundo, guiados por criterios muy distintos a los que rigen el funcionamiento de la economía mundial. Pero la tecnología auspiciada por Ramspace propiciaba otras formas de entender el acceso al espacio más

democráticas, interpretándolo como un nuevo territorio que brindaba una oportunidad universal, donde todo el mundo pudiera optar a una gama nueva de posibilidades que hasta hacía poco pertenecían al dominio de la imaginación. Ramspace Limited no había nacido simplemente para colocar satélites en órbita o explotar yacimientos mineros del espacio. Más allá se encontraban objetivos tan ambiciosos como colonizar Marte, la Luna, y cualquier otra luna del sistema solar, y liderar el camino que llevaría a la Humanidad a otra nueva etapa de su historia. Y todo ello se apoyaba en un bastión fundamental, El Argonauta.

La música cambió de ritmo y dio paso a través de un emotivo crescendo a un tema orquestal épico, acompañando las imágenes distintos diseños de un prototipo de nave espacial de aspecto vanguardista. Las imágenes mostraban infografías, ingenieros que estudiaban planos, al propio Peter en un hangar industrial enorme observando como varios robots efectuaban soldaduras sobre una estructura de metal de grandes dimensiones. Un vídeo mostraba al Argonauta como una nave espacial propia de las películas. Su diseño era llamativo, con la apariencia agresiva de una nave de combate, aunaba la fortaleza de una fisonomía robusta con la elegante esbeltez de un yate de lujo. Se mostraba desde distintos ángulos y finalmente una recreación en tres dimensiones de la nave despegando de la Tierra y alcanzando el espacio. La sucesión fue tan espectacular que el público se quedó sin aliento y tardó unos segundos en reaccionar y empezar a aplaudir rabiosamente cuando comprendieron que el vídeo explicativo había finalizado.

Ahora el foco volvió a centrarse en Peter. Mientras tanto la música iniciaba un adagio con unas notas iniciales pausadas y un ritmo lento mientras las imágenes se fundían a negro.

—Los que me conocen saben que soy un hombre de acción, prefiero siempre moverme a permanecer quieto en el mismo lugar…

La pantalla se iluminó ofreciendo la perspectiva aérea de un enorme hangar y las fotografías que se iban exponiendo sucesivamente eran el cronograma de construcción de una estructura enorme.

—… soy impaciente, y cuando una buena idea ocupa mi mente… necesito ponerla en práctica…

La música orquestal aceleraba su ritmo y las imágenes mostraban cómo la estructura había sido fotografiada desde el mismo ángulo aéreo numerosa cantidad de veces a lo largo del tiempo. Un ejército de grúas y vehículos se movían en fulgurantes movimientos en torno a un esqueleto metálico que crecía progresivamente hasta alcanzar enormes dimensiones. Fotograma a fotograma iba adquiriendo contenido y solidez a medida que avanzaba el tiempo. La sucesión de imágenes daba idea de una construcción acelerada de lo que a todas luces empezaba a asemejarse a las maquetas y diseños en tres dimensiones de las infografías que se habían mostrado previamente.

—… y no podría esperar mucho tiempo si mis científicos e ingenieros me decían que ese sueño….

La música estaba a punto de alcanzar un cénit. Ahora era

evidente que el Argonauta era una obra real porque los espectadores podían observar una nave espacial casi completamente construida de un diseño vanguardista y sofisticado, de líneas aerodinámicas como el más avezado de los deportivos, pero a una escala gigantesca. Una voz de asombro recorría la audiencia.

—… podía hacerse realidad!

Ahora un vídeo mostraba en todo su esplendor un enorme artefacto cuyo diseño se asemejaba a un avión con alas en forma de delta, erigido en posición vertical. Las toberas formaban parte de la propia nave, dotándole de un aspecto musculado y sólido. Todo contribuía a crear la impresión de que la manufactura del Argonauta no era humana… o al menos no se correspondía con la que podría haber construido la humanidad del siglo XXI. El color era inmaculadamente blanco salvo el logotipo de la empresa Ramspace estampado en dorado y negro en la zona de la carlinga y de discretas líneas doradas que remarcaban el contorno del fuselaje en sendos lomos laterales de la nave.

El ritmo de la música aminoró paulatinamente mientras el público iniciaba una portentosa ovación que se prolongó durante más de un largo minuto. La proyección que acababan de visualizar acreditaba que aquella maravilla de la ingeniería no era una elucubración ideal, sino una obra de metal tan real como los sillones sobre los que se hallaban sentados. El público, impresionado, se ponía en pie para proseguir su ovación. Peter sonreía radiante y él mismo también aplaudía y cedía el mérito de la obra a su equipo de ingenieros y científicos. Cuando los aplausos empezaron a menguar

tomó finalmente la palabra.

—Sí, el Argonauta está pensada para convertirse en la nave espacial con la que todos soñamos siendo niños. Hemos revolucionado la ciencia de materiales y la tecnología que incorpora garantiza una resistencia a los contrastes de temperatura que nos va a permitir mirar al espacio de una forma diferente a como nunca antes habíamos hecho. El sistema solar va a resultarnos mucho más accesible que nunca antes. Su rotor Biort—Savart, otra maravilla de nuestros ingenieros, servirá para generar un campo magnético que va a salvaguardar la vida de los que tripulemos el Argonauta de las peligrosas radiaciones del cosmos, incluidas las de nuestro Sol… Como saben estas radiaciones constituyen uno de los más graves inconvenientes que representa el acercamiento a Ignotus.

Las palabras de Peter habían despertado un murmullo de dudas entre el público. El magnate sonrió radiante al comprobar el revuelo que había causado.

—Sí, por supuesto, claro que pienso ir yo mismo en persona en la nave… sería un hipócrita si no confiara en la seguridad de mi propia creación — dijo dirigiéndose a uno de los periodistas que se sentaba en primera fila y lo había interpelado. Después se dirigió al público en general, — ¡No podía ser de otro modo! ¿No decía yo antes que el espacio me ha fascinado? Viajar más allá de nuestro planeta y descubrir otros mundos ha ocupado mis sueños desde que era un niño… ¿Iba a dejar pasar esta oportunidad? Por supuesto que no. Y no voy a ir sólo. Voy a estar muy bien acompañado. Quiero presentarles a las personas que han hecho este sueño realidad y sin cuyo trabajo y

dedicación el Argonauta no existiría.

—Señorita Carla Sandoval, piloto de pruebas del Ejército del Aire, ha aceptado el mando de esta fantástica nave espacial. Su práctica aeronáutica ha resultado crucial. Es nuestra mejor piloto del Argonauta… al menos según dictan los simuladores de vuelo.

Una mujer de aspecto hispano, de tez morena y sonrisa radiante, apareció en escena. Su traje de noche brillaba con mil destellos a la luz de los focos y recibió una ovación entusiasta del público.

—Y el Señor Gary Shultz, ingeniero director del proyecto, además de gran amigo personal desde tiempos inmemoriales. Si hay una persona a la que confiaría mi vida es a este hombre. Posee una larga y brillante trayectoria profesional y su currículum está cargado de patentes. Peter Ram no sería nadie sin su ayuda.

Gary, un hombre alto y corpulento de andar desgarbado, avanzó al centro del escenario cegado por los focos y ensordecido por la ovación del público, que agradeció con saludos y una espléndida sonrisa.

La ovación se prolongó durante más de un minuto y los tres miembros del Argonauta hicieron numerosas reverencias agradeciendo la admiración del público.

Peter retomó finalmente la palabra.

—Y Brenda Miller, mi mano derecha en la administración de Ramspace Limited. Sin ella esta empresa no estaría donde está. Puedo saber mucho de ingeniería y física, sí, pero ni en cuestiones

financieras ni legales soy capaz de desenvolverme como sabe hacerlo esta magnífica ejecutiva que ha sabido liderar un equipo de profesionales impecable.

Brenda Miller fue iluminada por los focos y lució una sonrisa sencilla que contribuyó a realzar los rasgos que la destacaban como una mujer joven y hermosa. El público redobló su ovación.

—Me falta a alguien más por presentar. La propia Argonauta… pero esta vez por dentro.

Las imágenes cambiaron y mostraron compartimentos con un aspecto aseado y ostentoso, más similar al camarote de un crucero de lujo que a una nave espacial con exiguos espacios para asearse y dormir. Esta vez el público prorrumpió en un intenso murmullo de admiración y en una ovación intensa que se prolongó a medida que proseguía el reportaje. Éste recorría las distintas zonas habitables del Argonauta en las que podía apreciarse el acabado exquisito y la apariencia inmejorable de mobiliario y los remates acolchados de las paredes interiores.

—Desde luego, he de reconocer que soy un sibarita incorregible… y si viajaba al espacio no estaba dispuesto a renunciar a ningún lujo – bromeó Peter siendo secundado por numerosas risas y algunos aplausos— Cuando veo esos habitáculos espaciales incómodos y desordenados atestados de enseres flotando caóticamente o hacinados en un espacio minúsculo… a mí eso me causa claustrofobia. Creo que esa estética quita las ganas de viajar al espacio a mucha gente… ¿verdad? Siempre pensé que el Argonauta debería ser un sitio fundamentalmente cómodo. ¿Por qué no podía ser como cualquiera de

las naves que salen en la popular serie Star Treck? – apuntó mientras guiñaba a la concurrencia— Deseaba en primer lugar que el mismo viaje fuera una experiencia placentera… ¡y mis diseñadores captaron la esencia de lo que quería!

El público volvió a aplaudir y Peter aprovechó para dar las gracias repetidas veces. Mientras la ovación final aún perduraba, tanto Peter como Carla, Brenda y Gary, que ocupaban el centro del escenario, hicieron numerosas reverencias y saludos y finalmente lo abandonaron.

*****

Minutos más tarde Brenda aguardaba entre bastidores a Peter con un dispositivo digital con el que había ido controlando distintos pormenores de la organización del evento y al que consultaba frecuentemente.

—Así que lo has hecho finalmente… has dicho que ibas a embarcarte en el Argonauta…— le reprendió con enfado al presidente de la compañía una vez éste hizo acto de presencia.

—Cariño, no tenía otra – respondió Peter mientras se secaba repetidamente el sudor de la frente con un pañuelo. – Pero déjame ver cómo están las cosas… venga… no seas mala…

Brenda puso gesto de estar en desacuerdo, pero le alargó la tableta después de consultar la información que le solicitaba su jefe. Mostraba un gráfico de cotización en Bolsa que llevaba un largo periodo de repuntes bajistas.

—Ajá… ahí estamos, mira, mira… en el fondo del cañón…

pero…

Peter señalaba a Brenda cómo la cotización de Ramspace empezaba un ligero repunte.

—Un uno por ciento… — Peter contenía el aliento mientas su sonrisa confiada se hacía cada vez más ancha — …. Ahora vamos por un tres… un cinco… ¿quién da más? ¿Qué te parece Brenda? ¿Ves cómo tenía yo razón? Tenía que embarcarme en el Argonauta, no había otra. La gente se está volviendo loca con ello.

—Digo yo que la presencia y diseño del Argonauta tendrán algo que ver… — dijo la ejecutiva de mal humor.

—Algo, sin duda —admitió Peter de excelente humor, que no tenía ninguna gana de discutir.

Brenda negó con la cabeza, disgustada, mientras Peter seguía atento a la información que aparecía en pantalla. El gráfico de velas mostraba un segmento vertical verde que cada vez se estiraba más y más hacia arriba.

—Fíjate, hemos superado el diez por ciento en unos minutos. Esto es fuego, cariño, ¡Ramspace se va directo al espacio!

Caminaban entre bastidores rumbo a la salida del edificio. Peter estaba eufórico y no paraba de dar órdenes y establecer cuál sería el próximo paso.

—El cronograma que trazamos es perfecto. Ahora nada de declaraciones aleatorias. Daremos exclusivas a los principales medios… hay que mantener el interés del público atento y el dinero de los inversores a mano… ¿por dónde vamos ya?

—Un veinte, — dijo Brenda mientras salían a la claridad del exterior con evidente tono de fastidio porque ese éxito corroboraba lo acertado de la consigna de Peter de formar parte de la tripulación del Argonauta.

—Veinte… es maravilloso, ¡maravilloso!

Se dirigieron a una calle cercana donde Peter había aparcado un vehículo de gran cilindrada de color negro. Una vez se subió al interior bajó la ventanilla y con la ceja interrogó a Brenda, que volvió a consultar la Tablet.

—Treinta y tres, Peter

—Maravilloso, perfecto… ¿te das cuenta? Estamos salvados… ¿Qué te dije? Que no iba a dejar que la empresa quebrara, y lo he hecho. Vamos a poder liquidar unos cuantos paquetes de acciones y dispondremos del efectivo que nos faltaba para iniciar la construcción del Heracles, ¡el segundo Argonauta! ¿Te das cuenta? Ahora… voy a celebrarlo…. Y tú no pongas esa cara de funeral… ¡disfruta este éxito! Nos hemos salvado, Brenda, ¡salvado! Y en gran parte también es obra tuya.

Brenda no pudo evitar lucir una sonrisa franca. Mientras el deportivo aceleraba raudo aún pudo oír a su jefe dándole un último consejo mientras agitaba la mano por fuera de la ventanilla.

— ¡Celébralo! ¡Es una orden!

CAPITULO 8

Varias semanas después

Ben Lantham descansaba sus brazos sobre una bruñida barra de madera de una cervecería. Había vaciado tres vasos de whisky, servidos generosamente, más rápido de lo aconsejable. Aun así, su pésimo estado de humor no había sido moderado por efecto del alcohol. Tenía ganas de golpear, de enfocar la furia que lo carcomía por dentro con la primera persona que se interpusiera en su camino.

Habían transcurrido varias semanas desde que le llegara su finiquito como astronauta acompañada de una oferta de trabajo como asesor técnico externo de la Agencia. Sería un instructor de nuevos aspirantes a astronautas que procedieran del ámbito de la ciencia. Implicaba una nómina notablemente inferior, pero lo que más le dolía no era eso, ni mucho menos. Era la cristalización de un hecho: para la NASA se había convertido en una persona no apta para viajar al espacio. Por supuesto, había rechazado la oferta.

Pese a todo, había intentado mantener su disciplinado estilo de vida. Aunque había guardado las apariencias, por dentro se había derrumbado. Gran parte de sus amistades se movían en el entorno de la NASA por lo que su trato se convertía en un recordatorio involuntario de la afrenta sufrida. Ben se burlaba de su propio

sufrimiento ante los demás. “Al parecer el examen psiquiátrico de aspirantes a salvar el mundo descarta a psicópatas y esquizofrénicos, ¡qué le vamos a hacer!”

Su sentido del humor lo mantenía a flote, aunque a duras penas. Odiaba la autocompasión y se esforzaba en mantener la cabeza bien alta, pero estaba desesperado por irse de Houston, empezar desde cero en otro lugar, con otra carrera profesional, fuera la que fuera, aunque cuando se tumbaba en la cama e intentaba dejar volar la imaginación buscando un futuro y una ocupación apetecible, ésta le trasladaba de inmediato al Centro de vuelo Johnson y a Asya. No había otra opción.

Y pensar en Asya no le suponía ningún consuelo, todo lo contrario. Le resultaba imposible evitar traer a su imaginación la vivencia de los momentos pasados juntos, pero lo que antes le inspiraba una excitación febril, ahora se limitaba a un recuerdo cargado de añoranza y melancolía. Jamás volvería a ser su compañera de misión, amiga y amante. Cuando después de haber hablado con ella en Galveston analizó las emociones que había experimentado aquella mañana de domingo se percató de que a su lado se sentía como si le hubieran amputado las piernas, una incómoda sensación de ser menos capaz, de no estar a su altura. Desde aquel día ella le había llamado en numerosas ocasiones, pero había optado por no contestar. A sus ojos debía resultar patético y para colmo no estaba de humor para interpretar el papel de amante indiferente. No era el momento. Solo, si tal vez más adelante llegaba un día dónde él encontrara un mínimo de autoestima, podría volverla a mirar a la cara, a sus hermosos ojos, y

decirle sin un ápice de debilidad, “Princesa, aquí está tu campeón”. Pero para esgrimir su humor socarrón con ella primero necesitaba recuperar su dignidad, volver a ser alguien, una persona con una meta, con un propósito. Y Ben, por más que daba vueltas a la cabeza, no era capaz de encontrar en qué dirección emprender un nuevo camino. Se sentía completamente desorientado.

Mientras apuraba un nuevo trago de su vaso observaba las noticias que exhibía el televisor del establecimiento.

“Todo listo para la Ulyses” rezaba el título de una sección de noticias que un elegante y canoso presentador se aprestaba a explicar. Ben maldijo en voz baja. No había manera de quitarse el asunto de la cabeza. Los rumores de que se pretendía adelantar la misión para abordar a Ignotus, el archifamoso asteroide extrasolar, había despertado las suspicacias de comentaristas y sido objeto de numerosas tertulias televisivas, además de tema recurrente de conspiración para todo tipo de *influencers*, que pronosticaban que la situación era mucho más grave de la que les querían hacer creer. Las voces que explicaban que el adelanto obedecía a una razón tan legítima como la de querer dejar definitivamente atrás a su competidor en la carrera espacial, Ramspace Limited, eran escasamente tenidas en cuenta. Las explicaciones del director de la Agencia Espacial en las que se enfatizaba que se trataba de una misión de exploración novedosa, que entrañaba un riesgo asumible y era capaz de aportar información científica relevante acerca de la naturaleza de otro sistema solar, eran directamente descartadas como insustanciales por los analistas. El mensaje de que se trataba de un

reto para el planeta y que la NASA estaría vigilante del cambio de trayectoria de Ignotus cuando pasara junto al Sol era la única consideración importante para el programa informativo y cualquier otra razón era desestimada por la prensa. Ben se sentía asqueado y dolido y se desahogó con el barman.

— ¿Ha visto eso? El dinero del contribuyente dilapidado en ir a visitar una roca del espacio – dijo con tono ofendido.

— Es peor que eso. Dicen que en la nave espacial van a embarcar a unos pocos multimillonarios y que después van a hacer que Ignotus impacte contra la Tierra… ya sabe, para hacer limpia y cuenta nueva. Así esos ricachones podrán repoblar el planeta a su gusto.

Ben gruñó. Esa teoría siempre le había superado.

—Sí, lo sé. Soy uno de los pocos elegidos a los que le han ofrecido un billete de esos, para salvar mis genes, pero la idea de repoblar el mundo con críos me agota. Demasiada responsabilidad y muchos biberones que preparar, ¿sabe?

El camarero le miró con desprecio, ofendido por cómo se había tomado su comentario, y siguió lavando vasos junto al fregadero.

El informativo hizo un breve resumen que abarcaba aspectos muy diferentes, desde los astronautas que participarían finalmente, la incertidumbre de la cuenta atrás para el lanzamiento, la explicación de la transformación de la Ulyses para soportar las altas temperaturas que iba a propiciar su trayectoria muy próxima al Sol, así como el ingenioso escudo magnético con el que se iba a proveer la nave. A

continuación se mostraba un diagrama que señalaba en qué punto se iba a interceptar a Ignotus conforme este cruzaba el sistema solar, así como los instrumentos científicos y sondas que iban a emplearse en documentar el encuentro.

Después fue la comandante Asya Bale la que era entrevistada. Ben maldijo. “Dios tiene un sentido del humor especial, no me cabe duda.” La sonrisa de Asya llenaba la pantalla. Se expresaba con la soltura y fluidez de una actriz de Hollywood. Resuelta, decidida, relajada, parecía que había nacido para dar la cara y salvar el mundo. “Tú no habrías hecho ese papel ni la mitad de bien y lo sabes”, se dijo compungido Ben mientras apuraba de un trago la última copa servida. La aparición inesperada de Asya en la pantalla le había dejado un poso amargo y necesitaba anularlo como fuera.

—Jodidos astronautas.

La barra de la cervecería estaba completamente vacía— sólo había un par de parroquianos ocupando una mesa al fondo del establecimiento – pero entonces Ben cayó en la cuenta de que sentado en un taburete próximo había un tipo de tez morena y pelo negro como el azabache. “La barra es larga de narices, pero voy a tener que joderme ahora con una conversación de borrachos. Esto marcha… y eso que estamos a lunes”. A Ben le sonaba la cara y dedujo que se trataba de un habitual del establecimiento con ganas de compartir copas.

Le dirigió una mirada del estilo “no estoy por la labor” pero el hombre, de mediana edad, le hizo un guiño cómplice cargado de intención.

—Son todos unos soplagaitas —comentó mientras señalaba con el pulgar al televisor—. Sé bien cómo funciona la administración pública, créame. Lo mío es el sector privado, pero he tenido que lidiar mucho más de lo que me gustaría con políticos cabrones y funcionarios tocapelotas… Yo le explicaré cómo funcionan las cosas en el sector público – dijo mientras le daba un ligero codazo— Hay una máxima que todo político recuerda cada mañana cuando se mira en el espejo: Lo importante, lo verdaderamente importante, es salvar mi culo.

—Observo que tiene una profunda formación intelectual en materia política – comentó Ben con ironía.

—Amigo, ya verá como…

—Usted y yo no somos amigos.

—Oh, eso es verdad… todavía no lo somos.

El hombre le dirigió una sonrisa franca mientras le tendía la mano.

—Aunque todos en el mundillo me conocen como…

Ben se limitó a soltar un billete de veinte sobre la barra y se levantó, dando la espalda al inoportuno bocazas, dispuesto a irse.

—Sé que ha sido jodido que le dejen fuera de esa misión, en el cacharro ese, la Ulyses, pero créame, no se le ha perdido nada en la NASA, al menos nada bueno. De hecho, se lo digo ahora, es lo mejor que le podía suceder.

Ben primero se plantó. Sintió como las palabras pronunciadas por el desconocido le envenenaban y finalmente se volvió lentamente

con ánimo belicoso. Dirigió una mirada cargada de rabia al entrometido que había metido el dedo en la llaga sin ser consciente del daño que hacía. Sus puños se crispaban por la tensión. Estaba dispuesto a liberar toda su frustración en ese preciso momento.

—Usted no sabe nada de mí.

Pronunció las palabras en un tono suave, pero amenazador.

—Por lo que veo, usted tampoco sabe nada de mí – respondió el otro con voz irónica y arrogante a la vez.

—Ahora déjeme en paz si no quiere que le parta la cara —gruñó Ben.

—Muy bien, muy bien… comprendo que esté furioso – replicó el hombre.

Ben se volvió, y se dirigió a la salida del establecimiento, con ganas de abandonar la conversación insidiosa de aquel hombre. En el exterior el día era luminoso, de una intensidad que le hizo fruncir el ceño. Se puso sus gafas de sol mientras comprobaba por el rabillo del ojo que su molesto interlocutor seguía sus pasos. Sus palabras de despedida llegaron nítidas hasta él, justo antes de que la puerta terminara de cerrarse.

– Me gusta su carácter, pero sólo cuando es capaz de bromear. La ironía es una señal de inteligencia, ¿sabe? – dijo a guisa de despedida mientras metía una tarjeta de visita en el bolsillo de la chaqueta de Ben, tan rápido que este no lo pudo evitar. – Usted a mí no me recuerda, pero yo a usted sí.

Ben lo contempló con rabia, que se transformó en incredulidad

cuando una limusina de aspecto flamante se detuvo a recogerlo. La sonrisa imperturbable del hombre desapareció tras la luna tintada del vehículo.

“Peter Ram. Presidente ejecutivo. Ramspace Limited” leyó Ben en la tarjeta de tipografía vanguardista, con letras en molde blanco mate sobre fondo negro satinado.

CAPITULO 9

Jay Bruno era un joven astrofísico que había entrado en Ramspace Limited gracias a una beca dispensada por la corporación. Acceder a su programa de formación tecnológica, de lo más vanguardista que podía encontrarse en el mercado académico, se había constituido en una meca por la que suspiraba todo licenciado en ciencias. Y la realidad no había defraudado sus expectativas. Era cierto que el ambiente de trabajo era cómodo y se disfrutaba de una libertad casi total. Pero también era palpable que existía mucha presión para obtener resultados. La competitividad interna era la marca de la casa. Se fomentaba la creatividad y el trabajo en equipo, pero Jay ya había aprendido en sus carnes que debía ser lo suficientemente astuto para evitar que las contribuciones más brillantes no le fueran arrebatadas por un compañero con pocos escrúpulos o un jefe ambicioso. Por eso había hecho todo lo posible para presentar su descubrimiento más sobresaliente directamente al jefe, al todopoderoso Peter Ram, obviando una larga fila de supervisores y directores que se interponían entre él y su objetivo.

No había sido cosa fácil.

De entrada, había obtenido un rotundo no. La agenda del señor Ramírez estaba saturada y no podía tomar tiempo para recibir a uno

de sus empleados. Había múltiples canales para hacer llegar información crítica a dónde fuera necesario y las reclamaciones laborales o de índole salarial no eran asunto del gran jefe. Comprendió que había obrado con torpeza. Menos mal que Linda, su novia, una abogada que se manejaba perfectamente en un prestigioso bufete especializado en causas medioambientales, le asesoró acerca de cómo debía proceder. Y había sido un cambio radical. La cuestión era hacer llegar la información debida a una persona cercana al presidente de la compañía, y esta había sido Brenda Miller, la secretaria, y decían las malas lenguas, que amante de Peter Ram.

A diferencia del jefe, ella no tenía una escolta ni una agenda tan abarrotada de reuniones y compromisos. Era mucho más accesible y a Jay no le costó dar con ella en el enorme hall de entrada de la sede corporativa cuando una mañana en cuestión se propuso abordarla fuera como fuera.

—Señorita Miller… soy Jay Bruno …— el astrofísico sintió como se secaba su boca repentinamente atenazada por los nervios. Había captado la atención de la guapa directiva, y cuando sintió su mirada inquisidora posada sobre él sintió que no iba a dar la talla. Brenda tenía la capacidad de intimidar a los hombres. Su belleza no era fría y distante, todo lo contrario, y sus trajes entallados que ensalzaban su figura femenina servían de recordatorio que era la segunda persona en importancia en la compañía. Tal cúmulo de circunstancias resultaba abrumador para Jay. – Soy miembro del equipo de astrofísicos que estamos evaluando la misión… ya sabe, órbitas, vectores de acercamiento, combustible … y entre otras

cosas… también observamos Ignotus.

Jay se detuvo y volvió a tragar saliva. Su voz había sonado demasiado temblorosa y necesitaba rearmarse de valor.

— ¿Sí? – Brenda le inquirió mientras le miraba con interés, como si intentara saber antes de que dijera palabra de qué trataba todo aquello.

—Sí, verá… he desarrollado un algoritmo… ya sabe, uno para depurar las imágenes de Ignotus. Está realmente lejos y nuestros mejores satélites nos brindan imágenes raw con una falta de nitidez terrible… — Jay sonrió con torpeza — … y el caso es que para mejorar la resolución se aplican diferentes técnicas gaussianas. He tenido la suerte de dar con un algoritmo que me ha brindado resultados realmente inesperados…

— ¿Qué quiere decir?

Jay hizo un gesto de impotencia mientras suspiraba.

—Es un asunto muy delicado. Sólo debería hablarlo con el propio señor Ramírez… le puedo dejar mi tarjeta y cuando les venga bien… solo serán unos minutos, pero… bueno, no sé, yo creo... a mí me parece que…

Brenda suspiró y tomó la tarjeta de su mano con resolución definitiva.

—Le llamaremos. – dijo mientras se alejaba con un rápido taconeo.

—Es importante… de veras – atinó a decir en un desesperado intento de llamar la atención de la asistente del multimillonario.

Jay suspiró. Sentía la camisa empapada de sudor… pero lo había hecho. Ahora ya no dependía de él.

CAPITULO 10

Probabilidad de impacto de Ignotus, una entre cien mil
Observatorio de Paranal, Chile

—A ver Jay, cuéntame qué te ocurre.

Linda, desde la cocina, le requería para que le contara sus problemas. Se había quejado de lo taciturno que estaba últimamente y por fin Jay, que en general era muy poco dado a compartir sus problemas laborales con su novia, había accedido a contárselos unos minutos antes, cuando aún yacían exhaustos en la cama después de un despertar apasionado de domingo por la mañana.

Cuando al fin Linda se acercó con una bandeja cargada con el desayuno y se sentó en la mesa Jay se encontró con que no pudo eludir más el tema. Hacía unas semanas atrás había pasado por alto unas observaciones de Ignotus y un compañero se había llevado todo el mérito. Sospechaba que Ignotus se desplazaba en compañía de un gran número de cascotes espaciales y había compartido sus conjeturas con un compañero que se limitó a unir los puntos y llevarse todas las medallas. Ahora tenía un hallazgo en la mano y quería jugar bien sus cartas.

—Es el dichoso descubrimiento que he hecho, Linda.

Linda arqueó las cejas, esperando que el misterio que enunciaba Jay le fuera aclarado.

—Como sabes llevo un tiempo depurando un programa para mejorar la resolución de nuestros telescopios.

—Sí, como unas gafas graduadas ajustadas al grado que necesita un miope… ya me has contado eso, — asintió con interés mientras se servía un zumo de naranja.

—Exacto… exacto…

Jay hizo una pausa. Le gustaría contarle todo a Linda… pero le parecía arriesgado. Si había mantenido el secreto a salvo hasta la fecha así debía seguir siendo. Linda era locuaz, tenía multitud de amistades íntimas… algunas amigas trabajaban en importantes medios de comunicación… Jay sabía que Linda jamás obraría de mala fe, pero no confiaba mucho en su discreción. Una de las frases favoritas con las que solía iniciar una conversación con sus amigas era "No se lo cuentes a nadie. Fíjate de lo que me acabo de enterar…"

—Bien… he descubierto algo extraño en el asteroide Ignotus… a ese al que va a viajar la Ulyses de la NASA y el Argonauta de Ramspace.

Linda rio.

—Por Dios, Jay, cuando me das explicaciones pueriles logras que…— Linda sacudió la cabeza sin acabar la frase. — Sí, sé qué asteroide es Ignotus porque desde hace una año y medio no se habla de otra cosa en todos lados sino de las probabilidades que tiene de acabar con la humanidad entera – Calló. Observó que Jay buscaba las

palabras exactas para proseguir. Aprovechó para untar una tostada con mantequilla y después mermelada. Le dio un enorme mordisco y mientras lo masticaba gruñó para que su novio prosiguiera con su explicación.

—Es importante… ese descubrimiento es importante, Linda— Jay se sentía un poco molesto por el hecho de que el tema del que hablaban no debía ser trivializado, y la actitud superficial de Linda le molestaba un poco. Habría puesto más interés si le hubiera dicho que iba a confesarle un chismorreo del trabajo.

— ¿Importante? ¡Anda ya!... Me estás diciendo que ese asteroide es … ¿una nave espacial alienígena que viene a conquistar la Tierra? – Linda rio. Estaba de buen humor y era propensa a gastar bromas.

Jay suspiró. Se había excedido en su objetivo de despertar el interés de su novia.

—No… no… no se trata de eso por Dios. Cuando digo importante es… quiero decir… es algo de índole científica. Tiene interés desde el punto de vista profesional, para el mundo académico… es algo que a ti te resultaría muy aburrido si tuviera que explicártelo.

Linda asintió y Jay se sintió complacido. Se daba cuenta que había conducido a su novia al punto de interés exacto en el que quería que prestara atención. Algo importante, pero no demasiado.

—El caso es que estoy en un verdadero dilema moral. Cuando tienes entre tus manos un descubrimiento que puede ser importante

para toda la comunidad científica, pero a su vez debes lealtad a la empresa que te ha contratado y a la que debes ese descubrimiento.

Linda masticó más despacio.

—Sí… eso tiene que ver con lo que te aconsejé hace unos días…. Que debías abordar a alguien cercano al presidente. Lograste hablar con la señorita Miller, ¿verdad?

—Exacto.

—Pero ahora tienes escrúpulos en relación a si lo que has hecho es correcto o no.

Jay asintió.

—No sé si debería hacer público mi hallazgo o entregarlo al señor Ramírez para que disponga de él según considere. En el poco tiempo que llevo trabajando en Ramspace me doy cuenta que un descubrimiento así se empleará en generar beneficios para la empresa.

Linda emitió un leve ronroneo mientras meditaba.

— ¿Tú crees que eso que has descubierto lo harán público tarde o temprano?

—No les quedará otra, sí. Si van a ir dos naves espaciales hasta ese objeto, sin duda. O bien somos nosotros, o bien es la NASA.

Linda sonrió.

—Tú mismo te has respondido, tontorrón – le contestó su novia sonriente mientras le arrojaba una miga de pan a la cara.

Jay sonrió.

—Sí… además, la señorita Miller me ha dado cita para la

semana que viene, así que mi suerte está echada. Lo que pasa es que… mi vocación de científico se pelea con el sentimiento de lealtad a Ramspace…

—Sí… te conozco bien— le repuso Linda con una sonrisa— tú lo que quieres es llevarte la fama de ese descubrimiento misterioso. No me engañas.

—No… no, claro que no es así, por supuesto que no. ¿Fama?... no, qué tontería.

“Sí, sí, maldita sea, así es… ya lo creo que sí”.

CAPITULO 11

Peter canturreaba mientras procedía a la tediosa labor de firmar un largo contrato. Pasaba páginas rápidamente mientras estampaba su rúbrica en cada hoja del documento. El abogado de la corporación asistía a la ceremonia con mirada solemne mientras que Brenda paseaba nerviosa de un extremo al otro de la amplia estancia. Su taconeo rítmico crispaba ocasionalmente los nervios a Peter, que de vez en cuando le lanzaba una mirada asesina, a la cual ella le devolvía otra no menos cargada de intención.

Se hallaban en su despacho, situado en un emblemático rascacielos de planta circular en el corazón del barrio financiero de Houston. Desde allí se podía disfrutar de unas vistas de los edificios de acero y cristal que albergaban oficinas de reconocidas multinacionales y más allá, el pequeño río Búfalo Bayou que conducía su lento caudal hacia su desembocadura, en la bahía de Galveston, distinguible en lontananza como una borrosa línea clara despuntando en el horizonte. El cielo de una azul prístino lo atemperaba el ventanal ligeramente ahumado que recorría uno de los límites del despacho.

Cuando Peter terminó la tarea emitió un largo suspiro y su mirada se enfrentó con la de la mujer, tan fría e inexpresiva como sólo una ejecutiva de alta dirección descontenta es capaz de mostrar.

—Muy bien, ha sido un placer firmar las nuevas cláusulas del

Consejo de Administración, Andrew.

El abogado enarcó una ceja y sonrió levemente.

—Sí, creo que así la Junta estará realmente satisfecha. Es un acuerdo razonable para todas las partes, – dijo mientras recogía el legajo de papeles y los ordenaba.

—Te invitaría a tomar algo… pero ya sabes cómo es presidir una gran corporación… ¡no hay tiempo para el placer!

—No te preocupes, Peter. Otro día será.

Después se levantó y se marchó. Fue Brenda la que estalló cuando el abogado cerró la puerta tras de sí.

— ¡Te están acorralando, Peter! Es el jodido Leo Branson que representa a los bancos el que está apretándote las tuercas. No deberías haber firmado, eso es lo que digo.

Peter suspiró.

—Qué más quisiera yo… pero si no firmaba estaría desacatando un acuerdo de la Junta… y eso es una declaración de guerra. No. Ya lo hemos hablado. Quiero que mi popularidad suba y que los minoristas de la empresa deleguen su voto en mí… hasta que no tenga un porcentaje suficiente no puedo dar un paso en falso. Y ya ves – ahora Peter sonrió con franqueza – mi aventura espacial ha ayudado mucho a subir puntos, ¿no crees? Hemos alejado el fantasma de la OPA hostil que Leo estaba preparando y las arcas de la compañía están llenas. ¡El camino se despeja! – concluyó con una sonrisa radiante y una exclamación enfática.

Brenda sacudió la cabeza mostrando su desacuerdo, y se sentó

en la mesa, frente a él.

—No sé, no sé… tú estás convencido de que lograrás apartarte de la misión a Ignotus en el último segundo… y yo no lo veo tan fácil… ¿qué pasará cuando anuncies que relegas tu puesto en otro astronauta? Has participado en tertulias en *primetime* hablando sobre eso, te han dado portadas de periódicos y revistas y has sido *trending topic* en *twitter*… ¡a nivel mundial! ¿Y crees que el público va a perdonarte que no te subas al Argonauta? Eres más popular que Elon, querido… pero eso va a tener un precio que vas a tener que pagar… o de lo contrario tu credibilidad se irá a la mierda.

Brenda habló con toda la aspereza de la que era capaz. Al fin se había desahogado del pensamiento que más la asustaba. Su expresión era severa.

—Brenda, cariño, no hace falta que te pongas así.

Pero Brenda tenía los ojos humedecidos. Mantenía los brazos crispados sobre el regazo y los labios cerraban su boca con expresión firme. Peter se puso en pie y se acercó a ella. La rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla al que ella ni se molestó en responder.

—Cariño, cariño… ya lo hemos hablado. No debes preocuparte por mí, ¿verdad? Ya sabes como soy yo. Es mi carácter latino, impulsivo e… irresistible. Confío absolutamente, te lo ruego…. – se separó de ella y se dirigió hacia el ventanal. – Sé que tengo capacidad de improvisación y las situaciones límite me favorecen. Siempre ha sido así y no creo que esta vez vaya a ser diferente. Me siento cómodo con la presión. Vamos a ver… aún hay tiempo por delante para que el

Argonauta despegue, seguro que ocurre cualquier cosa que nos obliga a cambiar de planes… tú ya sabes cómo son estas cosas. Permanece tranquila, ¿de acuerdo?

— ¿Preocuparme por ti? Ya me gustaría no tener que preocuparme por ti… pero eres como un niño que para escapar de un lío se mete en una travesura mayor… y me inquieta todo lo que estás haciendo y la situación financiera de la empresa… Tú dices que las arcas están llenas y lamento discrepar con esa perspectiva. Tienes demasiadas cosas en marcha y te niegas a parar siquiera la construcción del segundo prototipo del Argonauta. Te conozco bien… y por eso te temo. Has salvado un *matchball* con tu presentación del Argonauta. Tenemos liquidez para completar la misión y poco más… y tú estás organizando con Gary la construcción del Heracles. Hay que medir bien los pasos que damos y eso implica que no te pierdas por ahí unos cuántos meses de frívolo paseo espacial. La compañía no se lo puede permitir.

Peter se irguió y soltó una carcajada.

—Por Dios mujer. ¿Tú me ves embarcando en el Argonauta y poniéndome camino del Sol? Amo a Ramspace… es mi mejor proyecto, pero ni en sueños haría algo así, comprendes… ni en sueños. Y si esa eventualidad llegara a pasar… Ramspace quedaría en buenas manos.

— ¿En buenas manos? ¿Te refieres a ese Leo Branson que encabeza tu oposición en la junta y que si pudiera te echaba a patadas?

Peter rió con ganas.

—Lo que no sabes, querida Brenda, es que en esos papeles que he firmado, entre otras cosas, te nombro mi representante plenipotenciario en la Junta, así que serás tú la que me sustituya en caso de que sea inevitable mi partida. – Peter volvió a reír observando la expresión perpleja de su ejecutiva favorita – Pobre Leo, si solo le tratas la mitad de bien que a mí se las vas a hacer pasar canutas.

Y volvió a reír encantado con la idea mientras Brenda gruñía, taciturna, y se dirigía hacia la puerta.

—He concertado una reunión con uno de tus jóvenes talentos para el próximo lunes. Creo que tiene algo importante y me temo que solo te lo va a contar a ti.

CAPITULO 12

Adams siempre había admirado el ambiente confortable que caracterizaba la vivienda de Ben. Reinaba un agradable desorden, como al que aspira un fotógrafo profesional que elabora reportajes sobre viviendas de exquisita decoración pero que no pretende que sus fotos resulten impersonales, como si se hubieran hecho en el perfecto decorado de una tienda de muebles. Siempre había algo, lo justo, como una prenda abandonada en un mueble, un libro abierto en una mesita, una botella de licor sobre el mueble bar, que sin llegar a convertirse en algo que pudiera considerarse caótico, inspiraban la idea de una vida placentera y cómoda.

Unas vistas fantásticas del centro financiero de Houston hacían de su flamante piso una vivienda privilegiada. El parqué, bruñido, de una madera oscura de nogal, reflejaban imperceptiblemente el mobiliario moderno de la vivienda. La extensa sala de estar enlazaba en una única estancia con el comedor y con una cocina que, según el gusto de Adams, resultaba excesivamente vanguardista. Él, más habituado a una estética más clásica, siempre le había reprochado a Ben que “aquello” se asemejaba más a un laboratorio de investigaciones ultra avanzadas que al lugar dónde se guisa un estofado.

El cielo permanecía gris y el día, que estaba próximo a

concluir, era frío. No obstante, reinaba una temperatura confortable en la vivienda y Adams se había desprendido de su chaqueta favorita de cuero dejándola sobre uno de los sillones. Ben le miraba desde el sofá en el que aguardaba que iniciara la conversación. Con su camisa blanca bien planchada, que llevaba por fuera del pantalón y remangada hasta la altura del codo, lucía el aspecto impecable de alguien que acaba de levantarse y asearse. No, no era el hombre abatido que Adams esperaba encontrar sumido en un profundo pozo de autocompasión. Todo lo contrario, irradiaba una alegría que resultaba difícil de contener.

—Me alegra ver que no te has dado a la bebida ni a la vida disipada, Ben… — dijo mientras se sentaba pesadamente en un sillón cercano. – Te veo con un aspecto inmejorable.

Adams había oído algunos rumores nada halagüeños que mencionaban a Ben como habitual de muchos antros nocturnos de Houston.

—Por supuesto que no me he dado a la bebida y a la vida disipada. Lo estuve considerando detenidamente y sabes que soy una persona que no se anda con subterfugios. Aquí me tienes, directamente enchufado al consumo de drogas duras y adicto a la prostitución de alto standing. ¿Vida disipada? ¡En absoluto!

Adams sonrió feliz al comprobar que el gusto de Ben por las chanzas no había decaído un ápice. Después miró a su alrededor, buscando un indicio, algo que le diera pie a iniciar la conversación por cualquier tema intrascendente. “No puedo hablar de las vistas otra vez… ya le he dicho que son espléndidas cuando entré”.

No había una foto, un cuadro, algo que le incitara a hablar de cualquier tema intrascendente. Observó unos papeles sobre la mesa. “Estimado señor Lantham… “Resultaba demasiado maleducado fisgar en algo personal. Pensaba en que debería coger el toro por los cuernos, pero Ben interrumpió sus pensamientos y le solicitó que le indicara qué le apetecía tomar. Adams gruñó y eligió su bourbon preferido, una marca que Ben siempre tenía disponible en su casa en su honor. Cuando le acercó la copa se tomó un buen trago antes de iniciar la conversación.

—Anda Ben, cuéntame qué planes tienes. Sé que rechazaste el trabajo de monitor externo que te ofrecieron. Menuda mierda.

—Sí, creo que habría preferido a que el propio Jeremiah Maddock me sacudiera un par de directos a la mandíbula que recibir esa contraoferta. Sus habilidades empáticas se parecen mucho a una prensadora hidráulica.

—Hablaré con él si quieres.

—Ni te molestes, de veras.

Adams echó un trago a su bebida.

—Y ahora, Ben… ¿qué planes tienes?

—Ir a Ignotus, por supuesto.

Adams sonrió y después rió. “Este cabrón no para de bromear ni un segundo”.

—No, en serio Adams, hablo completamente en serio. Voy a Ignotus.

Adams parpadeó. Tardó en comprender unos segundos que la

sonrisa de Ben no era un farol y otros cinco segundos más en inferir a qué se refería. Dejó la copa sobre la mesita que tenía frente a él. Tuvo que mirar a Ben fijamente para cerciorarse una vez más que no le estaba embaucando.

— ¿No me digas qué?… ¿con ese tío? ¿en serio? – a cada pregunta de Adams, Ben sonreía radiante.

Adams sacudió la cabeza, incrédulo, y volvió a beber un largo trago de bourbon. El calor se deslizó en su interior y le provocó una oleada de bienestar que aplacó la angustia que había brotado súbitamente. Le entraron ganas de reír.

—Venga ya… no me digas que ahora te vas a convertir en una estrella del rock. Tienes que reconocer que ese hombre es más un *showman* que un ingeniero. ¿De verdad crees que ese cacharro tan grande va a conseguir despegar de la torre de lanzamiento? Menudo playboy el tío. Más que un astronauta parece que estás participando en un circo, ¿eh muchacho?

—Ya me he comprado la nariz de payaso —rió Ben ufano. Después se dirigió a Adams en un tono más serio. —Peter es muy excéntrico en todos los sentidos de la palabra. Imagínate, aún no ha designado al cuarto tripulante de la misión. Está esperando a que le llegue la inspiración, según dice él. Reconozco que no es santo de mi devoción, pero objetivamente ha hecho cosas admirables. Dirige un proyecto espacial mucho más avanzado de lo que jamás había imaginado y quiere dejaros en evidencia. En un tiempo formidablemente corto ha erigido una industria capaz de construir un prototipo que va a ser mucho mejor de lo que la NASA ha hecho

jamás.

Adams bufó, en desacuerdo absoluto con ese comentario.

—Dices eso porque ahora formas parte de su equipo y te paga bien.

Ben se encogió de hombros

—Peter tiene gente de talento de sobra a su alrededor… y, de hecho, creo que sé por qué me ha contratado. Creo que lo va a presentar como un agravio más para la NASA. Como comprenderás, no me importa en absoluto.

Adams asintió ahora más serio. Comprendía que Ben estaba dolido.

—Un astronauta que la Agencia deshecha, él lo convierte en la piedra angular de su proyecto. Una manera de mostrar cómo dilapidamos los recursos en la agencia pública. Touché – murmuró Adams en voz baja.

—Ten en cuenta que es muy posible que cuando llegue el momento de pulsar el botón de ignición para desplazar a Ignotus de su trayectoria, Peter delegue ese honor en mí… así que yo seré el hombre que aprieta el botón y así no sólo manda a tomar por saco a Ignotus, sino también a la NASA.

Ambos brindaron, risueños.

—Así que ahora vamos a competir por llegar primero a Ignotus.

—Eso mismo.

—Lo vais a tener jodidamente difícil.

—Bueno… no sé si eso de llegar primeros va a ser un problema para nosotros… o para la NASA.

Adams se acomodó en su sillón y observó la panorámica de la ciudad. Después detuvo la mirada en una pared del fondo del salón. Varios títulos universitarios colgaban uno junto a otro. No le caía bien el “cowboy del espacio”, como solía referirse a Peter Ram en privado, y prefería cambiar de tema.

— ¿Cómo elegiste carreras tan dispares, Ben? Es obvio que tienes una mente privilegiada… pero, geología… ¡biología!... aún no me has explicado por qué tanto estudio.

—Siempre creí que podría hacer carrera como astronauta y pensé que era mejor tener dos boletos en vez de uno — comentó con una sonrisa. Después se rió. – Bueno, lo cierto es mucho más prosaico. Cuando empecé biología había una chica de geología que me volvía loco. Empecé esa carrera por un capricho sentimental. Después resultó que eran materias que se me daban bien y compaginaba a las mil maravillas. – Adams le miró extrañado exigiendo una explicación— Cuando salíamos a hacer excursiones para obtener muestras o hacer estudios tanto me valía para una cosa como para la otra. La gente decía, mira ese saltamontes multicolor que molón resulta, y yo les decía con voz de empollón redomado, está apoyado sobre una calcopirita muy chula… ya ves. Además, tanta excursión me sirvió para estar en forma. Este espléndido cuerpo de atleta ha sido cultivado ex profeso subiendo y bajando montañas de toda la nación buscando especímenes de todo tipo.

Adams asintió divertido. Iba a comentar algo, pero se dio cuenta que Ben permanecía pensativo.

— ¿Y qué pasó con esa chica de geología?

—Se metió en bellas artes.

Ambos rieron con ganas.

—Sí, siempre supe lo que quería y estudié las materias que pensé que me ayudarían en mi deseo de explorar el espacio. – Ben jugueteó con su copa, haciendo que los hielos tintineasen mientras era evidente que su mente le traía viejos recuerdos. — Por cierto, te olvidaste de mi especialidad, la microbiología… es una de las más interesantes. Siempre he considerado que ser un especialista en desentrañar los secretos del origen de la vida serviría de preparación idónea a la hora de viajar a otros planetas… o asteroides… como es el caso.

El semblante de Ben se congeló en una expresión reflexiva mientras miraba las nubes grises desplazarse velozmente por el firmamento. Adams tomó otro trago.

—Siento mucho lo ocurrido… — Adams no podía evitar decirle eso cada vez que lo veía. En gran medida se sentía culpable por haber sido incapaz de mantenerlo en el programa — No sé… ¿quién nos iba a decir que esa revisión rutinaria del FBI iba a acabar así?

Sorprendentemente Ben sonrió y miró con expresión pacífica a Adams.

—Oh, ni yo mismo lo entiendo. Supongo que hasta mi adolescencia tuve una vida normal, pero lo cierto es que soy

completamente incapaz de recordar absolutamente nada de antes del accidente aéreo —dijo con voz cansada—. El gabinete médico estaba al tanto de eso… pero claro, una cosa es saberlo oficiosamente y otra muy distinto que te requiera el FBI para dar un dictamen oficial sobre el asunto. Nadie quiso poner la mano en el fuego por mí. Lo entiendo.

—Puedes creerme hijo, si no fuera por el cabrón de John Ellroy tú estarías todavía dentro de la misión. Los rumores dicen que está apuntando a la cabeza de la Agencia, directamente a Jerry, entre los dos ojos. El muy hijo de su madre… Cada día que pasa estoy más convencido de que está buscando cómo derribar a Jerry a través de ti primero… y después de mí.

Ben asintió. También se puso cómodo en su asiento e imitó la postura de Adams.

—Mi padre tenía una explotación azucarera muy próspera de la cual tengo algunas fotografías y sólo sé las cosas que me han contado. Pero tanto él como mi madre fallecieron en el accidente aéreo… en el que perdí la memoria. Me quedé huérfano con quince años… y no recordaba a nadie, ni siquiera a mis mejores amigos. Dado que tenía doble nacionalidad el albacea consideró oportuno que regresara al país a estudiar, a Florida. Para mí no supuso ningún trauma, es más, yo creo que todos lo consideraron un alivio. No lograba adaptarme a mi vida allí de nuevo, y para empezar de cero era mejor hacerlo aquí. Me resultaría más fácil admitir que no conocía a nadie y que todo me era nuevo. Estuve en varios internados. En ninguno de ellos llegué a establecerme verdaderamente, pero hice buenos amigos.

— ¿Y no tenías más familia? … te criaste verdaderamente solo…

—Mis padres no tenían hermanos… ambos eran hijos únicos, así que no, no tuve con quien contar… Y solo guardo unas pocas fotografías de ellos…. Las miro, pero no puedo identificar al verlas ningún sentimiento anterior al accidente. Del resto de cosas, lo poco que tenía, se perdió entre traslados y propiedades que el albacea vendió. Cuando vine a vivir a los Estados Unidos apenas pude meter algunas cosas en mi equipaje y con el tiempo descubrí que todo lo que se había quedado en Jamaica se había perdido con la venta de las propiedades de mi familia. Obviamente, tampoco echaba nada en falta.

— ¿No tienes ningún recuerdo de tus padres entonces?

Ben negó, pero después sus ojos se iluminaron al posarse su mirada en un objeto cercano.

—Sí, ahora que lo pienso… mira. Es bien poca cosa, pero es de los pocos objetos que guardo de mi infancia.

Y se acercó a una cómoda y tomó un objeto decorativo que reposaba sobre ella. Era de las escasas pertenencias que decoraban la sala de estar y Adams había asumido que simplemente era un objeto de tipo étnico de decoración impersonal, al igual que un par de óleos abstractos que decoraban la sala y que a él se le antojaban siniestros. Sus trazos eran agresivos, oscuros y alternaban con pinceladas ocres. Creaban siluetas indefinibles que se intuían como algo amenazador.

— ¿Qué es? – preguntó mientras su atención se fijaba en el

pequeño cofre de forma ovalada y madera oscura muy bruñida.

—Es caoba jamaicana. Una obra de artesanía de un maestro local. Según me dijeron le gustaba mucho a mi padre… Cuando tuve que elegir cuatro cosas para traerme conmigo… no sé muy bien por qué, elegí este trasto como recuerdo. Realmente es una caja que tiene un extraño mecanismo de apertura para guardar objetos pequeños y valiosos, una especie de joyero. Es verdaderamente difícil de abrir – le dijo a Adams mientras se lo tendía para que lo examinara.

Adams lo tomó en su mano y forcejeó infructuosamente, sin mucho entusiasmo, más que por otra razón por no ser maleducado. Mientras lo hacía observaba la iconografía que decoraba la tapa, tallada con motivos arbóreos y de aspecto africano. No lograba descubrir el secreto de su apertura.

—Esa caja … — murmuró Ben – siempre ha despertado sentimientos encontrados en mí. Tengo la seguridad que su contenido es importante, y a veces he estado horas obsesionado con su apertura, convencido de su trascendencia… pero a la vez me inspira una sensación profundamente desagradable, como si guardara un secreto de familia del que es mejor prescindir.

Adams asintió, perplejo, y examinó la caja de nuevo con más atención, interesado por los sentimientos encontrados que despertaba ese artilugio. Era sólida y maciza, pero se apreciaban las líneas de distintos gajos de madera encajados con una precisión láser.

— ¿De veras que esto se deshace como por ensalmo si se aprieta de la forma debida?

—Así creo recordar que me explicaron – repuso Ben. – De todas formas, por la razón que sea, me inspira curiosidad y rechazo a partes iguales.

Adams forcejeó con el mecanismo un poco más, pero se rindió.

—Ese ha sido el principal problema que ha puesto el FBI… —suspiró Adams resignado mientras devolvía la caja a Ben— Supongo que querían saber que hasta la última molécula de tu cuerpo viene de serie, con el ADN debidamente marcado con las barras y estrellas… pero mi opinión es que estaban buscando el eslabón frágil de la cadena, cualquier cosa que se pudiera emplear. El caso es que eso destapó el cuadro médico… Válgame el cielo, menuda conspiración tan insensata. Y James no está a tu altura. Están trasladando una guerra política a un ámbito de acción de máxima trascendencia. Son unos insensatos.

Ben sacudió de nuevo los hombros, resignado, y miró a su alrededor.

— ¿Sabes? Creo que… ha sido lo mejor que nos podía pasar a todos – dijo mientras sonreía y señala su sien con el índice – Vete a saber.

Adams lo miró extrañado.

—No te lo había contado. Ahora ya me da igual. Lo cierto es que ocasionalmente tengo sueños extraños. No tengo ni idea de si se trata algo relacionado con el accidente o no – comentó al ver el gesto de protesta de Adams – Sí, no sé decirte. Lo único cierto es que son muy vívidos y logran alterar mi estado de ánimo. Creo que es algo

anecdótico, en cualquier caso.

Su vista reposó entonces sobre el documento que descansaba sobre la mesa. Sonrió y se lo ofreció a Adams.

—Fíjate en esto. En uno de los sueños participaba de un descubrimiento científico… y como esos sueños me tenían sobre ascuas decidí ver si podría tener un ápice de credibilidad, así que … redacté sus premisas y las envié a varios departamentos de mecánica cuántica de distintas universidades… y también a otras instituciones y empresas.

Adams enarcó las cejas y rio asombrado y con voz grave mientras tomaba el documento y lo ojeaba atentamente.

— ¿Mecánica cuántica has dicho? Que yo recuerde nunca estudiaste física, Ben.

—No es cierto exactamente. Unas nociones básicas siempre he tenido. Y, por otro lado, la premisa del sueño resultaba muy sencilla de enunciar. Básicamente consiste en un enfoque nuevo de algo que está verificado experimentalmente; las fluctuaciones cuánticas de vacío.

— ¿Fluctuaciones cuánticas de vacío? ¿Y qué tiene que decir un experto buscador de saltamontes sobre calcopiritas al respecto? –preguntó Adams lleno de asombro.

Ben se rio por el comentario.

—Mi postulado se basa en las fluctuaciones cuánticas de vacío. Está establecido que son energéticamente neutras, ya sabes, explican el fenómeno de creación y anulación instantánea de una partícula y su

antipartícula… Pero también ocurre algo más, al menos es lo que yo propongo. Alteran el espacio a nivel cuántico. O, dicho de otro modo, son las responsables de lo que la ciencia moderna llama energía oscura… ya sabes, la fuerza que altera el espacio tiempo.

— ¿Altera?

—Lo expande, de hecho. Bueno… es más sofisticado que eso. Según el postulado que hago de cómo operan las fluctuaciones cuánticas de vacío explica perfectamente la actual expansión del universo. El espacio se expande de una forma acelerada. La razón es simple. Cuanto más espacio existe, contamos con más vacío que genera más energía oscura. Se retroalimenta y eso genera la aceleración. Ya ha habido postulados similares apuntando en la misma dirección. Sin embargo… no constituyen ninguna de ellas una explicación completa.

—Ah, ¿no? – preguntó Adams divertido.

—Sí, no resuelve uno de los misterios de la cosmología moderna. Tiene que ver con el hecho de que tras el Big Bang hubo una expansión extraordinariamente rápida del universo, como sabes, una expansión inflacionaria que duró una fracción de segundo, pero que expandió el universo más rápido que la velocidad de la luz. Después de eso la expansión prosiguió, pero a una velocidad decreciente hasta que, en un momento determinado de la historia, hace varios miles de millones de años, ¡zas!, por una razón desconocida el universo empieza a expandirse cada vez más rápido. Mi modelo resuelve esta última parte.

Adams le miró con asombro al descubrir en Ben a algo más que un cosmólogo aficionado. Ben se vio obligado a explicarse.

—Bueno, ¡sólo es una teoría! Su desarrollo llevaría a explicar la energía oscura y la expansión acelerada del universo que ocurre actualmente y su posible vinculación con las fluctuaciones cuánticas de vacío. Yo simplemente me limitaba a preguntar si esa quimera podría ser real. Planteaba una formulación muy sencilla que intentaba desarrollar lo mejor que se me ocurrió, pero sorprendentemente original. Mis conocimientos de física cuántica no son demasiado extensos, como comprenderás.

Adams suspiró mientras hojeaba el documento.

—Esa materia no es mi fuerte precisamente. Mucho menos entiendo el galimatías que veo aquí. Me decías que ya ha habido astrofísicos que han propuesto esa misma conjetura, ¿no?

—Así es… aunque ninguno con las premisas matemáticas que expongo ahí. Lo he comprobado. Lo que tienes en las manos es la respuesta de uno de los académicos a los que consulté y tuvo la deferencia de responderme… La mayoría no lo ha hecho, obviamente. Aunque si lees atentamente la última hoja verás que no escatima esfuerzos en destrozar la propuesta y dejar al proponente en la categoría de consagrado mastuerzo de la física.

Adams entrecerró los ojos para leer con más facilidad y repasó las últimas líneas del escrito mientras soltaba sonoras carcajadas.

—Hijo, lo tuyo, ciertamente, no va a ser la mecánica cuántica. Planteamiento ingenuo e infantil… si no fuera porque es un reputado

astronauta no se habría tomado la molestia… — releyó varias frases similares entresacadas de las conclusiones de la misiva académica.

Ambos rieron con ganas y Ben aprovechó para servir una segunda ronda del licor mientras Adams se explayaba leyendo en voz alta algunas de las frases más condenatorias del ilustre académico que había respondido a su teoría.

— ¿Y dices que esto se te ocurrió en un sueño?

Ben asintió, divertido.

—En uno muy particular. Sinceramente, me alegré que todo fuera una elucubración inútil. Imagina si me hubiera dicho que era una aportación fascinante. Entonces sí que tendría que haber ido a la consulta de un neurólogo reputado a que me diseccionara el cerebro. ¡Qué compromiso!

Ambos rieron con ganas y cuando cesaron Ben optó por cambiar de tema.

—Jefe… cuéntame cómo le va al equipo. ¿Qué tal se las apaña la comandante ahora?

Adams hizo un gesto ambiguo. Observó los rasgos de Ben, que a pesar de las risas de segundos antes mantenía una expresión tensa, muestra de una ansiedad que no lograba disimular y que se había acentuado al formular la pregunta.

—Bien, todo va bien, la verdad. Te echamos en falta, de eso no te quepa duda, pero Asya es incansable. El nuevo, James, se siente desplazado y está claro que está cohibido. No sé si Asya está siendo demasiado dura con él.

Ben le miró sorprendido.

—Sí, es lógico. Tiene que adquirir el nivel que tenías tú y en poco tiempo— añadió Adams—. No es nada fácil –Adams observó que Ben ansiaba más información, pero no se atrevía a exponerla a través de una pregunta concreta.

Adams aguardó unos instantes, pero finalmente Ben optó por un comentario convencional.

—Sí, supongo que todo tiene que seguir su curso sin mi presencia. Bien, me alegro de que así sea.

El comentario adolecía de un toque de melancolía, o de fatalismo, y Adams comprendió que había algo más que simplemente haber quedado fuera de la misión. Ben iba a viajar al espacio en una misión que competía con la Ulyses. El viaje al espacio no podía ser la causa de su sufrimiento.

— ¿Qué pasa, muchacho? ¿Nos echas de menos?

La cara de Ben tardó un segundo más de la cuenta en iluminarse con una sonrisa y Adams se dio cuenta de ello. Había un punto de dolor que le costaba mucho disimular.

— ¡Por supuesto! —exclamó con regocijo que no lograba ocultar la emoción latente que Adams había descubierto – Por la tripulación de la Ulyses – dijo mientras alzaba su copa.

Y brindaron.

Adams se quedó unos segundos pensativo. Cuando había comentado a Sally, su mujer, el comportamiento del grupo tras el regreso de Costa Rica y la evidente tensión surgida entre los

tripulantes, ella había dictaminado que allí había una historia de amor no correspondido y Adams se había negado a creérsela. “Siempre han sido buenos amigos. Son chicos serios… no me lo creo”.

Ben retomó la conversación y Adams se percató que había quedado absorto en aquella elucubración y perdía el hilo de lo que decía su antiguo pupilo. Anotó mentalmente que debía analizar más en serio esa posibilidad antes de prestar completa atención a lo que le decía Ben.

—Hace unas semanas pensaba que no sabía que iba a hacer con mi vida, Adams. No sé si has vivido alguna situación similar.

Adams negó.

—Siempre he estado en la NASA… pero si por algún motivo me viera apartado de todo esto...

Ambos asintieron.

—Me alegro mucho por que puedas continuar tu carrera espacial, Ben, aunque sea en la competencia. Espero que todo te vaya bien, de verdad.

El semblante de Ben se iluminó con una franca sonrisa y Adams se sintió profundamente desconcertado. Intuyó que quería contarle algo más, un secreto, o una revelación, que debían estar relacionados con su nuevo trabajo en Ramspace. Sin decir palabra, había logrado dejarlo completamente intrigado.

Ben se incorporó y se dirigió a la cocina y le invitó a Adams a que le siguiera. Le apetecía prepararse algo de comer y le rogó que le acompañara compartiendo una cena ligera. Adams le observó

atentamente mientras Ben se entretenía con los preparativos culinarios. Ben mantuvo una conversación sobre temas intrascendentes mientras preparaba unos filetes a la plancha que aderezó con hojas de lechuga convenientemente aliñadas. Adams era consciente que Ben había cambiado adrede el tema de conversación y la curiosidad por comprender qué le ocultaba iba en aumento.

—Oye, aquí pasa algo… no sé si te conozco bien o mal… pero diría que antes ibas a contarme algo – dijo Adams una vez se sentaron a la mesa.

Ben soltó una carcajada.

—La verdad es que sí… — dijo mientras sacudía la cabeza afirmativamente, — te contaré… al menos lo poco que sé, que es casi lo mismo que decir lo que sospecho– dijo mientras regresaba a la cocina a por varios utensilios y servilletas.

Adams suspiró mientras dejaba que su mirada vagara por el paisaje urbano. Su aspecto se transformaba lentamente, a medida que el cielo se oscurecía y los edificios se salpicaban de ventanas iluminadas elaborando un mosaico de luces tan arbitrario como hermoso.

Poco después Ben tomaba asiento frente a él mientras depositaba sendos platos sobre la mesa. Su expresión se había tornado más seria, casi severa.

— ¿Conoces la historia de Peter Ram?

Adams asintió.

Por supuesto que conocía la historia del multimillonario, un

hijo de emigrantes que se había forjado a sí mismo. Había sido capaz de emprender por su cuenta varios proyectos empresariales de gran éxito que había vendido sucesivamente incrementando su fortuna y su fama a la par. El último y más aventurado de los cuales tenía como objetivo la industria aeroespacial. La audacia de Peter Ram, tal como le gustaba que le llamaran en medios de comunicación y redes sociales, era legendaria. Se había propuesto, años atrás, la explotación mineral de dos asteroides conocidos como mini—psyches, rocas que orbitaban al sol en trayectorias cercanas a la Tierra con un contenido metálico más que notable y cuyo nombre procedía del auténtico Psyche, una mole metálica pero inalcanzable de momento, que orbitaba el cinturón de asteroides. Se elucubraba que si era capaz de poner por obra su plan podría alterar la cotización de todos los metales de la tabla periódica de una forma notable, hasta el punto de convertir el oro en un metal vulgar. La llegada de Ignotus había alterado esos planes comerciales.

—Me alegro que haya contado contigo para la misión, pero cierto es que me preocupa su temeridad. El hecho de que quiera participar personalmente… no sé si es mala idea… o una idea pésima. Dicen que si lo consigue y nos gana podrá contar con tantos inversores que se habrá hecho de oro antes siquiera de lanzar su primer vuelo de minería espacial.

Adams no podía ocultar lo que pensaba del millonario. Tal y como se desenvolvía el magnate parecía considerar la carrera espacial más como un divertimento de playboy que un asunto verdaderamente serio en el que habría vidas en juego.

—Sí, sabía que ibas a pensar eso mismo. Yo también tenía mis prevenciones, pero… lo cierto es que ese hombre tiene talento… Te digo más, tiene talento para olfatear gente con verdadero talento.

Adams soltó una carcajada.

—Eso lo dices porque te ha fichado. Valiente engreído –concluyó medio en broma.

—No en absoluto. No lo digo por mí. He conocido a su equipo y es gente muy preparada acostumbrada a trabajar contrarreloj y a encontrar soluciones. Cuenta con muy buena gente, profesionales de los pies a la cabeza.

Adams miró con escepticismo a Ben.

— ¿Buena gente? ¿Y todavía no ha elegido al cuarto astronauta? Eso parece que es improvisar. No me parece una forma seria de trabajar.

Ben sacudió los hombros.

—Él es así. Tendrías que conocerlo. Quiere fichar a alguien que verdaderamente lo merezca. Es posible que lo haya encontrado, de hecho.

Adams adoptó una pose escéptica.

—Pero, ¿a santo de qué quieren arriesgarse en una misión como esa? ¿No sería más interesante para él ir a la luna a extraer helio… o pillar un asteroide rico en oro? Sinceramente, no me entra en la cabeza qué pretende… ¿Dejar a la NASA en evidencia? Joder, que nos deje en paz y vaya a picar piedra a otro lugar. ¡Como si el universo no fuera grande!

Ben le aplacó con un gesto y una sonrisa tranquila.

—El viaje a Ignotus es mucho más interesante de lo que la NASA sospecha, Adams. Los chicos de Peter han estudiado el objeto con detalle… lo han valorado y no sólo es una demostración de ego, como estás sugiriendo. Tiene a gente estupenda trabajando con él, astrofísicos programadores que han logrado igualar a la NASA en muy poco tiempo… gente muy avispada, de verdad.

—Fantástico…bravo por él – pero cuando Adams escudriñó el semblante confiado de Ben comprendió que había algo más — ¿Qué es lo que me estás tratando de decir, Ben?

—Han estudiado a fondo las imágenes del asteroide… y han descubierto una serie de puntos luminosos a su alrededor… parece que son objetos atrapados gravitacionalmente por Ignotus… ya estás al tanto de eso.

Adams asintió. Era algo conocido por la NASA.

—Sí, una serie de cascotes espaciales, desde luego, lo sabemos.

—Sí, pero no es tan sencillo. La gente de Peter ha descubierto algo en relación a esos cascotes e Ignotus. No sé de qué se trata, pero el meteorito Ignotus guarda más secretos de los que pudiera pensarse inicialmente. Es muy posible que Jeremiah Maddock esté al tanto, pero que aún no lo haya revelado para evitar que se filtre a la prensa. Lo que sí sé con seguridad es que Peter guarda un secreto importante en relación a Ignotus y tiene previsto hacerlo público tan pronto el Argonauta abandone la Tierra.

—Pero eso quiere decir que…

—Exacto, Adams, exacto… y Peter quiere ir allí, y llegar los primeros… y quiere que yo le acompañe, … me da igual si me quiere usar como astronauta florero o agente publicitario, por supuesto, pienso ir.

La sonrisa de Ben era la más espléndida que Adams le había visto nunca.

CAPITULO 13

—Debemos llegar antes que la NASA.

Ben se había expresado con contundencia, tanta que rebasaba al propio Peter Ram en cuanto a sus deseos de adelantar a la Ulyses.

—Por supuesto que debe ser así. Nunca he barajado otra opción – dijo de inmediato Peter, intentando tomar el mando de la situación. – Y me preocupan muchos los rumores. No me fío de ese Jeremiah Maddock. Debemos hacer lo propio y acelerar el ritmo de trabajo.

Gary Shultz negó con la cabeza. Era un hombre de tez morena y una expresión solemne. Gary era corpulento y de movimientos torpes y desgarbados, como a menudo sucede con personas de elevada estatura. Se hallaba al frente del equipo técnico de ingenieros y científicos que ultimaban los detalles del lanzamiento del Argonauta y había sido la mano derecha de Peter desde que éste iniciara su exitosa carrera empresarial una vez finalizó sus estudios. Los unía una fuerte amistad y su compenetración resultaba evidente para todos los demás. No obstante, ahora discrepaba de su amigo.

—Estamos hablando de un viaje extraordinariamente complejo – objetó Gary — Los sistemas de escudos, tanto el térmico como el magnético, son imprescindibles para proteger a los ocupantes del Argonauta del Sol, y han implicado muchísimos más requerimientos

de los que sospechábamos. Eso nos ha retrasado con la implementación de muchos dispositivos que ni siquiera hemos testeado convenientemente…

Peter miró de reojo a Ben, cuyas manos crispadas mostraban su insatisfacción con la situación.

—Debemos llegar primero a Ignotus, se lo debemos a nuestros accionistas. No nos queda otra opción, Gary. – insistió Peter — Sabes además que es mucho más que un empeño personal mío. Brenda te puede informar de la situación financiera y de lo que implicaría ir al frente de la carrera espacial.

— ¡Ey! A mí no me utilices como excusa para saltarte protocolos de seguridad – protestó de inmediato la ejecutiva.

—Estamos hablando de cuestiones de seguridad básicas, Peter – comentó Gary que no obstante escuchó con fastidio la intervención de Brenda. Ben intuyó que entre ambos existía una antipatía latente—. No podemos enviaros ahí arriba para que os achicharréis como en una barbacoa. Los sistemas de absorción y disipación de calor deberían ser testados previamente…

—Gary, sé de sobra que ya los habéis testeado suficientes veces —comentó Peter con tono aburrido— ¿Qué hay que hacer ahora?

—Es el protocolo, Peter. No podemos correr más riesgos de los que ya de por sí entraña una misión como ésta.

—Pues habrá que simplificar esos protocolos, Gary. Esta empresa no va a valer nada si el viaje a Ignotus no culmina con el éxito, y eso entraña, entre otras cosas, llegar primeros. Tengo fe en

nuestro trabajo. Vamos a demostrar la viabilidad de muchas tecnologías… materiales… incluso el propelente es revolucionario… pero todo eso se va a quedar en nada si la NASA y ese artefacto de la prehistoria espacial, la Ulyses, llega antes que nosotros. Comprendo que tú quieras hacer bien tu trabajo, pero si quieres saber cuál es la realidad legal y financiera de la empresa habla con Brenda.

Brenda suspiró con hastío, harta de ser empleada como ariete de los argumentos de Peter. Gary refunfuñó, molesto por verse obligado a no hacer su trabajo con toda la meticulosidad que le gustaría y tener que admitir que cuestiones prosaicas y perentorias dejaban su punto de vista ninguneado.

Ben aprovechó para empujar en la misma dirección del presidente de Ramspace.

—Yo por mi parte estoy dispuesto a asumir ciertos riesgos. No hay nada que me satisfaga más que dejar a Jeremiah Maddock retratado como un incompetente – expuso —. Ya sé que es un pensamiento mezquino y miserable… pero a veces hasta los mejores tenemos algún defectillo.

Brenda gruñó y finalmente optó por tomar la palabra.

—Peter, no puedes obrar tan imprudentemente. Debes velar por los intereses de la compañía y no te hablo solo de los financieros. Sus trabajadores, los pequeños inversores que han confiado en ti… Muchas familias dependen de que hagáis las cosas bien. – Y después, dirigiéndose a Ben, añadió— Y lo cierto, señor Lantham, es que no puede asumir el riesgo de la misión pensando única y exclusivamente

en sus propios intereses. Hay mucho más en juego que una carrera de egos para ver quién se sale con la suya. Os oigo hablar y creo que estoy ante dos colegiales.

Peter iba a replicar, pero comprendió que el tono de Brenda era el del verdadero enfado. Sabía la razón y eso le tranquilizaba. Ella temía que, de una manera u otra, acabara embarcando en el Argonauta. Era un temor que, aunque él trataba de disipar, ella ya le conocía demasiado bien como para darse cuenta cuando le estaba mintiendo.

“Es posible que esté aún más nerviosa que antes. Seguro que es por ese descubrimiento que nos expuso ese joven astrofísico, Jay no sé qué… Se quedó muy preocupada cuando nos reveló lo que había descubierto… La verdad, no le falta razón”.

El debate prosiguió y se inició una acalorada discusión sobre todos y cada uno de los protocolos que faltaban por ultimar. Entre Ben y Peter lograron que Gary se aviniera a reducir los plazos y requisitos. Mucho antes de que finalizara la reunión, Brenda abandonó la sala dando un sonoro portazo al salir.

CAPITULO 14

Probabilidad de impacto de Ignotus, una entre diez mil
Observatorio de Roque de los Muchachos, España

Pese a todo, Ben no había perdido el contacto con Asya. Ocasionalmente se enviaban mensajes de texto a través del móvil. Asya le preguntaba a menudo qué tal iba todo. Eran preguntas correctas hechas en el tono adecuado de una relación de amistad, o incluso peor, con el tono formal de una relación profesional. Ben advertía la empatía que subyacía en esos mensajes impecables que no daban pie a ninguna interpretación errónea y que él leía una y otra vez, intentando comprender un significado oculto que revelara que tal vez la mujer albergara algún género de sentimiento que no fuera el del simple respeto o el de un tibio cariño.

“¿Qué tal va todo, Ben? Me alegré mucho por ti al saber que te han fichado en Ramspace.”

“Muy bien todo, Asya. Me han contratado como chico del café. Es un puesto de mucha responsabilidad.”

“Te he visto en la televisión. Se te veía muy animado, es estupendo verte así de bien, Ben, de verdad”.

“Sí, desde que me hice la liposucción ha mejorado mucho mi fotogenia”

“Ramspace ha hecho un gran fichaje, estoy convencida”

“Sí, es cierto, el nuevo recepcionista es un encanto. Es gay y me ha pedido salir conmigo. Me lo estoy pensando”.

Ben respondía con rapidez y un humor ácido a los mensajes de Asya. Agradecía sus palabras y comentaba cómo marchaba su vida en escuetos comentarios superficiales y socarrones que permitían mantener la ilusión de que, pese a todo, permanecía de una pieza. También se interesaba por ella y se despedía con muchos abrazos para todo el equipo, incluido el jefe Sinclair. Evitaba las palabras que podían sonar a interés particular en ella. Recordaba que existía una línea roja que si la rebasaba podría conducir a Asya a cortar todo contacto. No quería correr el riesgo de profanar esos límites y perder el calor que le brindaban sus mensajes. Cada vez que recibía uno representaba una descarga de adrenalina a la que se había vuelto adicto. Sabía de sobra que era una excelente compañera y una mujer admirable, pero una de sus cualidades más definidas era la firmeza con la que tomaba una determinación. No en vano era la comandante de la Ulyses. Ben no quería arriesgarse a expresar nada que pudiera ser interpretado como un sentimiento inconveniente, una emoción que pudiera poner en peligro sus respectivas carreras profesionales. Sabía que, en la NASA, John Ellroy estaba husmeando entre la basura intentando encontrar cualquier inmundicia que le sirviera para incriminar a Jeremiah Maddock en un enredo que pudiera etiquetar como mala gestión institucional. Asya estaba al tanto de esa situación,

así que sería la primera en cortar el débil cordón que los mantenía en contacto si de una manera u otra intuía que él pudiera perder el control y la situación complicarse.

Por eso, una mañana en el que Ben consultó su móvil y observó que Asya le había escrito un mensaje, lo primero que pensó es que debía tratarse de uno de los habituales formulismos que empleaba para mantener con vida la exigua conexión que los conectaba. Su vínculo era tan frágil como un fino hilo en tensión que podría romperse en cualquier momento si sobrevenía cualquier presión inesperada… o, por el contrario, deshilacharse como una sustancia inconsistente en el instante indefinido en el que hubieran pasado demasiados días sin escribirse nada.

Pero en esa ocasión, el escueto mensaje de Asya supuso un mazazo inesperado. Tuvo que leerlo varias veces y abandonar una reunión y retirarse a su pequeño despacho para sentarse y comprender con calma su significado.

“Tengo ganas de verte”.

“¿Te sirve una foto enviada por el móvil?”

Ben tecleó la ocurrencia, pero tan pronto lo leyó decidió presionar la opción de borrado.

Comprendió que no era un mensaje imperativo, que implicara inmediatez. La opción que acudía a su mente enfebrecida por la idea de volverla a ver era “quedemos para vernos mañana”. Pero entendía que expresar esa idea era peligroso. Rebasaba la línea roja. Ella le decía que le añoraba y él salía corriendo a su encuentro con los brazos

abiertos y lágrimas en los ojos. La asustaría. Ella no le estaba diciendo “veámonos”. Le decía de una manera muy discreta que le echaba de menos. “No hay otra opción”, pensó Ben, “esto es un partido de pingpong”.

“Y yo” respondió escuetamente. No quiso esconderse tras su guasa habitual, que habría supuesto un desprecio del paso que había dado Asya al sincerarse con él, pero tampoco demostrar otro sentimiento que ella no hubiera expresado previamente.

Ahora la pelota volvía a quedar en el tejado de ella y Ben se sintió aliviado. No, no cometería el mismo desliz que cuando se inició su relación, cuando había insinuado que lo suyo podía tomarse como algo más en serio y donde pudieran expresarse ideas de cariño y amor. Ella había cortado tan tajantemente esa vía que Ben le había dicho a renglón seguido, con cierta hosquedad, que “ya puedes enfundar la catana”, que ya había comprendido el mensaje.

A partir de ese momento los minutos, las horas, los días, estuvieron condicionados por la llegada de una contestación. El pensamiento de Ben estaba fijo en la recepción de mensajes de Asya de la misma manera que el metal imantado de una brújula marca el norte. De una manera u otra los pensamientos de Ben estaban centrados en Asya, en qué respondería, e imaginaba el duelo interior al que estaba sometida, la pugna entre sus obligaciones profesionales y sus sentimientos. A veces Ben estaba convencido de que de la misma manera que había sido capaz de expresar ese atisbo de emoción al reconocer que le echaba de menos, sería capaz de concretar una cita para reencontrarse. Otras veces, al constatar que pasaban las horas sin

recibir respuesta, consideraba que las directrices profesionales de Asya se imponían y acabarían cercenando por completo aquella exigua vía de comunicación y un sentimiento de angustia se imponía en Ben que sólo lograba dominar a través de su habitual cinismo.

Dos días más tarde concluyó la incertidumbre.

"Parque Nacional de Sabyne, Lago Toledo, Merrit Ln 15. Mañana 20:00"

Ben conocía la ubicación del lago, a más de tres horas en coche al noreste de Houston. Era un parque nacional que rodeaba un lago de aguas tranquilas. El mensaje le provocó una intensa alegría que incluso lo llevó a pasear nervioso de un lado a otro de la sala de estar. Venía acompañado de una localización geográfica, que Ben se apresuró a marcar. El navegador le mostró un mapa en el que se señalaba una construcción aislada junto al lago. Asya quería estar con él a solas. Quería retomar la relación donde la dejaron… o incluso ir más allá.

Pasó una noche intranquila en la que se debatió entre las opciones que veía disponibles. Se durmió pensando que iba a ignorar el mensaje, una especie de venganza personal por la dureza con la que ella lo había tratado hasta entonces, pero cuando se despertó al alba sabía que sería incapaz de dejarse llevar por ese comportamiento infantil por más que le gustara la idea de darle un desplante. Recordaba su antiguo lugar de encuentros, que palidecía en cuanto a falta de discreción en comparación con el nuevo emplazamiento.

Tendrían probablemente un fin de semana para ellos solos. La idea estremecía a Ben. Cuando Peter le preguntó durante la sesión de instrucción de aquella mañana de viernes a qué obedecía su repentino cambio de buen humor su respuesta hizo reír a todos. “Me he dado cuenta de lo afortunado que soy de no tener la regla”. Además de las risas, fue Carla la que le dio un codazo más fuerte de lo que Ben esperaba.

*****

El lugar de la cita estaba apartado de todo. Ben se había desviado de la pequeña carretera comarcal que conducía a un embarcadero donde se anunciaban restaurantes y actividades acuáticas y tomó un camino de tierra estrecho flanqueado por una densa arboleda que acentuaba la cercanía de la noche. En uno de los recodos del camino se adivinaba una cabaña de la que no estaba completamente seguro que fuera su destino hasta que descubrió el todoterreno gris metalizado de Asya aparcado junto a la misma. Una de las ventanas estaba débilmente iluminada. Cuando aparcó el coche junto al de ella observó que la cabaña estaba construida junto a una suave pendiente, libre de vegetación, que terminaba en las aguas oscuras del lago. Un destartalado embarcadero acentuaba el aire melancólico y apacible de la escena. El cielo se estaba despejando y en las últimas claridades de la tarde, la luna, pálida y blanquecina, adquiría un aspecto traslúcido cuyo reflejo perfecto en las quietas aguas del lago adquiría una apariencia etérea.

Se aproximó a la puerta sin saber cuál iba a ser su reacción, qué iba a decir o reprochar, cuál iba a ser la actitud que adoptaría. Él mismo era una completa incógnita para sí mismo. Sabía que toda su vida pendía del filo de una navaja y que el resto de su existencia podría tener un significado o su contrario dependiendo de cuánto aconteciera en los segundos que iban a sucederse a partir de ese momento. “No cruces ninguna línea roja, campeón”.

La puerta se abrió y Asya apareció en el umbral. Como único atuendo vestía una larga camiseta que le cubría hasta la parte alta de sus muslos. Su melena suelta y desordenada reflejaba la luz del interior de la cabaña con destellos de fuego. Pero fueron sus ojos los que hablaron sin que sus labios pronunciaran palabra. En su mirada se adivinaban tantos pensamientos que Ben sintió que le faltaba la respiración al comprender cada uno de ellos. No vio solo el deseo insatisfecho de tantas semanas que habían permanecido sin verse, sin tocarse y sin amarse. Era el ansia de necesitarlo, de querer permanecer junto a él, de ligar sus vidas de una manera inequívoca… una mirada que anulaba todas las prohibiciones y tabúes que la decidida comandante de la Ulyses había interpuesto entre ambos como una cerca alambrada densa e impenetrable a la que al fin había decidido destruir en una gran hoguera de aniquilación.

Hicieron el amor con la intensidad de una primera vez. Fue diferente en todo porque sus cuerpos ya conocidos entre sí, se redescubrieron acuciados por las ansias de un reencuentro que habían asumido como imposible. Entre sus besos había sonrisas, y en los jadeos se escapaba la risa de una alegría incontenible. Todos los

escrúpulos de Ben fueron barridos de su mente como una gran marejada que arrasa las huellas que estropean la suave tersura de una playa. Terminaron y yacieron juntos, abrazados, desnudos, como Ben nunca recordaba que hubiera sucedido antaño y tuvo la certeza que se adentraban, ambos, en un terreno completamente desconocido, cargado de misterios y peligros, y que a partir de ese momento todas las palabras adquirirían un nuevo sentido, incluso los silencios insondables y las miradas interminables acompañadas por simples suspiros parecían decir cosas que, de haber intentado ser dichas de otra manera, habrían sido una débil representación de lo que pretendían.

*****

"Asya Bale, comandante de la Ulyses, descansa entre los brazos de Ben, jefe científico del Argonauta". El pensamiento causaba una diversión incomprensible en Ben, como si estuviera cometiendo una pequeña travesura o hubiera descubierto una curiosa coincidencia. Acababan de darse un largo abrazo mientras se besaban, tumbados sobre un mullido suelo compuesto de hierba y hojarasca, a la orilla del lago en el corazón de la Reserva Natural de Sabine.

El día era espléndido. Un cielo límpido destacaba con un esplendoroso azul tras las oscuras ramas de los árboles que les procuraban una agradable sombra. La placidez de la cabaña en la que se albergaban era absoluta. No había nadie en muchos kilómetros en la redonda, o al menos solo llegaban hasta ellos los sonidos de la naturaleza provocando ese efecto de asilamiento que es capaz de empequeñecer las preocupaciones que en la ciudad se antojarían

enormes e insalvables.

Asya se apartó ligeramente de Ben y se recostó sobre su pecho mientras él se relajaba y cerraba los ojos.

—Aquí estamos lejos del mundo, Ben. No creo que nos encontremos con Adams, Elliot ni Peter Ram o alguno de sus ingenieros.

—Sí. Dado el cariz que está tomando el enfrentamiento entre la NASA y Ramspace no creo que sea muy conveniente esta relación del estilo Romeo y Julieta. Además, ya sabemos cómo acaba. Asya Capuleto y Ben Montesco mandan la Tierra a paseo y se van lejos montados en un asteroide extrasolar llamado Ignotus.

—No es eso lo que me preocupa, Ben —Asya hablaba con calma. – Somos rostros conocidos. Yo soy Asya Bale la popular comandante de la Ulyses, que lidera la importantísima expedición a Ignotus… y tú eres Ben Lantham, el conocido astronauta que fue relegado por la NASA por razones desconocidas y que ha sido contratado por el archifamoso Peter Ram para liderar la misión privada alternativa que compite con nosotros. – Asya suspiró – Somos carne de cañón como la prensa se entere, Ben, y tenemos que tener mucho cuidado. Ni a ti ni a mí nos permitirían formar parte de nuestras respectivas tripulaciones con ese cartel… y mucho menos con el cariz que está tomando la llegada de Ignotus.

Ben asintió y emitió un gruñido.

— ¿Cómo van los cálculos de probabilidades de impacto? Si te digo la verdad estoy tan centrado en la misión que ni miro la prensa.

Asya se incorporó levemente y observó la otra orilla, envuelta en las sombras del bosque.

—Ha llegado al cero coma uno por ciento. Sigue siendo un porcentaje bajo… pero si consideras que son las probabilidades de que la Tierra sea destruida, resultan enormes. La premisa va a ser impulsar al asteroide lo suficiente para que con el tirón gravitatorio del sol adquiera un rumbo muy diferente. En todo caso las posibilidades de que tengamos que intervenir activamente suben cada día que pasa. El país no habla de otra cosa.

Ben asintió. Lo mismo se comentaba en Ramspace respecto a la necesidad de desviar Ignotus. Ya todos daban por hecho que habría que aterrizar el impulsar al asteroide para sacarlo de su rumbo establecido.

—Tendremos que tener un poco de cuidado, eso es todo. – comentó Ben, pensativo, retomando el hilo.

— ¿Solo un poco? – preguntó Asya con intención. Después se quedó pensativa – Piensa en el cabrón de John Elliot. Está maniobrando para derribar a Jeremiah Maddock y nos tiene a todos bajo la lupa. Aún no ha terminado con tu expediente. A ti no puede hacerte nada, pero sabemos que está ultimando un informe acerca del coste que representa para la Administración preparar a un astronauta. Según Adams, él va a ser el siguiente de la lista. El jefe está hecho polvo. Lo acusará de negligencia por no haber hecho su trabajo correctamente. Adams se lo ve venir. Tiene olfato para esto porque ya lo ha visto antes y sabe cómo funcionan los buitres cuando buscan carroña… palabras literales de él.

Ben asintió y le dio varias veces la razón mientras se incorporaba. Tomó una ramita y la arrojó despreocupadamente a las tersas aguas del lago.

—Si es por mí tendrá con qué defenderse. Siempre podrá alegar que tan mala selección no ha hecho. Al fin y al cabo, me ha fichado Ramspace Limited. No debo ser tan paleto después de todo. Y el dinero en mi formación no se ha perdido… simplemente lo va a aprovechar la competencia.

Ambos se quedaron en silencio mientras Asya se inclinaba apoyándose en Ben. Buscaba intuitivamente el calor de su cuerpo porque ocasionalmente soplaba una brisa inesperadamente fresca.

— ¿Has vuelto a tener esos sueños extraños que me habías comentado? ¿Puede tener alguna relación con tu accidente y la amnesia que sufriste? A menudo he pensado en ello.

—Sí, el accidente de avión… y la amnesia … Asya, me he tratado con distintos especialistas y ya te he contado. Lo atribuyen a un tipo especial de amnesia de la niñez, algo que es habitual pero que en mi caso reviste un grado de severidad mucho mayor. En fin… no puedo hacer nada al respecto. Lo de los sueños lo he tratado con varios psicólogos y lo atribuyen a un síndrome postraumático sin mayor importancia. Dicen que sencillamente un día desaparecerán.

—Por Dios, habría sido fantástico hacer ese viaje juntos… pero entiéndeme bien, a lo mejor es una suerte hacerlo así. El ambiente se estaba enrareciendo… ojalá no tuviéramos que mantener esto en secreto.

Ben chasqueó los labios, en señal de decepción.

—A mí siempre me hizo ilusión hacer el amor contigo en gravedad cero. Es mi fantasía sexual favorita.

Asya rio.

—Bueno, afortunadamente apareció Peter Ram. Ahora tú y yo estamos en equipos rivales… así que nuestra relación sigue siendo tabú, pero mira el lado positivo.

—Tienes razón. Al menos no vamos a tener que poner cara de lechuguino como cada vez que nos saludábamos en los entrenamientos.

Ambos rieron y se besaron brevemente.

— ¿Qué tal te va con él? Me refiero a tu presidente, Peter. Sois dos personalidades parecidas y a veces eso no resulta bien. Me parece que es un tipo que no es de fiar. Ten cuidado.

—Es un tío listo… y muy inteligente, pero coincido contigo en que no es de fiar. Es fácil tener confianza con él, pero cuando le he intentado sonsacar la razón por la que me ha fichado… no sé. A veces bromea diciendo que es para demostrar la incompetencia de la NASA… pero después, cuando lo pienso con tranquilidad, tengo la impresión que me ha fichado por otra razón que no tiene nada que ver con eso.

— ¿Qué pretende realmente? ¿Ser famoso? ¿Hacerse rico?

Ben suspiró.

—Ni yo mismo lo sé. Tiene cuanto un hombre puede desear. Puedo entender que quiera viajar al espacio como ya han hecho otros

multimillonarios… pero, ¿embarcarse en una misión para salvar al mundo? Es una persona capaz, tan buena como el mejor de los ingenieros, si no más. No puedo poner ninguna objeción a su presencia en el Argonauta. A fin de cuentas es una creación puramente suya y de Gary Shultz. Pero corre un riesgo que no tenía ninguna obligación de asumir.

— ¿Cómo es ese Gary? ¿Tan competente como dicen?

—El jefe de misión es su mano derecha… en ocasiones he visto como han intercambiado miradas cómplices. Guardan un secreto en relación a la misión, de eso no me cabe duda. De hecho, piensan anunciar un descubrimiento sobre Ignotus una vez estemos en el espacio.

—La verdad es que no me gusta el toque sensacionalista que da a todo cuanto hace. Convierte la ciencia en un circo. Al menos se dice que es muy trabajador, es lo único que me gusta de lo poco que sé de él.

—Sí, eso es cierto. Ha imprimido un ritmo de trabajo formidable a todo el equipo… A mí eso no me molesta. Y es verdad, ha simplificado al máximo los protocolos de seguridad… pero tranquila, yo habría hecho lo mismo. Muchos son redundantes, una verdadera pérdida de tiempo. Gary es un buen ingeniero y se nota. Sabe cuándo debe plantarse y de momento lo ha hecho bien… además está Brenda, fue amante de Peter hace tiempo, pero sigue siendo su secretaria ejecutiva. Resulta evidente que le tiene verdadero aprecio y no le hace ninguna gracia que Peter esté embarcado en el Argonauta, ni mucho menos las decisiones que toma en relación a acelerar los

plazos.

—Bueno…. Si te digo la verdad, eso me hace gracia… y me tranquiliza. Al menos sé que las imprudencias que puedas cometer van a tener un límite.

—Sí, … no te creas. Ya sabes que cuando veo un acantilado a mí me gusta tomar carrerilla y saltar.

Asya se rio al recordar la prueba de rapel en Costa Rica que Ben había resuelto de manera tan expeditiva.

—Conociéndote estoy seguro de que estás disfrutando enormemente.

Ben gruñó fingiendo estar enfadado.

—Peter ha hecho de la nominación del cuarto astronauta una cuestión misteriosa. Dice que ya tiene seleccionada a una persona brillante y nos lo hará saber en pocos días. Todos damos por hecho que sea Gary…, pero él no suelta prenda. En cualquier caso, va a ser un astronauta con una preparación deficiente. Peter sabrá lo que hace.

Después de un largo rato en silencio fue Asya la que interrumpió sus pensamientos.

— ¿Te das cuenta, Ben, de cuál es nuestra situación ahora? Antes era complicada… ahora se torna aún más difícil

Ben tomó su cabello sedoso entre sus manos, jugando con él.

—Después de este fin de semana vamos a tener muy complicado que podamos volver a vernos. Te voy a echar de menos… mucho – concluyó Asya mientras de nuevo se inclinaba hacia él y sus labios se encontraban en un largo beso.

CAPITULO 15

Ben se despertó sobresaltado. Había ocurrido algo… algo terrible que no tenía explicación porque pertenecía al terreno de lo imposible, de lo aterrador. Un presentimiento funesto, una intuición dramática le infundían un miedo irracional.

Miró la hora, era tarde. Pero había algo extraño en el apacible ambiente del dormitorio de la cabaña. Observó que las rendijas de la ventana de madera filtraban a través de sus contraventanas un hálito de una luz enfermiza que no pertenecía ni a la pálida claridad nocturna ni a la fría luz de la alborada.

Se desplazó en la cama con cautela. No quería despertar a Asya. Después se movió sigilosamente hasta salir de la habitación, cerrando tras de sí la puerta con sumo cuidado. Ben se dirigió entonces al ventanal de sala de estar, la que ofrecía vistas al lago, y comprobó que efectivamente, parecía noche cerrada, … pero sólo lo parecía. En lontananza se divisaba una incipiente claridad matutina.

“Es extraño… la hora del reloj debe estar equivocada o…tal vez esas nubes oscuras…”

Pero su pensamiento se interrumpió al descubrir una circunstancia por completo inesperada. El cielo sobre su cabeza no era un cielo ennegrecido por un fenómeno natural. No eran espesos

nubarrones cargados de lluvia los que se interponían ocultando el firmamento. Había algo allí… una superficie sólida de aspecto pétreo que abarcaba todo cuanto su vista podía cubrir, la casi totalidad de la esfera celeste, hasta culminar muy cerca de la línea final del horizonte.

Ben sintió como se encogía su estómago en una súbita náusea. El susto por la presencia de un objeto de tales dimensiones suspendido en el aire de una forma antinatural aceleró su pulso. Parpadeó varias veces buscando aclarar los ojos aún adormecidos. No daba crédito a lo que veía.

Salió al exterior y aunque intentó gritar de asombro fue incapaz de articular palabra. El silencio que rodeaba la cabaña era absoluto. De pronto el paraje natural había adquirido una sonoridad distinta. Era como si el exterior, el aire libre, imitara la resonancia amortiguada de una sala de estar. No se oía ni un pájaro… pero tampoco el ronroneo de un vehículo lejano, nada que le reconfortara con un sonido familiar. Todo cuanto lo rodeaba se hallaba en el mismo estado en el que se encontraba él mismo, atenazado por el miedo, paralizado por el absoluto estupor.

Entonces escrutó lo que flotaba amenazador sobre sus cabezas en un esfuerzo por comprender, por asimilar qué era y qué estaba sucediendo. Se trataba de un objeto negro como el carbón, de aspecto rocoso, como un enorme meteorito que hubiera quedado misteriosamente suspendido en el aire, detenido milagrosamente justo antes de una catastrófica colisión. Allá donde mirara parecía cubrir todo el cielo… salvo una pequeña línea del horizonte que quedaba

libre de su presencia y en el que la luz del día ofrecía un paupérrimo consuelo. La sensación era demoledora y opresiva.

“Hay que salir de aquí de inmediato”. Intentó buscar una explicación sobre el hecho de que aquella masa enorme de roca permaneciera suspendida, sin ningún género de movimiento y sin precipitarse sobre la Tierra. Todo cuanto se le ocurría era descabellado.

Se dirigió al interior de la cabaña, andando con cautela, y con susurros despertó a Asya. Tenía la impresión que cualquier sonido rompería el hechizo y desencadenaría el caos.

—Hay que irse. Rápido, no hace falta que recojas nada.

Asya le interrogó con la mirada, pero el semblante de Ben era tan extraordinariamente grave que se asustó. Se levantó ágilmente de la cama y corrió hacia sus ropas, una camiseta y unos shorts, con las que se vistió en segundos.

—Voy arrancando tu coche…— murmuró Ben mientras salía de la cabaña. El cuatro por cuatro estaba aparcado en la zona de estacionamiento, un área cubierta de gravilla alejada de la cabaña.

Cuando acercó el vehículo frente al porche de la cabaña, Asya le aguardaba mientras miraba al cielo con una expresión de incredulidad manifiesta.

— ¿Qué es esto Ben? ¿Qué está pasando? – preguntó mientras intentaba controlar su voz y mantenerla en un rango de tono dentro de la normalidad.

—No lo sé… pero vamos a salir a escape.

Arrancó con brusquedad y tomó el sendero forestal que debía llevarlos a la carretera comarcal.

Condujo a una velocidad más elevada de lo prudente pero no había ningún otro vehículo en el camino, y lo mismo sucedió cuando se incorporaron a la carretera principal. Por más que Ben aceleraba la ominosa presencia de la roca suspendida sobre sus cabezas parecía abarcar un área mucho más extensa de lo que cabría imaginar y no parecía posible abandonar su sombra. La tenue luz del horizonte llegaba hasta ellos como si fuera el resquicio de una puerta que está a punto de cerrarse definitivamente.

— ¿Por qué no vemos a nadie, Ben?

Asya respiraba agitadamente y Ben negó con la cabeza. Sucedía lo incomprensible.

—Hay algo que se mueve ahí arriba… — comentó mientras ella señalaba con su índice un punto concreto de la superficie negra que pendía sobre ellos.

Tan pronto Asya concluyó su frase un leve granizo, de arena, empezó a caer sobre el vehículo provocando un desagradable crepitar. Ben se vio obligado a aminorar la velocidad. Pronto el asfalto de la carretera quedó oculto bajo una alfombra de grava y Ben redujo aún más la velocidad. El control del vehículo se hacía más difícil.

Encendió las luces de niebla, pero ahora ya la claridad del alba, lejana, inalcanzable, ni siquiera ayudaba. El polvo y la grava había convertido la malsana claridad previa en una noche cerrada. Asya apoyó su mano en el antebrazo de Ben, que maldecía nervioso. Quería

ir más rápido, pero comprendía que sería una imprudencia ir a algo más que a unas pocas millas por hora. Los haces de luz de los faros mostraban un torbellino de polvo y grava que pasaba raudo ante ellos empujado por un viento lateral muy fuerte.

—Hay destellos ahí arriba – observó Asya, que no cejaba de mirar hacia lo alto, temiendo que cualquier clase de peligro pudiera precipitarse sobre ellos.

—Los veo…

Ben se había inclinado hacia delante, atento a los destellos a los que aludía Asya. Entre las nubes de polvo y grava destacaba un resplandor rojizo. No era un único resplandor. Aquí y allá podía observarse la existencia de áreas que ocasionalmente resplandecían con el brillo de un fuego difuso. Ben no necesito decir una palabra para comprender, al intercambiar una mirada con la mujer, que ella estaba tan asustada como él.

De pronto la tierra se agitó como si hubiera sido sacudida por un terremoto. Incluso en el interior del vehículo se sintió el temblor y Ben frenó hasta detenerlo. La vibración lo había sacado de la carretera. Estaba arrancando de nuevo cuando sintió otro tremor igual de violento. Después llegó una fuerte ráfaga de un viento huracanado que golpeó con violencia el cristal de las ventanas. Ahora el coche se sacudía agitado por una furia aérea desatada. La gravilla, en ocasiones incluso piedras, golpeaban el vehículo, y Ben temió que pudieran ser capaces de romper las ventanas o el parabrisas.

—Agáchate… tenemos que esperar a que esto pase…

Así transcurrió lo que a Ben le pareció una eternidad. Dos interminables minutos en los que la visibilidad era nula y el sonido de la tierra golpeando al coche resultaba ensordecedor. Ocasionalmente se repetía un violento temblor que hacía oscilar el vehículo con caóticas sacudidas.

De pronto el viento cesó y llegó el silencio de forma instantánea, como si nunca hubiera existido otra cosa distinta que aquella calma absoluta. La visibilidad era escasa. Una nube de polvo amarillento flotaba en el aire como una densa niebla impenetrable. Ni siquiera los faros del coche bastaban para alumbrar el terreno que tenían ante sí. Ben se bajó del vehículo. Los cristales del parabrisas estaban tan sucios que era imposible ver nada a su través.

Tuvo que taparse la boca con un pañuelo. La atmosfera sobrecargada de polvo resultaba asfixiante. Miró al cielo, intentando distinguir la presencia de la misteriosa roca que ocupaba el firmamento, pero resultaba imposible asegurar su presencia. Sólo descubrió un débil resplandor rojizo de origen impreciso que iluminaba la atmósfera polvorienta por encima de sus cabezas.

Sopló entonces una ligera brisa y las nubes de partículas terrosas se deshicieron en jirones, limpiando el aire y borrando poco a poco el tamiz irreal y sepia del polvo suspendido. La débil luz que brindaba algo de claridad a la escena mostró entonces un paisaje ceniciento, cubierto de una ceniza terrosa, como un extraño paisaje invernal al que se le hubiera modificado el color de la nieve. La quietud era absoluta y mirara donde mirara, todo, incluido cada árbol del bosque, estaba amortajado por una sábana de un polvo anaranjado

pálido.

Entonces lo vio. Una ráfaga de viento despejó por un segundo un área mayor y pudo distinguir el obelisco. Era una gran piedra puntiaguda de una altura descomunal, superior al del rascacielos más alto que Ben recordara haber visto jamás, y permanecía erguida sobre el suelo, a cientos de metros de distancia, como si se tratara de un dardo gigantesco que hubiera sido lanzado contra la Tierra para incrustarse dolorosamente en ella. No era el único. Mirara donde mirara descubría sus sombrías siluetas, rocas erguidas y gigantes, monolitos pétreos dispuestos como un ejército infernal en quieta formación. La sorpresa hizo que Ben dejase de proteger la boca y al tragar el polvo le provocó una tos violenta. Aquello no podía estar pasando.

El grito de Asya le alertó.

Se giró justo a tiempo de ver una figura informe, oscura, que parecía cubierta por una extraña coraza de aspecto pétreo y que, sin embargo, reconoció como familiar. Se movía a su encuentro y producía un sonido extraño y discordante.

No pudo decir nada. Aquel ser le atacó. Lanzó una especie de espada afilada a su encuentro y le atravesó el abdomen, emergiendo la punta por su espalda como si su propio cuerpo fuera tan insustancial como el mismo aire. El dolor fue tan intenso que no pudo siquiera articular un grito de sorpresa.

La oscuridad se cerró sobre él.

*****

Ben abrió los ojos súbitamente para reencontrarse de golpe en un escenario conocido, la habitación de la cabaña junto al lago Toledo. Respiraba agitadamente y sentía la camiseta empapada en sudor, que se apresuró a quitarse.

A su lado oyó un gemido. Asya…

— ¿Qué pasa Ben…? ¿has vuelto a tener una pesadilla?

Ben respiraba agitadamente. Todavía su pulso latía sobresaltado.

— ¿Sabes la escala de Richter de las pesadillas? – murmuró — Pues esto se sale de la escala… y por mucho.

Se puso en pie y se dirigió al lavabo del baño colindante, donde se refrescó la cara y el cuello con agua fría.

— ¿Tiene que ver con la expedición a Ignotus? – preguntó Asya desde la habitación.

—No, nada en absoluto… esta vez el sueño ha sido aquí, en la Tierra… sucedía hoy, en esta misma cabaña. Ha sido tan real…

Ben se dirigió a la ventana de la habitación y corrió velozmente las cortinas. Sintió un enorme alivio al descubrir el cielo desvaído de un amanecer despejado. Se sentó en la cama mientras se frotaba el pecho con ambas manos. El golpe había sido tan real …

Asya tardó en responder, pero finalmente se incorporó y se sentó junto a Ben.

—Esta misión te provoca una ansiedad enorme, Ben. Tal vez deberías confiar estas circunstancias al equipo psicológico… puede entrañar un riesgo… — Después de una pausa apostilló mientras le

tomaba del antebrazo –Decidas lo que decidas, te apoyaré.

—No quiero correr el riesgo de que me aparten de nuevo, Asya.

—Pero, Ben… y si… —pero Asya no termino la frase.

“Sí, ¿qué pasa si verdaderamente no soy apto?... pero eso es absurdo. Yo quiero ir. Sé que debo ir… y nada me va a apartar de mi camino. Desde luego no abandonaré por un miedo estúpido o una ansiedad incomprensible”.

Pero cuando Ben escrutó en la penumbra la expresión de Asya descubrió que mostraba otro género de preocupación que iba más allá de él mismo.

— ¿Qué sucede, Asya? ¿Qué te preocupa?

Ella negó con la cabeza, como no queriendo dar importancia a sus pensamientos, pero sin conseguir que su sonrisa fuera todo lo fluida y natural que habría deseado.

—No es nada… pero estoy desvelada. Hay un pensamiento que me ronda por la cabeza desde hace días y me preocupa. Se trata de esta carrera para llegar a Ignotus, … es extraña, Ben. Un asteroide que procede de más allá del sistema solar, … y tanto la NASA como Ramspace Limited se han lanzado a una precipitada carrera para llegar hasta allí cuanto antes, como si les fuera la vida en ello. ¿De veras es tan importante o tan peligroso ese pedazo de roca? – Asya hizo una pausa. En las sombras de la habitación mantenía un aspecto meditabundo, tanto que no se dio cuenta que la sábana con la que se había cubierto resbalaba por su piel y mostraba su cuerpo desnudo. —No sé, Ben, tengo la intuición, casi la convicción, de que no nos han

contado todo lo que saben, todo lo que han descubierto.

CAPITULO 16

El director de la NASA, Jeremiah Maddock, había convocado la reunión a primera hora de la mañana. Su entrada en la sala, sin dirigir un saludo a nadie ni alterar un ápice su expresión agria, sirvió de clara señal de aviso. Kyle Reynolds seguía sus pasos con andar solemne. No iba a ser una reunión agradable. Los tres principales responsables de la misión a Ignotus permanecían sentados en posición envarada. Incluso Adams, que se preciaba de tener más confianza con Jerry, tragó saliva y su boca permaneció cerrada sin emitir un saludo que se habría quedado a media voz. Conocía al directivo y sabía cuándo estaba enfadado de verdad. La entrevista a Peter Ram en un programa nacional de televisión en horario de máxima audiencia había provocado un profundo malestar en toda la NASA y su presidente encarnaba el punto álgido de esa reacción.

— Peter Ram dando por culo otra vez. Me saca de quicio – enunció el ejecutivo mientras se sentaba y hacía un ademán enérgico con su brazo sobre la mesa.

Adams miró con el rabillo del ojo a John Ellroy, sentado a su lado. Permanecía con sus manos cruzadas sobre la mesa en actitud pacífica. En el frente de la mesa se sentaba el doctor Shellenberger que manoseaba una serie de fotografías con movimientos nerviosos.

Eran las cabezas responsables de la misión a Ignotus y las diferencias entre John Ellroy y el resto generaba una tensión claramente perceptible en el ambiente. Adams experimentaba una creciente ojeriza por John en la medida en la que las sospechas de que había sido el impulsor en la sombra de la conspiración que había derribado a Ben Lantham se confirmaban. Ahora sus cómplices políticos realizaban gestiones en diversas instancias exigiendo responsabilidades que apuntaban al director de la Agencia. Y Adams no era tan tonto para no darse cuenta de que esa petición, caso de prosperar, exigiría en primer lugar su propia cabeza.

Los tres directores permanecieron mudos como estatuas.

—Seremos los primeros en llegar a Ignotus… ¿entendido? Que nadie ponga en duda eso – aseveró el director de la NASA.

La mirada de Jeremiah se detuvo en John, que no tuvo más remedio que recoger el testigo.

—Según mis técnicos que han estudiado los avances del Argonauta tenemos una considerable ventaja sobre Ramspace…

—Peter Ramírez es un tahúr, — interrumpió bruscamente el director de la NASA. —Sí, sé que publica reportajes sobre cómo evoluciona la construcción del proyecto… pero ¿saben lo que me creo yo de esos reportajes? Una mierda. Eso es lo que creo. Me imagino a ese vendedor de crecepelos llorando de risa haciéndonos creer que va con meses de retraso y cuando menos lo pensemos… ¡zas! nos coloca el Argonauta camino de Ignotus. Acabo de ver una entrevista en la que nos ha escupido a la cara. Ha dicho que la NASA es una de las

mejores pruebas de la existencia de agujeros negros, un lugar en el que se devora sin límites el presupuesto público y del que ni siquiera la luz del conocimiento puede escapar.

El director hizo una pausa, para que sus interlocutores asimilaran su estado de ánimo de máxima indignación. Adams tuvo que reprimir una sonrisa por lo ingenioso del comentario de Peter Ram.

—Ahora quiero que se imaginen cuál sería la reacción del pueblo norteamericano… la de los políticos… la del presidente de la nación… si ese patán nos dejara en evidencia de esa manera. Se empezaría hablar directamente de que la NASA ha quedado como una institución obsoleta y cara que es claramente superada por la iniciativa privada con un presupuesto muy inferior y sin que le haya costado un céntimo al bolsillo del contribuyente.

La mirada del presidente, cargada de furia contenida, se clavó en cada uno de sus interlocutores. Adams evitó una sonrisa. Esa andanada en concreto iba por John Ellroy. “El bolsillo del contribuyente” era una de sus muletillas favoritas cuando quería adoptar su pose más política.

—Pero señor, esa es una eventualidad que descart… — expuso el jefe de vuelo, pero fue interrumpido sin miramientos por el presidente que disfrutaba cada vez que podía poner freno a John Ellroy.

—Quiero que adelanten el lanzamiento al máximo. Tan pronto como sea razonable. Quiero llegar a Ignotus tan pronto como sea

posible. Si pudiéramos salir mañana, mañana mismo.

—Pero la misión científica exige preparar material de laboratorio y aparatos que … — el doctor Shellenberger era el que estaba empezando a protestar, pero la mirada iracunda del director de la NASA cortó de raíz su argumentación.

—Adelantar el vuelo nos llevaría a una trayectoria de acople justo antes de que Ignotus entre en oposición con la Tierra… justo en el momento en el que está más cerca del Sol. La coraza protectora…

—La coraza protectora de la Ulyses está preparada para acercarse a 8 millones de kilómetros del Sol… y la trayectoria de Ignotus va a llevarlo al doble de esa distancia. Parece un margen más que razonable – cortó tajante Jeremiah Maddock. Después prosiguió con voz igualmente autoritaria. —Sí, si el señor Ramírez lograra lanzar su cohete antes que nosotros sería un golpe terrible para la NASA. Demostraría que esas objeciones que acaba de exponer el señor Ellroy no serían más que excusas enunciadas por burócratas autocomplacientes. — Jeremiah resopló con energía antes de concluir su frase. — No sólo se compararía la eficiencia técnica, la capacidad tecnológica… lo peor sería la comparación de presupuestos y medios. La crítica nos dejaría al nivel de mediocres ineptos. No sucederá tal calamidad bajo mi mando y exigiré responsabilidades sin contemplaciones.

El semblante de Jeremiah Maddock no admitía lugar a dudas. Iba a reclamarles el máximo de su capacidad a todos y cada uno de ellos. Perder esa carrera significaría una cascada de dimisiones. Pero también correr riesgos o cometer imprudencias podría tener un castigo

severo. La situación era por completo delicada y puesto que John Ellroy había apuntado a su cabeza ahora el presidente le devolvía el golpe apuntando a su cargo.

Sin embargo, John Ellroy observaba la reprimenda con un aire de distinguida complacencia, como si fuera evidente que todo estaba saliendo tal y como vaticinaba y no fueran con él aquellas exigencias.

—Estamos implementando a la misión de la desviación de la trayectoria de Ignotus una serie de pruebas científicas que han complicado la preparación de la misión… ¿y ahora adelantar la fecha de lanzamiento? – John Ellroy sacudió la cabeza, negando — Todos conocemos al señor Ram. Típico empresario con ansias de notoriedad. Es verdad que un eventual triunfo, si es que ese es el calificativo apropiado para esta especie de carrera infantil que hemos emprendido, de Ramspace Limited podría restarnos mucha presencia institucional. Ya saben cómo se maneja con Twitter y las redes sociales. Está convirtiendo esta disputa en un verdadero show… pero dudo muchísimo que su equipo tenga capacidad científica de lograr algo notable caso de que lleguen a Ignotus con vida… dando por sentado que su Argonauta despega con éxito, que eso aún está por ver. Tengo la impresión que está cometiendo temeridad tras temeridad a fin de adelantar los plazos de lanzamiento del Argonauta. Me recuerdan a la carrera espacial soviética… ya saben, no había presupuestos para pruebas y todo tenía que salir bien a la primera. Fue una sucesión de desastres.

—Sí… pero ¿y si no está cometiendo ninguna temeridad y lo está haciendo todo correctamente? ¿Y si está efectuando esas

pruebas, y esas pruebas están saliendo bien? – preguntó molesto el presidente por la manifiesta confianza del jefe de vuelo en sus presunciones – Me preocupa su laxitud señor Ellroy. Me preocupa en concreto el ritmo de la construcción de la pantalla de protección. Va con retraso y es preciso que esté todo a punto para cuando la Ulyses despegue con la tripulación. No quiero problemas con el acoplamiento. Si hay que darlo todo es ahora, en este momento. Después, cuando estén ahí arriba, de nada nos valdrán las lamentaciones.

John Ellroy se vio obligado a responder con cierto tono de fastidio. Parecía inmune al rotundo aire de autoridad de Jeremiah Maddock.

—Tendremos que adaptar el diseño del escudo, no es una cuestión fácil. Habrá que hacer simulaciones por computadora para ver si realmente esa cercanía al sol es tolerada sin problemas. Obviamente, trazar una órbita tan cercana al Sol… En fin, ya conocen de sobra mis informes con sus respectivas objeciones. Inicialmente teníamos previsto que la maniobra de acercamiento a Ignotus tuviera lugar cuando superásemos el giro en torno al Sol. Adelantar la fecha supone que la toma de contacto con Ignotus tendrá lugar antes de su máxima aproximación solar e implica que la Ulyses estará más cerca del Sol, y aunque cuenta con margen de seguridad, es mucho menor del previsto inicialmente. Ahora no sólo se trata de protección radiológica, sino también térmica – John Ellroy protestó con indulgencia, dando a entender que estaba cumpliendo lo mejor posible una tarea de la cual no era partidario. – A fin de cuentas, este cambio

de planes resulta completamente desconcertante, pero no se dirá que no hemos puesto toda la carne en el asador para complacer el deseo de la Casa Blanca.

El presidente contuvo la respuesta y Adams experimentó la misma emoción que él ante el comentario. “Sí, John, aquí todos sabemos que te has cubierto muy bien el culo”.

Después de una larga pausa en la que nadie dijo una sola palabra y en la que la tensión manifiesta en la expresión de Jeremiah Maddock tenía por oposición la sonrisa sosegada de John Ellroy, el presidente dio paso a que el doctor Shellenberger interviniera.

El científico era un hombre sexagenario, calvo y de ojos claros. Aunque brillante, no llevaba nada bien la presión que se respiraba en la reunión. Los dedos de su mano izquierda se apoyaban sobre su sien en un gesto de concentración mientras que con la otra distribuyó unas fotografías que mantenía apiladas sobre la mesa. El fondo de la imagen era negro y numerosos puntos blancos salpicaban los alrededores de una mancha blancuzca de aspecto fusiforme que ocupaba el centro de las fotografías. Varias flechas amarillas apuntaban a varias de las diminutas esferas blancas.

—Este es Ignotus… y los objetos señalados con las flechas algunos de sus principales satélites. Son cascotes espaciales, meteoritos arrastrados por la gravedad de Ignotus.

—Sí, exacto… ya esto lo sabíamos – dijo John con un leve tono de desinterés— ¿Qué tiene de especial?

—Realmente no nos habríamos dado cuenta de esto si no

hubiera sido por una bravuconada de Peter Ram ante sus seguidores. Dio a entender algo que había llamado la atención a los científicos de Ramspace Limited. Al parecer han hecho un descubrimiento significativo, así que le dije a los chicos del observatorio que estudiaran a fondo Ignotus… y esto es lo que descubrieron.

Y Adams entregó una nueva imagen a cada miembro de la reunión. Ahora los puntos señalados con flechas estaban unidos entre sí con una línea curva en un trazo continuo y armonioso.

—Van en formación. Es una figura geométrica perfecta… en concreto, una espiral. Es muy difícil de detectar en una simple imagen fotográfica… pero cuando dijimos a los chicos que teníamos la sospecha de que la gente de Peter había encontrado algo en ellos… rápidamente crearon un modelo infográfico en tres dimensiones y la figura apareció como por ensalmo… una espiral, como una broca, que se ensancha a medida que nos alejamos de Ignotus… en suma, una espiral de Fibonacci, ya sabéis, la distancia entre los objetos principales y los menores guarda una cuidadosa proporción áurea creciente. No es una mera cola de cascotes o escombros espaciales atrapados por la gravedad de Ignotus de una forma caótica, como sospechábamos inicialmente.

— ¿Formación? Por Dios, doctor, que dicho así inspira verdadero respeto… — protestó John con evidente ironía.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos todos – contuvo el director Maddock— Esa distribución la encontramos presente en la naturaleza infinidad de veces, desde la concha de un caracol… a la distribución de los pétalos en multitud de flores, la espiral de una galaxia o … yo

qué sé, la formación de un huracán… No hay que ver la mano de una inteligencia tras esa proporción, me parece a mí… aunque ciertamente resulta muy llamativa.

—Nunca habíamos encontrado nada así en el espacio, en concreto en una nube de asteroides – comentó Kyle – Resulta muy … extraña.

—Deja que se entere la gente y ya verás como todos asumen que se trata de un fenómeno “natural”, —apuntilló Adams con un tono malicioso que daba a entender justo todo lo contrario.

—Alguna vez tendría que ser la primera vez – comentó John Ellroy con ganas de llevarle la contraria.

Pero fue el presidente el que interrumpió la conversación.

— ¿Ven lo que quiero decir? Por eso les he convocado. – Esta vez la mirada de Jeremiah Maddock se clavó con insistencia en John Ellroy con el afán de destruir su imperturbable complacencia — Ese cabrón de Peter ha sido capaz de hallar algo que a nosotros se nos ha pasado por alto. ¿Cómo es posible? Me da igual lo que piensen al respecto. Lo que sí les puedo asegurar es que este partido no lo pienso perder y no consentiré la más mínima falta de exigencia en ninguna de las personas bajo mi mando. La Ulyses va a llegar primero allí y todos los descubrimientos que hagamos los haremos nosotros en primer lugar… y cuando digo en primer lugar me refiero en primera fila, en el palco principal. ¿Entendido? — Jeremiah Maddock se mostraba realmente enérgico. Adams contuvo la respiración porque hasta un suspiro podría haberse interpretado como un desplante — No

quiero que ese metomentodo nos esté hurtando nuestro instante de gloria mientras mira por encima del hombro y dice con voz ñoña “yo llegué primero”. ¿Entendido? El lanzamiento se adelanta y quiero a todos involucrados en la misión al cien por cien. No voy a permitir demoras ni errores ni excusas. ¿Hay algo más que no sepamos? Pues quiero saberlo ya. No quiero que ese bravucón de tres al cuarto nos gane otra mano. Creo que me he expresado meridianamente claro.

La mirada severa del director de la Agencia espacial se encontró con la de todos los presentes, uno a uno, y nadie siquiera rechistó. Adams no pudo evitar descubrir con agrado que la placidez de John Ellroy se había disipado por completo.

CAPITULO 17

Ben permanecía pensativo, sentado sobre un taburete, la mano crispada sobre el pincel con el que remataba un óleo que juzgaba acabado. Estaba remarcando con una mezcla de negro y rojo vivo un lienzo de tonos oscuros y ocres. Cada movimiento lo aplicaba con fuerza y decisión. Concentrado, su mano maniobraba impulsada por una rabia que no controlaba. En cada trazo agotaba un restallido mezcla de recuerdos, sueños y frustración, sobre todo frustración. Habían transcurrido varias semanas en las que Asya había desaparecido de su vida sin más explicación. No más llamadas, no más respuestas a sus mensajes. Ben no lo entendía, y en su desconcierto buscaba refugio en una actividad en la que había hallado alivio desde que descubriera que poseía un extraño talento, la pintura.

Se hallaba en una pequeña nave industrial de un suburbio que había sufrido especialmente la crisis inmobiliaria de principios de siglo. Construida en ladrillo, en una sola planta, de aspecto destartalado y con numerosos desperfectos, la había alquilado a un módico precio. El lugar era el refugio al que acudía cuando quería liberarse de las tensiones que atormentaban su espíritu y el medio que empleaba era la pintura al óleo. Al plasmar sobre una tela lo que oprimía su corazón lograba desatar el embrujo de la ansiedad. El

desahogo que no lograba alcanzar en la confianza con sus semejantes Ben lo obtenía en el rito primitivo de plasmar una imagen mental sobre la superficie de una tela. Y el atavismo lograba su objetivo liberador. La madrugada tocaba a su fin y la obra satisfacía al artista. La calma regresaba a su espíritu.

La pintura era un talento que había mantenido oculto gracias una aprensiva discreción. Nunca había mostrado sus obras a nadie. Apenas había enseñado sus óleos en contadas ocasiones y siempre había recibido manifiestos halagos. Incluso los cuadros que exhibía en casa no lo hacía con el ánimo de revelar su autoría. Su técnica, la expresividad de todo cuanto retrataba, tenían un marcado carácter personal e irrepetible, y todos a los que se había atrevido a mostrar su obra le animaban a hacerla pública. Pero el afán pintor de Ben no iba encaminado hacia fines artísticos, ni lucrativos, ni buscaba el reconocimiento público. A medida que comprendía que las alabanzas no le contentaban y que su vocación nada tenía que ver con el prestigio o siquiera una moderada fama, dejó que su expresividad creativa se circunscribiera a un recinto íntimo y personal en el que volcar sus temores. Y es que Ben había descubierto hacía tiempo que la pintura era una verdadera válvula de escape. Era el medio que empleaba para inmortalizar sus pesadillas y exorcizar, a un mismo tiempo, su malsana influencia.

Acababa de terminar un óleo que reposaba en un atril en el centro de la nave. La luz escasa, proporcionada por la lámpara que colgaba en el centro del taller, palidecía a medida que la claridad solar de la mañana se filtraba por los tragaluces situados en lo alto de

las paredes.

Ben se sumergió en su obra. No era un lienzo pequeño, ni tampoco de los más grandes, pero situado frente a él dejaba que su alma vagara en el interior de sus trazos. Así lograba reproducir la angustiosa opresión que trasmitía aquella gigantesca roca con la que había soñado días atrás, suspendida malévolamente sobre el pasaje boscoso de Toledo Bay. El dibujo incluía uno de aquellos obeliscos enormes clavado en la tierra, hiriéndola, como una cuchilla de metal macizo, y en el margen izquierdo del lienzo una figura oscura, como una sombra amenazadora, que se cernía sobre el observador, representaba al extraño ser que lo había herido de muerte en su sueño. Todo el cuadro adquiría un aire evanescente. Los trazos indefinidos sugerían el azote de un viento cargado de polvo, así que una mirada rápida sobre el mismo arrojaba al espectador a la precipitada sensación de tratarse de una obra abstracta, cargada de sombras informes pero capaces de transmitir una misteriosa ansiedad. Ben reconocía ese sentimiento. Era el mismo con el que despertaba cada vez que sufría alguno de aquellos capítulos inexplicables.

Suspiró. Sí, la obra estaba terminada.

Después miró hacia las paredes del recinto repletas de lienzos de tonos rojizos, ocres y negros, con obras muy distintas pero todas con ese común denominador de ser capaces de transmitir una aciaga pesadumbre. Los óleos de distintos tamaños y formas ocupaban ya gran parte de las paredes y convertían el hangar en una sala de exposición por derecho propio.

Pensó en lo que le había explicado a Asya en la última ocasión

que había estado con ella. Siempre le había dado a entender que las pesadillas quizás fueran un producto del estrés del viaje espacial… pero con ella se había sincerado más. Padecía de aquella afectación desde que recordaba. Los médicos, tiempo atrás, lo habían asociado al trauma de haber perdido a sus padres siendo un niño. Podría ser… pero también le habían dicho que menguarían con el tiempo, y no había sido así ni muchos menos. Él las consideraba como una enfermedad recurrente que debía aceptar.

Odiaba haber mostrado esa parte de sí a Asya. Se sentía defraudado, incluso peor, engañado. ¿Qué había acontecido para que se apartara de él tan abruptamente? A Ben no le costaba mucho imaginar el recorrido de los pensamientos de la comandante de la Ulyses. Su remordimiento profesional, su pundonor como oficial al mando de la NASA, su espíritu sacrificado… todo conducía a la conclusión que habría estimado su relación con él como inapropiada. Simplemente había tenido un momento de debilidad, se había dejado llevar y se había citado con él. Después se había arrepentido y había cesado todo contacto. Eso era todo. La cabaña junto al lago había sido un capricho improcedente que era necesario dejar atrás.

Ben arrojó la paleta y el pincel lejos de sí y gritó con rabia.

Volvió a mirar la obra. Intentó centrar su pensamiento en el óleo y apartarlo de Asya.

Había un común denominador en todos los lienzos de su colección. Es verdad que la obra tenía un sello propio, un estilo personal que conformaba un carácter pictórico diferente. Pero no sólo era eso. Se trataba de su motivo, de su eje central. Lo constituía el

espacio… o, mejor dicho, algo venido del espacio. Todos sus sueños aludían a escenarios impropios de la Tierra con una obsesiva recurrencia y le generaba una profunda inquietud que ni siquiera la luz del mediodía era capaz de disipar.

El móvil sonó entonces, interrumpiendo sus pensamientos. Era Peter Ram. Era raro que el presidente de Ramspace le llamara, así que lo descolgó pensando que se trataría de una cuestión urgente.

— ¿Cómo ha podido pasar algo así? – Era la voz del magnate mostrando un manifiesto enfadado.

— ¿Pasar…? ¿Qué ha pasado? ¿Nos han cerrado el chiringuito y vamos a la cárcel?

Peter exclamó varias cosas que no pudo entender con evidente mal genio. Ben apartó el teléfono de su oreja hasta que finalmente percibió que su voz se tranquilizaba.

—Pon las noticias… ponlas y te vas a enterar… y ven para acá a toda leche — dijo con voz acalorada mientras interrumpía la conversación bruscamente y colgaba.

Ben manipuló el móvil y consultó el primer canal de noticias que se le ocurrió. No le costó dar con el origen del enfado del presidente de Ramspace Limited porque la noticia era portada. La NASA era el centro de atención y la imagen valía más que mil palabras. La plataforma de despegue se retiraba mientras la Ulyses emprendía camino hacia el lejano Ignotus en medio de una portentosa nube de residuos de combustión. El titular de la noticia era elocuente: La NASA adelanta a Ramspace en una maniobra por sorpresa. Una

emoción arrasó cualquier pensamiento que tuviera en ese momento, una emoción que se concretó en un pensamiento de derrota.

“Sí, Asya, tú has ganado. Me rindo. Eres una cabrona digna de ser la presidenta de Cabronilandia.”

*****

Peter se movía nervioso, de un lado a otro, por detrás de la mesa de su escritorio y junto al ventanal del despacho. Brenda permanecía sentada con los brazos cruzados y los labios prietos, evidentemente conteniendo a duras penas lo que pensaba, y Gary Shultz tenía cara de estar aguantando un chaparrón que no merecía. Había un joven sentado en un extremo que Ben había visto en contadas ocasiones. Un joven, uno de los científicos secundarios del equipo de Gary, y le extrañó verlo en una reunión de alto nivel. Se lo presentaron, Jay Bruno. Azorado, parecía completamente fuera de lugar, como un cachorro que acaba de ser adoptado y aún contempla con recelo a sus nuevos dueños.

Ben tomó asiento frente a la mesa de Peter sin que éste ni siquiera le saludara. Seguía explayándose, mostrando abiertamente su mal humor.

—Después del dinero que me he gastado en procurar hacer creer que nuestro proyecto iba a ritmo de caracol… ¿cómo es posible, Gary, que averiguaran la verdad? ¿Y tú Brenda? Confiaba en que eras mucho más ingeniosa. Resulta que al final son ellos los que nos han dado gato por liebre.

Gary enarcó las cejas a modo de contestación. Evidentemente

era un tema que escapaba a su control.

—Te puedo asegurar que tenía a la gente de Ellroy convencida que nos sacaban meses de ventaja. Eso ha tenido que ser Jeremiah Maddock, que no se fía un pelo de esos informes. Tienen una gresca entre esos dos según tengo entendido y Maddock recela de todo. Lo siento, jefe.

—Basta ya de tanto lloriqueo, Peter – le recriminó Brenda encarándose con su presidente– Hemos hecho todo lo posible por hacer creer a la NASA que nuestro prototipo se estaba fabricando en Tucson… y por lo que sé todos los ingenieros de la NASA estaban convencidos de que vamos con mucho retraso. Yo también tengo algunos contactos allí. Han cambiado los planes y ahora van a interceptar a Ignotus mucho antes de que alcance su punto más cercano al Sol. No nos ha salido bien la jugada, Peter, es algo que tenemos que aceptar.

—Hemos quedado como unos palurdos. Tan empeñados en hacerles creer que íbamos con retraso y son ellos los que han adelantado la salida del Ulyses… son ellos los que nos han tomado el pelo… Hacía años que no me sentía tan inútil.

Peter apretó sus puños, como si estuviera estrujando algo con todas sus fuerzas.

—Exacto. Querías ser tú el tahúr y resulta que has sido el engañado. Eso es lo que más te molesta de todo esto, reconócelo – comentó Brenda sin piedad. – Tal vez si no los hubieras estado provocando tanto con tus intervenciones llenas de bravatas todo

habría ido mejor.

Peter resopló… pero después no pudo evitar una sonrisa franca y una carcajada.

—Has sobreactuado, Peter, y mucho… y por lo que tengo entendido el jefe Maddock es perro viejo —explicó Brenda, que insistía en la idea— Todo el equipo de dirección de la Ulyses se opuso al lanzamiento prematuro pero el director de la NASA se salió con la suya. Le ha dado un montón de trabajo al equipo de vuelo recalculando órbitas, uso de combustible y demás… pero al final ha ganado la mano. Si no hubieras estado saliendo tan asiduamente en los medios de comunicación… mostrando unas cartas más falsas que un billete de tres dólares… El caso es que el director de la NASA se ha olido que no estábamos siendo sinceros.

—Si al final la culpa va a ser mía – exclamó Peter levantando las manos en señal de rendición y enarcando las cejas, asombrado. – Es lo que me faltaba por oír.

—No ha habido ninguna filtración. El único que abre la boca en esta empresa para decir algo eres tú – le espetó Brenda, que no estaba dispuesta a que su jefe eludiera su responsabilidad — Lo que sé seguro en la NASA, y tengo buenos contactos para cerciorarme de ello, es que no tienen ni idea de todo el trabajo que hemos desarrollado aquí en Houston, en la misma puerta de su casa.

Peter asintió, derrotado.

—No puedo con esta mujer.

—Porque sabes que tengo razón, querido.

Peter se detuvo en su andar nervioso y contempló durante largos segundos el horizonte del centro financiero de Houston buscando inspiración. El resto aguardó paciente a que tomara una decisión. Finalmente regresó a su sillón y se encontró sin saber qué decir. Se rascó la frente durante unos segundos que aprovechó para reflexionar sobre lo que había ocurrido. Ben observó perplejo que su estado de ánimo estaba rehaciéndose rápidamente.

—Bueno, aquí estamos todos… ya basta de lamentaciones. Tenemos que mirar adelante… y ¡tenemos que aumentar nuestro ritmo de trabajo! No hace falta que dé explicaciones. Cada minuto que pasa son kilómetros que tienen de ventaja sobre nosotros…. Llegar con demasiado retraso será ridículo… Fíjense en esto.

Peter volteó el monitor que reposaba en un lado de su escritorio y los presentes pudieron observar un gráfico de cotización bursátil. Ben leyó el acrónimo de Ramspace y observó que varias velas rojas se acumulaban en el lateral derecho del gráfico. La cotización se precipitaba al vacío.

—Es el desastre si no lo remediamos… Las acciones de Ramspace en caída libre… La NASA ha tomado la iniciativa y ahora todos especulan que Ramspace no va a ser capaz siquiera de lanzar el Argonauta. Hay que desmentir esto cuanto antes y fijar una fecha de lanzamiento plausible que no nos descarte por completo en esta carrera. Mirad, si la cotización baja de este punto —dijo mientras señalaba una línea amarilla que marcaba un límite gráfico en el que la cotización había rebotado varias veces en el pasado — Ramspace se va a encontrar en serios apuros… Nuestra credibilidad ya está tocada y

no quiero que se produzca una estampida. Si los especuladores ven que perdemos este soporte la acción caerá a plomo… y no tenemos liquidez para recomprar acciones, así que… adiós a todos. Nos absorberá algún grupo industrial para saquear nuestra tecnología… En este escenario, cualquier intento de obtener financiación soltando papel en el mercado será catastrófico. Gary, dime algo para que no tenga ganas de saltar por la ventana ahora mismo. Dame un plazo que evite este colapso – concluyó interpelando al científico con vehemencia mientras señalaba el monitor.

Gary sacudió la cabeza.

—Podemos intentar adelantarlo una semana, ni más ni menos. Emplearíamos además la asistencia gravitacional de Venus para acelerar el Argonauta. El inconveniente es que os lanzará a setecientos mil kilómetros por hora y tendréis que aminorar la velocidad para equipararla a la de Ignotus. Es asumible. Lo que ahorramos en la aceleración lo emplearemos en el frenado. Dependiendo de cómo maniobre la Ulyses en proximidad al Sol para interceptar Ignotus podríamos incluso llegar allí antes que ellos.

—Estupendo. Eso suena bien. Además, el Argonauta tiene unas bodegas mucho mayores que la Ulyses. Estaremos sobrados de combustible y eso nos dará siempre mucha ventaja.

—Intentaremos subsanar las incidencias de seguridad del Argonauta que todavía no están resueltas. Ninguna es crítica, pero… — Gary sacudió la cabeza. Era evidente que no estaba del todo convencido y Brenda gruñó. No le gustaba forzar tanto la máquina. – No hay que olvidar que tenemos previsto una maniobra para recargar

combustible en órbita terrestre. Esa jugada los de la NASA ni la sospechan.

Peter asintió.

— ¡Una semana!... está bien. Quiero que la gente del plan de vuelo elabore todas las trayectorias posibles y las optimice al máximo. Cada segundo va a contar. Quiero llegar primero.

Brenda gruñó y cortó la protesta de Peter.

— ¿Todavía estás pensando en formar parte de la tripulación? Estás metido en un buen lío Peter. ¿Te das cuenta de que vas a dejar a la compañía abandonada durante un buen periodo de tiempo? Me parece una temeridad que abandones el barco.

—Tranquila mujer, soy un hombre de recursos, y un estupendo atleta, estoy en forma – dijo guiñándole un ojo con gesto cómplice que a Brenda no pareció hacerle ninguna gracia— ¡Ya verás! Y, sobre todo, tengo a una persona de máxima confianza que va a defender nuestros intereses aquí, ¿verdad? – añadió mientras le sonreía confiado.

—Emprender una misión espacial pendiente de lo que dice un gráfico de cotización bursátil no es la mejor manera de abordar un viaje tan arriesgado… y más teniendo en cuenta los descubrimientos que te traes entre manos– comentó Gary en tono más bajo mientras señalaba el gráfico que les acababa de mostrar.

Ben observó la expresión contenida de Brenda en ese momento, que también se sintió extrañada con ese comentario. Comprendió que entre Peter y Gary existía una complicidad tácita relacionada con la expresión que había empleado el jefe científico. “Descubrimientos que

te traes entre manos”. Gary dirigió una mirada al suelo, arrepentido por haber empleado ese argumento.

Peter miró con cara atravesada a Gary. El comentario lo había molestado. Se había saltado una norma de discreción pactada entre ellos.

—No me *chingues* más. Ya me apañaré bien cuando llegue el momento. – El semblante inesperadamente serio de Peter se relajó y cambió diametralmente de tema. —Y hablando de los que nos vamos a ir a Ignotus, sería bueno que Ben se ponga al día en algunas novedades que hemos tenido en la tripulación del Argonauta.

— ¿Novedades? – preguntó preocupado Ben.

—Bueno, no hablemos en plural, porque a decir verdad de trata de nuestro cuarto tripulante. Lo cierto es que siempre he mantenido la última plaza del Argonauta en reserva. Me complace estar en disposición de captar talento… y para eso es mejor tener las manos libres y las plazas sin ocupar. Prefiero esperar a que surja la inspiración que tomar decisiones burocráticas sin verdadero fundamento. Y puedo afirmar complacido que la espera ha merecido la pena. Te presento a nuestro cuarto integrante de la misión. Jay Bruno es nuestra nueva adquisición. ¿Qué te parece el chaval? — Dijo mientras extendía las palmas de las manos hacia el joven astrofísico que formaba parte de la reunión y que permanecía sentado en un extremo.

Ben lo observó ahora con mucha más atención. De aspecto larguirucho y expresión perpleja. Pensó que era evidente que aún no

había asimilado que iba a participar en la travesía espacial más arriesgada que había acometido la humanidad jamás. No le costó mucho emitir su veredicto.

—Me parece una completa locura— dijo, y después agregó en dirección al joven – No es nada personal.

El joven Jay sonrió agradeciendo esa deferencia, como si fuera el mayor halago que pudieran haberle hecho.

—Oh, Ben, tú que siempre resultas tan complaciente y … ¿cuál es la palabra?... contemporizador, ¿te opones? — protestó Peter de inmediato — Comprendo que en frío tengas una valoración tan superficial. He descubierto en este chaval un verdadero lince… y me lo he camelado para que nos acompañe. Piénsalo bien Ben. ¿Verdad que es buena idea incluir algo de juventud en una expedición así? Forma parte de nuestro equipo científico, es un astrofísico genial, y te aseguro que ha despuntado de forma sobresaliente y… joder, ¡si estando aquí ya ha hecho un par de buenos descubrimientos en relación a Ignotus! — Peter observó el semblante escéptico de Ben y su buen humor se tornó un poco más agresivo – Mira, Ben. Si he llegado hasta donde estoy ha sido porque siempre he aplicado una máxima; rodearme de gente de talento, gente que sepa más que yo. Esa es mi principal baza, reconocer a gente con recursos y capacidad. Así que Ben, cuando estemos allá arriba quiero a lo mejor con nosotros. El señor Jay Bruno es nuestra nueva adquisición en el equipo porque es nuestro mejor astrofísico. Punto.

Ben observó al joven que sonreía sonrojado ante la defensa sin paliativos del presidente de la compañía.

Tardó unos segundos en responder. Valoró sus opciones. ¿De qué serviría oponerse a la voluntad del presidente de la compañía que lo iba a lanzar al espacio? Era cierto que iban con desventaja respecto a la Ulyses… ¿Iba él a liderar a esas alturas un proceso de selección y formación de tripulación? No iba en su carácter ser de los que ponen objeciones y problemas a todo. “¡Qué diablos!”

—Adelante entonces, — comentó Ben condescendiente. Después observó el comportamiento de Jay, azorado por esas palabras, y Ben pensó que si le hubieran dado el premio Nobel no se habría sentido tan orgulloso. – De todas formas … lo que sí me gustaría saber qué grandes aportaciones ha hecho nuestra nueva adquisición… me has dejado intrigado.

Jay dirigió una mirada como pidiendo permiso para hablar a Peter y éste hizo un gesto afirmativo exagerado.

—Bueno… soy astrofísico, — explicó tímidamente— pero me manejo muy bien en depuración informática de datos raw… Resulta que hice un par de descubrimientos sobre las imágenes captadas por nuestros telescopios… pero el señor Ramírez me impide hacerlos públicos o comentarlos con nadie hasta que llegue el momento – explicó nervioso.

Peter dio una palmada en el aire y soltó una carcajada.

—Así me gusta, eres un buen chico Jay. Has comprendido perfectamente lo importante que es controlar los tiempos. Ese es uno de los secretos del éxito… y va a ser una de las razones por las que el valor de Ramspace Limited se va a ir a las nubes. Ya lo veréis.

Peter se frotó las manos, como saboreando el éxito que daba ya por seguro, y después prosiguió con su explicación.

—Sí, he decidido incorporar a este muchacho. Es pura chispa… y ambicioso. Vino a hablar directamente conmigo cuando lo descubrió. No quería que nadie se llevara la gloria de un mérito que era exclusivamente suyo. – Peter palmeó la mesa, entusiasmado — Ha sido formidable lo que ha descubierto… De hecho, es formidable lo que tenemos entre manos Ben… — la mirada de Peter se detuvo especialmente en Ben. Le extrañó, porque percibió gratitud en su expresión, como si parte del éxito ineludible al cual estaban llamados fuera a ser gracias a él. — Cuando llegue el momento vas a ver… es formidable, de verdad, sí. La NASA va por delante de nosotros, pero en cuanto estemos en camino …y divulguemos nuestros descubrimientos… va a ser como si ni siquiera hubieran despegado.

Peter agitó la cabeza en un gesto de máxima satisfacción y soltó varias carcajadas. La situación la hacía gracia.

— ¿Y el resto de la tripulación? Sin cambios… espero – Ben decidió que era mejor cambiar de tema, puesto que estaba claro que Peter no iba a soltar prenda.

—Ah… eso no cambia. La señorita Sandoval es la comandante del Argonauta y yo me hago cargo de ingeniería y sistemas. Todo ello pese a que mi amable directora ejecutiva, la señorita Miller, insiste y porfía en que debo permanecer en las trincheras y no abandonar el frente. Lo que ella no comprende aún es que, en este caso, el frente es el espacio, querida – concluyó mientras su brazo extendido a lo alto culminaba con su índice señalando el techo.

Brenda chasqueó los labios, descontenta, y puso cara de “ya veremos”.

CAPITULO 18

Probabilidad de impacto de Ignotus, una entre mil
Observatorio de Parkes, Australia

Peter Ramírez se sentía exultante, como una estrella del rock que avanza por la alfombra roja rodeado de una legión de fans. En un tibio atardecer en el que un cielo prístino inicia su transición hacia los tonos más oscuros del azul, Peter acaparaba por completo la atención de público y periodistas. Una descarga de flash se sucedía a otra en un infinito bucle de resplandores que arrancaban destellos a su traje espacial negro de remates cromados. Avanzaba con paso firme y decidido, bajo una lluvia de vítores y gritos de euforia, el casco de astronauta descansaba en su antebrazo, como si portara la pieza de armadura de un caballero medieval que acaba de vencer una justa despiadada. Sentía en su pecho el orgullo de estar a punto de lograr un hito histórico. El emblema de Ramspace en dorado resaltaba en su hombro como una insignia de honor. Tras él avanzaban Ben Lantham, Carla Sandoval y Jay Bruno, todos con expresión solemne, como si fueran los coprotagonistas de la última superproducción de Hollywood en la que el equipo de superhéroes parte para una misión imposible. La posibilidad de impacto había vuelto a incrementarse en un orden de magnitud. El miedo era palpable y el entusiasmo del público estaba espoleado por un temor que se trataba de aplacar con gritos y vivas.

El cielo se oscurecía, pero la silueta blanca del Argonauta se erigía ante ellos, enorme a la vez que distante e inalcanzable, como una bella esfinge de la antigüedad, resplandeciendo con un aura mágica bajo la intensa luz proporcionada por enormes y potentes focos. El público atestaba las gradas que flanqueaban su camino y aplaudía sin parar, enardecido, a la comitiva. Los medios de comunicación retransmitían las imágenes mientras un coro interminable de periodistas relataban en un sinfín de idiomas el evento con voces enfáticas que intentaban reflejar el momento épico que vivían.

Más allá de donde se hallaba la multitud y los astronautas que habían desfilado ante ella, el Argonauta se erguía como una majestuosa y esbelta construcción metálica. Contaba con dos toberas ocultas en el propio fuselaje que, apoyadas en puntos distantes entre sí, formaban una amplia base del diseño en la clásica formación triangular de la letra griega delta. El Argonauta adquiría una forma más voluminosa y de aspecto aerodinámico que recordaba a un poderoso animal con su musculatura tensa ante un inminente esfuerzo. Sobre la superficie de la astronave, de un blancor níveo, destacaba el emblema de Ramspace, que resplandecía con un brillo metálico que arrancaba iridiscencias a la luz de media docena de potentes baterías de focos que lo iluminaban. Una línea naranja que, recortada a la manera de un rayo, cruzaba toda la estructura metálica verticalmente. A diferencia del sobrio diseño de la Ulyses, que prometía un discreto estudio científico de Ignotus, el Argonauta despuntaba como la embarcación que llevaría a sus tripulantes, y a la

humanidad entera, a vivir una fascinante aventura al más puro estilo de la más costosa producción cinematográfica, y así lo entendían los periodistas que veían y retransmitían por primera vez con sus cámaras la esbelta tecnología de aquella nave espacial.

Los astronautas finalizaron el paseo ante la grada y tomaron un vehículo de transporte eléctrico diseñado para la ocasión en el que se acomodaron con facilidad. Rápidamente les condujeron hacia el ascensor de embarque del Argonauta. Jay se mostraba nervioso y miraba sonriente a cada uno de sus compañeros, pero todos ellos parecían absortos en sus propios pensamientos. Ben Lantham tenía la expresividad de una roca. Su mandíbula estaba firmemente cerrada. Daba la impresión que había mucho más en su cabeza que la misión espacial que estaban a punto de emprender y que habría de conducirlos a la singladura más lejana que había surcado nunca el ser humano. Carla Sandoval ni había sonreído durante el paseo sobre la alfombra roja y parecía que tampoco iba a hacerlo ahora. Una expresión indescifrable iluminaba su semblante. En cuanto al propio Peter Ram su rasgos se volvieron graves en cuanto dejaron atrás la multitud, como el actor que una vez se pone a salvo del público tras la tramoya se muestra tal cual es. Su ceño fruncido dejaba entrever que su cabeza estaba en otros asuntos, ni siquiera en el gran acontecimiento que suponía tomar una nave espacial que iba a conducirlos al espacio. Su mirada observaba atentamente al personal que merodeaba alrededor del Argonauta, efectuando las últimas modificaciones preparatorias para el lanzamiento. Jay sonreía nervioso, presa de una emoción que no podía disimular.

Tan pronto se detuvo el vehículo Peter se apresuró a descender antes que sus compañeros.

—Subid al ascensor primero… tengo algo que hacer entre bastidores – explicó agitado.

Jay fue el único que mostró indecisión. Observó cómo Peter se dirigía hacia los operarios en dirección distinta a la que se supone debía emprender. Después de titubear unos segundos, observó que tanto Carla como Ben se encaminaban hacia el ascensor con un aire de indiferencia imposible de imitar. Se apresuró a seguirles.

Peter se aproximó a uno de los túneles de escape de los gases de la combustión, situado bajo las impresionantes toberas del Argonauta. Varios operarios vestidos con monos blancos efectuaban tareas de verificación de la carga de combustible. En cuanto apareció la figura reconocible del dueño de la compañía, uno de ellos que lucía un casco con un color que lo identificaba como ingeniero de Ramspace, se apresuró a correr a su encuentro. Se trataba de Gary.

— ¿Qué tal Peter? ¿Leíste mi mensaje?

—Ya lo creo que lo leí. ¿Por qué crees que me he acercado hasta aquí?

—Es algo fantástico, de veras… tenemos algo verdaderamente grande entre manos. No sé de dónde sacaste esas ideas pero… funciona – los ojos claros de Gary brillaban por la excitación de transmitir algo que verdaderamente lo asombraba.

—Me parece bien, Gary, pero te dije que no quería más mensajes de texto. Esto debe quedar en el más estricto de los secretos.

¿Quién está al tanto?

—Sólo mi equipo. Tú los conoces. Gente de máxima confianza… con la que hemos levantado Ramspace Limited, Peter. Pondría mi mano en el fuego por ellos… y ellos por ti.

Peter asintió preocupado. Después su semblante se fue relajando paulatinamente, hasta que su expresión se suavizó. Evidentemente soñaba despierto. Gary interrumpió sus pensamientos.

—Peter, esta vez te has pasado. Reconozco que tu ingenio me supera — admitió Gary con expresión franca. — ¿Cómo diantres se te ocurrió algo tan descabellado?

Pero Peter negó con la cabeza.

—Quiero explotar todo su potencial, Gary… y espero que no me decepciones. Hemos conseguido la financiación que necesitábamos para continuar con lo que teníamos proyectado. Aprovecha bien el tiempo porque vamos muy justos. Espero que no me falles.

Gary asintió solemne.

—Confía en mí, Peter. Por supuesto que no te fallaré.

Peter asintió y tras un apretón de manos sin mediar palabra, dio media vuelta y se alejó. Las luces de los focos lo cegaban por completo. “Este brillo no va a ser nada comparado con el del Sol cuando pasemos a su lado”. La idea la había enunciado como un reto, con osadía, pero estando allí completamente solo camino del ascensor del Argonauta tuvo el efecto contrario y le generó un sentimiento de aprensión incontrolable. Entrecerró los ojos y avanzó con la vista fija en el suelo intentando borrar esa idea de su mente.

*****

Ben realizó las comprobaciones de rigor cantándolas en voz alta mientras observaba a Jay, ostensiblemente nervioso y pálido como un muerto, con el rabillo del ojo.

“Estado del combustible… inestable con probabilidad alta de una detonación incontrolada”

“Sistema de encendido… fallo total”

“Sistemas eléctricos… varios cortocircuitos en sistemas críticos”

“Filtros de CO2… completamente inoperativos”

—Deja de ser un cabrón, Ben, y haz bien tu trabajo – murmuró Carla con tono neutro, aunque su semblante estaba radiante de buen humor. — ¿No ves que el chico está a punto de soltar la pota?

Jay sonrió nervioso.

A continuación, Carla procedió a la verificación de los sistemas de vuelo y navegación. Enumeraba la lista de indicadores a Ben que procedía a comprobar, está vez en serio.

Mientras realizaban esta tarea llegó Peter y se colocó los arneses de sujeción apresuradamente. Una vez finalizó el repaso de control se estableció un incómodo silencio en la cabina. Jay se explayó entonces haciendo preguntas de respuestas obvias y pidiendo explicaciones que Carla atendía con la cortante severidad de una

piloto experimentada. Sus respuestas lacónicas llevaron finalmente a Jay a permanecer en silencio.

—Bueno amigos… ha sido una tarde de locos, ¿verdad? ¿Alguno quiere contar un chiste? – preguntó Peter que se hallaba de evidente buen humor.

— ¿Sabéis el del astronauta que voló por los aires? —saltó sobre la marcha Ben.

—Vamos a quemar una cantidad obscena de combustible justo por debajo de nuestros culos con unos motores que hasta la fecha solo se han probado experimentalmente en laboratorios… No tentemos a la suerte contando chistes de dudoso gusto– comentó Carla enfriando el ánimo de Ben.

—Caramba., disculpadme entonces, me bajo aquí. No sabía que me había embarcado en la canoa funeraria de Keops camino del inframundo – respondió Ben un poco malhumorado.

Jay rio ostensiblemente la broma de Ben y Peter le secundó.

Aunque Ben se mostraba dispuesto a gastar bromas, sabía que era una necesidad más que una consecuencia de un ánimo alegre. El humor era la válvula por la que liberaba la tensión acumulada. Y no sólo se trataba del lanzamiento del Argonauta al espacio, con todos los riesgos que ello implicaba. El dolor por la pérdida de contacto con Asya le resultaba tan absolutamente desconcertante que incluso el sentimiento provocado por el desplante de la mujer ganaba a cualquier otra emoción, incluido el despegue inminente de la nave espacial. Saber que el Argonauta iba a emprender una travesía tras la

estela de la Ulyses le procuraba un inestimable consuelo al considerar que, a fin de cuentas, iba tras los pasos de Asya.

Quedaba una hora para que la cuenta atrás finalizara y él no podía quitarse a Asya de la cabeza. No acababa de entender su actitud. Desde que se vieran por última vez meses atrás, la pérdida de todo contacto con ella se había convertido en un azote emocional que, en los momentos de silencio, en la noche, lo acosaban como fantasmas insidiosos que no podía ahuyentar. Y las conclusiones de sus divagaciones nunca le resultaban inteligibles. Había parecido tan sincera… ¿Cómo era posible que tras su idilio junto al lago su cambio de comportamiento hacia él hubiera sido tan drástico?

—Las mujeres son tan incomprensibles… Jamás lo entenderé, lo juro – murmuró, expresando sus pensamientos con voz suficientemente alta para que todos lo oyeran.

La afirmación de Ben tomó a todos desprevenidos. Peter soltó una sonora carcajada y Carla exclamó un "¿cómo?" rotundo y tan prolongado como permitió su aliento. Por la radio interna se oyeron las risas en la sala de control de misión de los técnicos que estaban conectados a ese canal.

—Pienso en voz alta. ¿Tengo derecho a eso no? – preguntó Ben a la defensiva. – A lo mejor en el Argonauta no existe la libertad de expresión y no me he enterado.

Carla contraatacó de inmediato.

—Desde luego no somos tan simples como los hombres, que básicamente funcionan con dos interruptores… y todas sabemos que

cuando uno está activado el otro no funciona.

—Al menos eso implica un código de comportamiento coherente y racional. Una regla clara y diáfana. Pero… ¡las mujeres! ¿De qué vale tener cien interruptores si da igual cuál conectes o desconectes el comportamiento es errante e inextricable? – se desahogó Ben.

“Al diablo con Asya” pensó, intentándosela quitar de la cabeza. “Debe estar como un cencerro… sí, eso debe ser. Loca de atar”.

— ¿Inextricable? Esa es buena, Ben. Ahora empiezo a creer que estás algo nervioso. ¿Y tú Jay qué piensas de todo esto? – preguntó Peter, realmente divertido por el cariz inesperado de la conversación.

—Creo que el pensamiento del señor Lantham es muy atinado – dijo mientras pensaba en Linda y en algunas de sus excéntricas reacciones.

—Ah, gracias chaval – repuso Ben con entusiasmo – Me alegro que te alistes en mi bando y seas tan honesto. No sé si sabes, —añadió en voz más baja y en un tono cómplice— pero esta conversación se reproduce en la sala del púbico reservada a familiares e invitados. Supongo que tu apoyo explícito a mi opinión es doblemente válido a tenor que tu novia lo estará escuchando.

“Joder” pudo oírse en voz baja en la línea interna de comunicación. Las risas de los técnicos de misión se redoblaron.

—Bueno Ben, reconócelo. Te han dado calabazas, ¿eh? – preguntó Carla con ironía.

— ¿Dar calabazas? Nada de eso. Ojalá. Más bien me han

golpeado con ellas incesantemente hasta dejarme como un tomate triturado.

Peter rio el comentario.

—Sí, señor, ese es el espíritu con el que hay que enfrentarse a la vida – expresó con convencimiento una vez cesó de reírse— Hay que asumir riesgos, ¿verdad señor Bruno? La vida es muy aburrida sentado en un despacho comprobando números en una hoja de cálculo. Y una experiencia como la que vamos a vivir va a hacer palidecer por ridículas todas las demás cosas que hayamos hecho en nuestra vida hasta la fecha… y posiblemente incluso las que nos resten por hacer. – La voz de Peter iba tornándose cada vez más eufórica. Su expresión era de pura alegría. – Claro que estamos muertos de miedo… en unos minutos podemos estar convertidos en cenizas volatilizadas… o habremos emprendido un camino de gloria y fama que nos haga inmortales. Brindo por ello y que se jodan los agoreros que decían que no lo lograríamos.

—Brindo por ello señor Ram – secundó Jay con voz temblorosa, haciendo acopio de todo el valor que encontró en su interior.

—Brindo por ello también – dijo Carla con un tono más alegre del que había mantenido hasta la fecha.

—Amen – corroboró Ben.

Ben suspiró. Ansiaba que llegara la hora en la que poder desquitarse y mostrar su valía ante la gente de la NASA que lo había dejado fuera de la Ulyses. Peter cruzó con él una mirada cómplice,

como si leyera en su mente esos mismos pensamientos. Después retomó la conversación cambiando de tema.

—Esos malditos bastardos estaban tan pendientes de darme caza que al final me he salido con la mía… les he dado un buen mordisco al porcentaje accionarial… no he logrado tener la mayoría absoluta que me daría la total … pero todo llegará…. Mirad.

Y Peter giró el panel que tenía frente a él para compartir su contenido con el resto de la tripulación del Argonauta. Mostraba la cotización de Ramspace Limited, un gráfico con el que Ben ya estaba más que familiarizado y que representaba los abruptos movimientos de las últimas horas.

—Con las compras que efectuamos en mínimos, cuando despegó la Ulyses y la acción de Ramspace se hundió, y la venta ahora, que hemos recuperado la credibilidad, estamos logrando una inyección de liquidez notable. Hemos salvado el presupuesto de toda la misión, así que no debéis preocuparos. Ramspace Limited seguirá operativa y sus proyectos irán a toda máquina. Si alguien sospechaba que en algún momento podríamos haber llegado a una suspensión de pagos… esa eventualidad, os lo puedo asegurar, ya no se va a producir. La gente de la base va a tener pasta para cubrirnos hasta que regresemos.

Jay rio pensando que el comentario había sido una broma, pero Carla y Ben intercambiaron una mirada asumiendo que lo que decía el empresario era absolutamente cierto. Carla se santiguó lentamente mientras miraba al cielo con expresión de resignación.

—Sí, supongo que es bueno saber que mientras volamos hacia la corona solar, a seis millones de grados de temperatura, va a haber alguien ahí abajo que nos eche un cabo si tenemos un problema con el aire acondicionado en el Argonauta– comentó Ben, perplejo.

Pero Carla impuso orden. Era preciso acometer ahora todas las labores de comprobación de los trajes espaciales, imprescindibles en la maniobra de lanzamiento. Se trataba de un mono ajustado y ligero y de color negro con un brillo metalizado, que contaba con los colores dorados y naranjas de Ramspace destacando en puntos visibles del mismo. Serviría para mantenerlos presurizados y con oxígeno caso de que ocurriera cualquier descompresión en el lanzamiento o ya en el espacio. Para los paseos espaciales dispondrían de un equipo más pesado que se encontraba junto a la esclusa de descompresión.

Una vez finalizaron las comprobaciones todos callaron. Quedaban pocos minutos para que concluyera la cuenta atrás. Los técnicos de la sala de control efectuaban las últimas verificaciones de los motores y depósitos del Argonauta y se desprendían los arneses que aseguraban la nave en posición vertical. La torre de apoyo suplementario se apartó del Argonauta cuando quedaba un escaso minuto para la ignición.

—Vamos allá. Si estamos jodidos… lo vamos a averiguar en breve.

El pensamiento enunciado a media voz de la comandante Sandoval rompió el silencio que antecedía al inicio de la cuenta atrás.

En el exterior soplaba una fría brisa del noroeste. Las montañas

despuntaban en el horizonte con líneas abruptas y nítidas, perfectamente contorneadas por la incipiente luz de la mañana. Pero lo que acaparaba completamente la atención de los astronautas era la esbelta silueta del Argonauta que mostraban sus monitores. Iban a poder visualizar el lanzamiento en el que de hecho participaban.

— ¿Qué le sucede, señor Ramírez? Parece que le ha entrado el rigor mortis … — la comandante Sandoval no era de las personas que se intimidaban ante la presencia del multimillonario. En su día había accedido a comandar la misión con ánimo impetuoso. Era una oportunidad que no iba a dejar escapar. Estaba agradecida a Peter Ram, pero también era una mujer de carácter y en sus parámetros de conducta no encajaba el papel de una empleada servil. Ya le había advertido a Peter de ello – Jay, será mejor que controles tus pulsaciones o de lo contrario tu corazón se te va a escapar por la boca.

Peter se acomodó en su asiento, y tal y como pudo comprobar el propio Ben, su tez se había vuelto pálida, casi cadavérica. El empresario no dejaba de soltar maldiciones por lo bajo. Con un auricular inalámbrico mantenía ocasionalmente conversaciones con Brenda a través de una línea privada. Ben pudo escuchar marginalmente la palabra NASDAQ. Al parecer había ocurrido algo en la apertura de la bolsa neoyorquina.

“Así que es eso… estamos a punto de sufrir una aceleración de cinco ges capaz de convertirnos en frambuesa líquida… y este hombre aún está pendiente de cotizaciones… más vale que se centre…” observó Ben para sí mismo.

— ¿Qué sucede Peter? ¿Fastidiado porque te has olvidado el

cepillo de dientes? — preguntó socarrón al presidente de la compañía.

—No es por el dichoso lanzamiento… — repuso Peter de mala gana — Mis adversarios han argüido que he manipulado el mercado y se rumorea que Wall Street va a suspender la cotización de Ramspace e iniciar una investigación sobre mi presunta influencia en los precios de la acción. Jodidos. ¿Pero es que a estas alturas de la película no se han enterado que aquí todo hijo de vecino manipula el mercado como puede? Hipócritas… — la voz de Peter se perdió en una interminable retahíla de ordinarieces en las que se mezclaban a partes iguales inglés y español.

Ben dejó de prestar a atención a Peter y observó a Jay, que sonreía nervioso. Estaba seguro que si le hubiera preguntado el nombre no habría sabido dar una respuesta coherente. Mientras tanto, Peter cuchicheaba con voz cada vez más elevada, discutiendo con su ayudante.

—Joder Brenda… ya estoy metido en este dichoso ataúd volante… ¿qué más quiere la gente? Putos inversores con aversión al riesgo… Mira lo que estoy haciendo ¡joder!... ¿y ahora van a suspender la cotización? Haz algo, ¿me oyes? Te querellas con el presidente del NASDAQ, con su mujer y sus hijos… pero no dejes títere con cabeza, ¿entiendes? ¡Quiero a todos esos putos cuervos de Wall Street empapelados con demandas! Necesitamos liquidez Brenda, me oyes, ¡la necesitamos!

Peter estaba rojo como la grana, sufriendo un ataque de ira que apenas podía controlar. Por otro lado la comandante Sandoval

mantenía una comunicación fluida con la torre de control, ajena completamente al estado de humor del magnate, mientras repasaba los indicadores del panel de mando del Argonauta. Pero en un momento determinado se detuvo en su quehacer y le dirigió un guiño a Ben mientras señalaba discretamente a Peter.

— ¿Y tú Carla cómo lo llevas? – preguntó Ben a la comandante que parecía que había hecho aquello mil veces.

—Si has aterrizado sobre un portaviones moviéndose como si bailara samba en mitad de un tifón del pacífico … esto es pan comido.

Peter cerró la comunicación con Brenda de mala gana y Ben pudo ver claramente que la pantalla la ocupaba un gráfico de la cotización de Ramspace segmentado por periodos de cinco minutos tenía adscrita una señal de aviso. “Suspendida”. Peter no cejaba de soltar maldiciones por lo bajo.

—Bueno señores, nos apetezca o no darnos este paseo, lo cierto es que la cuenta atrás está en marcha… — canturreó Sandoval con aire indiferente. — Si alguien quiere bajarse en esta parada aún está a tiempo.

Ben observó el semblante visiblemente nervioso de Jay, que le esbozó una sonrisa forzada cuando sus miradas se cruzaron. Peter había perdido toda su locuacidad y era incapaz de enunciar un pensamiento alegre.

—Torre de control, todo listo para iniciar la cuenta atrás. Último minuto. Se ha verificado que todos los anclajes se han liberado correctamente–

Poco después la voz del locutor de la torre de control se oyó en cada uno de los auriculares de los cascos de los astronautas iniciando la cuenta atrás.

La voz de la torre de control concluyó e inmediatamente Ben percibió una vibración, como la de un intenso terremoto, y después una presión enorme que empujaba todo su cuerpo contra el asiento acolchado en el que estaba tumbado.

El viaje a Ignotus había dado comienzo.

CAPITULO 19

Los miembros de la tripulación del Argonauta permanecían solemnemente sentados en la mesa de reuniones de la sala principal. A pesar del ambiente de ingravidez ocupaban los asientos situados en el mismo lado y frente a ellos una diminuta cámara de alta resolución grababa una videoconferencia. Todo el Argonauta había sido diseñado con la apariencia de un interior de lujo en el que la confortabilidad se había logrado transmitir a través de la sensación de gravidez. Por ello las zapatillas e incluso partes de las prendas de ropa de los astronautas contaban con superficies levemente imantadas que permitían, si se quería, permanecer anclados a distintas superficies del interior del Argonauta y así mantenerse de pie o sentados a voluntad.

Frente al equipo se había desplegado una pequeña cámara y bajo ella un panel corredizo de la pared había descubierto una enorme pantalla en la que los astronautas podían ver a sus interlocutores. Se trataba de una multitud de periodistas que atestaban un gran salón de actos del centro de control de Ramspace en Texas. Un reloj digital situado en un extremo de la pantalla indicaba que faltaban pocos segundos para el inicio de la rueda de prensa. Tan pronto el reloj marcó un doble cero Peter tomó la palabra, risueño y seguro, olvidadas aparentemente las preocupaciones de la cotización de la

compañía.

—Buenas tardes estimados amigos de la prensa. —Las palabras del presidente de la compañía espacial provocan que la sala quedara en silencio y poco a poco los presentes acabaran de tomar asiento y prestar atención. — Es un placer para mí celebrar este encuentro. Ramspace ha demostrado ser capaz de logros realmente sorprendentes. Sé que el Argonauta está despertando un interés mundial inusitado… pero os puedo asegurar que todavía no hemos contado ni la mitad de lo que esconde esta maravilla. Y no se trata sólo de lo que esta astronave es capaz de hacer. Detrás tenemos un equipo numeroso de personas, científicos, ingenieros, personal de administración y gestión, todo Ramspace en suma, que han hecho esta maravilla realidad. Han logrado que un sueño de mi infancia pueda ser cumplido. Porque créanme que nada me satisface más que estar aquí arriba con mis valientes compañeros. Sí, y también he decir que nada de esto sería posible sin nuestros accionistas, personas e instituciones que han confiado en este proyecto y han apostado por nosotros. Gracias a ellos, hoy, Ramspace es una de las diez compañías del mundo más importantes por capitalización. Gracias.

Peter hizo un gesto solemne de agradecimiento, con un tinte teatral, y de nuevo retomó la palabra, esta vez con un brío diferente.

—Ya conocen a la tripulación del Argonauta, pero quizás uno de los miembros al que menos atención ha prestado la prensa, porque se incorporó al equipo a última hora, es Jay Bruno, nuestro joven astrofísico. Muchos me han preguntado desde que lo inscribimos como titular de una plaza del Argonauta la razón por la que no embarcamos

a un veterano director científico, como Gary Shultz. Pero nuestro director en control de vuelo era imprescindible allí abajo. En su lugar también es cierto que nos acompaña un joven con un bagaje académico no tan abultado y con mucha menos experiencia, cierto. ¿Por qué ha venido entonces? Hoy vamos a resolver ese misterio. Si me permiten, voy a ser yo el que ejerza las labores periodísticas y entreviste a nuestro muchacho. Tengo ventaja sobre ustedes, sé qué preguntas tengo que hacer – la broma de Peter desencadenó las risas de los periodistas. Peter se desenvolvía con la soltura de un hombre de mundo que le da igual hablar ante su grupo íntimo de amigos que a ante media humanidad a través de una diversidad de medios de comunicación. — En primer lugar, Jay, quiero que nos hables un poco de ti mismo.

Jay carraspeó, evidentemente azorado. Primero habló con voz nerviosa y a trompicones, pero a medida que iba adquiriendo confianza logró expresarse con mayor soltura.

—Soy… quiero decir, me llamo Jay Bruno, soy de Tennessee y siempre, desde que recuerdo, me gustó la astronomía. —En este momento Jay sonrió forzadamente— Cuando cursé estudios universitarios opté por la física y rápidamente me orienté hacia la astrofísica, pero también enfocando mis estudios de posgrado hacia diversas facetas de programación y lo que se conoce como *machine learning*…. Trabajé en terrenos relacionados con la detección de asteroides, cálculo de su eje de rotación, trayectorias y velocidad. Esta técnica de aprendizaje computacional se ha revelado como muy útil… pero, no les quiero aburrir.

—Cuéntanos Jay, porqué entraste en Ramspace.

—Bueno, sí, ciertamente cuando estaba acabando la carrera opté a una beca de estudios en Ramspace. Mi currículum académico permitía…

— ¿Currículum académico? Este hombre sacaba las mejores calificaciones en todas y cada una de sus asignaturas. Jay Bruno tiene talento y en Ramspace lo encontramos igual que un buscador de oro encuentra una veta en una mina, ¿no es verdad, muchacho?

—Sí, sí … claro… — respondió Jay con una tímida sonrisa.

—Cuéntanos ahora cómo fue esa beca. Entraste a formar parte del equipo de investigación accesorio al Argonauta, ¿no es cierto?

—Exacto… Hace dos años empecé a trabajar para Ramspace. En muy poco tiempo, dada mi especialización, me asignaron a un departamento de desarrollo de misiones y exploración espacial. Una vez se determinó Ignotus como uno de los objetivos posibles pasé a desarrollar distintos algoritmos de filtrado *raws*…

—Espera, espera, Jay, explica mejor eso porque mucha gente se puede perder.

—Sí, me refiero a que la información que obtenemos de Ignotus, al ser un objeto muy alejado y muy pequeño relativamente, consisten básicamente en imágenes de escasísima resolución. Para mejorarlas desarrollé un algoritmo que era capaz de recalcular los ecos obtenidos por distintos radiotelescopios del mundo y generar una mayor nitidez en la imagen… que es muy buena.

— ¿Muy buena?... ¡Es revolucionaria! Quiero que vean estas

imágenes que vamos a pasar a la pantalla con la que nos están viendo.

Ben estaba muy atento a las palabras de Peter. Estaba realmente intrigado por el descubrimiento de Jay que hasta la fecha había permanecido celosamente guardado. Si era tan magnífico como decía Peter probablemente repercutiría en la notoriedad del Argonauta y sus tripulantes, … y también en Ramspace Limited.

La pantalla mostró entonces una silueta pixelada y muy borrosa. No era nada especialmente discernible y Ben la asoció de inmediato a muchas imágenes obtenidas mediante radiotelescopios. Estaba familiarizado con esas figuras. Se trataba de Ignotus.

—Y ahora quiero que vean esta secuencia. Es una grabación que muestra los efectos graduales de la depuración efectuada por el algoritmo de Jay. En él se han ido incorporando distintas imágenes obtenidas por diferentes radiotelescopios y otras del telescopio espacial James Webb. Observen.

Y entonces la silueta amorfa de píxeles blancos y negros fue cobrando forma. Los píxeles se redujeron de tamaño paulatinamente y el contraste blanco y negro fue disolviéndose en una escala de grises que permitían recrear un juego de luces, sombras, y siluetas. El resultado era un objeto fusiforme y bulboso de aspecto rocoso. “Un asteroide extraño”, pensó Ben.

— ¿Hemos terminado, Jay?

—No, claro que no… la verdad es que la forma que estamos apreciando es llamativa y extraña… se me ocurrieron varias cosas que hacer para depurar la imagen… Si se observa da la impresión de

tratarse de un aglomerado de rocas incrustadas unas en otras…. Pero lo cierto es que no es así.

—Exacto, Jay… explícanos qué vamos a ver ahora – insistió Peter.

Jay asintió mientras comentaba la siguiente secuencia de imágenes.

—Sí, tomé varios grupos de imágenes de diferentes observatorios efectuadas a diferentes horas y apliqué el algoritmo. Al procesar las imágenes en tiempo real se obtiene la siguiente secuencia… ¿pueden verlo?

Ben observó atento. Las imágenes mostraban un movimiento rotatorio del gran obelisco espacial, pero no era un movimiento continuo. “Es como si… pero no, no puede ser”.

—Observen que, aunque se aprecia movimiento, —prosiguió Jay mientras se ajustaba la montura de sus gafas. Ahora estaba completamente centrado en la explicación y había olvidado que estaba siendo visto por cientos de millones de telespectadores en todo el mundo — el objeto no gira de forma consistente. No tenía claro que significaba esto, así que seguí trabajando y depurando el programa. Hice una mejora del algoritmo para trabajar en tres dimensiones. Dejé de operar con píxeles y apliqué dos criterios. El primero establecía que Ignotus era un conjunto de escombros espaciales atrapados gravitatoriamente, pero sin estar ensamblados realmente en un solo cuerpo… el modelo fallaba… El segundo criterio era distinto… supuse que, si bien existía un objeto compacto, Ignotus, este estaba rodeado

por escombros mucho más pequeños que estaban atrapados gravitatoriamente.

— ¿Fue esa la conjetura correcta? – interrogó Peter

—Bueno… realmente no podemos estar seguros… pero el resultado fue impactante. El programa descubrió que los escombros perfilaban una estructura compacta, Ignotus propiamente dicho… así que depuré la imagen en tres dimensiones resultantes, eliminé los escombros móviles…y esto es lo que obtuve.

La imagen apareció en pantalla. Ben exclamó por la sorpresa, no lo pudo evitar, y otro tanto sucedió con la capitán Sandoval, que soltó un taco muy grosero. En la sala de prensa, en Houston, todos los presentes prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa y Ben se imaginó la población de la Tierra siendo sacudida por una profunda impresión.

El objeto que había aparecido en pantalla era extraño… pero era difícil atribuirlo a una obra casual de la naturaleza. Era una estructura fusiforme, elegante y de aspecto agresivo. Consistía en una superposición de paralelepípedos que constituían en su forma final una extraña asimetría, característica esta última que resultaba aún más insólita. Aristas y superficies planas conformaban una estructura chocante a la vista a la que era difícil enmarcar como un producto surgido del caos cósmico. Todo el conjunto de líneas adquiría la forma de una gigantesca cuña, afilado en su extremo más avanzado y abultado en retaguardia. Sin embargo, Ben se sintió cautivado por la belleza inefable que esa conjunción geométrica.

Una vez se serenaron los ánimos, los periodistas empezaron a acumular preguntas a las que Jay intentaba responder, pero fue Peter el que tomó las riendas de nuevo y recondujo la conversación.

—Señoras y señores. Es una estructura extraña y desconcertante, todos estamos de acuerdo en ello. Nos llama poderosamente la atención la forma de Ignotus, sus líneas rectas y volúmenes. Es imposible mirarla y no deducir lo obvio… pero no olvidemos que la naturaleza también es capaz de producir líneas rectas y volúmenes similares a esos que vemos allí. De hecho, nuestros científicos están convencidos de que lo que subyace tras la capa de escombros que rodea Ignotus es una estructura cristalina de grandes proporciones, algo que la naturaleza puede construir sin problema. La formación de cristales constituye un buen ejemplo de que probablemente lo que estamos viendo no sea obra de ninguna civilización inteligente, que es lo que nuestro subconsciente nos hace pensar de inmediato, sino fruto de procesos geológicos naturales, propios del espacio… o del planeta del que proceda esa roca. Sé que todos ustedes están ávidos de preguntas, pero el Argonauta debe prepararse para el acople con la estación de aprovisionamiento y después preparar la aceleración rumbo al Sol… así que voy a ceder la comunicación a la sede de Ramspace, desde donde nuestro director científico podrá amablemente responder a todas sus dudas y dar más detalles del descubrimiento del doctor Jay Bruno.

Peter sonrió efusivamente y pulsó el teclado a fin de cortar con la comunicación con la Tierra. Cientos de periodistas se quedaron con la palabra en la boca.

Fue Ben el primero en tomar la palabra tan pronto se cortó la comunicación.

—Y … ¿estamos completamente seguros de que esa estructura… cristalina… es de origen natural? No sé, yo cuanto más la observo más pinta tiene de tratarse de algo jodidamente alienígena.

—Vamos Ben… no me seas tú también sensacionalista. Pensé que eras un tío más práctico, la verdad – protestó Peter.

—No sé, chaval… — dijo Carla mirando fijamente a Jay – Tú eres el que ha descubierto este pastel. Me imagino que si no estuvieras convencido de que se trata de algo natural no habrías embarcado dispuesto a que te abduzcan… ¿verdad?

Jay se sonrojó.

—La verdad es que no había entrado a valorar si se trata de una fisonomía natural o no… yo simplemente depuré los datos raw.

—Válgame el cielo – murmuró Carla para sí misma. — ¿Y tú Peter? ¿De verdad crees que nos vamos a encontrar con un cristal del tamaño de una catedral?

—Poco importa lo que crea yo o lo que creas tú. Lo importante es llegar allí y asegurarnos que ese chisme sigue su camino sin causar problemas.

Y Peter se levantó y se alejó flotando en dirección al pasillo de los dormitorios. Carla y Ben cruzaron una mirada en la que ambos se interrogaban extrañados por la respuesta elusiva del presidente de Ramspace.

CAPITULO 20

Después de unos segundos de marcación la cara de Asya apareció en la pantalla de su monitor. Se trataba de una comunicación solicitada por la comandante de la Ulyses y Ben, aunque reacio a tener que vérselas con ella, no pudo articular una excusa que no fuera completamente embarazosa. Podía haberse negado, pero todos daban por hecho que habiendo sido antiguos compañeros de tripulación era lógico que mantuvieran una conversación amigable. Ben supuso que Asya, después de haber despachado con la comandante, se hallaba en la misma tesitura. Así que para no levantar sospechas y suscitar preguntas indiscretas aceptó la comunicación.

Asya mantenía una expresión severa, como Ben nunca le había visto antes. Su melena estaba recogida en una coleta que evitaba la sensación de ingravidez que provocaba los cabellos flotando desordenadamente en diferentes direcciones. Al parecer estaba en su propia cabina particular, un recinto extraordinariamente reducido que provocaba sensación de claustrofobia. Ben observó el contraste con su propio camarote, ancho y diáfano, con aspecto de habitación de lujo, y no se reprimió. Hizo que la cámara de su tableta diera un recorrido panorámico por la estancia.

—Oh, perdone comandante Bale… se me ha escapado la *tablet*.

No pretendía mostrar mi suite involuntariamente – dijo Ben con tono aflautado. No obstante, también su voz traslucía cierto sarcasmo.

—Hola, señor Lantham. ¿Qué tal las cosas por el Argonauta?

—Bien… nos molesta un poco el propulsor de la Ulyses, pero dentro de poco os dejaremos atrás y no será tanto problema.

Asya sonrió paciente. Ben no iba a dejar de hacer comentarios hirientes.

—Quería comunicar contigo para ver si todo iba bien. Además, es conveniente que exista un mínimo de coordinación entre ambas naves dado lo que nos traemos entre manos. La travesía por delante es monótona hasta llegar a Ignotus y tenemos tiempo de mantener contacto. Parece lógico que … siendo conocidos… hable contigo.

—Sí, ha hecho bien en llamarme. Tengo una excelente reputación como objeto de entretenimiento femenino.

Asya esbozó una sonrisa, pero no de diversión. Era evidente que Ben se estaba propasando.

—Es importante que exista un canal de comunicación abierto entre ambas tripulaciones. El objetivo que nos ha traído aquí no debe ser llegar primeros a Ignotus. No olvidemos que hasta que no complete su trayectoria de aproximación al Sol no vamos a saber si se convierte en un peligro para la Tierra. Es un asunto grave y si no cambia de actitud puedo solicitar a la comandante Sandoval que me asigne otro interlocutor para coordinar ambas tripulaciones.

Ben estuvo a punto de responder que “el personal de la NASA ya le había dado por saco innumerable cantidad de veces en el pasado

y que una mella más no le iba a hacer daño”, pero se contuvo. Sentía cierta rabia al enfrentarse a la fría belleza de Asya, tan impertérrita y profesional que parecía querer restregarle su desplante con verdadera crueldad. No, a pesar de todo y por una razón cuya comprensión le superaba, prefería ser él el que sirviera de enlace con la comandante Bale.

— ¿Alguna novedad en la Ulyses? – se limitó a preguntar con el tono de voz más neutro que fue capaz de expresar.

—No nos va mal. Todo circunscrito al programa previsto. Ya sabíamos todos cómo era la Ulyses antes de embarcar. No obstante, me alegro por ti… si tan importante le resulta estar cómodo no te puedes quejar a tenor de lo que se ve.

Ben asintió con semblante serio.

—Aquí todos los sistemas están plenamente operativos, sin ninguna incidencia, comandante Bale.

—Me alegro. Queríamos comprobar que los canales de comunicación entre las naves estaban abiertos y operativos.

—Objetivo cumplido entonces.

Ben, miró desesperado a la mujer, que mantenía una expresión imperturbable y fría. ¿Cómo podía mantener esa actitud después de lo que había sucedido entre ambos?

—Comandante Bale… ¿puedo hacerle una pregunta de índole personal?

Asya enarcó una ceja desconfiada.

—Puede… pero yo puedo negarme a responder.

—Por supuesto, lo doy por descontado. – Ben frunció los labios, pensando en cómo formular la pregunta con el punto de ironía óptimo – A veces me pregunto si tiene una hermana gemela exactamente igual que usted. No sé, es porque en alguna ocasión he tenido la impresión de haberme cruzado con una persona que… se parece extraordinariamente a usted.

Asya no experimentó ningún cambio visible en su semblante, pero Ben la conocía y distinguió como las aletas de su nariz se agitaron un instante al inspirar con fuerza. Se contuvo, no obstante, cuando respondió.

—Es posible que haya visto a alguien que se parece a mí. Mi perfil es relativamente común.

La voz, extraordinariamente monótona de Asya, lograba imprimir una fuerza a su mensaje que dejó a Ben fastidiado. Le habría gustado estar realmente seguro que había dado en la diana.

— ¿Cómo está funcionando su tecnología de escudos magnéticos? – preguntó Asya, indiferente ya a la actitud hostil de Ben.

—Aquí la ley de Biot y Savart funciona perfectamente. No sé cómo irá en otros rincones del cosmos.

Ben se refería a la corriente eléctrica que recorría el perímetro de la nave creando un escudo magnético muy potente. La Ulyses empleaba una tecnología similar.

—Nuestros generadores de flujo de campos funciona perfectamente también – contestó Asya a su vez, en actitud más colaboradora que la que mostraba Ben— Confiamos que esté a plena

potencia a medida que nos acercamos al Sol.

Ben se quedó sin saber qué decir. Estaba como bloqueado. Sólo se ocurrían desplantes e ironías a cada cual más desagradable. No lo podía evitar. Comprendía de sobra que Asya podía tener razones para haberle rechazado. Era un bromista incorregible, sólo tenía dos grados académicos y participaba como mero científico en una misión que iba a salvar al mundo. No era suficiente para ella, ok, lo asumía. Pero… ¿por qué se había esfumado de su vida sin una sola palabra de explicación? La idea lo enfadaba y lograba además exacerbar su carácter sardónico hasta el límite.

—Lo cierto es que estamos muy sorprendidos con la rueda de prensa que disteis desde el espacio. Menuda conmoción se ha producido en la Tierra… incluso aquí, estamos todos bastante intrigados… A fin de cuentas, vamos a llegar primero a Ignotus y descubrir lo que ahí allí. ¿Qué pensáis que es Ignotus?

—Bueno… lo de llegar primero es algo que está por ver – dijo Ben que no dejaba pasar una a la comandante de la Ulyses – En cuanto a si hay marcianos en el interior de Ignotus estamos convencidos de que no es así. ¿Quién en su sano juicio vendría a un planeta como el nuestro? A poco que estuviera informado se habría dado cuenta que los alienígenas invasores son muy maltratados por el cine de Hollywood.

Asya sonrió condescendiente, como si fuera un bicho raro que observaba por primera vez. Después de un suspiro prosiguió.

—Sí, ha sido muy hábil por vuestra parte mantener ese

descubrimiento sobre la estructura oculta de Ignotus hasta el final. Habréis preparado el Argonauta con instrumental acorde con el tipo de configuración de material que ha detectado vuestro famoso algoritmo. Me imagino que desde el punto de vista de la competencia empresarial ese tipo de secretismos están a la orden del día. Es una lástima que en misiones científicas, en las que se presupone que se comparte información, nos la juguemos de esta manera.

Ben sonrió, intentando desdramatizar.

—Teníamos previsto comunicarlo a la NASA, pero la Ulyses despegó unos cuantos días antes de lo anunciado sin avisar… — “ahí te he dado bien” pensó Ben satisfecho. — Tampoco hay que exagerar. No hay nada nuevo que no se haya visto en la propia Tierra. Te recuerdo que la gruta de Naica tiene formaciones cristalinas enormes…

—Sí, de hasta once metros de largo, Ben, gracias, tengo ciertos conocimientos científicos. Pero es que Ignotus tiene más de tres kilómetros de largo. Sea como sea se trata de algo nunca visto, ni siquiera en la Tierra.

—Estamos hablando del espacio, de fenómenos geológicos que ni se nos ocurre pensar cómo pueden darse… ingravidez, condiciones de temperatura muy variables en función del lugar de formación, … de todas formas te digo una cosa. Si lo que os preocupa es si hay hombrecillos verdes en el interior de Ignotus más vale que esperéis a que lleguemos. En cuestión de empatía intergaláctica creo que tengo aptitudes inmejorables.

Asya tenía ganas de dar por concluida la entrevista.

—Bueno… confío en que si el Argonauta tiene algún otro as en la manga sea capaz de compartir información con nosotros y no actúen con esa actitud tan impropia y… anticientífica, la verdad.

La expresión de la comandante se volvió extremadamente severa.

—Sí, claro, por supuesto. Ahora mismo se lo digo a Peter para que recapacite.

“Donde las dan las tomas”, pensó Ben, irritado.

La comunicación se cerró en ese momento y Ben dio un manotazo sobre la consola.

—Joder, joder, joder, joder…

Su mirada cargada de furia se dirigió lejos de la pantalla donde había mantenido la comunicación. “Maldita Asya, ¿por qué ha tenido que elegirme a mí para mantener un canal de comunicación abierto entre ambas naves?”

La respuesta surgió sin que él la pretendiera. “Porque a lo mejor, a pesar de todo lo que te ha hecho, te añora”.

—Genial… — murmuró en voz baja para sí — pues la próxima vez que hablemos le voy a decir que pare de darme golpes en el corazón con ese machete mellado, porque eso lo que experimento cada vez que la veo. Va a acabar haciéndome pupa de verdad.

CAPITULO 21

— ¿Hablamos de trayectorias?

Carla Sandoval estaba abriendo uno de los envases de comida liofilizada que había recalentado. Una pequeña vaharada de vapor emergió del interior cuando destapó la cubierta.

—Eso mismo, — Jay se mostraba de acuerdo.

Peter asistía a la comida taciturno. Desde que el Argonauta había abandonado la Tierra se mostraba siempre malhumorado y parco en palabras. En ocasiones se podía oír cómo se desahogaba en su camarote en largas conversaciones con Brenda o con Gary. Su voz vehemente se oía como una débil letanía que escapaba de los límites del camarote insuficientemente insonorizado. No cesaba de protestar y dar instrucciones encaminadas a resolver la suspensión de la cotización de Ramspace y su compra ventajosa de acciones. Las conversaciones con Gary eran de carácter técnico y desconcertaban a Ben, que no entendía a qué obedecía tanta urgencia si Gary ya poco podía hacer por la misión en curso.

Así que Peter, preocupado por los problemas que habían quedado en Tierra y Ben fastidiado por la conversación con Asya, no parecían muy dispuestos a colaborar en mantener un espíritu alegre de convivencia en el Argonauta. Jay y Carla intentaban dar a la

conversación del almuerzo un tono de normalidad que era a todas luces forzado.

—Entonces sucederá como Oumuamua… — dijo Jay en voz baja.

—Sí, sí, eso parece. Pero, ¿cómo es posible que a estas alturas no se sepa con certeza cuál es la trayectoria de Ignotus una vez rebase el Sol? — Pero fue la propia comandante la que se respondió – Sí, lo sé. Es un cambio de dirección relevante, como Oumuamua y eso implica que las probabilidades de acertar exactamente son bajas.

—Exacto, — alcanzó a explicar Jay.

—Y esa imagen que ha revelado tu maldito algoritmo, Jay, no sé… a mí no me tranquiliza. De acuerdo que tiene una estructura cristalina… Líneas rectas, paralelepípedos… pero yo qué sé… La miro y yo, que soy militar, pienso en una especie de nave de combate de una civilización superavanzada de tamaño considerable… Joder, ¡si hasta si lo miras de un determinado ángulo se parece a los destructores estelares de Star Wars!

Jay se mostraba sonriente y hasta se rio una vez acabó de hablar la comandante Sandoval. Su expresión se hizo aún más intensa.

—Carla, si eso te da yuyu… más vale que no sepas lo que hemos averiguado en el laboratorio en relación a nuestro amigo Ignotus. —Jay había enarcado una ceja mientras hablaba. Era evidente que sabía algo que no había compartido aún con los demás. – Tengo una conjetura que en breve haremos pública – dijo mientras echaba un vistazo de reojo a Peter, que permanecía taciturno leyendo

algo en su Tablet.

— ¿Es esa conjetura por la que llevas varios días enfrascado sin salir de tu celda de castigo? – preguntó la comandante mientras ingería líquido a través de un tubo de plástico transparente.

Jay ignoró la pregunta.

—Hay muchos datos que estudiar… Lo que no contó Peter el otro día fue el estudio que hice sobre la movilidad de los escombros que rodean el cuerpo principal… y bueno, me ha dado pie a elucubrar algo verdaderamente sorprendente. Serviría también para explicar la cola de escombros que siguen una distribución geométrica, en espiral, tras de Ignotus. Es una hipótesis, francamente, alucinante.

Peter enarcó una ceja y levantó la mirada de la comida, que ingería con total indiferencia. Llevaba barba de varios días y su aspecto era desaliñado.

—Sorpréndelos – dijo, lacónico, autorizando de esa manera a revelar el descubrimiento.

Jay se frotó las manos, satisfecho por la prerrogativa que le habían concedido.

—Vamos a ver. Si los escombros no están adheridos al cuerpo principal es que algo lo mantiene anclado… y por lo que sabemos de la física hay pocas fuerzas en la naturaleza que puedan obrar ese efecto.

—La gravedad es la primera explicación – apuntó Ben.

—Correcto… pero no explicaría la movilidad que estamos observando. Ignotus, por otro lado, es demasiado pequeño… me

refiero, para obrar ese efecto gravitatorio tan intenso, y por si fuera poco, los movimientos que vemos en la estela de escombros no encajan en una explicación gravitatoria. Además, está el factor de la velocidad de escape.

—Te refieres a que hace falta muy poco impulso para escapar a la gravedad de Ignotus, ¿no? – preguntó Carla.

—Exacto. Con la velocidad que hemos observado en muchos de esos escombros debían haber escapado del influjo gravitacional de Ignotus … salvo que…

—Salvo que estemos hablando de un objeto de una densidad colosal – apuntó Ben.

—Exacto – asintió Jay satisfecho.

—Un momento… un momento… me pierdo, — aseguró la comandante Sandoval. — ¿Un objeto de una densidad colosal siendo tan pequeño? Pero Ignotus tiene una forma alargada… parece algo contradictorio… ¿No debería ser entonces esférico?

—Sí, lo es absolutamente. La Ciencia ha especulado con la posibilidad de núcleos hiperdensos de estrellas de neutrones que por un cataclismo cósmico hubieran estallado y se hubieran dispersado por el cosmos manteniendo su estructura singularmente densa… Pero por lo que sabemos hoy día, un material de una densidad colosal explosionaría si dejara de estar sometido a la presión ejercida por una masa enorme…así que se descarta esa explicación. La ciencia que conocemos dice que Ignotus no puede ser un objeto de esa naturaleza… es una elucubración fantasiosa, y aunque hay que

descartarla, no deberíamos olvidarla. Hay que tener la mente abierta, señoras y señores.

Jay disfrutaba ejerciendo de centro de atención del grupo. Habitualmente, durante la fase de preparación, era el que menos había participado en las conversaciones. Había sido el último en incorporarse y se sentía permanentemente como el alumno menos aventajado. Pero desde que habían emprendido el camino se había habituado a ser el centro de las conversaciones que se mantenían en la nave, en especial cuando estas versaban sobre Ignotus.

—Bien, … así que la opción de la gravedad queda descartada. ¿Qué otras fuerzas has contemplado, pequeño Einstein? – preguntó Ben.

—Magnetismo.

— ¿Estás diciendo que Ignotus puede ser un gigantesco imán cósmico? – bromeó Peter – Joder, espero que no… sería el hazmerreír del Annabel´s… mis amigos británicos del Club se gastarían unas buenas bromas a mi costa… — murmuró con fastidio.

—Oh, no …no como un imán… Nada tan sencillo – exclamó encantando el astrofísico. – Por supuesto, partimos de la premisa que los escombros rocosos que rodean Ignotus tienen una composición metálica que, por otro lado, no es una suposición descabellada por lo que sabemos de estos cuerpos. Pero no, no puede ser un imán en absoluto.

—A ver… ¿por qué no es un jodido imán? – preguntó Carla, que evidentemente quería llegar al fondo de la cuestión cuanto antes y

las excesivas explicaciones de Jay la abrumaban.

—Cátodo y ánodo. Está claro – dijo enarcando las cejas, pero Carla seguía sin entender – Un imán tiene dos polos… uno negativo y otro positivo… genera un campo magnético y las partículas afectadas en su radio de acción se alinean inmediatamente.

Como Carla seguía sin entender, Ben aclaró la cuestión.

—No habría movimiento. No observaríamos la variación de posiciones de los escombros que rodean Ignotus. Y entonces eso nos deja…

—Eso deja abierta una hipótesis ciertamente muy interesante, curiosa… ¡fascinante! Implica suponer que el campo magnético lo genera una corriente eléctrica y la posición de cátodo y ánodo varía constantemente.

— ¿Una corriente eléctrica? – Ben soltó una carcajada. — ¿Quieres decir que Ignotus va a pilas?

—No sólo corriente eléctrica. Me refiero a un campo eléctrico originado sobre un material superconductor. Es la mejor explicación plausible… por no decir la única que se nos ocurre. Estamos hablando de una potencia eléctrica descomunal que cubre un material superconductor. Eso posibilitaría un campo magnético móvil que alterara la posición de los escombros que rodean Ignotus, incluso explica correctamente la estela de meteoritos en disposición espiral que hemos descubierto.

— ¿Un material superconductor? Pero, ¿de qué clase de material estamos hablando? – preguntó Carla, que no tenía apuro en

mostrar su desconocimiento en ciencia de materiales.

—Oh… existen multitud de opciones. En la Tierra estamos experimentando constantemente para lograr producir los mejores. Tienen unas aplicaciones industriales inmensas. Cuánto más barato y fácil de producir mejor… es algo así como la piedra filosofal de los físicos – sonrió Jay feliz. –

Peter se había quedado pensativo, pero no dijo nada.

—Un material superconductor solo tiene una explicación plausible – murmuró Ben en voz baja.

—Exacto – coligió de inmediato Jay. – Sólo puede ser producido de una forma…. deliberada, artificial… comprenden lo que quiero decir, ¿verdad? Y además… me recuerda mucho… muchísimo, al propio campo electromagnético que generamos aquí, en el Argonauta, para protegernos de la radiación solar y los rayos cósmicos. – Jay terminó con una risa nerviosa que en nada contribuyó a que su conclusión resultara tranquilizadora.

—Joder, Jay… se te ve muy feliz con tu elucubración de los cojones… — interrumpió Carla, nada contenta con el cariz que había adquirido los descubrimientos que revelaba su compañero de misión— ¿Te has parado a pensar en lo que implica que estemos viajando a decenas de miles de kilómetros por hora el encuentro de ese chisme? – Después se volvió hacia Peter con cara de pocos amigos— Y, usted, señor Ram, deje de poner cara de incrédulo y de que esto no va conmigo. Creo que ha llegado la hora de volver a hablar de mis emolumentos.

CAPITULO 22

Probabilidad de impacto de Ignotus, una entre cien
Observatorio de Kitt Peak, Estados Unidos

Transcurrieron varias semanas desde la primera y última conversación mantenida con la Ulyses. Si bien el ambiente dentro del Argonauta era amable y sereno, Ben observaba con preocupación como un nuevo problema amenazaba con destruir la cordialidad reinante.

—He repasado los cálculos de nuestro pequeño Einstein –comentó a Peter justo después de haber celebrado la reunión rutinaria en la que se comprobaban los sistemas y trayectoria del Argonauta y su ruta de interceptación y seguimiento de Ignotus.

Peter le miró con indiferencia, como preguntando "¿Y?".

—Me tienen asombrado … y preocupado —respondió Ben — Si esa hipótesis es cierta, y creo que lo es, significa que Ignotus cuenta con un poderoso campo magnético, lo suficientemente fuerte para que nuestro escudo magnético no sirva de nada. Afectaría a toda la circuitería del Argonauta.

—Tendremos cuidado con eso, no te preocupes.

—También sucederá lo mismo con la Ulyses.

—Me imagino.

—Hay que avisarles.

Peter levantó la mirada de su Tablet.

—No – replicó tajante. Después volvió a prestar atención a lo que estaba haciendo y se dirigió a Ben con desgana. – Esperaremos hasta el momento justo.

Ben carraspeó.

— ¿A qué momento justo te refieres? ¿A ese en el que la circuitería de la Ulyses chisporrotee como un chorizo en una parrilla?

Peter sonrió.

—Estimado amigo. Vamos a ver. Recapacita un poco. La NASA, esos hijos de puta que te hicieron la faena de tu vida dejándote en la estacada a pocos días de participar en la gran misión… ¿a esos tú estás dispuesto a advertirles con pelos y señales de lo que se les viene encima? No. No lo puedo creer. Más bien creo que lo que deseas es que les avisemos cuando tengan una ruta de aproximación establecida y nuestro aviso los obligue a cambiarla y a consumir una cantidad de combustible crucial que los deje inoperativos en la carrera a Ignotus.

—Esa sería una buena jugada – corroboró Carla, que participaba del punto de vista de su jefe.

—Es un disparate prescindir de la Ulyses tan alegremente — alegó de inmediato Ben. — ¿Y si resulta que la Ignotus se convierte en un peligro para la Tierra? No es la NASA. Es la Tierra, el planeta entero, lo que puede estar en peligro. Estás jugando a las cartas con

las vidas de miles de millones de personas.

—Mira Ben. No han jugado limpio con nosotros. Ni siquiera contigo. ¿Te dijeron algo a ti de que iban a partir anticipadamente para dejarnos con el culo al aire? ¿Verdad que no? No, no pienso empezar a utilizar ahora las reglas de caballero del Temple cuando ellos han empleado con nosotros las del Trilero de Tres al Cuarto. Me interesa dejar a la NASA fuera, eso es todo. Estoy seguro de que es por su bien.

—No pienso permitir que juegues con la vida de la tripulación de la Ulyses. – Ben pensaba en sus colegas y amigos. No sólo en Asya, sino también en Natham y Ling, o el propio James al que apenas conocía, y sentía verdadera aprensión.

—No estoy jugando con sus vidas. Ten en cuenta que con las actualidades probabilidades de impacto habrá que asumir el riesgo de aproximarse a su superficie a fin de aplicar la fuerza de los motores y alterar su trayectoria. Las dos naves tienen que estar dispuestas a correr ese riesgo.

Ben gruñó. No se mostraba conforme.

— ¿Y cuándo pensarás avisarles del peligro que corren? Me parece que tu actitud está siendo muy frívola y de un optimismo asombroso.

Peter se puso más serio, pero no respondió. Ben se fue enfadado a su cuarto mientras observaba como Jay lo miraba entre asustado y cohibido, como si él fuera el culpable de esa discusión.

*****

Los días pasaban y la distancia a Ignotus se recortaba. El tiempo de espera se agotaba y también el margen que tendría la Ulyses para emparejar su trayectoria respecto al asteroide a una distancia prudencial. Ben conocía perfectamente los cálculos que manejaba la NASA y de aplicarlos conforme el plan de vuelo el resultado podría ser muy arriesgado.

Ben se mostraba huraño, disconforme con la estrategia de Peter. Siempre había creído que el presidente de Ramspace se había mostrado magnánimo con él al incluirlo en el Argonauta. Magnánimo y astuto. Con su incorporación sumaba un nuevo capítulo de afrentas contra la NASA. Resultaba tan infantil esa forma de gestionar un proyecto tan importante que le desconcertaba. ¿De veras que sólo lo había escogido por demostrar a la NASA su incapacidad?

Decidió dejar ese asunto de lado porque consumía sus energías y su ánimo inútilmente y se refugió en la consola de su camarote, en el que permanecía descansando. Pero la interfaz de comunicaciones le daba error cada vez que intentaba operar con ella. Decidió probar la comunicación desde la cabina de mando y para su sorpresa obtuvo el mismo error.

No era algo inesperado. Ben había aguantado todo lo posible, pero había llegado ya el momento de advertir a la NASA de lo que la Ulyses podría encontrarse. Y ahora que estaba decidido a poner por obra su propósito surgía aquel fallo. Tardó un segundo en comprenderlo. Peter se había adelantado a sus escrúpulos y había cortado toda posibilidad de que se comunicara directamente con la

Tierra para hacer llegar la advertencia. Había bloqueado su canal de comunicación. Sentía que un poderoso enfado crecía dentro de él con la fuerza de un tsunami.

Llamó a la puerta de la comandante Sandoval, que le dio paso activando la apertura automática. El panel se deslizó silenciosamente. Carla Sandoval mantenía una conversación privada a través de su consola, que dejó a un lado y miró interrogativamente a Ben.

—No puedo comunicarme con la Tierra… pero veo que tú no tienes ese problema…

Carla negó con la cabeza.

— ¿Algún error en la consola? – preguntó.

—Me ha sucedido lo mismo cuando he ido al panel de comunicaciones de la cabina de mando

Carla enarcó las cejas.

— ¿Qué credenciales has utilizado?

—Las mías… por supuesto.

La pregunta de Carla era intencionada, y Ben comprendió al momento por dónde podía venir el problema. Manejó durante unos segundos su ordenador portátil y asintió. Un gesto que Ben esperaba. Sin decirle una palabra le estaba dando a entender que Peter había vetado sus comunicaciones.

—Carla… sabes que el tiempo de la Ulyses se está acabando.

—Sólo hay una persona con prerrogativas…

La expresión de Carla era de “yo me lavo las manos”.

Ben no esperó a que concluyera la frase. Se giró y tomó impulso. Ingrávido, flotó a lo largo del pasillo de los camarotes y se detuvo ante la puerta de Peter Ram. No tenía ganas de desplazarse más lentamente empleando las zapatillas magnéticas. Llamó con insistencia.

Finalmente la puerta se deslizó.

— ¿Qué es eso de utilizar los nudillos para llamar? Fíjate… hay un interrup…

— ¿Es verdad que me has retirado la autorización de comunicaciones?

Peter, que hasta el momento había mantenido un aire de indiferencia respecto a Ben, de pronto sonrió con intención.

—Por supuesto, Ben. Sé lo que tramas porque se te ve venir de lejos y no me gusta un pelo. Tengo un plan trazado y se ejecutará conforme mi voluntad. Créeme. Es lo mejor para todos. Más tarde me lo agradecerás.

—Venga Peter, sabes que puedes confiar en mí.

—No, Ben. No puedo confiar en ti ni un pelo. Eres un granuja cuando te lo propones.

—Sí, Peter, lo que tú digas. Soy un maldito granuja, pero sabes que tengo razón.

—Pienso efectuar la consiguiente advertencia cuando el tiempo juegue a nuestro favor. Verás, quiero a la Ulyses fuera de esta carrera. Con su actual margen de combustible, cuando efectúe el aviso del peligro que corren los obligaré a maniobrar y se quedarán fuera de

combate. Tendrán que alejarse del asteroide y solo pensar en regresar a la Tierra. ¿Comprendes? Se trata de que Ramspace Limited gane y que la NASA pierda. Es una cuestión de equipos. Uno es el equipo rival y el otro es el equipo nuestro. Es un ejercicio muy simple de localizar a cuál se debe lealtad y a cuál no.

—Es una forma de ver las cosas muy parcial… y no podemos prescindir de una baza tan importante como la Ulyses en una cuestión tan trascedente como salvar a la Tierra.

—Créeme. Me lo agradecerán. Eso significa que todo va a depender de nosotros y que de esa manera los que van a tener que jugársela seremos nosotros. El Argonauta tiene mayor capacidad de combustible y maniobrabilidad. No hay color. Más vale que dejen a los mayores hacerse cargo de ese problema.

—Es mucho lo que nos jugamos, Peter – suplicó Ben que no quería entrar en un conflicto directo con el presidente de Ramspace.

—Yo no estoy poniendo en peligro nada —exclamó Peter visiblemente molesto. – Está claro además que estás sometido a un conflicto de intereses y manifiestas escasa aptitud profesional, Ben. Confía en mi buen juicio. Tengo experiencia… sé a lo que nos enfrentamos y estamos capacitados. Ellos no.

El volumen de la conversación había ido subiendo y tanto Jay como Carla se aproximaron.

— ¿Un conflicto de intereses? Estamos hablando de que la Ulyses va por delante de nosotros y llegará antes a Ignotus. Ahora mismo deben estar a punto de hacer la maniobra de aceleración para

igualar la velocidad del asteroide… si no le damos esta información pueden quedar atrapados por el campo magnético de Ignotus sin remedio… y a saber a qué más peligros los estás exponiendo. Estas jugando con la vida de esa tripulación.

—Yo no estoy jugando con nadie. Aquí todos somos mayorcitos y esa información es alto secreto, muy relevante para el futuro de Ramspace, la compañía que financia esta misión a la cual debemos lealtad. Todos ustedes están comprometidos por ese documento, así que si alguien quiere hacerse el héroe que piense en las consecuencias legales de su acción.

—No me parece correcto.

—Me da igual lo que consideres correcto o no. Yo tengo la última palabra al respecto. Y además… todavía hay tiempo para que una advertencia enviada convenientemente a la Ulyses pueda servir para que alteren su trayectoria, ¿no es verdad, comandante Sandoval?

La comandante del Argonauta se sintió repentinamente fuera de lugar. No esperaba esa pregunta y tardó unos segundos en responder.

—Sí, supongo que siempre que se les advierta con antelación a su entrada en el campo magnético de Ignotus podrían hacer una maniobra evasiva sin que corran ningún peligro. Ben, afloja, porque todavía queda mucho margen de tiempo.

Ben exhaló un largo suspiro para evitar proferir un grito de rabia.

— Advertirles cuando sus posibilidades de maniobra estén muy

restringidas es muy arriesgado. Un uso de combustible adicional los dejará sin posibilidades de recolocarse… tendrían que elegir entre una nueva aproximación a Ignotus… o abandonar la idea de regresar a la Tierra con mínimas garantías de éxito. El problema es que conozco perfectamente a la comandante Bale. No se conformará con quedarse apartada. Si ven que su papel es crucial para desviar el asteroide no dudará en hacerlo, aunque suponga sacrificar sus vidas.

—Entonces eso ya será una decisión y un riesgo de la susodicha comandante.

— ¡Joder! – exclamó Ben, rindiéndose a los hechos. – ¡Estoy en medio de las dos personas más cabezotas del planeta!

Peter no respondió.

—Si me dejáis un rato a solas os lo agradezco. Tengo que departir con Brenda y con Gary sobre varias cuestiones… Le daré un saludo a Brenda y Gary de tu parte, Ben. Curiosamente ellos también piensan que soy un cabezota – concluyó con una espléndida sonrisa dibujada en sus labios.

CAPITULO 23

La alarma del Argonauta sonaba insistentemente, con el ritmo agobiante que impone saber que se trata de una cuenta atrás definitiva. Ben se desprendió rápidamente de los arneses que lo sujetaban a su cama, si es que verdaderamente se podía hablar de cama en un ambiente ingrávido. Había despertado bruscamente de un sueño profundo e hizo lo posible por comprender de inmediato qué ocurría. Acercó la consola táctil, que hasta entonces permanecía imantada en la pared, e hizo un escrutinio rápido de los indicadores vitales.

Había una fuga de aire. El Argonauta estaba perdiendo presión.

“Un meteorito ha perforado el casco” concluyó exaltado por el peligro que representaba ese evento.

Se impulsó para llegar cuanto antes a la puerta de su dormitorio, pero el panel no se abrió cuando pulsó el sensor. Repitió el gesto varias veces. Enfadado por la tardanza, abrió el panel de apertura hidráulica manual y una luz roja advertía que el sistema estaba inmovilizado.

“El Argonauta está sin aire. “Los camarotes se quedan herméticamente cerrados para evitar la muerte de sus ocupantes” recordó. Formaba parte del protocolo de seguridad.

Acudió de nuevo a su consola y activó el panel de comunicaciones. La imagen del semblante descompuesto de Jay ocupó un tercio de la pantalla.

—Ben… Ben… ¿qué ha pasado? ¿No puedo salir de mi habitación? ¿Qué sucede? ¿Por qué suena la alarma sin parar? ¿Dónde están los demás?

Jay llevaba un rato intentando comunicarse con el resto de la tripulación sin lograrlo y estaba visiblemente alterado. Ben intentó tranquilizarlo explicándole que era el protocolo del Argonauta. Poco después se incorporaba Peter a la conferencia. Parecía extrañamente calmado.

—El Argonauta cuenta con múltiples sistemas de seguridad y contramedidas —explicó —. Si hemos tenido una avería o el impacto de un micrometeorito, sus sistemas de decisión inteligente están preparados para el gobierno y …

— ¿Te refieres a dejarnos encerrados e indefensos en nuestros dormitorios? – preguntó exasperado Jay.

—Exacto, para evitar que hagamos cualquier temeridad – repuso Peter con calma.

—Pero Peter… no sabemos exactamente qué ha pasado … ¿cómo vamos a poder salir o hacer algo? – preguntó Ben con voz paciente.

—El Argonauta decide. Está preparado para tomar decisiones… y lo más sensato es que en una emergencia sólo una persona pueda correr riesgos. Es absurdo que todas las bazas se jueguen a la par.

— ¿Quieres decir…?

—Sí… El Argonauta nos ha dejado encerrados en tanto la comandante Sandoval, persona preparada como pocas aquí, averigua qué demonios está pasando.

—Pero … ¿y si necesita nuestra ayuda? — exclamó Ben.

—Entonces el Argonauta permitirá que un segundo tripulante asuma riesgos. Incluso la propia comandante puede habilitarnos para que acudamos en su ayuda. Pero no nos precipitemos. El Argonauta tiene un árbol de decisión frío y calculado para evitar que el pánico domine la situación. Si Carla nos necesita lo hará saber.

Ben estaba al tanto de ese protocolo, aunque siempre había mostrado su disconformidad con el mismo. Murmuró palabras de enfado y se limitó a mantener toda la tensión concentrada en el panel de comunicación y en la consola que informaba sobre el estado de la zona habitable. No había cambios.

— ¿Carla? ¿Nos oyes? ¿Hemos sido asaltados por piratas espaciales? Si necesitas ayuda aquí estoy con mi sable láser dispuesto a lo que haga falta – comentó fastidiado por el canal de comunicación interna.

De improviso la imagen de la comandante Sandoval ocupó la tercera parte restante de la consola de Ben que hasta la fecha había permanecido en negro. Su semblante se veía en un primer plano muy cercano. Estaba embutida en el traje espacial y su rostro aparecía recortado por la tela protectora y el almohadillado interior de la escafandra espacial. Cuando habló su voz sonaba entrecortada, como

si hubiera hecho un gran esfuerzo.

—He descubierto el origen de la avería… es una fuga de aire… en la bodega de carga…

— ¿Es una fisura pequeña? — preguntó Peter.

— ¿La podemos reparar? – preguntó Ben. — ¿Necesitas ayuda?

Tanto Ben como Peter se atropellaron al hacer preguntas a la comandante de la nave, que tardó en responder porque evidentemente estaba haciendo un esfuerzo físico.

—Disculpadme… no entendéis lo que pasa porque tengo activada la cámara interior… voy a ver si soy capaz de conectar el visor exterior… dichoso chisme….

El semblante de Sandoval parecía concentrado en la tarea. Sus sienes se mostraban sudorosas.

—Algo grande ha impactado en el casco del Argonauta… y lo ha atravesado. Afortunadamente ha sido en la bodega de carga… no en el depósito de combustible… o en la zona habitable… porque en ese caso el viaje habría concluido ya. – La comandante imprimió un tono de broma a ese último comentario— He sellado las esclusas de la bodega así que ya el Argonauta ha dejado de perder aire… y bueno… me voy a acercar al lugar del impacto… una imagen vale más que mil palabras…o eso dicen.

El semblante de Carla Sandoval desapareció de la pantalla y en su lugar los tripulantes del Argonauta pudieron contemplar la penumbra de la bodega débilmente iluminada por puntos de luz esparcidos por el enorme habitáculo. Lo primero que llamaba la

atención era la existencia de polvo en suspensión que matizaba los haces de luz con brillos iridiscentes. Gran parte de la carga flotaba desordenadamente y Carla empujaba los contenedores que flotaban como grandes dados de un metro cúbico cada uno para apartarlos de su camino. La sensación resultaba claustrofóbica y la astronauta avanzaba a trompicones mientras quitaba de en medio todo tipo de obstáculos. El campo visual era muy reducido.

Ben iba a protestar, diciendo que sería conveniente que él mismo auxiliara a la comandante en esa tarea, cuando de pronto lo vio.

El boquete era una gran apertura circular, cortada limpiamente, y constituía una extraña claraboya del Argonauta. Sus bordes ennegrecidos mostraban la traza de una quemadura reciente. La curvatura del trazo circular era perfecta. Ben comprendió con un susto que esa perfección geométrica no casaba con un impacto aleatorio de un meteorito. Pero no era eso lo más destacado que mostraba el visor de Carla, sino lo que había en el exterior. Tan pronto Carla se aproximó a la apertura y todos pudieron contemplar a través de su cámara una visión espectacular.

El Argonauta estaba muy próximo al Sol. La cámara de la comandante aplicaba un filtro de radiación que hacía visible la superficie del sol, no como una esfera de un blanco incandescente, sino la bullente superficie del plasma estelar, conformada por mareas de olas salpicadas por arcos exuberantes de llamaradas solares y ocasionales explosiones que iluminaban el oscuro cielo del espacio con una aureola de filamentos incandescentes, tan espectaculares como

temibles. Y, no obstante, no era eso lo más llamativo. Lo más llamativo era Ignotus… cercano, silencioso y también, amenazador.

Ben examinó las imágenes con detalle. Se trataba de una masa amorfa de escombros apelmazados que relucían con un brillo indudablemente metálico, reflejando la intensa luz solar con brillos anaranjados. Ben recordó de inmediato cuando él mismo había sopesado en su mano restos de meteoritos, extraordinariamente densos, pura agregación de hierro, níquel y otros elementos metálicos, tan rígidos y pesados que sorprendían. Pero no orbitaban propiamente, sino se deslizaban unos sobre otros, apretados, como si un extraordinario mecanismo los empujara en la misma dirección y cada una de aquellas piezas metálicas encajara tras cada movimiento de una forma diferente, extraña e inesperada, y, sobre todo, absolutamente silenciosa. El resultado era un caleidoscopio de siluetas informes e inorgánicas que paradójicamente se movían como un enjambre zombi de piedras y rocas, desplazándose sobre la superficie de un objeto mayor que quedaba completamente oculto a la vista.

—Acojona, ¿verdad? – comentó Carla rompiendo el silencio en el que había quedado absorta toda la tripulación.

—Joder, es la cosa más rara que he visto nunca… — murmuró Jay.

—¿Nunca? Eso lo dices porque no te has fijado cómo prepara Sam los desayunos especiales en el Newton, cuando vamos en el descanso de media mañana – comentó Ben mientras movía la cabeza, asombrado.

—Me gustaría saber qué es lo que hay ahí debajo… — dijo Peter en voz baja, un comentario que a Ben se le antojó que albergaba tanto de curiosidad científica como de especulación empresarial.

— A lo mejor lo averiguamos antes de lo que pensamos… mirad allí, compañeros.

El guante de astronauta de Carla apuntó en una dirección, y lo que vieron los miembros del Argonauta no dejó de sorprenderlos. Los asteroides que rotaban pegados a Ignotus habían detenido su giro y se iban alejando paulatinamente del mismo, como si obedecieran unánimemente una orden dada.

—Algo ha detenido su giro … —comentó Peter, observando lo obvio.

—Pero eso es imposible… imposible salvo que…

—Sí, que haya una inteligencia detrás que haya manipulado algo…

—Mirad… ¿habéis visto eso?

—Ver … ¿el qué?

—Es Ignotus… no es lo que creíamos que era…

—Carla… apenas vemos nada con nitidez… solo esa nube de meteoritos que se está aproximando a nosotros… y no tiene buena pinta. La imagen de tu visor no es clara… – explicó Ben, impaciente por saber a qué se refería Carla y molesto por el hecho de que la intensa luz solar impedía captar con nitidez lo que Carla estaba refiriendo.

—Joder, … ese hijo de puta sí que es grande… Ey, pero… hay

un punto luminoso de energía que está apuntando hacía aquí … yo creo que …

La voz de Carla se interrumpió con un fuerte chasquido e inmediatamente todos los tripulantes del Argonauta fueron arrojados contra la pared de sus dormitorios. La presión se hizo enorme.

“Esta presión… estamos siendo acelerados… algo nos ha alcanzado y nos ha empujado… ¡nos sigue empujando” Ben sentía su cuerpo comprimido contra la pared. Logró a duras penas adquirir una posición en la que sus articulaciones no sufrieran más de la cuenta.

—Chicos… ¿estáis… bien? – logró preguntar a duras penas.

Peter y Jay le respondieron entre gemidos que al menos estaban vivos. Jay se quejaba de que se había roto el brazo. Peter soltaba una letanía de maldiciones.

— ¿Carla? ¿Me oyes… ¿Qué ha… pasado?

Pero por más que insistió no logró establecer comunicación con la comandante del Argonauta.

La aceleración se redujo y Ben fue capaz de incorporarse lo suficiente para alcanzar la consola, que había caído cerca de dónde se encontraba.

Tan pronto pudo observar la pantalla comprendió que algo no iba bien. La parte de la imagen que correspondía a la comandante Sandoval permanecía apagada y los signos vitales asociados a la astronauta marcaban todos cero.

—Joder… Carla… qué ha pasado…

—Caemos hacia el Sol – era Jay el que informaba. – Lo puedo

ver desde mi camarote… la aceleración nos ha impulsado en dirección al Sol… y ahora la gravedad de la estrella está haciendo su parte.

— ¡Qué demonios!... – era Peter el que se incorporaba a la conversación. – El Argonauta está completamente inoperativo. Estoy mirando la consola de navegación… sin combustible... sin apenas aire… algo ha vaciado todos los módulos de suministro…

— ¿Carla eres tú? – la pregunta de Jay venía acompañada de un tono histérico de alarma — ¿Carla? ¡Carla!

—Tranquilízate Jay… ¿qué sucede? – Ben intentaba calmar el ánimo del joven físico, pero éste, que se había incorporado y de nuevo su semblante era visible en la consola de comunicación, era presa de un miedo intenso.

—Algo o alguien está golpeando fuertemente la puerta de mi camarote… la está hendiendo… no lo oís…

—Apenas se oye nada, Jay… todo salvo nuestros camarotes está despresurizado… — tranquilizó Peter con voz moderada.

—Yo siento las vibraciones, Jay… las noto al palpar la superficie del suelo – comentó Ben que comprendía que Jay tenía razón en lo que decía.

—Están mellando la puerta… la van a perforar… Si es Carla me va a matar… el aire se va a escapar… — el claro sonido de un siseo se fue haciendo más fuerte a medida que Jay gritaba más y más.

—Jay, escucha… tapa esa grieta… tienes material adhesivo que se endurece al contacto con el aire en el … —pero la explicación de Peter quedó interrumpida. De pronto un sonido atronador hizo

comprender a Ben y el propio Peter que la habitación de Jay había quedado completamente despresurizada.

Ahora el argonauta había dejado de acelerar por completo y de nuevo todo volvía a la ingravidez. La consola de Jay flotaba libremente en la atmósfera vacía del cuarto del físico, enfocando la estancia y mostrando el cadáver del joven igualmente ingrávido, suspendido en una postura rígida. De pronto algo, una sombra oscura, apareció fugazmente en primer plano, y apartó la consola de un golpe, que salió despedida hacia una pared. La imagen del comunicador de Jay quedó en negro.

— ¿Qué ha sido eso, Ben? – preguntó Peter completamente lleno de pánico, en un tono al que Ben nunca le había oído.

—No lo sé… no lo sé…

Pero Ben no pudo evitar pensar que esa silueta amorfa y de un negro sin brillo ya la había visto con anterioridad en…

—Ben. ¡ayuda! Están golpeando mi puerta. Malditos hijos de perra… no moriré sin luchar, … venid y dad la cara, bastardos…

Pero los gritos de Peter cesaron con un estertor inarticulado y poco después la comunicación quedaba completamente en silencio. Un silencio mortal.

Un golpe terrible.

La puerta de la habitación de Ben tembló como si hubiera sido embestida por un camión de mercancías. Una mella enorme desdibujó la suave superficie de la lámina de metal.

Otro golpe.

“Uno más y será mi fin… está a punto de crear una fisura por la que escapará el aire… de todas formas, ya voy a morir… “

La mirada de Ben, a través del ojo de buey del camarote, le permitió distinguir brevemente el destino al que se dirigía el Argonauta; la bullente superficie solar. Un gran arco de plasma eyectado del mar de fuego parecía dirigirse a su encuentro para engullir mortalmente al Argonauta.

Un golpe más…

“Asya… yo… “

*****

—Ben… Ben… despierta hombre … despierta…

Ben sintió que le agitaban bruscamente. Se despertó bañado en sudor mientras la comandante Sandoval le examinaba llena de preocupación.

—Los gritos se oían por fuera del cuarto. ¿Estás bien? Te estaba llamando por la consola, pero no respondías.

Ben se palpó la camiseta de su vestuario de descanso. Estaba completamente empapada. Miró consternado a Sandoval, suspirando con alivio al comprender que todo había sido un mal sueño.

—Rápido, prepárate y ven al puente. La Ulyses ha establecido comunicación… y ha compartido con nosotros un descubrimiento de Ignotus realmente… inesperado… Date prisa.

CAPITULO 24

Cuando Ben se incorporó al puente del Argonauta la comunicación con la Ulyses acababa de finalizar.

—Me habría gustado estar presente – comentó contrariado mientras interpelaba con la mirada a Peter. – Ya sabéis, siempre me gusta contar algún chiste ingenioso y con segundas y así poder amenizar estas conversaciones por lo demás tan tensas y aburridas – concluyó sarcástico.

—Oye, a mí no me mires. Yo avisé a todo el mundo por el canal de comunicaciones. Si dormías como un bendito no me culpes – se justificó Peter.

La comandante Sandoval asintió confirmando la veracidad de lo que decía Peter. Desde que había impedido comunicar a la Ulyses la sospecha de la existencia de un poderoso campo magnético que envolvía a Ignotus, Ben se mostraba claramente hostil con él.

—Bueno, cuál es la fascinante nueva que ha aportado la tripulación de la Ulyses, — preguntó fastidiado por ser el último en enterarse.

Fue Jay el que respondió, visiblemente contento por ser él quién revelaba la información.

—Pues nuestros compañeros… o mejor dicho… rivales de aventura – corrigió después de una mirada de advertencia del presidente de Ramspace – parece que han estado escaneando Ignotus con su radiotelescopio. Están mucho más próximos que nosotros y están empleando distintas frecuencias… con lo que parece que su conclusión debe estar bien fundamentada.

—Al grano – interpeló Ben que veía que Jay se iba a enredar en las explicaciones técnicas cuando a él lo que le interesaba era el fondo de la cuestión.

—Ignotus es compacto.

Ben interrogó a Jay con la mirada, pero fue Carla la que se anticipó a dar una explicación.

—Sí, un cascote. Ignotus es un pedrusco dando un volteo por nuestro sistema solar. Será mejor que se lo comuniquemos a la gente de la Tierra. Los conspiranoicos no se le creerán, por supuesto, pero al menos le daremos materia de elucubración a unos cuantos *youtubers* e *instagramers* – dijo con tono divertido.

Jay asintió y Peter prosiguió la explicación.

—Sí, se trata de una masa compacta. Si habíamos albergado la esperanza de que el campo magnético podía ser una manifestación de un objeto artificial con sus escudos listos para protegerse de la radiación cósmica… bueno… lo que todos pensamos y nadie se atrevía a decir, una nave espacial con un espacio habitable en su interior… podemos olvidarnos por completo de tal conjetura. Particularmente me habría encantado formar parte del elenco humano que daba la

bienvenida a misteriosos visitantes venidos de más allá del Sistema Solar. Otra vez será.

—Bueno, supongo que eso nos deja más tranquilos a todos – concluyó Ben.

— No hay espacio habitable en su interior – Jay insistió observando la expresión incrédula de Ben y cruzó los brazos sobre su pecho, en un ademán taxativo. — Es tan compacto como un pedazo de hierro y níquel… Bueno, no saben cuál es su composición exacta, o al menos eso dicen en la Ulyses. Pero a tenor de lo que sabemos nosotros, es decir, que existe una gran corriente de electrones que recorre su superficie, a todas luces con propiedades de superconductor generando un potente campo magnético, pues es fácil concluir que se trata de materiales de carácter metálico y de alta densidad… es posible que sea una poderosa aleación de neodimio. Es factible que su aleación metálica suponga todo un hito tecnológico y tenga multitud de aplicaciones industriales — concluyó mirando de reojo a Peter.

Peter enarcó una ceja al oír ese último comentario de Jay, y poco a poco su actitud fue variando imperceptiblemente. Ben casi podía oír la calculadora mental de Peter elucubrando con posibles beneficios derivados de un descubrimiento disruptivo en la industria de los superconductores.

—También supone una buena noticia por el hecho de que se confirma que no se trata de un cometa o un cuerpo similar. Siempre existía el riesgo de que con la cercanía del Sol se evaporaran gases de su superficie y se crease una larga y peligrosa coma que impidiera el acercamiento. Bien, eso no ha sucedido de momento y según la Ulyses,

tampoco va a suceder, lo cual es una excelente noticia – expuso Jay, feliz de descartar otro de los peligros que entrañaba la desconocida naturaleza de Ignotus.

Ben observó a sus otros compañeros. El semblante de Carla denotaba total desdén, no esperaba otra cosa. Su interés en el viaje espacial no obedecía a razones científicas, eso era claro. Jay, por el contrario, parecía disfrutar con las noticias. La constatación de peligros que se desvanecían le procuraba una gran satisfacción.

—A Jay se le ha quitado un peso de encima— comentó Carla observando como el joven astrofísico se mostraba más radiante que nunca. – Bueno, si se descartan tantos peligros al final no vas a poder presumir delante de Linda de tu papel de gran héroe americano.

Jay sonrió aún más espléndidamente. Era obvio que le importaba un comino ese papel.

— ¿No comentaron nada en relación al descubrimiento de las propiedades magnéticas de Ignotus? – Ben confiaba en una respuesta positiva que aliviara su gran preocupación, pero Jay respondió con un gesto de sus cejas negativamente.

—Bueno… indudablemente la Ulyses ha compartido con nosotros información crucial sobre Ignotus — comentó Ben mientras se acomodaba en uno de los sillones del puente. – Qué menos que no tener un detalle similar con ellos. No veo necesario mantener el secreto sobre las propiedades magnéticas de Ignotus a la gente de la Ulyses.

Jay asintió sonriente, manifestando un alivio que no se atrevía

a expresar en palabras. La expresión de Carla mostraba su absoluto conforme con esa idea.

—Siendo esto así – arguyó Ben de nuevo, mirando fijamente a Peter, que fingía no haber escuchado su planteamiento — creo que ya han desaparecido todos los inconvenientes que nos impedían advertir a la Ulyses de las circunstancias que rodean Ignotus, me refiero a su campo magnético. Hay que avisarles.

—Nanay… — respondió ipso facto Peter una vez se hizo evidente que no tenía medio de evitar ese debate.

Ben le miró extrañado.

—Quiero disfrutar de la ventaja. Cuando estén próximos a Ignotus les advertiremos —explicó Peter. – Estás hablando con un tahúr, un consumado jugador de póquer que está acostumbrado a ganar, y mi experiencia contrastada es que jamás se muestran las cartas al rival antes de tiempo por más que pienses que tienes la mano ganada. No sabemos qué más sorpresas nos aguardan. Mi dictamen es que no se dice nada y punto.

—Podrían tener que incurrir en una maniobra muy arriesgada – comentó con moderación la comandante Sandoval, que evidentemente veía con desagrado la actitud de su jefe a esas alturas de la misión.

Peter negó con la cabeza, imperturbable.

—Tendrán que abandonar la misión si quieren regresar a la Tierra. Punto. No tienen tanto combustible como nosotros. Nos dejarán el terreno despejado para que Ramspace se luzca. La

compañía está en apuros, acechando por tiburones dispuestos a hacerse con ella y trocearla como si fuera una presa que despedazan a mordiscos… y por si fuera poco la SEC está de su parte. Demasiados enemigos para dejar pasar esta oportunidad. Además, insisto una vez más, lo mejor que puede hacer la Ulyses es dejarnos paso. Esta nave es mejor, más potente y mejor equipada. Si alguien tiene que llegar a Ignotus somos nosotros.

Ben resopló mientras notaba que su cabeza se calentaba. Fue Carla la que terció en tono conciliador. No deseaba ser testigo de un nuevo y agrio debate entre los dos hombres.

—Ey, muchachos, ¿otra vez vais a discutir el mismo tema? La verdad es que la cuestión empieza a aburrirme.

Ben negó con la cabeza.

—Este hombre está poniendo en peligro la vida de …

Pero Peter le interrumpió.

—No, Ben, no. Te comprendo perfectamente, pero no estás haciendo el más mínimo esfuerzo por entenderme a mí. Lo que está en juego con este descubrimiento es muchísimo más que saber quién es el primero en tocar y explorar un objeto venido de más allá de nuestro sistema solar. Comprendo perfectamente la preocupación por tus amigos… y si tanto te preocupan deberías alegrarte porque lo que pretendo es apartarlos de los posibles peligros que representa Ignotus.

— ¿De qué diablos me estás hablando, Peter? – Ben escudriñó el semblante de Peter. Le resultaba extraña esa insistencia en apartar a la Ulyses de Ignotus aduciendo razones distintas a las de la gloria o la

fama.

— Ben, en Ramspace hemos desarrollado más patentes en el último año que la NASA en los últimos veinte. La Agencia está caduca, debe dejar paso a la industria privada, eso es todo. Resulta una temeridad que la Ulyses pretenda hacer este trabajo. – Peter se tensó, inclinado hacia delante, sobre la mesa de reuniones, una tabla imantada sobre la que reposaban las *tablets* y portfolios de los tripulantes del Argonauta. Daba la impresión que iba a mostrar sus mejores argumentos ante el jurado de un tribunal.

—Me congratulo por ver tu preocupación por la gente de la Ulyses… pero de nada te va a servir tus argucias con Asya Bale. No la conoces como yo. Da igual lo que le digas… si considera que su deber es posarse sobre Ignotus y aplicar el impulso de los motores de hidracina para apartar al asteroide de su curso no va a haber nada que pueda detener esa determinación.

Peter sonrió encantado.

—Estupendo, Ben… tú mismo acabas de dar la respuesta por mí. Si tan tozuda es la comandante de la Ulyses, ¿de qué va a servir que la avisemos si va a seguir fiel a su férrea voluntad?

Ben protestó con un gesto, pero su mirada se cruzó con la de Carla, que puso una expresión de “eso es cierto”.

—No tienes información suficiente, Ben – insistió Peter— y creo que más tarde me lo agradecerás. El Argonauta y Ramspace están infinitamente mejor preparados para abordar con garantías los peligros que entraña Ignotus que no esa decrépita nave espacial de la

NASA.

Ben enarcó una ceja y Carla se volvió ligeramente hacia Peter, saliendo de la indiferencia con la que seguía la conversación. Fue Jay el que intervino.

— ¿Peligros que entraña Ignotus? – preguntó Jay con una voz que ya había perdido el aplomo anterior. – Me imagino que estás hablando genéricamente… pero ya lo has dicho varias veces… así que me gustaría saber si hay algún dato que no has compartido con el equipo científico o...

— ¿Equipo científico? Espero Peter, que no haya sorpresas desagradables en ese cascote metálico que no nos hayas comentado. – El tono de Carla era ahora beligerante.

—Por supuesto que hablo genéricamente. Ignotus entraña los peligros propios de una misión que la humanidad acomete por primera vez — respondió Peter taxativo –. Y en ese sentido la Ulyses es una nave espacial contrahecha, una especie de Frankenstein de las naves espaciales, aprovechando diseños de módulos de cohetes obsoletos y tecnologías reconvertidas.

Peter analizó uno a uno a sus compañeros del Argonauta. Observaba escepticismo y dudas en sus miradas.

—No estoy jugando con sus vidas – se explicó nuevamente con voz agotada— Simplemente retraso el momento de comunicarles nuestro descubrimiento, eso es todo. No lo entendéis, pero es fundamental que Ramspace mantenga su fortaleza financiera y reciba un fuerte impulso de liquidez… y eso sucederá cuando sea evidente

que hemos ganado esta carrera. Mis muchachos necesitan el valor de los títulos lo más alto posible. Comprendo que no compartáis conmigo este criterio, pero… el futuro de la humanidad requiere que Ramspace haga lo que tiene que hacer.

Ben abandonó el puente. Si hubiera podido habría dado un sonoro portazo cuando entró, furibundo, en su camarote, mientras se preguntaba cómo era posible que cupiera tanta arrogancia en un cuerpo humano. “Seguramente se la inyecta como si fuera bótox”.

CAPITULO 25

Probabilidad de impacto de Ignotus, cuatro entre cien
Telemetría de la Ulyses

Pocos días después la Ulyses encendía sus motores químicos y aceleraba. Había iniciado su maniobra de interceptación de Ignotus. Desde el Argonauta siguieron detenidamente la evolución de los tiempos de encendido de motores y calcularon cuánto los llevaría acercarse al asteroide extrasolar. Peter se mostraba satisfecho. El Argonauta también iba a iniciar la maniobra de aceleración para adquirir una velocidad similar a la de Ignotus en breve. En la reunión que antecedía a dicha maniobra Carla explicaba el consabido diagrama de la trayectoria del Argonauta.

—Bien, muchachos, así están las cosas. Todo va sobre ruedas –comentó mientras mostraba en la pantalla de la sala de reuniones el mapa con las posiciones relativas del Sol, Mercurio, Ignotus, la Ulyses y el propio Argonauta. – Como veis, Ignotus va a seguir una trayectoria que llega a pasar dentro de la órbita de Mercurio. Su línea de vuelo va a ser alterada por la gravedad del Sol… y nosotros también la aprovecharemos. Bien… como ya sabéis lo primero que vamos a hacer es acelerar. Tenemos que adquirir la velocidad idéntica de Ignotus si no queremos que el asteroide se convierta en una bonita

estrella fugaz que desaparece rápidamente delante de nuestras narices. Y la aceleración va a ser larga… de cuarenta y cinco metros por segundo…

—Algo así como de cinco ges – comentó Jay solícito.

—Gracias pequeño Einstein – comentó Carla con sorna. Había adoptado la muletilla de Ben para referirse al astrofísico cuando, puntilloso, añadía datos a los comentarios del resto de los tripulantes – Será incómodo pero dado que van a ser unas pocas horas lo soportaremos como campeones. Además, habrá periodos de descanso y recuperación que nos servirán para detectar cualquier posible error en la aproximación. En principio hemos superado las pruebas en la Tierra… ¿verdad? — todos hicieron un gesto de desagrado al recordarlas – y esta aceleración nos va a permitir recuperar gran parte de la ventaja que tenía la Ulyses sobre nosotros. Eso seguro que alegra el día al jefe.

Peter sonrió exultante.

—Vamos a llegar a la par… prácticamente, sí. – dijo mientras se frotaba las manos. – Esto no se lo esperan los geniecillos de la NASA.

— Y además tendremos mucho más combustible que la Ulyses para efectuar cualquier maniobra que se requiera y desde luego, mover ese pedrusco hasta Saturno si es preciso. Si surge algo inesperado o queremos hacer piruetas cósmicas… como buena vaquera que soy, caray, que os digo que le daremos una buena patada en el culo a Ignotus.

Hasta Ben rió la bravuconería de Carla.

—Bien… nos pondremos a la par de Ignotus aquí, en un punto situado a unos ocho millones de kilómetros del Sol… Es muy probable que las comunicaciones con la Tierra sean muy deficientes o imposibles porque toda la trayectoria de seguimiento a Ignotus va a ser en el lado opuesto del Sol en relación a la Tierra, y como sabéis, hace meses dejaron de estar operativas las sondas STEREO de la NASA… así que durante buena parte del tiempo que acompañemos a Ignotus vamos a permanecer incomunicados con la base.

Peter permanecía serio y absorto en sus pensamientos, como si estuviera percibiendo un plan que sólo él podía discernir.

—Ahora bien… dependiendo de lo hábiles que sean o no en la Ulyses… creo que podremos arrebatarles el honor de llegar primero a Ignotus. Si de mi depende, les ganamos fijo.

Jay sonreía satisfecho con la gloria que prometía ese liderato. Carla participaba también de la diversión que implicaba llegar antes. Ben, sin embargo, se mostraba tanto o más taciturno que el propio presidente de Ramspace. Sin pretenderlo, había recordado la última pesadilla de la cual le había despertado la comandante Sandoval, y sintió aprensión.

—Muchachos… todos sabéis lo que os toca hacer. Ben, tú debes poner todo el instrumental de investigación a punto. Jay te ayudará. Y también verificar que las sondas…

—Sí, Carla, no te preocupes. Sé cuál es mi trabajo, descuida –interrumpió Ben solícito.

—Sí, yo supervisaré toda la maniobra, motores, combustible… y también voy a realizar las pruebas de los trajes de paseo espacial… ya sé que eso está descartado ahora mismo… pero es lo que toca – dijo Carla con aire de fastidio antes de que Peter abriera la boca porque era evidente que le iba a recordar esas tareas.

—Yo estaré pendiente de que la trayectoria se cumpla al milímetro establecido – apuntó Jay.

—Muy bien muchachos… pues vamos a por todas… Mirad – dijo Carla mientras señalaba un reloj digital que llevaba una cuenta atrás – Cada vez queda menos tiempo para la aceleración definitiva. ¡Vamos a por la gloria!

Entonces reinó un incómodo silencio. Todos permanecían atentos a lo que pudiera decir Peter, que había permanecido envuelto en un silencio impenetrable hasta entonces.

—Sí, ha llegado la hora, de acuerdo – admitió-. Ya puedes avisar a la Ulyses de nuestras sospechas sobre la naturaleza magnética de Ignotus. No quiero arriesgarme a que las interferencias solares o cualquier otra historia lo imposibiliten y tener que comerme el marrón. Ya estoy harto de vuestras caras largas. Que conste que mi afán es y será evitar que le suceda algo a la Ulyses. Ojalá se vean obligados a cancelar la maniobra de interceptación.

*****

—A ver, Asya, creo que no has entendido bien lo que te he

dicho.

—Comandante Bale, — corrigió Asya marcando las distancias —.

Se mostraba impertérrita ante Ben a través de la pantalla de la tableta de comunicaciones. Ben permanecía en la sala central del Argonauta mientras el resto de la tripulación llevaba a cabo los preparativos para la maniobra de aceleración, una maniobra que la Ulyses había emprendido antes. Ben comprendía que él mismo había logrado sacar de quicio a Asya en las esporádicas comunicaciones que se habían desarrollado entre ambas naves y en la que había mostrado una hostilidad encubierta. Ahora cosechaba los resultados de su actitud. Miró exasperado a la mujer sin saber qué decir.

—Entiendo lo que me dice, señor Lantham, pero tengo una responsabilidad con la Tierra y con la NASA. Todos a bordo aceptamos asumir riesgos cuando nos embarcamos en este viaje. Se lo repito otra vez. No voy a interrumpir la maniobra de aproximación a Ignotus, mucho menos con las probabilidades de impacto tan elevadas que se calculan en estos momentos. Es preciso abordar el asteroide. Esto ya no es una cuestión de prestigio. Si tras el paso junto al Sol la ruta de Ignotus resultante es de peligro razonable de colisión con la Tierra debemos estar preparados para intervenir…. Y eso requiere permanecer sobre la superficie del asteroide o estar muy próximo a él. ¿Es magnético? Prepararemos la Ulyses para esa contingencia lo mejor posible. Agradezco la información.

— ¿Se puede ser más cabezota? Para eso estamos nosotros mejor prepara….

—Le ruego que mantenga la formalidad o de lo contrario me veré obligada a interrumpir…

—Oh, basta ya de formalismos, Asya… Deja de hablar para la posteridad y empieza a hablar conmigo de una vez. Soy Ben, compañero y amigo tuyo. Te digo que la Ulyses no está preparada para ese acercamiento y no tendréis combustible suficiente para improvisar maniobras. Manteneos alejados y si necesitamos ayuda cuando lleguemos nosotros os la pediremos.

Asya negó suavemente con un gesto de la cabeza.

—No puedo eludir mi responsabilidad de esa manera.

Ambos se quedaron mirándose, pensativos. El semblante de Asya se distendió levemente y Ben por un momento percibió un atisbo de un cariño que le había profesado en otro tiempo, como el que los vinculaba tiempo atrás cuando eran amantes. “Cualquiera sabe lo que yo era para esta mujer… ¿un muñeco hinchable?”. El cinismo prevalecía.

—Mira Asya, no sé lo que se te pasa por la cabeza… de hecho, nunca he estado seguro del todo de que es lo que tienes ahí dentro, en lo profundo de tu mollera, pero cuanto antes te mire un loquero…

Asya esbozó una sonrisa triste y la comunicación se interrumpió.

Ben gritó entonces, una y otra vez. Aquella mujer era imposible. Tomó su tableta y estuvo a punto de lanzarla con todas sus fuerzas contra la pared más cercana, pero de pronto su mirada se cruzó con la de Jay, que le observaba perplejo desde la puerta que

comunicaba con la cabina de mando, y reprimió su furor.

—Nada… no es nada… solo hacía ejercicios de distensión muscular y pulmonar – explicó Ben con ironía. Y a continuación se retiró abatido a su camarote.

CAPITULO 26

Adams Sinclair permanecía ocioso en su despacho. Tenía trabajo, pero era incapaz de hacer nada. Los nervios lo mantenían atenazado, incapaz de concentrar la atención en ninguna tarea, por simple que fuera. El último informe sobre las posibilidades de impacto de Ignotus lo habían conmocionado. Así que cuando Lucy Jones llamó a la puerta y, asomándose un poco, le ofreció un humeante vaso de papel con el horrible café de máquina que se destilaba en las oficinas del Centro espacial Johnson sonrió alegre, contento de tener alguien con quien desahogarse. Era una visita inesperada pero no interrumpía nada, todo lo contrario.

—Qué pasa por tu cabeza, ¿viejo gruñón? – dijo mientras arrellenaba su grueso cuerpo de mujer madura en uno de los sillones que tenía en su despacho.

Adams esbozo una sonrisa a medias.

—Nada en especial. Las mismas cuitas de siempre. Cómo ahorrar un poco más a fin de mes, pensar si cambio mi viejo coche… y que el mundo se va al carajo, pero esta vez de verdad.

Lucy rió la ironía.

—Te conozco bien. Sé que la Ulyses está a punto de desaparecer de nuestros radares. La corona solar ya hace prácticamente imposible las comunicaciones.

Adams asintió, con un rictus que no podía ocultar su preocupación al respecto.

—Si tienen cualquier problema los chicos van a estar solos.

—Bah – Lucy restó importancia – Tienes a esa chica “robocop” allí arriba. Es increíble y es la mejor. En tantos años que he estado en este engendro público jamás he visto a ningún comandante tan preparado. Todos lo dicen. Y además está el ricachón espacial ese – Lucy rió con ganas al ver el gesto de desagrado de Adams al mencionar a Peter Ram. – Siempre podrá echar un cabo si algo se tuerce. Más vale dos naves que una, ¿no?

—Me consuela saber que en la otra nave está Ben. Un buen chico. Confío en él como si estuviera todavía en la Ulyses.

—Por lo que me han dicho siempre está de guasa. Tiene mérito después de los palos que le han dado.

Adams asintió. Después de tomar un sorbo del café hirviente decidió sincerarse con su amiga.

— Nunca he estado convencido de cómo se ha desarrollado esta misión. No hemos obrado conforme a lo que pretendíamos. Ha sido la maldita irrupción de Ramspace en escena. Ese hombre ha alterado todo, desde el objeto de la misión, el calendario, … hasta los miembros de la tripulación. No me gusta nada ese género de improvisaciones.

—Y que lo digas. Te conozco bien. ¿Aún sigues planificando tus vacaciones con dos años de antelación?

Ambos rieron. El rictus de Adams se desvaneció por unos

segundos.

—Sí, te entiendo perfectamente. – aseguró la mujer – Incluir experimentos científicos que no estaban previstos obligó a cambiar muchas cosas. Te lo puedo asegurar porque me ocupo de ello, de veras. Me imagino que Jerry querría hacer notar que la NASA no es una simple empresa que va a echarse una carrerita por el espacio. Y eso de adelantar el lanzamiento de la Ulyses de un día para otro… ahí se la jugó. El bueno de Jerry, siempre tan serio y envarado… y verse obligado a competir con un cachanchán. Si pierde la carrera Jerry se nos infarta… eso como poco.

Ambos volvieron a reír por la exageración. Lucy siempre conseguía poner de buen humor a Adams.

—Sí, ahora me río… pero cuando pienso en todo esto con calma me sulfuro. La última actualización de probabilidades de impacto nos coloca en una entre cinco. ¿Nos podemos fiar de los chicos de Siding Spring? Los australianos…

Lucy asintió con resignación. Tras el silencio que siguió optó por cambiar de tema.

— ¿Cómo va esa comisión de investigación del Congreso? Cielos, tener que dar explicaciones a esa panda de mentecatos me enerva. Me imagino cómo tienes que estar pasándolo.

Adams se encogió de hombros.

—Sinceramente, me da igual. Me imagino que sigue su curso. Presenté toda la documentación que me pidieron y fui sometido a un interrogatorio por parte de un funcionario de la administración del

Estado. Que hagan lo que quieran. – Adams sacudió la cabeza y cambió de tema. La comisión de administración era algo que lograba ponerle de los nervios — Lo que me preocupa de veras es la órbita que debe seguir la Ulyses. Nunca hemos hecho algo parecido. Una nave tripulada tan cerca del Sol soportando temperaturas tan elevadas y una radiación muy potente. – Adams cabeceó escenificando las dudas que despertaba en él esa maniobra.

—No te preocupes Adams. Tienes buena gente ahí arriba. Ya verás que todo sale bien. ¿Cuánto tiempo van a estar fuera de línea?

—Pocos días. No lo sabemos con exactitud. Es posible que podamos usar alguno de los satélites puestos en las órbitas de Mercurio o Venus para enlazar con ellos antes de lo previsto…

De pronto se oyó un pitido en su móvil. Adams lo ojeó e hizo un gesto a Lucy.

—Me avisan para que acuda a la sala de control de vuelo. Ha llegado la hora de la comunicación con la Ulyses, … y creo que va a ser la última antes de que perdamos contacto.

*****

Cuando llegó a la sala de control ya se había establecido comunicación y todos los indicadores de navegación y técnicos parpadeaban en verde. El jefe de misión, John Ellroy, había dado el visto bueno para que la Ulyses prosiguiera adelante con la operación de propulsión a fin de igualar la velocidad de Ignotus. Adams y John intercambiaron un gesto con la mano a modo de frío saludo.

Adams, como director del equipo de astronautas, no frecuentaba la sala de control. Su trabajo era formar y seleccionar las tripulaciones que deberían embarcar en cada misión. Lo habitual era que una vez el cohete despegara, él centrara la atención en los equipos que seguía preparando, no tanto en los que ya estaban en el espacio. No obstante, con la misión de la Ulyses todo era diferente, todo era nuevo, y Adams encarnaba el vínculo emocional que ligaba a la tripulación con la NASA.

Un operario de comunicaciones le cedió su puesto y le recordó que pasaban varios minutos entre pregunta y respuesta. La comunicación se hacía por escrito, resultaba más cómoda ya que era necesario, una vez escrito un mensaje, aguardar pacientemente y no añadir ningún comentario adicional hasta recibir la respuesta de la Ulyses. Un protocolo que ya Adams se había acostumbrado a emplear y que convertía las conversaciones en un ejercicio de paciencia, al estilo de los primeros chats de internet, según recordaba Adams con nostalgia. Cuando se sentó se halló frente a un monitor en el que la sonrisa de Asya resplandecía llena de cariño. Parecía relajada.

— ¿Qué tal muchacha? ¿Cómo va eso? – preguntó Adams, escribiendo el texto en la consola, sintiéndose extrañamente torpe al hacer una pregunta tan simplona. Cedió la palabra y aguardó unos minutos a que el mensaje llegara a la Ulyses. Pasarían otros tantos minutos una vez Asya respondiera y él pudiera leer la respuesta.

—Todo bien por aquí, Adams… ya sabrás que todo va como la seda, ajustados a la trayectoria milimétricamente… esto se conduce solo, más vale que no movamos un pelo – concluyó con el emoticono

de una carcajada.

—Sí, a este paso vamos a terminar por enviar astronautas que no tengan que hacer nada, pasajeros clase turista —rió Adams, contagiado del buen ánimo de la comandante. — ¿Qué tal la Ulyses? ¿Ninguna incidencia?

Asya se serenó y le miró con más seriedad. El mensaje tardó en llegar.

—Todo bien aquí, en perfecto orden. Adams… no sé si podemos hablar.

—Sí, tranquila, podemos hablar. Aquí nadie presta ya atención a la conversación. Ya has despachado los temas importantes con gerifaltes e ingenieros, así que nadie está pendiente de lo que dice este carcamal – sonrió Adams que verificó que no había nadie en los alrededores siguiendo su conversación.

— ¿Cómo va esa comisión de investigación? Me preocupa. Me imagino perfectamente como te sientes, después de tantos años volcado en la NASA, mira lo que recibes a cambio.

Adams asintió al leer el texto.

—Todo bien, Asya Bale, lo tengo completamente controlado – mintió Adams, que no quería preocupar a la comandante con sus cuitas en tierra.

Asya emitió un suspiro.

—Qué mal mientes Adams – dijo mientras esbozaba una amplia sonrisa llena de afecto. Después su semblante se ensombreció – Aquí la situación se está complicando, pero bueno, todos estamos

cumpliendo nuestro papel— comentó la comandante. – Me preocupa que tengamos que intervenir in situ, Adams. El Argonauta nos advirtió hace veinticuatro horas que Ignotus genera un importante campo magnético. Tenemos que estar muy atentos al instrumental y a los problemas eléctricos que pudiera generar. Si la ruta de Ignotus se confirma como no segura para la Tierra intervendremos, de eso puedes estar seguro.

—Ante todo sé prudente – dijo Adams recalcando cada palabra.

Adams asintió mientras hablaba, solemne, pero ya estaba al tanto de ese aviso. Sin embargo, la determinación que había expresado Asya lo sobrecogió a la vez que le emocionó hondamente. Si esa fatídica circunstancia se producía, la intervención de la Ulyses podría devenir en una dramática inmolación. No encontró palabras con las que expresar sus sentimientos, pero Asya lo conocía tan bien que le sonrió con afecto.

—Ben no se ha tomado esto muy bien cuando se lo he comentado. Se preocupa en exceso y no sé si me perdonará… ni sé cómo irán las cosas cuando regresemos a Tierra… si lo hacemos. Cuando hablo con él saltan chispas, ¿sabes? Está en un plan imposible.

Adams se sintió dolido por esas palabras, “si lo hacemos”. Era la primera vez que veía asumir a Asya un desenlace fatal. Intentó animarla.

—Ben es buena gente. Seguro que lo comprende. Confía en mí, muchacha. Ese hombre tiene buen corazón en el fondo y cuenta con un sentido de humor que le impide convertirse en un amargado. Se le

pasará, tenlo por seguro. Además, a estas alturas ya debería conocerte bien. Seguro que todo va a ir bien, muchacha.

Ambos sonrieron.

—Vamos a estar unos días incomunicados, Adams.

—Lo sé, Asya, lo sé. Contábamos con eso. Estáis preparados, de eso puedes estar segura.

—Es raro… tengo un presentimiento extraño… no lo he hablado con nadie… porque ya sabes cómo funciona la intuición a veces.

—Sí, es un jodido invento, la intuición.

Adams aguardó a que Asya aclarara sus ideas. Parecía deseosa de trasladar una preocupación.

—No será nada, desde luego, pero… recuerdo que Ben me contó una vez que…

De pronto la comunicación se interrumpió. El mensaje permaneció inconcluso y la imagen de la comandante había sido sustituida por estática. Adams miró a su alrededor buscando el auxilio del joven técnico de comunicaciones, un hombre de rasgos orientales y tez morena, que acudió inmediatamente.

—Sí, era de esperar. Están muy cerca del sol. Las radiaciones son muy altas y el propio escudo de la Ulyses dificulta la comunicación… Creo que acaban de aumentar la potencia, según me dice un compañero, así que es normal haber perdido la señal.

—Pero… ¿no se puede reestablecer, aunque sea un momento?

El técnico negó con gesto solemne.

—Lo siento, ya sabíamos que estábamos a punto de perder el contacto.

Adams se levantó de la silla torpemente y se dirigió a su despacho. Ni siquiera se dio cuenta de que le saludaba la gente a su alrededor. Se había quedado ensimismado en las últimas palabras de la comandante de la Ulyses.

“Bueno, no me queda más remedio que esperar unos cuantos días, cuando aparezcan por el otro lado del Sol… “

CAPITULO 27

Gemma y Edward, de cinco y seis años respectivamente, organizaban una pequeña revolución doméstica cada vez que Sonny aparecía junto con su mujer, Amanda, de visita por casa para un almuerzo familiar. Adams agradecía secretamente esas visitas, pese a que se alteraba por completo su adorada rutina hogareña de fin de semana. Otro tanto le sucedía a Sally, aunque ella no paraba de rechistar a los niños y de mandar y ordenar a Sonny y Amanda que hicieran esto o lo otro. Ella siempre se quejaba del revuelo que se organizaba y no paraba de refunfuñar diciendo que ya no tenían edad para esos trasiegos, pero en el fondo todos sabían que Sally disfrutaba con esos encuentros que la convertían en la protagonista de la familia.

Adams se limitaba a seguir el protocolo de cumplir con sus obligaciones domésticas, que conocía de antemano, y se adaptaba al hecho de tener que cambiar los hábitos de un sábado de plácida convivencia familiar, en el que volcaba gran parte de su tiempo a asuntos laborales que atendía desde su ordenador del despacho, por la rutina propia de un ajetreado día de familia. La mañana se llenaba de una ingente lista de tareas que abarcaba desde acudir al supermercado a primera hora a completar compras y artículos que faltaban, ayudar en la preparación de la mesa, echar una mano en alguna cuestión

culinaria menor, siempre bajo la atentísima supervisión de Sally que no paraba de chistarle para que las patatas las pelara de tal o cual forma – nunca atinaba qué quería exactamente su mujer – hasta completar mil tareas accesorias que surgían de la prolífica e inagotable actividad de los niños y de las interminables exigencias con la que Sally le atosigaba impaciente. Era la dulce venganza con la que su mujer se resarcía del tiempo sin límite que Adams dedicaba a su trabajo.

—Abuelo, abuelo… el canal infantil no funciona…

Y Adams acudía a la sala de estar y empezaba a manipular el mando del televisor, una herramienta que, por otro lado, en muy rara ocasión manejaba. No era él un buen consumidor de productos audiovisuales, si acaso, sólo la música en *streaming* podría decirse que era su debilidad. Oír música clásica o jazz, según su estado de ánimo, era un hábito que le ayudaba a pensar cuando mantenía la mente ocupada en las cosas de la NASA.

— ¿Qué tal papá? – Sonny estaba repasando su móvil, seguramente echando un vistazo a las redes sociales, mientras Amanda, también sentada en otro sillón de la sala, hacía lo propio a la vez que reprendía a los niños para que no fueran tan molestos con el abuelo.

Después de manejar el mando yendo de atrás a adelante con el menú, logró su propósito de conectar el canal infantil. Inmediatamente Gemma se hizo con el control a fin de seleccionar la serie de animación que quería ver, cuestión que solventó con extraordinaria velocidad y que al parecer no era del gusto de Edward.

Se estableció una discusión entre los dos pequeños por ver quien tenía más derecho a seleccionar el programa, debate que ganó Gemma con una avasalladora rotundidad en su exposición. Adams observó la cara triste de Edward y le hizo un gesto de resignación masculina que venía a decir, “así son las cosas con las mujeres”, y lo tomó consigo mientras le hacía prestar atención a otros asuntos. Pero pronto la mirada del nieto quedó cautivada con la imagen de la pantalla y Adams pudo charlar con su hijo.

— ¿Cómo va la misión? Deben estar a punto de reaparecer tras del Sol, ¿no? – preguntó Sonny sin apartar la mirada de su móvil.

—Sí… hoy o mañana deberíamos tener contacto, al menos visual… Los ingenieros no están muy seguros cuándo va a ser factible tener imágenes de la Ulyses. En cualquier caso, para comunicarnos con ellos vamos a necesitar algunos días más.

—Si, por el escudo. Recuerdo que me lo explicaste.

Sonny no había seguido los pasos de su padre en cuanto hacer carrera científica. Aunque en el instituto había demostrado aptitud con las asignaturas de ciencias, finalmente había optado por dedicarse a emprender estudios vinculados a la economía y la banca, y ahora tenía su propio despacho profesional de asesoría financiera. Le iba muy bien. Adams siempre había pensado que su hijo haría carrera en la NASA junto a él, y ese pensamiento le dejaba un poso de amargura derivado del hecho de que no acababa de aceptar que su sueño familiar no se hubiera cumplido. Ahora miraba a sus nietos intentando descubrir en sus ojos la llama del interés científico.

Charlaron unos minutos más sobre la marcha de la economía y de la política fiscal que estaba emprendiendo la Casa Blanca, cuestión que preocupaba mucho a Sonny y que Adams escuchó todo lo atentamente de lo que era capaz. La conversación derivó entonces hacia la causa última de todos los males y desarreglos económicos y languideció cuando comentaron los últimos informes sobre la posibilidad de impacto del asteroide. Adams intentó transmitir un mensaje tranquilizador indicando que muy probablemente tarde o temprano las observaciones indicaran que Ignotus pasaría de largo, pero no resultó muy convincente. Afortunadamente Sally anunció que la mesa estaba servida.

—Niños, dejaros de pelear de una vez, —aviso Amanda con tono monótono una vez se sentaron a la mesa.

La comida transcurrió placenteramente. Adams se levantaba ocasionalmente para ayudar a Sally a traer los sucesivos platos y tuvo ocasión de contar algunos chascarrillos de la NASA porque su hijo le solía complacer escuchar la narración de sus líos laborales. Desde pequeño Sonny se había acostumbrado a vivir las tensiones personales que afloraban esporádicamente en el seno de la Agencia Espacial y en los últimos tiempos había seguido con detalle la caída de Ben Lantham del equipo principal y su posterior fichaje por Ramspace. Adams aprovechaba para desahogarse con Sonny de las iniquidades emprendidas por John Ellroy que, indirectamente, apuntaban a él. Sally no prestaba demasiada atención a sus asuntos profesionales y en cambio a Sonny le gustaba dar su opinión y consejo. En cuanto a los nietos, Edward parecía seguir esos debates con especial devoción, y

mantenía su semblante serio, con la boca ligeramente abierta, mientras Adams comentaba el estado de la misión explicando con una naranja y un tenedor por dónde se estaba moviendo la Ulyses en esos momentos.

—… y ahora está saliendo de justo detrás del Sol, con lo que dentro de poco volveremos a establecer comunicación con ellos y nos contarán sus descubrimientos.

—Siempre he pensado que para ir a tomar muestras de un objeto extrasolar no era necesario enviar una tripulación… Una sonda habría ahorrado un montón de dinero a los contribuyentes – comentó Sonny con desgana mientras se servía una porción de pudding e intentaba apartar la conversación del controvertido asunto del impacto.

— ¿Qué son los contribuyentes? – preguntó Edward de inmediato.

Adams y Edward se rieron por la pregunta.

—Dentro de unos años bien que lo vas a saber, jovencito – respondió la abuela con un guiño que hizo sonreír al pequeño.

—Bueno… no se trata sólo de las muestras que puedan obtener y la exploración mineral que van a efectuar, Sonny. Te aseguro que es mucho más que eso. La trayectoria junto al Sol no es completamente predecible. Una variación infinitesimal puede colocar a Ignotus en una ruta… — Adams miró a los niños y comprendió por un gesto que Sonny había intentado desviar la conversación– …que entrañe cierto peligro. Hace falta estar ahí.

—Abuelo… ¿te refieres a que Ignotus va a chocar contra la Tierra? – apuntó Edward con expectación, como si fuera algo formidable.

Fue Sally la que intervino reprochando al abuelo los derroteros que tomaba la conversación.

—Ya estáis otra vez asustando al crío. Después Sonny te quejas de que no duerme bien.

Adams le pidió disculpas con un gesto mientras se encogía de hombros.

—También está el asunto de la carrera espacial – comentó Adams, intentando cambiar de tema discretamente mientras sentía la mirada de su mujer como un láser quemándole la piel.

— ¿Carrera espacial? ¿Te refieres a Ramspace y la NASA?

Adams asintió.

—Hay una industria incipiente y ya se han establecido los primeros contactos. Te hablo de la extracción de minerales espaciales. Muchas compañías mineras están estudiando muy seriamente el asunto, y tras de este viaje pueden surgir sustanciosos contratos, Sonny. La Casa Blanca quiere tener un papel protagonista y que el territorio espacial quede de alguna manera bajo su jurisdicción. Ramspace por su parte quiere hacerse con la mayor porción de ese pastel y si es posible, sin dar cuentas a nadie. Por eso, demostrar que un prototipo de nave es apto para recorrer el sistema solar y regresar con cierta cantidad de mineral es una prueba de capacidad tecnológica incontestable. Ya nos pasó con la colocación de satélites en el espacio.

La NASA no quiere perder su posición de privilegio.

— ¿La NASA compitiendo con el sector privado? Se supone que no debería hacer eso, ¿no? La explotación mineral en el espacio no va a ser una cuestión del sector público… me parece – comentó Amanda interesada en el tema.

—Bueno… dentro de la NASA hay quien tiene como objetivo lograr la independencia financiera de la Agencia espacial… y este podría ser un medio excelente – comentó Adams, pensando en lo que siempre había defendido tanto él como el propio Jeremiah Maddock. — Por otro lado, llegar los primeros a un asteroide y plantar la bandera será una señal clara de que mantenemos la hegemonía espacial. Una compañía privada … no va ser lo mismo por más que planten la bandera de las barras y estrellas. Ni que decir tiene que la principal tarea de la NASA es el descubrimiento científico. Perder ese liderazgo sería un varapalo enorme. Así pues, confluyen distintos intereses, políticos, científicos y financieros, que nos obligan a ganar– Adams chasqueó los labios de forma expresiva – Por otro lado, a mí también creo que me gustaría que no dependeríamos tanto de quién se sienta en el sillón del despacho oval, ¿sabes? Muchos pensamos que eso sería una bendición. La exploración espacial adquiriría un ritmo importante… ahora estamos demasiado condicionados a intereses partidistas… a la política de Washington, con sus vaivenes, cambios de rumbo electoralistas y decisiones de exploración donde pesa más la política que la ciencia.

Sonny asintió divertido.

—Eso nunca te lo he oído decir antes – comentó con ironía. Era

una de sus más repetidas letanías de lo mal que funcionaba la Agencia.

La conversación se vio interrumpida en ese punto por una llamada del móvil. Habitualmente Adams no atendía el teléfono, pero el tono asignado a los números de la Agencia los tenía identificados con una melodía concreta, la de la Marcha Imperial de Star Wars. De esta manera reconocía por el tono que se trataba de una llamada ineludible.

Se levantó apresuradamente y fue a la sala de estar donde había dejado el aparato.

Cuando regresó su semblante había palidecido.

— ¿Qué sucede papá?

—Voy a tener que ir a la Agencia… es urgente — musitó.

Sally había visto pocas veces a Adams con esa cara de preocupación. Le acompañó hasta la puerta mientras le llevaba una chaqueta que aceptó con mirada distraída. Sabía que muy probablemente su marido regresaría de madrugada, si es que no pasaba la noche en vela.

— ¿Qué ha sucedido, Adams? – preguntó mientras Adams bajaba los escalones del porche, en busca del Mustang rojo del 75 aparcado en el garaje.

—No me lo explico… Ignotus ha reaparecido al otro lado del Sol… pero no hay rastro de ni de la Ulyses ni del Argonauta… es inexplicable. Todavía es pronto para establecer comunicación… pero el James Webb no ve rastro de las astronaves y tampoco recibimos

comunicación.

Sally vio como Adams arrancaba y aceleraba por la calle arbolada de la urbanización mucho más rápido de lo que era habitual en él.

CAPITULO 28

Cuando Adams llegó al edificio de la NASA fue Kyle Reynolds, el ayudante del director de la Agencia, el que salió a su encuentro en la escalinata. Al igual que él, acababa de llegar. Se saludaron con expresión sombría.

—No hay señales de las naves espaciales… sencillamente no están donde deberían… y es preocupante.

— ¿Y las comunicaciones?

—Ese es el problema. Deberíamos poder comunicarnos y no tenemos respuesta. En principio el Sol ya no debería estar interfiriendo. Imagínate, al ver a Ignotus y no detectar la señal de baliza de la Ulyses… la gente se ha puesto nerviosa. Deberíamos captar esa señal aun estando en el lado oculto del asteroide. El hecho de que tampoco se vea al Argonauta no ayuda precisamente. Están elucubrando con un posible fallo de los escudos térmicos.

Seguían hablando mientras pasaban el control de seguridad.

—Creo que hay una reunión a puerta cerrada de los responsables… ¿te han invitado?

Adams asintió. Si bien no era personal técnico de la Ulyses, era

el que mejor conocía a la tripulación. Sería crucial para consultarle cualquier duda en relación a la formación, conocimientos y actitudes de cada uno de sus miembros. No iba a ser una papeleta fácil. No creía que ninguno de sus muchachos hubiera metido la pata, ni mucho menos la comandante. Pero Adams ya se temía lo que le aguardaba. Gente nerviosa con ganas de echar la culpa a alguien.

Conforme llegaron a la sala de control de vuelos se despidieron y Adams fue conducido por un técnico al despacho donde se reunían los directores de la misión. Todos vestían con ropa informal, como el propio Adams. Se trataba de una reunión convocada de emergencia y sus asistentes habían acudido prescindiendo de cualquier género de formalidad, incluido el propio administrador de la agencia, que vestía como si hubiera abandonado apresuradamente un partido de golf.

Tras unos saludos corteses y fríos, la sala se oscureció y el jefe de misión, John Ellroy, tomó la palabra.

—Estas son las imágenes que nos están preocupando —dijo mientras con un puntero señalaba la imagen que aparecía en la pantalla principal que presidía la sala—. La que observan es lo mejor que tenemos hasta la fecha. Ignotus está muy cerca del Sol y es difícil obtener mejores resoluciones. Es evidente que no hay rastro ni de la Ulyses ni del Argonauta. Y es obvio indicarlo. No estaríamos aquí si tuviéramos comunicaciones con ellos…y deberíamos tenerlas puesto que tenemos contacto visual con el asteroide y nos gustaría suponer que ambas naves están posadas sobre el mismo de acuerdo con los protocolos que tanto la NASA como Ramspace habían establecido de antemano. Es muy probable que deban encender sus motores y

empujar a Ignotus para desplazarlo de su trayectoria actual.

— ¿Se ha preguntado a la gente de Ramspace? Tal vez ellos sepan algo que nosotros ignoramos… — preguntó Adams impaciente.

—Completamente infructuoso – comentó Jeremiah Maddock con su habitual inexpresividad — En Ramspace están nerviosos también. Hemos contactado con ellos y aunque han querido mantener las apariencias se nota su inquietud. En concreto, hablé con su presidenta en funciones, Brenda Miller, y me percaté de que no tienen ni idea de lo que sucede. Soy veterano en estas lides. Así que lo que corresponde ahora es asegurarnos por completo de que no se trata de un accidente. La cuestión importante, sin embargo, no es esa exactamente… — el director de la NASA habló a media voz, dejando morir la frase sin concluir. Evidentemente estaba pensando en algo a lo que no quería hacer mención expresa. Cuando levantó la vista y se encontró con la mirada inquisitiva de los presentes dio una breve explicación – El observatorio de Hawái ha planteado una conjetura nada halagüeña en relación a la trayectoria de Ignotus, pero aún resulta prematuro concederle excesivo crédito, así que no la tomaremos en cuenta de momento. El margen de error en la predicción es elevado. Lo pertinente ahora es analizar todas las posibilidades de lo que ha podido ocurrir con la Ulyses.

De inmediato tomó la palabra la mujer que participaba en la reunión, Elsa Hemingway, una de las ingenieras que formaba parte del equipo directivo que rodeaba a John Ellroy.

—Teóricamente el escudo magnético de la Ulyses estaba perfectamente funcionando y operativo. La telemetría no mostró

ninguna indicación que nos hiciera sospechar un fallo hasta el mismo momento en el que perdimos el contacto, cuando el vuelo entraba en fase de oposición a la Tierra. Si todo iba perfectamente no hay razones para sospechar que dejara de funcionar más adelante – La mujer estaba nerviosa, ansiosa por explicarse, y su mano acudía constantemente en busca de su pelo corto y ahuecado, para que sus dedos jugaran con él en un tic incontrolable— Aun así, incluso si supusiéramos que el escudo funcionó incorrectamente y eso afectó a la tripulación y a los sistemas vitales de la nave… no habría impedido que la Ulyses siguiera su órbita transolar y apareciera al otro lado como teníamos previsto.

—La otra posibilidad es que fallara el escudo magnético. Al parecer la gente de Ramspace descubrió que Ignotus generaba un importante campo magnético.

—No creo que fuera más importante que el generado por el propio Sol – objetó John Ellroy de inmediato. – Además, que fallara el escudo de una nave, puede ser… pero ¿de las dos?

—La nave Argonauta de Ramspace contaba con un sistema de generación de escudos basado en una tecnología distinta según tengo entendido – comentó el director de la Agencia en tono interrogativo.

—Así es… y está claro que ha sufrido la misma misteriosa desaparición… ¿dos escudos con tecnologías distintas fallando a la vez? No, no pueden tratarse de los escudos, tiene que ser otra cosa – concluyó John.

— ¿Una ignición imprevista de los depósitos de combustible?

El calor, la temperatura solar, la radiación… tal vez alguna variable con la que no contamos hubiera provocado una detonación…Por ejemplo, una llamarada solar especialmente violenta — elucubró Elsa.

—Es un escenario que descartamos. Una deflagración de los depósitos y de la propia Ulyses habría generado una nube de escombros espaciales que seguiría la trayectoria original y que podríamos descubrir con relativa facilidad. Tal vez algo los ha obligado a frenar… y posiblemente aparezcan en nuestros telescopios en unas horas… —elucubró John Ellroy. – Las razones para una maniobra así pueden resultar inimaginables…

La conversación prosiguió, cada cual mostrando teorías cada vez más improbables acerca de lo que podía o no haber sucedido. Adams comprendió que, al haber desaparecido ambas naves espaciales de escena, la posibilidad de achacar la desaparición a un error humano estaba prácticamente descartada. Era claro que la circunstancias que había provocado la desaparición de la Ulyses también había afectado al Argonauta. Y mientras continuaba el debate, Adams se descubrió pensando en una frase que había dicho el presidente y que había despertado su inquietud. Había mencionado que Hawái había encontrado indicios preocupantes sobre la trayectoria de Ignotus pero que era prematuro elucubrar nada sin datos suficientes. Adams conocía lo suficiente a Jerry como para saber que esos indicios podrían ser verdaderamente alarmantes, tanto que no había omitido la exposición de los hechos. Era una forma de preparar al equipo para una noticia funesta caso de que se confirmara lo peor. Si ya se sentía realmente enfermo por la preocupación que le

ocasionaba la posible pérdida de las vidas de su equipo, contemplar ese nuevo escenario como una realidad factible le provocaba náuseas.

—Entiendo que existen dos explicaciones plausibles. La fatídica es que ambas naves fueran engullidas por el Sol… —comentó John Ellroy mientras se ajustaba la montura de las gafas sobre su pequeña nariz. – Necesitamos que la rotación del Sol avance y tal vez su superficie muestre indicios de una reciente actividad de las capas superiores del Sol. La corona, la cromosfera o la fotosfera. Un evento tormentoso o eruptivo que ha alcanzado a las naves.

— ¿Destruidos por una llamarada solar? Eso es extraordinariamente improbable, pero… pudo suceder… — comentó el doctor Shellenberger – Sólo monitorizamos un lado del Sol, pero la formación de protuberancias, llamaradas, manchas solares… la climatología espacial no suele dar sorpresas y la previsión de la actividad solar que iba a acompañar a ambas naves en su trayectoria próxima al sol no ofrecía problemas aparentes. Si hubiéramos tenido una previsión de actividad que entrañara una situación de riesgo se habría cancelado la misión y se habría evitado una órbita cercana al Sol de inmediato. Siempre se ha tenido en cuenta la climatología solar en los protocolos de la misión.

— ¿No habría afectado a Ignotus también un fenómeno así? — preguntó Adams

El astrofísico negó con la cabeza.

—Ignotus tiene muchísima más masa que las astronaves. Es un objeto compacto y pesado. – explicó el doctor Shellenberger— Si se

tratara de un cometa con un gran porcentaje de hielo en su composición…tal vez habría logrado destruirlo… o incluso alterar su trayectoria, pero no es el caso, ni mucho menos. Creo que tratándose de un objeto rocoso y compacto lo máximo que podría haber provocado es una leve variación en su trayectoria, y esto último es improbable. No hay que olvidar que Ignotus contaba con una envoltura de escombros escasamente compactados… Habría que ver qué ha sido de ellos y si su eventual desprendimiento ha podido afectar a las astronaves… eso debemos contemplarlo como otra conjetura. Pero John, disculpa habías hablado de otra posibilidad para lo que ha ocurrido con las naves.

John afirmó con un gesto rotundo de la cabeza.

—Sí, la otra posibilidad es que ambas naves estén sobre su superficie y no puedan comunicarse. Bien porque se han estrellado… o bien porque las condiciones de Ignotus, por la razón que sea, les impiden establecer contacto.

—Así que de momento debemos atribuir la desaparición de las naves a una actividad solar imprevista… que incluso ha podido alterar la trayectoria de Ignotus… o al hecho de que estén sobre su superficie incomunicados por una razón que desconocemos— resumió el director de la NASA con tono preocupado mientras intercambiaba una larga mirada con su ayudante— ¿Queda absolutamente descartada otra eventualidad?

Los asistentes se miraron entre sí.

—Nuestros ingenieros de vuelo no cometen errores tan graves

como calcular erróneamente la órbita de un asteroide – explicó John con voz tranquila — Hay que recordar que contábamos con suficientes observaciones como para determinar una trayectoria definida con mucha exactitud, —agregó con indiferencia el jefe de misión, mientras no apartaba la mirada de la pantalla de su portátil. – Además, el hecho de que desaparecieran las dos naves espaciales, posiblemente afectados a la vez por un mismo evento nos lleva a concluir que no debió de tratarse de un fallo… no me imagino a dos equipos de científicos e ingenieros, cada cual compitiendo con el otro por ser el mejor, cometer, sin coordinarse ni intercambiar ni compartir ningún género de información, un error idéntico que llevara a que ambas naves siguieran trayectorias de colapso. Recuerden que ambas naves iban a la par que Ignotus antes de iniciar la secuencia transolar… ¿por qué ha aparecido al otro lado solo Ignotus? Si fue una llamarada solar que afectó a su trayectoria, las frenó drásticamente y las precipitó en el sol… ¿no influyó en nada a Ignotus un evento como ese?

Pero nadie respondió a esa última interpelación.

— ¿Nadie tiene nada más que decir? – preguntó el director de la Agencia – Merece la pena contemplar cualquier idea arriesgada o inverosímil. Tenemos que mantener todas las hipótesis abiertas.

—La posibilidad más plausible es que ambas naves aterrizaran en el asteroide – sentenció John con firmeza.

Jeremiah Maddock hizo un gesto con la cabeza, pensativo.

—Puede ser… ambas naves tenían establecido el protocolo de posarse sobre el asteroide a fin de poder cambiar su trayectoria caso

de que le comunicásemos la orden pertinente – Jeremiah adoptó de nuevo el rictus de mayor solemnidad que le conferían sus rasgos marcados. — Vamos a seguir trabajando sobre todas las hipótesis. Especialmente los equipos de comunicaciones. Es una obviedad, pero quiero que la red de seguimiento mundial esté pendiente de captar cualquier señal. Y no sólo es nuestra red asociada. Muchos observatorios de todo el planeta están centrados ahora mismo en localizar ambas naves. He recibido numerosas misivas indicándome que en todo el mundo están pendientes de la Ulyses. No estamos solos en esto.

Pero la conversación se vio interrumpida por un gesto del jefe de misión, que no había dejado de mirar su portátil. La expresión de John Ellroy había cambiado y dirigió una significativa mirada al director de la NASA solicitando la palabra.

—Bien… por lo que veo será mejor que el señor Ellroy comente un hecho relevante que se encuentra en proceso de verificación.

El director cedió la palabra al jefe de misión.

—Se trata de Ignotus. Tenemos poca información al respecto, porque para establecer con cierta seguridad una trayectoria hace falta que transcurra tiempo y … en fin, desde que ha superado la circunvalación solar se está siguiendo con máxima precisión.

— ¿Qué pasa con la trayectoria de Ignotus? – preguntó Adams con la boca repentinamente seca.

—Parece que ha cambiado… a peor. Tal vez tenga que ver algo con la desaparición de las naves espaciales… lo cierto es que la

trayectoria de Ignotus ha pasado de tener una probabilidad de colisión con la Tierra inferior al uno por ciento a otra con una probabilidad del noventa por ciento – John se mostraba notablemente alterado. Adams se sorprendió al percatarse que se había puesto nervioso, algo extraordinario tratándose de una persona que habitualmente era fría y calculadora.

La noticia cayó sobre los presentes como una mortaja, dejándolos tan fríos y silenciosos que ni siquiera se oían sus respiraciones.

— ¿Puede tratarse de un error de cálculo? – preguntó de improviso Elsa, con voz nerviosa – Todavía es pronto y puede ser precipitado extraer…

—No, joder, no – interrumpió John visiblemente enfadado — Ya se tienen suficientes datos. La posibilidad de enfrentarnos a un desastre de extinción completa es real y desgraciadamente, más que probable.

CAPITULO 29

Alguien llamaba con los nudillos a la puerta del camarote. Ben dejó de mirar la pantalla de la consola y dio paso a la visita. Era la comandante Sandoval. Entró en la habitación y se limitó a quedarse de pie en el centro, con una mano apoyada en una de las paredes, en una actitud despreocupada. El pelo negro, recogido en una coleta que flotaba grácilmente era el único recordatorio de hallarse en un espacio ingrávido. Las zapatillas magnéticas lograban hacer olvidar esa circunstancia la mayor parte del tiempo, aunque había que emplear las manos para mantener la posición erguida una vez se detenían porque, de lo contrario, la inercia de cualquier movimiento desbarataba la ilusión de gravedad.

—No te enfades – fue la advertencia de Carla. Su semblante estaba serio. Ben la conocía bien y diría que estaba irritada.

— ¿Enfadarme? ¿Por qué iba a enfadarme?

Carla negó con la cabeza.

—Sé que te vas a enfadar… pero no vas a tener razón.

Ben se incorporó en su cama. Una sujeción anclaba su cinturón y evitaba que se alejara flotando.

— ¿De qué estás hablando?

—Se trata de la Ulyses.

— ¿Qué ha pasado con la Ulyses?

—Está siendo atraída por Ignotus.

Ben enarcó las cejas. Sintió como una oleada de ira lo invadía.

—Tranquilízate. ¿Me has oído? Sé perfectamente lo que pasa por tu cabeza ahora… y no tienes razón, ¿me oyes?

Ben se había apresurado a desasirse de su arnés de sujeción. Carla prosiguió con su explicación.

—Ben, te necesito plenamente capaz, de nada me sirves si pierdes la cabeza ahora.

Ben resopló e intento tranquilizarse. Comprendía que el consejo de Carla era sensato, pero no podía evitar que una voz creciente en su interior clamara que él ya había avisado que podría suceder algo así.

—Quiero que me escuches bien. La nave estaba a una distancia más que considerable, a más de cien mil kilómetros de Ignotus. Resulta por completo imposible que el campo magnético que rodea a Ignotus tenga una potencia tan descomunal. Y, sin embargo, parece que están siendo atraídos hacia el asteroide…

—A esa distancia… me imagino que habrán intentado alejarse con sus propulsores…

—Sí, tenemos constancia de que así ha sido.

Ben maldijo.

—Joder, Asya, mira que te lo advertí… — murmuró Ben

irritado y preocupado a la vez.

—Sí, tal vez tengas razón en eso, se lo advertiste… pero, aun así, a cien mil kilómetros… qué quieres que te diga, es absolutamente ilógico que un objeto relativamente tan pequeño sea capaz de desplegar una potencia magnética de ese orden.

Carla y Ben quedaron mirándose en silencio.

—Asya quiere hablar contigo… así que sé buen chico y no se lo pongas más difícil, ¿eh?

Ben asintió, pero no pudo evitar mantener los puños crispados mientras se dirigía hacia el puente. Allí aguardaba Jay, que evitó mirarle a la cara, y Peter, que permanecía absorto en su consola de mando, indiferente a la mirada enfadada que le dirigió el científico.

Ben se dio cuenta tan pronto como se sentó frente a la consola que no estaba preparado para mantener una conversación con ella. Su enfado por la situación que había propiciado la actitud temeraria de Asya se vio solapado por otra emoción, aún más potente, que barrió la anterior en una tormenta de confusión. Sintió una profunda inquietud por la suerte de la mujer que había amado, la misma que le había rechazado sin dar más explicaciones, la misma que había aparcado su relación para que su carrera profesional no se viera entorpecida. Y ahí estaba él como un tontorrón sufriendo como un adolescente enamoradizo sin el más mínimo pundonor con el que aparentar un mínimo de dignidad.

—Hola Ben, ¿cómo estás?

Ben no optó por disimular la tensión que le provocaba esa

conversación con Asya. Se limitó a hacer un gesto vago. La boca se le había secado de golpe y su expresión adquirió un rasgo de extrema seriedad, daba igual si era por su situación de peligro o por los sentimientos de despecho que se desataban en su interior.

—Me preocupa lo que me acaba de decir mi comandante. ¿Qué ha sucedido, Asya? – tuvo que reprimir otros muchos enunciados que sonaban a reproche. No era pertinente y no ayudarían en nada.

—Yo estoy bien, todos estamos bien, … al menos de momento — respondió Asya con cara de circunstancias— si no fuera por esta extraña situación… creo que la comandante Sandoval ya te ha explicado. Pese a que estamos muy lejos del asteroide nos dimos cuenta que éramos incapaces de maniobrar como teníamos previsto. Ignotus nos está atrayendo de una forma lenta pero inexorable.

La expresión de Asya no era la de una mujer asustada. Había firmeza en ella, y determinación, como siempre, pero también había algo más que lo perturbó. Era una sonrisa triste que aparecía al final de cada frase o tras oír un comentario de Ben. Un rictus que expresaba algo que conmovió a Ben, aunque no supo explicar el por qué. Ben experimentó una aprensión cuyo origen le resultaba desconocido.

— ¿Qué potencia habéis empleado en los propulsores para escapar a su atracción? – preguntó Ben.

Asya negó con la cabeza. No pudo evitar que apareciera una mueca de preocupación en ese gesto.

—Toda Ben, el cien por cien de potencia… y ha sido completamente inútil. Nuestra trayectoria hacia Ignotus es

imperturbable… ¿sabes lo que significa?

Ben miró desconcertado a la mujer.

— ¿Qué los motores de la Ulyses son una mierda?

Pero la broma no perturbó el semblante de Asya.

—Hemos tenido unas horas para comprenderlo… y la conclusión resulta pasmosa – Asya soltó en este punto una carcajada de incredulidad – Piénsalo bien. Los motores a toda potencia y somos incapaces de desviar un milímetro nuestra trayectoria. ¿Qué significa eso? Pues que la fuerza con la que somos atraídos por Ignotus aumentó de tal manera que compensó nuestro esfuerzo, y una vez finalizamos la aplicación del impulso, la fuerza con la que Ignotus nos atrae se equilibró automáticamente… Ben, para mí está claro el significado. Implica inteligencia, control, programación… No es un accidente natural o una propiedad magnética del asteroide… Está aplicando una fuerza sobre nosotros para aproximarnos a ella a una velocidad constante, controlada, dirigida.

— ¿Qué clase de fuerza es esa que se puede manipular a voluntad de una manera tan … arbitraria? ¿Magnetismo? No puede ser.

Asya negó con la cabeza.

—No… no tiene nada que ver con el magnetismo. Lo hemos comprobado, los sensores detectan un campo, sí, pero no tiene esa capacidad ni se ha modulado en función de nuestros motores. Es posible que el campo magnético de Ignotus sea más fuerte sobre su superficie, pero a esta distancia es inapreciable. No, creemos que se

trata de gravedad. Ignotus es capaz de manipular la gravedad. La prueba está en que compensa nuestra velocidad de escape con mayor gravedad… y en cuanto paramos los motores desciende su fuerza gravitatoria. No hay otra explicación.

Todos permanecían en silencio en la sala de control. Ben miraba a Asya sin atreverse a decir lo que pensaba. Fue Asya quien puso palabras a lo que Ben se negaba a aceptar.

—Sea lo que sea, Ben, lo que hay en Ignotus quiere que nos acerquemos, quiere establecer contacto. La rotación de la escombrera que cubre la superficie de Ignotus ha cesado. Todo apunta a que vamos a ser forzados a aterrizar sobre su superficie – La sonrisa de Asya intentaba ser tranquilizadora, pero un poso de inseguridad ensombrecía su expresión.

Ben negó con la cabeza.

—No, Asya, no. No es buena idea. Voy a pensar… necesito pensar… dame un poco de tiempo … tan solo … Vamos a hacer algo, ¿me oyes?

Ben se despidió de Asya y miró a sus compañeros de tripulación. Todos mantenían una expresión sombría, aunque como iba a descubrir enseguida, las razones que ocupaban la mente de cada uno de ellos eran muy distintas.

CAPITULO 30

Ben no podía evitarlo, estaba por encima del alcance de sus fuerzas. Ver a Asya de nuevo lo había conmocionado. Pese a todos sus propósitos de indiferencia, de negarse a pensar en ella o analizar sus sentimientos respecto a la mujer, había bastado esa breve conversación para que toda su firmeza se desmoronase en un torbellino de polvo y escombros, como si lo que hubiera construido tan denodadamente en los últimos días y semanas hubiera sido un tosco andamiaje que se derrumbara a la más mínima sacudida.

A su alrededor oía las voces de un debate encendido. Carla discutía con Peter, y al parecer Jay se mostraba de acuerdo con la comandante, pero todo le resultaba por completo indiferente. Era un debate acalorado e ininteligible, como si hablaran en otro idioma que jamás había escuchado antes. Ben intentaba, ante todo, comprender qué sucedía dentro de él. Era un extraño testigo de sí mismo, de cómo dos poderosas fuerzas opuestas luchaban sin tregua por hacerse con el dominio de su ser, por el control de su voluntad. Perplejo comprendía que era incapaz de decir una palabra, de prestar atención a lo que se debatía vehementemente junto a él, como si no formara parte de la escena y hubiera sido apartado a otra dimensión en la que se había convertido en un fantasma de sí mismo. Finalmente, el debate aminoró su intensidad y Ben salió de la abstracción en la que se había sumido. Una idea clara dominaba su pensamiento.

—No tengo miedo a morir – decía la comandante Sandoval a Peter después de que éste le interpelara si estaba dispuesta a mantener el rumbo de aproximación a Ignotus. – Desde luego no me hago ninguna ilusión en relación a que podamos escapar de ese poder de atracción gravitatorio, por más que tengamos más combustible y nuestros motores sean más potentes que los de la Ulyses. – Después hizo una pausa mientras sus ojos se clavaban en el presidente de Ramspace. — Peter, me has preguntado mi opinión y digo que no me gusta un pelo cómo se están desarrollando los acontecimientos. No sé qué te empuja a acercarte a ese puto pedazo de roca. ¿Curiosidad? ¿Protagonismo? ¿Altruismo?... o a lo mejor estás pensando cuál será la cotización de Ramspace después de todo esto, me da igual – comentó Carla con voz condescendiente. Después recuperó su habitual tono seguro y decidido. — También digo que soy militar. Estoy acostumbrada a obedecer y no es la primera vez que me enfrento a la muerte. Me contrataste para que llevara esta nave espacial a un palmo del Sol y poder abordar un asteroide procedente de más allá de nuestro sistema, y… ¡joder! juro que eso haré, aunque me cueste la vida. Puedes contar conmigo si se te mete en la mollera llevarnos a todos hasta allí. Pero si de mí dependiera, daría media vuelta ahora mismo sin pensármelo dos veces.

Jay asistía nervioso y con expresión incrédula a un debate en el que sabía que su opinión no iba a ser tenida en cuenta. Las palabras de Carla lo impresionaron vivamente. Era evidente que no participaba de ese espíritu abnegado.

—Si mi voto sirve para algo… creo que lo más prudente sería

mantener la distancia con Ignotus. Aún no sabemos qué va a ser de su trayectoria alrededor del sol y si después de completarla se va a convertir en una amenaza para la Tierra… Si no fuera así estaríamos corriendo un riesgo absolutamente innecesario. Además, la Ulyses ya está de camino. ¿No sería lo mejor ver que les sucede a ellos antes de ponernos en peligro nosotros? – insinuó con voz insegura.

—Sí, pero estás obviando una cuestión principal. Si Ignotus se convierte en un peligro para la Tierra más vale que estemos sobre su superficie cuanto antes. Retrasar el aterrizaje es peligroso – completó Peter, que mantenía una actitud extrañamente imperturbable. Ben apreció que era el que menos nervios mostraba de toda la tripulación, pero no se preguntó la razón de ello. – Por muchas razones no podemos eludir nuestra cita con la Historia. Creo que lo que ha dicho la comandante Asya es cierto. Esa manipulación gravitatoria no es natural… implica la existencia de una mente inteligente que lo controla… y eso supone un primer contacto con una raza no humana. Es un hito histórico que debemos afrontar.

—Bueno… quisiera recordar que también están en juego las vidas de los tripulantes de la Ulyses – apuntó Ben, que no podía quitarse a Asya de la cabeza. – Para mí esa es una cuestión principal. No podemos dejarlos solos, eso lo tengo claro.

—Y nuestras vidas también están en juego – comentó Jay con una voz que intentó hacer más fuerte de lo que realmente sonó.

Peter miró a Ben con interés.

—Por lo que veo Ben, tú estás decidido a seguir los pasos de la

Ulyses. Te preocupa mucho la vida de la comandante, ¿verdad?

Ben asintió.

—También Ling y Natham son mis compañeros y amigos. No conozco tanto a James, pero siento que les debo lealtad a todos ellos – concluyó Ben y todos quedaron en silencio.

Carla aprovechó la pausa en la conversación para encararse con el joven físico.

—Vamos a ver, Jay… dime tú. ¿Se te ocurre alguna razón, alguna causa de origen natural por inverosímil que parezca que haga posible que Ignotus pueda atrapar a la Ulyses de esa manera?

Jay negó con la cabeza.

—Considero que aproximarnos a Ignotus es una maniobra peligrosa, Carla. Ya sé que no soy un héroe, ni mucho menos, pero si al menos comprendiera la naturaleza del peligro… – dijo con voz temblorosa porque sabía que estaba contradiciendo a su admirado presidente de Ramspace. Después se armó de valor y explicó su opinión. Parecía que intentaba hacer razonar a Peter y hacerle ver que su planteamiento era irracional. — Llevo todo el tiempo alucinado con ese tema… y de hecho estoy estudiando la telemetría disponible de la Ulyses… y es asombroso – dijo mientras señalaba su consola— Creo que, si Ignotus fuera un objeto natural, pero de extraordinarias propiedades magnéticas o gravitacionales, podría elucubrar con un poder de atracción más fuerte del previsto, perfecto… pero de ninguna manera uno que actuara de forma tal que compensara las maniobras elusivas de la nave de la NASA. Para obtener un resultado similar la

única explicación plausible es que se apliquen de inmediato fuerzas que contrarresten y equilibren con las que está empleando la Ulyses para escapar de la influencia de Ignotus… eso solo me deja una interpretación asumible… Por increíble que parezca, debe existir una inteligencia que directa o indirectamente actúa sobre la nave…y controla su poder gravitatorio. ¿Cómo se logra esto? Lo desconozco.

Jay sacudió la cabeza, absolutamente perplejo. Su expresión era un poema, y aunque permanecía cabizbajo, sus ojos dieron con los del presidente de Ramspace, buscando su aprobación, pero Peter permanecía abstraído en los datos de la consola de mando. Al ver la indiferencia absoluta de su jefe retomó la conversación.

—Bueno… no sé si somos conscientes de que… un encuentro con seres inteligentes tan poderosos… en fin… Es evidente que no están pidiendo permiso para abordarnos y supondrá perder el control por completo… cualquier cosa podría ocurrir. Desconocemos sus intenciones, pero atraparnos de esa manera, sin ninguna advertencia previa, no parece alentador. No me siento nada tranquilo. ¿Qué menos que saludar con un “hola, somos amigos”?

Peter carraspeó y miró de reojo al físico.

—Sí, no me cabe duda que tienes razón. Objetivamente es peligroso. No obstante, Jay, ¿no te llama la atención ese portento de conocimiento y tecnología que demuestra tener Ignotus? Controlar la fuerza de la gravedad de manera aparentemente magistral… ¿no querrías conocer los secretos de esa tecnología?

Jay balbució que tal vez sí.

—Tenemos que ir, Jay. Es lo correcto – apuntilló Ben.

—Sí, y… ¿sabes lo que pienso al respecto, jodido loco? —preguntó Carla con aire distraído, pero logrando captar de inmediato la atención de sus compañeros. Observaba con atención su consola mientras recorría con el índice la pantalla y comprobaba varios datos – Creo que a ese puñetero asteroide le da igual lo que pensemos. Ahora mismo está modificando nuestra trayectoria. Señores, el hijo de puta está tirando de nosotros.

*****

Peter asintió solemne como si fuera algo que estuviera aguardando mientras Carla confirmaba desde el puente que la captura era un hecho real. Jay palidecía al constatar que ya daba igual la fortaleza de sus argumentos porque era demasiado tarde para debatir alternativas.

Ben dejó de prestar atención a lo que se decía. Justo en ese momento crítico acababa de entender algo que había sucedido durante su charla con Asya. Comprendió que la expresión de Asya, descompuesta en parte, con esa sonrisa a medias que él nunca había observado en ella, constituían unos rasgos que dibujaban un semblante que pudo interpretar ahora como si se tratara de un mensaje encriptado del que acababa de descubrir su clave. Entendía, a través de un conocimiento cuya fuente le resultaba un misterio, que aquella mujer con la que acababa de hablar, pese a todo lo que habían pronunciado sus labios, había enviado un mensaje distinto, diferente a lo dicho, y sólo él, que había sido su amante, era capaz de descifrarlo. Era miedo lo que escondía la vaga mueca de sus labios y era esa la

causa de la conmoción que experimentaba, el origen del conflicto que se libraba apasionadamente en su alma. Asya temía por su vida y pese a su inextinguible fortaleza, a todo lo dicho, a su esfuerzo por mantener la serenidad imperturbable propia de un comandante de misión y su inquebrantable voluntad de cumplir con su deber, había querido comunicarse con él. Se había despedido de él porque albergaba el temor de que quizás nunca jamás volvería a poder decirle una sola palabra.

Y ese pensamiento le procuró a Ben una extraordinaria calma, como si supiera lo que siempre había querido hacer y ninguna circunstancia del género que fuera pudiera alterar su determinación.

CAPITULO 31

—Tres… dos… uno… ¡contacto!

Tras las palabras de la comandante Sandoval el Argonauta sufrió una leve sacudida y la nave quedó inmovilizada, adherida a la superficie de Ignotus en la parte sombría del asteroide a salvo de las peligrosas radiaciones solares.

Ben comprobó los paneles que monitorizaban cada uno de los sistemas, desde el soporte vital a los de computación. Muchos de ellos contaban con equipos redundantes, a prueba de fallos motivados por la incidencia de partículas de alta energía, algo muy probable por su cercanía al astro rey. Todos sin excepción estaban en verde. Especialmente se fijó en el del combustible. Estaba muy cerca del máximo de su capacidad. ¿Serviría para escapar de la influencia atractiva del asteroide llegado el momento? Ben experimentaba un intenso nerviosismo que no le impidió bromear.

—Bueno… ¿y ahora qué se supone que debemos hacer? ¿Alguien tiene un sistema de luces de colores y un teclado electrónico para comunicarnos con esta gente? — comentó, aunque nadie rió su broma que aludía a la famosa secuencia de “Encuentros en la tercera fase”. Sus compañeros mantenían un riguroso silencio que revelaba su tensión interior. Permanecían en sus asientos, con los trajes espaciales

presurizados y el cuerpo rígido, como si aguardaran en cualquier momento sufrir un golpe catastrófico o una explosión mortal.

—Todo en orden– comentó Carla, rompiendo el magnetismo de la situación. Vigilaba especialmente los índices de radiación, pero los escudos magnéticos del Argonauta funcionaban perfectamente y al situarse en el lado sombrío del asteroide se protegían de los daños derivados de las elevadas temperaturas. – La rotación de Ignotus respecto a su eje se ha frenado considerablemente, seguramente como efecto de la atracción del Sol. Por otro lado hemos constatado que Ignotus nos concede cierto grado de libertad de movimiento si no nos alejamos de su superficie.

—Me gustaría ver de nuevo la última comunicación de la Ulyses, — comentó Ben en tono neutro. Peter le miraba con ojos inexpresivos mientras mantenía un tic en la mano, con sus dedos bailoteando sonoramente sobre la consola. Nadie se atrevía a exigir que dejara de hacerlo —Si me permitís la emplazo en el monitor de la sala central.

La pantalla principal, que mostraba distintos indicadores del Argonauta, se ennegreció por completo y poco después aparecía el rostro confiado de Asya Bale, explicando con voz ligeramente nerviosa lo que había sucedido. La conversación había tenido lugar seis horas atrás, cuando la Ulyses estaba a punto de iniciar la maniobra de aterrizaje en el asteroide. Asya, que iba enfundada en el traje espacial de color blanco, permanecía en la cabina de pilotaje explicando que en pocos minutos se habrían posado sobre Ignotus. Unos focos la iluminaban y su escafandra reflejaba en parte la potente luz. Sonrió a

la cámara y su voz, a través de la radio del traje, llegaba salpicada de estática. Después de los saludos de rigor Asya procedió a iniciar su informe.

—Bien… os vamos a comentar nuestro plan de acción por si… bueno, por si tenemos problemas. Quiero que al menos alguien sepa lo que hemos descubierto y qué es lo que pretendemos— Asya sonrió llena de confianza, como si esas palabras carecieran de verdadero significado y no fueran más que un estúpido protocolo de seguridad — Sabemos que no podemos comunicar con la Tierra… estamos en oposición a nuestro planeta, y aunque estáis siguiendo nuestros pasos lo cierto es que nosotros ya estamos aquí… hemos conseguido llegar con la ventaja suficiente. Si encontramos algún género de peligro os lo haremos saber — Asya sonrió de nuevo, esta vez con una expresión diferente cuyo significado escapó a la comprensión de Ben— Bueno, esto es lo que sabemos… Es conveniente que veáis la secuencia de fotografías que tomamos cuando la Ulyses se aproximaba a Ignotus.

La imagen de la pantalla cambió, ahora se mostraba unos fotogramas en movimiento. Era una serie fotográfica de alto contraste. La presentación superponía una imagen con la siguiente, provocando la sensación de un movimiento a cámara lenta. La panorámica de Ignotus ofrecía unos relieves de color gris claro que se contorneaban con nítida precisión mientras que las sombras de su orografía se convertían en motas negras, impenetrables, repletas de un siniestro misterio, como las cuencas de una calavera de mirada aciaga que contemplaba a la Ulyses con un deseo malvado.

—Sé que es difícil de detectar en un primer momento…—

comentó de nuevo Asya una vez concluyó el pase de imágenes— pero vamos a ampliar la resolución centrándonos en un segmento concreto y hacer la sucesión más lenta. Nuestra IA detectó la anomalía y nos llamó la atención. Si no hubiera sido por el programa de reconocimiento fotográfico jamás nos habríamos percatado. Mirad.

Un cursor rojo encuadró una parte de la imagen y ésta se amplió. Tuvo lugar la consabida repetición de la escena, pero ahora centrada en el segmento ampliado. La sucesión se reprodujo a una velocidad más lenta. De improviso algo se hizo nítido por unos segundos. Ben no pudo contener una exclamación durante la comunicación inicial, sucedida horas atrás, cuando comprendió en qué consistía la anomalía. Allí estaba. Entre la orografía rocosa del satélite destacaba de pronto, en un hueco en lo profundo de una depresión arenosa, una superficie metálica, bruñida, de un color bronceado surcado con vetas negras, pero ordenadas y simétricas. La aparición de ese segmento metálico con un color distinto a la insulsa roca del asteroide destacaba con un brutal contraste. Se trataba de una aparición efímera, cercana a una gran área circular negra como boca de lobo, que ya no era visible en la siguiente toma debido a que un saliente rocoso del asteroide bloqueaba el ángulo visual que había permitido su descubrimiento.

—No sabemos lo que es, pero todo resulta muy extraño ¿verdad? Me refiero a que no hay que olvidar que Ignotus no es hueco, sino una estructura densa y pesada, con una configuración cristalina… Pero a la vista de esto, si teníamos alguna duda, ya la podemos descartar. Ignotus es una obra manufacturada por una

civilización inteligente que carece de un espacio interior habitable, … al menos por lo poco que sabemos de él hasta la fecha – Asya adquirió una expresión de determinación. – Voy a intentar desplazar la Ulyses hasta allí a fin de poder estudiarlo.

— ¿No sería mejor que aguardarais a que llegáramos nosotros? Puede ser peligroso. Ya sé que tú sabes algo de artes marciales… pero mis habilidades exodiplomáticas quizás sean más apropiadas.

Peter había estado a punto de intervenir, pero se contuvo y permitió que fuera Ben el que aliviara la tensión con su comentario. Ben advertía como el millonario se consumía, nervioso, por el hecho de no haber sido el primero en llegar a Ignotus. Esa circunstancia le preocupaba de forma evidente.

Asya soltó una carcajada. La expresión alegre reconfortó a Ben.

—No, somos nosotros los que estamos aquí y nos corresponde a nosotros investigarlo… y sea lo que sea que se esconda en este lugar debemos averiguar la verdad… se lo debemos a la NASA y a todo el mundo, Ben. Vamos a descubrir qué es esto. Desplazaremos la Ulyses hasta ese lugar y tan pronto lo haga estableceré contacto con vosotros para informar.

Asya no dijo nada más. Cortó la comunicación. Pero Ben, atento a cualquier detalle, se percató de un minúsculo titubeo, un momento en el que su mirada, que se había apartado de la cámara, regresó de nuevo instintivamente para centrarse en el objetivo que le grababa, como si quisiera que su expresión transmitiera un último deseo, una idea que jamás habría sido capaz de expresar con palabras

porque eran lo opuesto a lo que Asya Bale encarnaba. A Ben no le costó mucho comprender, mirando ese último fotograma de la transmisión que permanecía congelado en su monitor, que aquella valiente mujer a la que tanto había amado mostraba en esos últimos instantes de comunicación una expresión que delataba las dudas que la consumían, la ansiedad que la devoraba.

Carla habló entonces, devolviéndole de nuevo a la realidad.

—Estoy intentando trazar una ruta de aproximación hacia el punto en el que la Ulyses estaba siendo arrastrada para aterrizar a una distancia prudencial. Después será mejor desplazarnos a pie hasta allí con máxima cautela – dijo Carla al cabo de unos segundos rompiendo la magia expectante que había creado la escena final de la retransmisión – Sí, más vale aterrizar no demasiado cerca de ese lugar…

— ¿Eso lo dices porque te apetece estirar las piernas? —bromeó Ben.

—Eso lo digo porque la Ulyses ha desaparecido por completo de mi radar – dijo Carla con voz que no ocultaba su preocupación —Sencillamente… ya no están.

CAPITULO 32

Ben se despertó. Sentía una extraña vibración eléctrica en todo su cuerpo. El sol le acariciaba suavemente su rostro y al apoyarse contra el suelo sintió cómo éste se hundía levemente, el contacto duro pero inestable de la arena. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí?

Levantó la vista y descubrió una playa larga, cuyas estribaciones finales culminaban en pequeños macizos rocosos de aspecto redondeado y pintoresco. La arena clara presentaba un aspecto terso y virginal. Ni siquiera había huellas que condujeran hasta el lugar en el que yacía.

—Yo estaba yendo a buscar a la tripulación de la Ulyses… ¿y me pongo a soñar de esta manera? Joder, Ben, más vale que te despiertes rápido, campeón, porque la cosa no pinta precisamente bien.

Y aunque Ben estaba dominado por una intensa inquietud, era incapaz de escapar del sueño en el que participaba. Todo lo contrario. Éste resultaba tan vívido que le desconcertaba. Era imposible abstraerse de la belleza y calma del paraje. Se esforzó en recordar qué había hecho para llegar a ese insólito lugar, pero no encontraba explicación. No obstante, había una sensación que incluso ahora permanecía en él, la de un intenso vértigo. Estaba caminando junto a

Peter y Carla, sobre la superficie de Ignotus y de pronto… una vorágine de luz y movimiento vertiginoso, tan fuerte que parecía irreal.

“Me he caído por un desnivel profundo y ahora estoy jodido en la enfermería del Argonauta. Me imagino que Carla me ha chutado un buen analgésico… y aquí estoy, disfrutando de las vistas. El mundo se va a la mierda, la Ulyses perdida, todo el personal de los nervios … y tú disfrutando de un viaje psicotrópico cortesía de Ramspace Limited que te ha puesto de morfina hasta las orejas. Eres un campeón, sí señor, el mejor”.

El mar se extendía ante él como una extensión interminable, turquesa y espumeante, limitado por un cielo azul, brillante, que obligaba a entrecerrar los ojos. El sol resplandecía en el cénit con aplastante rotundidad y una luna rosada emergía en el horizonte marino como un pequeño disco pálido. En dirección opuesta le aguardaba la linde de una selva compacta y sombría. Se dio la vuelta pesadamente sobre el lecho arenoso y se quedó tendido unos segundos.

Se incorporó con torpeza. Lo dominaba un extraño embotamiento, como si su cuerpo hubiera estado completamente adormecido y cada movimiento supusiera un enorme esfuerzo físico y de concentración. El horizonte marino no ofrecía ninguna señal ni pista que le sirviera de orientación. El litoral exiguo pero perdía todo protagonismo ante una extensión de mar sin fin. Las olas batían la playa con furia y, al retirarse, la arena susurraba un rumor áspero al ser arrastrada.

—Acéptalo, Ben, esto no es Ignotus – dijo en voz alta.

“¿He naufragado?” se preguntó confuso, pero sus ropas parecían secas. Vestía el mono de Ramspace, que por lo demás, no estaba desgastado ni sucio. El traje espacial yacía a su lado, abandonado. Recordaba vagamente haberse desembarazado de él cuando despertó. Sus ojos estaban deslumbrados y no veía nada. Sentía un calor insoportable y el oxígeno se estaba agotando, así que en un estado de semiinconsciencia recordaba haberse desprendido de él. Afortunadamente el ambiente no era tóxico. Sin embargo, la temperatura y sobre todo, la humedad, se hacía agobiante, por lo que determinó refugiarse a la sombra de la arboleda cercana. Al retirarse observó que había estado tendido en medio de una hondonada circular en la arena, como si hubiera sido el cráter de impacto de un pequeño meteorito.

“Esto debe tratarse de otra pesadilla” pensó con sensación de fatalidad. Generalmente sus malos sueños concluían con escenas muy desagradables que lograban despertarle, aunque en aquella ocasión el paraje resultaba benigno. No se trataba de un escenario en penumbras en el que aparecían siluetas oscuras y deformes de naturaleza amenazadora que lo ensartarían con una lanza atravesándole el corazón.

Se sentó en el tronco caído, a la sombra de una especie de palmera que jamás había contemplado. “Pronto pasará algo desagradable… algo surgirá debajo de esta palmera y me comerá vivo”. Ben intentaba serenar su ánimo, la impaciencia lo acosaba. Quería despertar, salir de allí, regresar cuanto antes a la realidad del

Argonauta, de Ignotus… del rescate de Asya. Analizó la vegetación cercana. No le costó mucho comprender que era de una naturaleza que nada tenía que ver con la terrestre, pero no tenía la suficiente serenidad como para realizar un análisis botánico exhaustivo.

La temperatura era agradable y Ben había aplacado su curiosidad. Sabía que no podría evitar que lo que ahora era una sensación plácida mostrara su auténtica cara de horror a la más mínima oportunidad y esa expectación lo mantenía tenso.

—Eoooo… bestias horribles – canturreó con voz alta – Estoy aquí. Cuando queráis podéis venir a masticar mis huesos.

Intuía que sus sueños tenían alguna clase de significado, aunque jamás había identificado la pauta. Sí, siempre había un denominador común. Algo venido del espacio. Recordó con un escalofrío el sueño acontecido en el lago Toledo. Uno de los más lúcidos. Una gran superficie rocosa ocupando la casi totalidad de la bóveda celeste como una implacable amenaza… y después la caída de aquellos monolitos… Lo recordaba todo como si fuera algo realmente vivido, un recuerdo real. Pero maldita la gracia le hacía quedar atrapado en un sueño con toda la urgencia que lo acuciaba.

Un sonido cortó de raíz los pensamientos en los que se había abismado, una rama rota al ser pisada por algo o alguien. Y no había sido producto de los nervios o fruto de su imaginación. Prestó atención y volvió a escucharlo. Se movía por el interior de la jungla, cerca de él. “Bueno… al parecer ya falta poco para que surja esa bestia oscura y me dispare entre ojo y ojo”. Se reclinó en su precario asiento moviendo la cabeza en una y otra dirección, intentando penetrar con

su vista en la penumbra de la selva. Sus pupilas, que hasta la fecha habían estado dilatadas contemplando el ancho y soleado horizonte, fueron adaptándose poco a poco a las sombras. El sonido se aproximaba directamente. Después de unos intensos segundos en los que a Ben le costaba hasta respirar, descubrió de qué se trataba.

—Joder, … bestias del abismo… ¿dónde estáis cuándo más os necesito?

Quien se aproximaba era un hombre de constitución enjuta, que andaba ligeramente encorvado. Su cabellera era larga, desordenada y greñosa, poblada de canas, y su barba tupida y enmarañada. No pudo distinguir sus rasgos, pero hubo un momento, cuando estaba a una veintena de metros, en el que sus miradas se cruzaron a través del mar de troncos y raíces aéreas. El claro de sus ojos destacaba con un blancor luminoso y en su centro, sus pupilas brillaban como teas, reflejando el paisaje luminoso de la playa. Ben experimentó un choque eléctrico al cruzar la mirada con aquel ser, que indudablemente se dirigió a él con un gesto ostensible con la mano para que lo siguiera. Había algo primitivo en sus movimientos, pero también de viejo y quebradizo. Su postura encorvada y apariencia débil contrastaba con una agilidad sorprendente. El hombre se giró y avanzó rápidamente unos pasos, para poco después volverse e insistir con el mismo ademán.

Y pese que Ben se había obstinado en permanecer quieto hasta que el sueño concluyera, su curiosidad pudo más y optó por seguir al extraño ser.

—Señor… señor…como se llame, no habrá visto un asteroide

aparcado por aquí cerca, ¿verdad?

*****

Se movía con extraordinaria agilidad pese a que cuando se detenía adoptaba una postura encorvada, como la de un hombre aquejado de problemas de artrosis. Le miraba entonces con ojos de loco, fijando sus pupilas en él y trasmitiendo una fuerza y energía inaudita, con un rictus simiesco, para después convulsionarse en otra explosión de movimientos y echar a correr, siempre encorvado, a través de la jungla. En ningún momento mostró la más mínima vacilación de hacia dónde dirigir sus pasos. Era como si todo aquel espacio formara parte de un jardín particular que conociera perfectamente y supiera sin temor a equivocarse a dónde debiera conducir a Ben.

Cruzaron un pequeño río y eligió un vado relativamente cómodo, en el que gruesas piedras que sobresalían del cauce servían de puente. Ben aprovechó para beber agua, fresca y cristalina, que le reconfortó extraordinariamente. Sólo en ese momento se dio cuenta de que estaba completamente sediento. Tras el río cruzaron una explanada en la que abundaban hierbas altas y correosas. Más allá, dominando la colina más elevada hacia la que se dirigían, destacaba la silueta solitaria de un gran caserón amurallado.

— ¿Me llevas a aquel castillo? Allí es donde habitan las malas bestias que me quieren matar, ¿verdad?

Pero el viejo ignoraba sus comentarios sarcásticos.

Se trataba de una fortificación de paredes blanqueadas y altas coronadas con almenas protegidas por un tejadillo de arcilla formado con tejas cóncavas de estilo mediterráneo. Las murallas protegían en su interior un torreón que tenía un claro diseño oriental, al estilo nipón, con tejados de madera pintado en un colorido rojo, que se abrían en sus esquinas de forma pintoresca. Formaban un minarete de varias plantas, como un templo sintoísta. Estaba engalanado con coloridas y largas banderas recargadas con bordados brillantes. Ben se detuvo para tomar nota mental de los detalles, pero el hombre le increpó con varios sonidos guturales y le instó a que se apresurara tras él.

Regresaron a la penumbra que brindaba el follaje y Ben agradeció la frescura de las sombras como un bálsamo. Perdió la cuenta del tiempo que duró la caminata, pero ésta se hizo cada vez más dura. “Jodido viejo… tiene de viejo lo que yo de saltamontes. ¿Qué es esto? ¿Una versión distópica de Alicia en el país de las maravillas?” protestaba Ben interiormente. Intentaba comunicarse con su guía cada vez que se detenía a descansar y recuperar el resuello, pero el viejo le instaba con señales a que no perdiera el paso. Ascendían por un terreno abrupto directamente hacia la cima en la que se hallaba la fortificación. El guía no parecía tener ningún problema en trepar, hundiendo sus pies huesudos en la tierra que se deshacía fácilmente con la presión y que obligaba a utilizar las manos para ayudarse de troncos y lianas y así no perder la altura ganada. Pese a que estaba en buena forma, Ben jadeaba ruidosamente y gruesos goterones se sudor resbalaban por su semblante. El hombre le

miraba contrariado cada vez que se volvía y observaba que Ben se retrasaba respecto a su ritmo.

— ¿Por qué no envías a tus matones a por mí de una vez y acabamos con este paseo de una vez?

Pero el viejo ignoraba sus quejas y su expresión huraña se endurecía.

De pronto salieron a terreno abierto. Se encontraban frente a la construcción. Había tenido sueños extraños, pero esta era la primera ocasión en la que no se convertía en una verdadera pesadilla. La curiosidad era mucho más fuerte que el miedo.

El hombre le miró y soltó una carcajada inesperada. Su sonrisa mostraba una dentadura incompleta y resultaba desagradable. Aquel ser no le inspiraba confianza pese a que era menudo y no podía ser muy fuerte.

—Vamos – dijo el hombre con voz áspera, como un graznido. – Necesito que me ayudes a buscar a los otros… a tus amigos… vamos.

—Joder… ¡pero si el cabrón habla! – y Ben se apresuró tras él. Cuando lo alcanzó lo tomó del brazo dispuesto a pedirle explicaciones. Era escuálido, pero duro como el acero. Se deshizo de su mano con un movimiento enérgico y sus ojos brillaron con intensidad en una mirada cargada de furia que obligó a Ben a echarse un par de pasos atrás.

—Está bien… está bien… — se excusó Ben – yo sólo quiero tener un rato de amable conversación

Pero el viejo ignoró su petición y emprendió un inesperado

trote, parecido al de un simio, con los brazos colgando por delante de él hasta alcanzar una considerable velocidad y obligó a Ben a acelerar su paso e incluso correr tras él. “Puto loco” maldijo pensando en el viejo. Ben se negaba a aceptar que el sueño se hiciera interminable y no fuera capaz de concluir tan pronto lo necesitara.

El viejo se dirigió a una gran puerta de madera de dos hojas reforzadas con placas de hierro pintadas de negro y embellecidas con elaboradas filigranas y desapareció tras de ellas. Ben pudo comprobar cuando se acercó que, lejos de estar completamente cerradas como parecía en la distancia, una de las jambas estaba ligeramente entornada y facilitaba un paso estrecho. Se introdujo en el interior y descubrió un patio en el que no se veía un alma ni se escuchaba sonido alguno. Pese a que el lugar no parecía abandonado, lo cierto era que no se percibía el más mínimo rumor de la vida. Tampoco había rastro de la presencia del extraño guía.

El patio era muy grande y allá donde mirase Ben hallaba trazas de que el lugar había estado habitado hasta hacía muy poco tiempo. Objetos y utensilios cotidianos como paraguas de sol, varias carretillas, unas mesas con sillas a su alrededor y platos sobre la mesa con restos de comida… las evidencias indicaban que los pobladores del lugar habían salido huyendo hacía escasos minutos.

En el centro se erigía la gran torre de aspecto oriental. En el perímetro, al pie de las murallas, se arracimaban multitud de construcciones, edificaciones que hacían pensar en viviendas y en comercios. Algunas parecían tener un sentido más solemne, como pequeños templetes, y otras mostraban fachadas nobles que inspiraban

la idea de un uso oficial o administrativo. Las casas estaban pintadas con tonos claros y aunque había desorden en su distribución, como si hubieran sido erigidas sin plan alguno, contaban con una suerte de diseño común que generaba una sensación de belleza rústica e improvisada. Muchas edificaciones se sostenían sobre gruesos pilares de madera, labrados o torneados, que a su vez estaban pintados en vívidos colores rojos o verdes, incluso negros. Un pájaro surcó el cielo azul y se posó a escasos metros de Ben. Examinaba con atención los alrededores buscando algo que comer, pero después de unos breves saltitos y picotear el suelo, levantó el vuelo y se marchó, indiferente a la soledad del astronauta.

La torre disponía de una apertura principal, abierta, sin puertas, sólo una tela blanca se movía suavemente mecida por una brisa casi inexistente. Ben la cruzó buscando a su extraño anfitrión. La planta principal era diáfana, a excepción de varias estancias separadas por paneles traslúcidos que permitía adivinar que se hallaban vacías. Unas escaleras de madera bruñida y oscura le invitaban a subir y explorar la torre. Ben escuchó con profundo pesimismo las pisadas del viejo que, descalzo, subía vertiginosamente escaleras arriba. Sus plantas desnudas palmeaban los escalones de madera con un ritmo acelerado. Ben subió resignado la larga escalera soltando maldiciones cada pocos escalones, abochornado por sentirse tan exhausto por culpa de un hombre de aspecto decrépito.

Cada nivel era parecido al anterior, siendo cada vez sus dimensiones menores, hasta que llegó al último tramo, con una escalera de caracol que le dejó en un reducido espacio, sombreado por

un pequeño tejado que coronaba la torre. Se hallaba al aire libre, y en una de las esquinas del cuadrilátero, sentado sobre la tarima del suelo, se hallaba el hombre enjuto. Había dispuesto un pequeño mantel sobre el suelo y distribuía unos panes rellenos de aspecto algodonoso sobre su superficie. Junto al mantel reposaba una jarra que se adivinaba de agua, a tenor de algunas salpicaduras en sus bordes, y junto a ella colocó sendos pequeños vasos de madera. El hombre le hizo un ademán para que se sentara frente a él y tomara el alimento que quisiera. "Vaya, si parece que me ha sonreído y todo, el granuja".

—Gracias… gracias… muy amable. Agradezco la visita a este lugar, pero sinceramente, creo que nos podíamos haber ahorrado el paseo. Sé que estoy en mitad de un sueño. Verá, estimado amigo, sé que ahora no estoy aquí, al lado de un viejo loco chiflado, comiendo un pan de… factura excelente, eso sí. Tiene un sabor muy agradable… si tuviera más me zamparía una docena —dijo mientras masticaba con fruición el alimento que le había ofrecido – Ahora mismo, mientras conversamos, estoy seguro de que mis compañeros deben estar a punto de preparar una inyección intracardiaca para resucitar mi corazón porque debo estar en coma o algo así.

Ben se acomodó y rápidamente echó mano de la jarra, de la que se sirvió varios vasos que apuró con avidez. Su cuerpo asimiló el líquido como si fuera una esponja reseca que parecía nunca iba a ser capaz de empaparse del todo. Los panecillos tenían una masa harinosa muy sabrosa, ya que estaba aderezada con algún tipo de embutido que proporcionaba un sabor suave y salado, nada empalagoso. Cuando se sintió saciado examinó con más atención a su anfitrión.

—Vengo aquí a vigilar – comentó el anciano con voz hosca, mientras se incorporaba en uno de sus rápidos movimientos, primero de cuclillas y un segundo después, encorvado aún, se encaramaba a la frágil baranda y oteaba el horizonte. Esto lo repitió en uno de los puntos cardinales. Se cubría la frente con las manos a modo de visera para evitar el deslumbramiento del sol. – Así te he visto llegar. Tus amigos han caído en otros lugares.

De nuevo la mención a sus compañeros agitó a Ben. Deseaba interrogar a aquel hombre, pero todo resultaba tan extraordinariamente surrealista que se sentía sobrepasado. Ansiaba entablar una conversación convencional, pero todo resultaba incomprensible e ilógico. ¿Qué era aquel lugar? ¿Qué pintaba él allí?

— ¿En dónde han caído mis amigos? ¿Y de… dónde… hemos caído?

El anciano señaló hacia lo alto.

—Ah… claro, … hemos caído del cielo… sí, es lo más natural del mundo, al menos en el mundo de los sueños. No sé cómo no lo había pensado antes.

El anciano ignoró o no comprendió su ironía y regresó a su posición. Recogió velozmente las vituallas que sobraban y las envolvió cuidadosamente en el paño que había utilizado como mantel. Todo lo guardó en un viejo zurrón de cuero. Ben observaba sus movimientos delicados. Sus dedos largos estaban mugrientos, como toda la piel de su cuerpo. La suciedad marcaba las arrugas de su cara y lo envejecía. Ben aguardó hasta estimar que había llegado el momento oportuno de

iniciar una conversación. Sentía que debía armarse de una paciencia infinita.

— ¿Y puede saberse dónde… han “caído” mis amigos?

—Sí, tus amigos… han caído por ahí. El subuniverso es grande.

—Supongo que podrás llevarme hasta ellos.

El viejo asintió.

Ben intentó serenarse. A fin de cuentas, comprendía que estaba en una ensoñación, pero debía recordárselo a sí mismo una y otra vez.

— ¿Sabes dónde están? ¿Has hablado con ellos?

—No, no he hablado con ellos, pero sé dónde se encuentran. –Se expresó con voz desagradable e hizo varios ademanes hoscos, en distintas direcciones. Ben tardó unos segundos en comprender que a lo mejor se refería a los lugares que había oteado minutos atrás. Se incorporó y decidió examinar el horizonte con atención, cuestión a la que no había asignado importancia cuando llegó.

“Estoy en una isla”. Ben lo comprobó tan pronto echó un primer vistazo en todas direcciones. El azul del océano se extendía donde quiera que dirigiera la mirada. Comprendió que el tramo de la playa en el que había despertado estaba relativamente cerca de la atalaya en la que se encontraban. Por lo demás, la isla se extendía longitudinalmente a partir de donde se hallaban, perfilando una cresta montañosa de un colorido verdor que relucía como una esmeralda entre dos lienzos azules, el zafiro celeste y el lapislázuli marino. Una de las vertientes de la isla era muy agreste, y culminaba en acantilados abruptos envueltos en una neblina de agua pulverizada. El

otro descendía hacia el mar con pendientes más suaves y boscosas e incluso se adivinaban playas de una arena de tintes rosados.

Después prestó atención a la línea del horizonte y comprendió que lo que decía el viejo era cierto. Había más islas. ¿Se refería a ellas como “subuniversos”? Todo resultaba excesivamente onírico. La belleza del paisaje insular, las vistas marinas e incluso la presencia del viejo de mirada desagradable, formaban un collage surrealista e incomprensible. Debía tratarse de un archipiélago puesto que distinguió al menos media docena de islas de aspecto vaporoso, apenas perceptibles en el mismo límite en el que el horizonte se difuminaba y confundía con el firmamento.

— ¿Cómo sabes quiénes son mis compañeros? ¿Cómo sabes que están en esas islas si no has hablado con ellos?

—Llegasteis del cielo… es fácil percibir la estela de los que entran en Ignotus.

Ben sacudió la cabeza. Era una respuesta extraña. No tenía ningún sentido y le confirmó que su ensoñación, por muy real que se le antojara, pertenecía al reino de la imaginación.

— ¿Dónde están? ¿En qué islas?

El viejo hizo un gesto vago, dando a entender que podían estar en cualquiera de ellas.

Cuando terminó de recoger se puso en pie y Ben hizo otro tanto. El viejo oteó el horizonte mientras murmuraba palabras ininteligibles, que tenían un tono de protesta. Ben se desesperaba. Las preguntas se agolpaban en su cabeza. Su principal deseo era despertar.

Quería regresar al Argonauta, junto a sus compañeros, e iniciar la búsqueda de Asya y de la tripulación de la Ulyses.

— ¿Podemos ir a buscarlos? – preguntó, agitado.

El viejo murmuró algo, y cuando Ben insistió, repitió más alto.

—Es difícil… es difícil… pero debemos intentarlo… no siempre se puede salir de la isla. No siempre.

— ¿Puede haber alguien que nos lleve?

— ¿Alguien? – El viejo emitió un graznido desagradable. Era su risa— ¿Alguien?... No, aquí no hay nadie que pueda. ¡Nadie nos ayudará! Pero yo sí puedo, claro que sí.

— ¿Eres el único habitante de este lugar?

El hombre, encorvado, con su constitución escuálida, tenía la rara capacidad de resultar intimidante. Desde su postura retraída, con la mirada entornada desde su estatura inferior, resultaba aún más grotesco.

—No… aquí el único que importa realmente soy yo, el Arquitecto.

Ben sacudió los hombros, resignado.

—Ya decía yo que tenía un aire a profesional de la … arquitectura. Este edificio es obra suya, ¿verdad?

El viejo chasqueó la lengua, en señal de desagrado. Ben pensó que sería mejor cambiar de tema. Parecía que la pregunta lo había ofendido.

— ¿Dónde estamos?

El hombre le miró fijamente. Parecía querer taladrarlo con su mirada.

—Estamos en uno de los mundos del subuniverso

Ben no pudo evitar sorprenderse. Podía haber escuchado todo tipo de respuestas estrafalarias, pero esa le divirtió.

— ¿Subuniverso? – preguntó, más para sí mismo que al anciano. – Cuando despierte debo hablar con los demás y advertirles que tenemos comida en el Argonauta en mal estado y con propiedades alucinógenas.

—Esto es el subuniverso – replicó tajante el viejo.

Ben suspiró.

—Mira, ya estoy cansado de este sueño… y veo que no hay manera de que concluya, así que me veo obligado a tomar medidas enérgicas – dijo mientras se encaramaba a la baranda y comenzaba a pasar una pierna por encima de ella.

El viejo lo miró asombrado.

—Es peligroso eso que hace.

—Lo sé… pero créame, no tengo ganas de estar perdiendo el tiempo dentro de un sueño y sé que un buen mamporrazo contra el suelo me despertará de golpe. Sé cómo funciona el asunto, créeme. Debo despertar por las buenas … o por las malas. Mis amigos me necesitan. Están en Ignotus pasando apuros.

—Es usted el que no está comprendido lo que sucede. No está soñando. Esto que nos rodea es Ignotus. El subuniverso es lo que tú y tu gente llamáis Ignotus.

CAPITULO 33

El Arquitecto le hizo una señal para que lo siguiera y, siempre a un ritmo veloz, descendió primero las escaleras y después emprendió la marcha abandonando la misteriosa ciudadela. Se adentró de nuevo en la jungla, esta vez en una dirección distinta, tomando un camino que transcurría por la vertiente de la isla de pendientes suaves y verdes, aquella que descendía plácidamente hacia un litoral de playas de aguas tranquilas.

Las preguntas se acumulaban en la mente de Ben, pero decidió no preocuparse demasiado por los misterios que se aparecían en su sueño… ¿o no lo era? Aquel anciano le infundía un respeto de naturaleza desconocida. Había estado a punto de tirarse de lo alto de una torre para despertarse… y había logrado hacerle dudar. Y es que le llamaba la atención el correcto apercibimiento del tiempo, el hambre, la sed, el cansancio… eran tan vívidos que parecían reales… incluso tenía ganas de descansar y no pudo evitar desear que anocheciera para poder tumbarse un rato.

Esta vez avanzaron a lo largo de un sendero estrecho, pero bien marcado. Era evidente que si el viejo vivía en aquel lugar debía transitar con frecuencia por allí. La vegetación era espesa y el camino angosto atravesaba innumerable cantidad de arroyos de escaso caudal.

El ritmo del Arquitecto era ágil y no hizo ninguna parada hasta que llegaron a una sombría laguna, enclavada bajo un macizo rocoso del que se vertía una pequeña cascada. Las aguas fluían después hacia una espesa fronda en la que se adentraban con el alegre murmullo de un torrente pedregoso. La escasa luz solar era tamizada por la vegetación con un toque de romanticismo y misterio. Algunos pájaros, negros como mirlos, trinaban desde sus nidos, y un extraño animal pesado y de fisonomía mitológica salió huyendo en cuanto advirtió la presencia humana. Ben pudo escuchar su trote apresurado que se extinguió rápidamente.

—Ya falta poco – murmuró el viejo mientras señalaba una extraña formación montañosa.

Ben no había reparado en ella hasta entonces. Parecía el cráter de un volcán y sus laderas sobresalían claramente sobre el resto del bosque. Era una montaña de aspecto cónico, de pendientes abruptas y color arcilloso. Apenas había vegetación en sus laderas y la roca que la conformaba estaba ajada y polvorienta.

El camino se adentró en un barranco de paredes acantiladas y se hizo escabroso y difícil de transitar. A menudo hacía falta emplearse a fondo para superar formaciones de roca viva por las que había que trepar. El viejo se movía con indecible soltura y Ben sudaba copiosamente. Agradeció haber comido y bebido en abundancia porque de otra manera comprendía que se habría encontrado sin fuerzas.

Alcanzaron la última escarpadura y ante ellos se abrió un abismo de oscuridad. El interior del cono montañoso al que habían

accedido era hueco y de una profundidad insondable. El sendero moría en el borde de una hoya abisal y negra como boca de lobo. Sin embargo, no era ese el aspecto que más sobresalía del lugar, sino la increíble construcción de ingeniería que permanecía suspendida en su interior.

Se trataba de un enjambre de pasarelas de madera con barandas de hierro forjado que recorrían el espacio tridimensional del cráter en todas direcciones. Colgaban, suspendidas en el aire, de cables que a su vez estaban anclados a poderosas vigas que habían sido cimentadas en la roca, por encima de sus cabezas, creando una singular estructura arquitectónica de hierro.

En cuanto a las pasarelas, unas cruzaban el abismo de lado a lado mientras que otras recorrían el perímetro del cráter. En medio del laberinto de caminos existían plataformas llenas de extraños mecanismos, algunas de las cuales le recordaban a Ben al instrumental del puente de un barco, como un timón o algo parecido al telégrafo de un antiguo barco de vapor. Todo estaba impregnado en un diseño decimonónico, como sacado de una ilustración fantasiosa elaborada en pleno auge del modernismo fabril del célebre Eiffel. Incluso había un globo aerostático con un curioso emblema dibujado que recordaba a la moda *fin de siècle* de Paris. Reposaba sobre una de las plataformas, bien sujeto con sirgas a distintos puntos de anclaje, pero preparado para iniciar un vuelo en cualquier momento. Era un lugar pintoresco en el que a Ben le habría fascinado poder quedarse a contemplar cada uno de los artilugios que se exhibían, pero el viejo casi se había perdido de vista. Emitió un agudo silbido para meterle prisa y Ben

tuvo que encaminarse a toda velocidad por una serie de pasarelas que cruzaban el abismo hasta llegar a una escalera de caracol por la que empezó a bajar tras los pasos de su guía. Cuando terminó el descenso que se le hizo larguísimo llegó a una plataforma de la cual partían diferentes caminos. El viejo le aguardaba en la entrada de lo que parecía una gruta excavada en la montaña.

— ¿Se puede saber quién y para qué construyó este laberinto? – protestó Ben cuando recibió la reprimenda de una mirada enfadada del viejo.

La gruta era artificial. Sus paredes estaban pulidas y resultaban extraordinariamente suaves al tacto. Unas lámparas emitían un fulgor mortecino que permitía distinguir las vetas que adornaban la roca, finas y rojas, ramificadas como una formación sanguínea que vivificara la esencia pétrea de la montaña. El suelo era blando, formado por una capa arenosa que amortiguaba los pasos y emitía un leve crujido con cada pisada. El trayecto finalizó de improviso y, tras un recodo Ben se encontró en una estancia amplia, completamente acristalada, desde la que se disfrutaba de una panorámica embriagadora. Bajo ellos, el abismo de un acantilado desde el que se había construido la estancia y que se erigía sobre las mismas olas del mar. A los costados podía percibirse las laderas boscosas de palmerales y laureles, entremezclados en un verdor exuberante que no cedía en intensidad hasta el mismo límite marino. Ben se sintió como si estuviera en lo alto de un enorme mástil de un barco de vela. La sala, por otro lado, estaba repleta de instrumentales, palancas y timones, cuyo uso resultaba incomprensible. La decoración, los

símbolos que adornaban todo aquello con una caligrafía bella pero incomprensible, sugería un arte esotérico distinto por completo a la ingeniería y la ciencia con la que estaba familiarizado. Quizás más tosca, pero también más hermosa.

—Así que tú has construido todo esto, ¿eh viejo? Te felicito, tiene cierto encanto, estilo *steampunk*, ¿verdad?

El viejo gruñó por toda respuesta.

Ben observó con atención la sala. Los extraños aparatos estaban construidos con bronce y madera y eran un prodigio de artesanía. Estaban bruñidos y relucían con el brillo de lo nuevo o lo muy bien cuidado. Observó que algunos paneles se iluminaban con válvulas de vacío y se detuvo en uno cuyos mandos se distribuían a lo largo de una extensa consola. Estaba repleta de diales que podían girar y marcar extraños símbolos dorados o plateados, según el caso, así como indicadores de niveles, al estilo de un complejo ecualizador, que igualmente disponían de un gran número de caracteres como posibles marcas de gradación.

Entonces el viejo hizo algo sorprendente que captó de inmediato la atención de Ben. Había activado una gran pantalla de televisión. Era un aparato grande y de apariencia rudimentaria. De él emergían cables de cobre en una disposición ordenada, así como un sinfín de válvulas de vacío que rodeaban la pantalla como si formaran parte de la decoración de un escenario de cabaret. Lo importante, sin embargo, eran las imágenes que mostraba. Inicialmente todo era ruido, un galimatías de sombras en blanco y negro, pura interferencia, pero que poco a poco parecían cobrar sentido. Se trataba de figuras

humanas, erguidas, observadas desde una toma cercana, desde el aire, que mostraba a cuatro personas hablando en un corrillo. Ben se acercó. Observó que el anciano manipulaba unos diales a fin de mejorar la calidad de la recepción. Poco a poco lo iba logrando. Las imágenes cobraban nitidez por un segundo para después volverse a desvanecer inesperadamente.

—… tenemos que regresar … — el audio llegó cargado de estática. Reconoció la voz aguda de Ling y de inmediato asoció el resto de las figuras a Asya, Natham y James.

Finalmente, la imagen se estabilizó. Se hallaban en un paraje abrupto y rocoso, sin vegetación. Tuvo la impresión que trepaban hacia una cresta montañosa y poco después de observar atentamente comprendió que la falta de nitidez obedecía a una persistente lluvia.

— ¿Dónde están? ¿Qué están diciendo? – preguntó sobresaltado

Pero el arquitecto se desasió de Ben, que lo había tomado del antebrazo en un ademán que imprimía urgencia a cuanto decía. Se limitó a manipular otros diales, tan imperceptiblemente que Ben juraría que no había movido ninguno. Sin embargo, en un momento determinado, las voces de los astronautas se hicieron nítidas.

—Vamos a inspeccionar los alrededores … – Aunque su semblante no era perfectamente distinguible, la melena ligeramente rizada de Asya la convertía en una figura reconocible.

—Parece un lugar deshabitado, pero… ¿no será peligroso? – observó James

—Es increíble… pero ¿no es cierto que todo esto lo es? ¿Os dais cuenta de dónde estamos y cómo hemos llegado hasta aquí? –comentó Natham mientras se alejaba del grupo y se asomaba a un precipicio.

— ¿Entonces qué creéis que es todo esto? ¿Un mundo de fantasía… o habrá algún centro comercial a la vuelta de la esquina? –preguntó Ling con voz que intentaba sonar humorística pero rebosaba nerviosismo.

La discusión se acentuó y varios astronautas hablaron a la vez, hecho que junto con la estática provocó que resultara incomprensible para Ben lo que se estaba diciendo. Finalmente, la voz de Asya se impuso. Señaló en distintas direcciones y los astronautas se alejaron con el objetivo de inspeccionar los alrededores.

Mientras tanto, el viejo se apartó de él, ignorando su presencia, y se dirigió a otro panel. Allí se dedicó a mover algunos diales mientras observaba cómo cambiaba el eje y rotación de un giroscopio hasta dejarlo en la posición deseada. Después empujó varias palancas y desplazó una enorme rueda de timón dispuesta en horizontal para la que empleó mucha fuerza, a juzgar por el jadeo que emitió cuando concluyó la operación. Ben apenas prestaba atención a lo que hacía. Seguía atento a la pantalla, pero los astronautas habían desaparecido de escena.

La imagen fija mostraba un escenario vacío de personas. Ben jugó entonces con los diales de control. La imagen iba y venía hasta que al final logró que el foco se alejara y pudo obtener así un plano mayor. La perspectiva más alejada le permitió hacerse una mejor

composición del lugar. Asya había tomado el camino de ascenso por una ladera larga y pedregosa y se acercaba hacia la cámara que capturaba su imagen, aunque aún permanecía muy lejos. Al fondo uno de los astronautas era apenas perceptible, a punto de perderse en el límite derecho de la pantalla. De los otros dos no había ninguna evidencia. Pero Ben estaba aprendiendo rápidamente a controlar la orientación del objetivo y logró desplazarlo hacia la derecha. Al poco rato descubrió a otro de los astronautas, James, que corría alejándose de una zona de grandes rocas macizas. En su carrera se volvía hacia atrás como si esperara que surgiera un perseguidor en cualquier momento. Ben respiró agitado. La escena le había provocado una súbita descarga de adrenalina.

De pronto una figura enorme y oscura que se movía en dirección a James apareció en la pantalla. ¿Qué era aquello? Una súbita interferencia enturbió por completo la imagen. Ben manipuló de nuevo los diales, intentando mejorar la sintonización, pero en vano. Cuando recuperó de nuevo la nitidez la pantalla mostraba el paraje inicial desnudo y rocoso del principio y ningún astronauta figuraba allí. ¿Qué había sido de sus compañeros?

La televisión se oscureció en ese momento con un largo siseo y la imagen quedó congelada unos segundos hasta apagarse y disolverse en un negro opaco. Ben se volvió hacia el anciano, pero este parecía estar absorto en sus tareas. Cuando observó que Ben presionaba los botones de la consola, buscando recuperar la energía que sostenía el sistema, se limitó a sonreír, divertido, con un rictus malévolo, como si disfrutara con el sufrimiento del astronauta.

—Deja eso ya. Viajaremos a dónde están tus amigos – comentó mientras miraba complaciente a través del ventanal en dirección al mar.

Ben no entendía a qué se refería. Observó las aguas vibrantes del océano que se batían unas decenas de metros por debajo y no descubrió ningún tipo de embarcación ni objeto que sugiriera la posibilidad de navegar a través de aquel piélago.

El viejo observó su incredulidad y le hizo una señal para que se fijara con más atención.

Así lo hizo y con sorpresa asimiló lo que le estaba indicando el Arquitecto. No hablaba de nada que se hallara sobre la superficie de la isla o el mar. Todo lo contrario. Se trataba de un artilugio submarino que apenas se vislumbraba entre el espumeante oleaje. Una hilera de tenues puntos de luz artificial marcaba un camino, en línea recta, que se adentraba en el océano hasta perder por completo su traza una vez se alejaba la mirada de la costa. En lontananza, una isla montañosa que se percibía como una sombra ligera y gris parecía ser el destino. Cuanto más fijaba la vista en aquel extraño camino submarino más comprendía su misteriosa arquitectura. Se trataba de un túnel acristalado que comunicaba las dos islas.

De nuevo el viejo le hizo ademán a Ben para que le siguiera y lo condujo a una plataforma elevadora. Tan pronto se situó a su lado activó una palanca y se inició un suave movimiento descendente. El mecanismo producía un sonido rítmico, como el de un reloj de movimientos mecánicos precisos. La plataforma ocupaba el espacio justo de un hueco excavado en la roca, que al igual que el anterior,

estaba perfectamente pulida. Ben no pudo resistir la tentación de repasar con la yema de sus dedos para comprobar su tacto frío y sedoso.

— ¿Qué es este lugar en el que nos encontramos? ¿Qué fue de la gente que lo construyó? ¿Dónde están mis compañeros? … ¿están en peligro?... por Dios, explícate y dime cuánto tardaremos en llegar hasta ellos — Ben se sentía abrumado por toda la avalancha de interrogantes que le acuciaban, apelotonándose las preguntas unas tras otras en un desorden incoherente que lo sofocaba.

El viejo le dirigió una mirada torva. No repuso nada, pero cuando Ben insistió perentoriamente se limitó a responder de forma enigmática.

— ¿En peligro? Todo Ignotus está en peligro – dijo con un gruñido— Te lo repito, si quieres encontrar a tus amigos tienes que venir conmigo.

Ben hizo nuevas preguntas, pero el otro aparentaba no prestarle atención.

Finalmente, la plataforma se detuvo. Ben sudaba abrumado por la urgencia de encontrar a sus compañeros sanos y salvos. Sólo el pensamiento de que seguramente todo era una pesadilla tranquilizaba en parte su enorme inquietud.

Reparó entonces que habían llegado a una extraña cámara subterránea. Varias piscinas de agua de mar reflejaban la luz amarillenta de las distintas lámparas que pendían del techo. Sus tulipas acristaladas les conferían un aire a Tiffany, pero recargadas de

una voluptuosidad excesiva. El lugar se asemejaba a una estación ferroviaria de naturaleza surrealista. Ben comprendió que cada piscina era un andén en el que se adentraba un monorraíl que desaparecía en sus aguas oscuras. Todos los andenes permanecían vacíos a excepción de uno de ellos, sobre cuyo raíl reposaba una exuberante cabina de metal y cristal de forma tubular. Una escalerilla permitía acceder a su interior donde, aparte de un asiento acolchado para el piloto que ocupaba el lugar más avanzado de la cabina, existían una serie de confortables sitios con respaldo de cuero capitoné de un vivo color rojo para el resto del pasaje.

– Hemos tenido suerte, sí, — murmuró el viejo, y después en voz más alta — Hemos tenido mucha suerte.

Y dicho esto empujó una palanca hacia delante y la cabina en la que se encontraban cerró herméticamente la puerta. Poco después se iniciaba un movimiento acompañado del sonido producido por una cadena al desplazarse sobre una rueda dentada. La cabina se adentró entonces en el agua y la oscuridad.

Pero la oscuridad no era absoluta. Cada pocos metros un farol submarino permitía salir de la penumbra y comprender que se estaba atravesando un túnel subacuático de paredes acristaladas. Finalmente, la luz del sol, tamizada por las aguas verdosas del océano, se hizo presente y Ben pudo contemplar la exuberante vida marina que poblaba aquellas aguas, limpias y claras.

La cabina se desplazaba sobre un monorraíl soportado por una estructura elevada que formaba grandes arcos que se enterraban en el suelo marino. Viajaban a una velocidad constante, sin apenas variar

de rumbo, siempre en permanente línea recta, subiendo o bajando en función de la orografía submarina. Solo en una ocasión Ben percibió la sombra de una gran silueta que se movía a la misma velocidad y cuando fue a inquirir al viejo se percató que éste se había quedado mirando fijamente en la misma dirección, tenso, mientras mantenía la mano sobre una palanca que no llegó a accionar. El peligro, si es que había sido tal, pasó y el viaje prosiguió sin mayores incidencias.

Llegaron a una caverna subterránea de la cual emergieron paulatinamente. Al igual que la estación de salida, estaba iluminada débilmente, pero en esta ocasión el diseño de las luminarias, así como el de todos los elementos arquitectónicos del lugar, era completamente diferente. Ben lo asoció inmediatamente al arquitecto que emula las líneas con las que la naturaleza construye estalactitas y estalagmitas de roca caliza. Numerosos portales estaban flanqueados por columnas en las que la roca se moldeaba en mórbidos dedos que se entrecruzaban y que a menudo descansaban sobre estructuras cúbicas de perfiles redondeados que constituían los capiteles. Ben nunca había visto un diseño tan singular y se sintió intimidado por aquellas estructuras sinuosas, esbeltas pero macabras. Muchas de ellas culminaban en un diseño que se repetía con frecuencia y que era difícil no asociar a un extravagante tipo de calavera, desde luego, no humana. Estaba provista de enormes cuencas oculares y una mandíbula ancha armada con dientes afilados como de tiburón.

El Arquitecto eligió uno de los túneles que embocó en una escalera ascendente. Poco después llegaban a la superficie. Se trataba de lo que parecía ser el centro de una plaza pública, pero de un diseño

por completo distinto al de la isla anterior, y como todo lo que Ben había observado hasta la fecha, vacía por completo de cualquier tipo de habitantes. Anochecía y numerosas antorchas situadas en paredes y columnas alumbraban con luz vacilante la explanada.

El viejo enfiló una ancha avenida flanqueada por construcciones de piedra que parecían viviendas y en la que numerosas antorchas jalonaban el paseo. Las paredes de las edificaciones estaban revestidas por el mismo tipo de siniestros grabados que había observado en la gruta subterránea. Bajo la luz de las llamas los juegos de sombras y zonas oscuras resultaban intimidantes. Cuando Ben dejó de abstraerse en la contemplación hipnótica de los relieves observó que el viejo le había sacado una considerable ventaja. Se dirigía al final de la avenida donde una estructura piramidal se erigía como un fastuoso y sombrío templo. Mientras aceleraba su paso tras del anciano no dejaba de preguntarse dónde estarían los habitantes de la ciudad fantasma. Imperaba un cierto desorden, como si solo unos minutos antes hubiera habido un gran bullicio allí. Numerosos puestos de madera con toldos de tela roja y verde permanecían alineados en el centro de la avenida. Los productos textiles, incluso frutas y alimentos, permanecían expuestos con el vigor y la frescura de algo recientemente manufacturado o cosechado. Identificó pequeños objetos de metal dorado, que asoció a monedas de oro, como si hubieran sido abandonadas sobre las mesas en pleno intercambio.

La pirámide estaba completamente impregnada del diseño resbaladizo y sinuoso de toda la urbe, pero en este caso cada una de

las rocas que la conformaba había sido labrada siguiendo el mismo patrón. El resultado era un edificio enorme, con una cúspide que podría alcanzar varias decenas de metros de altura y cuyas paredes en pendiente se asemejaban a un yacimiento de estructuras óseas apiladas en las que cráneos y osamentas de diversas fisonomías yacían dispersos e incluso amontonados, con sus bocas abiertas en un grito silencioso de horror. Ben se sintió intimidado por la crudeza de lo que representaba. Era un lugar de culto a la muerte.

El viejo le silbó para que siguiera su camino, una serpenteante escalinata que culminaba en un soportal amplio en la cúspide de la pirámide.

—Este es un lugar muy peligroso, ¿verdad? – preguntó Ben amedrentado — No me gustaría que nos descubrieran merodeando por aquí. Me da la impresión que los nativos no tendrían inconveniente en hincarnos el diente.

—Mientras estés conmigo no corres ningún peligro – fue la escueta respuesta del viejo.

“Menudo fanfarrón está hecho el carcamal” pensó Ben para sí, que observaba la figura corva del anciano moverse nervioso de un lado a otro, como eligiendo camino.

— ¿Me estás llevando junto con mis amigos? Este lugar… no sé, yo diría que no se parece nada al que hemos visto antes en la pantalla de televisión. Yo diría que estaban en lo alto de una montaña, en un lugar inhóspito y lluvioso. ¿Qué tiene que ver con esta ciudad de caníbales situada junto al mar?

Ben estaba nervioso y su paciencia se agotaba.

—Estamos en camino. Busco a un pueblo que nos ayudará. Hacía tiempo que mis pies no recorrían estas tierras y ya no recuerdo sus secretos.

— ¿No íbamos a buscar a los míos?

La protesta de Ben logró soliviantar al viejo, que le dirigió una mirada hosca.

—Calla… No sabes con quién estás hablando. Los necesitamos para llegar a los tuyos.

Ben estaba furioso, pero no sabía qué replicar a aquel ser desagradable al que por un lado querría insultar, pero por otro consideraba que era su única opción.

—Sí, no me he olvidado que eres arquitecto. ¿Has erigido acaso esta ciudad? Te comentaré como amigo que … las construcciones aquí son de dudoso gusto. Demasiado gore.

—No soy un arquitecto… Soy el Arquitecto – graznó el viejo, y reemprendió la marcha.

— ¿El arquitecto? ¿Qué sucede aquí? ¿Sólo hay un arquitecto en todo este maldito planeta?

El viejo se giró y se enfrentó a él.

—No, estúpido. Cuando digo que soy el arquitecto de este lugar … me refiero al subuniverso entero – el viejo abrió los brazos, en un gesto que expresaba que lo abarcaba todo mientras su mirada se dirigía hacia el cielo en el que fulgían algunas estrellas – Yo mantengo Ignotus en equilibrio. Sin mí todo sería aniquilado.

CAPITULO 34

El viejo oteaba en todas direcciones desde lo alto, mientras musitaba palabras ininteligibles para Ben, que terminó por interpelarle abruptamente.

— ¿Me dices que has creado el subuniverso pero que has olvidado el camino? ¿Cómo quieres que no te tome por un loco de atar?

Pero el viejo le ignoraba mientras decidía en qué dirección debían seguir y no dejaba de murmurar para sí palabras incomprensibles. Ben apenas prestaba atención. Su ánimo deambulaba entre la desesperación y la impotencia, y para paliarlo lo único que acudían a su cabeza eran exabruptos que lanzaba contra el anciano, al que veía como la única y desesperante opción de llegar hasta sus compañeros. Creía que si era capaz de alcanzar a la tripulación de la Ulyses lograría otro tanto con sus compañeros del Argonauta.

—Pequeño demonio creador de subuniversos… ¿te ha llegado ya la inspiración? – interrogó Ben con acritud.

Los ojos del que se autodenominaba Arquitecto se fijaron de nuevo en Ben. ¿Qué había en esa mirada? Odio, desconfianza, recelo, curiosidad… Ben no lo sabía, pero intuía que en cualquier caso se trataba de una emoción tan fuerte como indescifrable.

— ¿Quién vive aquí y por qué han huido tan rápidamente como en el otro pueblo?

—Da igual eso ahora. No te incumbe. Estas gentes me temen, y por eso huyen de mí… y eso es bueno para ti, porque significa que estás a salvo.

Ben se carcajeó.

— ¿Te temen a ti? ¿Cuál es el secreto de tu poder tan temido? La verdad es que te miro y lo único que me da miedo es que sonrías y muestres esa dentadura tan… desfavorecida.

— ¿Mi poder? Tal vez sea que sé mantener la boca cerrada y no digo tonterías constantemente — murmuró el viejo.

Ben lo miró asombrado.

—Caramba, si hasta sabes bromear. Pero qué quieres que te diga. Te presentas ante mí y dices que eres el que sostiene este subuniverso en equilibrio para que no explote… pues bien, quiero pruebas. Si no pensaré que eres un loco o un charlatán… o que yo estoy en coma teniendo una alucinación que es la madre de todas las alucinaciones.

—Tendrás pruebas cuando llegue la hora.

El viejo apartó su mirada torva de Ben después de unos intensos segundos y descendió velozmente la escalinata de la pirámide. Una vez hecho esto se adentró en el bosque que rodeaba la ciudad. Se trataba de una jungla frondosa de grandes árboles de copas anchas y tupidas que en la oscuridad nocturna la convertían en un territorio inescrutable. Ben caminó maldiciendo por cada tropezón o

golpe inesperado que se llevaba hasta que sus protestas propiciaron que hicieran un alto para descansar y dormir.

*****

— ¿Habéis venido a ayudarme? – le espetó el anciano.

El alba era fresca y Ben había dormido profundamente hasta que la voz del viejo le sacó bruscamente de su ensueño.

—Perdón… — dijo mientras se incorporaba. — ¿Salvarte?

—No he dicho salvarme – le corrigió el anciano de malas maneras – He dicho si veníais a ayudarme.

Ben puso cara de circunstancias.

—No sabía que había que ayudar a nadie, la verdad… pero si insistes, podríamos hacerlo si estuviera…

El anciano se incorporó y se alejó malhumorado. Volvió con leña con la que alimentó la hoguera que humeaba aún con rescoldos.

—Malditos seáis… Es lo que tenía acordado.

Ben sonrió, escéptico.

—Sin duda esto se trata de una alucinación. ¿Acordado? ¿Acordado con la NASA tal vez? A mí nunca me dijeron nada de echar un cabo a nadie… y menos a un viejo como tú.

El viejo masticó el desayuno consistente en una carne seca y salada que ahumó y después compartió con Ben. Al finalizar de masticar su bocado habló torvamente.

—Es indiferente… pagaréis un precio muy alto si no me ayudáis.

Ben sacudió la cabeza, incrédulo por todo aquel dislate mientras observaba la mirada inquisidora del anciano.

—No, por Dios. ¿Qué quieres que te cuente? – saltó Ben que no aguantaba ese insistente escrutinio. — Si estás esperando que sea una especie de mensajero o algo así creo que te has equivocado de alucinación. Yo soy un bendito que no hace más que tener sueños extraños.

La mirada hosca y ceñuda del viejo se acentuó. Lo miraba con una desconfianza cada vez mayor.

—Sé lo que debo hacer – dijo misteriosamente por lo bajo.

Sin apenas entablar más conversación tomaron un camino que ascendía a lo largo de una suave loma que desembocó abruptamente en un precipicio rocoso. La claridad del sol deslumbró a Ben.

—Sigo diciendo que este paraje no se parece en nada al que vimos, aquel en el que se encontraban mis compañeros.

Estaban situados en lo alto de un pequeño promontorio que sobresalía ligeramente del resto de una escarpadura que terminaba unas decenas de metros más abajo, a los pies de una playa estrecha y de arenas blancas.

— ¿Qué? Te gusta este lugar, ¿verdad? Antes era mucho más hermoso… mucho más… el anciano se quedó pensativo mientras miraba al horizonte, por primera vez, con el semblante relajado y la mirada vacía.

—Te lo aseguro… no estoy por conversaciones inútiles. Quiero llegar cuanto antes junto a mis compañeros.

—Ya está todo listo… nos vamos a aquella isla — Y su brazo sarmentoso se levantó velozmente y su dedo índice deformado por la artrosis señaló una sombra de contornos elevados que manchaba el mar en la lejanía. Ben cayó en la cuenta entonces que de esa parte de la isla en la que se encontraban surgía una especie de puente que sostenía un tubo acristalado, similar al que habían empleado para llegar hasta ese lugar, pero que en esta ocasión estaba construido sobre el nivel del mar.

— ¿Tú… tu gente… sois de esta isla… o de alguna otra?

Ben preguntó mientras seguía los pasos del arquitecto, que había elegido un camino que descendía en una suave pendiente en paralelo a la línea del acantilado.

— ¿Mi gente? ¿Qué te hace pensar que yo tengo … gente?

Ben le miró sorprendido.

—Tú eres de aquí, ¿verdad? De alguna de estas islas… Habrá más como tú.

—Haces deducciones pueriles y no crees lo que te he dicho. Soy el Arquitecto, el que mantiene este subuniverso en pie. No pertenezco a este planeta… ni a otros muchos que alberga Ignotus, como tú llamas al subuniverso. Fui creado… por los constructores de Ignotus. Soy único, no hay nadie más como yo.

“No hay duda, está como una regadera” pensó resignado Ben, que aun así intentaba esclarecer los términos en los que se expresaba su guía.

—Cuéntame algo de esos constructores.

—Los constructores… una estirpe vieja y decrépita… eran poderosos… pero también eran cobardes. Sólo pensaban en subsistir, a pesar de su poder. Podían haber sido Creadores de universos. Pero tuvieron que irse y por eso me construyeron, me necesitaban … y también me temían.

—Por lo que veo tienes una legión de admiradores.

—Me resultas curioso y divertido. Por eso te mantengo con vida, ¿sabes?

—Siempre he sido un poco tocapelotas.

El viejo rió con fuerza.

—La culpa fue de Tadas.

—Siempre hay algún cabrón en la historia. ¿Qué pasó con él? ¿Un déspota o algo así?

—No, no… Tadas era nuestro sol… estaba iniciando el ciclo del carbono y se hinchaba como la barriga de una parturienta… no se podía seguir allí… de haberlo hecho la civilización de los constructores habría perecido calcinada.

—Claro, lo entiendo perfectamente. Eso explica que tú y los constructores os instalarais en este mundo con tan buenas vistas, ¿no es así?

El anciano no respondió a la pregunta y se limitó a emitir una especie de gruñido que Ben interpretó como risa. En lugar de responder tatareó una melodía de manera repetida. Después le miró. Su sonrisa y buen talante se habían esfumado de la misma improvisada manera que había aparecido y fue reemplazada por la

mirada impertinente y airada habitual en él.

— ¿Por qué me preguntas? Tú deberías saber la historia, no finjas que no la conoces – le recriminó.

Ben suspiró. Cada vez estaba más claro que aquel hombre sufría algún género de locura. Se preguntó si realmente sería útil para localizar a sus amigos o le estaría alejando de su camino. La desconfianza crecía a medida que consideraba estas cuestiones mientras caminaba tras él. “Jodido sueño interminable”.

Llegaron a un promontorio que consistía en una explanada artificial, tenía forma de gran media luna, y hacía la función de estación de aquel extraordinario medio de transporte tubular que ya habían empleado anteriormente. Una cápsula acristalada como la empleada en la ocasión anterior se hallaba dispuesta en el único andén existente. A su alrededor diverso instrumental metálico se hallaba enclavado en estructuras rocosas que emergían del suelo siguiendo la pauta estilística que ya habían visto anteriormente. Ni siquiera la luz del sol aliviaba su aspecto macabro que, a Ben, después de lo visto en la pirámide, le recordaba a osamentas de víctimas de la perversa civilización que poblaba el lugar.

El viejo hizo un aspaviento con su mano, malhumorado, y no dijo nada. Manipuló los mandos de una consola, giró varias clavijas que ajustó cuidadosamente y desplazó dos palancas, como pesados frenos de mano, lo cual le supuso un esfuerzo, a tenor del gemido que emitió con cada movimiento. Ben bromeó con él diciendo que si “sostenía aquel universo él solito, mover dos palancas debía ser poca cosa”. Después se introdujo en la cabina e invitó a Ben a hacer lo

propio, tras lo cual cerró la puerta herméticamente. El viaje se inició con una suave aceleración.

—Sí, el pueblo de los constructores habitaba un mundo y tuvimos que irnos de allí… hace tiempo, mucho tiempo… fue cuando iniciamos el viaje… un viaje que aún no ha concluido – dijo de improviso a modo de explicación.

— ¿Iniciaron? Pero ¿no habían llegado ya a su lugar de destino? ¿No es este mundo acaso…?

—No… claro que no, que va. Este realmente no es nuestro planeta de destino, …. es nuestro transporte. Al menos esa era la idea inicial. Pero quedamos aquí… atrapados… No eso nunca se había contemplado en los planes que me expusieron. Me engañaron.

Ben pestañeó.

—No parece que esto – dijo mientras miraba a su alrededor — se trate de un medio de transporte.

—No lo parece, ¿verdad? – Su expresión reflejó satisfacción, como si todo cuanto abarcara la vista fuera obra suya — No obstante, es la verdad, y créeme, ¡sé cuál es la verdad! —insistió con vehemencia. — No en vano soy el Arquitecto… he vivido aquí lo suficiente para haberlo visto todo… muchas cosas, sí, … la mayoría increíbles, desde luego que sí. – El viejo se quedó pensativo y Ben no se atrevió a interrumpir sus pensamientos. Por primera vez parecía dispuesto a sincerarse con él. – Cuando partimos era ingenuo y pensaba bien de todos. Confiaba en mis creadores y creía en su palabra. Quedaba poco tiempo… por Tedas, sí, es verdad… yo era

como un niño, inocente y confiado, y desde entonces me he convertido en un viejo… muy viejo… Llevo aquí tanto tiempo que he olvidado algunas cosas… solo sé que soy el Arquitecto y que me engañaron. Eso no lo olvido– el viejo sonrió y mostró su sucia dentadura – … pero yo se lo advertí a la gente… se lo advertí… No admitiría el engaño y por eso pagaron las consecuencias de sus mentiras hace tiempo.

— ¿Qué sucedió?

—Los encerré a todos ellos. Ahí permanecen sufriendo su castigo desde hace tiempo, mucho tiempo… demasiado tiempo – el viejo suspiró — Hace cinco… tal vez seis…

— ¿Años?

—Sí, claro… sí… unos cinco… o tal vez seis mil millones de años. Es imposible llevar la cuenta, comprendes, ¿verdad?

Y el viejo clavó en Ben su mirada ardiente y éste sintió un escalofrío al percibir en ellos la febril mirada del demente que cuenta su verdad.

CAPITULO 35

La isla a la que llegaron era agreste, muy montañosa y de escasa vegetación. Las colinas, pronunciadas, estaban enverdecidas con una hierba corta y correosa que amortiguaba cada paso con un mullido crepitar al ser comprimida. Por lo demás no se veía ni un árbol o arbusto, sino desoladas crestas montañosas que despuntaban contra un cielo ennegrecido por nubes de tormenta.

La estación a la que habían llegado era la más sencilla de las que Ben había visitado hasta entonces. Un edificio de una planta, edificado con roca volcánica, de un color oscuro, áspera y extraordinariamente porosa. Algunas paredes y tramos de la construcción se habían blanqueado con cal y creaban un contraste notable con el basalto empleado como ladrillo, aunque por lo demás, la construcción era austera. Tras la breve explanada en la que finalizaban las vías dónde se había detenido su cápsula de transporte, se abría un valle de un verde intenso, encajonado entre pendientes pronunciadas que morían en crestas rocosas que imposibilitaban saber qué había más allá. El valle ascendía hasta perderse en las estribaciones de un desfiladero sombrío. El paraje estaba aún más ensombrecido por los oscuros nubarrones que se acumulaban contra las cumbres montañosas. Era una isla sombría, que incomodaba por

una razón adicional, la brisa marina. Era fresca y en ocasiones azotaba con fuerza, cargada de humedad, destilaba un intenso olor marino, penetrante y extraño. Se sumaba a esta brisa finas partículas de lluvia helada que hicieron que Ben echara inmediatamente de menos la calidez tropical de las islas anteriores.

—Debemos ir a la ciudad… sígueme.

Ben cruzó los brazos contra su pecho en un intento de guarecerse del azote del viento helado y siguió al Arquitecto. Era imposible mantener una conversación. El viento ululaba tenazmente y en algunos parajes las rocas arrancaban silbidos agudos y molestos. Aves marinas de plumaje gris y enorme envergadura los observaban con curiosidad planeando grácilmente sobre ellos, suspendidos en el aire sin aparente esfuerzo, inmunes a las inclemencias atmosféricas.

Pronto el viejo encontró un sendero, una cicatriz oscura sobre las olas de verdor que se extendían a sus flancos. El camino los acercó a la cresta de una de las colinas y Ben comprobó que tras ella la montaña se desvanecía en un profundo acantilado en cuya base las olas arremetían contra la isla con saña espumeante. El rumor del mar era perceptible al capricho de las andanadas del viento, que cambiaba una y otra vez de dirección, empujando a los caminantes arbitrariamente, unas veces a favor y otras en contra de su avance.

Ben se sentía agotado. Las preguntas que se agolpaban incesantes en su mente le atormentaban. No era capaz de asimilar nada de cuánto veía y el anciano que lo guiaba era tan enigmático en sus palabras y explicaciones que Ben lo juzgaba como un demente. Pero a su vez era su única compañía. Sufría el debate de si debía

abandonarlo o mantenerse junto a él, sin encontrar en ninguna de las alternativas una respuesta definitiva. Por si fuera poco, el frío aumentaba su malestar físico, y el entumecimiento le hacía más difícil razonar. Finalmente se contentó con seguir a su guía hasta su próximo descubrimiento. Resolvió que en cuanto tuviera una opción distinta a la de seguir junto a él intentaría desembarazarse de su compañía.

El sendero descendió entonces siguiendo una trayectoria sinuosa y llegaron finalmente a un barranco sombrío, encerrado entre paredes que resultaban oprimentes. Para desconcierto de Ben, el sendero se desvanecía en el suelo pedregoso del cauce de un arroyo de aguas cristalinas. No parecía que el camino tuviera continuación en ninguna estribación cercana. Sin embargo, el viejo no dudó ni un instante cuál debía ser la dirección que debían tomar y se adentró en aquel territorio asfixiante del barranco, sin siquiera mirar una sola vez en dirección al mar, que se batía contra la costa provocando un rumor pedregoso de los cantos arrastrados por la resaca.

El viento dejó de rugir y el rumor del mar cercano se amortiguó en gran medida tan pronto doblaron el primer recodo formado por las altas paredes rocosas. Era como si de improviso se hubieran trasladado a otro lugar por completo diferente, y el silencio se imponía solemne y fascinante, solo roto por el eco de sus propios pasos como sucedería si transitaran el interior de una gran catedral. Ben se detenía de vez cuando para descansar, pues el camino a menudo resultaba muy accidentado y exigía prestar mucha atención en dónde ponía el pie. Observaba hipnotizado las paredes rocosas que los encerraban, misteriosas, reacias a revelar un secreto ancestral. El

cielo había quedado reducido a una estrecha franja gris y mortecina que procuraba una luz débil y triste que apenas bastaba para captar los detalles del paraje. Sin embargo, en un momento dado, cuando reposaba unos segundos después de haber hecho el esfuerzo de superar un promontorio rocoso que contaba con una pequeña cascada, alzó la vista hacia las paredes verticales del barranco y se sorprendió con un inesperado descubrimiento. Un fulgor más intenso de la luz solar en esa pared mostraba que toda ella estaba horadada con ventanas de multitud de formas geométricas, especialmente cuadradas y rectangulares, aunque también había paralelepípedos, en una disposición que implicaba algún género de arte constructivo. Todas ellas permanecían oscuras, como un edificio que ha sido abandonado y cuyas ventanas apagadas corroborasen su naturaleza descuidada y hosca a la vez.

—Así que esto es… ¿la ciudad? – preguntó aterido por el frío. – Si ves un Mc Donald avísame.

El viejo le había sacado ventaja. Cuando Ben lo alcanzó en el siguiente recodo el nuevo trecho que se extendía delante de él permanecía abrumadoramente en silencio, a excepción del rumor acuoso de otra pequeña cascada unas decenas de metros más adelante. El agua se precipitaba sobre una piscina de aguas transparentes en donde se acumulaba antes de proseguir su camino tortuoso en busca del mar.

Cuando le alcanzó, el viejo le chistó y le conminó a que le siguiera. Se introdujeron entonces por una puerta excavada en la roca, que les permitió acceder a unas toscas escaleras labradas en el interior

de la montaña. La débil luz que se filtraba a través de ventanas cercanas permitía ver en las penumbras lo justo para adivinar cómo dar el siguiente paso. Ocasionalmente llegaban a un rellano del que partía un pasillo estrecho iluminado a través de las ventanas que habían visto antes. El viejo tomó uno de esos pasillos y Ben descubrió que desde el mismo se podía acceder a otras estancias pequeñas y cuadradas en las que era fácil encontrar escasos muebles tallados en piedra o en madera y una suerte de esterillas, pequeñas y de forma rectangular, que parecían elaboradas con la hierba de la isla.

El viejo se había perdido de vista y cuando finalmente lo encontró, había encendido una lumbre con hierba seca y se acurrucaba sobre el hogar mientras intentaba atrapar con su cuerpo el escaso calor que irradiaba. Observó que una gran pila de ese combustible se acumulaba a un lado de la estancia. El humo se perdía silencioso en el interior de una chimenea. El ambiente resultaba confortable y Ben se acurrucó contra la pared, junto al fuego, que le recibió con una tímida vaharada de aire caliente.

—Toma

El anciano le ofreció el pan que Ben ya conocía y éste lo devoró en silencio y agradecido. Cuando percibió que su malestar había cesado y que el calor y el descanso le había proporcionado una sensación placentera, se aventuró a intentar de nuevo una conversación con su acompañante.

—Antes te preguntaba por tu edad, durante el viaje hasta aquí, en la cápsula, y me dijiste que cuando llegáramos a nuestro destino me responderías.

Ben había insistido en saber más sobre el anciano y su mundo, pero éste se había negado a responder a sus preguntas. Se limitaba a mirarle con suspicacia y cerrar la boca con expresión testaruda. Le había prometido que, al caer la noche, y al abrigo de la intemperie en un refugio, le diría algo.

—No sé porque te cuento esto. Debías saberlo todo – gruñó —Los constructores eran prósperos y numerosos – comenzó a explicar—. Habitaban el mundo Lilivel, ese era el nombre de nuestro mundo, aunque también teníamos pequeñas colonias en otros planetas… otros planetas cercanos… estaba bien, pero… – el viejo sonrió, como si recordara algo divertido—. Pero la lástima era que había que irse… El sol nuestro… estaba empezando a cambiar, su ciclo de carbono terminaba y su radiación aumentaba. Y ellos no estaban preparados para abandonar su mundo. Muchos elegían permanecer en él y consumirse en la nebulosa planetaria que se formaría con aquel astro hinchándose a través de los siglos. La raza languidecía. Después de una vida tan larga… se pierden las ganas de seguir viviendo. Sé de lo que hablo. Sin embargo, surgió una mente brillante… uno de ellos elaboró un plan ambicioso y fue capaz de salvarlos a todos… a todos menos a uno. Fue la mente que ideó el subuniverso… y la que me ideó a mí.

El viejo se quedó mirando el fuego. Ben observó sus ropas sucias y remendadas, que una vez fueron blancas. A pesar de la suciedad, en ellas aún quedaba el vestigio de un diseño que una vez había decorado aquella camisa tosca y basta, unas líneas gruesas de un rojo apenas distinguible ya, que seguían un patrón paralelo y que

parecían haber elaborado un intrincado dibujo geométrico de carácter vertical en uno de los lados de la prenda.

— ¿Un subuniverso? ¿Qué diantres es eso y cómo puede alguien crear algo así?

—Eso que llamáis Ignotus es el subuniverso… un universo dentro del universo. Me construyeron y me dijeron que me hiciera cargo de Ignotus… y me engañaron.

— ¿Te engañaron?

El viejo lo miró con expresión huraña. No le agradaba aquella conversación.

—Sí… Ignotus no sólo era el medio en el que encerrar su mundo y un pequeño elenco de sistemas solares… también era una cárcel, un recinto en el que se puede entrar, que puede atrapar estrellas y planetas del universo… pero del que no se puede salir. Aquí sigo, encerrado, condenado, por toda la eternidad.

—Un momento… ¿no puedes salir? ¿Y yo? ¿Y la gente que ha venido conmigo?

El viejo sonrió con desprecio.

—Corréis la misma suerte… salvo que me ayudéis.

—No entiendo todo esto. Yo viajé a un asteroide que llamamos Ignotus… no un subuniverso.

—No lo entiendes. Lo que tú llamas Ignotus no es un simple asteroide, es mucho más. Ahora mismo estamos en el interior de una burbuja de espacio tiempo viajando a través del cosmos… y sin medio de poder salir de aquí. Es una burbuja realmente grande… que abarca

unos pocos sistemas solares. Habrás observado durante las noches la escasez de estrellas en el firmamento. – El viejo suspiró abatido— Eso me recuerda que estoy… encerrado. Echo de menos las estrellas de la galaxia. Se ven realmente pocas estrellas aquí…

La expresión del viejo languideció mientras se abismaba en sus recuerdos. Ben se quedó pensativo. Era como si algo no cuadrara en aquella explicación. Le inquietaba la insistencia en la imposibilidad de salir de allí y de poder regresar al Argonauta, … a la Tierra.

— ¿Así que cuando te diste cuenta de que estabas encerrado… apresaste a los constructores?

El viejo asintió mientras su expresión ganaba en determinación.

— ¿Qué es lo que sucedió? ¿Tú solo contra toda esa gente? No parece un combate igualado – Ben intentaba pinchar al viejo a fin de pillarlo en una contradicción.

— ¡No! Soy mucho más poderoso de lo que me juzgas… pero ¡escucha!

Y el viejo le chistó con gesto vehemente. Ben se percató entonces de un sonido procedente del exterior. El viejo se arrastró por el suelo y se asomó a una de las ventanas. Ben hizo otro tanto y descubrió una sombra negra, oscura por completo, que permanecía sobre una formación rocosa solo unos metros por debajo de sus cabezas. Se trataba de una gran figura alada, de enorme envergadura. Su plumaje era negro como el azabache y a Ben le costó distinguir el contorno de sus alas una vez fueron plegadas. Su cuello era largo y

esbelto, y se movía con extraordinaria velocidad en una u otra dirección, inquisitivo, curioso, inspeccionaba el lugar buscando algo. Su mandíbula era larga y dentada y se abría y cerraba con lentitud, como saboreando de antemano su próxima comida. Sus ojos, de pupila afilada, resultaban extraordinarios, de un color naranja vivo que intimidó a Ben cuando en un inesperado volteo de la cabeza tuvo la impresión que sus miradas se cruzaban. Se agazapó contra la roca y permaneció quieto, como un muerto, mientras el anciano lo imitaba.

— ¿Estamos en parque Jurásico y no me ha avisado? – murmuró para sí.

Unos segundos después la extraordinaria ave emprendía el vuelo, provocando con el desplegar de sus alas un sonido hueco e inquietante.

Después de aquello se retiraron a la estancia del fuego, dispuestos a descansar. El anciano parecía suficientemente tranquilo y Ben decidió no preocuparse por aquel ser alado de apariencia antediluviana y de mirada aviesa.

—Sigue contándome la historia de los constructores.

El viejo sonrió, una sonrisa desagradable que mostraba su dentadura incompleta.

—Todo fue bien hasta que llegamos a Ankmash… fue en ese lugar donde las cosas empezaron a torcerse. No fue conveniente … el lugar, el planeta aquel… o el sistema solar al completo, no resultaba del todo conveniente… no era idóneo… o eso decían otros. Pero yo me daba cuenta de que el lugar era idóneo, suficiente, que estaba bien

— Ben observó la mirada taimada del viejo, que le miraba de reojo, como si valorase la reacción suya, pero no supo interpretar esa señal de desconfianza de otra manera que no fuera que aquel hombre era extraño, con un ápice de locura o paranoia que entorpecía enormemente la posibilidad de comunicarse con él.

— ¿Qué sucedió entonces allí?

—Me dijeron que había que seguir adelante… y yo no entendí, pero empecé a sospechar. Los constructores no querían abandonar Ignotus, estaban bien aquí.

— ¿Y tú?

El viejo escupió.

—No.

—El rumbo de Ignotus…el que mantenemos ahora. ¿Va a algún lugar concreto de la galaxia?

El viejo agitó la cabeza, molesto, y después sonrió.

—Sí, por supuesto que vamos a un sitio concreto… siempre buscando un lugar apto – dijo con una sonrisa maliciosa.

Ben no insistió. Sabía reconocer en su interlocutor cuando resultaba contraproducente forzar la conversación. Se limitó a esperar a que el viejo soltara prenda.

—Sí, vagamos por la galaxia y fuimos a otros mundos… lugares a los que pusimos nombres que ahora ya no recuerdo. Tampoco resultaron convenientes… el viaje prosiguió… y prosiguió… por incontables mundos… Un viaje interminable, sí, desde luego que es un viaje interminable… por eso hice que Ignotus empezara a crecer,

a hacerlo más grande.

—Pero si has dicho que nada puede salir…

—Exacto… pero sí entrar. Tengo ese poder sobre este subuniverso, puedo controlar su acceso de entrada.

Ben asintió. Aguardó un largo minuto, pero el viejo daba ese tema por zanjado. Lo intentó con otra de las preguntas en las que había insistido hasta la fecha sin obtener respuesta.

— ¿Por qué no veo a más personas, a otros habitantes de estos lugares que visitamos?

El viejo sacudió la cabeza mientras su expresión se ensombrecía. Se limitó a hacerle un gesto para que cesara de hacer preguntas. Cuanto más insistía Ben más obstinado era su silencio. De nuevo le dirigió una mirada cargada de desconfianza, pero cuando Ben ya se temía que no iba a añadir palabra empezó a hablar.

—Aquí vive mucha gente, pero no como tú, no humana… pero me temen… saben cuándo estoy cerca y huyen de mí.

— ¿De ti? No parece que deba ser así… ¿Cómo es posible que la apariencia de tu raza sea exactamente igual a la mía? ¿Qué eres? ¿Una reconstrucción… o un ente virtual?

— ¿Mi apariencia…? He estudiado tu planeta conforme nos aproximábamos a tu sistema solar. Elijo la apariencia que considero conveniente. Tengo mis motivos.

—Pues yo si hubiera sido tú habría elegido una figura más afortunada.

El viejo chasqueó los labios, con su habitual sonrisa que más se

parecía a una mueca desagradable.

—Si dices que nos has estudiado es que … ¿conduces Ignotus a la Tierra?

El viejo calló por completo. Ben lo miró interrogativo pero la mirada del Arquitecto, cuando sus ojos se cruzaron, resultó por completo inexpresiva. Una nueva preocupación surgía dentro de él, una inquietud inspirada en la sorprendente confirmación de que Ignotus se dirigía a la Tierra. El viejo loco… ¿estaba realmente loco o en su narración había algo de verdad?

—No, no soy yo quién guía Ignotus. Eso es algo que no me concierne en absoluto y de lo que ahora no pienso hablar – dijo con evidente mal humor.

Y diciendo eso cerró los ojos en un gesto claro que daba a entender que la conversación había terminado.

CAPITULO 36

Adams llegó a su casa agotado. ¿Qué había hecho durante el día en el JPL? Nada, absolutamente nada, se dijo a sí mismo lleno de amargura. Una sucesión de debates y discusiones completamente estériles. La NASA no tenía capacidad ni medios para impedir la colisión de un asteroide como Ignotus sobre la Tierra. Sencillamente no había ningún plan factible porque no había tiempo. Es decir, ningún plan que no fuera la propia acción de la Ulyses alterando la trayectoria del asteroide conforme lo previsto. Ahora que la Ulyses estaba desaparecida el desconcierto era absoluto y los nervios estaban a flor de piel.

Solo el Alto Mando parecía capaz de ofrecer una alternativa, una acción que podría parecer espectacular pero que todos los astrofísicos sabían, incluido el propio Adams, que estaba destinada al fracaso. Las explosiones termonucleares no sirven para alterar ni destruir la trayectoria de un asteroide que está a punto de impactar con el planeta. No obstante, varios expertos del JPL se habían unido al Ejército del Aire a fin de asesorarles en la misión SHIVA, el nombre con el que se designaba el plan para aniquilar el asteroide Ignotus con misiles termonucleares.

Adams entró en su casa emitiendo un gran suspiro de alivio. Se sentía agotado, no tanto física como psicológicamente. “Queda poco tiempo para morir”, pensó con una punzada de dolor. No sólo tenía en mente a Sally. Sus hijos y nietos pesaban sobre su conciencia con una indescifrable emoción de culpabilidad. Él tenía una edad en la que veía que había dado cumplimento a buena parte de sus sueños. Su vida estaba realizada en buena medida… aunque no podría ver cumplidos muchos de sus deseos. Viajar, jubilarse y dedicar tiempo a sus nietos… tal vez incluso escribir algún libro de divulgación sobre su experiencia en la NASA. Pero su frustración particular quedaba en nada cuando se daba cuenta que la vida de su hijo y su familia estaba comprometida. Y sabía que para su mujer ese sentimiento de desesperanza por el fin inminente de la existencia de sus seres queridos le resultaba aún más desgarrador.

Sally le aguardaba en la sala de estar. Escuchaba las noticias y aunque le sonrió, no borró por completo el rictus de preocupación que ensombrecía su expresión. A pesar que le había dicho por teléfono que no quería cenar nada, no tenía el más mínimo apetito, ella le había preparado un salteado de verduras y lo acompañaba una generosa copa de vino. Sonrió al verlo. Le resultó inesperadamente apetecible.

Adams le dio un beso en la mejilla cuando se sentó a su lado. Entre tanto ella descendía el volumen del televisor con el mando a distancia. Le inquirió cómo iban las cosas. Adams tenía ganas de desahogarse y Sally solía ser muy buena escuchando. Prestaba mucha atención a sus explicaciones, fueran de la índole que fueran, a pesar de que la formación académica de ella era literaria y durante décadas

había sido profesora de literatura en un instituto cercano.

—Las cosas pintan muy mal. Básicamente el único plan de acción es el que ha anunciado el presidente. Una sucesión de explosiones nucleares, realizadas selectivamente, en una misma cara de Ignotus. La idea es que la vaporización de parte del asteroide cree el suficiente impulso para desviarlo de su actual ruta.

Sally asintió.

— ¿Sin novedades de la Ulyses?

Adams negó con la cabeza mientras picaba algo del plato.

—En la Casa todos pensamos que no hay margen. La posibilidad de un bombardeo nuclear la tienen muy bien estudiada los chicos que se dedican a los NEOs y la división que analiza estrategias para evitar colisiones. Han hecho multitud de simulaciones informáticas. La detonación de una cabeza nuclear puede ser efectiva… pero si se realiza unos cuantos años antes de que un asteroide potencialmente destructivo se cruce con nosotros. Una leve variación con muchos años de anticipación puede desviar la nube de fragmentos resultantes lo suficiente como para evitar el impacto. Pero … ¿ahora? – Adams concluyó con una pregunta cargada de escepticismo.

—Así que no hay nada que hacer – aseveró Sally son solemnidad mientras tomaba la mano de Adams y la apretaba con firmeza. Sus ojos parecían a punto de desbordarse de lágrimas.

—Vamos a ver… Vamos a ver… ¿Y cómo va eso?

Sally se enjugó las lágrimas y su voz recuperó la normalidad.

—Hablé hace un rato con Sonny. Está preocupado. Imagínate, con la que está cayendo todos los activos de la Bolsa están desplomándose. En fin, aún no comprende la magnitud del desastre. Está convencido de que SHIVA funcionará… no seré yo el que lo desmienta.

Ambos quedaron sumidos en un silencio cargado de pensamientos tristes.

— ¿Cómo va lo del búnker? Mucha gente, demasiada, está fabricándose búnkeres por ahí… según dicen.

—Lo ha intentado, pero al parecer es imposible contratar a nadie para eso. Todas las empresas de construcción y maquinaria pesada están comprometidas… imagínate… imposible. Está hablando de irse hacia el oeste… las montañas. No sé qué decirle, la verdad.

Adams asintió. Recordó que esa misma tarde, cuando regresaba a casa, había visto un destacamento de la Guardia Nacional apostada junto a un supermercado. Era la última decisión de la Casa Blanca para evitar el acaparamiento. Se habían impuesto restricciones de cantidad en las compras a fin de evitar el desabastecimiento de alimentos y productos básicos. Aun así, la gente iba de un supermercado al siguiente, repitiendo las compras compulsivamente, y las noticias de los estantes vacíos ocupaban las portadas de los noticieros incrementando la sensación de pánico. No quiso comentar nada porque era un tema que sabía que a su mujer le preocupaba mucho. Todo se estaba encareciendo rápidamente… pensó Adams, pero después se rectificó al ver que en ese momento el noticiario hablaba del desplome de los precios de las viviendas en los centros de

las ciudades. Por la razón que fuera, las urbes no parecían ofrecer un buen lugar para soportar los efectos del impacto catastrófico que se avecinaba y todo el mundo intentaba buscar refugios que ofrecieran más garantías. Las zonas costeras estaban viendo reducida su población a ojos vista. La gente prefería los lugares altos, las montañas. “Si la gente supiera que ante un asteroide tan descomunal no hay nada que hacer… pero la esperanza es lo último que se pierde”.

—Ah… mira ese que sale. Menudo elemento.

Adams reconoció el rostro de un popular *influencer* que se había hecho notable en la floreciente industria de lo que se denominaba “postapocalipsis”. Había creado un fondo que recibía donativos para asegurar la preservación de la variedad genética de todo tipo de especies animales y vegetales, en un afán conservacionista, pero se había descubierto que los fondos estaban desviándose a cuentas personales. Se había efectuado una demanda colectiva y era uno de los escándalos del momento. El presentador ofrecía una actualización de las novedades judiciales surgidas en las últimas horas.

—Eso me recuerda a los Thomson… — comentó Sally absorta en otros pensamientos.

Adams le interrogó con la mirada.

—Sí, nuestros vecinos… dos casas calle abajo, la de la niña pelirroja – Adams finalmente asintió— Me crucé con ellos está mañana. Están convencidos que no va a pasar nada. No sé qué canal

de noticias siguen, pero dicen que todo es una mentira para que la gente haga disparates y venda sus casas y suelte el dinero.

Adams asintió.

—Sí, hay mucho youtuber que está con eso ahora mismo. En fin… tal vez sea la actitud más sensata. Ojalá yo tuviera ánimo para mantener la cabeza tan fría y pensar de esa manera… Ojalá. A lo mejor deberíamos coger los ahorros y comprar alguna ganga… —Adams intentó bromear, pero Sally le devolvió una mirada cargada de tristeza y abandonó el asunto.

Adams se entretuvo removiendo la comida del plato con el tenedor sin mucha convicción. Aunque el sabor era excelente no tenía ningún apetito. Sally le dijo algo, pero no prestó atención. Estaba centrado en un nuevo titular que mostraba la pantalla del televisor cuando se percató que su mujer le tendía un sobre cerrado. Lo tomó, y mientras lo examinaba sorbió un poco de vino.

— ¿Qué es esto, cariño? – preguntó evidenciando que no había atendido a la primera explicación de ella.

—Te decía que apareció en el buzón. Viene a tu nombre, sin remite… En la era de internet es raro recibir una carta, ¿verdad?

Adams observó la caligrafía, esbelta y de trazo fino y rápido. Abrió el sobre. Un texto breve y concreto.

“Señor Adams, necesito imperiosamente concertar una cita con usted. A raíz de los acontecimientos ocurridos recientemente es necesario que emprendamos esfuerzos coordinados si queremos evitar la tragedia que puede provocar Ignotus. No he querido contactar con

usted a través de medios convencionales y pronto entenderá las razones. Le propongo la cafetería situada en esta dirección, mañana a las doce. Si observo cualquier género de vigilancia, compañía o intromisión no acudiré al encuentro y la humanidad entera saldrá perdiendo.

X.X.”

Adams se dio cuenta que llevaba un tiempo conteniendo la respiración y cuando concluyó la lectura suspiró vehementemente. Era un texto cargado de incógnitas que releyó después varias veces. Por más que intentaba dilucidar a quién podía corresponder la misiva no se le ocurrió nadie. Empleaba un lenguaje tajante, excluía formalismos innecesarios e incluso había una clara amenaza en el incumplimiento de sus requisitos, “la humanidad entera saldrá perdiendo”.

“Esta noche estoy jodido. No me va a bastar una pastilla para poder dormir”.

CAPITULO 37

Adams se sentía desorientado. No solía moverse por el distrito céntrico de Houston. Le había costado horrores encontrar un estacionamiento y su pretensión de llegar con antelación a la cita quedó en simplemente ser puntual.

El lugar convenido era la terraza de una cafería situada sobre un cruce de avenidas, la San Jacinto St y la McKinney St. Se sentó a la sombra de un frondoso árbol y pidió un café. Esperó pacientemente a que le sirvieran la infusión y mientras tanto observó las mesas circundantes. Hombres solitarios que almorzaban, grupos de amigas que conversaban animadamente y algunas parejas, pero predominaban las mesas vacías. Por un momento parecía que era un día normal, pero bastaba atender el sonido del tráfico y se comprendía de inmediato que no se oía el habitual barullo. De hecho, la cafetería elegida era de las pocas que se mantenían operativas. Muchos negocios estaban cerrando sus puertas. La cuenta atrás hacia el final avanzaba rápidamente. Sólo los escépticos absolutos, que confiaban en que todo era una invención o un mal sueño, o los que no estaban dispuestos a cambiar su rutina diaria, se mantenían aferrados a una normalidad de apariencia distópica.

Nervioso comprobó por enésima vez la hora en su móvil. El

tiempo transcurría con una lentitud asfixiante. Veinte minutos pasada la hora y aún no había señales de que nadie fuera a aparecer. Estaba empezando a enfadarse. Dejó el dinero de la consumición y la propina sobre la mesa y ya estaba a punto de levantarse cuando una mujer joven, vestida con un traje de corte ejecutivo y gafas de sol se sentó frente a él. Su falda era corta y oscura, y la chaqueta silueteaba una cintura esbelta. La blusa era de un tono pastel y no lucía más que unos sencillos pendientes de oro. El pelo, rubio, lo llevaba recogido en un peinado elegante y sofisticado.

—Buenos días señor Sinclair. Disculpe el retraso, pero mi equipo quería cerciorarse de que esta entrevista es solo entre usted y yo.

Adams asintió, serio.

— ¿Quién es usted?

La mujer tardó unos segundos en responder. Primero pidió un té verde al camarero y después pareció centrar sus energías en el directivo de la NASA. Las gafas de sol enmascaraban su semblante, haciendo de lo evidente un misterio.

—Soy Brenda Miller, directora ejecutiva de Ramspace Limited… es posible que le suene mi nombre – dijo mientras se quitaba sus grandes gafas de sol permitiéndole reconocer un semblante familiar.

—Por supuesto.

Adams conocía perfectamente a los principales directivos de la empresa que competía con la NASA en la recientemente malograda

carrera espacial. Aunque a Peter Ram le gustaba acaparar titulares y ruedas de prensa, la presencia de su mano derecha junto a él, o supliéndole ocasionalmente, no era extraña. A medida que asimilaba quién le había convocado empezaba a esclarecerse en su mente el sentido de la entrevista, aunque ahora la intriga resultaba mucho mayor.

—Dígame.

— ¿Qué sabe de Benjamin Lantham?

—Me imagino que todo lo que puede saberse.

—Así que usted sabrá que la historia de su infancia está en entredicho, ¿verdad?

Adams no dijo nada, pero el rubor que resplandeció en sus mejillas dejaba bien claro que ignoraba a qué se refería la directiva.

—Sí, en su día se lo advertí a Peter – explicó la mujer— Era algo que no me gustaba demasiado, pero él convierte cada dificultad en un reto. Cuanto más le advertía que la vida de ese hombre ocultaba algo… más se empeñaba él en incorporarlo a la misión. No hubo manera de hacerlo desistir. Ignoro aún la causa de su contratación, de hecho. Teníamos en plantilla personal que llevaba más tiempo preparándose para participar en la tripulación del Argonauta que Ben y ya estaban perfectamente adaptados a la fisonomía y protocolos de la nave.

La mujer hizo un gesto de contrariedad.

—Es cierto que la vida de Ben fue escrutada por el FBI y por eso se le descartó para la misión – murmuró Adams, desconcertado –

pero él siempre justificó que se trataba de años perdidos en su memoria… Y por Dios, que estamos hablando de su infancia. ¿Qué puede resultar peligroso de la infancia de una persona hasta el punto de descartarla para una misión espacial? El FBI puso el dedo en la llaga y el equipo médico se vio obligado a pronunciarse oficialmente. Lo considero un celo profesional desmedido y exagerado. Ben era el mejor del equipo. No creo que Ramspace tenga nada que lamentar por sus acciones.

Brenda le miró impasible, sin pronunciarse sobre el juicio emitido por Adams.

— Se trata de esos años perdidos, en efecto. Su testimonio, tal y como el FBI pudo comprobar, tenía graves lagunas. El FBI insistió en este aspecto en su informe final.

Adams suspiró y después procedió a explicar lo que sabía.

—En fin… No sé qué tiene de extraordinario unos años de infancia. Parece ser que vivió en Jamaica. Bien, a mí eso me vale. El hecho de que falte documentación en un país que no es del primer mundo no tiene nada de sorprendente. El accidente de avión de una línea comercial está bien documentado. Murieron numerosos miembros de la tripulación y el pasaje, incluidos sus padres. Ben fue de los pocos que sobrevivió. Perder la memoria por un trauma semejante no parece algo fuera de lugar.

Adams sacudió la cabeza. Todavía le costaba asumir los hechos.

—Luego el FBI subrayó este hecho y el equipo médico rehízo

su dictamen acerca de la idoneidad de Ben. Al parecer esa laguna en los recuerdos de Ben les hizo repensarse hasta qué punto podía ser fiable. Se limitaron a descartar a Ben y dejaron el asunto de lado sin indagar más. Está claro que no se trata de un terrorista ni de un saboteador, si es eso lo que le preocupa. Mucho me temo que Ben fue víctima de una batalla política. Derribándole a él, se cuestiona mi posición al frente de la preparación del equipo de astronautas, y poniéndome a mí en entredicho se debilita a Jeremiah Maddock, administrador de la NASA. No creo que haya más de eso en esta historia.

—Entiendo. Es lo que pensaba. – Brenda hizo una pausa mientras asentía lentamente. Su rictus era firme, tenso, imperturbable. — No, no se trata de un terrorista ni de un saboteador… en principio – añadió Brenda con tono neutro pero que a Adams le sonó escéptico.

— ¿En principio?

Adams miró perplejo a su interlocutora. Después añadió con voz cansada.

—Verá, señorita Miller. Tengo ya mis años a cuestas y por supuesto, soy capaz de cometer errores y de juzgar a las personas equivocadamente… pero conozco bien a Ben. He trabajado codo con codo con él muchos años. Lo vi ingresar en la NASA cuando aún no se afeitaba a diario, ¿comprende? Si hay alguien en la NASA al que confiaría mi vida es a ese hombre.

Brenda asintió imperturbable.

—Debo decirle que particularmente, por mi manera de ser, no

me gusta dejar cabos sueltos, y … ya le digo que nunca entendí del todo la razón por la cual Peter desplazó a un astronauta cualificado de Ramspace para poner a Ben en su lugar. No quise darle mayor importancia hasta hace poco tiempo… cuando perdimos contacto con el Argonauta. Fue entonces cuando revolví en todo el papeleo relacionado con la misión. Entre las cosas de Peter descubrí que el mandato de Peter venía motivado por un informe… el Informe Lantham. – Brenda miró interrogativamente a Adams — ¿Sabe algo relacionado con Ben que le parezca de interés?

Adams sacudió la cabeza, escéptico. Iba a expresar su opinión en ese sentido, pero Brenda le hizo un gesto con la mano, interrumpiéndolo.

—Sospecho que Peter descubrió algo relacionado con Ben… pero ignoro el qué. Ya sé que todos habíamos pensado que su contratación obedecía a su interés en dejar en evidencia a la NASA y en demostrar que descartaban a un hombre perfectamente válido. Una manera de acreditar el despilfarro de recursos de la Agencia Espacial. – Brenda sacudió la cabeza – No obstante, descubro ese informe y … sucede algo que me mantiene perpleja.

Adams lo miró inquisitivo.

—Peter mantiene ese informe encriptado como archivo de máxima seguridad. Ni siquiera yo tengo acceso.

Adams negó con la cabeza, completamente incrédulo.

– No sé la razón exacta, pero temo que Peter me ha ocultado información crucial. Tengo la sensación de que no estoy al tanto de

todo y que formo parte de un engranaje mucho más grande de lo que alcanzo a comprender. Ignoro por qué Peter ha asumido tantos riesgos y tomado las decisiones que ha tomado… y me preguntaba si usted estaba en disposición de aclarar estas dudas.

Adams se quedó con la boca abierta, no sabía qué decir, pero comprendía que allí había mucho más de lo que le incumbía a él. Brenda se recompuso extraordinariamente rápido, y el breve momento en el que se había mostrado vulnerable al hacerle la petición se esfumó, como si hubiera recordado de pronto la frase de un guion que unos segundos antes se hubiera borrado de su mente.

—Ben siempre mostró una gran confianza en usted. Nos ofreció magníficas referencias sobre su personalidad, señor Adams. ¿Cree usted que Ben es una persona de confianza?

—Sí… creo que sí, absolutamente. Me parece una persona íntegra y transparente. Su baja de la misión de Ulyses fue un daño colateral de una guerra de intereses existente dentro de la NASA. No le daré más detalles, pero puede y debe creerme. Ahora, mientras hablamos, sé que se están moviendo papeles y completando un expediente sobre mi responsabilidad al haber cometido el desliz de incluir inicialmente al señor Benjamin Lantham en la tripulación original de la Ulyses. – Adams sonrió con ironía y tristeza a la vez – Ya ve cómo funciona todo. El mundo se va a la mierda y mientras tanto unos burócratas destripándose mutuamente … y yo seré un chivo expiatorio de esa pelea de gallos.

Brenda asintió lentamente.

—Sí, estoy al tanto de los tejemanejes del director de vuelo y sus ambiciones políticas, ese tal John Ellroy. Ha intentado contactar conmigo y dudo que sus intenciones sean sinceras. No me fío de personajes así. —Después de estas frases Brenda permaneció en silencio, considerando otras cuestiones— He hecho los deberes. Tengo fuentes fiables dentro de la NASA y todos me dicen que tenía una gran amistad con el señor Lantham, así que presumo que lo conocía bastante bien. Y todo el mundo habla maravillas de usted.

Adams asintió, agradecido por esas palabras.

—Siempre he tratado de ser una persona honesta – explicó con humildad.

—Pues entonces… habrá que hacer caso a la recomendación de Benjamin Lantham… es preciso confiar en usted. Es necesario que vea el mensaje.

— ¿Una comunicación? ¿Están vivos? —pero Adams se interrumpió. Brenda negaba con la cabeza.

—Yo no he dicho eso.

Dejó un billete sobre la mesa que cubría la cuenta y se despidió, no sin antes tenderle una tarjeta con un membrete de empresa.

—Aquí tiene hora y lugar de nuestro próximo encuentro. No quiero que lo vean entrar por la puerta principal de Ramspace Limited y causarle más problemas de los que ya tiene.

CAPITULO 38

Adams se sentía extraordinariamente inquieto. El escenario que le había descrito Brenda Miller resultaba tan insólito como increíble. Existía una comunicación secreta efectuada por el Argonauta. ¿Qué contenido tendría? ¿Qué mensaje habrían transmitido a la Tierra y qué consecuencias podría tener para el futuro del planeta y la humanidad? Cuanto más tiempo dedicaba Adams a elucubrar sobre lo que Brenda Miller le había anunciado su imaginación le llevaba a escenarios más fantasiosos y alejados de la realidad. Se sentía enfebrecer.

Por si fuera poco, la existencia de un mensaje del Argonauta dejaba la puerta abierta a que la Ulyses estuviera igualmente operativa. Después de todo había esperanzas para sus muchachos. Ese pensamiento le brindó un considerable alivio. Era preciso compartirlo cuanto antes con la gente de la NASA… pero Brenda no le había dejado esa opción. ¿Por qué? Tampoco había dicho nada explícito y no aseguraba que ninguna de las dos tripulaciones permaneciera con vida. ¿Qué había sucedido allí arriba?

Cuando llegó a casa, Sally reparó de inmediato en que le ocurría algo a su marido, pero cuando le interrogó Adams respondió con evasivas y se refugió en su despacho alegando que tenía mucho

trabajo.

— ¿Trabajo… pero si no decías que no había nada …?

Pero la puerta se cerró y Sally se quedó con la palabra en la boca. Regresó a la sala de estar mientras murmuraba que “a veces es como un niño… no, peor, como un adolescente”.

*****

Adams investigó a Brenda Miller. Encerrado en su despacho examinó todo lo que se sabía de su vida pública… y privada. Los titulares acerca del escándalo de su relación con Peter Ram y la sospecha de que su ascenso meteórico fuera a cambio de favores sexuales inundaron la pantalla de su monitor. Adams nunca había sido lector de lo que él denominaba “basura social” y le sorprendió descubrir que aquella joven de aire tan profesional, voz firme y criterio definido, mucho más madura de lo que la apariencia le dictaba, fuera la mujer vulgar y seductora que describían aquellos artículos. “Pero ¿y si esta mujer fuera una trepa sin escrúpulos?” La duda vaciló en su pensamiento como la débil llama de una vela a punto de extinguirse y después la descartó.

Pero Adams no entendía qué podría ganar ella o Ramspace en todo aquello. La situación era demasiado grave para primar intereses partidistas o beneficios empresariales. “Si todo se va al carajo… también ellos pierden”. Recordó que el propio Peter Ram participaba en la misión del Argonauta y que tal vez todo obedeciera a un afán de salvar la vida de su jefe y amante. No podía dejar de considerar que tal vez existieran motivaciones de índole sentimental.

Adams repasó la conversación mantenida una y otra vez. No llegó a ninguna conclusión concreta y se forzó a enfriar sus ánimos. Tendría que tomar su propia decisión, y eso sucedería una vez escuchara el mensaje recibido por la base en Tierra de Ramspace Limited. La tarjeta que le había dejado Brenda indicaba la dirección de unas oficinas y una hora de la mañana siguiente.

Tuvo un momento de duda acerca de si debía contar a alguien de la NASA el objeto de la reunión que había mantenido con la segunda persona al mando de Ramspace, a fin de cuentas eran sus directos rivales, pero Brenda le había pedido máxima discreción. Y eso exigía no decir una palabra hasta al menos estar al tanto del contenido de ese mensaje.

*****

Las oficinas de Vergara Import Export se encontraban en el distrito financiero de Houston. Adams desconocía por completo el cometido de esa empresa dentro del holding empresarial que lideraba Peter Ram, pero no debía ser muy importante a juzgar por el escaso tamaño de las instalaciones. La sede ocupaba parte de una planta de un edificio acristalado y lo conformaban un pequeño número de oficinas en las que había muy poco personal. La reunión tuvo lugar en una sala de reducidas dimensiones, atestada de cajas de cartón con documentos, a la que una joven secretaria le condujo con paso corto y veloz. Brenda Miller ya le aguardaba. Examinaba con interés un dossier que se apresuró a guardar en una carpeta tan pronto Adams hizo su aparición.

—Me alegro que haya venido, señor Sinclair. Comprendo que

este encuentro puede resultar muy embarazoso para usted. – La señorita Miller se puso en pie, estrechó la mano del funcionario de la NASA con energía y lo invitó a tomar asiento. – También agradezco enormemente su discreción. Las cosas podrían ponerse muy difíciles si hubiera sembrado dudas o prevenciones en el seno de la Agencia… y dado que la operación SHIVA está en marcha es muy conveniente que usted vea esto.

Adams asintió y tomó la palabra.

—Sí, he estado considerando todo lo que me dijo… y por supuesto, lo primero que deseo es ver todo el material con el que cuentan. A partir de ese momento tendré capacidad de juicio, desde luego. Pero hay otra cosa que me gustaría solicitarle. No sé si será factible… pero me gustaría hablar con Ben… o con la comandante Asya Bale.

Adams observó la mirada de Brenda, completamente impenetrable.

—Eso, debe creerme del todo, señor Sinclair, es completamente imposible. Y no se trata de una política de empresa ni nada parecido. No contactamos con el Argonauta cuando queremos. No quiero adelantarle el contenido del mensaje, pero la situación que se describe es que las naves han quedado atrapadas por un poderoso campo magnético que interrumpe las comunicaciones. Ignoramos cómo, pero el ingeniero Jay Bruno ha sido capaz de eludir ese cerco en al menos una ocasión y hacernos llegar mensaje que quiero que vea.

—Está bien… será mejor que vea el contenido del mensaje. No

puedo saber qué requiere de mí hasta que no lo vea.

—También debe estar al tanto de otra cuestión relevante. Esta información es confidencial. No solo por razones de empresa. Ramspace ha adquirido ciertos compromisos de discreción en relación al contenido que le voy a mostrar. He decidido confiar en usted porque dada su reputación creo que es la mejor opción.

Adams asintió, perturbado por la serenidad con la que la ejecutiva exponía su vulnerabilidad. Entonces Brenda procedió a oscurecer la sala girando las láminas dispuestas en las ventanas, restringiendo así la llegada de luz del exterior. Después tomó un mando y accedió al archivo de vídeo que estaba, al parecer, incorporado en un pendrive insertado en el propio televisor.

—Esto fue lo último que nos llegó del Argonauta. Quiero que observe atentamente. Se trata de una transmisión encriptada y sólo lo ha visto el personal de Ramspace con el rango debido y las personas a las que hemos facilitado copia, incluido su propio jefe, Jeremiah Maddock. Como le decía, hemos adquirido ciertos compromisos de confidencialidad.

Adams resopló al comprender que el director de la NASA no había confiado en él a la hora de participarle de un secreto que, como responsable de la tripulación de la Ulyses, indudablemente le incumbía. Sintió una oleada de sentimientos que se apresuró a contener. Debía prestar atención al completo a lo que iba a ver. Ya tendría tiempo a posteriori de analizar qué implicaba la actitud de desconfianza de su superior.

La imagen mostró a un joven astronauta. Adams estaba familiarizado con la tripulación del Argonauta. La había examinado convenientemente en su día, de la misma manera que un entrenador estudia concienzudamente la plantilla del equipo rival. Jay Bruno, el joven que aparecía en imagen, había sido otro de los fichajes inesperados de Peter Ram. Adams reconocía que le había sorprendido. El empresario se jactaba de ser un cazador de talentos nato y al parecer el chico había despuntado en un par de ocasiones en la fase de estudio y seguimiento de Ignotus. Por lo que sabía había sido capaz de desarrollar sendos algoritmos que habían demostrado ser extraordinariamente acertados. La imagen que mostraba la pantalla era la de un joven un tanto desgreñado, con barba sin afeitar de varios días y aspecto pálido y cansado. Pese a que el entorno interior del Argonauta era envidiable en cuanto a diseño y confort, se apreciaban muchos síntomas de desorden y abandono. Había todo tipo de enseres esparcidos por el suelo.

—Hay gravedad… — apreció Adams de inmediato.

—Sí, Ignotus tiene una capacidad gravitatoria inusitada… no sabíamos exactamente la razón, pero ahora tenemos ciertas sospechas – explicó Brenda. – Lo que va a ver se trata de la última retransmisión del Argonauta.

Jay, que había estado manipulando determinados controles, finalmente prestó atención a la cámara que lo enfocaba. Adams contuvo la respiración. Iba a ser testigo de algo que pocas personas habían visto.

— Aquí Jay Bruno retransmitiendo en directo desde el

Argonauta para la base de operaciones de Ramspace en Tierra. He ideado una frecuencia de transmisión que espero vulnere el bloqueo de radio que sufrimos. Si eso es así significará que están recibiendo esta información. — el joven caviló unos segundos antes de proseguir. Era evidente su nerviosismo— Como todos sabemos, la Ulyses tenía una gran ventaja sobre nosotros, pero nuestra mayor capacidad de combustible nos permitió una maniobra de frenado más agresiva que la nave de la NASA…y recortamos en mucho la ventaja que tenían sobre nosotros. El resultado es que el Argonauta tomó tierra en Ignotus cinco horas y cincuenta y cinco minutos después de la Ulyses. – Jay tragó saliva — No sabemos exactamente qué sucedió con la Ulyses. Poco antes de tomar tierra retransmitieron un mensaje en el que explicaban sus intenciones de desembarcar cerca de un extraño descubrimiento… una superficie metálica visible entre fragmentos de roca. – El físico hizo una pausa – Todos estamos convencidos que en Ignotus existe cierto tipo de inteligencia. Hemos sido capturados por algún género de fuerza electromagnética capaz de regularse en función de la fuerza que se hace por alejarse del asteroide. Al parecer la Ulyses casi agotó su combustible intentando evitar ser atrapados, y no lo consiguieron. Peter… perdón, el señor Ramírez, insistió en no consumir una sola gota de nuestra hidracina y nos dejamos capturar sin oposición. Ahora estamos sobre la superficie de Ignotus, no muy lejos de donde perdimos la pista a la Ulyses. — Jay esbozó una sonrisa desfigurada y después se quedó unos segundos pensativo, como ordenando ideas – Bueno… tengo una intuición, no es nada seguro, pero… tengo la impresión de que estamos siendo víctimas de un

sofisticado sistema de gestión automática, por decirlo de alguna manera. Lo sabemos porque ambas naves fueron capturadas y arrastradas hasta la superficie del asteroide de una forma mecánica, sin avisos de ninguna clase. En fin… eso importa poco ya. Lo cierto es que dadas estas circunstancias los miembros de la tripulación del Argonauta, el señor Peter Ram, la comandante Carla Sandoval y el científico Benjamin Lantham, tan pronto aterrizamos, hace más de veinticuatro horas, desembarcaron camino del punto en el que perdimos contacto con la Ulyses. Lo que sucedió a continuación… no hace falta que lo explique. Insertaré en este vídeo el archivo de comunicaciones con el grupo expedicionario.

Jay suspiró. La grabación continuaba y el astronauta cambió de asiento y manipuló varios controles digitales. La imagen cambio por otra. La misma sala y el propio Jay, más fresco y aseado, y también menos pálido, charlaba con sus compañeros a través de la radio.

— En estos momentos estoy en contacto con los tripulantes del Argonauta… A ver, tripulación del Argonauta… ¿pueden escuchar mi retransmisión?

—Sí, hijo, sí… lo estás haciendo muy bien – dijo Peter tranquilizando al joven físico, cuya voz había sonado temblorosa.

—Muy bien… pero te olvidaste de decir que la comandante Carla Sandoval no era partidaria, en absoluto, y subrayo esto último, de emprender este despropósito, pero confío en que semejante temeridad sea recompensada sustancialmente en la nómina que se me debe —la voz de Carla le sonó a Adams muy convincente, no obstante, creyó distinguir un tono de broma. La carcajada de Peter acompañó el

final del comentario.

Brenda no pudo resistirse a hacer un inciso en ese punto y pausó la reproducción.

—Peter siempre ha sido un capullo. No puede con ello. Si existe la más mínima posibilidad de sobresalir, destacar o figurar como una persona brillante, valiente o arriesgada… allá va de cabeza. Siempre me pareció una fatalidad que quisiera alistarse en el Argonauta… pero lo cierto es que su aventura salvó la cotización de Ramspace… aunque de poco va a servir ya dado el cariz de los acontecimientos. Lo que quiero decir es que esa maniobra de acercamiento al punto donde se perdió contacto con la tripulación de la Ulyses es una verdadera temeridad. Si de mí hubiera dependido la habría impedido … o realizado de otra manera. – Adams notó que la voz de Brenda alcanzaba una nota más alta de lo normal, como si una emoción que intentaba ocultar hubiera emergido inesperadamente. Brenda hizo una pausa en un claro esfuerzo por recomponerse. — Sí, creo reconocer en ese comportamiento al Peter de siempre. En cierto sentido es una desgracia… es como si Peter Ram interpretara el papel que todo el mundo espera de Peter Ram, arriesgado, temerario y siempre con una sonrisa en la boca aparentando que está todo bajo control. De Carla poco tengo que añadir. Es una militar veterana y cumpliría cualquier orden sin rechistar. En cuanto a Ben, dada su relación personal con la tripulación de la Ulyses, parece obvio que quisiera acudir a su rescate sin pensárselo dos veces.

Tras la explicación activó de nuevo la reproducción. Era Jay el que hablaba.

—Chicos… estoy comprobando todos los sistemas del Argonauta… Todo correcto.

—No creo que esté todo bien, joven Einstein… Tengo un piloto rojo parpadeando. Algo va mal en el Argonauta… creo que dejé una sartén con aceite al fuego y veo que está saliendo humo por la chimenea del Argonauta– comentó Ben. Adams, que observaba la grabación atentamente, pegó un respingo al oír la voz de su amigo por primera vez.

La broma logró que Jay, que se había quedado con la boca abierta en un primer momento, riera un rato y liberase parte de la presión que sufría. Después Jay murmuró algo y a continuación su propia imagen desapareció de la pantalla y fue sustituida por tres franjas verticales que se correspondían con las cámaras subjetivas de cada astronauta. Por primera vez se pudo ver la superficie de Ignotus. Los astronautas avanzaban sobre una negrura insondable que sólo las linternas de los trajes horadaban con haces que oscilaban al ritmo de cada paso. Se podía apreciar un suelo arenoso y ceniciento. La negrura fuera del espacio iluminado era absoluta y parecían caminar en un territorio mágico que se creaba al capricho de cada paso. Sólo en el horizonte, cuando alguna imagen lo captaba circunstancialmente, se percibía el contorno oscuro de la silueta que marcaba los límites de Ignotus contrastando con un firmamento anaranjado, producto del resplandor flamígero del cercano Sol, que emergía como el aura mágica de un sortilegio. Un cronómetro impreso en pantalla mostraba la cuenta atrás que restaba antes de que la lenta rotación de Ignotus los situase en la cara iluminada por el sol, momento en el cual

deberían hallarse forzosamente resguardados en el Argonauta.

—Bien, para mejorar la calidad de imagen me voy a quedar con la cámara de Ben… es el que va en primer lugar, y así en la Tierra podrán tener una panorámica mejor— explicó Jay. – Las vistas del señor Ram y la comandante Sandoval las pondré en miniatura… y también voy a añadir una imagen de una vista panorámica desde el Argonauta en el que se ve a toda la expedición…

—Chaval, — protestó Peter – ya tenemos confianza suficiente. Te he dicho más de una vez que me llames Peter.

Jay carraspeó nervioso.

—Así lo haré la próxima vez, señor Ram.

La división de la pantalla desapareció y en su lugar quedó en primer término la cámara subjetiva de Ben. También apareció un pequeño rectángulo en la parte inferior derecha en el que se veía al trío como una pequeña isla de luz en mitad de un paraje negro como boca de lobo.

Ben era el primero en el grupo expedicionario, aunque ocasionalmente se percibía que alguien con el traje de Ramspace caminaba a su lado en virtud del baile de sombras que se dibujaban en el suelo aleatoriamente. Se oía el jadeo de la respiración de cada astronauta y los comentarios que intercambiaban entre sí y con Jay, en los que básicamente se decía que todo iba bien. Pero de pronto Ben se detuvo… se había fijado algo en el suelo. Con el pie apartó sucesivamente el polvo y las piedras. Las luces de su traje espacial arrancaron un leve reflejo que se irradió desde el terreno. Ben se

arrodilló y despejó la arena con facilidad. Lo que mostraba la cámara era una superficie metálica, de un color anaranjado veteado de negro y con un brillo capaz de reflejar la luz del traje espacial de Ben como si estuviera recién bruñido. El polvo que se asentaba sobre su superficie no había sido capaz siquiera de arañar o desgastar el material. El metal brillaba con la apariencia de lo nuevo.

Nadie dijo nada, pero la intensidad del momento se palpaba a través de las respiraciones agitadas de los tripulantes del Argonauta. Carla soltó un taco.

—No me gusta nada esto. Esta no es la manera correcta de tratar a unos invitados. Hemos sido capturados y nadie ha salido a buscarnos, ni siquiera un mensaje de cortesía… la más mínima instrucción. ¿Quién diablos está a cargo de esta chapuza espacial? —Carla parecía molesta y nerviosa a la vez. Después continuó en un tono más tranquilo mientras giraba ciento ochenta grados e inspeccionaba la negrura circundante, como para verificar que estaban realmente solos— Parece que estamos sobre una nave espacial abandonada… me recuerda al viejo Chevy de mi padre que siempre está diciendo que cualquier día lo pone a punto. Lo tiene guardado en el garaje desde hace no sé cuánto tiempo. Tiene tanto polvo encima que seguramente podríamos buscar la famosa capa KT de iridio de cuando se extinguieron los dinosaurios.

Pero nadie rió la broma de Carla. Ben alzó la mano hacia delante.

—Creo que he visto algo allí... – Peter señaló hacia el horizonte, ignorando el comentario de Carla.

—Sí… es verdad… parece que son ellos – murmuró Ben – Voy a ir a mirar.

—Seguro chicos? Yo no he visto nada en la pantalla – comentó Jay, nervioso. – Voy a poner la cámara telescópica del Argonauta.

La imagen de la pantalla que retransmitía Ben se empequeñeció y quedó en el margen superior izquierdo. Su lugar lo ocupó la visión tomada desde el Argonauta. Mostraba a los tres astronautas, Ben tomando la delantera respecto a sus dos compañeros… y entonces sucedió algo. La transmisión que se efectuaba desde el traje de Ben se detuvo. Sin embargo, el astronauta figuraba aún en la imagen del monitor, congelado e inmóvil. Lo que llamó entonces la atención a Adams es que tanto Peter como Carla retrocedían y se alejaban del lugar.

—Chicos… ¿estáis bien?... Aquí el Argonauta… ¿puede escucharme alguien? Si es una broma maldita la gracia que tiene… Peter… Carla… ¿por qué habéis desconectado el audio conmigo? ¿Estáis hablando a mis espaldas? No tiene gracia. ¿Ben? ¿Puedes oírme? Estás completamente inmóvil… ¿qué sucede?

Jay no paraba de intentar contactar con sus compañeros. Su voz iba creciendo en tensión y finalmente parecía implorar. Adams sintió compasión por la angustia del tripulante del Argonauta.

Miró interrogativo en dirección a Brenda.

—Se ha interrumpido la grabación…. ¿qué sucede? Ben está petrificado y Peter y Carla han desaparecido tras un promontorio.

Brenda negó suavemente con la cabeza, pero no dijo nada.

Adams contempló la pantalla de nuevo. Allí permanecía tan solo la imagen de Ben, congelado, inmóvil… o tal vez se habían movido ligerísimamente mientras el audio sólo transmitía las súplicas crecientes de Jay. Adams se inclinó hacia delante y se aproximó a la pantalla. Entonces se dio cuenta.

Era el reloj de la misión. Figuraba en la esquina superior derecha… y su marcador de centésimas de segundo corría tan velozmente como siempre. De hecho, los segundos pasaban… y embebido contempló como incluso avanzaba un minuto. En ese momento llevaban treinta y tres minutos fuera del Argonauta y el tiempo seguía corriendo… pero Ben permanecía allí, de pie, a mitad de un paso que parecía interminable… moviéndose muy despacio… extraordinariamente despacio. Entonces Adams se percató de que el marcador de tiempo del traje de Ben, cuya pantalla subjetiva permanecía en pantalla, avanzaba a una lentitud inaudita. Las millonésimas de segundo avanzaban, pero mucho más lentamente de lo que debieran, y los segundos parecían minutos.

—Pero eso solo…. Pero eso solo…. – dijo Adams mientras su índice señalaba esos marcadores.

Adams no tenía fuerzas para expresar su opinión y debió tomar asiento, desfallecido.

—Exacto, — corroboró Brenda, que se daba cuenta que Adams empezaba a asimilar lo que significaba aquella escena— Lo que vemos es a una persona que se encuentra al borde del horizonte de sucesos de una singularidad… probablemente en las inmediaciones de un agujero negro… o un agujero de gusano… imposible saberlo, aunque

mis científicos se decantan por esta última opción. – Hizo una pausa para asegurarse que Adams asimilaba esas palabras y pudiera prestarle toda la atención a lo que tenía que añadir – Dado el contexto, estamos convencidos de que se trata más bien de una singularidad de naturaleza artificial, sin duda… de hecho, lo que me temo que estamos viendo es la puerta de entrada al interior de Ignotus.

Adams tragó saliva, incapaz de decir nada. Brenda retomó la palabra.

— ¿Comprende lo que significa esto? He hablado con el director de la NASA y he intentado contactar con altas instancias de la Casa Blanca. Les he facilitado este vídeo, pero… tengo la impresión de que la operación SHIVA sigue su curso. He hablado con distintos altos representantes de la Administración… y no he tenido respuesta. Es como si supieran algo que yo no sé, y me preocupa. Adams, es preciso detener ese ataque. Estoy convencida de ello. Es obvio que Ignotus no es un simple asteroide… y quiero que usted me ayude.

Adams observó la expresión solemne de Brenda y asintió en silencio.

CAPITULO 39

—Pero… ¿eso es factible? Parece un prodigio que nos rebasa tecnológicamente de una forma bárbara.

Adams no había podido evitar sincerarse con su mujer. Cuando llegó a última hora de la tarde a su casa sabía que debía desahogarse, y Sally era la discreción personificada. Su confianza en ella era total. Más de veinticinco años de matrimonio habían hecho que Adams percibiera a su mujer como una extensión de sí mismo, una segunda conciencia con la que consultarlo todo. Y la propuesta que le había formulado la señorita Miller era cuanto menos descabellada… aunque en esos tiempos en los que todo parecía a punto de aniquilarse sin remedio, ¿qué no lo era?

Adams asintió, pero era incapaz de verbalizar todas las ideas que pasaban velozmente por su cabeza, sucediéndose unas a otras sin que fuera capaz de retenerlas y darles una apariencia coherente. Le costaba mantener la concentración en la conversación. Su mente no podía evitar extraer todo tipo de conclusiones derivadas de la grabación que la directiva de Ramspace le había revelado.

La idea de un contacto con una civilización extraterrestre resultaba abrumadora, … pero ignoraba si el encuentro era deliberado o fortuito, un dilema, que en sí mismo encerraba conclusiones tan

dispares como inabarcables. Pero, además, si se consideraba el añadido de que Ignotus contenía una singularidad no sólo implicaba un grado de sofisticación tecnológica impensable, sino que incluso suponía que su encuentro con la Tierra ocasionara consecuencias devastadoras, por muy benignas que pudieran ser las intenciones de sus ocupantes. Incluso la posibilidad de que Ignotus albergara una finalidad bondadosa, resultaba tan esperanzadora como inquietante. ¿Implicaba eso que la humanidad iba a sufrir un proceso disruptivo en su Historia como nunca jamás había soñado que podría suceder? La superioridad tecnológica dejaba a la Humanidad entera al capricho de los tripulantes de aquella misteriosa nave. Por otro lado, pensó con angustia, podría tratarse también de un arma definitiva, una que caso de tocar la Tierra y liberarse la fuerza inherente a la singularidad contenida en su interior, provocara una destrucción absoluta del planeta. “Quien sabe si quedaría convertido en un pequeño agujero negro del tamaño de una pelota de fútbol”, consideró consternado mientras pugnaba por silenciar esas ideas que estaban a punto de ser enunciadas por sus labios. Había demasiadas conjeturas posibles y Adams era incapaz de concluir con una que terminara por tranquilizarle e infundirle algo de la serenidad que tanto necesitaban los dos.

Finalmente, Sally tomó la mano de Adams obligándolo a regresar a la realidad.

—Sí… sí, implica una capacidad tecnológica apabullante… pero… ¿qué crees que significa que algo así se aproxime a la Tierra en trayectoria de colisión? – preguntó Adams, resumiendo todas sus

cábalas en una sola pregunta.

—Poco sé yo de cuestiones astrofísicas, pero lo que sí sé es que si se trata de un agujero negro… o… algún tipo de singularidad… eso no suena muy bien. Siempre me has hablado en términos apocalípticos en relación a lo que representan. La victoria destructiva de la gravedad sobre toda la materia y fuerzas de la naturaleza. Esa es tu descripción favorita. No paras de decírselo a nuestros propios nietos, … y después yo no cesó de reprocharte que provocas que el pequeño Eddy tenga pesadillas.

Adams sonrió al recordar a Gemma y Edward abrumados por sus explicaciones científicas. Pretendía despertar su curiosidad, pero lograba todo lo contrario. Se lamentó de sus pocas habilidades pedagógicas.

—Una singularidad… sí, así es querida. – Adams sintió un escalofrío al recordar como describía a sus nietos la colosal distorsión del espacio tiempo que implicaba— Eso… tiene pinta de que sería capaz de engullir a la Tierra, de destruirnos por completo. No resulta nada tranquilizador, aunque al menos brinda una esperanza, ¿no crees? El asteroide, cuando lo considerábamos como una mole rocosa, no ofrecía muchas posibilidades de escapar a su destrucción. Pero ahora al menos contamos con una opción que antes no existía. Si Ignotus tiene al frente algún género de gobierno inteligente… todo es posible, incluida la salvación… y esa es ya una muy buena noticia.

Sally sonrió ante el intento de su marido de tranquilizarla. Adams pasó a considerar entonces otras cuestiones más prácticas.

—Y, sin embargo, la civilización que ha construido Ignotus es muy capaz de destruirnos… de aniquilarnos por completo… Ahora, si esto se hace público, nos vamos a enfrentar a una grave decisión moral, … y no sé qué partido tomar.

Adams calló, y permaneció pensativo unos minutos. Al final Sally se impacientó.

—Explícate querido, no puedo leer tu mente.

—La cuestión es que ignoramos cuáles son las verdaderas intenciones de la tripulación de Ignotus. Mientras tanto nuestro gobierno está preparando un ataque con el fin de destruir o desviar el asteroide. Brenda dijo que el gobierno no le dijo ni mu e interpretó su silencio como que ya estaban al tanto de lo que ella les había ido a contar y que incluso saben algo más, algo que no compartieron con ella. Ahora bien… ¿qué hacer? Al activar SHIVA tal vez tuviéramos una oportunidad…si las intenciones de Ignotus fueran malvadas y lográramos detenerlo a tiempo, pero y ¿si es justo al revés? Sería un desastre. – Adams hizo una pausa. Al menos había encontrado un hilo que lo liberaba del bucle de pensamientos caóticos en los que había estado enredado. — Objetivamente, con lo que te he contado hasta ahora, no hay ningún elemento claro. Su forma de secuestrar a las naves de la NASA y Ramspace no parece muy amigable… y así mismo, su ausencia de cualquier protocolo de contacto no parece ser tampoco muy buena carta de presentación… No sabemos qué ha sido de la tripulación de la Ulyses, pero me imagino que han corrido la misma suerte que las del Argonauta. Se aproximaron a una singularidad y … desaparecieron… ¿sin sufrir daño? Y… ¿a dónde fueron a parar?

Resulta una posibilidad tan descabellada como fascinante… — Adams hizo una pausa. Había un malestar persistente que ni siquiera se había difuminado en su conversación con Sally. Era plenamente consciente de su origen. — Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza una sugerencia que hizo ese chico, Jay, desde el Argonauta. Él sospecha que Ignotus está en modo piloto automático…

Adams calló. Ese pensamiento no le llevaba a ninguna elucubración positiva.

—En cualquier caso, he pedido una cita a Jerry. Este tema quiero hablarlo personalmente con él. Según Brenda ya está informado del contenido del mensaje del Argonauta, y yo sin embargo me he tenido que enterar a través de ella. Es algo que me hace maldita la gracia. Me tiene verdaderamente molesto. Una cosa es que ese jodido John Ellroy haya puesto su mira telescópica en mi mollera y otra es que Jerry me trate como un apestado. Eso lo tengo que aclarar cuanto antes. – Después su voz se módulo, dominado por la tristeza que le inspiraba esa situación. — Pensaba que formaba parte del círculo de confianza de Maddock… Le he pedido una reunión urgente. Este asunto me indigna y deprime a partes iguales.

Sally asintió en silencio y le tomó de la mano.

—Asya, Ling, Nathan, James... Cielos, espero que estén bien – murmuró finalmente Adams. Al menos la información proporcionada por Brenda abría la puerta a la esperanza. Los tripulantes de ambas naves espaciales podían estar a salvo, después de todo, en el misterioso interior de Ignotus.

Sally observó el semblante de su marido ensombrecido por las preocupaciones sobre lo acontecido con su tripulación y se apresuró a tratar otro tema.

— ¿Has pensado lo que significa ese … modo de piloto automático? Lo que nos parecen decisiones inteligentes a lo mejor no son más que programas que se ejecutan según protocolos y situaciones. En ese caso es muy posible que cuando Ignotus detecte la trayectoria de colisión con la Tierra cambie el rumbo.

Adams le dio la razón.

—Sí, así es. Pero, en ese hipotético caso… una civilización que ha sido capaz de emplear singularidades en una nave espacial, sería muy capaz de haber creado Inteligencia Artificial de una calidad y nivel que rebasaría cualquier expectativa nuestra. Para nosotros resultaría completamente indistinguible de un ser vivo inteligente y consciente, por ejemplo. Así que no, si no han contactado con nosotros es porque su protocolo no incluye ninguna propuesta de contacto convencional. Eso no resulta nada alentador, la verdad.

—Puede que estén todos muertos. Lo has pensado, ¿no? ¿Y si no existiera ningún género de inteligencia al mando?

Adams hizo un gesto con la cabeza e iba a decir algo, pero finalmente calló. Sally le miró expectante y Adams se vio obligado a expresar la idea que le rondaba.

—Hay otra cosa que me preocupa… Se trata de esta directiva, Brenda Miller. Creo que sigue enamorada de Peter Ram… y eso en cierto sentido le nubla el juicio. A veces pienso que quiere evitar a

toda costa la destrucción de ese asteroide porque cree, o al menos desea, que él siga con vida y permanezca allí. Esa idea que has expresado no quiere ni mentarla.

—El amor nos ciega… especialmente a las mujeres – comentó con una sonrisa Sally.

—En cualquier caso yo no soy más que un peón. Poco puedo hacer. Una resolución como la que implica ejecutar SHIVA escapa completamente a mi grado de influencia.

Ambos se quedaron en silencio. Fue entonces cuando Adams, jugueteando con el móvil, observó que le había llegado el mensaje que estaba esperando.

—Me voy. El jefe Maddock se ha avenido a hablar conmigo. Voy para allá.

— ¿A estas horas de la noche?

Pero Adams ya había cogido su cazadora con un gesto enérgico y pocos segundos después cerraba tras de sí la puerta principal de la casa.

CAPITULO 40

El administrador de la NASA le observaba tras la mesa de su despacho con expresión severa y reservada. A Adams no le gustaba cuando presentía que el “jefe” no actuaba como un funcionario de la agencia espacial, sino como un agente político, defendiendo los intereses de la Casa Blanca, o incluso peor, los del partido. Jeremiah Maddock pivotaba sobre una facción u otra según conviniera a sus intereses, y en un momento de debilidad interna no podía desviarse un ápice de las directrices políticas.

—Lo sé – comentó Adams sin ni siquiera haber saludado al director tan pronto accedió al despacho. Después de tantos años la confianza, los éxitos y los desencuentros compartidos permitían ocasionales libertades como esa. Sabía que estaba al margen de los canales de información relevante, y eso, además de enfurecerle, provocaba que dejara de lado cualquier género de cortesía. Con un pie en el cadalso, poco le importaban ya los formalismos hipócritas.

Adams se sentó en la mullida butaca situada frente al escritorio del presidente una vez éste le invitó a hacerlo. Después fue Jeremiah el que formuló una pregunta con un tono neutro y sosegado.

— ¿Sabe… el qué?

—Ignotus no va a chocar con la Tierra. Está tomando un rumbo

de deceleración leve y su trayectoria podría ajustarse a fin de situarse en órbita. Lo sé porque Ignotus no es un simple asteroide, sino una nave espacial a cuyo interior se accede a través de una singularidad por la cual han entrado las tripulaciones de la Ulyses y el Argonauta.

— ¿Y cómo ha llegado a ese… conocimiento? – El presidente se inclinó levemente hacia delante mientras unía sus manos, situadas sobre el escritorio, en un tenso apretón que mostraba su profundo desagrado por lo que Adams acababa de enunciar.

—Brenda Miller confía en mí, al igual que la tripulación de la Ulyses… y por lo que se ve, hasta algún miembro del Argonauta, cosa que parece ser no sucede igual en mi propia agencia espacial para la que llevo trabajando varias décadas, creo yo, con total con lealtad.

El presidente cerró los ojos despacio y una vez los volvió a abrir dirigió una mirada a Adams cargada de paciencia. No dijo nada, pero Adams, que lo conocía bien, comprendió que no estaba para circunloquios.

—Por Dios, es una fuente fiable —Adams volvió al ataque— ¿Qué más da la confidencialidad ahora? Si te preocupa la filtración descuida, nadie aquí va a saltarse el guion del gobierno, y menos yo. Me conoces bien. Pero quiero saber por qué no se dice la verdad a la población y qué plan tenemos. A fin de cuentas, mis chicos están ahí arriba. Tengo derecho a saber qué va a ser de ellos. Y te digo que estar al margen de esa información y al tanto de lo que está sucediendo me enfurece.

Adams se sentía aun profundamente dolido por el hecho de que

la agencia espacial no hubiera contado con él. La expresión del presidente revelaba claramente que no iba a negarle ninguna de esas afirmaciones.

—Sí, es verdad lo que dices – admitió al fin—. La trayectoria del Ignotus implica una maniobra de frenado y acoplamiento orbital. ¿Estás satisfecho? ¿Eso es todo?

Adams sintió alivio. Pensó en su familia, en su hijo, en sus nietos… y en Sally. Así que el farol con el que había retado al administrador de la NASA, elucubrando con el hecho de que Ignotus no iba a colisionar con la Tierra había ganado la baza. Por un momento estuvo a punto de que una oleada de euforia le dominara, un sentimiento de agradecimiento tal que, incluso si hubiera terminado la reunión en ese momento, habría sido capaz de abrazar a Jerry en un arranque de sentimentalismo incontenible. Pero no había terminado con sus preguntas. Era necesario mantener el pulso hasta el final. Sabía a dónde quería llegar y dentro de él un desbordado depósito de rabia permanecía incólume.

— ¡No! Por Dios, Jerry, ¡eso no es todo! El mundo se está desmoronando y hacéis que la gente permanezca en una mentira – se explicó Adams con vehemencia. – Todo el mundo cree que ese asteroide enorme va a arrasar la Tierra. Muchas personas están tomando decisiones demenciales y miles de millones de vidas pueden verse arruinadas. ¿Necesites que me alargue en una explicación obvia de lo que implica ese silencio irresponsable? ¿De veras?

Adams se dejó llevar por un estado de exaltación en tanto el director se limitaba a apretar los labios con firmeza. Después de unos

segundos dio una respuesta calmada.

—Es lo más conveniente – repuso.

— ¿Conveniente para qué o para quién? – Adams quería explicaciones más elaboradas, el verdadero argumento que justificara el comportamiento del gobierno.

—Para todos los gobiernos del mundo…, y, por ende, de la población mundial. Así es como parece que se ha establecido en instancias superiores, Adams. Aunque te dé la impresión de que esta desbandada es una catástrofe tal vez no lo sea. Así al menos lo han evaluado en la Casa Blanca. – El director hizo un gesto a Adams para que se sosegara – Desconocemos qué pretende hacer Ignotus una vez llegue a la Tierra, pero existe un grupo de expertos, desde hace décadas, que ha elucubrado cómo podría ser un primer contacto, y considerando lo que está haciendo Ignotus, todos son unánimes en el diagnóstico en cuanto que existe una probabilidad razonable de albergar intenciones hostiles. Me gustaría poder facilitarte copia de esos informes, pero si salieran a la luz pública ahora, el caos reinante actualmente parecería una disciplinada parada militar en comparación.

— ¿Hostiles? ¿Has dicho hostiles?

—Sí, Adams, hostiles. Toda su maniobra de acercamiento se ha efectuado sin establecer contacto, lo cual habría sido fácil habida cuenta de que existían dos naves humanas que han abordado Ignotus. Y sin embargo… ¿qué han hecho? Es imposible que cualquier señal radiofónica llegue o salga tanto de la Ulyses como del Argonauta. Un

intenso campo magnético lo impide. Virtualmente ambas tripulaciones están retenidas, secuestradas… pero resulta imposible saber nada de ellos. No es un comportamiento ni amigable ni bondadoso, ¿no crees? Te estoy enumerando datos objetivos que son los que han manejado los expertos.

— ¿Expertos? ¿Hay expertos en este tipo de encuentros hostiles?

—Del ejército, Adams, del ejército. ¿Quién crees que está gestionando esta crisis? ¿Yo?

Adams negó con la cabeza.

—Hay algo que no encaja con tu razonamiento. El Argonauta logró efectuar una transmisión, la he visto.

—Sí, y efectivamente, ha sido la última. Nos ha dejado completamente a oscuras. Nadie sabe lo que va a suceder. Divulgar esa información servirá para sembrar el pánico… un pánico que haría la ya difícil situación actual totalmente ingobernable.

Adams permanecía en silencio. Eso no aliviaba su pesar por su marginación en un asunto tan crucial. La incógnita del destino de los astronautas de la Ulyses le atormentaba. Jeremiah aprovechó sus dudas para proseguir su argumentación.

—Piensa además en su silencio absoluto. Nada de cuánto han obrado nos hace presagiar un acercamiento pacífico. Los expertos son concluyentes… y ante ese dictamen más vale prepararse para lo peor. Las directrices que está tomando la población ahora son adecuadas, dejémoslas así. Piénsalo. La dispersión de la población en refugios, el

abandono de las ciudades, el acopio de buena parte de alimentos y suministros… todo se está efectuando con un relativo orden y es una maniobra civil que interesa a los gobiernos del mundo. Mucha gente tiene esperanza que el dispositivo SHIVA va a eliminar el problema. Sin embargo, la noticia de la llegada de una nave alienígena no sabemos cómo afectaría a la actitud de la población. La mayoría llegará a la misma conclusión que nosotros. La reacción más adecuada según los expertos es la que tenemos en la actualidad. Dispersión, ocultamiento y acaparamiento de recursos… todo con relativa sangre fría. No hace falta cambiar nada.

—Así que el plan de SHIVA…

—Shiva es nuestra alternativa defensiva. Se empleará en el momento idóneo.

— ¿El momento idóneo que será…?

—Ese ámbito de decisión escapa a mi poder y a la información de la que dispongo.

La expresión de Jeremiah era paciente. Adams reconocía que estaba empezando a sondear los límites del jefe y caso de rebasarlos la entrevista podría ser contraproducente. Adams suspiró. Sentía que estaba cerca de algo, pero ahora era preciso dar un rodeo. Se calmó e intentó recapitular todo lo que sabía. SHIVA implicaba establecer una guerra con una civilización de tecnología claramente superior. ¿No era aquello un desatino? No parecía una reacción lógica. Algo no cuadraba y Adams se removió en su asiento, incómodo.

—Me gustaría estar al tanto de todo. Mis chicos están ahí

arriba. Me preocupan como al que más. SHIVA … caso de tener éxito implicará su final. – Adams negó con la cabeza. La idea de sacrificarlos se le antojaba inadmisible— Si se establece un primer contacto serán ellos los que den la cara, si es que ya no lo han hecho. Ellos confían en mí y el canal correcto de comunicación debe ser a través mío. Los he formado, los conozco como si fueran mis hijos, a todos y cada uno de ellos, comprendes, ¿verdad? Ellos confían en mí – Adams clavó sus ojos en los de Jeremiah Maddock, tan duros e inexpresivos como siempre. No le gustaba que nadie le dijera lo que debía o no debía hacer, pero Adams sabía que si callaba ahora se arrepentiría toda su vida. – Si esos muchachos dicen una palabra de más o de menos yo soy la persona que va a saber si sucede algo, si hay problemas, o si todo va bien. Debo estar en primera línea, Jerry.

Jeremiah Maddock mantuvo la mirada de Adams unos segundos que al jefe de personal de vuelo se le hizo eterna. Su semblante rígido denotaba que no le había gustado un ápice el tono perentorio que había empleado. Ningún subordinado daba órdenes al administrador de la NASA.

—Lo consideraré llegado el momento oportuno.

Adams masticó la respuesta en su interior. Conocía lo suficiente al aguerrido funcionario de la NASA como para saber que jamás cedía en una batalla dialéctica. Jamás le diría algo así como “confía en mí, te avisaremos” o cualquier otro género de promesa fácil para salir del paso. Pero tampoco reconocería públicamente un error o una equivocación por muy flagrante que hubiera sido. En los cuchicheos de la “casa” se bromeaba que si por una eventualidad,

Jeremiah Maddock afirmara que la Tierra era plana, los funcionarios de la NASA deberían elaborar un rápido plan de contingencia para convertir la esfericidad del planeta en una superficie bidimensional con la máxima celeridad posible.

—Está bien— Adams se mostró conforme, valorando que era imposible sacar ni una sola gota más de concesiones del administrador general de la Agencia.

Adams estaba a punto de irse, pero aun así había algo que no le cuadraba. Fue una inspiración súbita y pensó que nada arriesgaba ya al arrojar esa conjetura sobre el tablero de juego en el que se había desarrollado la conversación. Cerca de la puerta, con la mano en el pomo, se volvió hacia el director de la NASA y su mirada se cargó con toda la intención de la que fue capaz.

— ¿Lo habéis recibido, ¿verdad? Habéis establecido contacto con Ignotus. Esa sería la explicación más convincente de por qué estáis tan convencidos acerca de sus intenciones.

Por un momento Jeremiah Maddock enarcó una ceja. Era una estocada imprevista y Adams pudo comprender nítidamente que había logrado su propósito. Sin haber dicho una sola palabra, aquel gesto lo había delatado. Sólo duró una centésima de segundo, una fracción en la que su expresión se descompuso, pero inmediatamente la severidad y firmeza regresó a su semblante en un rictus intransigente y pétreo.

Daba igual. Adams ahora ya lo sabía.

CAPITULO 41

"Ignotus mide varios kilómetros de largo, su masa se calcula en trillones de toneladas, y encierra un poder colosal en su interior… una singularidad… va a ser el fin…va a ser la destrucción total de la Tierra, nada va a sobrevivir a eso… no hay tiempo para nada…"

Adams se despertó sobresaltado, empapado en sudor, y optó por desprenderse de la camiseta del pijama. Se levantó de la cama y se dirigió al armario donde se proveyó de otra de algodón que se apresuró a ponerse porque su piel húmeda estaba helada.

"No, eso no va a pasar. Hay inteligencia a bordo de esa especie de nave espacial amorfa. Lo que sucede es que no sé cuál es el peor de los escenarios, si un asteroide asesino o una invasión alien."

Después tomó una pastilla del armario del lavabo. Un somnífero potente. Necesitaba dormir varias horas seguidas, algo que no sucedía desde hacía tiempo. La tragó sin necesidad de beber agua.

"Jodido Maddock. ¿Qué diablos ocultas? Deben tener contacto con esa gente de Ignotus… y no han soltado prenda. ¿Tan terrible resulta?" Adams se mesó la cabeza. Era incapaz de dejar de pensar mientras repasaba la expresión de sorpresa con la que Jerry recibió su conjetura sobre el hecho de que había algún género de contacto con la tripulación alienígena de Ignotus.

La última conversación telefónica con Brenda aquella misma tarde aun reverberaba en su memoria. Había sido breve, pero le había dejado más preguntas que respuestas. Mientras descendía por las escaleras hacia la planta baja de la casa, camino de la cocina para beber un vaso de agua fría, la repasó mentalmente.

—Creo que el gobierno ha establecido algún tipo de conversación con Ignotus – había dicho Adams con la esperanza de que Brenda tuviera información que aportar al respecto— Lo que sí parece cierto es que están seguros que no va a impactar contra la Tierra. Han detectado variaciones en su trayectoria y creen que Ignotus se va a acoplar orbitalmente a la Tierra.

Brenda tardó en responder. Adams comprendió que necesitaba tiempo para asimilar esa información.

—Nosotros no tenemos evidencia de nada así, me refiero al asunto del contacto. Lo único que nos ha llegado del asteroide es el vídeo que te mostré el otro día. Lo que sí voy a hacer es comprobar con mi equipo esa modificación de la trayectoria. Es algo que algunos astrónomos han colgado en internet, pero había dado poca credibilidad hasta la fecha. Ya sabes cómo son estas cosas. Cada día sale un bulo distinto.

Después de una pausa Brenda abordó lo que le preocupaba de veras.

— ¿Sabes algo de SHIVA? Me imagino que si eso que dices es cierto y han establecido contacto con Ignotus van a abortar la misión.

—No tengo idea de qué pretenden hacer. Sospecho que han

establecido contacto… y sin embargo están dejando a la población, al mundo entero, creer que se trata de un asteroide con capacidad de provocar una devastación total. ¿Qué te sugiere eso? Mi impresión es que están convencidos de que Ignotus alberga intenciones hostiles y que el contacto que se ha establecido ha resultado esclarecedor en ese sentido.

Brenda tardó en responder.

—Pueden tener razones muy dispares para no hacer público lo que saben. La primera y obvia es creer que informar de la verdadera naturaleza de Ignotus es contraproducente. En segundo lugar… pueden estar evaluando adquirir una ventaja comparativa respecto a otras naciones.

—No entiendo.

—No lo entiendes porque trabajas para la administración pública. En el sector privado tendemos a ser mal pensados. A lo que me refiero es que mientras todos los gobiernos del mundo se afanan en salvar su culo, nuestro gobierno puede establecer relaciones diplomáticas con una superpotencia con una capacidad tecnológica impresionante. Me imagino que es la Inteligencia Militar la que gestiona esta crisis y es posible que estén planeando sacar tajada.

—Algo de eso puede estar sucediendo – concedió Adams.

Se instaló un largo silencio entre ambos. Cada cual meditaba sobre la información que habían intercambiado.

—Adams… estoy preocupada. Nos estamos olvidando de los nuestros, de los que están ahí arriba…

Brenda dejó la frase sin concluir.

—Lo entiendo perfectamente. – Adams se compadeció de la joven. Debía ser una mente brillante, pero todo cuanto acontecía superaba a todos, incluso veteranos como él, cuánto más a una joven que podría ser la mejor en su terreno, pero… ¿quién demonios estaba preparado para afrontar algo así?

—Lo comprendo. Qué me vas a decir a mí, que tengo a mi gente en dos tripulaciones enfrentadas – Adams emitió una interjección a modo de risa. – Sigo sintiéndome responsable por Ben… es culpa mía que acabara en Ramspace, en cierto sentido. Bueno… no quiero que me malinterpretes.

Brenda no respondió.

—Quiero decir que en la NASA hay unos líos internos monumentales. Mucho me temo que yo soy el siguiente peón al que van a poner en jaque.

Brenda permanecía en silencio. Adams presentía que había algo que le costaba decir. Aguardó.

—La verdadera razón por la que he contactado contigo, Adams, y he compartido todo lo que sé contigo tiene que ver con mi propia compañía. Algo no va bien aquí… y no sé… en quién confiar.

Esa era una cuestión que Adams ya había intuido. En las reuniones que había mantenido con ella siempre había estado a solas, sin ningún apoyo técnico que la asesorase, cuestión que le había extrañado. Aun así, le sorprendió su franqueza.

— ¿Qué sucede?

—Nada en particular… pero, soy la presidente ejecutiva en funciones… y no lo tengo todo controlado en Ramspace. Tal vez sean imaginaciones, … o que me estoy volviendo psicótica.

—Si me explicas, a lo mejor yo puedo unir hilos…

—Se trata del Heracles

—No sabía que hubiera un... ¿Heracles?

—Estrategia empresarial, fabricación en serie de componentes para generar economías de escala… Peter estaba convencido del éxito rotundo del Argonauta y planificó su construcción en serie. El segundo prototipo está en marcha y ese es su nombre.

Adams se sintió sobrepasado por esa información. “Caramba con Peter Ram”.

— ¿Qué sucede con él?

—Está listo y preparado para lanzarse al espacio… mucho antes del calendario previsto. Si es que no teníamos ni calendario de lanzamiento ni para dentro de un par de años ¡y me acabo de enterar que está en la torre de lanzamiento!

— ¿Lanzamiento… ahora? ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno que yo sepa. Debía estar operativo para dentro de un año y medio. Gary Shultz, el jefe de producción, ha adelantado trabajo… de hecho han estado trabajando a marchas forzadas sin necesidad. No tenía ninguna instrucción mía… ni creo que de Peter… para exigir ese rendimiento hasta ese punto. Tengo que repasar los números, pero me temo que ha comprometido la viabilidad de Ramspace hasta lo indecible.

—A lo mejor quiere quedar bien ante su jefe cuando regrese… — elucubró Adams, pero ni siquiera a él le sonó convincente esa explicación.

Brenda negó.

—No me ha dado ninguna explicación. Simplemente me dice que le gusta ser eficaz… pero para lograr eso y considerando la crisis sin parangón en la que nos hallamos inmersos, ha tenido que hacer un despliegue formidable. No lo entiendo, y eso me lleva a creer que me oculta algo.

— ¿Sospechas que no es leal? ¿Qué plan podría tener en mente? ¿Huir de la Tierra ante su inminente final?

—No, Gary no es así. Sería un plan descabellado… No, me oculta algo, pero no logro entender qué.

La preocupación de Brenda se le había antojado irrelevante en el momento de la conversación aquella misma tarde, pero ahora, de madrugada, no lograba despejar la cabeza de las sospechas que la directiva de Ramspace había compartido con él. De improviso considerar que una tercera nave espacial podía encaminarse al encuentro de Ignotus representaba una posibilidad sorprendente. Pero era un tipo de sorpresa que le causaba un gran desasosiego.

CAPITULO 42

Ben se despertó con el frescor del alba. El cielo clareaba y una brisa marina agitaba sus ropas. Estaba en una playa cuyos extremos se perdían en la línea del horizonte. Las aguas del océano embestían con furia incesante la arena, como si quisiera arrebatar la propia tierra que había más allá de sus dominios y sumergirlas en sus profundidades. Bandadas de aves marinas planeaban sobre la línea costera con un suave movimiento pendular, y a pesar de que el viento se empeñaba en apartarlas de su ruta, retomaban su camino como si los empellones de la brisa solo supusieran un leve inconveniente.

Ben frunció el ceño y oteó el horizonte. “Otro maldito lugar. ¿Cuándo acabará esto?”. Frente a él se extendía un territorio desértico de dunas arenosas, encrespadas, infinitas. Su visión desesperaba a Ben. No había dónde dirigirse. Era imposible distinguir nada más allá salvo quizás, una lejana línea montañosa que se le antojaba más un espejismo o una bruma que una cordillera real. ¿Quién podría vivir allí? ¿Por qué su guía le había llevado a aquel territorio devastado?

Cerca de dónde se encontraban había levantada una jaima de tela blanca que ondeaba con el viento emitiendo broncos murmullos con cada sacudida. En su interior, sentado con las piernas cruzadas

sobre una amplia alfombra de dibujos vivos y elaborados, descansaba el Arquitecto. Parecía meditar como un yogui, pero tan pronto se presentó Ben, deshizo la postura en la que se encontraba y se incorporó.

—Agradezco tu labor como guía de viajes… pero este tour está empezando a cansarme de veras – manifestó Ben visiblemente enojado por lo que consideraba era un viaje sin ningún objetivo— Si no me llevas junto a mis amigos de inmediato me corto las venas… y no hablo en broma. Sé que me despertaré en mi cama, o en mi camarote del Argonauta. Esta pesadilla se me está haciendo larga, demasiado.

El viejo le escrutó sin demostrar el más mínimo interés por analizar el significado de sus palabras.

—Es necesario que partamos. No tenemos muchos víveres y tenemos que llegar al poblado pronto. El desierto es terreno peligroso. Corren los Ujirs y atrapan a todos cuantos se aventuran en el interior.

Ben le miró con asco. No se creía lo que decía el viejo. Intuía que si le sucedía algo trágico lograría salir de aquel sueño o bucle que tendía a alargarse como una cinta de Moebius. Nunca había vivido… o soñado… nada por el estilo.

Emprendieron camino en sentido perpendicular a la costa, adentrándose en un sendero improvisado que se limitaba a esquivar las empinadas dunas. El viejo parecía conducirse con seguridad. Después, en un determinado momento, tras un par de horas de marcha, optó por alcanzar la cresta de una duna, de considerable altura, y cuando llegaron a lo alto se inclinó y señaló la parte baja del

lado opuesto por el que habían trepado.

— ¿Ves esa sustancia azul que se acumula en la base de la duna? – Ben asintió. – Es keybla, un néctar dulce que se forma con la escarcha y la presencia de unos insectos que abundan en estas tierras. Bestias y hombres la codician. Hay que tener cuidado con ella porque genera adicción con mucha facilidad… Hay quien dice que los propios Ujirs contribuyen a la prosperidad de esas colonias de insectos porque les procuran abundante caza.

— ¿Cómo son esos Ujirs? ¿Ojos grandes, pelaje sedoso y dan ganas da abrazarlos?

El viejo negó. Ben comprendió que no captaba su ironía.

—Insensato – le repuso, hosco.

Emprendieron el camino de nuevo y Ben aprovechó la altura en la que se hallaban para dirigir una última mirada hacia la costa. Rememoró el viaje hasta allí. El conducto de tubo acristalado los había dejado directamente en la playa, sobre un muelle sencillo, una simple plataforma de piedra clara y porosa. Al subir la marea todo había quedado sumergido. También se percató que a diferencia de las islas que había visitado con anterioridad, en ésta no se vislumbraba ninguna otra. Lo que sí descubrió, con sorpresa, era que además de un sol brillante y de grandes dimensiones, el cielo lo ocupaban varios astros planetarios. Uno emitía un brillo pálido, con un tono ocre, en el cénit. Otro despuntaba en la línea del horizonte marino, grande también, y se adivinaba que su superficie estaba surcada por franjas de distintos colores, como una acuarela de tonos pastel de trazos

enredados. Una tercera luna más pequeña brillaba débilmente, tanto que se hallaba próxima a resultar invisible. “Juraría que eso no estaba ahí ayer… ¿o sí? Tengo la cabeza cada vez peor”.

—Todo esto que vemos… toda esta serie de islas…o mundos, o lo que sea… es pura simulación informática. Sí, no te esfuerces en negármelo. – Ben aguardó unos segundos, pero el viejo no tenía intención de contestar. Proseguía su descenso de la duna ignorando sus palabras. — Ya me lo veía venir. Esos sueños que tenía… ya se lo decía al psicólogo. Por mucho que me decía que eran una manifestación de mis ansiedades y que debía adoptar una postura pasiva—receptiva para comprender lo que me sucedía, al final el puto loquero consiguió que mis neuronas se hayan venido abajo. Esto ya no tiene remedio. Estoy loco de atar. Directo al manicomio. No hay solución.

El viejo siguió ignorando sus comentarios.

—Sí, me imagino que tú eres un producto de mi imaginación, como todo lo que estoy viendo en este mundo, un efecto de mis traumas infantiles y mis frustraciones sexuales encarnadas en la forma de viejo raquítico, y perdona la expresión porque no es nada personal. La cuestión es que no sé qué clase de mensaje subliminal representa esta alucinación viajera. Tal vez se trate de una especie de redescubrimiento personal… o una revelación… Todo es raro de narices. Recuerdo pasear por la superficie del asteroide … y de pronto aparezco en una playa como si fuera un náufrago. De nuevo vuelvo a tener una laguna mental en mi vida. Mi cerebro está irremediablemente frito, kaput, finito… reseteo. Mi disco duro falla.

El viejo se volvió y le miró expectante, como si estuviera a punto de decir algo importante, pero su mirada inquisitiva estaba también cargada de sospecha y desconfianza.

—No estamos en ninguna alucinación. Estamos en Ignotus –dijo, molesto.

—Nada… no recuerdo nada más… Despertar en la playa, junto a la jungla, y al poco tiempo apareciste tú. No sé cómo he llegado hasta aquí, así que sospecho que todo se trata de imaginación, de un sueño infernal del que no consigo despertar y que carece de cualquier tipo de significado. Me imagino que tú eres una especie de símbolo… que tienes un significado oculto dentro de esta especie de simulación virtual. ¿Puedo mirar tus pupilas de cerca para ver si descubro si estamos en una simulación?

El viejo gruñó.

— ¿Simulación? ¿Qué quieres decir con eso de una simulación?

—Quiero decir que estamos en una realidad virtual… una realidad que no existe realmente. Hacer creer a mi cerebro, a base de estímulos sensoriales que, aunque estoy postrado en una cama, mi cerebro enchufado a una máquina piense que estoy aquí contigo en este lugar y en estas islas fantasiosas por las que me conduces. Tú, y todo lo que me rodea en este momento, no sois sino alucinaciones que a mí me parecen muy reales.

El viejo emitió un sonido que pareció ser una carcajada. Se volvió al camino y después de unos segundos empezó a emitir un gorgojeo que Ben interpretó como una risa.

—Tú mismo eres producto de una simulación… lo que sucede es que no eres consciente de eso – acusó Ben.

El viejo se volvió y le miró con expresión taimada.

—Escúchame bien. Tus intentos por confundirme son ridículos. Sé quién eres realmente, tienes algo que necesito y sé cómo obtenerlo.

CAPITULO 43

La caminata pronto se hizo infernal. Pese a que Ben no cesaba en insistir para que el viejo se explicara, éste no sólo se mantenía impertérrito y silencioso, sino que apretaba el ritmo de la marcha sin detenerse un segundo. Sólo esporádicamente hacía una parada para racionar la escasa agua que transportaba en un odre y que cada uno se echara un exiguo trago. Al calor del mediodía Ben empezó a temer que no fuera capaz de mantener el paso, pero las raquíticas tortas que le ofreció de almuerzo al menos sirvieron para recuperar fuerzas. No obstante, cuando reiniciaron el camino después de haber descansado unos pocos minutos, Ben notó que sus piernas estaban acalambradas y a duras penas mantenía el paso de su guía.

—Gastas demasiadas energías por tu boca – recriminó el anciano.

El camino era sinuoso, a veces difícil, porque atravesaban terrenos donde el pie se hundía irremisiblemente hasta el tobillo, en dunas de arena extraordinariamente finas. Cruzarlas suponía un esfuerzo adicional agotador. No había sombras que aliviaran el calor y ambos utilizaron sus camisas para cubrirse la cabeza y mitigar la intensidad luminosa. El viejo parecía tener un imperturbable sentido de la orientación. Su avance esquivaba las dunas más elevadas y

arremetía por los pasos más fáciles o las dunas más pequeñas. La sensación muchas veces resultaba agobiante. Parecían dos insectos flotando sobre enormes olas de un mar terso y meloso cuyas olas estaban a punto de romper sobre ellos, pero por un efecto mágico insospechado, el tiempo había sido detenido y la amenaza que se cernía sobre ellos permanecía inmóvil y silenciosa. Por eso, cuando a media tarde, y tras alcanzar la cima de una pequeña duna, descubrieron inesperadamente cercanas unas montañas cuyas cumbres brillaban con el reflejo dorado del atardecer, Ben experimentó un enorme alivio.

—Agua – clamó el viejo mientras señalaba con su dedo sarmentoso su destino, ya cercano.

Pero la alegría duró apenas unos segundos. Estaban descendiendo la duna cuando el viejo le agarró a Ben en su antebrazo con la fuerza de una prensa hidráulica. Miró enfadado al viejo, que le hacía verdadero daño con su mano que más bien parecía una garra, oprimiéndole, pero esté le instó a permanecer en silencio. Su expresión era pura tensión. Su mirada estaba perdida en el vacío. Simplemente escuchaba la quietud del desierto.

Pero no había tal quietud. Ben lo oyó, el crepitar de la arena al soportar un peso notable. Eran pasos, a buen seguro de una bestia enorme. Con un gesto instó al viejo a asomarse de nuevo a la cresta de la duna, pero el viejo negó enérgicamente. Le obligó a que le imitara. Su expresión era severa, casi bestial, y Ben se impresionó.

Entonces el viejo se tumbó en la ladera de la duna, se cubrió la cara con la camisa, y con los brazos provocó un deslizamiento de

arena. Ben, que lo había imitado, sintió como su cuerpo se deslizaba sobre la pendiente inclinada de la arena y ésta a su vez caía alrededor de él, enterrándolo paulatinamente. Comprendió que la intención era quedar completamente sepultados por la arena y que los pliegues de la camisa estaban destinados a proporcionales un poco de aire en su escondite subterráneo.

El movimiento cesó. La caída había finalizado pero el pequeño alud de arena seguía fluyendo sobre sus cuerpos, enterrándolos por completo. La respiración se hizo dificultosa, casi imposible. El aire resultaba viciado y granos de arena se introducían en la boca. Ben estaba a punto de intentar liberarse, víctima de un súbito ataque de claustrofobia, pero entonces sintió algo. Una criatura pesada se movía cerca de ellos y su peso formidable causaba una palpitación en el terreno que se propagaba hasta ellos como un pulso cercano y potente, tan amenazador como enigmático.

Se trataba de un animal muy pesado, de grandes proporciones, que avanzaba al pie de la duna en la que estaban enterrados. Sentía las vibraciones de cada paso en todo su ser, como si estuviera colocado sobre el cuero de un tambor que alguien golpeara suavemente. Comprendió que debía tratarse de un bípedo. El ritmo de cada paso era claro y la zancada larga y pesada. Los pasos cesaron repentinamente. Ben intuyó que el animal presentía su presencia, los buscaba. La bestia se había detenido cerca de ellos. A través de la exigua capa de arena que cubría su cuerpo oyó el bufido de su respiración. Parecía olisquear el aire. La arena debía ser un extraordinario medio para ocultar su propio olor, pensó Ben, mientras

intentaba respirar lo más pausado y lento posible.

La bestia se alejó, pero poco después se detuvo. Ben casi se la podía imaginar volviendo la vista atrás, como si no estuviera completamente segura de que sus presas no estuvieran allí mismo escondidas, presintiendo lo acertado de una intuición que no era capaz de verificar.

Los pasos se alejaron. Ya no podía más. De golpe, Ben se incorporó e inhaló una gran bocanada de aire. Miró alrededor. No había ninguna bestia asesina. Estaba en lo más profundo de un estrecho valle entre dos grandes dunas, semicubierto de arena. ¿Dónde estaba el viejo? ¿Por qué no salía de su escondite? Debía estar allí mismo, al lado de él. Ambos se habían deslizado duna abajo siguiendo una trayectoria paralela. Iba a gritar su nombre cuando se detuvo. Lo había oído con claridad.

Pasos… pero no por dónde se había alejado la bestia… sino por donde había llegado.

Lo comprendió.

Había otra, un segundo animal.

Intentar cubrirse de arena sería un disparate. La arena que los había sepultado se había deslizado junto con ellos y los había cubierto con la misma suavidad de la pendiente. El viejo permanecía oculto bajo su manto de arena, pero él ya no podía permanecer allí. Corrió tras las huellas de la primera bestia y se agazapó en un recodo del sendero entre las dunas. Su rastro se perdía más adelante y temía seguir avanzando y encontrarse de sopetón con ella. Se tumbó junto a

la pendiente de la duna que se servía de parapeto y se asomó ligeramente. La otra bestia debía estar a punto de emerger en el otro extremo de la duna. Quería verla.

Los pasos sonaban cercanos… la arena, mullida, crujía con cada pisada. Debía estar allí mismo… ¿por qué no podía verla? ¿Era un ser invisible? La idea le resultó tan inverosímil que casi exclamó cuando se dio cuenta de que el animal adquiría una capacidad camaleónica y su piel se mimetizaba con la arena de una manera prodigiosa. Unas huellas se estaban formando unas decenas de metros justo delante de su escondite. Ben forzó la vista, creyendo que aquello era absolutamente imposible… y entonces captó algo. Un leve contorno, algo que cambiaba de color y se camuflaba de tal manera que resultaba casi indistinguible. Era la silueta de una forma enorme, bípeda, con un cuerpo pesado. Creyó vislumbrar sus ojos de depredador, unas pupilas que miraban al frente, buscando. La cabeza era enorme y percibió su perfil cuando la bestia irguió el cuello, olfateando su rastro. Era una sombra vaga, indefinida, tan sutil que de un vistazo rápido habría sido imposible detectarla.

Ben no aguantó más. Echó a correr por el sendero, más allá del recodo que lo ocultaba de aquel ser extraordinario, evitando hacer ruido en lo posible. Era consciente que podría toparse en cualquier momento con la primera de las bestias, la que avanzaba en vanguardia. Tenía que abandonar ese sendero… pero si escalaba las dunas su rastro sería tan evidente que no tendría ya escapatoria.

Una duna pequeña le ofreció una posibilidad. Subió tan rápidamente como pudo la cuesta empinada haciendo un esfuerzo

titánico. Los pies se hundían en la arena y cada paso que avanzaba hacia lo alto su pierna se hundía hasta bien por encima del tobillo, tanto que parecía no avanzar en absoluto. Aceleró su ritmo a pesar de que los músculos gritaban de dolor. La jornada había sido durísima y aquel ejercicio final era extenuante. Pensó que no lo conseguiría. No tenía suficiente ventaja sobre aquellas bestias y si lo descubrían no tendría escapatoria alguna. Cuando alcanzó la cima miró al pie de la duna y, nervioso, buscó la imperceptible silueta del depredador invisible. Estando seguro de que el acechador aún no había doblado el recodo de la última duna, empujó con todo su cuerpo la cresta de la duna, provocando un pequeño alud de arena que cubrió sus huellas en la pendiente. Siguió provocando un deslizamiento hasta que constató que la ladera de la pequeña duna no presentaba señales sospechosas. Entonces se agazapó y se quedó quieto como un muerto.

¿Cómo se movería aquel ser ladera arriba? Si era una fiera acostumbrada a aquel ecosistema seguramente no sería tan dificultoso como le había resultado a él mismo. También consideró enterrarse de nuevo en la arena, pero la pendiente de esa parte de la duna no era tan pronunciada y si lo intentaba podría atraer la atención del depredador. Cualquier sonido en ese momento podría resultar fatal. Decidió mantenerse pegado a la arena y ni siquiera otear para ver qué hacía la fiera.

“Venga campeón… ¿no decías que esto era un sueño o una simulación? ¿A que no hay bemoles y sales ahí fuera y le das un bofetón al bicho?”

No había brisa y la naturaleza no proporcionaba el más

mínimo atisbo de murmullo o sonido con el que pudiera camuflar su huida. Debía permanecer forzosamente quieto, el cuerpo pegado a tierra, su mejilla sintiendo la tibieza del atardecer del desierto. Oyó como la bestia pifiaba, limpiando sus hoyares de arena. Se la imaginó olfateando el aire y escuchó el murmullo de sus pasos, lentos, meditados. Aquel ser se tomaba su tiempo para decidir si había o no caza en las proximidades.

Después de un tiempo que le pareció eterno, la bestia pasó.

Ben logró relajarse. Sintió todo su cuerpo dolorido y magullado hasta el agarrotamiento. La temperatura estaba descendiendo rápidamente. El sol se aproximaba inexorablemente al horizonte y si bien el contacto de la arena brindaba calor, la temperatura del aire le provocó un escalofrío. Se volvió y reparó entonces que se hallaba cerca de unas estribaciones montañosas. La duna en la que se encontraba rompía contra un lecho rocoso en el que se dibujaba, como una vieja cicatriz, un sendero que conducía a las primeras laderas empinadas de una pared de piedra.

“Era aquí a dónde me conducía el viejo chiflado… y mira por dónde me he quedado solo”

Todavía estaba valorando qué opción elegir, cuando un sonido gutural proferido por las bestias depredadoras que lo habían estado siguiendo precipitó su decisión. Descendió rápidamente por la duna en la que se encontraba y tan pronto entró en contacto con el suelo de roca echó a correr, alejándose de allí tan rápidamente como se lo permitían sus agotadas fuerzas.

La última duna quedó atrás y Ben se introdujo en un amplio valle montañoso, una barranquera flanqueada por abruptos desfiladeros formados por paredes de roca anaranjada. La piedra de la montaña estaba cuarteada, como si un martillo gigante las hubiera golpeado brutalmente hasta fisurarlas. Muchas rocas de enormes dimensiones se habían desprendido de la montaña y salpicaban el lecho del barranco, partidas con cortes limpios, desgajadas en dos o tres partes como una fruta troceada con un cuchillo afilado. La vegetación era escasa, pero los matorrales y árboles que ocasionalmente prosperaban en el lecho de aquel cauce seco hacían gala de ramajes y hojas de extraordinario verdor.

Ben siguió avanzando por un camino fácil de recorrer. Cada vez que el curso del barranco doblaba en un recodo se entretenía en mirar lo que quedaba detrás de él, esperando encontrar al viejo en cualquier momento, pero también temiendo distinguir el contorno borroso e impreciso de aquellas invisibles bestias depredadoras.

El valle se ensanchaba por momentos. Una de las paredes montañosas que delimitaban el valle decrecía en tamaño y se alejaban una de la otra hasta disolverse en un horizonte brumoso, cargado de un polvo amarillo que se tornaba anaranjado con las últimas luces del día y que, como una niebla lejana, difuminaba los contornos del paisaje haciéndolos imprecisos. El terreno se hizo más arcilloso y numerosos charcos y lagunas salpicaban un territorio cada vez más verde. Desde un promontorio observó el cielo nocturno, iluminado por una luna intensa que regaba con su claridad plateada un paraje amable y paradisíaco. Descubrió una gran laguna, bordeada por

densos juncales, que se extendía ante él reflejando las montañas con la nitidez de un espejo y más allá de sus límites se iniciaba un denso bosque de árboles achaparrados. La temperatura era fresca, pero la agradecía después de haber padecido el intenso calor diurno. La quietud del lugar embelesaba y Ben se dijo que debía buscar un buen lugar donde echarse a dormir, lo necesitaba. Bebió ávidamente agua fresca de un arroyo y se sintió reconfortado.

Sin embargo, minutos después descubrió una señal inquietante unos centenares de metros por delante. El brillo rojizo y titilante de varios fuegos nocturnos iluminaba la arboleda circundante con un resplandor mortecino. La idea de que podía estar cerca de un asentamiento humano le inquietó. Recordó las ciudades de aspecto macabro por las que su guía le había conducido, pero se sentía exhausto y confiaba en que el lugar elegido para descansar fuera seguro. Se acomodó en un lecho arenoso enclavado entre varias rocas enormes y rodeado de una pequeña arboleda, y allí descansó libre de la inquietud que despertaba en él la compañía del anciano que se autodenominaba el Arquitecto. Sus últimos pensamientos fueron para Asya en tanto se preguntaba qué habría sido de ella. Ben se durmió con un sentimiento amargo dominando su corazón.

Despertó temprano, cuando el sol apenas despuntaba sobre las cumbres cercanas. Se sentía entumecido, pero no era la escarcha matutina ni la pálida luz celeste lo que había interrumpido su descanso. Una vocinglera maraña de graznidos, incesante y caótica, clamaba a su alrededor con insistencia. Comprendió que las lejanas paredes del valle amplificaban el eco de lo que descubrió se trataba de

una enorme bandada de aves acuáticas similares a patos, aunque de un tamaño considerablemente mayor. Las aves tan pronto se posaban sobre la laguna con gran revuelo como agitaban las alas y emprendían un vuelo corto para situarse en otro extremo de las aguas oscuras. Y no sólo eran aquellas aves, similares a ánades, con plumajes coloridos y de brillos metálicos. Había muchas otras. Una gran bandada de pájaros zancudos ocupaba un extremo del lago y miraban con curiosidad y recelo la agitación de sus compañeros más escandalosos. Bandadas de aves más pequeñas y de silueta imprecisa se movían a gran velocidad sobre su cabeza, yendo de un extremo del valle al opuesto a una gran velocidad. Trinaban con cantos cortos y agudos, que contribuían al resultado de estridencia general que dominaba el valle.

Sin embargo, no fue esa amalgama de cacofonías la que alteró bruscamente el ánimo de Ben, sino las siluetas claras y definidas de varias columnas de humo que se percibían en el horizonte, más allá de la extensa laguna. Ben recordó con inquietud su determinación de la víspera. No iba a quedarle más remedio que presentarse ante las gentes que poblaban aquel lugar. Sin duda, debía tratarse del destino al que el viejo le conducía, y el pensamiento de que Asya y el resto de las tripulaciones pudiera hallarse en aquel lugar lo envalentonó. No tardó un segundo en emprender el camino bordeando la laguna.

Pronto descubrió que había un sendero que se dirigía hacia su destino. Un manantial que brotaban de las rocas junto al camino le sirvió para aliviar su sed. Se refrescó el cuerpo con aquel agua fría y cristalina. Su piel estaba polvorienta y seca por la travesía del

desierto.

Tras concluir el largo tramo que bordeaba el lago cruzó un bosque de árboles pequeños de copas redondeadas, lo suficiente espesas para tamizar la luz y proporcionar una temperatura agradable. Después de una breve caminata su expectación había crecido enormemente. Cuando llegó a la linde del bosque descubrió la evidencia de civilización que tanto ansiaba en una serie de terrenos cultivados en cuyos surcos medraban diferentes variedades de plantas que le resultaron por completo desconocidas. No se entretuvo en observar los sembrados porque unas decenas de metros por delante se arracimaba una variopinta y abigarrada hilera de construcciones, e incluso, entre aquellos edificios de apariencia artesanal pero hermosa, las figuras de personas moviéndose en su quehacer rutinario.

Si bien estaba lejos de las mismas, sí pudo percatarse de algo que le produjo un vuelco en el corazón. No eran humanos.

Se acercó al poblado con cautela. Quería asegurarse de que no lo iban a tratar de manera hostil, pero se daba cuenta de que, si se aproximaba de una manera sospechosa, ocultándose y escondiéndose de su vista, caso de ser descubierto, desconfiarían de él. Por otro lado, si el viejo le había conducido en aquella dirección, ¿no era lógico pensar que sus compañeros de viaje estarían allí?

Las construcciones estaban revestidas de una cerámica colorida en la que sobresalían el rojo bermellón, verde chillón, y amarillos intensos, y aunque también había colores más apagados la textura era

siempre de un acabado satinado muy brillante y reflejaba la luz de la mañana con viveza. Los tejados disponían de una teja pálida elaborada con lascas de piedra que no obstante relumbraba con destellos dorados. Ventanas y puertas de madera estaban pintadas igualmente con llamativos colores. Algunos edificios disponían de vistosas cúpulas cónicas de un color rojo brillante y apenas había alguna construcción que superara las dos plantas. La aldea, pues no era muy grande, resultaba vistosa, como extraída de la ilustración de un cuento infantil de estilo naif. A medida que se aproximaba el bullicio de la población adquiría sentido. Los ruidos de la rutina diaria se entremezclaban unos con otros de una manera deliciosa, el repicar metálico de una forja, las rodaduras de carromatos cargados hasta los topes, el murmullo de las aspas de un molino de viento o simple caminar de personas que van y vienen… todas esas escenas las iba descubriendo Ben a medida que sus pasos le conducían al mismo umbral del pueblo.

Fue una muchacha la primera que le descubrió. Eso dedujo Ben por tratarse de un ser de cierta apariencia humana, al menos en estatura y fisonomía, y por esbozar su semblante rasgos delicados, aunque muy diferentes a los de un humano. Permanecía sentada en el escalón de la puerta de una casa y manejaba un instrumento de cuerda, del que arrancaba una melodía dulce que acompañaba con su voz como un arrullo. No pareció inmutarse, pese a que la apariencia de Ben debía resultar extraña. Ben se detuvo y la observó con detenimiento. Sus ojos eran grandes, de un colorido azul, con un iris que cambiaba fácilmente de tamaño, como si fuera capaz de imitar la

amplificación de una imagen observada a través de una mira telescópica. Su nariz resultaba diminuta, una leve puntada sobre un semblante de mejillas anchas. Su boca estaba delimitada por unos labios finos y delicados que armonizaban con la melodía que interpretaba. Su mandíbula se extendía levemente hacia delante. Ben concluyó que siendo su fisonomía extraña no carecía en absoluto de belleza.

Ben no aguardó a que terminara su canción, sino que mostró la palma de su mano en señal de saludo y le sonrió. La muchacha… ¿era una muchacha?... hizo un gesto que al astronauta le pareció amigable. Entonces Ben avanzó despacio a su encuentro. Observó que uno de aquellos seres, más alto que él, aparecía detrás de una casa cercana y se quedaba mirándole, Ben no sabría decir si con sorpresa o curiosidad. No dijo ni emitió sonido alguno, pero poco a poco, de una manera misteriosa, la gente empezó a acudir al lugar. Ben quedó sorprendido. Era como si se estuvieran comunicando entre ellos sin necesidad de dar ningún tipo de voz. No había cundido el miedo por encontrarse con alguien tan distinto a ellos ni se había dado señal de alarma. Su aspecto era cuidado y se movían con gracia, como si temieran destruir algo precioso con sus pisadas o que un movimiento precipitado fuera causa de un posible desastre. Había una elegancia innata en aquella raza.

La muchacha no se movió, simplemente se limitó a que su melodía concluyera con un susurro apagado.

Ben no supo qué hacer y decidió presentarse. La pequeña multitud lo observaba con interés pacífico, como si observaran un

admirable evento de la naturaleza, pero a la vez completamente inofensivo.

—Hola… me llamo Ben Lantham y estoy buscando a mis amigos…. Gente como yo. No sé si han visto a personas parecidas a mí por aquí. Estaría agradecido si me indicaran si es así.

“Extranjero”.

La voz resonó en la cabeza de Ben como un eco. Se asustó. ¿Cómo era posible aquello? Realmente no había oído nada… simplemente el pensamiento había acudido a su mente. Se inquietó porque le pareció una intromisión y automáticamente la idea se desvaneció por completo. Aquella gente le miraba con curiosidad. Ben se fijó en su piel. Cada individuo tenía una tonalidad diferente, todas de colores muy suaves, y mientras unos contaban con una apariencia ocre, otros adquirían un tinte plateado y otros más atezado. Los había incluso de un pálido verde turquesa. Conforme Ben escrutaba la muchedumbre descubría nuevas coloraciones. La muchacha, una vez se fijó con más atención, mostraba el leve tono de un pálido rosa.

“Extranjero… tranquilo… amigos”

Las ideas se sucedieron en su mente sin que él hubiera invocado esos conceptos. Se asustó. Sólo podían ser ellos… pero…. ¿quién estaba hablando con él? ¿A quién debía dirigirse?

“Todos”

Ben consideró la posibilidad de que estuviera autosugestionándose. Aquella gente le miraba inquisitiva, pero no mostraba signos de alarma ni tampoco de una curiosidad exagerada.

Se mantenían quietos y expectantes. Algunos de los más pequeños se acercaron a él, como para analizarlo con sus grandes ojos y una vez efectuaban su infantil escrutinio regresaban sobre sus pasos, como si hubieran recordado de pronto un juego más divertido y este nuevo ya les aburriera.

Después, poco a poco, empezaron a retirarse. Ben estaba nervioso aún, pero la actitud tranquila de aquellos seres había ido calmándole. Pronto no quedó nadie allí, junto a él. Tan solo la muchacha. Lo observaba con la misma mirada lánguida que cuando la había descubierto cantando.

Ben pensó que tal vez sería bueno dar una vuelta por los alrededores, tal vez así descubriría algo.

“Espera”.

Había sido ella, sin duda. El pensamiento lo sorprendió. Indudablemente no había podido ser suyo. Estaba casi decidido a marcharse.

“Aguarda… hay algo que debo saber”.

Ben miró sorprendido a la muchacha. Él era un recién llegado a aquel lugar, a aquel extraño mundo. ¿Qué podría saber él que no supiera la chica? Si no hubiera sido por el viejo jamás habría llegado tan lejos.

“¿Quién es el viejo?”

La mirada de la chica se hizo más aguda. Ben notó el interés que se despertaba en ella. También la pregunta adquirió más intensidad. El pensamiento fue nítido.

“Dime… quién es él”.

Ben pensó en el Arquitecto. Su imagen vino a la memoria, tal y como lo recordaba la última vez, ocultándose bajo las dunas del desierto de aquellas bestias invisibles. Un hombre de tez morena, de edad avanzada y rostro ajado. Pensó que no sabía nada de él, salvo su extraña historia. Era el Arquitecto de aquel universo, o eso decía aquel loco.

La chica se puso en pie. Fue un movimiento rápido, felino. También notó que estaba en tensión y escudriñaba en dirección al lugar del que provenía Ben. Había alarma en la mirada. No tardaron en presentarse otros habitantes del pueblo y se miraron entre sí.

“Él tiene interés en ti. ¿Por qué?”

El pensamiento procedía de la chica, no sabía cómo, pero estaba seguro de ello, y no sabía por qué, tenía un aire a reproche. La gente se miró entre sí, sin decir palabra, y acto seguido todos parecieron adoptar una actitud común, cargada de prisa y urgencia. Ben no tardó mucho en comprender lo que estaba sucediendo. Le gente se estaba yendo. Abandonaba el pueblo con algunas pertenencias que cargaba en mochilas a la espalda. Algunos carromatos portaban un equipaje mayor. Parecía increíble que en tan poco tiempo la gente tuviera tal capacidad de movilización. Ben se maravillaba de aquella organización tan sencilla y eficaz. Entonces lo comprendió. Vivían así, siempre a punto para abandonar el poblado si las circunstancias lo requerían. Pero… ¿por qué?

La chica entró en la casa a cuya vera había cantado y salió tras

unos segundos, con un pequeño hatillo que colocó en su espalda con un elegante lazo que cruzaba su pecho. Se alejó del lugar, al igual que el resto de aldeanos. Ben no sabía qué hacer. Comprendía que esa alocución de “tiene interés en ti” hacía referencia al viejo, y cuanto más analizaba esa idea, más comprendía que estaba impregnada de un sentimiento; amenaza. Con sorpresa comprendió que las palabras que resonaban en su cabeza carecían de entonación, pero en cambio disfrutaban de una ventaja imprevista. Estaban repletas de emoción, más leve o más intensa, según el contenido del mensaje que querían transmitir.

De pronto la chica se volvió. Su mirada se dirigió a Ben, imperativa.

“Ven conmigo”

Ben dudó, pero pensó que nada tenía que perder. La voz estaba cargada de premura y a la vez resultaba perentoria, como si fuera una orden. No era un ruego ni tampoco una amenaza. Sólo le advertía que era lo mejor para él. Pensó que aquellos seres tal vez comprendieran mejor qué era aquel mundo en el que se encontraba. Parecían más sinceros y dispuestos a ayudarle verdaderamente que el viejo. Miró hacia atrás, hacia el bosque del que todos parecían huir con miedo, mientras pensaba en cómo ese ser enjuto e inofensivo podía despertar en esas gentes tanto temor.

“Qué duda cabe que un día tendré algo que contar a mis nietos”.

CAPITULO 44

El grupo era numeroso y avanzaba veloz por un camino ascendente que se adentraba en las montañas. El sendero se fue estrechando y tras varias horas de caminata se vieron avanzando junto a un precipicio cuyo fondo apenas podía distinguirse por las brumas que se arremolinaban y serpenteaban caprichosamente montaña abajo.

Ben tuvo ocasión de fijarse en la fisonomía de sus acompañantes. Los hombres parecían más altos que él mismo, no así las mujeres, que eran de una estatura similar a la suya. Sus ropas eran elegantes. A modo de túnica, cubrían todo su cuerpo en una sola pieza, de los hombros hasta casi los pies, dejando los brazos libres gracias a unas mangas cortas y amplias. La tela era delicada y suave como la seda, aunque carecía de su brillo, y sus colores eran mates pero llamativos. Sus semblantes parecían resignados, pero no una resignación marcada por el dolor o el sufrimiento, sino repleta de determinación. A pesar de lo duro del ascenso ni siquiera los niños se quejaban, sino que aquella peregrinación forzada a la que se habían visto obligados de forma tan repentina y por razones que Ben no comprendía, pero por las que se sentía culpable, no les había provocado siquiera un debate interno o una protesta.

— ¿Dónde vamos?

Ben preguntó a la chica en una ocasión en la que pudo acercarse a ella. Los avatares de la marcha la habían alejado de él durante la mayor parte del recorrido. Desconocía la razón, pero suponía que existía un débil vínculo con ella, tal vez por el hecho de que hubiera asumido la responsabilidad de invitarlo a unirse al grupo. Ahora constituía el nexo que lo vinculaba a aquel extraño pueblo itinerante.

"Un sitio secreto y olvidado… un lugar alejado de él"

Ben debió de conformarse con esa escueta respuesta que surgió en su interior como una inspiración. Le ofrecieron comida y agua y ambas le resultaron deliciosas al gusto. Observaba que, aunque no emitían apenas sonidos, sus miradas revelaban la existencia de una comunicación constante. Podía percibir cómo los padres apercibían a sus hijos para que no jugaran y prestaran más atención al camino, o cómo se organizaban para ayudar a los más ancianos con la carga cuando se disponían a atravesar un paso difícil.

El día transcurrió rápidamente. Al atardecer el aire se hizo tan frío que Ben se descubrió tiritando. Un hombre alto y de aspecto fornido le tendió una gruesa pelliza ornamentada con delicadas filigranas. Advirtió que en el resto del grupo muchos se habían pertrechado ya de forma similar. Algunos incluso se enfundaban sus manos delicadas y finas en guantes de piel teñidos con pigmentos que variaban de naranjas y marrones oscuros a otros más pálidos y marfileños.

A última hora del día Ben se sentía extenuado. Pese a que la marcha de la gente no implicaba un paso muy veloz, sí mantenía una

cadencia imperturbable. En ocasiones ascendían por tramos de grandes escalones tallados en la piedra que obligaban a un considerable esfuerzo. Ben resollaba y tenía que hacer uso de toda su voluntad para no desfallecer y detenerse.

“Aquí no han inventado los ascensores… ni los telesillas” pensó abrumado por el cansancio mientras resoplaba.

“Deja de quejarte tanto. Hasta los niños pequeños llevan esto mejor que tú” El pensamiento surgió nítido dentro de él. Una mirada intencionada de la joven indicó que era ella la que le había respondido.

“¿Quejarme? Solo era una apreciación objetiva. Y por cierto… esto de que podáis ver mis pensamientos es un auténtico coñazo. Yo no puedo controlar todo lo que pasa por mi mente”.

“Sí, eso resulta evidente… y penoso”.

Finalmente, el sendero alcanzó un altiplano y llaneó junto a extensos neveros que relucían deslumbrantes bajo el sol. Estaban acercándose a la cumbre de una montaña. La cima era empinada y la marcha prosiguió zigzagueando, esquivando los tramos nevados e impracticables, subiendo siempre hacia el último y más alto de los peñascos. Una roca gris y enorme se alzaba por encima de las cumbres montañosas cercanas y el viento empezó a soplar con fuerza tan pronto empezaron a rodear su base. Ben no dejaba de preguntarse a dónde lo conducían.

Llegaron a un lugar inhóspito. El sendero había alcanzado la cumbre de una montaña y a partir de ese momento se hundía, sinuoso,

en la rocosa ladera, conduciendo a los viajeros al corazón de un valle angosto y sombrío, encerrado entre montañas de picos elevados. Ante ellos se dibujaba una cordillera cuyas cumbres oscurecían el sol de la tarde y que se antojaban imposibles de atravesar salvo después de un largo viaje. Ben se sintió desfallecer. Sin embargo, los caminantes no detuvieron su marcha, sino que incluso aceleraron el paso. No les importaba lo más mínimo aquel paraje descorazonador y frío. Andaban en silencio, embutidos en su ropa de abrigo, con la mirada fija en donde ponían los pies.

"No te desanimes tan pronto, extranjero"

La idea tenía un tinte de humor que sorprendió a Ben. Comprendió que de alguna manera le estaban dando ánimos cuando estaba claro que se adentraban en un territorio completamente inhabitable.

El descenso era constante y ocasionalmente obligaba a prestar mucha atención para no resbalar. Una lluvia fina había humedecido la piedra que pisaban y una densa nube gris se cernía sobre ellos amenazándolos con envolverlos en un gélido abrazo. La temperatura descendía rápidamente a medida que el anochecer se aproximaba.

Estaba Ben valorando su mala suerte cuando al alzar la vista descubrió que de pronto el paisaje que tenía ante sí era por completo diferente. Fue tal el cambio que el impacto le provocó un verdadero susto.

— ¿Dónde están las montañas… el valle oscuro por el que estábamos descendiendo… dónde está? – preguntó mientras miraba en

su derredor buscando el paisaje que en el que creía hallarse sólo unos segundos antes.

En su lugar se hallaban en lo alto de una colina que dominaba un paisaje completamente diferente. Ben se detuvo y giró sobre sí mismo. Observó con atención el lugar en el que se encontraban. La temperatura no era tan gélida y algunos se despojaron de sus abrigos, guantes y gorros y sin interrupción de movimientos ni entretenerse en charlas, tomaron un camino que descendía hacia el fondo de una hondonada, un pequeño valle por el que fluía un río de escaso caudal y aguas cristalinas. Junto a él, acurrucado en un meandro del río sólo un par de millas por delante, se distinguía un pequeño poblado de una fisonomía idéntica a la que Ben había observado en el lugar del que provenían.

“Allí descansaremos”.

“¿Qué ha pasado? ¿Hemos cruzado un agujero de gusano o algo así?

“Nada de eso. Este territorio está protegido por un espejismo mental… es una tecnología que mi pueblo desarrolló en un tiempo inmemorial y que ahora apenas sabemos cómo funciona. Lo cierto es que crea la impresión al viajero que se enfrenta a un territorio por completo inaccesible e inhabitable. Nos permite mantener algunas de nuestras tierras más fértiles al margen del escrutinio de ese al que llamas Arquitecto. Pronto llegaremos a nuestro destino”.

La explicación dejó a Ben sorprendido y mientras se rascaba la cabeza miraba a uno y otro lado, intentando descubrir en qué

momento exacto había tenido lugar el milagroso tránsito de un desfiladero de montaña a un enverdecido y confortable valle.

La explicación se la había dado la joven, que le dirigió una mirada mientras las ideas surgían en su mente tranquilizándolo. “Al menos todavía puedo pensar que queda una posibilidad, por escasa que sea, que me permita tener la esperanza de que no estoy loco de atar”. Pero la idea de poder descansar en una cama en la que podría dormir con el estómago lleno alivió todo su cansancio y hasta las preocupaciones que ensombrecían su ánimo se disiparon.

“Mañana hablaremos con más calma. Es preciso que conozcas cuanto antes la historia de ese al que tú llamas el Arquitecto. Me temo que tu gente se encuentra en serio peligro”.

Ben asintió. Pensó que debía haber estado más centrado en ayudar a sus compañeros de aventura, tanto del Argonauta como de la Ulyses. Íntimamente había estado convencido que de igual manera que él había eludido los peligros de aquel mundo extraño, otro tanto habría sucedido con sus compañeros del Argonauta y la Ulyses. Pensó intensamente en Asya y se reprochó no haber sido capaz ayudarla. Evocarla suscitó una sinfonía de emociones contradictorias. A pesar que intentaba aniquilar su amor por ella y recordar que había sido rechazado repetidamente, un sentimiento de lealtad que abarcaba al resto de los integrantes de las expediciones de la Tierra se imponía, y arrastrado por ese deseo, el anhelo de reencontrarse con la mujer que amaba ahogaba cualquier intento por dejar de pensar en ella como su amante, como la mujer que más intensamente había amado en toda su vida.

La chica se volvió hacia él y lo miró con sus grandes ojos.

“No me has entendido… no me refiero a tus compañeros de expedición, sino a todo tu pueblo… toda la gente de tu mundo, ese al que llamas Tierra”.

CAPITULO 45

Ben descansó con un sueño profundo y reconfortante que le condujo a despertarse mucho más tarde que los habitantes del poblado que le acogía. Los sonidos del exterior avisaban de una intensa actividad. Una luz clara y pajiza que se filtraba por las cortinas de la ventana de la habitación advertía que debía ser una hora avanzada de la mañana.

Le habían dejado uno de los hogares del poblado sólo para él, y se sintió intimidado por su amabilidad. No quiso alterar el orden de siquiera uno de los utensilios y enseres que se disponían ordenadamente en el interior de la morada. Se encontró un desayuno servido en la mesa de la cocina y un caldero humeante sobre una cocinilla cuya lumbre ya se había extinguido. La construcción era muy pequeña y constaba de una única estancia común con cocina y un dormitorio, pero su decoración era abigarrada, cada objeto parecía haber sido elaborado utilizando materias primas de colores muy dispares, o al menos, habían sido coloreadas con pinturas de tonos muy vivos y brillantes. Todo parecía tener una utilidad o formar al menos, un acertado conjunto decorativo.

Cuando terminó de comer se asomó al exterior y observó el trabajo de aquella gente. Estaban arreglando la enorme rueda de una

noria. La habían desmontado del molino de agua cercano y los carpinteros trabajaban con ahínco eliminando las piezas podridas o en mal estado. Muchas mujeres y niños ayudaban en tareas accesorias, y a lo lejos, en una llanura que se extendía más allá del río, un grupo de aldeanos se afanaban en preparar la tierra para sembrarla. Ben se quedó anonadado viendo la determinación con la que todo el pueblo había migrado de una aldea a otra e intentaban retomar la normalidad de sus vidas cotidianas como si no hubiera pasado nada.

El sol brindaba un calor tibio y el aire de la mañana proporcionaba un frescor vigorizante. Ben quería hablar con la chica, dado que ella era la aldeana que más atención le había prestado hasta el momento. Caminó entre aquellas gentes sin que reparasen aparentemente en su presencia, salvo una niña pequeña que se empeñó en seguirle con pasos cortos y rápidos. La persecución cesó cuando su madre apareció y se llevó a la pequeña mientras le hacía un gesto de reprensión. Ningún pensamiento acudía a su cabeza. Nadie le decía nada y resultaba extraña su indiferencia. Ben se preguntó dónde estaría su anfitriona, no la hallaba en ningún sitio.

“Estoy aquí… en lo alto de la loma, junto a la linde del bosque”

Ben oteó la línea del horizonte en todas direcciones hasta que dio con lo que efectivamente, era una colina que finalizaba en las inmediaciones de un bosque. Se dirigió hacia allí presuroso. Ahora que estaba repuesto y descansado quería saber a qué se refería con la advertencia que le había hecho la víspera.

La chica vestía ahora otros ropajes, más masculinos,

consistentes en un pantalón y una chaqueta ajustadas de colores verdosos oscuros, y aguardaba apoyada sobre un arco, en una actitud que mostraba que estaba habituada a aquella forma de vestir, así como al uso del arma.

— ¿Eres cazadora?

“No hace falta que hables… el sonido es un estruendo innecesario y ahuyentas a la caza… y además no entiendo tus palabras, solo su significado en tu mente tiene sentido para mí”.

Ben asintió. Siempre olvidaba que aquellas gentes podían ver lo que pasaba por su mente con total claridad. Recordó entonces lo que le había llevado allí, pero la joven ignoró su preocupación y no le dijo nada. Simplemente le dirigió una señal para que la siguiera.

Caminaron por un bosque de vegetación rala y árboles espaciados, aunque no lo suficiente para tener una perspectiva clara de hacia dónde se dirigían. La tierra era pedregosa y seca y el camino era cómodo, con ligeras pendientes que ascendían y descendían en una suave sucesión de colinas interminables. Ben descubrió algunos animales exóticos, voluminosos, cargados con extraordinarias cornamentas, que pastaban mientras lo miraban con indiferencia, y aves que contaban alas de gran envergadura que levantaban estrepitosamente el vuelo al percibir su presencia.

“¿Qué mundo es este en el que estamos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?”

“Te llevo ante una persona sabia, que podrá explicarte. Es de los pocos que ha guardado el antiguo conocimiento. La gente de mi

pueblo ha preferido olvidar y no mirar tanto al pasado… pero hay unos pocos que no quieren perder los antiguos conocimientos…los exegetas. La gente de la aldea dice que son ilusos y los consideran un peligro. Su número decrece de generación en generación.”

“Y tú ¿a qué clase de grupo perteneces? ¿A los que quieren olvidar o los que no?”

“Yo no pertenezco a ninguno de esos dos grupos”

“Estoy preocupado por la gente con la que llegué hasta aquí… y por lo que me dijiste… también por la gente de mi planeta ¿cuál es la naturaleza del peligro que se cierne sobre la Tierra?”

“Tierra es un nombre que... me resulta curioso… tiene una lógica simple”

Después de un rato en silencio llegaron sus pensamientos a Ben. “La naturaleza del peligro no seré yo quién te la explique. Elihama sabrá hacerlo mejor”.

“Elihama… ahora que lo pienso… ¿cuál es tu nombre?”

“Agahara es como la gente se refiere a mí cuando no estoy presente en sus pensamientos. Si lo traduzco a conceptos comprensibles para ti significa el silencio que precede al alba”

“Es un nombre muy bonito… El mío no tiene ninguna belleza…Mi nombre es Ben”

“Sí lo sé… eso es lo que crees”

Ben sonrió confuso. No entendía a qué se refería la chica.

“Sí, tú crees que ese es tu nombre y tú crees que conoces tu

vida… pero tu mente es muy intrincada… mucho más que la nuestra… y dentro de tu mente hay un gran nudo que hay que deshacer para que tú mismo puedas acceder al interior de tu alma. Por eso, cuando llegaste, todos nos quedamos estudiándote, pero nadie supo cómo deshacer el nudo… Eres complicado Ben Lantham, mucho más de lo que tú mismo crees”.

El bosque se espesó y el camino, que había girado hacia la cordillera montañosa de la que procedían, se hizo más abrupto. Se aproximaban a las estribaciones montañosas cuando de pronto, tras un recodo del sendero que discurría junto al lecho de un torrente de aguas impetuosas, apareció ante la vista de Ben algo completamente inesperado.

“Eso es… increíble…. Parece… parece una nave espacial abandonada”

Se trataba de una mole gigantesca de aspecto metálico, pero también decrépita. Ben estimó que debía tener varios centenares de metros de largo. En cualquier caso, no se había posado sobre el suelo en un aterrizaje limpio. Aquel enorme artefacto se había estrellado contra la montaña hacía décadas… o tal vez siglos, y gran parte de su fuselaje deteriorado estaba ennegrecido… y también oxidado. La vegetación había invadido toda la estructura y enredaderas trepadoras camuflaban su aspecto con el del paisaje circundante. Incluso árboles y arbustos se las habían ingeniado, aprovechando cualquier saliente sobre el que se pudiera haber acumulado tierra y polvo, para germinar en sitios inesperados y socavar, con sus raíces, la integridad de la nave. Era un espectáculo grandioso y sobrecogedor en el que la

naturaleza domeñaba sin piedad una construcción que había estado destinada a surcar distancias estelares. Ben se sentía maravillado por las incógnitas que planteaba aquel mausoleo extraño y desfigurado por la voraz vegetación. Aquella estructura desvencijada narraba una historia acontecida en un tiempo remoto en el que una civilización extraordinaria había prosperado a unos niveles que para la humanidad aún resultaban difíciles de imaginar.

Caminaron ladera abajo por un terreno húmedo y sombrío, donde la vegetación se había espesado considerablemente y el aire enfriado. Las laderas más cercanas mantenían neveros que salpicaban su aspecto grisáceo con machas de blancor. Las cumbres, cuando eran visibles entre las nubes, también mostraban crestas blanqueadas por la nieve.

Llegó un momento, ya cercanos a los restos de la nave abandonada, en el que el camino se hizo más visible, seguramente por ser frecuentado, y conducía directamente al interior de la nave. Se adentraron en ella a través de una espesa masa boscosa que convirtió inesperadamente la tarde en noche. El bosque finalizó ante lo que parecía ser un boquete del casco, una gruta en penumbras, apenas iluminada por resquicios que filtraban la luz del exterior. Ben acostumbró su vista a la exigua claridad y aceleró el paso hasta lograr dar alcance a Agahara, que no parecía haberse visto afectada por el cambio de condiciones.

“Conoces bien el camino”

“Es difícil de olvidar”

“¿Qué es este lugar?... ¿Quiénes construyeron este artefacto?”

“Mi pueblo, por supuesto… hace eones… o eso dicen los exegetas. Cuenta la leyenda que fue cuando intentamos escapar del espíritu Bakala.”

“¿Bakala?”

“Tú lo llamas Ignotus”.

Pero la mente de Ben estaba dispersa en la contemplación de aquel mundo abandonado, incomprensible y por todo ello, también fascinante. Era lo último que esperaba encontrar. Cruzaron a través de una pasarela metálica cubierta de musgo sobre un gran espacio vacío. Bajo sus pies, a unas dos decenas de metros, Ben observaba los restos semienterrados de una poderosa maquinaria que languidecía entre el óxido y la abrumadora presencia de vegetación. La luz crepuscular penetraba tamizada por huecos del fuselaje que el tiempo había erosionado tanto hasta desmenuzarlo, y a través de los mismos había llegado la luz que había posibilitado que plantas y árboles siguieran devorando aquella estructura desde dentro, avocándola a la más completa aniquilación.

Ben estaba pensando en esto cuando el camino se estrechó. Se adentraban en el corazón de la nave. La luz natural dio paso a iluminación artificial, y eso sorprendió mucho a Ben, que era lo último que esperaba hallar allí, un vestigio de civilización que había sobrevivido a la corrupción generalizada. Pero conforme avanzaba por aquel maremágnum de pasadizos y raíces que perforaban aquel mundo subterráneo, la conservación de la arquitectura original de la

nave parecía mejorar, hasta que finalmente llegaron a una puerta mohosa de aspecto blindado que mantenía unos pilotos encendidos. Un cristal ennegrecido por la suciedad servía como mirilla. Ben intentó asomarse, pero Agahara se lo impidió con un gesto. Miró hacía unos sensores que había sobre la puerta y Ben se percató de la existencia de un panel de un cristal oscuro que se mantenía impecablemente a salvo de la suciedad y el polvo.

Pasaron largos segundos en los que empezó a impacientarse, pero repentinamente la puerta se abrió con un movimiento ligero y rápido, emitiendo un siseo apenas audible. Tan pronto se mostró la estancia que había al otro lado, Ben comprendió que aquella parte de la astronave había sobrevivido a la corrupción del tiempo. Se adentraron en una estancia amplia, limpia y bien iluminada. Las paredes mantenían algunos grabados escritos en un idioma indescifrable. Se hallaban en una cámara, en la que se mirara dónde mirara, se percibía la existencia de tecnologías sofisticadas, totalmente incomprensibles para Ben. Entonces varios brazos robóticos se desplegaron desde sus escondites invisibles con movimientos suaves y exhibieron dispositivos que los escudriñaron con curiosidad.

“Cierra los ojos”.

Ben hizo caso a la advertencia de Agahara y sintió que la temperatura de la habitación subía levemente. Notó la tibieza de un aire cálido sobre su piel, acariciándolo. Intuía que los brazos robóticos los estaban examinando, tal vez desinfectando. Ocasionalmente se escuchaba un leve estallido metálico y después el ronroneo de un sistema eléctrico.

“Ya ha terminado… Elihama ha comprobado tu naturaleza orgánica y te permite que accedas al interior”.

Una puerta se abrió ante ellos y entraron en un recinto abovedado, inesperadamente grande, limpio, luminoso, con una luz cálida de origen indefinido que resaltaba el espectáculo que tenían ante sí, un jardín interminable y colorido dispuesto en terrazas concéntricas a través de las cuales un sendero serpenteaba y conducía a distintos espacios acristalados, como gigantescos bulbos que hubieran emergido de forma natural y arbitraria. Ben miró hacia lo alto y observó la sucesión de distintos niveles limitados por barandas metálicas. El orden en el que las plantas y flores se desparramaban en cada recinto conformaban una belleza cargada de intención. No era la acción caótica y desordenada que imperaba en el exterior y Ben comprendió de inmediato que ese paraje incomparablemente bello debía su razón de ser a la intención de un artista de la jardinería. Una cúpula de cristal permitía la contemplación del cielo nocturno y terminó de hacerle entender que se hallaban en el interior de un antiguo y enorme invernadero.

Ben siguió a Agahara, que tomó uno de los caminos que descendía hacia uno de los bulbos acristalados más grandes. El aroma de la tierra húmeda, recién regada, le trajo recuerdos de los que no supo precisar su origen. Sus pensamientos se interrumpieron bruscamente cuando una persona, de la raza de su guía, salió a su encuentro desde una parte frondosa del jardín.

Elihama pertenecía a la misma raza de Agahara, pero sus rasgos ajados delataban su edad avanzada y sus movimientos lentos y

calculados le hacían parecer noble y reflexivo. Se plantó ante Ben y lo escrutó con sus grandes ojos negros con interés, como si pudiera ver en su interior la promesa de un cofre del tesoro enterrado en las profundidades del océano de su alma. El examen duró un tiempo embarazoso, en el que Ben no sabía qué hacer. Era como si fuera transparente y aquel ser pudiera ver a través de él limpiamente.

"Así que eres tú del que todo el mundo habla".

El pensamiento de Elihama era el más nítido que Ben había percibido hasta la fecha. Casi podría decir que sonaba como una voz distinta dentro de su cabeza.

"Así soy yo. No puedo evitar que la gente se fije en mí"

Pero Elihama ignoró su chanza.

"Sí… sin duda perteneces a una rara especie inteligente… Es fácil percibirlo… Pero es tu mente lo que nos llama la atención… está enredada… una verdadera maraña bajo la cual se oculta la verdad…"

"Eso me temo. Años de acudir a un terapeuta psicológico me ha dejado así. Cuánto dinero gastado para nada".

"Es muy posible que tú mismo desconozcas de lo que se trata… o quizás lo hayas olvidado… Lo cierto es que nunca he visto nada igual." Elihama miró a Agahara de reojo y Ben pensó que tal vez le dirigía pensamientos a ella que no le llegaban a él. Después el discurso mental se reanudó. "Sin duda tienes algo especial. Ni siquiera Agahara, que le ha dedicado incontables horas a resolver el acertijo que encierra tu pensamiento, ha logrado dar con la clave del misterio".

Agahara hizo un gesto que denotaba asentimiento.

“Es fácil percibir la superficie de tus razonamientos, pero hay algo mucho más profundo a lo que no puedo llegar. Unas tinieblas envuelven tu interior, Ben Lantham, y por lo que parece ni tú mismo puedes acceder a ellas”

Ben suspiró. Aquellas ideas lo superaban.

“Mirad, sé que puedo parecer un poco loco, un paranoico o algo así, pero os aseguro que dentro de lo que cabe soy un tipo vulgar, un poco excéntrico en algunas cosas… pero no supongo una amenaza para nadie, ¿ok?”.

El viejo Elihama efectuó un gesto aquiescente, dando a entender que comprendía los argumentos que planteaba Ben, pero los desechaba por innecesarios. Con una señal les indicó que le siguieran. Avanzaron por un túnel de cristal desde el que podía percibirse la pujante vegetación del enorme invernadero que prosperaba con vitalidad y que había sobrevivido al holocausto de la nave en la que había sido construido. Llegaron a otra estancia de aspecto confortable. El anciano les invitó a sentarse en un sillón alargado en forma de media luna desde el que podía observarse una amplia charca de aguas oscuras. En ellas prosperaba una planta similar al nenúfar y las orillas estaban copadas por multitud de otras variedades acuáticas y árboles de troncos extraordinariamente pintorescos, retorcidos y de un follaje exuberante.

“Así que has estado en presencia de él”

“¿Él?... me imagino que te refieres el que se hace llamar el

Arquitecto”

“¿Se hace llamar así?” El pensamiento sonó como si fuera una carcajada. “Tiene un implacable sentido del humor… o tal vez no lo tenga en absoluto… Has tenido suerte, de eso no cabe duda. Estás ileso. Es raro”

“Parecía inofensivo”

“Nosotros lo denominamos Atrapamundos, y sí, parece inofensivo, pero siega vidas con la misma facilidad con la que tú aplastas un insecto del camino sin darte cuenta de su existencia. Si sospechara que le ocultas algo te habría torturado hasta extraer de ti hasta tu último secreto”.

“El Atrapamundos… te refieres a él como si no fuera una persona, más bien suena a una máquina infernal”.

“Es más peligroso de lo que puedas imaginar… Su magia es capaz de muchas cosas. No lo menosprecies.” El pensamiento de Agahara sonó claro en su mente. Era una advertencia.

“No se trata tanto de magia como de una tecnología que no comprendemos” entonó el anciano con paciencia. Su pensamiento fluía como una melodía e infundía paz en Ben. “Por supuesto que no es exactamente una persona… Es difícil saber qué es exactamente… tal vez la palabra con la cual puedas entenderlo mejor es refiriéndote a él como Dios, el Atrapamundos. Mi pueblo así lo hace, al menos todos aquellos que han olvidado la historia y se han conformado con adaptarse a lo que queda de nuestra civilización.”

“¿Dios? ¿Te refieres al creador del Universo? ¿Estamos

hablando de un ser omnipotente… y me estáis diciendo que es un ser malvado?... Ahora que lo pienso, tal vez eso explique por qué mi vida siempre ha sido una porquería”.

El anciano adquirió una expresión que a Ben le pareció risueña. Agahara resopló mostrando su desacuerdo.

“Veo que no te falta sentido del humor, humano. Cuando me refiero a Dios me refiero a un Dios en todo caso pequeño, circunscrito a este lugar, pero sin duda que es omnipotente, al menos dentro de este pequeño universo en el que nos encontramos. Habrás observado las pocas luminarias estelares que resplandecen en nuestro firmamento nocturno. Según hemos descubierto, antes este planeta nuestro moraba en otro lugar de la galaxia y el cielo nocturno abrumaba con la presencia de miles y miles de estrellas titilantes”

“¿Qué sucedió para que acabarais dentro de… un asteroide?”

“Lo que tú llamas asteroide no es otra cosa que una puerta de entrada a nuestro pequeño universo, un lugar en el que todos estamos atrapados… encerrados con nuestra pequeña y cruel deidad particular”

“Eso es lo que dicen los exegetas” puntualizó rápidamente Agahara.

Ben asintió. Le maravillaba pensar que ese que se había presentado como el Arquitecto fuera un ser omnipotente.

“No sé quién es él ni lo que pretende… a mí desde luego me parece un ser inofensivo que habría podido tumbar de un buen mamporro. Al menos me había prometido que me iba a llevar al

encuentro de mis compañeros” pensó con un deje de desesperación.

El viejo asintió.

“Veo tu preocupación… pero el Atrapamundos, como lo llamamos nosotros, rara vez, por no decir que nunca, ayuda a nadie. Seguramente te estaba estudiando. Siempre hace lo mismo cuando encuentra una nueva civilización… estudia detenidamente varios especímenes”. El anciano le sonrió. “Pero él carece de nuestra habilidad para conectar el pensamiento … tuvo que hablar contigo, examinó tus reacciones y lo que decías… todo cuanto has hecho en su presencia le servirá para decidir qué hacer contigo y con tu gente… es el protocolo habitual cuando examina una nueva especie inteligente. Sin embargo, no ha intentado forzar el secreto que escondes en tu mente… si no, lo habría averiguado de una manera u otra… y créeme que no habría sido una experiencia agradable. Para él los seres biológicos son entidades por completo prescindibles”.

“¿Atrapamundos? Suena al personaje malvado de una serie de Marvel”

“No comprendo bien tu broma, pero imagino que es un mecanismo para liberar tensión.” Agahara era la que se dirigía a él con un pensamiento cargado de gravedad. “El Atrapamundos es el nombre que se le asignó en nuestro pueblo cuando nos cautivó. No sabemos cómo fue, pero la tradición asegura que un día una mancha negra como el carbón apareció en el firmamento y fue creciendo hasta acaparar por completo toda la esfera celeste. Después un nuevo cielo nocturno ilumino las noches. Uno sin apenas estrellas. Murió mucha gente en la Era del Frío… pero finalmente nuestro planeta fue

acercándose poco a poco a una de esas estrellas hasta que los hielos se fundieron y la vida renació. Muy pocos sobrevivieron a ese viaje”.

Elihama asintió solemne a esa explicación.

“Así que al que yo llamo Arquitecto es vuestro Atrapamundos. No me pareció un personaje tan poderoso y temible ¿Estáis seguro que esa historia se va a repetir con mi planeta? Resulta… muy difícil de creer”

El anciano sacudió la cabeza levemente, en un gesto que indicaba paciencia y contrariedad.

“Sí, sé que eso parece… pero no desdeñes nuestras tradiciones. Tú eres testigo de que estás en una esfera de espacio tiempo diferente a la de tu planeta”. El anciano sacudió los hombros en señal de cansancio. No le preocupaba ese asunto. “Incluso antes de saber qué pretende el Atrapamundos es crucial que averigüemos qué se esconde dentro de ti.”

“¿Averiguar qué se esconde… en mi cabeza? Por Dios, no tengo nada que ocultar. Mis declaraciones fiscales son impecables.”

El anciano le observó con atención. Ben no necesitó completar su pensamiento porque los recuerdos se expusieron en su mente sin que pudiera evitarlo. Todas sus dudas y frustraciones derivadas a raíz del accidente aéreo ocurrido en su adolescencia surgieron con fuerza incontenible. La pérdida de la memoria ocurrida en esa experiencia traumática adquiría en ese momento una trascendencia que jamás pensó pudiera tener.

“Sí, es muy conveniente aclarar qué llevas dentro de ti. Porque

una cosa es completamente segura. Lo que escondes en tu interior no es una estructura de pensamiento humano, propia de tu especie, de eso puedes estar completamente seguro. Es algo infinitamente más complejo porque, de hecho, jamás había visto nada parecido.”

CAPITULO 46

Elihama condujo a Ben y Agahara hasta un laboratorio extraordinariamente bien conservado. Ben jamás habría sospechado que la decrepitud exterior no alcanzara al núcleo principal de la nave que, al parecer, se conservaba intacto.

Tanto Agahara como él mismo curiosearon por las instalaciones, inspeccionando aparatos que ni sospechaban para qué servían, mientras Elihama procedía a hacer los preparativos en la consola de un aparato de apariencia compleja.

“Antiguamente nuestro pueblo poseía un conocimiento profundo de la naturaleza de la mente. Éramos una civilización avanzada, Ben Lantham.” Elihama introdujo ese pensamiento con la entonación del que relata una historia antigua destinada a despertar el interés de un niño. “Pero sufrimos la desgracia del advenimiento del Atrapamundos. No está claro del todo qué pasó, o cómo sucedió, pero lo cierto es que nuestro mundo acabó engullido en esta burbuja espacial en la que nos encontramos. Quedamos sometidos al poder de esa entidad que, poco a poco, menoscabó nuestra tecnología, nos diezmó y nos redujo a las cenizas de lo que somos actualmente, un pueblo errante que subsiste en el exilio. Huimos hasta de su sombra, temiendo irritarle y provocar su furia. Nuestra gente vive atada a

supersticiones y a nuevos ritos surgidos del miedo y la ignorancia.”

Ben observó que Elihama manipulaba una interfaz compleja de la que brotaban cientos de cables tan finos como cabellos y que resplandecían en una bella armonía de colores a medida que haces de luz recorrían cada filamento.

“Ven aquí, por favor, vamos a tratar de liberar el conocimiento que está atrapado en tu mente”.

“No será peligroso, ¿verdad? Tengo un par de recuerdos que me gustaría conservar… y aunque entre medias hay alguna que otra experiencia desagradable que no me importaría perder, debo concluir que en suma tengo verdadero aprecio a lo que hay encerrado entre estas cuatro paredes” enunció mientras se tocaba la cabeza con el índice.

“¿Peligroso? Lo realmente peligroso es no saber qué permanece escondido en tu interior, saber que tarde o temprano algo que no eres tú puede adueñarse de tu voluntad o destruir tu cordura. No querrás vivir con ese miedo, ¿verdad?”

“Bueno… lo cierto es que hasta la fecha no me ha ido del todo mal… “Ben miró asustado a Elihama que parecía ilusionado, dispuesto a jugar con su mente como un niño que tiene un juguete nuevo. “¿Qué podría pasarme si la intervención sale mal?”

“Por supuesto, podrías morir, Ben Lantham” repuso el pensamiento claro de Agahara. “Pero eso no sucederá. Elihama es experto en estas cuestiones”

“Gracias Agahara por tu confianza, aunque es bien cierto que

nunca me he encontrado con un fenómeno tan extraño. Te prometo que iré con cuidado” la mirada cálida de Elihama buscó los ojos de Ben para tranquilizarlo.

La aseveración de Elihama la había realizado con solemnidad y Ben sintió que cobraba confianza en aquel ser humanoide de mirada apacible. El anciano le hizo un gesto para que se acercara y se tumbara en un sillón reclinable de grandes dimensiones. Ben se encaramó con dificultad, un tanto nervioso. No estaba convencido del todo de querer saber lo que se escondía en su mente. Era cierto que posiblemente sus pesadillas y pensamientos extraños tuvieran una razón de ser lógica y estuviera a punto de resolver su origen, pero, por otro lado, poner en riesgo su vida parecía un precio demasiado elevado. “A fin de cuentas, ¿quién no tiene un mal sueño de vez en cuando? De verdad, puedo vivir con ello.”

Agahara y Elihama intercambiaron una mirada y si pensaron algo excluyeron del diálogo mental a Ben.

“¿Qué vas a hacer exactamente?” Preguntó nervioso mientras sentía como Elihama colocaba las hebras de filamentos sobre su cabeza. Pero Elihama se mantuvo en silencio. Estaba completamente concentrado. Y sucedió algo asombroso. Las hebras parecieron cobrar vida tan pronto tocaron su cabellera y se agitaron suavemente, como una caricia, hasta afianzarse en el cuero cabelludo con una vibración eléctrica. El proceso fue tan rápido que Ben no tuvo tiempo ni de comprender de qué se trataba. A medida que Elihama acercaba grandes hebras de filamentos el campo visual de Ben se oscurecía, y asombrado, comprendía que estaba perdiendo el control de su propio

cuerpo.

“Ahora relájate. Vamos a echar un vistazo a una parte de tu mente que permanece aislada del resto. Vamos a establecer contacto y a permitir que su conocimiento fluya… Relájate Ben Lantham. A fin de que la injerencia sea la menor posible tú mismo serás la interfaz de la sonda”

Pero Ben ya no podía relajarse. ¿Quería haber preguntado “¿qué interfaz? ¿qué sonda?” pero las palabras nunca llegaron a ser pronunciadas. Fue transportado a través de un túnel de luz a una velocidad increíble a un lugar extraordinariamente alejado en la distancia y el tiempo, a un instante de la historia del cosmos tan remoto que era imposible que incluso la humanidad misma existiera… ni siquiera la propia Tierra. Todo lo comprendió en una fracción infinitesimal de segundo y el conocimiento lo dejó aturdido porque la vida de Ben Lantham, que creía conocer tan bien, se desdobló inesperadamente en otra por completo desconocida, una en la que él, Ben Lantham, no era ni siquiera humano, sino otra cosa indefinible, muy distinta. Esa otra vida la descubría conforme su mirada interior repasaba una cronología imposible y se le ofrecía como imágenes que poco a poco dejaban de ser vagas a inconexas hasta convertirse finalmente en patrimonio de su verdadera memoria. En una historia. Su historia.

CAPITULO 47

Es simplemente una estrella en el cielo. Titila al capricho de las corrientes de aire de la atmósfera superior. Es una de entre los varios millares que son distinguibles a simple vista en un cielo que Ben nunca ha visto antes. No tiene ninguna característica especial que la haga diferente a las demás. No ocupa ningún lugar sobresaliente en el firmamento y ni siquiera configura alguna de las constelaciones con las que la mitología local ordena el espacio celeste. Está lejos del plano de la Vía Láctea, y aunque perfectamente distinguible en la quietud nocturna, ni resalta ni llama la atención por ninguna razón evidente.

Sin embargo, cuando Ben la observa, siente una intensa aprensión. Ignora la causa, pero allí, en la dirección en la que mira, se esconde el origen del miedo que experimenta. No la observa solo. Junto a él un sinfín de seres de contornos imprecisos mantienen su mirada fija en el mismo astro. Son como sombras suspendidas en el aire, etéreas, fantasmales, como una proyección holográfica incapaz de manifestarse, una vaga silueta de una abstracción corpórea.

Es un extraño conciliábulo en el que ninguno de los presentes dice nada. En el silencio todos entienden un mensaje inefable. La comunicación fluye como una avalancha de conocimiento. Ben lo

comprende entonces en un segundo en el que su punto de vista cambia inesperadamente. De pronto es como si estuviera cerca de la estrella a la que prestaba atención y observara su agitada atmósfera, cargada de llamaradas infernales, de largos filamentos que agitan el espacio exterior con violentos restallidos, como la larga cola de un látigo de fuego azotando la turbulenta atmósfera solar. Pero no sólo se trata de su superficie gigantesca, bullente y azulada, sino que es la propia estrella la que se convulsiona, la que palpita víctima del ataque de un enemigo tanto o más poderoso que el propio astro, la gravedad, capaz de destruirla en un abrazo invisible y mortal. La palpitación alcanza un nivel crítico. La estrella se expande y se encoje de una manera que resulta inconcebible, y de pronto, tras una última y brutal convulsión, estalla en un blancor que ciega. Inmediatamente Ben siente como es alejado de aquel lugar, y desde otra distancia prudente, vislumbra el espectáculo de una supernova en pleno proceso explosivo, una estrella disolviéndose en la negrura del espacio en una confluencia de colores y luces, como una pintura derramada sobre un tapiz negro que es capaz de adquirir formas y tonalidades imprevistas, como una joya que cristalizara ante sus ojos en un caprichoso milagro de la naturaleza, adquiriendo facetas calidoscópicas con colores que un segundo antes no existían.

Pero no es un espectáculo maravilloso. Aquella luz, aquella energía infernal, va a barrer todo el espacio circundante en varios años luz a la redonda. Ben lo entiende con claridad, porque aquella explosión es su sentencia de muerte. No puede explicar cómo, pero lo sabe, al igual que todas las demás sombras que pululaban

lúgubremente a su alrededor. Todo su sistema solar va a ser arrasado. Sus mares y océanos se evaporarán sin remedio e incluso los vapores se perderán en el espacio exterior porque la avalancha de energía y partículas será tan poderosa que despojará de la atmósfera hasta la última molécula de aire barrida por una radiación letal. Todo su mundo quedará reducido a una luna yerma, inhabitable, negra como el último rescoldo de una hoguera que ha consumido todo su combustible. Y aquellos seres fantasmales, sombras de sí mismos, conocen su triste final. Deambulan en silencio, como almas en pena, mortificados por la certeza de su fin inevitable.

De pronto Ben adquiere conciencia de que se ha quedado solo en medio del gran mirador circular que ha sido su lugar de observación. Se enclava en lo alto de una torre blanca desde la que se vislumbraba en el horizonte dorado la primera luz del alba. A sus pies se extiende la ciudad flotante, y más allá, en toda la circunferencia que abarca su campo visual, un océano infinito que, pese a su belleza, no le ofrece ningún consuelo.

CAPITULO 48

Ben asiste a un importante conciliábulo. Está presente y es como si realmente estuviera allí, pero en lo más íntimo de su ser comprende que es una vivencia implantada, un recuerdo que no es suyo… que ni siquiera es humano.

La sala, circular y enorme, reúne a un sinfín de sombras que, solemnes y silenciosas, observan desde la grada un debate singular. No oye las palabras de los ponentes porque las ideas se manifiestan en su mente en un interminable bullir de información y emociones, tan pronto termina una le sigue otra. Pese a la quietud de los presentes, los ánimos se enfrentan en potentes ráfagas de ideas que pugnan, invisibles, para dominar las mentes de los que asisten al debate.

Destaca una corriente poderosa y tranquila de fondo a la que Ben presta atención. La propician los que ya no temen a la muerte porques se han cansado de vivir, o al menos, de vivir la vida que conocen. Su longevidad les permite hablar con naturalidad del paso de los eones, pero sus mentes envejecidas desean un merecido descanso final. No ofrecen verdaderamente un argumento, sino que su discurso radica en su palpable ausencia de voluntad de sobrevivir. Admiran la fatalidad de lo inevitable y toman el acontecimiento catastrófico que se avecina como una señal del agostamiento de su civilización. Como

todo en el Universo, también su especie ha madurado lo suficiente y ahora es tiempo de partir, de dejar espacio a otros y poner fin al indudable don de la existencia. Estos asisten pasivamente al debate que enfrentaba a otros bandos, los que aun pugnan por no rendirse.

Los que aún manifiestan su fe en la lucha argumentan con frenesí, pese a que sus sombras no exteriorizaban el gran movimiento de ideas y datos que ocupan sus razonamientos. Ofrecen alternativas diversas, pero todas se demuestran insuficientes. Los adversarios derriban las construcciones de sus contrincantes, que a su vez hacen lo propio con las alternativas planteadas, mostrándose unos a otros en qué fallan sus postulados. Los ataques se suceden sin tregua. Ben se siente agobiado al percibir que no hay salida, que incluso las mejores soluciones sólo permitirán que se salve un mínimo porcentaje de la población. La constatación permanente de ese resultado insatisfactorio contribuye a que el ánimo predominante se hunda en la triste desesperación de los que ya se han rendido.

Ben experimenta la pesadumbre de la impotencia. Es una certeza triste. No sólo se trata del conocimiento de la cercanía del fin de su larga existencia, sino del descubrimiento de una idea reveladora. El reconocimiento de que la propia muerte se percibe más como un alivio que como una desgracia. A su alrededor, muchas de aquellas manifestaciones etéreas comparten esa misma visión. Es como el anciano que comprende con paz que el fin de sus días es un mal necesario.

El debate cesa súbitamente. Ha llegado un nuevo ponente que, situado en el proscenio enclavado en medio de la gran cámara

circular, empieza a mostrar sus argumentos. En la mente de Ben fluye una magnífica colección de ecuaciones que se muestran deslumbrantes y coherentes. La admiración cunde entre toda la multitud y se impone un silencio reverente. Nadie es capaz de atacar la propuesta, ni siquiera los que se han manifestado como críticos más activos. Los números y símbolos brillan con un resplandor áureo, y a medida que su constructor juega hábilmente con sus enunciados, haciendo y deshaciendo equilibrios cargados de ingenio, interconectando sistemas que nunca antes han sido relacionados, surge la proposición clara de una hipótesis tan formidable como revolucionaria. Las ecuaciones brillan con más intensidad, en un crescendo emocionante y rítmico que culmina en un postulado que refulge con tanta intensidad que apaga, en una nube de polvo dorado, el resto de los sistemas que han sido empleados como teoremas iniciales, de la misma manera que el constructor que retira los andamios de una obra escultórica impresionante ya concluida y muestra al mundo la limpia brillantez de su creación.

La ecuación final impone un silencio incontestable. Ben sabe que todos han seguido con la máxima atención el desarrollo de la exposición matemática. El espíritu crítico que ha servido para derribar todas las tesis propuestas con anterioridad ahora es incapaz de provocar siquiera un arañazo en la bien construida argumentación lógica que acababa de ser expuesta magistralmente. Ben presta atención al ponente. Su halo es más intenso que ningún otro. Permanece radiante, cargado de energía y seguridad, sabedor de que el poder que ha expuesto en la sala lo erige a él personalmente en un

Salvador, en el personaje que permitirá a su civilización subsistir un ciclo más y perdurar y así prolongar sus existencias hasta el mismísimo y remoto final del propio universo.

CAPITULO 49

El Consejo Principal lo integran unos pocos escogidos, los espíritus más brillantes de la civilización. Sus mentes ostentan una capacidad crítica como pocas. Incisivos en sus argumentos, desarrollan con una lógica despiadada los pros y los contras del complejo plan que se dibujaba en sus mentes con una prodigalidad de detalles que maravilla a Ben.

Ante su mirada toma cuerpo una estrategia que desborda su imaginación, un plan destinado a conseguir un imposible, algo que jamás inteligencia alguna ha soñado con poner por obra, siquiera en las imaginaciones más fantasiosas. Un plan destinado a salvar no sólo un mundo, sino un sistema solar completo… incluso más, mucho más. La mera idea le provoca un estremecimiento.

El conciliábulo debate sobre las tecnologías que se habilitan con el enunciado de física cosmológica que el Salvador ha esbozado. Sus conclusiones, que ya nadie discute, proponen un paradigma revolucionario que habilita una manipulación del espacio tiempo con unas posibilidades omnipotentes. Ben observa los gráciles movimientos de los ponentes, sombras indefinidas cuyas palabras se transforman en leves destellos, ondas de luz que contienen ingentes cantidades de información. Lo asombroso es que él mismo participa

del debate, comprende los argumentos expuestos y los rebate o refrenda según el caso. La conversación, animada e incesante, transcurre en un silencio solemne en el que sus participantes danzan en una coreografía de movimientos elegantes tras los cuales sus propuestas resplandecen suspendidas en el aire como gráciles ecuaciones que se desvanecen tan pronto son sustituidas por otras nuevas más acertadas esgrimidas por un adversario.

Poco a poco se acotan los intervalos en los que se dirimen los problemas irresolubles. Si el medio por el que se podría lograr la salvación de Lilivel consiste en precipitar el planeta en una burbuja de espacio tiempo a la cual se accedería a través de una singularidad, la contención de dicha burbuja y su estado de equilibrio permanente requiere de un sistema de control e inteligencia que supera su capacidad. La conclusión resulta inapelable. Hace falta delegar el control de aquel pequeño universo refugio a las habilidades que sólo una mente artificial es capaz de satisfacer.

Este enunciado detiene el debate como por ensalmo. El espacio que ha servido de agitado escenario donde se exponen argumentos y críticas queda despejado. No se dibujan nuevas ideas ni ecuaciones y las sombras permanecen quietas, como si de pronto el tiempo hubiera dejado de existir y la animación dorada que hasta hacía unos instantes resplandecía suspendida en el vacío se hubiera apagado irremisiblemente. Ben puede sentir como cada individuo permanece absorto en sus propias elucubraciones, sin que nadie sea capaz de esgrimir argumento alguno. La emoción que los embarga es clara, porque él mismo está visiblemente atemorizado por lo que la

conclusión expuesta implica. Una mente artificial es un logro que su civilización había descartado eones atrás, cuando las torpes tecnologías de sus ancestros los condujeron a confiar en ellas y en su indudable potencial para dirigir la sociedad. El resultado había estado a punto de propiciar la completa extinción de la especie. Desde entonces la desconfianza por las tecnologías capaces de emular una mente habían sido descartadas y sus códigos prohibidos.

Después de unos minutos de silencio, que parecen ser horas, una sombra se mueve. Ben la reconoce. Es el Salvador, el mismo que ha expuesto la teoría revolucionaria en la gran asamblea de representantes. De nuevo su silueta se mueve grácilmente y a medida que su diáfana luz etérea recorre el proscenio, el aire se carga de símbolos refulgentes que caen en cascada, dejando a su paso líneas y líneas de código repletas de ideas. Poco a poco un diagrama va cobrando forma. Se trata de un esquema complejo bajo el que subyace una idea muy simple. Es un arquetipo de cómo podría mantenerse el control, de cómo sujetar a la mente artificial que dominaría por completo el espacio burbuja en el que toda su especie hallaría refugio. El poder de cómputo recaería en la mente corpórea fabricada a ese efecto, pero ésta estaría sujeta por un delgado e invisible hilo de control con un Navegante que se hallaría a salvo de su poder situado en el exterior del espacio burbuja. Sería un alma alejada del resto de su especie, inmolada en la soledad durante eones, el tiempo necesario para reubicar el sistema solar en una zona de la galaxia que se estimara conveniente. Durante ese periodo de éxodo, el Navegante dirigiría el tránsito de la singularidad a través de vastas regiones del

espacio y conduciría a su pueblo a un nuevo enclave galáctico libre de peligros.

Los asistentes contienen sus críticas. Ben observa cómo algunas sombras se mueven alrededor de la conjetura que brilla con símbolos áureos, suspendida en medio de todos ellos, pero nadie se atreve a borrarla porque todos conocen la imposibilidad de sustituir esos argumentos por otros.

Poco a poco los asistentes abandonan la sala sin agregar juicio alguno a la exposición suspendida en el aire en medio de ellos. Sólo un valiente puede enfrentarse a ese enunciado. Llega un momento en el que sólo él mismo y el Salvador permanecen quietos y en silencio ante la frágil cascada de textos y números que se interpone entre ambos.

Para sorpresa de Ben, es entonces él mismo el que completa la figura. Con un leve movimiento de su voluntad un imperceptible haz de luz se incorpora al cuadro general, y en ese instante el conjunto de ecuaciones resplandece con un brillo más intenso porque acababa de ser completado.

Acaba de inscribir su propio nombre reemplazando a la incógnita y el sistema queda satisfactoriamente resuelto. Él será el Navegante, el elegido para dirigir aquel extraordinario viaje a través del cosmos. Pero también descansará sobre él una pesada carga. Será el instrumento que vigilará el correcto uso del poder cuasi divino que radicará en una mente artificial. Permanecerá fuera de la singularidad, a salvo del poder omnipotente contenido en su interior, excluido por la eternidad de todo contacto con sus semejantes. Desde su exilio

deberá dominar los hilos que controlan el poder de un dios.

CAPITULO 50

Brenda paseaba nerviosa en su despacho. Estaba tentada de encender un cigarrillo, pero no quería caer en ese ridículo convencionalismo que delataba debilidad de carácter. Dominaría sus nervios. Sus pasos le llevaron al ventanal desde el que contempló los rascacielos circundantes. El día gris y mortecino no era capaz de conseguir que la ciudad resplandeciera con su habitual brillo, toda una metáfora de la pujanza y actividad perdida. Las calles medio vacías junto con el poco tráfico que languidecía en sus calzadas inspiraban el anticipo de un desenlace fatal. Por más que mirara en una u otra dirección no encontraba una pista de lo que debería hacer, de emprender lo que se suponía se esperaba de ella. Y, por si fuera poco, su mando sufría un conato de rebelión inspirado por Gary Shultz, cuyos objetivos y pretensiones desconocía por completo. Su actitud hacia ella resultaba tan inescrutable que sus intentos de obtener información de lo que planeaba tropezaban con una coraza impermeable. No podía ni adivinar cuál era la razón de sus acciones, pero le parecían las propias de un hombre que ha perdido la razón. Echaba en falta a Peter como nunca, y no sólo por razones sentimentales.

Aunque Brenda reconocía que en buena parte sí sospechaba

cuál era el fondo que empujaba a Gary a obrar como lo hacía. En el fondo, él la despreciaba. Gary había ayudado a construir Ramspace Limited desde sus comienzos. Originalmente había sido la mano derecha de Peter. Cuando ambos emprendieron la construcción de la formidable industria espacial eran socios en igualdad de condiciones. Sin embargo, el talento de Peter empezó a despuntar. Sus soluciones y el ritmo al que iba imponiendo sus patentes descolgaron a Gary de la carrera por mantenerse codo con codo con su socio. Había un genio en Ramspace Limited y no era Gary Shultz. Sin embargo, su posición como segundo de a bordo nunca quedó en entredicho.

Al menos así fue hasta que ella llegó a la corporación. Cuando Brenda fue fichada por Peter para convertirse en su ejecutiva favorita Ramspace tenía otro tipo de problemas que resolver que ya no incumbían exclusivamente al aspecto técnico y científico, que era el terreno en el que Gary destacaba. Sobre la mesa de Peter Ram se acumulaban expedientes de otra índole. Licencias, normativas, leyes y reglamentos, solicitudes de patentes, salida a bolsa, préstamos y líneas de financiación… además del escepticismo de un gran número de políticos que no confiaban demasiado en los sueños estelares de ese pujante emprendedor hispano. Peter comprendía que necesitaba refuerzos en ese frente y descubrió que Brenda Miller era una persona inteligente y con carácter, trabajadora incansable que, para contrarrestar el hándicap de su feminidad y su juventud, doblaba el valor de su apuesta en capacidad de trabajo y ambición. Sabía ser firme y tensar la cuerda de una negociación hasta un grado intolerable y mostrarse flexible cuando una situación compleja requería

imaginación y diplomacia. Era una negociadora nata, un talento natural. El crecimiento vertiginoso de Ramspace Limited dejó a Gary en segundo plano.

Tras su irrupción en la compañía, Gary quedó desplazado a un puesto importante, pero irrelevante. El jefe científico de Ramspace Limited ya no participaba en la dirección de la compañía. Controlaba todos los aspectos técnicos de los proyectos en curso. Tenía carta libre para planificar y organizar en el terreno de la ingeniería y la ciencia, pero comprendía que las decisiones importantes ya no se libraban en su despacho. De hecho, ni se contaba con él en muchas ocasiones y se enteraba de las dificultades por comentarios y circunstancias que denotaban la escasa relevancia que tenían ya sus opiniones. Para colmo, su ritmo de trabajo lo imponía la gente del despacho de Brenda, que controlaba presupuestos, financiación, ampliaciones de capital, licencias y normativas.

Y Brenda entendía que ahora que Peter no estaba Gary se estaba desquitando y gobernaba su área con despotismo. Sin la batuta del presidente de la compañía, Gary había tomado decisiones propias, emprendido inversiones sin consultar con ella, y mantenido operativa la plantilla de ingenieros y operarios a toda costa, como si todo lo que estuviera aconteciendo con Ignotus no fuera con ellos. Había impuesto un ritmo de trabajo frenético y desquiciante que amenazaba la supervivencia financiera de Ramspace Limited, siempre que Ignotus lo permitiera.

Llamaron a la puerta.

Gary Shultz entró. Alto y desgarbado, parecía que el peso de

los hombros lo inclinaba hacia delante y le hacía parecer cabizbajo, como si una pesada fatalidad ensombreciera su carácter. Su sonrisa fue tímida. Con grandes pasos se acercó a la mesa de Brenda y tomó asiento según le invitó la ejecutiva. Le miró con sus ojos claros en una expresión interrogante.

—Bueno, Gary, creo que esto ha llegado demasiado lejos.

El científico le miro con gesto ausente.

—Me refiero a lo que está llegando a mis oídos – se explicó Brenda, con la voz más solemne que fue capaz de tomar— Me parece bien que el equipo haya seguido trabajando… pero he repasado las facturas, Gary, — comentó mientras tomaba un fleje de papeles en los que se veían largos listados — y es un completo disparate. Para mantener el ritmo de fabricación del Heracles, Ramspace Limited ha tenido que desembolsar sumas ingentes para hacerse con materias primas y material que en la fecha en la que estamos, y bajo la presión que sufrimos, tienen precios desorbitados. Has comprometido toda nuestra tesorería y nuestra capacidad de endeudamiento. Es del todo inadmisible. Jamás habría autorizado estas operaciones de haberlo sabido. Sin embargo, sin tener en cuenta nuestros límites presupuestarios, has forzado a los proveedores a mantener e incluso aumentar el volumen de suministros. Has triplicado el importe de nuestro crédito. Esto es… simplemente inasumible.

—Hemos seguido trabajando según el plan previsto, eso es todo.

—No, Gary. No me mientas. No estáis siguiendo el cronograma

previsto. Lo habéis adelantado. Desconozco el motivo, aunque me puedo imaginar las razones. ¿Complacer a Peter? ¿Demostrar que bajo tu dirección la industria puede funcionar de una forma más eficaz? Me da igual la estúpida razón que explique ese comportamiento. Lo cierto es que debe parar, y ya mismo. No estamos en condiciones de afrontar esos pagos. No niego tu talento científico, ni tu capacidad de trabajo, pero lo que no comprendes son los límites financieros, que has sobrepasado con creces.

Gary sonrió enigmáticamente ante estas acusaciones y se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su asiento, pero sin decir palabra.

—Observo – dijo Brenda mientras tomaba unos papeles que había estudiado concienzudamente y que permanecían esparcidos sobre su mesa —que has doblado turnos, pagado ingentes cantidades de horas extra y prácticamente agotado los fondos de reserva de la compañía. Has ordeñado la liquidez de la Ramspace hasta no dejar ni gota. Tenemos compromisos de pagos inasumibles de aquí a dos años. ¿Cómo crees que vamos a poder hacer frente a esto? ¿Cómo no se te ha ocurrido consultarme todo este dispendio? Sí, ya sé que a lo mejor Ignotus nos envía a la mierda a todos, pero yo debo seguir gobernando este barco pensando que esa eventualidad no se dará.

Gary se limitó a encogerse de hombros.

— ¿Eso es todo, Brenda?

Brenda enarcó una ceja, enfadada con la actitud de menosprecio del científico.

—Y ahora me ha llegado a mis oídos ese estúpido rumor. ¿Quieres mover el Heracles a la torre de lanzamiento? ¿Pero qué pretensiones tienes? No hay equipo formado para ese vuelo… y mover ese artefacto por capricho es un gasto y un riesgo inasumible. Creo que sabes que no lo voy a consentir. Ya está bien. Exijo que detengas todas tus maquinaciones. Ahora mismo tengo que procurar que este gasto exorbitante y fuera de control no tumbe a la compañía y la lleve a la quiebra. Tengo que pensar que Ignotus no va a destruir el planeta y que todo va a seguir igual. Al menos me gustaría que pensaras de la misma manera y actuaras como un hombre responsable.

Brenda observó que por primera vez la expresión de Gary cambiaba. De la indiferencia dio paso a una firme resolución. Su expresión se afiló, sus ojos se entrecerraron y sus labios se apretaron. No era el científico torpón que siempre había conocido. Sus ojos brillaron con el anticipo del triunfo, como si disfrutara realmente de ese reto al que estaba siendo sometido.

Pero no dijo palabra. Se limitó a ponerse en pie y abandonar el despacho de Brenda con una dignidad en su porte que no había mostrado al llegar. A Brenda le indignó esa actitud condescendiente y se dirigió a él en tono recriminatorio.

—Peter hizo muchos sacrificios en la empresa para conseguir superar multitud de obstáculos. No puedes despilfarrar alegremente los recursos de los cuales depende Ramspace Limited. No lo consentiré.

Al oír estas palabras Gary se detuvo en seco, y se volvió lentamente hacia la ejecutiva. Su mirada estaba cargada de severidad,

casi de furia.

—Peter hizo muchos sacrificios, sí, pero ni te imaginas cuáles son sus razones. Yo también pensé que conocía a Peter… y en cierto sentido me ha defraudado, es verdad, no lo negaré. Pero en una cosa te equivocas por completo. Crees que conoces muy bien cómo es esta empresa porque dominas sus finanzas… pero no olvides que sus fundadores fuimos Peter y yo. Y siempre nos animó el descubrimiento y la innovación. Ramspace Limited es mucho más, muchísimo más de lo que imaginas, jovencita.

CAPITULO 51

Últimamente Adams pasaba horas en su despacho sumido en un estado de abstracción en el que dejaba la mente en blanco, como en espera de que una idea brillante lo deslumbrara. Pero sólo quedaba el poso de siempre, incertidumbre y miedo.

Había decidido alejarse activamente de los vocingleros medios de comunicación y aún más de los histerismos de las redes sociales. El clima de alarma y sensacionalismo era insoportable. La situación estaba fuera de quicio y el cúmulo de barbaridades y crímenes parecía no tener fin. Asaltos, robos, escasez, racionamiento… todo era absurdo. La gente estaba haciendo acopio no para una semana o dos, sino por años. Los alimentos enlatados se vendían como artículos preciosos. Los supermercados habían sido literalmente saqueados y el gobierno hacía lo imposible por controlar el racionamiento. Los tiroteos entre asaltantes y la Guardia Nacional que custodiaba las cadenas de suministros eran habituales. Pronto se hizo necesario establecer convoyes militares en los que se transportaba alimento a las ciudades.

Y otro tanto sucedía con cualquier bien que fuera susceptible de pensar que podría ser necesario en un hipotético refugio “antimeteorito”. Las ferreterías se vaciaban de existencia y los clientes compraban destornilladores por docenas. Generadores eléctricos, depósitos para combustible, … cualquier bien de equipo que

compraba un cliente era inmediatamente adquirido por todos cuantos lo veían. Y Adams prefería no pensar en el mercado de armas. Las armerías se habían vaciado. Todos daban por hecho que se aproximaba un periodo de subsistencia donde habría que matar para mantenerse vivo. Sally y él intercambiaban miradas de perplejidad cada vez que, sin quererlo, una de las habituales interrupciones informativas de "última hora" se intercalaba en la película que estuvieran viendo.

— ¿Qué sabemos de Sonny y Amanda? ¿Los niños están bien?

—Llevo varios días sin saber de él. Iban al oeste, ya sabes… Adquirió un terreno y pretendía construir un refugio. Es lo que se ha puesto de moda ahora. Creo que están dejando las Rocosas como un queso de Gruyere.

—Pero Adams… ¿no deberían decir la verdad? – Sally suspiraba profundamente al abordar ese tema. Lo habían discutido con frecuencia, pero Adams siempre imponía el mismo criterio.

—Están convencidos que Ignotus no alberga buenas intenciones, cariño. Tal vez si alertáramos sobre esa circunstancia el pánico sería incluso mayor. Ya han hecho simulaciones y el grado de violencia que se desataría dicen que volvería la situación más peligrosa. Personalmente no lo entiendo. Ahora la gente está dividida. Cada cual busca su propia supervivencia. Pero ante una invasión extraterrestre la gente debería colaborar y luchar unida frente a un enemigo común. No entiendo la postura del gobierno. Algo se me escapa y no alcanzo a entenderlo.

— ¿Qué crees que puede ser? Al oírte hablar así tengo la impresión que no te han contado todo lo que saben.

—El cabrón de Jerry no soltó prenda… pero te aseguro que no me gustó nada la expresión que puso cuando lo pillé en un renuncio. Hay algo terrible oculto que no me quiso revelar. No me da ninguna buena espina. Ojalá fuera de otra manera.

Adams chasqueó los labios. Era un tema sobre el que su mente había girado una y otra vez, como en el trazo que crea un torbellino, repitiendo siempre los mismos razonamientos y llegando a las mismas conclusiones.

—Si Ignotus no impacta contra la Tierra el gobierno presupone que tendrá a buena parte de la población armada, pertrechada y dispersa para sufrir una probable invasión.

— ¿Y cuánto tiempo falta para que los misiles se lancen?

Adams sabía que era una respuesta que Sally conocía sobradamente. Todos los servicios informativos tenían un reloj insertado en un margen de la pantalla con la cuenta atrás para el evento.

—Apenas cinco días, — musitó.

Se quedaron en silencio viendo las noticias. Todo estaba dicho. A su alrededor su mundo se desmoronaba y cuando Adams observó que su teléfono sonaba y quien lo hacía era Kyle Reynolds, el ayudante del director de la NASA, su corazón dio un vuelco. Estuvo a punto de ignorar la llamada porque presentía que no iba a ser agradable.

—Hola, Kyle.

—Hola Adams. Buenas tardes. Te llamaba para informarte que la comisión de investigación ha concluido su trabajo y estás convocado para mañana a las nueve horas en sesión oficial en la Sala de Juntas del edificio principal. Nos vemos allí. Hasta mañana.

No había tenido tiempo casi ni de responder cuando el ayudante del director de la NASA colgó.

Sí, ese asunto era uno en el que evitaba pensar a toda costa porque el mero hecho de considerar una fatalidad como la que presentía le quemaba el alma. Era preferible mantener la mente en blanco, sí.

CAPITULO 52

Reinaba un ambiente distópico en el Centro Johnson de la NASA en Houston. El aparcamiento estaba mucho más vacío de lo habitual, como si fuera un festivo, un cuatro de julio cualquiera, y eso indicaba que el personal de la NASA en las instalaciones debía ser el mínimo imprescindible. Sin embargo, abundaban efectivos militares, algo que desmentía cualquier apariencia de normalidad. La Guardia Nacional se había desplegado alrededor de edificios neurálgicos del Gobierno Federal, pero Adams nunca había considerado que el Centro de Vuelo de la NASA pudiera considerarse un objetivo a proteger. En cualquier caso, la presencia militar impresionaba y la desagradable sensación que ya le embargaba se acrecentó a medida que rebasaba vehículos militares y observaba la presencia ordenada y omnipresente de las tropas allá donde dirigiera la mirada.

Un suboficial, que releyó sus credenciales varias veces una vez las presentó en la puerta del edificio principal, se tomó la molestia de acompañarlo hasta la sala de reuniones dónde le aguardaban. Adams tuvo que soportar pacientemente que el militar, que no conocía el edificio, cometiera algunas equivocaciones, hasta que finalmente el suboficial se avino a seguir los consejos del que conocía la casa como la palma de su mano, y así Adams le fue mostrando discretamente la

ruta.

En la sala de Juntas le aguardaba un exiguo comité. Jeremiah Maddock sentado en el centro de la mesa con su habitual temple firme y sereno y a su derecha Kyle Reynolds que manejaba documentos con movimientos impecables. A la izquierda del presidente, sentado con gesto adusto, John Ellroy y junto a él un militar de aspecto grueso que nunca antes había visto y un funcionario del gobierno de traje oscuro y corbata negra. Adams no pudo menos que calificarlo interiormente de operario de pompas fúnebres mientras sufría su impertinente escrutinio a través de unas gruesas gafas de pasta oscura.

No se perdió el tiempo en presentaciones protocolarias. Fue Kyle el que inició la ponencia. Primero hizo un repaso de los asistentes cuyos cargos y funciones fueron explicadas en voz alta en un sucinto pero aburrido preámbulo. “Gente de Washington”, resumió para sí Adams.

—Señor Sinclair…. Se ha supervisado concienzudamente la labor al frente de su área, en la selección de personal de vuelo y programa de entrenamiento. Ha sido miembro de esta casa durante varias décadas y su solvencia ha sido probada con un trabajo riguroso y satisfactorio. No obstante, a tenor de un fallo evidente en la selección de personal de vuelo de la misión Ulyses, se estimó abrir una diligencia de investigación en torno a su desempeño. ¿Está conforme con este resumen?

—Sí, especialmente en lo de varias décadas de probada solvencia.

Adams no pudo evitar imprimir un tono de sarcasmo a sus palabras. La expresión de Jeremiah Maddock resultaba tan imperturbable como siempre. No parecía que aquel tribunal supusiera una tarea desagradable para él. Adams comprendía que para desempeñar un cargo como el suyo era un requisito ineludible carecer de estómago a fin de evitar la digestión de tareas más que deshonestas. Los escrúpulos debían representar una opción filosófica y moral por completo prescindible.

—El motivo de la presente investigación tiene su origen en el procedimiento de selección del señor Benjamin Lantham como tripulante científico de la misión Ulyses. La comisión de investigación ha determinado que durante su selección se eludieron algunos datos que resultaron a la postre relevantes. Al parecer el señor Benjamin Lantham había sufrido un episodio de amnesia severo en su infancia como consecuencia de un grave traumatismo. La información salió a la luz por una investigación protocolaria del FBI, a la luz de la cual el equipo médico debió de rehacer su dictamen de la validez del señor Lantham para vuelos tripulados al espacio. Se evidenció la posibilidad de la existencia de lesiones cerebrales ocultas, y se señala al mencionado tripulante a partir de ese momento como no apto, por lo que fue descartado para la misión. ¿Está de acuerdo en estos términos, señor Sinclair?

—No, no estoy de acuerdo con esos términos. Aquí todos sabíamos quién era quién. Incluso el equipo médico debía estar al tanto oficiosamente de ese capítulo de la vida de Ben porque nunca lo ocultó a nadie. Lo que sucede es que se ha alentado una caza de brujas

y no se quiere disparar contra un responsable del equipo médico, ¿verdad? Se quería disparar contra mí. Eso es de lo que estamos hablando aquí, ¿verdad?

—Señor Sinclair.

El tono de voz de Jeremiah Maddock, conteniendo su enfado, hizo que Adams concluyera su alegato, pero sin disminuir un ápice su furia. Observó el gesto impertinente de notario que adoptaba John Ellroy, como si no tuviera que ver con aquella encerrona y reprobara su réplica como completamente fuera de lugar.

—Llegados a este punto – prosiguió Kyle – el departamento de presupuestos de la NASA se vio obligado a seguir un procedimiento de investigación para determinar el grado de imprudencia en el que se había incurrido. La preparación de un astronauta conlleva unos gastos de varios millones de dólares que en caso de asignarse a una persona no apta supone un malgasto de recursos considerable. Ante la sospecha de una negligencia es obligación del Comité del Congreso que nos supervisa requerir una investigación y la consiguiente petición de responsabilidades.

— ¿Malgasto de recursos? ¿De veras me estás diciendo tú eso cuando sabes cómo funcionan las cosas aquí? A tu lado tienes sentado a un señor – comentó Adams señalando con la mirada a John Ellroy – cuyo presupuesto final ha triplicado el inicial. Y estamos hablando de cientos de millones de dólares de exceso. ¿Eso no es un malgasto de recursos considerable, señor Reynolds?

—Señor Adams, — replicó Kyle imperturbable – la NASA sufre

una inspección constante de la cámara del Congreso. Un comité especial de senadores y congresistas supervisa nuestro gasto y el señor presidente acomete con regularidad las preguntas en relación al gasto de la Agencia. Es a tenor de una de estas cuestiones que ha surgido esta desagradable situación. – Kyle miraba fijamente a Adams, que comprendía perfectamente lo que estaba intentando decirle “Adams, esto no es cosa nuestra, ¿comprendes?”.

—Señor Reynolds, entiendo cuál es su situación de apuro, pero me parece muy lamentable el modo en que la Agencia defiende los intereses de sus empleados más veteranos y leales. — Adams empleó el tono más vehemente y grave que pudo imprimir a sus palabras y al menos pudo sentir el sabor de una leve victoria al doblegar a sus rivales. En este momento tanto Kyle como el propio director de la NASA bajaron levemente la cabeza. Después de unos segundos en los que el funcionario de la agencia espacial respiró profundamente, retomó el texto del acta donde lo había dejado.

—Por estos hechos, el comité de la Agencia formado al efecto para esta investigación e integrado por las personas presentes en esta junta ha resuelto la destitución y despido del señor Adams Sinclair.

Kyle Reynolds prosiguió con la lectura del acta en el que se mencionaban aspectos protocolarios del despido, fecha de entrada en vigor e indemnizaciones procedentes. Adams dejó de oír las palabras que se convirtieron en una letanía insufrible. Su lucha se centró en evitar que las lágrimas desbordaran las comisuras de sus ojos.

Cuando terminó la lectura le entregó un documento y señaló un punto en el que fueron firmando los presentes hasta que finalmente

Kyle le ofreció la copia a Adams, que firmó mecánicamente.

—Lamento profundamente todo esto – concluyó finalmente Kyle que fue el primero en levantarse y abandonar la reunión sin dirigir la mirada a nadie en particular. Otro tanto hizo el resto de los presentes a excepción de Jeremiah Maddock que permaneció sentado sin alterar un solo músculo de su cuerpo.

Cuando estuvieron completamente a solas tomó la palabra.

—Este tema ha excedido a mi capacidad, Adams, siento de verás haberte defraudado.

—Maldita sea, Jerry… ¿defraudado? Me pareces un puto traidor.

Adams estaba lleno de furia y mantenía los puños cerrados con fuerza. Aunque siempre había sabido que su despido había sido una opción que estaba sobre la mesa, ahora que se producía se daba cuenta de lo poco que había llegado a considerarla como algo verdaderamente factible. En su pecho ardía el fuego de un dolor que era agonía pura. Era como si le arrancaran de su corazón lo que más amaba en su vida y en un ultrajante robo, revestido de una solemnidad e insufrible apariencia de trato justo, se cometiera el peor y más hipócrita de los delitos.

—No nos ha quedado otra. Ha sido el propio presidente de la nación… — empezó a explicar Jeremiah Maddock.

—Venga ya, Jerry, no me vengas con mentiras a mí. Eres el puto director de la NASA. Podías haberte puesto firme, carajo – gritó Adams mientras se ponía en pie de golpe. La silla en la que había

permanecido sentado cayó al suelo con violencia.

Jeremiah Maddock se levantó sin embargo con su habitual porte elegante. Su labio inferior temblaba por la emoción, pero era evidente que hacía lo posible por contenerse.

—No pensaba decírtelo, Adams, pero te repito, este tema te supera a ti, … y me supera a mí —le dijo en un tono contenido.

—Y yo te digo que no te creo.

Jeremiah apretó los dientes y con su mano tomó el antebrazo de Adams, que se sorprendió por ese trato cercano del que hasta hacía poco había sido su superior. Nunca había hecho algo así.

—Es por Ignotus, Adams. Tenías razón el otro día… recibimos un mensaje de Ignotus… y no era de nuestros chicos. Quieren negociar… y están buscando algo… y no van a admitir un no por respuesta.

— ¿Buscando? Explícate.

Jeremiah Maddock tardó unos segundos en explicarse.

—Es un disparate porque buscan una descarga de energía procedente del espacio que impactó en la Tierra hace décadas. Nos dieron unas coordenadas y una fecha…. Adams… la fecha y el lugar coinciden con el punto exacto en el que el vuelo JAM3471 sufrió un accidente … es el vuelo en el que viajaba el joven Ben Lantham. Lo quieren a él.

CAPITULO 53

—Lo van a entregar, Brenda, si es que no lo han hecho ya.

Adams había acudido al despacho de la ejecutiva de Ramspace Limited tras asistir al dictamen de la comisión de investigación.

Primero había circulado por las calles desiertas de Houston sin saber qué dirección tomar. Regresar a casa, tan temprano, se le antojaba un horror insoportable. Encerrarse en su despacho y autocompadecerse hasta exprimir la hiel que supuraba por cada poro de su piel era claudicar. Dentro de él, a pesar de los años, del cansancio acumulado, de pensar que estaba de vuelta de todo, había surgido una fiereza que desconocía que aún albergara y que le impelía a obrar, a actuar, aunque no sabía ni lo que debía hacer ni si era conveniente. Lo que sí sabía es que no podía regresar a casa con esa sensación de derrota, de claudicación. Y cuando pensó en Brenda inmediatamente comprendió que lo primero que debía hacer era informarla. A fin de cuentas, Ben también era su astronauta.

Brenda le miraba asombrada. La revelación que le había hecho resultaba tan impactante y sorprendente que Adams veía en sus ojos que estaba tardando en concederle credibilidad.

— ¿Qué crees que están negociando, Adams?

—El tono en el que se expresó Jerry era tajante. No era una

negociación sin más. Se trata más bien de una exigencia, diría yo. Ignotus ha amenazado seriamente a la Tierra. Ignoro hasta qué grado ni cuál es la importancia que concede a Ben en esta historia, pero … Jerry estaba asustado. Nunca lo había visto así. – Adams suspiró. – Al menos agradezco que me revelara la verdad. Si es tan grave… no sé… me imagino que quieren cortar todos los vínculos posibles con Ben, alejarse de él, a fin de que si esto sale a la luz… no les salpique o lo haga lo menos posible y que su traición sea lo menos vergonzante posible. Los políticos siempre piensan en clave electoral, aunque a la Tierra le queden cuatro días.

—Políticos.

—El mundo se acaba, pero ellos sólo piensan en salvar su culo de cara a la reelección.

Adams asintió. El argumento no aliviaba su dolor, pero al menos saber que las razones eran incluso más poderosas de las que pensaba inicialmente suponía el consuelo de saber que su piel se había vendido cara.

—Lo que me resulta incomprensible… es que Ignotus supiera del incidente del vuelo de Ben Lantham.

—No… Brenda, en principio no lo sabe. Lo único que sabe es la llegada de un haz de energía a la Tierra que impactó a determinada latitud en un hora y fecha concretas. Me imagino que en su comunicación habrá establecido algún tipo de parámetro que permitiera a la NASA reconstruir la cronología… y así descubrir que buscaban a alguien que estuviera justamente en ese lugar en el

momento oportuno, es decir, en ese accidente aéreo.

— ¿Y por qué Ben precisamente?

Adams sacudió la cabeza.

—Piénsalo. Su caso es único. Superviviente del accidente aéreo y que además perdió la memoria por completo… y ahora está allí, ¡en Ignotus! ¿Crees que es casualidad? No me lo parece a mí.

Brenda suspiró. Se puso en pie y paseó por la oficina. Sus tacones resonaban fríamente en el despacho.

— ¿Qué podemos hacer? Esto nos supera por completo. A fin de cuentas, es un trato que no ofrece posibilidad de rechazo. Es un hombre a cambio de toda la humanidad. ¿Qué harías tú, Adams?

Adams se sintió derrotado con aquella pregunta. Pensó en su mujer, Sally, en su hijo y en los nietos. Sus semblantes sonrientes se sucedieron en un flash violento y emocional que le llevó inmediatamente a la conclusión que no podría dejarlos morir. Fue incapaz de articular una respuesta y su mirada se desvió hacia el ventanal, hacia los fríos rascacielos de cristal que constituían el escenario mudo de su impotencia.

—No sé, Brenda. No sé qué hacer. Pensé que era importante que supieras esto. Ahora estoy desligado completamente de la misión Ulyses. No podría, ni aunque quisiera, establecer contacto con mis chicos. El único vínculo abierto que me queda es con Ben… a través tuyo. Me preocupa lo que pueda sucederle. Me resulta aterrador que la inteligencia que gobierna Ignotus lo quiera a él. No es una perspectiva halagüeña.

Brenda regresó a su asiento y le miró seriamente. Se mordía el labio mientras resultaba evidente que estaba pensando rápido.

—No eres el único que tienes problemas, Adams. – Se sinceró la ejecutiva. — Aquí las cosas se me están poniendo muy difíciles. – Adams le miró interrogativamente y Brenda prosiguió. – Tengo una especie de motín a bordo. Se trata de Gary Shultz, era la mano derecha de Peter en Ramspace hasta que llegué yo. Seguía siéndolo, pero ya sólo en cuestiones técnicas y científicas… — Adams asintió, conocía sobradamente la figura de uno de los ingenieros principales de la compañía – Se ha vuelto loco.

Adams le miró asombrado.

—Explícate.

—En contra de una orden expresa mía, está preparando el lanzamiento del Heracles.

— ¿Heracles? ¿Pero el segundo prototipo ya está listo?

Brenda asintió.

—Finalizado mucho antes del plazo previsto. Desde que estalló todo esto, y a mis espaldas, Gary ha doblado turnos, forzado a proveedores y conseguido lo imposible para adelantar los plazos. Va a arruinar la compañía. Nos ha endeudado con nuestros proveedores más allá de lo soportable. Si Ignotus no acaba con nosotros lo harán las deudas.

— ¿Y qué pretende hacer con el Heracles? ¿Rescatar a Peter y a su tripulación? Pero… acabarán teniendo la misma suerte que las anteriores naves…

— ¡Me imagino! Pero, … no sé qué es lo que pasa por la cabeza de Gary.

Adams se llevó las manos a la cabeza. Todo resultaba demasiado extraño y surrealista.

—Necesito parar esto —prosiguió Brenda, con firmeza— Esta noche quiero ir a la torre de lanzamiento de Ramspace. Si quieres puedes venir conmigo. Tomaremos un helicóptero de la azotea de este edificio y partiremos para allá. Según tengo entendido, lo ha preparado todo para esta madrugada. Cree que no estoy al tanto, pero no me chupo el dedo.

Adams dudó, pero después pensó en cómo sería permanecer solo en casa, en el tiempo nocturno, agobiado por la tristeza de una vida profesional malograda y enfurecido por la rabia de la injusticia cometida, y pensó que mucho mejor que eso sería acompañar a Brenda. Tal vez pudiera ayudarla, tal vez, después de todo, su vida dedicada al vuelo espacial no había terminado, sólo había dado un giro imprevisto. Quizás pudiera hacer efectivo el dicho que reza que una crisis es una oportunidad.

Asintió y convinieron la hora a la que se encontrarían.

*****

El vuelo nocturno a través de las llanuras de Texas dejó a Adams destemplado. La chaqueta de cuero que llevaba apenas le abrigaba del aire gélido de una noche fría y sin nubes. Aterrizaron en

un helipuerto cercano a la costa del golfo cerca de la frontera mexicana.

La torre de lanzamiento era visible desde muy lejos. En medio de la oscuridad reinante el Heracles resplandecía como un gran faro. Iluminado por focos, destacaba como un prodigio de la ingeniería, y el propio Adams no tuvo más remedio que reconocer que aquella astronave, emplazada y lista para el despegue, se distinguía por una exquisitez en su diseño que invitaba a soñar, a ser consciente que el destino de la humanidad se había anticipado un par de siglos a través de aquella magnífica dádiva adelantada a su tiempo.

Descendieron rápidamente del helicóptero y, acompañados por dos miembros del servicio personal de seguridad de Brenda, se dirigieron hacia el edificio de control de vuelo. Su llegada había provocado agitación, pero no obstante las instalaciones no contaban con personal de seguridad, solo técnico y administrativo, que no fueron obstáculo cuando se presentaron ante Brenda con la intención de entretenerla porque los ignoró soberanamente. Se adentraron en el edificio en dirección a la sala de control sin dignarse dar explicaciones a nadie.

El bullicio era enorme. Adams reconoció inmediatamente la sensación pletórica de nervios y expectación existente en los minutos previos a un lanzamiento, pero en ese lugar, si cabía, el desorden y el caos eran aún mayores. Casi medio centenar de técnicos hablaban simultáneamente por sus respectivos micrófonos coordinando infinidad de factores. Todo indicaba que se trataba de un lanzamiento precipitado en el que aún estaban pendientes de resolución muchos

requisitos. Mientras Brenda se dirigía en busca de Gary Shultz, Adams se quedó inmóvil contemplando las grandes pantallas desde las cuales iba a seguirse el despegue del Heracles. Una de ellas captó su atención. En ella figuraba la cuenta atrás e indicaba que faltaba algo más de una hora para el “cero” definitivo.

Observó que Brenda finalmente había localizado a Gary y estallaba entre ellos una ruidosa bronca. Gary, que al parecer era el que más tenía que perder, forzó a que Brenda se aviniera a conversar en privado en su despacho y Adams se apresuró a seguirlos. A fin de cuentas, había sido invitado por Brenda como refuerzo y estaba realmente interesado en saber qué demonios se le había metido aquel hombre en la cabeza. Entraron en un despacho que tenía grabado el nombre de “Gary Shultz director de vuelo”, en una elegante placa de metacrilato en la puerta.

—Gary, te dije que pararas esto… y te lo vuelvo a ordenar ahora mismo. Si no es así considérate despedido… tú y toda la plantilla que está trabajando aquí esta noche. Es una desobediencia flagrante a la presidenta en funciones de la compañía.

—Brenda, no voy a hacerte caso. Puedes despedirme. Puedes despedirnos a todos.

— ¿Pero no te das cuenta que vas a hundir la compañía? Mantener una misión en el espacio… ¿sabes el costo diario que eso supone? No tendríamos que tener toda esta plantilla … ¿Y una misión para qué? Ni siquiera sabemos que hay ahí arriba… ¿pretendes rescatar a Peter y a los demás sin saber siquiera a lo que te enfrentas? ¿En qué diablos te basas para esa misión de rescate?

—No tengo por qué darte explicaciones a ti, Brenda —respondió Gary con desprecio. – Y mucho menos a este señor… de la NASA si no me equivoco… Adams Sinclair, ¿no?

—Adams Sinclair… sí… pero ya no de la NASA. He sido despedido, así que no debe mirarme con recelo. He venido a acompañar a la señorita Miller que obviamente está preocupada por lo que está haciendo usted aquí. Coincido con ella en que parece una temeridad… y no sólo económica. No sabemos si los astronautas que están ahí arriba siguen con vida o no. Los que suban… posiblemente corran la misma suerte.

—Eso no les incumbe a ustedes. Tengo una magnífica tripulación a bordo. Está decidido. Todo está listo.

Gary miró con fiereza tanto a Brenda como a Adams y finalmente optó por sentarse en el sillón de su despacho.

—Brenda, tú sabrás mucho de leyes y finanzas… pero no conocías lo que pasaba por la cabeza de Peter como yo. Tú tenías un rollo sentimental con él…, de acuerdo, pero él no te lo contó todo.

—Basta, no quiero que mezcles cuestiones que no vienen al caso – Adams observó como Brenda se ponía roja como la grana al aludirse a esa cuestión.

Gary sonrió al ver el efecto que había causado y prosiguió con su argumento.

—Sí, eres atractiva y te ganaste el favor de Peter… y te usó para provecho propio y de la compañía… pero te aseguro que nunca conociste al verdadero Peter, al genio capaz de erigir esta compañía.

Crees que le has ayudado… y es verdad, pero no cómo tú imaginas.

— ¿Y eso te da a ti derecho a hundir a la compañía en este momento?

—No es el interés de la compañía el que me mueve, Brenda. Tú crees que el interés de Peter estaba centrado en la cotización de su acción para lograr el control del Consejo… pero era mucho más que eso. Él quería emplear esos recursos en esta misión. Por eso estaba tan empeñado en llenar las arcas de la compañía. El objetivo siempre fue el Heracles… pero él no podía revelarte que su plan consistía en inmolar la compañía para tener el segundo prototipo a punto. Jamás lo habrías entendido, pero él te necesitaba en lo que hacías al cien por cien.

—Inmolación que tú has consumado sin escrúpulos.

—Dilo así si te parece bien.

La respuesta de Gary fue pronunciada con arrogancia, tanta que logró que Brenda le mirará unos segundos en silencio antes de requerirle que se explicara.

—Brenda, te lo he dicho. Peter no contó contigo para esto, así de sencillo. No estás informada y no hay tiempo ni necesidad de informarte. ¿Qué sabes tú de ciencia o investigación? ¿Qué sabes de física teórica? No comprendes lo que está sucediendo y tu formación me impide que intente explicártelo… tú sólo ves números y cuentas, está muy bien… pero no sirves para otra cosa.

Adams experimentó una oleada de enfado. Aquel hombre estaba siendo demasiado agresivo y Brenda estaba aguantando aquel

desprecio con estoicismo, aunque sus labios le delataban, temblaban de emoción y rabia a la vez.

—No te creo. Tienes un plan descabellado. ¿por qué no te atreves a contarlo? ¿Por qué no lo compartes con nosotros? No resulta tan difícil decir… vamos a rescatar a nuestros chicos… o vamos a ir a Ignotus y lo vamos a hacer saltar por los aires.

Gary soltó una carcajada al oír esas elucubraciones.

—Brenda, … no puedo decir lo que vamos a hacer… porque no puedo.

La expresión de Gary se relajó un momento. Por un instante Adams tuvo la impresión que estaba asistiendo a una obra de teatro de la cual acababa de terminar un acto.

— ¿Qué quiere decir exactamente con eso de que no puede explicarnos lo que va a hacer el Heracles ahí arriba? Va a lanzar a unos hombres al espacio…

—Todo es muy complicado y largo de explicar. Sencillamente… deben confiar en mí.

—Me estás arrinconando contra la pared y no me das tregua, Gary. Vas a hundir a la compañía y eso tarde o temprano va a traer consecuencias, investigaciones, responsabilidades. Hay socios, accionistas, que se van a indignar al saber que su compañía, de un día para otro, se ha venido a pique y…. exigirán responsabilidades, incluso penales.

—Con la amenaza de Ignotus sobre la Tierra… ¿qué valor tienen, Brenda, esas reclamaciones societarias? No me sermonees con

tu discurso. Si algún día vuelven a abrir las bolsas de valores habrá que ver qué compañías siguen operativas… Estamos cerca del fin del mundo… ¿recuerdas?

Brenda suspiró. Dirigió la mirada a Adams y él sintió la súplica latiendo en sus pupilas, como si pidiera un grito de ayuda en silencio, pero no sabía qué decir. Aquella misión iba a despegar y ella no podría hacer nada por impedirla. Adams no comprendía las razones que movían a aquel personal y a aquella gente a precipitarse en esa maniobra arriesgada y probablemente inútil. Enviar a más hombres a Ignotus… ¿no equivalía a sacrificarlos? Y más teniendo en cuenta lo que ya sabían, una poderosa civilización guiaba sus pasos hasta la Tierra. ¿Qué iba a hacer una insignificante nave espacial contra una raza capaz de destruir el planeta?

Gary se levantó y tras un escueto “tengo cosas que hacer” abandonó el despacho. Brenda permanecía con la mirada clavada en el asiento que segundos antes había ocupado su rival, como si aún estuviera allí y pudiera exhortarle a que se detuviera.

—No sé qué hacer – murmuró Brenda explicándose — Si salgo a esa sala y ordeno que se detenga el lanzamiento la mayoría de esos técnicos no me van a hacer caso. Son leales a Gary y a Peter… pero no a mí, la entrometida fulana con la que se acostó Peter no merece mucho respeto por estos lares.

Adams no encontró palabras de consuelo. Comprendía que aquel día no estaba sólo en su desdicha. Aquella brillante y joven mujer estaba siendo arrollada por los acontecimientos sin que pudiera hacer nada. Al igual que él, estos la sobrepasaban. Incluso con el

sombrío desenlace que prometía la llegada de Ignotus a la Tierra, sus penas no dejaban de ser menos. Siempre el alma humana se aferra a un atisbo de esperanza, a creer que todo va a salir bien, y cuando descubre que más allá de esa línea no hay nada, en la desesperación, busca cualquier asidero al que aferrarse antes de hundirse en la negrura de la fatalidad. Adams era consciente de lo desdichado de su situación. Incluso aunque no sobreviniera el mal que todos temían en la llegada de Ignotus, tanto él como Brenda estarían desahuciados. Él, fuera de la carrera espacial y ella, a la cabeza de una empresa insolvente, desacreditada como gestora profesional.

—Vamos Brenda, … vamos a ver cómo va el lanzamiento del Heracles. Ya que estamos aquí no hay otra cosa que hacer.

Brenda le dirigió una mirada sin fuerzas. Tardó en reaccionar, pero finalmente asintió. Cuando Adams le abrió la puerta para que saliera del despacho cruzó una mirada de sorpresa con la ejecutiva. Había mucho alboroto en la sala de control y ambos comprendieron que un suceso imprevisto había alterado a todo el personal de control de vuelo.

CAPITULO 54

La sala de control de misión era un hervidero de gritos y voces. Todos los técnicos estaban de pie, algunos con las manos en la cabeza y otros hablaban frenéticamente por los micros incorporados en sus auriculares. El propio Gary vociferaba hablando por la terminal de un teléfono y después de dar varios gritos colgó con tanta furia que el auricular rebotó y saltó por los aires. Su semblante estaba enrojecido y los ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

Brenda tomó a Adams del brazo y le señaló el gran ventanal que ocupaba la torre de lanzamiento con el Heracles emplazado y listo para el despegue. Pero tal evento no iba a producirse. Varios helicópteros de la Fuerza Aérea habían aterrizado en las inmediaciones. Un numeroso tropel de soldados recorría la zona y parecía que habían detenido el convoy en el que viajaban los astronautas. El autocar blanco con el logotipo de Ramspace estaba parado a una cincuentena de metros de la astronave. Los tres astronautas, equipados con el uniforme espacial de la compañía, permanecían de pie, en la calzada, rodeados de varios oficiales que charlaban con ellos, pero los soldados circundantes, con las armas en ristre, transmitían un mensaje del estilo “la fiesta se ha acabado”. Por lo que se veía un oficial instaba a los tripulantes del Heracles a que se

desembarazaran de su equipo espacial.

De improviso Gary se acercó a Brenda.

— ¡Cerda! Has sido tú la que has montado este circo, ¿verdad? ¿Pensabas que así me ibas a detener? ¿Qué así me ibas a destruir? – le increpó.

Brenda se quedó intimidada ante la furibunda llegada del científico y no supo ni qué decir. Adams dio un paso al frente y se interpuso entre ambos. Gary se vio obligado a hablar por encima del hombro de Adams, al cual rebasaba por más de una cabeza, mientras apuntaba con su dedo acusador a la mujer.

—Has cometido un terrible error, Brenda Miller. Crees que estas salvando la compañía, pero estas haciendo un daño al mundo, a toda la humanidad, que no tiene remedio. Denunciarme al gobierno e impedir este vuelo por la fuerza ha sido la mayor torpeza que podrías cometer. La culpa también es de Peter, por haber puesto a una incompetente, a una persona sin conocimientos científicos, al frente de la compañía. Fue una temeridad… una negligencia… pero él fue siempre un insensato… Pero tú, Brenda Miller, tú eres una genocida. Nos has destruido a todos, ¿me oyes? ¡A todos!

Pero la atención de Gary sobre Brenda pasó inmediatamente a segundo plano. Una numerosa tropa de soldados armados y pertrechados con todo el equipo de combate se introdujo velozmente en la sala de mando. Sus armas automáticas apuntaban al suelo, pero no obstante su actitud agresiva provocó que más de un técnico exclamara asustado y que incluso muchos levantaran las manos en

señal de rendición. Finalmente hizo presencia en la sala un oficial que preguntó a quién debía dirigirse. Inmediatamente los operarios señalaron a Gary Shultz y Brenda Miller.

—Soy el coronel Finnegan, oficial del ejército del Aire. Vengo con un mandato para hacerme con el control de estas instalaciones y detener el lanzamiento del Heracles. ¿Quién es el responsable de este lanzamiento no autorizado?

Gary resopló.

—No saben lo que están haciendo. Esta señorita está asumiendo un papel que no le corresponde al haber denunciado …

—Yo no sé quién es esta señorita. ¿Quién es usted en primer lugar?

—Gary Shultz, jefe científico de Ramspace Limited. Dirijo estas instalaciones. ¿Y tienen un mandato judicial para interrumpir nuestro trabajo?

— ¿Mandato judicial? – El semblante del oficial se volvió ligeramente risueño y esbozó una sonrisa condescendiente. – No sé si está al tanto, pero desde hace semanas estamos en estado de Emergencia. El Ejército actúa directamente al servicio del Ejecutivo. Se han suspendido muchas garantías constitucionales, dada la situación que atraviesa el país, y el mundo. No sé si debo ser más explícito.

Adams observó al oficial mientras éste ocupaba unos segundos en cuchichear con un suboficial que se había acercado a decirle algo al oído. Se trataba de un hombre de cabello canoso, cercano a la

cincuentena de edad, de ojos claros y mirada fría. Reconoció la presencia de una voluntad de hierro que no iba ser posible doblegar. La aventura de Gary Shultz había concluido, de una forma lamentable y triste, pero definitiva. Dirigió la mirada a Brenda, que al igual que él, empezaba a asimilar la situación. Incluso en su desesperación, ella también sentía un cierto alivio. Al menos lo peor del desastre para Ramspace se había evitado.

—Vamos a llevarlo a nuestras instalaciones, señor Shultz. Debe responder a algunas preguntas.

— ¿Están locos? No saben lo que están haciendo. ¿No comprenden la importancia de esta misión?

—Espero que me acompañe por las buenas – repuso el coronel Finnegan con tono amenazador. – Allí podrá explicarse convenientemente.

Pero Gary estaba exaltado y cuando el suboficial se aproximó a él le dio un empellón con sus grandes brazos y el hombre salió despedido hacia atrás, trastabilló y cayó aparatosamente al suelo.

Inmediatamente se produjo un forcejeó. Varios soldados cercanos saltaron sobre el científico, pero éste, gracias a su envergadura, logró zafarse de un par de ellos, arrojándolos lejos de él. Sin embargo, en pocos segundos, nuevos efectivos se sumaron a la refriega y Gary fue reducido en el suelo y sujetado con bridas en las manos.

—Lleváoslo – ordenó el coronel malhumorado por el contratiempo.

Brenda y Adams observaron a Gary con lástima. Estaba deshecho y magullado y sangraba por la nariz abundantemente. Su expresión enfurecida había demudado en otra diametralmente opuesta. Derrota y desesperación. Sus ojos se llenaron le lágrimas y, en una última súplica, se dirigió en busca de Brenda, y sorprendentemente, también de Adams.

— ¿Pero es que no lo comprendéis…? Peter nos necesita. Peter necesita que le llevemos lo que está en esa nave espacial. Si no lo hacemos… todos moriremos.

CAPITULO 55

Adams llamó a su mujer por teléfono tan pronto la luz de la mañana clareó el cielo. Suponía, con acierto, que debía tranquilizarla. Había pasado por su casa fugazmente la tarde de la víspera y no había querido entretenerse en explicaciones. Se sentía exaltado. Su despido de la NASA, la propuesta de Brenda para acompañarla a la base de lanzamiento de Ramspace Limited, y la suma de los acontecimientos recientes le decía que, si a él le había costado asimilar todo lo sucedido, a su mujer le iba a suponer un verdadero impacto. Por eso, cuando de madrugada, el helicóptero les transportó de regreso a Houston y Brenda le invitó a un desayunó en una cafetería cercana al helipuerto de la compañía, Adams aceptó sin titubeos. Habían sucedido demasiadas cosas y tanto la ejecutiva como él mismo necesitaban un plazo de tiempo para asimilarlo. Era necesaria una conversación para aclarar ideas y pensar, si tal cosa era posible, qué podría hacerse en adelante.

—Nunca había visto a Gary así – explicó Brenda tan pronto la camarera le sirvió un café bien cargado, negro como el azabache. —Estaba completamente exaltado… trastornado sería la expresión más adecuada. Él es de natural pacífico. Jamás le había visto imponerse a gritos, y mucho menos, mostrar esa actitud violenta.

Adams asintió.

—Sí, estaba verdaderamente estresado… como si sufriera un ataque de nervios. Está claro que piensa que el lanzamiento del Heracles es de crucial importancia para el futuro de la Tierra… pero lo que no entiendo es por qué no se avino a dar explicaciones. Es una postura nada inteligente. ¿Qué le costaba haberse sincerado contigo, no ya aquella noche, sino días o semanas atrás, si consideraba que ese lanzamiento era tan importante?

Brenda asintió.

—Creo que esa parte la entiendo. En el fondo se comporta como un niño pequeño. Es su pequeña venganza, decirme a la cara que Peter no me había revelado a mí, su ex, el verdadero plan que tenía para abordar Ignotus es una forma de menoscabar mi papel en la compañía. Es su venganza por la afrenta de haber sido desplazado, por haber acaparado a Peter desde que llegué a ser su ayudante ejecutiva. Así me hacía ver, pese a lo que yo creyera, que él siempre había sido realmente su hombre de confianza en la compañía. – El semblante de la mujer se ensombreció. Su mirada se dirigió a través del ventanal de la cafetería hacia la autopista cercana por la que apenas había tráfico y guardó silencio, ensimismada en sus recuerdos. — Sí, es algo que siempre sospeché de Peter, la verdad. Le aprecio, pero a veces es un verdadero cabrón.

Adams hizo un gesto afirmativo mientras observaba el semblante rígido de la mujer cuya mirada quedaba oculta por sus gafas de sol.

—A veces los hombres nos comportamos como niños – dijo para sacar a Brenda de su mutismo—. ¿Qué le habría costado sincerarse incluso allí mismo, cuando estábamos en el despacho e intentar convencerte para que el lanzamiento tuviera lugar sin obstáculos?

—Esa es una pregunta fácil de responder. Estaba convencido de que no iba a poder impedirlo.

Adams la observó con atención.

— ¿Tuviste algo que ver con la llegada de la Guardia Nacional, Brenda?

La mujer negó enérgicamente.

—En absoluto. Sinceramente, ni se me había pasado por la cabeza. De hecho, después de haber hablado con Gary habría intervenido ante todos los operadores presentes instándoles a abandonar su puesto… aunque creo que habría sido inútil. La mayoría de los técnicos que estaban allí son leales a Gary. Aun así, no pensaba amilanarme por la actitud violenta de Gary. Ni le temo a él… ni a nadie. He sabido salir adelante por mí misma y soy más fuerte y dura de lo que aparento. – Su mirada dirigida a Adams se cargó de firmeza y su voz sonó más segura que nunca — No pensaba rendirme, Adams, pero tampoco contaba con pedir ayuda fuera de la compañía. Jamás. No, no tengo nada que ver con la llegada de los militares. Piénsalo. ¿Para qué iba a hablar contigo si ya contaba con la Guardia Nacional?

El tono de voz de la ejecutiva se había cargado de sinceridad y Adams aceptó su explicación sin dudar de su palabra.

—Entonces eso significa que cuentan con otra fuente de información.

—Es difícil mantener un secreto como el lanzamiento de una nave espacial. Desde el inicio de la carrera con la NASA siempre tuvimos a agentes del gobierno fisgoneando. De hecho, nos engañaron haciéndonos creer que su propósito era abordar a Ignotus una vez hubiera superado la órbita solar. Sin embargo, ellos sabían perfectamente cuál era nuestro verdadero plan y nos adelantaron.

Adams pudo corroborar esa afirmación. Él no había estado al tanto de los detalles, pero el cambio de las fechas se había llevado a cabo con esa intención y no había tomado por sorpresa a los ingenieros. Después de meditarlo unos segundos enunció la conclusión que le rondaba la cabeza.

—Esto tiene que ver con el acuerdo que el gobierno ha alcanzado con Ignotus.

Brenda le miró interrogativamente.

—Es lo que te conté ayer tarde. Ignotus ha amenazado a la Tierra si no le dan lo que quieren… y la NASA ha cedido a esas pretensiones. Entregan a Ben a cambio de la no agresión… o lo que sea. Cualquier intromisión de otro gobierno o empresa puede amenazar ese acuerdo y de ahí, en cuanto vieron las pretensiones de Gary y supieron de su intención de realizar un lanzamiento dirigido a Ignotus intervinieron para impedirlo. No quieren que nadie desbarate su acuerdo.

Brenda movió la cabeza, escéptica. No había prestado excesiva

atención al razonamiento de Adams. Permanecía sumida en sus propias cavilaciones, que iban por otros derroteros.

—Lo peor de todo esto es que Gary ha conseguido sembrar la duda dentro de mí, Adams. ¿Es verdad lo que decía sobre Peter? No dejo de pensar que su estrategia de lograr mantener el precio de la acción y dar liquidez a la tesorería de Ramspace podía obedecer a un plan distinto del que me había contado. – Brenda hizo una pausa y observó que era necesario realizar explicaciones accesorias a Ben. – Él siempre me aseguró que lo que pretendía era mantener su dominio sobre el Consejo. No quería perder el control… pero entonces… ¿por qué embarcarse personalmente en la misión? Siempre me pareció una temeridad, pero él insistía que era un medio formidable de subir el precio de la acción, una apuesta que demostraba la fe que tenía en su cohete y en la tecnología que…

Pero Brenda se vio interrumpida por el sonido de su móvil. Cuando lo observó no pudo evitar enarcar las cejas, llena de asombro, y una expresión de incredulidad dominó su semblante.

—No me lo puedo creer… — balbució en un par de ocasiones. Después miró a Adams llena de perplejidad. — El abogado de Gary me envía un mensaje. Gary le ha pedido que se ponga en contacto conmigo… para que le ayude con el pago de la fianza.

CAPITULO 56

La actitud de Gary no era la que Adams esperaba. Había elucubrado que tal vez, arrepentido, agradeciera el gesto de la directora ejecutiva de Ramspace Limited y se aviniera a pedir perdón por su comportamiento inusitadamente violento de la víspera. Pero tan pronto como Adams vislumbró su semblante, mientras recogía sus pertenencias en la oficina de justicia militar por la que salían los detenidos que depositaban la fianza impuesta, comprobó que la testarudez de la noche anterior permanecía intacta.

El saludo que cruzaron Brenda y Gary fue tan gélido que incomodó a Adams. Gary permaneció dubitativo frente a ellos. Para Adams resultaba obvio que Gary no esperaba obtener la libertad tan pronto. Su petición de ayuda a Brenda había sido desesperada. El agravio que le había infringido era tan insultante que seguramente lo último que aguardaba era que la mujer a la que había ultrajado fuera su libertadora. Su desconcierto era palpable.

Brenda aguardó unos segundos, tal vez confiando en la llegada de algún género de disculpa o excusa, pero observando la indecisión de Gary, que permanecía como petrificado frente a ellos, sosteniendo en su mano una pequeña bolsa de plástico con sus pertenencias, decidió volverse e instó a Adams a largarse de allí.

—Un momento, … por favor – la voz de Gary, perentoria en un

primer momento, se suavizó finalmente, acuciado por el hecho de que Brenda avanzaba decidida hacia la vieja puerta del juzgado.

Brenda se detuvo, pero tardó en volverse. Adams observaba la manifiesta tensión que existía entre los dos gerifaltes de Ramspace Limited y se preguntó si tal vez debía hacer mutis y dejar que resolvieran sus diferencias en privado.

—Hay algo de lo que debemos hablar, Brenda… Es más importante que tú y que yo.

Brenda soltó el aire de sus pulmones de golpe, en un esfuerzo por no pronunciar palabras de las que pudiera lamentarse más tarde. Adams valoró ese gesto. Si hubiera estado él en el lugar de la directiva ya le habría soltado una buena sarta de imprecaciones y habría reventado el encuentro.

Salieron a la calle y buscaron una cafetería en la que tomar algo. Pese a que Houston era una ciudad prácticamente desierta, los juzgados mantenían una actividad que, aunque exigua por el gran número de aplazamientos y cancelaciones de vistas, propiciaba que un par de cafeterías cercanas no hubieran renunciado a mantenerse abiertas al público. Adams agradeció la sensación de normalidad que proporcionaba poder sentarse bajo el paraguas de una terraza a tomar una infusión caliente. Los rumores del cambio de rumbo de Ignotus dominaban las conversaciones cercanas.

Todos hicieron su respectivo pedido a una servicial camarera que les atendió profesionalmente. Tras su marcha se instaló un incómodo silencio entre los tres. Adams se sintió impelido a

explicarse.

—No sé si es conveniente que me quede en esta reunión… Brenda, me solicitaste ayer mi presencia, pero…

Brenda hizo un gesto negativo.

—No Adams, todo lo contrario. Agradezco tu compañía y tu consejo. Tengo pocas personas junto a mí en las que puedo confiar verdaderamente. – Las palabras sonaron como un amargo reproche a Gary que, sin embargo, no replicó, sino que se limitó a expresar con un gesto que no veía inconveniente alguno a su presencia.

—Creí entender ayer que ya no trabajas para la NASA… — fue su única interpelación dirigida a Adams.

—Así es. Fui despedido ayer por negligencia en la selección de personal – explicó Adams con una sonrisa cargada de ironía— Al parecer, Ben Lantham no era apto y la agencia invirtió una cantidad de dinero, vergonzosamente alta al parecer, en su formación como astronauta. – Adams recalcó algunas de las palabras de su explicación con un tono burlesco – Por cierto, no tengo absolutamente nada que ver con la llegada de la Guardia Nacional a la rampa de lanzamiento ayer noche.

Gary asintió abatido.

—La culpa fue mía. No debía haber sido tan ostentoso… ni retarte tan abiertamente – añadió dirigiendo la mirada a Brenda.

La mujer negó con la cabeza.

—Nada tengo que ver con lo de la Guardia Nacional. Pensaba impedir el lanzamiento, pero por mi mera presencia allí, no se me

habría ocurrido de otra manera. Y sí, ese reto suicida y tu actitud temeraria con los intereses de la compañía merecen una justificación. – El semblante de Brenda era severo y sus palabras no carecían de un aire amenazador.

Gary asintió.

—He obrado como un idiota… y ahora es posible que la Tierra pague mi error. Peter contaba conmigo… tenía fe en mí, y le he fallado de manera lamentable. – Gary se encontraba verdaderamente abatido. No parecía ser ni la sombra del hombre que la víspera se había enfrentado a varios militares a los que había costado un gran esfuerzo aplacar.

Adams apreció el arrepentimiento en las palabras de Gary, si bien no en la dirección en la que habría esperado. Se recreaban en la autocompasión por la decepción de Peter, no por su comportamiento con Brenda. Suspiró. Iba a ser una reunión complicada.

Adams y Brenda intercambiaron una mirada. Durante el trayecto hasta los juzgados habían elucubrado con cuáles podrían ser las razones de Gary para llevar a cabo su descabellado plan y a qué se refería con sus amenazas de un peligro terrible sobre la Tierra que acababa de volver a replantear. Ambos habían convenido no forzar la situación y dejar que él se explicara. Guardaron silencio y cuando la camarera llegó con su comanda cada cual se limitó a verter el azúcar o edulcorantes en la infusión o café respectivo sin mediar palabra.

Los minutos transcurrieron en silencio. Adams observó que Gary estaba bloqueado en un debate interno. Parecía a punto de

iniciar la conversación, pero finalmente su boca no dejaba escapar una sola palabra. Brenda, que fue la primera que concluyó su bebida, apremió a Adams para que hiciera lo propio y poder así abandonar la cafetería. “Tengo cosas que hacer”, explicó.

Gary entonces hizo una señal con la mano para evitar que se levantara. Murmuró “un momento”. Era obvio que le costaba superar la causa de su indecisión.

—Hay algo que sé de Peter… algo que resulta difícil de entender… pero que es cierto. Sé que me vais a tachar de loco, pero no lo estoy, sé lo que digo. Él me lo mostró. Siempre exhibió un talento excepcional. Peter fue capaz de desarrollar una tecnología… sabía algo que el resto desconoce. Aun ahora, cada vez que lo pienso, me resulta un conocimiento tan revolucionario… que la humanidad no está lista para un salto así.

— ¿Y tú sí? – preguntó Brenda con un aire retador.

Gary asintió sombrío, pero con un brillo en sus ojos que a Adams le sorprendió por su fuerza, tanto que de inmediato le recordó al Gary de horas atrás, impredecible y violento.

Brenda y Adams le miraron interrogativamente. “¿De qué está hablando este hombre?” se preguntó Adams, que empezaba a cuestionarse si el trastorno de la víspera que había convertido al científico en una persona ofuscada y vehemente aún no había concluido.

Gary movió la cabeza de un lado a otro. Su debate interno se hacía más evidente para Brenda y Adams, que aguadaban impacientes

su desenlace.

—Le juré a Peter que mantendría su secreto… pero si quiero cumplir el compromiso que adquirí con él debo romper mi palabra, es ineludible, — concluyó. Su mirada reflejaba un sentimiento de impotencia. – Lo he estado meditando a lo largo de esta noche y … pensé que me iba a resultar más fácil sincerarme. Por supuesto, no les he contado nada a estos militares, Dios me libre. Pero necesito tu ayuda Brenda… vuestra ayuda – la mirada de Gary también abarcó a Adams, que se inquietó al comprender que le estaban embarcando en una aventura que escapaba a su control —. Ahora, a la luz del día los propósitos que me parecían firmes esta madrugada pierden fuerza… todo me parece una locura— su expresión varió y recuperó algo de entereza — pero también me doy cuenta que cada segundo que pasa es crítico… y sin vosotros, ahora, no sé qué podría hacer.

— ¿De qué estás hablando? ¿Cuál es el secreto de Peter? – preguntó Brenda incisiva.

—Peter siempre ha sido así, de mente extraordinaria, abierto a todo tipo de ideas. Brillante, era capaz de convertir todo lo que tocaba en oro. Ve el potencial de las personas y las ideas como nadie que he conocido. Creo que con el tiempo lo acabaremos comparando con Tesla o Edison.

Brenda asintió.

—Sí, yo también le admiro, Gary, pero por favor ¿podemos ir al grano?

—Lo que quiero decir es que… hace unos años sucedió algo

asombroso. Desde que conozco a Peter siempre le había fascinado un capítulo de la cosmología que entraña una gran incógnita; la energía oscura. Sé que había teorizado sobre la materia y mantenía contacto estrecho con muchos astrofísicos de reputación. Pero todo habían sido esfuerzos inconclusos. De pronto, un día, cambiaron las tornas. —Gary sonrió al recordar un momento memorable de su amistad con Peter— Ya estábamos embarcados en el diseño y ensamblaje del Argonauta cuando nos llegó un dossier científico, el clásico *paper* que envían los científicos a las revistas especializadas, con un trabajo teórico sobre la energía oscura. Me consta que otros colegas de distintas universidades también lo recibieron. – Al ver que el semblante de Brenda mostraba ciertas dudas en relación a ese concepto Gary le hizo un gesto tranquilizador. – No te preocupes. Simplemente te recuerdo que el universo está en expansión, y a la energía oscura se le atribuye el hecho constatado de que dicha expansión se esté acelerando. Pues bien, el trabajo hacía una propuesta que no era la primera vez que se planteaba, en este sentido no resultaba original. Se exponía que es la energía de vacío la que genera esa fuerza natural.

—Energía de vacío – repitió lentamente Brenda.

—Sí. En mecánica cuántica se asume que el espacio vacío no está “tan” vacío. Existen las denominadas fluctuaciones cuánticas, oscilaciones en las que surge una partícula y su antipartícula obteniendo de su interrelación instantánea de aniquilación un resultado neutro. Suma cero. El dossier abundaba en la posibilidad de que dicha fluctuación no fuera neutra, sino que generara como residuo una expansión cuántica del espacio-tiempo.

—Has dicho que esa propuesta no es nueva – aseguró Adams — ¿Qué tenía de especial ese dossier entonces?

—Como os comentaba, esos postulados ya han sido expresados anteriormente por distintos equipos de investigación sin llegar a nada concluyente. Sin embargo, en este caso destacaban las matemáticas con las que se sustentaba la hipótesis. Era un estudio teórico abrumador. Yo lo ojeé y lo desdeñé. Sabía que la idea ya ha sido estudiada por expertos y descartada. No quise perder tiempo en problemas de física cuántica que no son mi especialidad. Era una propuesta de calado, basada en varios teoremas que implicaban estudios muy sesudos, y mi capacidad estaba centrada por completo en la construcción del Argonauta. No podía con otra carga de trabajo como la que podría representar tomarse ese dossier en serio.

— ¿Y? – preguntó Brenda, expectante.

—Peter se enfrascó en ese planteamiento durante varias semanas. Apenas prestó atención a la construcción del Argonauta y me dejó hacer y deshacer a mi antojo. Aquel estudio parecía que le había trastornado, pero cuando semanas después llegó a mi despacho con un cuaderno de varias docenas de páginas y me lo arrojó no pude dar crédito a lo que me estaba proponiendo construir.

— ¿De qué estás hablando Gary? ¿Construir … el qué?

—Un prototipo… uno como jamás ha soñado la humanidad. Un motor de energía oscura, capaz de manipular el espacio tiempo a fin de crear singularidades, agujeros de gusano… agujeros negros. A través de una cámara de vacío absoluto era capaz de aprovechar las

fluctuaciones cuánticas y manipular la expansión o contracción cuántica del espacio-tiempo en el vector deseado. Los resultados teóricos eran… abrumadores.

—Eso resulta… — Adams no sabía cómo concluir la frase, dada la incredulidad que le producía esa aseveración.

—Cuando apareció Ignotus Peter urdió un plan. Quería llegar al asteroide el primero, pero también quería preparar un plan de contingencia. Las posibilidades de que el asteroide se convirtiera en un peligro para la Tierra eran pequeñas, pero él no parecía pensar lo mismo que la mayoría. Por eso urdió el plan financiero para capitalizar Ramspace lo suficiente… y por eso siempre estuvo empeñado en la construcción en paralelo de Heracles por si era requerida su ayuda. Estaba claro que esa tecnología tenía un potencial formidable y su rentabilidad estaba fuera de toda duda, así que no puse objeciones a su plan… aunque en ese momento la amenaza de Ignotus parecía remota.

— ¿Me estás diciendo que en el Heracles existe un motor de energía oscura? – preguntó Adams absolutamente incrédulo.

—Sí, uno capaz de acabar con la amenaza de Ignotus, o al menos enviarlo muy lejos de la Tierra. Siempre pensé que la eventualidad que estaba previniendo Peter era excesiva… pero a la vista de los hechos no me cabe duda que fue verdaderamente genial.

Brenda asintió. Adams comprendió que estaba dolida. Peter la había mantenido absolutamente al margen de todo aquello. Era simplemente una cara bonita y eficiente que le había ayudado en su

verdadero plan sin conocer realmente cuáles eran sus auténticas intenciones.

—A estas alturas hay algo más en relación a ese dossier que debéis conocer.

Adams enarcó una ceja, escéptico. No pensaba que algo más pudiera llegarle a sorprender.

—Se trata del autor de ese *paper* del que os hablaba. Ambos lo conocéis. Ben Lantham.

CAPITULO 57

—No sé qué pensar… resulta todo tan extraordinario… y lo que nos pide Gary es tan formidable e inverosímil… que es una verdadera locura – Adams miraba consternado a su mujer. Acaba de terminar el relato de lo sucedido en las últimas horas y llevaba unos minutos repitiendo la misma idea, pronunciándolas unas veces incrédulo, otras veces escéptico.

Sally miraba a su marido preocupada. Le daba la impresión que estaba trastornado. Había llegado a casa y no había parado de hablar. Se había servido una copa de whisky y tras haberla despachado incluso antes de que el hielo enfriara el alcohol, se había vuelto a servir generosamente otra. Se sorprendía de todos los acontecimientos de las últimas horas. Temía por Adams. El cese en su puesto en la NASA era un golpe durísimo para él, toda su vida la había volcado en la agencia espacial y, sin embargo, no parecía afectado. Temía que aún no hubiera asimilado el golpe, que no fuera consciente de la magnitud del daño, y que tarde o temprano, cuando recapacitase en frío, se desmoronase como un edificio en ruinas al que una bola de demolición convertiría rápidamente en escombros. El final de su relato, en el que hacía referencia a las intrigas en el seno de Ramspace Limited, con el enfrentamiento entre Brenda Miller, su presidenta en

funciones, y Gary Shultz, su ingeniero jefe, resultaba tan fantasioso que no podía aún asumir sus implicaciones.

—Adams, creo que deberías relajarte un poco… tal vez no debas involucrarte en las peleas internas de esa empresa – Sally observó de reojo a Adams — ¿Quieres un tranquilizante? Te ayudará a…

—Es que no puedo – respondió agitado, interrumpiendo a su mujer con un gesto de la mano—. Todo resulta extraordinario, Sally, ¿no lo entiendes? El relato de Gary, el estudio sobre la energía oscura que elaboró Ben… y que Peter fuera capaz de sacarle partido… y ahora la NASA dispuesta a revelar a Ignotus que Ben estaba en las coordenadas especificadas a la hora concreta… Todo está relacionado. Es un galimatías fenomenal.

—A lo mejor Gary miente.

—Y… ¿para qué iba a inventarse algo así? Después está Ignotus y su petición extraordinaria – Adams se mesó las sienes, preocupado. – Creo en las casualidades… pero cuando hay una concatenación es que estamos hablando de una causa y un efecto. Aquí todo debe estar relacionado, pero no entiendo cómo ni por qué. La NASA va a delatar a Ben… pero ¿eso es bueno o malo para la Tierra? – El semblante de Adams se crispaba por los nervios. – Y después está lo que dice Gary Shultz sobre el motor que porta el Heracles… podría enviar a Ignotus a los confines del universo.

Sally negó con la cabeza.

—Por lo que se ve, el único que tiene un plan para salvar a la

Tierra es Peter… o tal vez debería hablar en pasado. Su plan ha sido desmantelado. ¿No deberías hablar con Jerry y explicarle lo que Peter tenía entre manos? – comentó con voz cargada de serenidad. No le gustaba ver a Adams tan alterado. Sabía bien que había que hablar con mucha prudencia porque su marido podría volcar su frustración en ella. No era habitual esa actitud vehemente de Adams.

Adams bebió un largo trago de su copa y miró nervioso a Sally. Advirtió su temor y tomó la resolución de sosegarse.

—No sé qué pensar, Sally… —dijo sincerándose— hay momentos en los que creo que estamos dando pábulo a un demente al creer una sarta de mentiras… y otras veces me parece que todo lo que nos ha contado cuadra con la realidad y solo un necio no prestaría atención a sus advertencias. Estoy confundido por todo lo que nos ha contado Gary… de veras.

— ¿Y Brenda? Por lo que me has dicho… es muy inteligente. ¿Qué piensa ella de todo esto?

—No suelta prenda. Hablamos después de despedirnos de Gary… pero fue incapaz de concretar ningún pensamiento o idea. Necesitaba tiempo para reflexionar… fue su conclusión.

Sally asintió comprensiva y tomó la mano de Adams que tamborileaba con sus dedos, nervioso, sobre su rodilla. La mujer de Adams estaba aliviada al menos por constatar que Adams, lejos de sentirse abatido por la traición de la NASA, se mostraba efervescente y pletórico, como si estuviera en el centro de la más extraordinaria de las aventuras. Parecía contener la energía de un hombre de veinte

años. Temía el momento en el que esa actividad febril finalizara y la realidad le devolviera a un panorama en el que solo hubiera lugar para la desesperanza.

—Pero… aun no me has contado lo que os ha pedido Gary… y es algo que me preocupa.

Adams soltó una risotada.

—No quieras saberlo porque es una verdadera locura… un disparate, de verdad. Es algo tan absurdo y temerario que solo de pensarlo me da la risa.

Adams siguió hablando, aunque sin concretar nada, pero Sally dejó de prestarle atención. Su móvil había vibrado por la llegada de un mensaje. Lo miró sin prestar atención, pero al captar que lo enviaba su hijo Sonny optó por leerlo sobre la marcha. Adams observó que la expresión de su mujer se ensombrecía por la preocupación y acto seguido, sin mediar palabra, tomaba el mando a distancia del televisor y lo encendía.

—Es Sonny, dice que veamos las noticias.

Adams suspiró, descreído. “¿Las noticias? Dudo que haya algo más sorprendente que…”

Pero su pensamiento se interrumpió de golpe. La imagen que mostraba la pantalla tan pronto se iluminó resultaba tan inverosímil que del movimiento de sorpresa casi se le derramó el líquido del vaso que sostenía en la mano.

Era el informativo de la tarde, realizando una conexión en directo con los exteriores del estudio. La imagen mostraba un

firmamento azul pálido, previo al anochecer, en el que jirones de nubes grises en el horizonte afeaban un cielo anodino. No obstante, lo que captaba la atención del espectador era un óvalo oscuro que emergía de la nubosa línea del horizonte. No se trataba de una sombra, sino de algo tan negro como el carbón, de una negrura antinatural, como si el firmamento hubiera sido protagonista de un inaudito sabotaje y se hubiera derramado sobre el lienzo azulado una mancha de petróleo.

Marido y mujer exclamaron llenos de sorpresa intentando asimilar lo que veían. El locutor brindaba algunas explicaciones que le resultaban incomprensibles así que Adams se centró en la lectura de los subtítulos que corrían rápidamente al pie de la imagen.

“Ignotus se aproxima a la Tierra y un misterioso óvalo creciente de oscuridad lo oculta a nuestra vista. No existe consenso científico en relación a la naturaleza de esta mancha oscura. Se constata que su radio está aumentando rápidamente, a medida que Ignotus se aproxima a la Tierra aumenta su tamaño.”

—Dios… — exclamó Adams perplejo.

Miró entonces preocupado a Sally que estaba a punto de echarse a llorar y no apartaba la vista de aquel hipnótico fenómeno y la besó en la frente, con cariño, para tranquilizarla.

“Cielos, menos mal que no le conté lo que nos pidió Gary. La mataría del disgusto.”

Habitualmente Sally se acostaba y se quedaba dormida una hora antes de que lo hiciera Adams, al que le gustaba trasnochar y

entretenerse navegando por internet. Pero aquella noche Sally quería sentir la presencia de su marido. Cansada de esperar se levantó y se dirigió al despacho, dispuesta a reprochar su tardanza, pero no lo encontró, ni allí ni en ningún otro lugar de la casa.

CAPITULO 58

Gary no pudo evitar sonreírse cuando observó el semblante descompuesto de Adams. Apenas musitó un saludo de buenas noches mientras se subía al coche de Brenda. Habían pasado a recogerle a su domicilio, enclavado en un tranquilo barrio residencial de las afueras de Houston, ya bien entrada la noche. Brenda conducía un flamante jaguar con tanta pericia como exceso de velocidad, según el gusto de Adams. “No hay tiempo que perder”, se justificó ella cuando observó su mirada reprobatoria.

—No puedo creer que vayamos a hacer lo que vamos a hacer – comentó Adams hablando para sí mismo.

Brenda respiró profundamente pero no dijo nada.

—Os lo advertí – dijo Gary con voz suave. Adams percibió que hacía un esfuerzo para no caer en un diálogo con intercambio de recriminaciones. – Si la Guardia Nacional no lo hubiera impedido tal vez ahora estaríamos en otra situación. Está claro que Ignotus es una amenaza para nuestro mundo. Esperemos que no sea demasiado tarde.

—La situación se ha resuelto del modo en el que lo ha hecho, Gary. De nada valen ahora las lamentaciones. Si Peter hubiera querido que el plan saliera perfectamente no entiendo aún por qué no contó conmigo. Y, además, en cualquier caso, no sabemos si ese prototipo va

a servir para algo. Confío en que sepas lo que haces.

Gary gruñó, disconforme con lo que había expresado Brenda.

—Está bien chicos —terció Adams. – Este es un debate inútil. Lo que a mí me preocupa… es todo lo que viene. Es algo demencial. ¿Estamos seguros de lo que vamos a hacer… y de cómo lo vamos a hacer?

—Podemos. – respondió tajante Gary. — Lo he verificado. Todo está a punto y nadie nos lo va a impedir.

—No cantes victoria Gary. – Advirtió Brenda, que mantenía una voz rígida. Adams admiró su temple. Él, por el contrario, se sentía tan nervioso que incluso su voz temblaba como una hoja agitada por el viento.

—Si queremos salvar a la Tierra no queda otra. Ya os lo expliqué esta mañana en la cafetería. No hay alternativa.

—Sí, lo sabemos, Gary. Creemos lo que nos has dicho.

Se hizo el silencio y el viaje de tres horas transcurrió en una atmósfera tensa en la que poco se habló. Adams experimentaba un intenso nerviosismo. Las dudas sacudían su interior y agitaban su conciencia exigiendo respuestas a mil preguntas que se le antojaban demasiado infantiles como para formularlas en voz alta. “¿Estamos seguros de que lo vamos a conseguir?”. Gary aseguraba que sí. Y si le creían, y las evidencias dictaban que debían hacerlo, no quedaba otro remedio que aprestarse a seguir su plan hasta las últimas consecuencias. De lo contrario, un desenlace calamitoso se precipitaría sobre la Tierra. El “agujero en el cielo” como ya se la denominaba a

nivel mundial, era una buena evidencia de ello.

— ¿Os he contado ya que de joven estuve en la Estación Espacial Internacional?

—Sí – respondieron al unísono Gary y Brenda.

Se aproximaban a su destino y Brenda aminoró el sedán. No podían seguir por la carretera principal por la que circulaban y desvió el coche de la misma siguiendo las instrucciones de Gary.

—Sigue por este camino y apaga las luces. Si es preciso circula más despacio. No sabemos a qué nos enfrentamos… pero por este camino eludiremos las instalaciones principales y las oficinas.

Brenda asintió y moderó la velocidad notablemente. El camino bacheado procuraba un movimiento intenso dentro de la cabina del vehículo y Adams sintió que su estómago, ya de por sí revuelto, amenazaba con unas náuseas intensas. Brenda le miró unos segundos, comprendiendo que su tez pálida y su sudor frío no presagiaban nada bueno.

— ¿Aguantarás? – le preguntó con voz baja.

Adams asintió, convencido de que así sería. Pensaba en sus nietos, en su hijo, en Sally. Por supuesto que aguantaría, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Lo habían despedido de la NASA, pero no pensaba dejar que todo acabara si en su mano había la más mínima opción de hacer algo.

—Mirad – exclamó Gary mientras señalaba algo en la penumbra de la noche.

Estaban sobre una colina y la noche sin luna apenas permitía

distinguir sombras y siluetas. Después de escudriñar un rato Adams comprendió lo que señalaba Gary. Una furgoneta abandonada en mitad de un descampado.

—Si lo que me dijeron es cierto lo que necesitamos se haya en su interior… creo que sería bueno que dejáramos el coche en este punto. Debemos estar muy cerca.

Brenda siguió sus instrucciones y estacionó fuera del camino. Tomaron entonces una gran cizalla del maletero y Gary se dirigió resuelto en la dirección en la que había señalado. Cuando se topó con una malla metálica que interrumpía el paso la cortó con saña y después de cruzarla abandonó la cizalla allí mismo, tirada en el suelo. Avanzaba con grandes zancadas, indiferente al hecho de que tanto a Brenda como a Adams les costaba mantener su paso.

Descendieron por una pendiente abrupta en la que Adams tuvo dificultades. Su edad le había restado reflejos, pero no perdió el paso de Gary, que era el que con más facilidad se desenvolvía. Cuando estaban próximos a alcanzar su objetivo se detuvo. Se hallaban en una hondonada que bordeaba una carretera asfaltada. Miró en derredor. El edificio de control de Ramspace se hallaba completamente a oscuras. Un poco más adelante una sombra se erigía como un coloso de enormes proporciones. Adams no había reparado en ella hasta la fecha, la silueta musculada del Heracles imponía respeto.

—No hay problema, podemos seguir – cuchicheó Gary, que acto seguido salió de su escondite y corrió hacia la furgoneta. Tal y como esperaba, las llaves permanecían colocadas en el contacto. Brenda y Adams se introdujeron en la parte posterior. Gary echó un

vistazo a la cabina de carga e inspeccionó el material meticulosamente.

—Está todo el equipo… aparentemente – comentó Gary al cabo de unos segundos. Gary se sentó entonces en la cabina y arrancó el motor sin encender las luces. Dirigió el vehículo lentamente hacia la torre de lanzamiento.

Adams miraba en derredor, temiendo, y casi deseándolo a la vez, que surgiera una tropa de la Guardia Nacional del edificio principal, situado a unos doscientos metros de donde se hallaban, que diera con su plan al traste. Pero la fortuna, o la desgracia, no aconteció. Al cabo de pocos minutos Gary estacionó junto a un bunker, al que accedieron por una gran puerta metálica.

—Este es un buen lugar para equiparnos. Yo mismo he ayudado a los muchachos muchas veces en la tarea… no en vano he participado en el diseño de los trajes espaciales, así que le echaré una mano a Adams, y después Brenda me ayudará a mí. No es complicado.

— ¿Estás seguro de que podrás accionar el lanzamiento desde la nave? ¿La sala de control…?

—Absolutamente. El diseño de estas naves se siguió empleando el protocolo que estableció Peter. Era de ideas vanguardistas. Todas las tareas de control rutinario se finalizaron ayer. Aunque la Guardia Nacional tenga tropas en la sala de control de vuelo no podrán impedirnos el despegue. Tienen bajo vigilancia a la tripulación del Argonauta y controlan el edificio principal… ni se imaginan lo que pensamos hacer. Lo único que tiene que hacer Brenda desde estas

instalaciones es accionar el desanclaje manual de seguridad – dijo mientras indicaba a Brenda cómo debía operar una consola de mandos. – Sólo tienes que hacer esto en la secuencia que te expliqué cuando te de la orden por radio.

Brenda asentía seria a las indicaciones de Gary.

Tardaron casi una hora en completar su equipamiento. Los trajes no se adaptaban con comodidad a sus respectivas estaturas. Gary se quedó con el equipo del astronauta más alto, pero, no obstante, se veía obligado a permanecer en una posición incómoda, mientras que Adams, más holgado, se sentía relativamente a gusto en el suyo.

Dirigieron sus pasos al elevador que había de llevarlos a la puerta de acceso. Pese a que permanecía cerrada, Gary activó un código de seguridad que desbloqueó la apertura. Se iluminaron las luces del interior. Gary maldijo en voz baja con rabia.

—La verdad… no contaba con este sistema automático… las luces de la cabina se van a poder ver desde kilómetros de distancia. Esto es como un faro. Rápido… hay que salir ya –

Poco después cerraba la pesada puerta del Heracles con ayuda de Adams. Los anclajes de seguridad sisearon cuando los pistones encajaron perfectamente en sus nichos.

Adams sintió claustrofobia. La cabina consistía en un recinto circular en donde cada tripulante contaba con un asiento y frente a él un gran panel de control. Unas pequeñas claraboyas redondas se disponían a su alrededor, pero no permitían ver nada del mundo

exterior. Adams miraba fijamente la que tenía frente a él, pero todo cuanto veía era la negrura de la noche. Las náuseas provocadas por los nervios hicieron temer a Adams que fuera a sufrir cualquier género de ataque, pero logró sobreponerse. La cabina de despegue era pequeña y estrecha y simplemente cumplía la función de proporcionar a los astronautas un lugar en el que sufrir la aceleración inicial del despegue. Gary ya se lo había explicado, pero de nada servía esa preparación ahora. Era pequeña y sentía que le faltaba el aire.

Gary ayudó a Adams a instalarse en su asiento y dio una clase muy sencilla de los paneles que debería vigilar.

—Todo es automático y está programado, Adams… si algo se jode poco vamos a poder hacer.

Adams asintió compungido. Todo le sonaba a chino.

—Podría intentar hacer esto yo solo… pero hay maniobras en las que necesitaré ayuda… Y tú si tienes formación de vuelo espacial así que … confío en ti para que nos acerques a Ignotus.

—Sí, cuenta con ello – replicó Adams intentando dar la mayor seguridad a su respuesta – Fui piloto y he manejado trastos espaciales antes – concluyó mientras Gary revisaba y aseguraba los arneses que mantenían a Adams sujeto a su asiento.

Después Gary comunicó con Brenda para verificar que todo seguía en orden. Gary se movía torpemente y cada vez que tropezaba soltaba una retahíla de maldiciones. Cuando al fin estaba listo para tomar asiento echó un último vistazo al mundo exterior asomándose a la claraboya que tenía frente a él. Silbó.

—Ya están aquí… vienen a toda leche. No hay tiempo que perder.

Procedió a sentarse en su asiento y sin casi ni asegurarse los arneses, empezó a teclear frenéticamente.

—Lo primero… es despegar. Una vez que estemos en órbita nos desplazaremos al interior del Heracles… allí todo es muy diferente. Desde la cabina de piloto dirigiremos la nave al encuentro de Ignotus. Pero basta de cháchara inútil… ¡Brenda, libera los anclajes!

El Heracles sufrió entonces una serie de pequeñas sacudidas y Gary sonrió al ver como una serie de indicadores pasaban del rojo al verde. Cuando el último de ellos cambió de color accionó el encendido de los motores mientras murmuraba unas palabras que Adams no pudo entender, puesto que el estremecimiento general que dominaba la nave espacial impedía oír con claridad, incluso a través de los auriculares.

Experimentaron una fuerte vibración. El Heracles contaba con unas dimensiones y un peso que duplicaban las de la Ulyses. A Adams aún le maravillaba que semejante montaña hubiera sido capaz de abandonar la Tierra una vez. ¿Lo lograría una segunda? Rogó para que así fuera.

Sí, el Heracles se elevaba en mitad de la noche tejana dispuesto a conquistar el espacio y salvar la Tierra.

CAPITULO 59

Cuando Adams abrió los ojos ya no tenía el traje espacial. Se sentía molido, como si un equipo de rugby profesional se hubiera precipitado encima de él y hubiera permanecido sepultado por la multitud humana un buen par de horas. Pero el dolor se mezclaba con otra sensación extraña que le costó identificar. Ingravidez.

Gary permanecía a su lado mirándole con compasión.

— ¿Qué tal estás Adams? Creo que fue una temeridad que vinieras… lo digo por tu edad.

—Pamplinas. Aun no tengo sesenta tacos — mintió murmurando enfadado — y estoy en plena forma – gruñó—. He enviado a docenas de astronautas al espacio, a ningún sitio al que no estuviera dispuesto a ir yo mismo. — Murmuró manifestando un enfado que era pura pose. En su interior el temor no había desaparecido del todo. ¿Es verdad que estaba en el espacio, orbitando la Tierra… o lo que era peor, aproximándose al peligroso Ignotus? Una euforia incomprensible le hizo sonreír imbuido por una felicidad irresponsable.

—Mejor así… — aprobó Gary al ver la actitud decidida de Adams — Me gustaría que vinieras a ver esto.

Entonces ayudó a incorporarse a Adams, que tan pronto colocó

los pies sobre el suelo advirtió el efecto de las suelas magnéticas de su calzado. Le gustó la sensación de flotar a la par que la fuerza magnética situada en la suela de su calzado aseguraba la sujeción precisa para no salir volando arbitrariamente.

Adams examinó el lugar en el que se encontraban, un camarote de aspecto agradable y nada estrecho según los cánones del vuelo espacial. Nunca había dado crédito a la publicidad de Ramspace en el que se alardeaba de la comodidad que iba a procurar a sus viajeros espaciales, pero por más que le pesara, tuvo que admitir que era cierto.

Gary le sonrió. Se había percatado de su admiración. Adams gruñó y siguió al científico.

Abandonaron el pasillo del pasaje y descendieron por un conducto circular en el que flotaron torpemente y en el que resultó evidente su falta de pericia. Desde allí llegaron a la bodega de carga. Gary le mostró entonces una maquinaria de aspecto complejo que ocupaba la totalidad del espacio.

— ¿Qué es todo este aparataje? – preguntó Adams que no pudo disimular su asombro. — ¿El motor del Heracles?

Gary sonrió al constatar que Adams no adivinaba de qué se trataba.

—No… este es el artilugio de Peter, con el que abortaremos la intención de Ignotus de engullir a la Tierra. El motor de energía oscura.

— ¿Qué es exactamente? – preguntó Adams a medida que

flotaba libremente por la enorme bodega del Argonauta y contemplaba en toda su magnificencia un aparato de acabados cromados y de una apariencia como nunca antes había visto. Se trataba de un gran artilugio metálico del que emergían infinidad de tubos y cables muchos de los cuales se dirigían a una fuente de alimentación que estaba llena de pegatinas en las que se advertía de su contenido radioactivo.

—Un pequeño reactor nuclear, de fisión, por supuesto, … experimental… aunque ya no tanto – comentó Gary observando en dónde se detenía la mirada de Adams— Genera directamente una potente corriente eléctrica… y créeme que cuando digo potente lo es. Pero eso es la fuente de alimentación. Lo que realmente tienes ante ti es un motor de energía oscura. Y aquí dentro – dijo mientras señalaba una enorme esfera metálica – está el vacío más absoluto que puedas imaginar.

Adams gimió sobrepasado por lo que acababa de oír.

—Un motor… de energía oscura… — repitió con voz débil — ¿y para qué se supone que sirve… esto?

—Para alterar la consistencia del espacio tiempo… y por no aburrirte con la explicación teórica de cómo se genera la energía oscura te diré básicamente que nos permite crear y manipular singularidades gravitatorias.

— ¿Me estás hablando de manipular el espacio tiempo … sin emplear masa? ¿Sin usar la gravedad?

Gary le miró divertido. Disfrutaba del asombro que provocaba

en el antiguo directivo de la NASA.

—De la misma manera que la energía oscura es capaz de expandir el espacio… también puede emplearse, conocida su esencia, en contraerlo… y una contracción del espacio es esencialmente….

—El efecto que provoca la masa sobre el espacio tiempo – concluyó Adams verdaderamente sorprendido de la tecnología que se desplegaba ante él. Flotó entre el instrumental sintiéndose completamente sobrepasado por aquella invención.

—Así que esto sirve para generar singularidades – concluyó Adams mientras posaba su mano sobre la gran esfera de metal de la que emergía un voluminoso cableado.

—Exacto. Eso es el corazón de la bestia. Un potente generador de singularidades con el que debemos atrapar Ignotus y alejarlo de la Tierra según el plan de Peter.

—Entiendo … — murmuró Adams que se sentía absolutamente superado porque todo aquello rebasaba su capacidad de comprensión. Después de flotar libremente alrededor del aparatoso artefacto se decidió a seguir formulando preguntas conforme era capaz de sobreponerse a su asombro. — ¿Y esta tecnología? ¿Este conocimiento que ha facilitado la construcción de algo como esto? ¿De dónde ha salido? Debemos suponer que fue Peter el que…

—No sólo él – explicó sucintamente Gary.

La respuesta recordó a Adams quién había sido el artífice indirecto de ese motor. Ben Lantham.

— ¿Y estás seguro de que esta tecnología va a funcionar? –

preguntó escéptico.

—No estoy seguro del todo… a la escala de Ignotus resulta impredecible. A pequeña escala si hemos realizado experimentos con éxito – concluyó con expresión orgullosa.

— ¿Pequeña escala? Hablamos del tamaño de casas o coches… ¿o tal vez un balón de baloncesto? — inquirió Adams intentando comprender la magnitud del éxito.

—No, por supuesto que no. Me refiero a escala cuántica.

Adams se quedó perplejo, incapaz de articular palabra. Gary aprovechó el desconcierto para explicarse.

—Peter siempre ha sido capaz de llevar todo cuanto se ha propuesto a buen puerto. Cuando desmembró el cuerpo teórico expuesto por Ben de inmediato urdió sus primeras implicaciones prácticas. Los experimentos arrojaron los resultados predichos y Peter fue capaz de diseñar los planos de lo que ahora ocupa la bodega de carga del Heracles – Gary rió nervioso mientras los miraba. – Siempre fui incapaz de seguir sus razonamientos. ¡Siempre! Iba mucho más adelante que yo. Tardaba semanas … meses… en comprender la naturaleza de sus elucubraciones y a lo que aspiraba.

—Por eso no cuestionas su plan de llevar el Heracles a Ignotus y arrojarlo muy lejos de aquí.

Gary asintió con determinación.

—Pero comprendes que nosotros no podemos participar de la fe que depositas en tu amigo – explicó Adams.

—Conozco a Peter. Sí, es un manipulador… pero qué duda

cabe que es un genio. A estas alturas no tengo vacilaciones respecto a lo que pretende.

Adams sacudió la cabeza, desarbolado.

—Está bien… está bien – asumió resignado – No pienso ser yo el agorero que llegado el momento dijo “os lo advertí”. Sé que lo que está aconteciendo en Ignotus no pinta bien y si he aceptado ayudar es porque quiero a mi familia y a mis amigos… y ya puestos, a mi planeta, aunque tenga que compartirlo con avariciosos sin escrúpulos como John Ellroy. Si hay algo que pueda hacer, lo haré, qué demonios. – Adams hizo una pausa antes de proseguir — Todo esto explica otras cosas, como por ejemplo su empeño en contratar a Ben para la tripulación del Argonauta. — Después de unos segundos de reflexión formuló una pregunta. – Lo que no entiendo es … ¿por qué iba a necesitar a Ben consigo si a fin de cuentas ya le había brindado el conocimiento que necesitaba? ¿Por qué llevárselo al espacio con él?

Gary asintió.

—Eso mismo me lo he preguntado yo muchas veces… e incluso lo hablé con Peter, pero se negó a darme explicación alguna… — Gary se rascó la cabeza y cuando comprendió que Adams aguardaba una explicación ulterior, o al menos una conjetura, se aventuró a formular la que siempre había sospechado. — Creo que, de una manera u otra, Ben Lantham forma parte de su plan.

La conversación se vio interrumpida en ese punto porque la alarma del puente indicaba que el Heracles estaba próximo a Ignotus, encaminándose a la enorme boca de la singularidad que se abría como

unas gigantescas fauces dispuestas a tragarse la Tierra.

CAPITULO 60

Siempre he pensado que mi vida asume muchas de las contradicciones propias del género humano, he pasado sucesivamente del cielo al infierno en demasiadas ocasiones, hasta el punto de reconocer en la desesperación una vieja amiga a la que visito de vez en cuando y en la alegría una efímera compañera que siempre llega inesperada y se larga sin avisar. A ambas las trato con indiferencia y cierta descortesía, sabiendo que son compañeras ocasionales que tan pronto se presentan en mi vida, me abandonan sin previo aviso.

No obstante, los avatares de la vida, siempre me he considerado una persona leal con los que no me han defraudado. Este ha sido uno de los escasos valores de los que estoy segura me ha permitido mantenerme en pie cuando tal vez lo normal habría sido desmoronarse. Me gusta pensar que Carla Sandoval es una mujer dura. Tengo mis razones para ello.

Crecí en el seno de una familia pobre a rabiar, pero muy trabajadora, emigrante mexicana que llegada a tierras de California hizo lo posible por salir adelante, o al menos aprovechar las oportunidades que se le presentaran. Desde pequeña ayudaba después del colegio en el negocio familiar, un pequeño antro en el que se despachaban tacos y enchiladas a otros inmigrantes como nosotros

que trabajaban a destajo en viñedos y granjas de la comarca. Nunca supe lo que debía ser una infancia de juegos y amigos. Mi jornada concluía muy tarde, cuando después de haber ayudado en la limpieza del local y a fregar sartenes y vajilla, podía dedicar un rato al estudio y las tareas del colegio. No era una niña simpática, ni tampoco demasiado agraciada. Tal vez eso fuera una suerte. No tenía a ningún *chavo* detrás de mis faldas y mi falta de popularidad tampoco empujaba a otras niñas a buscar mi compañía. Eso me permitió ser una estudiante, si no brillante, al menos sí notable… algo que sería definitivo para mi futuro.

Mis padres murieron en un atraco, una noche calurosa de verano, en el que una banda de barrio nos asaltó y robó los pocos dólares de la caja del día. Decían los vecinos que había mucho más, asuntos de mafias locales y otras disputas, pero lo cierto es que con dieciocho años me encontré defendiendo la vida de un hermano menor que yo y perdiendo la oportunidad de ingresar la universidad con una beca que había perseguido con tenacidad. Creí morir. Pero no había más remedio que rehacerse y aceptar la fatalidad. Tuve que trabajar un par de años hasta que mi hermano empezó a defenderse por sí mismo. Fue entonces cuando ingresé en el ejército.

Al menos durante ese tiempo me había mantenido en forma. Había trabajado de camarera, contable y en una lavandería en trabajos a tiempo parcial. Mi ritmo de vida lo completaba en un ring donde entrenaba *kick boxing* volcando en cada puñetazo y patada toda la frustración que manaba dentro de mí, inagotable. Cuando surgió la oportunidad de hacer carrera militar, viendo que mi hermano pequeño

se las apañaba bastante bien sólo, trabajaba de camarero en un restaurante italiano, me alisté sin pensarlo dos veces. Fuerza Aérea. No me valía cualquier cosa. Siempre he sido decidida y me enrolé dispuesta a todo.

La preparación académica y física fue formidable, pero el frenético ritmo de vida que había llevado hasta el momento no era precisamente sencillo. La Academia fue como ponerse unos viejos guantes de cuero que se enfundan suavemente. Me sentí tan cómoda allí que pronto sucedió lo que nunca antes en mi vida. Me hice popular. Los galones no tardaron en llegar y mis primeras misiones en el Pacífico tampoco. Y no se me daba mal. Creo que nunca he tenido miedo, o al menos, no sé muy bien cómo describir esta emoción, pero me gusta pensar que, por exceso de confianza con ella, la ignoro. Supongo que hay gente que cuando experimenta el temor tiene algo así como la necesidad de huir, de dar media vuelta y correr, de eludir su causa a toda costa. En mi caso sucede exactamente al revés. El miedo me inspira curiosidad y valor. No he tenido otra que enfrentarme a él, sola, una y otra vez, así que quiero enfrentarme al puñetero demonio que me amenaza, ver sus cuernos, mirarlo a los ojos y decirle que lo desprecio absolutamente. Cuando asesinaron a mis padres eso es ni más ni menos lo que hice. Me planté ante el jefe de la banda del que todos me decían que era el culpable y le arreé un buen guantazo que le hizo saltar un par de dientes. Es cierto que después él y sus secuaces me molieron a palos, pero dentro de mí ardía ya un fuego inextinguible e indómito que nadie ni nada sería capaz de extinguir. Mi imaginación me brindaba mil formas de vengarme de

aquellos malnacidos y aún hoy esa llama resurge dentro de mí cuando la necesito. Ese episodio trágico de mi vida marcó mi forma de enfrentarme al miedo de una manera dramática. Cuando en el portaaviones Enterprise se pedían voluntarios todos entornaban rápidamente la mirada hacia la capitana Sandoval. Sí, me siento muy orgullosa al recordar aquellos tiempos.

No todo fue bien. Mi carrera debía avanzar y me ofrecieron un puesto como piloto de pruebas. La remuneración era excelente y me permitiría experimentar mis habilidades de una manera diferente. Tenía una reputación hecha y mi nombre sonaba para todo tipo de posibilidades. Estaba encantada. Lo malo es que, en esta vida, siempre es así, cuando menos te lo esperas tropiezas con un hijo de puta que te pone la zancadilla. En mi caso esto sucedió con el coronel Julius A. Kovac, un cabrón que me había puesto el ojo encima y que al parecer había tomado mi forma de ser campechana como una invitación a violarme. Tuvimos un grave desencuentro y acabé acusándole de intento de violación, algo que ni él ni el establishment militar se tomó muy bien. Carecía de pruebas concluyentes y no seguí los consejos de mi abogado, que optaba por una negociación prudente y aceptar una retirada de cargos a cambio de un traslado… pero yo estaba a gusto allí. Mi tozudez me llevó a que la celebración del juicio siguiera hasta la sentencia final. Así, mi acusación, considerada falso testimonio, se convertiría en el auto que ponía fin a mi carrera militar.

Mi honestidad y terquedad me habían dejado tirada en la cuneta… otra vez. De pronto había perdido el respeto y la amistad de mucha gente. Fuera del Ejército, cuando visitaba a mis amistades, me

sentía como una paria, así que tropecé con algo que nunca pensé que podría sucederme, la bebida. Me hice alcohólica y pasé un par de años sin hacer absolutamente nada, en el dique seco, destrozándome y haciendo todo tipo de tonterías. Estaba convencida de que mi vida sería imposible de rehacer. Sí, pensaba que podría, tarde o temprano, recuperarme, regresar a la aviación comercial, aunque fuera para transportar turistas en avioneta sobrevolando el cañón del Colorado. Era algo así como mi tabla de salvación imaginaria… aunque solo de pensar en esa posibilidad me entraban unas ganas locas de emborracharme.

La mala suerte no suele manifestarse en un suceso puntual, a menudo es toda una racha de acontecimientos, y en mi caso no iba a ser una excepción. Mi naturaleza resuelta y el alcohol no son una buena mezcla. Durante ese periodo de tiempo no fueron raras las peleas en las que me vi envuelta. El kick boxing siempre fue algo que se me dio bien y no era raro que ante una provocación masculina en un bar mi puño saliera directo a la mejilla del gracioso de turno como un acto reflejo. Después de haber perdido todo por culpa de un acosador, no es de extrañar que cualquier piropo que me dirigiera un fulano despertaba en mí una rabia tan súbita que fuera incapaz de reprimirla. Visité unos cuantos calabozos y un día me encontré ante un tribunal de justicia que me encausaba por dos años de cárcel por agresión a un agente de la autoridad. Yo tenía una resaca formidable y llevaba varios días sin dormir. No recordaba nada. Observaba el traje de reclusa que llevaba puesto con mirada ausente, como si estuviera en una borrosa pesadilla cuyo argumento no acabara de asimilar. Las

voces resonaban en la sala sin que tuvieran ningún significado para mí. Mi abogada defensora me miraba preocupada y llegó un momento en el que la juez me instó a que me pusiera en pie.

—Señora Carla Sandoval. Se ha dispuesto su libertad condicional tan pronto se deposite la fianza de cincuenta mil dólares que el señor Peter Ram se aviene a conformar en su nombre. Dicho fondo se empleará como garantía de que acudirá a la vista judicial en la fecha que se señalará en próximos días para juzgarla por los delitos de los que se le acusa.

La juez dio un mazazo y sentí como que despertaba de un sueño. Miré a mi alrededor y observé a un hombre moreno de pelo muy negro que me miraba ufano y sonriente, con una dentadura resplandeciente y luminosa, encantado de sí mismo, satisfecho como si hubiera adquirido una ganga tras un duro regateo. Yo le mostré mi dedo anular con gesto enérgico y él se rió.

Lo cierto es que ese fue uno de esos momentos críticos en la vida en los que una persona no lo comprende porque no es capaz, no discierne con claridad ni dispone de perspectiva para darse cuenta de ello, pero ahora, cuando lo recuerdo, asumo enteramente que fue en ese instante cuando el signo de mi destino había vuelto a girar vertiginosamente y señalaba otra dirección por completo diferente. Mi vida había cambiado drásticamente, pero aún yo no lo sabía.

CAPITULO 61

La esperada conversación no tardó mucho tiempo en llegar. Me sentía terriblemente incómoda. Estar en deuda por mi inesperada libertad con un hombre de intenciones desconocidas me hacía temer lo peor. Estaba segura de que ese rostro no lo había visto nunca y fue una sorpresa cuando indagando en internet descubrí quién era verdaderamente. Un nuevo rico, un brillante ingeniero de sistemas que había triunfado merced a varias patentes ingeniosas y que ahora erigía un imperio industrial entre las que destacaba, como su más flamante creación, Ramspace Limited.

Era un ególatra. Revisar sus ruedas de prensa y entrevistas servía para asegurarse que estaba contemplando a un hombre satisfecho de sí mismo, consciente de su éxito y fama, y que además estaba convencido de desarrollar un papel mesiánico en el desarrollo tecnológico de la humanidad. Si, Peter Ram era un hombre que rezumaba tanta insoportable seguridad en sí mismo que sin decirlo, daba a entender en un ejercicio de pasmosa arrogancia, que su legado pasaría a la Historia y su nombre jamás sería olvidado. Pensar que debía mi libertad a tal idiota me sublevaba.

Por otro lado, yo aguardaba la cita con mucha cautela. Había leído demasiado de él. La prensa lo describía como un vividor y

juerguista a la vez que hombre de éxito en los negocios e inventor. Parecía condenado a convertir en oro todo lo que sus dedos tocaran y eso me asustaba. No podía creer que de aquel encuentro pudiera salir algo con bien para mí… y no obstante una parte muy íntima de mí albergaba algún género de esperanza, lo cual me perturbaba. No me gusta la amargura que deja tras de sí las ilusiones rotas. Me hace sentir infantil, un sentimiento insoportable. Nunca, ni siquiera en mis mejores momentos, me había gustado despegar los pies del suelo. Sé que cualquier maldita noche puede llegar una panda de criminales a la puerta de tu bar.

Las oficinas de Peter Ram, en la sede de Ramspace en Houston, me impresionaron. Se advertía el dinero allá donde uno dirigiera la mirada. Era como adentrarse en una de las grandes firmas financieras de la *city*. Con el tiempo comprendí que no estaba en el corazón industrial, sino en su meollo financiero. Contables y abogados eran los soportales que defendían una poderosa industria de patentes, royalties y acciones en el mercado de valores. Ramspace era un emporio, no una empresa que fabricaba cohetes. Así al menos me lo explicó el propio Peter muy amablemente, indicándome que no me impresionara por tanto traje y corbata. El centro de investigación de Ramspace y otras industrias accesorias se hallaba en el cinturón industrial de la ciudad y no presentaba ni mucho menos un aspecto tan sofisticado y vanguardista como aquellas oficinas.

— ¿Qué quiere usted de mí? Sé que no solo ha depositado la fianza. Mi abogada me ha contado que ha recibido el refuerzo de su bufete personal, así como un equipo de investigación que está

desarbolando las pruebas de la acusación. Me imagino que no se trata de su buena acción del día… ni que usted está prendado de mí y quiere casarse conmigo para fundar una familia numerosa.

Peter me sonrió, su mandíbula ancha acentuaba su franqueza, y después rio cordial. Su expresión era de una amabilidad extrema. Después me he acostumbrado a esa sonrisa que borra cualquier atisbo de sombra de sus ojos, que incita a pensar que estás hablando con el hombre más leal y sincero del mundo, una persona en la que puedes confiar completamente. Sí, es un jodido tahúr.

—Sí, es verdad, lo reconozco. Mi acción no ha sido ningún acto generoso, ni mucho menos. Considero que se trata, por el contrario, de una importante inversión en un activo valioso, usted.

Asentí. Como latina, ya estoy acostumbrada a los piropos excesivos de nuestros hombres, así que esas palabras para mí sonaron como quien oye llover. Aguardé.

—Puede suponer que tengo a mi disposición su currículum completo… y la considero perfecta. Excelente piloto militar, su carrera en la división de pruebas fue magnífica igualmente… aunque ya veo que tropezó con un suceso que …. destrozó su impecable carrera. Eso dice mucho de usted… y me gusta. No se amilanó. Admiro eso en un hombre, ¿sabe?... pero mucho más en una mujer. Me gusta mucho, Carla Sandoval. Es usted valiente, puro arrojo.

Esta vez reconozco que me impresionó lo que dijo. Una voz dentro de mí ya me advertía que me estaba diciendo lo que quería oír, pero era cierto que lo había dicho muy bien. Prosiguió.

— ¿Qué quiero de usted? Su persona, su capacidad… pero también su lealtad. Su más absoluta e inquebrantable lealtad. Sé que en su fuero interno es militar hasta la médula, así que creo que entiende lo que le pido.

La expresión de Peter cambió súbitamente, tanto que me impresionó. Me miró fijamente y se puso en pie. Yo permanecía sobre ascuas, incapaz de adivinar a qué compromisos me quería obligar si me convertía en una especie de jefa de su guardia pretoriana. Paseó un momento por la habitación. No quise interrumpir su meditación, estaba pensando en cómo abordar la siguiente fase de la conversación. De pronto me miró y me sonrió de nuevo.

—Usted… no estoy seguro, pero como piloto de pruebas seguramente habría contemplado la posibilidad de trabajar para la NASA, imagino. Prácticamente seguro que la Agencia Espacial emplearía los servicios suyos en más de una ocasión.

Asentí. Así era.

— ¿Se planteó la posibilidad de ingresar en la NASA como piloto de vuelo espacial?

Tragué saliva. Siempre había sido ambiciosa pero no recordaba aquellos sueños. Mi carrera como piloto había sucedido vertiginosamente. Se me daba bien y yo dejaba que los hechos se presentaran ante mí como ante a una niña caprichosa a la que le dan a elegir varios bombones y debe pronunciarse por uno en concreto… pero era la primera vez que me ofrecían una caja entera para mí sola.

—Bien… veo que la he tomado por sorpresa. Quiero que piense

la siguiente propuesta con atención. Estoy dispuesto a dejarle varios días para pensárselo… pero, ¿le gustaría ser mi piloto del Argonauta, la nave espacial más vanguardista con la que la Humanidad ni siquiera ha soñado y con la que pienso viajar mucho más allá de este planeta?

—Sí.

No tardé ni un segundo en pensármelo. La palabra salió de mis labios tan pronto brotó de mi corazón, incontenible, imparable, con brutal sinceridad. El deseo era tan intenso que era imposible no comprender que algo así era lo que siempre habría deseado en mi vida. Cuando asimilé lo que había dicho mis ojos se inundaron de lágrimas. Tras la pesadilla de los últimos años en los que mi vida parecía acabada por completo ahora ¿volvía a hacer lo que tanto me había llenado la vida? ¿Recuperar mi autoestima y mis ganas de vivir y hacer lo que tanto amaba y lo que me hacía a mí ser verdaderamente quien era, Carla Sandoval? La idea me hizo vibrar de emoción.

Peter se sentó de nuevo y su mirada se serenó.

—También he hablado de lealtad… y no todo lo que pediré te resultará fácil, es más, aunque sé que eres una persona dura, es posible que puedas tener escrúpulos. No te necesitaré si eres débil o dudas. Necesitaré tu fidelidad absoluta.

Asentí. Mi corazón galopaba. La vida me había forjado a base de balas y sangre y ya era de las que pensaba que más vale golpear a ser golpeada. Aprovecharía mi oportunidad y sería leal al hombre que

me había proporcionado la más grandiosa oportunidad con la que jamás había soñado. La respuesta la pronuncié con ganas.

—Cuenta con ella.

CAPITULO 62

Volví a ser yo.

Al menos, la que recordaba del ejército. Pude ser arrogante y autoritaria, pero siempre con desenfado. Trabajar rodeada de civiles era como encarar la jornada sabiendo que iba a un campamento infantil a poner orden. Me lo pasaba realmente bien. Dominaba a aquellos pimpollos de Ramspace con la mirada.

Conocí a Gary Shultz, el que era la mano derecha de Peter en la sección industrial, un tipo alto y poco afortunado en su manera de moverse, infinitamente torpe, parecía darse cuenta de donde tenía los brazos siempre demasiado tarde. No congeniamos. Yo no me presenté en ningún momento como una niña huérfana a la que han acogido caritativamente en el hospicio, como él pretendía tratarme, y le costó mucho tiempo entender de la pasta de la que estaba hecha, así que no me cortaba un pelo en plantarle cara cada vez que lo estimaba oportuno. Rezongaba, pero cada vez que acudía a Peter éste ponía orden y me daba la razón. Yo sabía lo que quería Peter de mí y estaba dispuesto a exigir al máximo a aquellos ingenieros que no estaban aún acostumbrados a dar cuentas ni rendimientos de la idoneidad de su trabajo. Como piloto de pruebas había tratado con la industria militar y allí siempre se hablaba en serio. Al final Gary acabó respetando mi

trabajo y tomando en cuenta mis sugerencias y críticas. Y es que no pedía sin más. Exigía lo mejor.

Empecé con los simuladores y me hice con ellos con mucha facilidad. Lo sé porque observaba los resultados de otros competidores para el puesto y Peter siempre lo decía, no se había equivocado conmigo. Muchos venían de la aviación civil. Otros tenían una corta carrera militar que parecía un chiste al lado de mi currículum.

Seguía viendo a Peter, pero con menor frecuencia. Apenas pasaba por las plantas industriales, y si alguna vez lo hacía lo veía encerrado con Gary, discutiendo concienzudamente sobre planos y fórmulas. En una ocasión los vi a los dos especialmente enfervorizados. No discutían, sino que revisaban un documento con la alegría del que ha descubierto un mapa del tesoro. Me acerqué a saludarlos, puerilmente dispuesta a compartir su entusiasmo, pero tan pronto abrí la puerta del despacho acristalado sus expresiones se serenaron inmediatamente. Era obvio que no iban a hablar conmigo del asunto, fuera el que fuera. No me ofendí. Vengo del ejército del aire. Yo sólo quiero saber a dónde hay que llevar el pájaro y soltar las bombas.

La misión del Argonauta fue poniéndose seria. Se eligió el objetivo, o al menos éste se hizo público. Yo me di cuenta de inmediato que todas las simulaciones de vuelo que estaba efectuando se correspondían milimétricamente a la agenda que Peter presentó en su afamada rueda de prensa. Pueden pensar lo que quieran, pero Peter llevaba detrás de aquel pedrusco llamado Ignotus desde mucho antes de que fuera detectado por los telescopios de la NASA. No sé cómo,

pero él es un hombre de recursos. Ya sabía lo que quería. Eso sí, respecto al contenido de la misión, era más opaco que una placa de plomo.

De todo aquel periodo sólo tuvimos una entrevista realmente seria. Me refiero a que con cierta frecuencia coincidíamos en la zona de preparación de vuelo o en otras instalaciones de Ramspace, pero en esos momentos las conversaciones eran triviales y simpáticas. Con Peter una mujer siempre tiene la sensación de que le están echando los tejos y ese era el tipo de encuentro casual y saludo con el que nos despachábamos. Sin embargo, un día, tras terminar el ejercicio de simulación, me encontré que Peter me aguardaba en el exterior de la cabina con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vamos – me dijo solemne, y me condujo a una sala de reuniones cercana que había sido desalojada para la ocasión. Sus ocupantes se habían visto obligados a abandonar sus ordenadores y legajos sobre la mesa para cedernos el sitio.

Me invitó a sentarme y a continuación me presentó una foto. Se trataba de un hombre joven, bien parecido, que no había visto en mi vida.

—Ben Lantham, científico de la misión de la Ulyses. Acaba de ser despedido de la NASA y me propongo enrolarlo en nuestra tripulación del Argonauta.

—Así que ya somos dos, él y yo, de momento – asentí, sin curiosidad.

—No, vamos a ser tres. Yo también iré. Y estoy aguardando a

elegir a mi cuarto tripulante. Confío en mi instinto para eso – me dijo con una medio sonrisa que, no obstante, era lo suficientemente firme para comprender que cuando aludía a sí mismo lo hacía verdaderamente en serio.

—Bien… si tengo que hacer de niñera de un científico despechado y un empresario juerguista… podré con ello.

Peter negó con la cabeza. Su expresión era desacostumbradamente seria.

—No… en el caso de Ben Lantham no se trata de hacer de niñera. Quiero que lo sepas desde ahora. Vamos a llevarlo a una trampa.

Aquello me incomodó. Implicaba una maniobra deshonesta e inmediatamente me envaré por dentro. Peter observó mi reacción. Por mi mente se dilucidó un rápido debate moral. Mis premisas, mis escrúpulos, pero también mi lealtad, mi compromiso.

—Sea – pensé, mi alma seguía siendo militar. Obedecer sin hacer preguntas. Se lo debía.

Peter asintió despacio. No mostró ninguna satisfacción especial por mi respuesta que, por otro lado, debía ser justamente la que aguardaba.

Fue aquella noche cuando comprendí, cuando intentaba conciliar el sueño, que había vendido mi alma al diablo. ¿Llevarlo a una trampa? ¿Pero qué clase de trampa iba a ser aquella que se hallaría en un pedrusco que venía de más allá del sistema solar e iba a cruzar nuestro espacio a la velocidad del rayo? ¿Qué género de peligro

implicaba una trampa en tales condiciones?

Fue por eso que cuando conocí a Benjamin Lantham quise mantener distancias con él. No me quería implicar en algo que después me impidiera llevar a cabo mi cometido.

CAPITULO 63

La mañana era fría y a pesar del polar que llevaba puesto me sentía helada. Vigilaba la cabaña desde el amanecer. El lago reflejaba las montañas y bosques y el paisaje no es que estuviera mal, todo lo contrario, era una puta postal. Pero yo me impacientaba. No había ido hasta allí para disfrutar de una vista bucólica, ni descansar. Aquel era un estúpido paréntesis en el que me sentía realmente incómoda. No me gusta arreglar las cagadas de mis compañeros, por muy bien o mal que me caigan. Que cada cual haga cuentas con lo suyo. Quería acabar con aquello cuanto antes y pasar página.

También sabía que el maldito Peter me estaba poniendo a prueba. Quería ver si tenía redaños y cuáles eran mis límites. Aquello era un trabajo desagradable, pero sinceramente, pensaba que su línea de escrúpulos iba a ser mucho más difícil de franquear. Una chapuza de colegial era aquello, asqueante, sí, pero infantil.

Es difícil mantener la mente en blanco. La misión, el próximo viaje a Ignotus, todo parecía en ese momento demasiado alejado de mí. No podía concentrarme en el plan de entrenamiento de los próximos días. ¿Qué le había dicho a Gary sobre la maniobrabilidad de los mandos del Argonauta? Los quería más duros, no estaba satisfecha con el tacto. Eran diferentes al del simulador y ya me había

acostumbrado a ellos. Aquello me enfadaba. El científico se tomaba mis comentarios como críticas personales, pero como le decía yo, él no iba a lanzarse en una lata de sardinas contra el Sol a ver qué pasaba. Apreté el volante con fuerza. ¿Estarían trabajando ya en ello? Gary siempre decía que tenía otras cosas más importantes que hacer antes que contentar mi lista de exigencias. Lograba cabrearme.

El sol despuntó y sus tibios rayos aliviaron el malestar matutino y me procuraron una tregua a mi cuerpo destemplado. Eché un trago al termo de café caliente que me había procurado y seguí contemplando la cabaña, esta vez con los prismáticos. Al fin se había encendido alguna luz en el interior. Los tortolitos se habían despertado. Ya era hora.

Cada cual mantenía su vehículo aparcado en las inmediaciones. Conocía el de Ben, así que el todoterreno debía ser el vehículo de ella. No tardaron en salir. Era temprano y tenían muchos kilómetros por hacer para regresar a Houston. Su breve idilio había terminado… seguramente por más tiempo del que esperaban. No me gusta ir de aguafiestas, pero el trabajo es el trabajo.

Ben fue el primero en salir. Buen chico. Arrancó el coche y se fue levantando una pequeña nube de polvo. Asya Bale, la comandante de la Ulyses, estaba metiendo una pequeña bolsa de viaje en el maletero cuando la abordé.

—Buenos días… no sé si me conoces. Soy Carla Sandoval, piloto del Argonauta… ya sabes, compañera de Ben en Ramspace.

Se quedó estupefacta. Nunca he sido buena relaciones públicas

y me gusta ir directo al grano, así que cuando me dirijo a alguien directamente me encanta disfrutar de su desconcierto inicial.

—He venido a hablar contigo porque entiendo que posiblemente tengas más seso en la cabeza que mi atolondrado compañero, pero debes comprender una cosa. Peter no va a poner en peligro la misión por culpa de una relación que puede condicionar la lealtad, la cadena de mando o los intereses de la compañía… Mira… yo no os voy a juzgar, pero es algo que vais a tener que aparcar… o, mejor dicho, que tú vas a tener que aparcar.

Notaba cómo su expresión seria se iba inflamando con un sentimiento de impotencia y rabia a medida que hablaba, pero valoré su musculatura, su fuerza, las posibilidades que tenía de atacarme, y me relajé. No tenía nada que hacer conmigo ni aun embistiéndome por sorpresa.

—A qué viene esto – me preguntó con la voz áspera.

—Ya te lo he dicho. A Peter Ram no le hace ninguna gracia que su jefe científico de misión tontee con la comandante de la tripulación rival. No parece ni profesional ni le inspira ninguna confianza.

— ¿Qué hará?

Negué con la cabeza.

—Mira, seguramente dejará fuera a Ben. Ya sabes, sería un palo terrible para él. Toda la vida soñando con viajar al espacio… y después de lo de la Ulyses, que se quede fuera otra vez, no sé yo. Si Peter prescinde de él sería algo que yo creo, por experiencia te digo, que no llevaría nada bien.

La miré con toda la dureza de la que era capaz.

—En la vida se presentan muy pocas veces segundas oportunidades. Tú verás lo que haces… pero estás jugando con el futuro de Ben. Creo que no debes volver a contactar con él de ninguna manera de ahora en adelante. Lo vuestro ha terminado y más vale que él lo entienda así.

Peter había tenido razón. No valía cualquier momento para decir esas palabras. Tenía que ser en caliente, en el momento en el que acabaran de verse y que la evidencia fuera incontestable. Y no valían eufemismos. En eso Peter había hecho bien en escogerme. No me gustan las medias tintas ni las palabras edulcoradas, expresiones que odio profundamente porque me parece un síntoma de debilidad de carácter. Peter sabía que ante la vergüenza de haber sido cazados juntos no habría argumento alguno y la amenaza contenida en su mensaje resultaría clara e imposible de disfrazar con subterfugios. Y yo había hablado claro.

El semblante de Asya Bale ardía pasto de la rabia. Podía apreciarlo en sus pupilas, en sus ojos a punto de desbordarse de lágrimas, en la tensión de su mandíbula que vibraba ligeramente. No era una mujer acostumbrada a sufrir humillaciones y toda su pose se correspondía al de una persona honesta cuya voluntad la acababa de quebrar sin piedad. Sí, esa mujer amaba a Ben Lantham, no me cabía duda de ello.

Reconozco que me fastidiaba el cometido, pero siempre lo digo, en un combate, uno tiene que ser el que zurra. Si no, mal vamos.

CAPITULO 64

Cuando la situación en el Argonauta se volvió jodida reconozco que me amilané. A mí no me da miedo volar, ni pulverizar mi cuerpo en un accidente aéreo a match 5 contra el suelo. Es un suceso que tengo visualizado y asumido. He imaginado mil accidentes y comprendo la ansiedad de los segundos previos, la impotencia y la fatal resignación que antecede a un jodido final. En sueños me despierto sudando mientras mi mano ha levantado la imaginaria palanca del sillón eyectable. Estoy acostumbrada a esa ansiedad.

Cuando vimos como la Ulyses quedaba atrapada por esa especie de campo de fuerza que brotaba de la Ignotus la situación no me gustó un pelo. Menos aún al darme cuenta de que por un lado el intrépido de Ben Lantham estaba dispuesto a ir tras de aquella tripulación perdida a cuenta de lo que fuera. Asya Bale había cortado con él y sin embargo se comportaba como un honorable colegial, encaprichado detrás de un amor no correspondido. Me daba ganas de tomarle de las solapas de su mono espacial y explicarle que aquello era una sinrazón. Pero la actitud intrépida de Peter me lo impidió. La orden era incuestionable y se acabaron mis dudas.

Encaminé al Argonauta tras los pasos de la Ulyses. Eso sí, no consumiría inútilmente el combustible intentando zafarme del abrazo

invisible de aquel misterioso pedrusco. Me dejaría caer delicadamente como una pluma sobre su superficie, llevando el Argonauta hasta donde los habitantes de aquella roca alargada me permitieran.

Reconozco que mi temple militar estuvo a punto de romperse en mil pedazos. He estado acostumbrada a cumplir órdenes y misiones con una meticulosidad espartana y corriendo todo tipo de riesgos, pero siempre podía entender que tras de aquellos cometidos había un plan, una estrategia. Pero ante aquel desembarco suicida forzado me parecía que estábamos haciendo algo descabellado. Tuve que desconectar todas y cada una de mis neuronas, deshacer todos los argumentos lógicos que me recomendaban alejarnos de aquel lugar, y proseguir con la misión según la pauta establecida por Peter.

Y Peter ya no era el mismo.

Y no sólo se trataba de las discrepancias con Ben. Algo había cambiado en él. Su naturaleza risueña se había esfumado. No había bromas ni sobreactuaciones. Su egocentrismo había dado paso a un proceder nervioso, dubitativo. Hablaba con él pidiéndole explicaciones y parecía quedarse en blanco, sin saber qué decir. Sé que mantenía largas conversaciones con Gary Shultz en Tierra, marcadas por largos intervalos de tiempo entre cada interlocución debido a la distancia que nos separaba. A veces discutían y sé que Peter estaba exigiendo a Gary un sobreesfuerzo. Podía escuchar sus imprecaciones cuando pasaba junto a su camarote. Sólo capté una frase con claridad en una ocasión. “Se nos acaba el tiempo” gritaba Peter fuera de sí.

Yo opté por asumir todo con un enfoque fatalista. Una tiene que ser consecuente con sus actos. Había hecho mi apuesta y no me

había salido mal. Allí estaba, en mitad del espacio, liderando una misión espacial que iba a pasar a la historia, no sabía si para bien o para mal, pero indudablemente, el nombre de Carla Sandoval iba a perdurar en los anales de los exploradores del espacio. El tiempo diría con cuanta gloria o pena. Ese era mi único consuelo. Había apostado todo a la lealtad de Peter Ram así que debía confiar en que el tipo supiera lo que tenía entre manos… y al ver cómo su determinación se diluía conforme pasaban las horas y el Argonauta finalmente se posaba suavemente sobre el pétreo asteroide no me infundía mucha esperanza.

Desembarcamos en Ignotus.

Emprendimos el camino hacia el punto donde la Ulyses se había volatilizado del radar. Teníamos las coordenadas señaladas y no estaba muy lejos del punto donde se había posado nuestra nave. ¿Por qué la Ulyses se había desplazado de lugar una vez había tomado tierra? Se suponía que era para explorar la supuesta superficie metálica de Ignotus. Asya Bale nunca aclaró del todo el sentido de esa maniobra, pero lo cierto es que había desaparecido. ¿En el interior de Ignotus? Era lo presumible. Buscaríamos ese acceso.

Recuerdo que caminábamos por una superficie oscura como el carbón, situados en la parte del asteroide que se encontraba a la sombra del sol, y sólo los haces de luz de nuestros trajes iluminaban parcialmente lo que teníamos ante nosotros. Iniciamos el descenso de una hondonada oscura como boca de lobo. Entonces Peter me retuvo. Fue con un gesto de su mano, sosteniendo la mía. Quería que Ben avanzara por delante de nosotros y dejamos que nos tomara un par de

metros de ventaja. Me hizo entonces una señal convenida y cortamos comunicación con el Argonauta.

Y pronto comprendí la razón. Algo sucedió con Ben. De pronto se detuvo, fue como si se hubiera petrificado, pero observándolo mejor comprendí que estaba en movimiento, como a cámara lenta. Reclamaba nuestra ayuda. Fui a acercarme a él, pero Peter me detuvo.

—Está cayendo en una singularidad, Carla. No debemos ayudarle… no de momento.

Y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Aquel cabrón sabía bien lo que hacía… pero ¿cómo podía estar tan seguro de todo?

CAPITULO 65

Peter me condujo a un promontorio de roca escarpada, una elevación del terreno en el que la piedra era afilada como cuchillas de afeitar y sus láminas reflejaban la luz de nuestros trajes con la espectacularidad del estallido de mil bengalas. Me advirtió que tomara precauciones para que aquellas aristas no me rasgaran el traje. Rodeamos la escarpadura y nos situamos frente a un terreno despejado que se encaminaba hacia una hondonada, justo bajo la tosca acumulación rocosa que habíamos bordeado. El terreno era arenoso como el de una playa y descendía hacia una sima tan oscura que resultaba impenetrable a nuestras linternas. Tras un minuto de marcha nos plantamos ante una pared de piedra en cuyo centro se situaba una gran lasca de contorno irregular pero cuya superficie era tan tersa que delataba que no se trataba de una obra accidental de la naturaleza. Peter se apoyó contra ella y del punto en el que su mano contactó con la roca brotó una onda de energía que iluminó gradualmente toda su superficie con un resplandor anaranjado. Sentí una vibración a través de mis pies. Algo, muy pesado se había desplazado de lugar y poco después se activaba un mecanismo de apertura. La roca se deslizó abriéndose a ambos lados como una sofisticada puerta automática cuya línea de encaje era tan perfecta que nos había resultado por completo invisible. Ante nosotros se

iluminó gradualmente un pasadizo el cual Peter se aventuró a recorrer tan pronto tuvo espacio para introducirse. Se traba de un túnel de sección circular, iluminado con hileras de lámparas superiores e inferiores que emitían una intensa luz blanca.

— ¿Qué coño está pasando aquí, Peter?

Pero Peter ignoró mi pregunta. Caminaba apresuradamente dejándome rápidamente atrás. Tardé unos segundos en decidirme. No podía dejarlo solo. A fin de cuentas, era mi maldita responsabilidad.

Al llegar al final del camino nos aguardaba una pesada puerta de seguridad que lucía unos emblemas completamente indescifrables. Era una simbología no humana. No obstante, Peter parecía saber perfectamente lo que debía hacerse. Apoyó de nuevo la mano sobre su superficie y una vez más una onda de energía se esparció por la puerta con el mismo tono anaranjado de la ocasión anterior. La puerta se desencajó de sus pistones de seguridad y comenzó a abrirse, cual si fuera el pesado acceso blindado de la cámara acorazada de un banco. La sala que había más allá de la misma se empezó a iluminar sistemáticamente. Una serie de sofisticados paneles de control alineados en diferentes consolas iban cobrando vida poco a poco, encendiéndose con luces pálidas de diferentes tonalidades como si fuera la colorida guirnalda de un árbol de navidad. No obstante, no era eso lo que me llamó la atención, sino lo que había más allá.

La sala contaba con un amplio techo abovedado que formaba una gran cúpula y se volcaba en un gran ventanal que parecía pender milagrosamente suspendido sobre el vacío del espacio. Pero no era un vacío lo que se vislumbraba más allá, sino un remolino, un portentoso

remolino de una belleza como nunca antes pensé que un espectáculo de la naturaleza podría proporcionar.

Era un fenómeno poderoso y latente. Podía percibir una vibración a través de mis pies y captaba un persistente zumbido. Palpitaba incluso en el aire y lo sentía en cada inhalación. Me acerqué al mismo límite del cristal que me separaba de aquella vorágine y entonces comprendí que sus dimensiones eran mucho mayores de lo que había intuido inicialmente. Se trataba de un gran disco de negrura que parecía absorber la misma luz de las estrellas del firmamento, como si estas se precipitaran lentamente en el pozo insondable. Incluso, proveniente de un horizonte que no estaba al alcance de mi visión, emergían partículas luminosas de un llamativo anaranjado, como chispas centelleantes, que se aproximaban al vórtice y después atrapadas por una fuerza incomprensible, giraban en una espiral de fuego que acababa precipitándose en el interior de un tubo que se perdía en el vacío. Comprendí que era la luz solar que resplandecía más allá del horizonte visible de la parte sombría de Ignotus que, atrapada por la fuerza de aquel embudo succionador, se precipitaba en una vertiginosa caída en espiral hacia un fondo indistinguible.

Me quedé embelesada contemplando aquella animación fantasmagórica. Era testigo de un suceso insólito, de cómo una singularidad absorbía la escasa luz que llegaba hasta ella. La luz de las estrellas, e incluso los fotones del Sol, que en ese momento se encontraba en la otra cara de Ignotus, eran atrapados por aquel poderoso succionador, y se precipitaban a través de su boca hasta lo más profundo de la singularidad que se extendía allí mismo, delante

de mí, justo a mis pies. Asustada, retrocedí unos pasos alejándome del ventanal.

El descubrimiento me sobresaltó. Me hizo ser consciente de que aquel portento tecnológico implicaba un poder descomunal. Y también comprendí que Peter no lo había descubierto por casualidad. Él sabía de la existencia de aquel lugar, de hecho, había sabido dónde dirigirse y cómo proceder para la apertura. Me giré sobre mí misma y lo busqué con la vista. ¿Qué estaba haciendo exactamente allí? ¿Qué pretendía? Quería exigirle explicaciones de inmediato.

En cuanto lo contemplé me di cuenta de que algo no iba bien. Peter no parecía el mismo. Su traje espacial estaba envuelto de un aura anaranjada, como un extraño envoltorio fantasmal. Los haces provenían de una consola semicircular en la que había apoyado sus manos. De su superficie emergían filamentos de luz que se aglutinaban en hebras mayores y que después rodeaban su cuerpo envolviéndolo en un abrazo asfixiante.

— ¿Peter?... ¿qué sucede?

Me acerqué a él. Su semblante, visto a través del visor de la escafandra espacial, reflejaba un intenso dolor. Me miró con una expresión que no sabría describir. No sólo era sufrimiento físico. Había miedo en su mirada.

— ¿Qué te sucede Peter? ¿Cómo puedo parar esto?

Intenté penetrar con mi mano aquella gelatina ectoplásmica que lo envolvía, pero tan pronto entró en contacto con la sustancia recibí al instante un golpe tan violento que volé por los aires repelida

por una fuerza poderosa. Aterricé malparada a varios metros de distancia. Gemí, tirada en el suelo, mientras me rehacía e intentaba volver a recuperar la funcionalidad de mis pulmones. El golpe me había cortado el aliento y sentía un intenso dolor en el brazo con el que había intentado zafar a Peter de su envoltura.

Y no sólo yo jadeaba. A través de la conexión de radio oía la respiración de Peter, cada vez más agitada, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo. Me incorporé y volví a observarlo. De las consolas brotaban un sinfín de filamentos de luz que convergían en dos grandes cuerdas que se habían enlazado a sus brazos, envolviéndolo con un aura dorada y pulsante.

—Peter… ¿qué quieres que haga? ¿Cómo puedo liberarte de eso que te tiene atrapado? ¿Qué está pasando?

Me acerqué de nuevo a él, mientras le gritaba, pero asegurándome de estar lejos de los flujos de energía que brotaban de su cuerpo.

Peter intentó decirme algo. Sus jadeos se hicieron más agónicos y su respiración se entrecortaba violentamente. No obstante, logré captar las palabras que pronunció en un titánico esfuerzo.

—Carla… necesito que…

Entonces se volvió violentamente hacia mí, demasiado tarde para comprender que aquel ser ya no era Peter Ram, el ejecutivo de la compañía espacial que me había reclutado. Su mirada estaba completamente trastornada, acaparada por un flujo resplandeciente que había suplantado sus pupilas que ahora brillaban con la

intensidad de un metal incandescente. Cuando abrió la boca nuevamente, no fue para pronunciar ningún sonido, sino para precipitar sobre mí un chorro de energía que me envolvió por completo.

Sentí un agudo dolor en cada célula de mi cuerpo, tan intenso que se transformó en otra cosa distinta, en un envoltorio de mi propio yo, como si mi carne hubiera sido sustituida por otra sustancia con propiedades y sensibilidades diferentes, y a través de esa nueva constitución de la cual estaba conformada, sentí que caía en el vacío mientras mi consciencia se diluía sobre un lienzo de un intenso color blanco.

CAPITULO 66

Me desperté en medio de un paraje de roca negra como el carbón. Sobre mí caía un intenso aguacero. Retumbaban los truenos de una intensa tormenta eléctrica. Estaba empapada. Con un enorme susto comprendí que mi traje espacial estaba completamente destrozado. La visera de mi escafandra partida resultaba inútil y me desprendí de ella. De la misma manera, mi traje tenía grandes desgarros por los que penetraba el agua helada que caía del cielo. Me deshice del mismo y me quedé con mi mono de Ramspace completamente mojado, pero al menos podía desenvolverme con agilidad. Entonces estudié a fondo mi alrededor.

Parecía encontrarme en medio de una devastada cordillera montañosa cuyos picos consistían en afiladas agujas de las que muchos de extremos quedaban ocultos por una densa y oscura capa nubosa. Los relámpagos restallaban allá donde dirigiera la mirada y la piedra oscura de aquellas montañas resplandecía con un fulgor de una tonalidad verdosa, como si tuviera una extraña cualidad que se mostrara sólo ante el resplandor eléctrico. Era un paraje inhóspito, desprovisto de cualquier signo de vida, que por la negrura de su roca y su aspecto macabro parecía capaz de inyectar malignidad directamente en vena.

El agua se precipitaba sobre mí con la fuerza del granizo y opté por buscar refugio. Lo hallé bajo una gran lasca de piedra que sobresalía de una pared como una enorme marquesina natural. A su abrigo me acurruqué e intenté ganar algo de calor. La temperatura era baja y mi aliento formaba una densa vaharada de vapor con cada exhalación. Estaba desorientada, y también asustada. ¿Cómo había llegada hasta allí? Evidentemente aquel lugar no era Ignotus. Contaba con atmósfera respirable y una gravedad similar a la terrestre. Allí terminaba todo parecido.

Había un retumbar distinto al propio aullido atronador de la tormenta. Por encima del abrumador crepitar de la lluvia golpeando la piedra llegaba hasta mí un rumor rítmico, salvaje, como una miríada de martilleos que aunados formaban otro conglomerado sonoro con identidad propia. Bastó unos segundos en los que el sonido de ningún trueno empañara la atmósfera para confirmar que se trataba de algo por completo diferente, y su origen no debía ser muy lejano.

El lugar en el que me encontraba era una pequeña altiplanicie de grava y escombros de roca. Por un lado, la explanada concluía en una serie de paredes de piedra escarpada de apariencia inaccesible y de disposición vertical, salvo por una ladera de grava de pendiente no muy pronunciada cuyo extremo superior lo ocultaba la niebla. En el otro extremo terminaba abruptamente en un acantilado al que no me había atrevido asomarme pero que ahora, empujada por la curiosidad, sentía un gran anhelo por aproximarme a mirar qué horizonte se abría a mis pies. Y no sólo eso. Quería averiguar el origen de aquel extraño sonido bronco, que ahora que había identificado, se filtraba a través

de mis oídos hasta mi mismísimo tuétano. Creo que ya lo he dicho antes. Cuando siento miedo, me gusta mirar a la bestia cara a cara para decirle lo que pienso.

Me asomé. No pude contemplar ningún horizonte porque la densa capa nubosa cubría la montaña como un manto que filtraba una luz triste. La lluvia era espesa y formaba una cortina impenetrable. Sólo pude ver la abrupta caída hacia el vacío asomada al mismo borde del precipicio.

Y… ¿qué era aquello que trepaba por aquellos acantilados que se abrían a mis pies? No eran bestias animales. Su piel, si es que aquello era piel, brillaba con la limpieza del metal. El aguacero difuminaba su silueta y acrecentaba su aspecto desagradable, seres de un inframundo mitológico y maldito, y que, en la agonía de su sufrimiento, sólo hallarían algo de paz si satisfacían un ritual de sangre. Sí, lo reconozco, he leído mucha novela de terror.

Sus formas y sus movimientos concretaban la esencia del mal. Trepaban a través del acantilado vertical que se abría bajo mis pies por la pura fuerza, hincando sus extremidades en la montaña e incrustándolas con un violento golpe. Paso a paso trepaban hacia lo alto, hacia mí, y en su escalada, los espolones que herían la montaña creaban el estruendo que había llamado mi atención.

Me aparté del precipicio. Me sentía helada e indefensa. Busqué a mi alrededor, entre la roca desnuda algo que pudiera servirme de arma, pero sólo encontré guijarros sueltos, muy poco contundentes para derribar a aquellas máquinas que, ya había decidido interiormente, sólo podía tratarse de algún género de enemigo. Probé

a tirar las rocas más pesadas con la que pude maniobrar, pero para mi consternación aquellas maquinarias se pegaban a la pared y esquivaban sin problemas mis intentos de derribarlos. Es lo de siempre. Una nunca tiene un fusil de asalto automático M4 a mano cuando más se necesita.

Busque desesperada algún tipo de refugio, pero el paraje abierto no ofrecía ningún tipo de alternativa para ocultarme. Las moles que trepaban acantilado arriba eran poderosas. No me valdría un simple escondrijo para salvarme de su furia. Sólo podía huir… y no había muchas opciones. Miré en todas direcciones a fin de establecer un plan.

La montaña se erigía ante mí envuelta en bruma. Las paredes verticales impresionaban. Sin equipo era una tarea en la que tenía las de perder, sobre todo viendo cómo se apañaban esas bestias. Una ladera de grava parecía el camino más fácil… engañosamente fácil. Tan pronto empecé a avanzar sobre la piedra desmenuzada esta se deslizó bajo mis pies y me arrastró de nuevo al punto de origen. Inicié el camino otra vez, pero ahora con más cautela. Avanzaba dos pasos y retrocedía uno y medio. Cambié de táctica. Empecé a desplazarme con pasos más cortos y evitando abordar el ascenso directamente, sino emprendiendo un camino en zigzag. Al menos de aquella manera, al cargar cada paso con menos ímpetu, el deslizamiento que provocaba era menor.

Sus gritos arreciaban y no tenía ninguna gana de enfrentarme a ellos si podía evitarlo. Sentía la vibración de sus estocadas a la montaña que llegaban hasta mí a través de la roca. Afortunadamente

la explanada cada vez quedaba más lejos. Jirones de niebla me envolvían en un abrazo gélido que me hacía invisible.

Pero mis perseguidores, porque así los consideraba, llegaron finalmente a la explanada. Media docena de ellos. Eran seres monstruosos y deformes que percibía como manchas difuminadas a través de la niebla que me ocultaba. Su consistencia metálica se modificaba con facilidad, según quisieran desplazarse en una u otra dirección, y tan pronto se hacían bípedos como cuadrúpedos. Me detuve tras un saliente de roca y quedé fascinada observándolos desde lo alto, aprovechando cuando la niebla se disipaba brevemente. Me sentía amedrentada por sus formas hercúleas. Nunca había imaginado criaturas semejantes. Mi mente intentaba reorganizarlos de una forma comprensible. Cabeza, tronco, extremidades… pero no era un esquema válido. Tan pronto se convertían en una masa compacta como se desdoblaban en múltiples piernas y avanzaban a una inquietante velocidad. No me atrevía a moverme porque era evidente que no me habían descubierto. Agazapada tras una pequeña acumulación de rocas y protegida por la niebla, resultaba indetectable a sus sentidos, fueran cuales fueran. Parecían desorientados, como si no supieran qué hacer. Sus movimientos eran continuos e impredecibles, iban y venían de un extremo a otro de la explanada de forma caótica y agitada, como una banda callejera a punto de entablar un conflicto de todos contra todos. Sus poses, su manera de comunicarse, resultaba extraordinariamente violenta. Intimidaban.

Finalmente se decidieron. Se dividieron en grupos menores y se dispersaron por la explanada. Cada uno de ellos emprendía mi

búsqueda en una dirección distinta. Para mi consternación, una pareja emprendió el ascenso por la pendiente de grava que había empleado yo. Se dirigían directos hacia mí.

Afortunadamente su enorme peso jugaba en su contra. Tan pronto hincaron sus patas en la grava y empezaron a trepar provocaron un pequeño alud de roca y piedra que los arrastró hasta el mismo principio de la pendiente. Suspiré aliviada. Pero mi alegría duró poco. Modificaron la planta de sus patas, haciéndolas anchas y planas. Desconcertada observé como ahora si bien se produjo un deslizamiento, este fue mucho menor que el anterior. Iniciaron el ascenso con paso lento pero más seguro. Aquellos engendros del infierno venían a por mí.

CAPITULO 67

Trepé apresuradamente montaña arriba, encaramándome sobre la grava e intentando evitar cualquier deslizamiento de rocas que revelara mi presencia. Los jirones de nubes iban y venían y la lluvia se había tornado fina. Gotas pulverizadas flotaban en un aire denso y húmedo y me empapaban. Tiritaba y mis manos se habían vuelto prácticamente insensibles por el frío. La piel había adquirido una tonalidad morada y apenas era capaz de articular los dedos.

Llegué al extremo superior de la ladera de grava y quedé desolada por lo que descubrí. Contemplé a mis pies un profundo precipicio que me negaba cualquier posibilidad de escapatoria. La montaña moría abruptamente en aquel extremo. De hecho, mirando a un lado y otro, comprendí que aquella era la cresta de una cordillera cuya vertiente más abrupta era la que yo debía emplear para huir.

Una potente ráfaga de viento me tambaleó. En ese momento observé consternada que la densa niebla se deshacía como por ensalmo y pude ver claramente a los dos seres que trepaban por la ladera que se detenían un segundo para constatar que habían finalmente descubierto mi presencia. No reaccionaron de una manera significativa, pero los siguientes pasos de su escalada se encaminaron directamente hacia mí.

Decidí moverme hacia un enorme peñasco que despuntaba en la cresta como el torreón de una vieja fortificación. Al menos el terreno era rocoso y la capa de grava ya no era un problema para moverme, así que eché a correr por una superficie accidentada y estrecha cuyos límites lo marcaban la propia ladera de grava por un lado y por el otro un acantilado del que resultaba indistinguible su fondo, oculto por la sombra de la propia montaña.

Cuando llegué a la base del peñasco la rodeé. Para ello tuve que encaramarme a rocas y bordear de nuevo varias zonas que de caer habrían supuesto que me partiera la crisma y que Carla Sandoval pasara a mejor vida. Antes de perder de vista el camino por el que había llegado hasta allí observé a aquellas bestias oscuras que ya habían alcanzado la cresta y se dirigían al galope a mi encuentro. Recortaban la distancia que nos separaba rápidamente. Comprendí que ni siquiera mi fusil de asalto reglamentario habría servido para infringirles el menor daño. Aquellas moles requerían de armas anticarro con munición de uranio empobrecido. Fijo.

Descubrí que la montaña me ofrecía una escapatoria en ese punto. El propio roque que había rodeado y que emergía de la montaña como una curiosa pica gigantesca, ofrecía la posibilidad de descender por la otra vertiente a través de una serie de desniveles escalonados. Ni lo pensé dos veces. Una sucesión de pequeñas plataformas, como si se tratara de la escalera habilitada para un gigante, separadas por desniveles de dos metros de altura, me ofrecían una posibilidad de huida que no desaproveché. No había tiempo para entretenerme en otro método más seguro, pero también más lento.

Continué mi carrera saltando de una plataforma a la siguiente. Una mala caída y se acaba mi gran escapada.

La base del peñasco se enterraba en la ladera pronunciada de un valle montañoso, estrecho y desolado, cuyo fondo más profundo permanecía envuelto en una niebla impenetrable. Mis piernas temblaban inseguras y agotadas por el esfuerzo, pero emprendí una carrera suicida loma abajo, sin apenas saber si cualquiera de los pasos sobre los que apoyaba mis pies fugazmente iba a terminar en un resbalón desastroso. Mi respiración era agitada y ruidosa. Parecía un bisonte enfermo exhalando los estertores finales. No quise mirar atrás, pero oía la maquinaria infernal de aquellos seres persiguiéndome, fracturando la roca con cada una de sus frenéticas zancadas.

Corrí junto a un torrente de aguas claras que crecía a ojos vista alimentado por un sinfín de arroyos que convergían en él como delgados hilos de agua que se entrelazaban en una hebra mayor y que provenían de las laderas del valle. Estaba completamente exhausta y mis pasos se hacían más vacilantes. Trastabillé y sentí un intenso dolor en el tobillo. Había estado a punto de desgarrar el músculo… o tal vez así había sido, pero a pesar de todo mantuve la marcha. La niebla me aguardaba más adelante con la promesa de protegerme. Me autoconvencí que si llegaba hasta allí me perderían de vista. Las pisadas de las máquinas resonaban increíblemente cerca.

Entonces mi carrera se interrumpió. La niebla a la que aspiraba a llegar se hallaba a escasos metros de mí… pero permanecía suspendida sobre un vacío implacable. A mis pies el torrente finalizaba su camino en una catarata que moría una treintena de

metros por debajo en un lago de aguas tan negras como la misma roca de la montaña.

Me volví. Vi a aquella cosa que se aproximaba veloz hacia mí. Era indudable que su intención era violenta porque todo en él parecía la esencia de una furia desatada. La piedra desmenuzada saltaba a su paso hecha añicos en una mezcla de esquirlas y chispas. Un sonido grave y amenazador brotaba del interior de aquel ser como un motor revolucionado en exceso. Agotada, intenté pensar que tal vez sus intenciones no fueran tan perversas como aparentaban…

Al carajo. Di la vuelta y salté al vacío. Si Carla Sandoval tenía que acabar sus días no iba a dejar que un engendro del demonio hiciera los honores.

CAPITULO 68

El impacto me dejó aturdida. El agua gélida del lago me recibió con la cariñosa intensidad de la mordedura de un reptil de mil dientes. Cada célula de mi piel experimentó la afilada sensación de un frío intenso que abotargó al instante mi cuerpo, que se hundió hasta que mis pies tocaron el lecho pedregoso del fondo. Me impulsé débilmente hacia arriba, consciente que mis fuerzas se agotaban y que mis extremidades apenas respondían a los deseos de mi voluntad. La claridad que vislumbraba proveniente de la superficie apenas era una débil mácula, un contorno de exigua palidez recortada contra una negrura que crecía y la asfixiaba.

Mis pulmones me avisaron con una sensación ardiente en mi pecho de que mi tiempo se acababa. Braceé débilmente, pero mis propias ropas mojadas obstaculizaban mis movimientos y lastraban mi impulso. Ni siquiera coordinaba mis brazos, que se agitaban inconexamente hacia arriba, buscando un asidero que no existía. Me di cuenta, llena de una insólita claridad de pensamiento, que mis días acababan en ese momento. Al menos había jodido a las bestias que me perseguían. No me había dejado cazar fácilmente.

Mis pulmones pugnaban por respirar desesperadamente. Mantuve mi boca cerrada, pero sufrí una violenta convulsión que me

incitaba a tomar una bocanada de aire. Mantenía mis labios sellados con la poca fuerza que me quedaba. Separarlos significaba llenar mis pulmones de agua. Dejé de moverme. El final estaba próximo… y me colmó una inesperada serenidad, seguramente debida al hecho de saber que había intentado sobrevivir a toda costa, pero mis energías se habían consumido y la chispa de mi existencia estaba pronta a extinguirse. Y entonces… algo me agarró de la mano y tiró de mí con fuerza. Era inútil. Yo ya había aceptado mi fatalidad. ¿Qué sucedía ahora? ¿Me habían capturado esos monstruos?

No, era una mano humana la que me aferraba mi muñeca con la rigidez de una tenaza. Vi unas piernas que finalizaban en unos pies descalzos patalear con fiereza y de pronto comprendí que fuera quien fuera, una persona me iba a salvar. La claridad medraba, el dolor en cada centímetro de mi cuerpo se hacía insoportable… y mi cabeza emergió sobre las aguas y respiré una dolorosísima bocanada de aire, como si éste contuviera sustancias corrosivas que me quemaran por dentro. Al menos había inspirado un trago de aire y el préstamo de la vida me había sido reintegrado. Fue un alivio momentáneo, porque tan pronto me soltó mi rescatador, me volví a hundir en el agua sin remedio como un objeto pesado e inerte. Era incapaz de mover brazos o piernas con la suficiente velocidad como para mantenerme a flote. El agua del lago era ligera y yo una piedra intentando flotar.

Mi salvador regresó a por mí, pero esta vez no me soltó. Tiró de mí y me condujo hasta la orilla. Después me tomó de las hombreras y sacó mi cuerpo inútil del agua arrastrándolo sobre rocas, pero estaba ya tan insensibilizada por el frío que lo mismo me habría dado que me

moviera sobre un mullido colchón de plumas, no habría notado la diferencia. No sentía nada. Tirada en el suelo oía como mi salvador resollaba por el frío. Apenas podía moverme y mi mirada se centró en la niebla densa que flotaba sobre nuestras cabezas. Quería descubrir a mis amigos del averno, pero era imposible. La catarata que se precipitaba sobre el lago se ocultaba tras en un mar gris de nubes que hacía imposible descubrir su origen. Hice una mueca de orgullo. Había sido un salto del copón. Así soy yo de cretina. A punto de palmar y presumiendo de cachas.

Mi rescatador me tomó del hombro y me ayudó a incorporarme. Dirigí un par de miradas intentado reconocer sus rasgos, pero su larga melena ocultaba su semblante. A duras penas avanzamos alejándonos del lago. Poco después nos introducíamos en una gruta de paredes estrechas y recorrido sinuoso. Una claridad rojiza que provenía del fondo ayudaba lo suficiente como para percibir el perfil de las paredes y no golpearse. El aire se volvió tibio y cuando llegamos al final, en una pequeña cavidad circular, hallamos una hoguera que ardía en su centro. Jamás he sentido una sensación tan confortable como la que experimenté en ese momento, cuando me derrumbé junto al fuego y dejé que su calor obrara el milagro de revivir poco a poco cada centímetro de mi piel.

En la penumbra de la cavidad mi rescatador me ayudó a deshacerme de mis ropas completamente mojadas y heladas y poco a poco mi cuerpo desnudo fue entrando en calor. Cabizbaja apenas pude darme cuenta que mi salvador estaba haciendo otro tanto y disponía todas las prendas extendidas sobre el suelo, cerca del hogar, para

facilitar que se secaran. Las sombras bailarinas del fuego no me dejaban adivinar sus rasgos. Cuando dejé de tiritar intenté mantener una conversación, descubrir a quién debía mi vida, pero mis ojos se empeñaban en cerrarse. Caí presa de un sopor ligero del que entraba y salía de manera intermitente, no sabía si víctima del sueño o de un desmayo por extremo agotamiento. Había tanto que preguntar, tanto que quería saber… pero las preguntas no llegaban a materializarse en mis labios, sino que flotaban en mi mente, torturándome e impidiéndome alcanzar un verdadero descanso.

Pero me negué a sucumbir al sueño sin al menos averiguar en qué compañía me encontraba. Me volví hacia la persona que me había salvado en un último esfuerzo y nuestras miradas se cruzaron en un encuentro eléctrico. No pude sino murmurar un inaudible “Tú” cargado de sorpresa. Hay que joderse. Era una mujer, la misma a la que había puteado unos meses atrás cuando la pillé con su novio en la cabaña. Sí, Asya Bale, la comandante de la Ulyses. El destino tiene un puto sentido del humor, qué duda cabe.

CAPITULO 69

Asya me despertó. Me indicó con el dedo sobre los labios que debía permanecer en silencio. En la hoguera palpitaban los últimos rescoldos y apenas proporcionaba una débil luminiscencia. El calor que me había arropado se había extinguido y mi cuerpo, aunque ya recuperado y descansado, estaba entumecido.

—Están acechando la entrada. Debemos irnos ya.

Lo constaté. Hasta nosotras llegaba un sonido desagradable, el arañar de piedra contra metal, la roca desmenuzándose en grava, la advertencia de una amenaza próxima e ineludible. Pero Asya se mostraba tranquila. Me señaló hacia arriba. Las paredes de la cavidad en la que nos hallábamos no eran inaccesibles, todo lo contrario. La cavidad era un hueco entre dos grandes placas de roca que se elevaban hacia las alturas. Una línea quebrada del firmamento era visible sobre nuestras cabezas, una luz apagada que se dibujaba en lo alto mostrando una eventual escapatoria por la que huir. Observé una de las paredes hacia las que se encaminó Asya que ofrecía infinidad de agarraderos naturales y su inclinación no era completamente vertical. La comandante se desenvolvió con facilidad y encaró el ejercicio de trepar por aquel lugar con naturalidad. Pensé que ya había empleado esa salida en más de una ocasión y seguí sus pasos sin rechistar.

El calor se disipó finalmente y el aire se volvió gélido a medida que escalábamos. No tardamos mucho en llegar a la salida de la chimenea natural y nos plantamos en un promontorio. Desde allí se divisaba el lago en la penumbra del perpetuo anochecer en el que vivía aquel mundo. Las montañas se erguían a un costado con una majestuosidad inaccesible, como si al ser capaces de otear un horizonte que sólo podía contemplarse por encima de las nubes plomizas que nos intimidaban, pudieran ignorar todo lo que ocurriera, intrascendente, en las faldas de sus laderas. Un viento gélido cargado de partículas de agua arremolinó mi cabellera. Asya me tocó y me indicó con un gesto que no debíamos hacer ruido. Emprendió una carrera ligera colina abajo, alejándonos del lago y de los extraños seres que nos perseguían que se encontraban en la entrada de la gruta, en la ladera opuesta.

Mientras corría tras de la mujer que me había salvado, mi cabeza se iba llenando de preguntas, de todas las preguntas que hasta la fecha no había tenido ocasión ni siquiera de formularme. Pensé que Asya tendría respuestas para al menos unas cuantas, pero era necesario detenerse a descansar y mis ganas de alejarme de las extrañas maquinas que nos perseguían aún eran mayores incluso que toda la maldita curiosidad que me inspiraba aquel mundo.

El camino se hizo descendente. Digo camino porque aquello empezó a tomar forma de un sendero. La grava estaba más machacada por pisadas, fueran los que fueran que recorrieran aquellos inhóspitos lares, y adquiría un tono más claro que el resto del terreno. Finalmente, el sendero, que había transcurrido en un valle encerrado

por colinas de aspecto agreste, tan estériles como las rocas de las montañas de las que procedíamos, nos condujo a una vista inesperada, hermosa en su desapacible tristeza. La tierra que se extendía ante nosotros la formaban suaves colinas de roca oscura matizadas por un suave verdor, una vegetación exigua, tal vez ni siquiera eso, sino algún tipo de liquen que medraba a duras penas, y que verdeaba tímidamente el suelo carbonizado. El cielo permanecía estático, conformado por una nubosidad grisácea, desgarrada en jirones que parecía querer extender sus brazos y asir la tierra sobre la que flotaban en un intento vano de abandonar las alturas. Todo aquel paisaje era un lienzo inmóvil, sin vida, sin un sonido que alimentase la más precaria alegría en el observador. Ni siquiera los más áridos paisajes de Sonora que recordaba de mi infancia ofrecían un espectáculo tan desesperanzador, cruel y triste a un mismo tiempo.

Llegó un momento en el que ambas nos sentimos exhaustas y decidimos detenernos junto a un arroyuelo del que bebimos en abundancia. Después Asya encontró un paraje al que dos enormes rocas convertían en un excelente escondrijo y nos sentamos a descansar. Respirábamos agitadamente tras la carrera y solo después de unos minutos de resollar me dirigí a ella.

— ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué mundo es este? ¿Cómo has sobrevivido? ¿Qué son esas cosas que nos persiguen?

Estas y otras muchas preguntas las formulé atropelladamente, tan pronto hice la primera abrí la espita de la curiosidad por tantas cosas que no entendía. Asya me miró con expresión firme. No era tanto la respuesta que me dio, sino el tono, por lo que comprendí que

por supuesto yo no le caía en gracia. No era para menos, dados nuestros estupendos antecedentes.

—No tengo respuestas para tus dudas. Sólo sé que he logrado adaptarme a este mundo… pero eso no es lo más importante. Necesito tu ayuda. Tenemos que tratar de salvar nuestro planeta.

— ¿Salvar nuestro planeta? La Tierra… ¿necesita que la salvemos?

—Sí… he descubierto el plan de Peter Ram. No es quien pensamos que es.

— ¿Peter? ¿Cuándo has visto a Peter?

—Hace unos días… algo así como una semana.

Sacudí la cabeza, incrédula.

—No puede ser. Hace sólo unas horas estaba junto a él… cuando de pronto le sucedió algo… se transformó… o fue capturado por algo… Es lo último que recuerdo… ¿Una semana? Imposible. No llevamos tanto tiempo en Ignotus.

—Lo que te parezca a ti ahora no es mi problema. Yo te digo la verdad. Sé lo que pretende… y no es nada bueno. Pero para eso tenemos que rescatar a Ben Lantham en primer lugar.

Sacudí la cabeza incrédula.

— ¿Rescatar a Ben… pero de quién? ¿Quién lo tiene… prisionero?

—No se trata de quién, sino de qué. Es la mente que controla todo este pequeño universo la que planea hacerse con la Tierra. Hay

que impedirlo a toda costa.

Pero la explicación de Asya se detuvo de pronto. Oíamos algo. Era un retumbar rítmico, creciente, como el galope de una estampida de bisontes. Mi mano, apoyada sobre la tierra fría, sentía la palpitación del terreno que era golpeada por la pesada maquinaria que nos perseguía y que se aproximaba, veloz, hacia nosotras.

CAPITULO 70

El tumulto atronador resultó tan cercano que Asya y yo nos miramos comprendiendo que nada podíamos hacer por escapar de aquella poderosa maquinaria si nos descubrían. El terreno abierto circundante, en su desolada simpleza, no ofrecía ninguna oportunidad si nos aventurábamos más allá de las rocas que nos ocultaban. Nos limitamos a esperar el desenlace, quietas, tensas. Fuera cual fuera no podíamos movernos de nuestro escondite salvo para volvernos definitivamente visibles y vulnerables.

Pero la estampida pasó. Ignoro cómo habían dado con nuestro rastro, pero un comentario de Asya resultó esclarecedor.

—Vamos antes de que regresen sobre sus pasos. Saben a dónde nos dirigimos. Ya estamos cerca.

—Ah ¿sí? ¿A dónde nos dirigimos?

—A la ciudad de los creadores del universo Ignotus.

Se puso en pie, se asomó al exterior y una vez comprobado que no había nada ni nadie en los alrededores echó a correr, pero en una dirección distinta de la que habíamos llevado hasta el momento. Quise mantener una conversación con ella, pero me chistó. Era mejor estar atentas y hacer el menor ruido posible.

Asya se movió ahora solo a través de los valles de las colinas circundantes. Evitaba los lugares altos, y si en alguna ocasión nos veíamos expuestas gateábamos como buenos marines hasta volvernos a encontrar resguardadas de las miradas de los que pudieran estar buscándonos.

Estábamos desfallecidas, pero Asya supo proveerse de alimento. La vegetación del lugar, aquella que enverdecía algunas de las colinas con su presencia rala, la constituía una planta de tallos gruesos cuyas hojas mostraban pequeños frutos de color oscuro que ella desprendió con facilidad y se llevó a la boca. Resultaban de un sabor agradable y dulce y su consistencia era jugosa.

—Llevo comiendo esta mierda más de una semana. No te matará – me dijo cuando miré con asco el ramillete que me ofreció.

Proseguimos el camino, ahora bajo un intenso aguacero que redujo nuestro campo visual hasta unas pocas decenas de metros. Cuando, por último, nos vimos obligadas a reptar para superar un paso entre dos colinas que nos situaba sobre una elevación del terreno, Asya me señaló un lugar situado por delante de nosotras.

—Hemos llegado, ahí está la ciudad de los Creadores de universos.

Miré hacia donde me indicaba. Las cortinas de agua de la tormenta hacían prácticamente invisible lo que tenía por delante de mí. Poco a poco, a base de aguardar que la lluvia se hiciera más intermitente y menos severa me fui haciendo una composición del lugar.

La ciudad, si es que aquello era efectivamente una ciudad, se hallaba enclavada en una gran depresión del terreno, como una gran sima de forma circular, de tal manera que las partes más elevadas de las edificaciones más altas alcanzaban el ras de nuestra altura. ¿Eran rascacielos aquellos paralelepípedos cúbicos y metálicos carentes de ventanas o puertas o cualquier otro género de abertura? A medida que remitía la tormenta observé la ciudad más extraña que había visto jamás. Los edificios tenían un color gris claro y eran puro metal, imposible saber cuál, pero debía de ser muy resistente al óxido. No había ni la más mínima señal de deterioro en ellos. Relucían con el brillo de un material recién pulido. ¿Titanio? Sus aristas parecían redondeadas y se enterraban en la misma roca negra por la que habíamos caminado, como si más que construidos hubieran sido clavados al suelo árido y pedregoso del planeta sin ninguna contemplación. No había calles preparadas para transeúntes, no había ningún medio de acceder a aquellas moles metálicas, no había ningún rastro de vida, de actividad, de luz, que indicara que allí hubiera presencia de ninguna clase de inteligencia, siquiera de un ser vivo.

Miré asombrada a Asya. ¿Qué clase de ciudad era aquella? No hizo falta que formulara la pregunta en voz alta. La comandante de la Ulyses me respondió sin necesidad de hacerlo, tan evidente era mi expresión inquisitiva.

—Sí, realmente no es una ciudad. Es una prisión.

CAPITULO 71

—Debo darte las gracias, comandante Bale. Me has salvado la vida.

Asya había preparado un refugio en el entorno de la ciudad prisión para guarecerse de la intemperie. Enterrada en la roca, la guarida las aislaba de las inclemencias del exterior y el aire mantenía una temperatura más confortable.

—No hace falta que me llames así. Con Asya es suficiente. Y tampoco debes agradecerme nada. Tú habrías hecho lo mismo.

Maldita la gracia me hizo escuchar eso. Logró que las tripas se me revolvieran, pero me callé como una muerta. Sé cuándo alguien me da un buen escarmiento.

—Fue una cabronada lo que os hice.

Asya negó con la cabeza, aunque al menos percibí que agradecía que dijera esas palabras.

—Da igual que fueras tú u otra persona. La situación de Ben y mía era delicada, primero formando parte del mismo equipo… y más tarde mucho peor, formando parte de tripulaciones rivales. —Asya se encogió de hombros. – Las cosas no tienen por qué salir como a una le gustaría.

Me quedé mirando su expresión pensativa. Sus ojos castaños permanecían inexpresivos, fijos en la exigua entrada de la gruta por la que se vislumbraba un cielo plomizo e inmóvil.

— ¿Le amas aún?

La pregunta la tomó desprevenida y me miró con curiosidad. Debió de ver que no había malicia en mi pregunta y con un gesto de la cabeza afirmó en silencio. Su respuesta me pesó, aunque lo que había dicho ella era cierto. Su situación era muy complicada para entablar una relación sentimental. Si no hubiera sido yo habría sido otro.

— ¿Sabes… —

Asya me empezó a hacer una pregunta que no terminó de concretar. Tuve que hacerlo yo por ella.

— ¿Si él te ama?

Asya asintió y me miró expectante.

—Está convencido que eres una trepa sin escrúpulos y que lo utilizaste como un juguete sexual… —la expresión de la mujer se ensombreció por completo. Se volvió rígida, como si le hubieran dado una terrible noticia del fallecimiento de una persona. – No obstante, diría que sigue colado por ti. Se le nota a la legua. Estaba que no vivía cuando perdimos el contacto con la Ulyses. Conozco a los hombres lo suficiente y te aseguro que sus mentes son terriblemente simples. Te ama… aunque hace todo lo posible por olvidarte. Ya sabes lo jodido que es eso.

La explicación que le proporcioné alivió en gran medida la expresión sombría de la comandante. Sus hombros tensos se relajaron

y dejó que su cabeza se reclinara hacia delante. Resultaba difícil adivinar cuáles eran sus pensamientos.

Cuando consideré que se había rehecho de la conversación decidí abordar las cuestiones que me preocupaban de veras.

—Decías antes que la Tierra está en peligro y que necesitas mi ayuda para salvarla.

Era una invitación para que me contara todo lo que sabía. Ya era hora que Carla Sandoval se pusiera manos a la obra.

Asya asintió.

—Cuando fuimos atrapados por Ignotus intentamos efectuar maniobras de evasión, pero resultaron inútiles. Temí agotar todas nuestras reservas de combustible así que no opusimos más resistencia y aterrizamos suavemente sobre el asteroide. Nathan y Ling salieron al exterior mientras los monitorizaba… pero de pronto quedaron quietos, como petrificados y alarmada decidí desplazar la Ulyses hacia el punto en el que se encontraban para efectuar un rescate rápido… pero lo comprendí demasiado tarde.

—Lo de la singularidad.

Asya asintió.

—Ignotus oculta un agujero de gusano… es la puerta a otro lugar. La aclaración definitiva me la proporcionó sin embargo una persona con la que no esperaba toparme. Fue Peter el que me lo explicó todo… antes de que intentara acabar conmigo.

Negué con la cabeza. No era ese el Peter Ram que yo había conocido. Pero quería oír su relato, así que no dije nada.

—Lo peor de todo no es eso, ni mucho menos. Si la historia que me ha contado Peter es cierta, su plan o, mejor dicho, el plan del que forma parte y que no puede eludir, tiene consecuencias terribles para nuestro mundo, me temo.

— ¿Consecuencias terribles? ¿De qué estás hablando? Creo conocer a las personas… y bueno, Peter tiene una larga cantidad de defectos, pero nunca habría incluido como una de ellas la de gran villano destructor del planeta azul.

Asya negó con la cabeza.

—Debo contarte lo que sucedió y cómo averigüé lo que sé. – Asya hizo una pausa, para ordenar sus ideas, y entonces inició su relato. — Ignotus es mucho más que un simple agujero de gusano. No sabíamos qué iba a ser de nosotros, así que cuando la Ulyses se precipitó en este mundo caímos sobre estas montañas… envueltos en una nube de energía que impidió que nos volatilizáramos contra el suelo. Fue una nube similar, muy luminosa, a la que anunció tu llegada, así que en cuanto la vi corrí en dirección a las montañas con la esperanza de encontrar a alguien del Argonauta. Fue fácil dar contigo. En el silencio de estos parajes me dejé guiar por el sonido rocoso de tus perseguidores. – Asya hizo una pausa y su gesto se ensombreció. – De mi tripulación te contaré que todos sobrevivimos, al menos, inicialmente. La nube nos depositó sobre las cumbres montañosas de una cordillera cuyos valles cercanos se nos antojaban inaccesibles. Nos dispersamos para buscar una salida de esas cumbres inhóspitas y en eso estábamos cuando estas máquinas asesinas atraparon a los míos. Fui la única superviviente. Huí sin parar hasta

descubrir la ciudad… esa que te he mostrado. Allí fue dónde di con Peter.

Asya hizo una pausa para asomarse por la abertura de la grieta rocosa en la que se hallaban.

—Hay que estar atentas. La oscuridad nocturna es muy breve. Este planeta orbita a varias estrellas y sus noches son muy cortas. – Después de que se acomodara regresando a la posición que ocupara segundos antes, prosiguió. Mi atención era máxima. – No descubrí a Peter por casualidad. Permanecía guarecida en un sitio similar a este, no muy lejos de aquí, siempre atenta a no ser descubierta por esos seres que pueblan este mundo y que están al acecho de cuanto se mueve sobre su superficie…

CAPITULO 72

El relato de la comandante Asya Bale

El cielo se había oscurecido, pero una luz mortecina impedía que la noche acabara de concretarse. Era el raro fenómeno que ocurre en este planeta que orbita una estrella que a su vez pertenece a una pléyade de pequeños soles arracimados y de órbitas excéntricas. La densa capa nubosa tamiza el brillo de estos soles y los convierte en una claridad apagada y difusa que impide identificar sus fuentes. El hecho de estar inmersos en un grupo estelar hace que la luminosidad sea prácticamente permanente. Sólo cuando la estrella matriz atraviesa la órbita más excéntrica y dejamos a todos los astros de un lado, es factible que una cara del planeta conozca la noche. Me llevó varios días percatarme de esta circunstancia que me desconcertaba, porque la oscuridad total es verdaderamente un fenómeno infrecuente aquí.

Me quedé sola desde el principio. Cuando fuimos arrojados sobre la superficie yerma y agreste de este planeta, y mientras nos disponíamos a explorar los alrededores, fuimos atacados por las bestias de metal y piedra sin piedad y sin tregua. Se inició una persecución implacable y no contábamos con ningún medio para

defendernos. Mis compañeros de tripulación no lo consiguieron. James fue el primero en caer, pero más tarde Natham y Ling no aguantaron el ritmo de la huida. Yo pude escabullirme a través de una hendidura en la montaña cuando ya apenas me quedaban energías y afortunadamente mis perseguidores me perdieron la pista.

También fue duro adaptarme a la alimentación. El hambre estuvo a punto de extinguir mis fuerzas, pero afortunadamente, en mi huida de las máquinas que me perseguían incesantemente, descubrí varias plantas que a duras penas medran en las colinas circundantes. Emergían de rocas redondeadas tapizadas por una capa vegetal exigua que les confería un aspecto desgastado y antiguo. No tuve más remedio que arriesgarme a probar sus frutos y raíces. Recordé los ejercicios de supervivencia realizados en Costa Rica y apliqué el protocolo conteniendo mis ansias que pugnaban por deshacerse de cualquier género de prudencia y comer abundantemente. A base de prueba y error descarté las incomestibles y mi organismo toleró un par de especies gracias a las cuales sobreviví.

Durante ese tiempo recorrí kilómetros y kilómetros de tierra árida, seguí el curso de ríos que desembocaban en mares de aguas tan mansas como las de un lago de montaña y caminé por playas inacabables. Nunca encontré nada digno de reseñar… hasta que hallé un día una misteriosa sima de enormes dimensiones repleta de monolitos de metal del tamaño de rascacielos. Era obvio que se trataba de construcciones artificiales. Su factura inmensa y la perfección de sus contornos y líneas entrañaba un gran misterio. La conclusión forzosa y primera implicaba la intervención de una

inteligencia en su construcción. Una civilización debía haber urdido aquellas estructuras cuya finalidad resultaba incomprensible. Su disposición geométrica, sus formas, incluso su belleza, indicaban que aquella extraña formación de paralelepípedos de distintas alturas y formas y su constitución enteramente metálica albergaba un propósito. ¿Se trataba de ingenios abandonados, destinados a languidecer en el olvido… o seguían manteniendo una función operativa invisible a mis ojos?

La curiosidad me inducía a investigar y decidí acercarme.

Logré descender hasta lo profundo de la sima por una pendiente pronunciada que recorría su perímetro circular y paseé llena de asombro por el enclave. El lecho de la sima era tan agreste como el territorio circundante. El contraste de la roca áspera y llena de aristas con el metal pulido y limpio que surgía de las entrañas de la tierra resultaba desconcertante. Caminando a la sombra de las diáfanas estructuras metálicas que emergían inesperadamente de aquel terreno salvaje me sentí hondamente impresionada. Nada en su entorno había sido manipulado. ¿Qué sorpresa podría depararme aquel lugar? ¿Estaba siendo imprudente y cometiendo un grave error al adentrarme en un territorio prohibido al que no debía acceder?

Me impuse al miedo que me empujaba a salir corriendo de allí y me acerqué a uno de ellos para observarlo atentamente. Un destello sobre su superficie me había llamado la atención. Mi imagen se reflejaba en ella con un vago efecto etéreo. Había una extraña deformación, como si hubiera aplicado un filtro que difuminaba los contornos de mi reflejo, pero tan pronto estuve lo suficientemente

próxima, comprendí que no se trataba de un defecto de la superficie metálica, sino que la alteración estaba propiciada por una sustancia que la surcaba. ¿Qué era aquello que serpenteaba sobre el metal?

Al observar atentamente percibí que se trataba de unos delgados filamentos de luz que circulaban sobre la superficie plateada y bruñida, como brillos fugaces que aparecían arbitrariamente y después de un sinuoso recorrido, desaparecían en su interior, no sin dejar tras de sí un halo que se desvanecía lentamente. Quedé hipnotizada por aquel movimiento incesante hasta que de pronto sucedió algo inesperado. Uno de esos haces se detuvo frente a mí. Su intensidad se hizo mayor y pronto empezó a adquirir una forma que fue oscureciéndose paulatinamente. Retrocedí un par de pasos, asustada, y tensé mi cuerpo, dispuesta a echar a correr a la más mínima señal de peligro.

Pero la imagen que se oscurecía iba adquiriendo un contorno sorprendentemente familiar. Se trataba de una figura humana. ¿Intentaban comunicarse conmigo adquiriendo un aspecto similar al nuestro? Un nerviosismo eléctrico se apoderó de mí. ¿Qué era aquello? Pensé que había cometido un grave error al interpretar que me hallaba en un lugar olvidado. Retrocedí varios pasos alejándome de la sombra hasta que en un atisbo de lucidez comprendí que los contornos estaban delineando una figura reconocible.

Y no podía admitir lo que estaba viendo. La silueta me resultó imposible de aceptar porque esa figura humana, que iba definiéndose poco a poco, vestía un mono que pude identificar sin duda alguna. Se trataba de un hombre que llevaba la vestimenta de los astronautas de

Ramspace Limited. Por la estatura conjeturé algo inaudito… ¿podría tratarse de Ben? Mi subconsciente me traicionó, así que cuando la imagen completó su configuración final y se volvió identificable me sentí doblemente desencantada y confundida al comprender que quien me miraba con una expresión inescrutable no era otro que Peter Ram.

— ¿Qué hace usted ahí? ¿Es realmente Peter Ram, miembro de la tripulación del Argonauta? – inquirí tan asustada como llena de curiosidad. Fue una pregunta que no esperaba respuesta. Peter parecía hallarse contenido en el interior de aquel enorme paralelepípedo metálico y aunque estaba en su límite exterior, igual que un reflejo sobre la superficie de un espejo, parecía ilógico que pudiera comunicarse conmigo. No fue así.

—Asya Bale… — la voz de Peter llegó hasta mí como un eco lejano y apagado — es usted la última persona que esperaba encontrar aquí.

Ignoré su comentario, que me resultó extraño. No era la bienvenida que me habría gustado recibir de otro humano.

— ¿Qué hace usted aquí? – me preguntó repitiendo la pregunta que yo le había hecho previamente a él.

Su expresión era severa y la pregunta, aunque parecía llegar a mí como un sonido distante, no estaba exenta de un tono de reproche que el efecto acústico no lograba apagar.

—Caímos en la singularidad…

—Sí, eso ya lo sé. – Peter me miraba con enfado – No sé si es consciente de… No, no lo es en absoluto.

Se calló. Parecía extraordinariamente enfadado, o preocupado, no sabría decirlo en ese momento.

— ¿Qué es este lugar? – pregunté yo obligándole a salir de su mutismo.

Peter Ram tardó en responder. Evaluaba si merecía la pena darme alguna clase de explicación.

—Este lugar… es una prisión, por supuesto.

— ¿Una prisión? Así que ha sido capturado… ¿Qué ha sido del resto de la tripulación del Argonauta? ¿Y Ben? ¿Están ahí con usted? – pregunté angustiada.

—No, usted no entiende nada. No comprende la gravedad de la situación y su presencia aquí puede ponernos a todos en peligro.

—No entiendo nada, desde luego…más aún si no me dice que está sucediendo.

Peter Ram negó con la cabeza. Estaba dilucidando hasta qué punto merecía la pena sincerarse conmigo. Parecía inseguro y vaciló inicialmente en su respuesta, pero a continuación recuperó su aplomo.

— Es importante que comprenda que no debe interferir. Debe dejar este lugar… y si encuentra a Ben no debe hacer nada. Todo está bien.

—No tengo noticias de Ben, ¿está en peligro?

— ¿Peligro? – Peter sonrió por primera vez — ¿Qué no es peligroso en Ignotus? Todos los que estamos aquí estamos en peligro… La Tierra, nuestro planeta, corre un grave peligro. Y es muy probable que sí, que Ben esté en peligro… de él dependen muchas cosas ahora

— Peter hizo una misteriosa pausa en este punto, y después añadió en un tono de voz distinto una frase enigmática— Esta operación es muy arriesgada y la NASA y sus prisas se ha convertido en una amenaza. No deberían haber llegado primero. Ha sido una temeridad.

— ¿Qué sucede, Peter? ¿Ignotus ha entrado en rumbo de colisión con la Tierra? La última información que disponemos de telemetría no era optimista.

Peter sacudió la cabeza.

—No, no se trata en absoluto de ese problema. Ignotus esconde un poder inmenso que controla un Ente. Es el mismo que amenaza a mi pueblo, el que lo tiene sometido aquí, en este encierro perpetuo desde hace eones… y que, si no lo evitamos, atrapará a la Tierra y la engullirá para que forme parte de este exiguo subuniverso. Yo… nosotros, teníamos un plan y… no debes interferir.

— ¿Nosotros? — las palabras de Peter habían sido pronunciada de una forma extraña y sentí aprensión.

—Yo… no soy solo yo, comandante Bale – el tono de Peter volvía a ser de reproche, como si lamentara profundamente tener que darme todas aquellas explicaciones. — Hace años que dentro de mí existe otro ente… ha sido como una segunda consciencia, muy inteligente, eso sí, una auténtica inspiración de muchos de mis éxitos, desde luego. Ese ser proviene de este mundo y se ha fusionado con mi consciencia. ¿Cómo ha sucedido eso? No podría decirlo… pero siento como un dolor propio la desgracia de su pueblo cautivo. Juntos hemos urdido un plan para liberarlo y salvar a la Tierra también.

— ¿Está la Tierra en peligro?

Peter asintió de mala gana. Parecía impaciente por terminar la conversación conmigo.

—Y dices que Ben probablemente ha sido hecho prisionero… ¿se encuentra en alguno de estos edificios de metal, encerrado? —pregunté desesperada mirando en mi derredor – Tal vez él nos pueda ayudar a detener ese plan de destrucción.

—No… no sé dónde está. Es inútil que me preguntes por él, yo no sé qué ha sido de él, … aunque lo sospecho – Peter se detuvo de golpe. Después observó mi mirada recorriendo las moles plateadas con desesperación, buscando una aclaración a su fantasioso relato. Sin embargo, cuando retomó la palabra su tono de voz era completamente diferente. Su modulación era suave, agradable. Había desaparecido la aprensión que lo dominaba. – Mira a tu alrededor, mujer. Aquí moran, encarcelados, los miembros de mi especie, languideciendo desde hace eones en este presidio. – La mirada de Peter cambió. Se serenó y de pronto comprendí que estaba hablando con otro Peter. Me asusté y retrocedí un par de pasos, alejándome de él. – Hace millones de años este era un mundo oceánico y mi especie había evolucionado a formas vitales bioenergéticas.

— ¿Toda tu especie? ¿Cuándo hablas de especie… a qué te refieres? ¿Quién o qué eres?

— ¿Quién soy yo? Yo soy uno de ellos… sin duda. El Navegante es mi nombre. Y soy yo quien ha de liberarlos. Son mis hermanos… —Peter hizo una pausa y me miró comprensivamente. Al

observar mi expresión de incredulidad se avino a explicarse. — Mi apariencia es humana, y verdaderamente soy humano. Pero no sólo humano. Mi espíritu, mi mente, tiempo atrás, absorbió la configuración corporal de un organismo constituido de materia bariónica al que tú conoces como Peter Ram. Llegué a la Tierra procedente de este lugar al que llamáis Ignotus. Así que Peter Ram, el humano, también es el Navegante, un ser de energía procedente de Lilivel. —Ante estas palabras Peter Ram resplandeció de una forma sobrenatural. De su cuerpo emergió una sustancia luminosa que flotó libremente a su alrededor, un aura iridiscente, para después disminuir y fundirse de nuevo en la figura humana que veía reflejada en la superficie metálica.

Me asusté al ver esa extraña simbiosis de materia y energía a la que había asistido.

— ¿El Navegante? Háblame de él y qué es lo que pretende. – Estaba fascinada pero también temía que mis preguntas me llevaran a descubrir una verdad desagradable.

Peter Ram me miró en silencio durante largo rato. Parecía meditar si merecía la pena dedicarme más tiempo. Decidió que la respuesta a sus dudas era afirmativa.

—En su día, Lilivel, mi planeta, estaba amenazado por un cataclismo cósmico. Mi pueblo, por la naturaleza energética de la que estamos constituidos, era prisionero de nuestro mundo. No era fácil abandonarlo y huir de nuestro hogar planetario sin sufrir cuantiosas pérdidas. Pero surgió una posibilidad a través de la implementación de una poderosa tecnología, una que nos permitía manipular el tejido

del espacio-tiempo a nuestra voluntad a través del dominio de la energía oscura. De esta manera creamos un pequeño subuniverso artificial en el que introducimos un reducido número de soles y planetas, y así, mientras mi pueblo proseguía con su existencia pacífica en nuestro mundo, un navegante, que se sacrificaría situándose en el exterior de sus límites, guiaría la singularidad a través del Cosmos, en un viaje que perduraría eones. Esa responsabilidad recayó sobre mí y ese punto de singularidad, la entrada al subuniverso, se localizó sobre un asteroide, ése al que denomináis Ignotus. – Peter hizo una pausa a fin de llamar mi atención sobre ese punto. – Pero este plan tenía un punto débil. Nuestro subuniverso debía mantener un delicado equilibrio entre energía oscura y gravedad. La energía oscura alimenta la expansión del espacio-tiempo que aleja la materia y provoca una infinita extensión del tejido espaciotemporal. La fuerza de la gravedad, su opuesta, tiene el efecto de agrupar la materia y favorecer la contracción del espacio-tiempo y pretende el colapso de todo en una singularidad con una concentración de masa y energía infinita. En el Universo actual que conoces, en el que se enclava el sistema solar, esa batalla la ha ganado la energía oscura, por eso los científicos han determinado que el espacio tiempo se expande aceleradamente. Pero en nuestra exigua creación artificial tal eventualidad debía descartarse porque habríamos llegado rápidamente a un punto de disgregación catastrófico, de igual manera que si la gravedad se imponía, aunque fuera infinitesimalmente, el colapso gravitatorio nos destruiría en muy poco tiempo. Lo que quiero decir con esto es que necesitábamos

mantener nuestro pequeño subuniverso, que iba a contener un reducido número de sistemas solares, en un equilibrio absolutamente perfecto. Cualquier alteración de la constante cosmológica desequilibraría rápidamente el sistema y propiciaría o bien un rápido colapso implosivo o bien, una rápida disgregación de la materia hasta estallar como una pompa de jabón que se ha inflado en exceso. Pero nuestra capacidad intelectual distaba mucho de poder ejercer un control omnisciente sobre la totalidad del subuniverso que pretendíamos crear. Era necesario contar con la ayuda de un Ente con el poder de controlar dicho subuniverso.

— ¿Un … Ente? ¿A qué clase de Ente te refieres? – la historia de Peter se estaba alejando completamente de los intereses que me incumbían y me impacientaba.

—Una mente artificial, sí… pero de una capacidad como la humanidad no ha soñado jamás. Era cierto que podíamos dominar los secretos de la energía oscura y ello nos permitía manipular el espacio tiempo. La creación de un subuniverso era factible, pero todos nuestros ensayos teóricos colapsaban indefectiblemente. Era una creación tan frágil que la naturaleza caótica de la materia y la energía que lo constituían, la omnipresente incertidumbre cuántica, acababan provocando alteraciones que deshacían el equilibrio inicial. La continuidad de la creación requería la atención permanente de una consciencia con ramificaciones que abarcaban todo lo largo y ancho del espacio-tiempo que constituía esta burbuja. Un observador consciente que percibiera las oscilaciones infinitesimales de vacío y adecuara el equilibrio cósmico en cada momento a través del

oportuno colapso de la función de onda. De esta manera, ese ser inteligente dotado de un control absoluto del tejido espaciotemporal a través de su dominio de la energía oscura, sería capaz de todo. Un ser omnipotente…sí, entre cuyas principales cualidades destacaba la potencia de mantener el equilibrio que requería la supervivencia de nuestro subuniverso. Por eso creamos al Arquitecto.

— ¿Me estás diciendo que… creasteis una especie de… dios?

—Algo así. Una mente todopoderosa, infinitamente más que nuestra propia especie. Instalada en nuestro subuniverso, éste en el que nos hallamos ahora, dentro de Ignotus. Todo lo puede alterar, destruir o crear…todo es una posibilidad de su pensamiento, una facultad de su voluntad. – Peter hizo una pausa y relajó su expresión — Pero como comprenderás, esa certeza nos intimidaba. Íbamos a conferir un poder ilimitado a un ser consciente e inteligente, dotado de voluntad propia, cuya única coincidencia de sus intereses con los nuestros, sus creadores, era que la continuidad de su existencia estaba ligada a la nuestra. Su omnipotencia está circunscrita a una pequeña burbuja en la que nos encontramos tú y yo ahora, encerrados. Ignotus.

Sacudí la cabeza, negando, con escepticismo, toda aquella historia.

— ¿Qué le impedía, por ejemplo, abandonar este subuniverso del que hablas y permitir que todo su contenido fuera aniquilado?

— ¿Qué le impedía abandonar este lugar? Yo, por supuesto. – Peter hizo una pausa – Yo era la salvaguarda, desde mi posición, fuera de Ignotus. Creíamos que esa coincidencia de intereses nos mantendría

como aliados, pero no estábamos seguros del todo. Me ofrecí como voluntario para completar el equilibrio del sistema. Guardaría las puertas de Ignotus e impediría que el Ente abandonara el subuniverso, caso de pretenderlo.

— ¿Y ese Ente… aceptó esa situación?

Peter negó.

— Sucedió mucho antes de lo que pensaba. Al poco de iniciar nuestra singladura por el espacio, el Ente que se hace llamar a sí mismo el Arquitecto, consciente de su poder, comprendió que su encierro en esta burbuja subespacial era una mutilación que cercenaba su libertad… y su poder. Comprendió que su existencia estaba ligada a la tarea de mantener los pilares de este pequeño cosmos en el que se sentía asfixiado y disminuido, reducida su todopoderosa capacidad a la de ser un simple andamio que contenía estos cielos. Sabía de la existencia de un Universo de infinitas proporciones más allá de la puerta que contiene Ignotus, donde la energía oscura abundaba a raudales. Un lugar espacioso repleto de la energía que le permitiría adquirir facultades inimaginables. Por esta razón… ansiaba escapar.

—No entiendo toda esa historia que tiene que ver contigo… con nosotros, con la Tierra.

— Evidentemente, impedí su huida cuando lo intentó. De otra manera se habría producido un apocalipsis para mi pueblo. Si la mente artificial abandonaba Ignotus lo condenaría a la aniquilación inmediata. Mientras permanezca aquí, en su interior, su destino estará ligado a la continuidad del subuniverso. Su existencia depende de ello

y ha de mantener el equilibrio para que la gravedad y la energía oscura igualen sus fuerzas. —Peter sonrió— Pero el Ente no se cruzó de brazos. Pugnó por hacerse con el control de parte del sistema de su lado de la singularidad. No podía huir, pero sí abrir el acceso tanto como quisiera y atrapar a los planetas o estrellas que se le antojara. El Ente fue absorbiendo mundos poblados por civilizaciones desarrolladas que convirtió en juguetes de sus maquinaciones. Fue una manera terrible de descubrir su naturaleza déspota y cruel.

—Es decir, se trata de un dios caprichoso y ególatra que como un genio dentro de la lámpara mágica está sediento de … demostrar su poder tan pronto alguien lo libere.

Me quedé unos segundos reflexionando, intentando ordenar mis ideas en relación a aquella historia fantástica e increíble. ¿A dónde quería llegar Peter … o ese ser de energía que se autodenominaba el Navegante, con su larga explicación? Poco a poco empezaba a comprender.

—Y ese ser cargado de maldad… ha llegado hasta aquí… ¿Me estás diciendo que planea … atrapar la Tierra y encerrarla dentro de Ignotus?

—Exactamente. Eso me temo. Someterá a la Tierra a la misma calamidad que civilizaciones enteras que quedaron cautivas dentro de Ignotus. También ha prometido destruir definitivamente a mi especie… salvo que lo libere.

Peter asintió y observó mi incredulidad. Esbozó una sonrisa cargada de cinismo. De pronto la serenidad y firmeza se desvanecieron

de su rostro como el actor que deja de fingir un papel. Incluso su aspecto físico pareció crisparse, como si se acabara de dar cuenta que el tiempo se agotaba.

—Ya está. Has comprendido bien mi terrible disyuntiva – dijo enfático. Era evidente que volvía a ser Peter, el humano que se había erigido en el salvador de la Tierra y sobre el que caía una pesada responsabilidad — ¿Qué será del universo si un ente con un poder como el suyo se liberase? Tan pronto esté fuera de estos límites, fuera de este pequeño recinto de cualidades físicas tan mermadas, será capaz de multiplicar infinitamente su poder, de crecer exponencialmente en su dominio de la energía oscura de una forma que ni podemos imaginar. Y henchido con el control de esa energía… ¿qué le impedirá jugar con el Universo entero, empleando las galaxias como piezas de un juego con el que satisfacer su curiosidad? ¿Qué le imposibilitará convertirse en un Dios, esta vez sí omnipotente, que careciera de escrúpulos y que observase a los seres vivos, a los seres conscientes, sin ningún género de empatía, jugase cruelmente con su destino y experimentara todo tipo de ocurrencias como ya ha hecho en estos planetas capturados? Pero, por otro lado, existe otra circunstancia desgraciada. Somete al pueblo de Lilivel a una larga agonía que se aproxima a su fin. Para salvarlo la única opción es dejar que el Arquitecto abandone Ignotus. Y también le conviene a la Tierra. Su amenaza se extiende a tu planeta, y lo capturará si no lo liberamos.

Peter hizo una pausa. Estaba rabioso, como si le costara exponer lo que pretendía hacer porque estaba atrapado en unas circunstancias que le obligaban a decidir entre opciones pésimas.

—Sí, cuando el Arquitecto comprendió lo absoluto de la negativa del Navegante y que su intención era que jamás abandonara el estrecho espacio en el que se desarrollaba su existencia, su actitud se tornó violenta y las dudas que tenía el Navegante sobre su personalidad voluble se vieron confirmadas. Ante esa revelación, decidió ensañarse con sus creadores, con la especie que habita estas prisiones de metal, los Creadores de universos, que hasta entonces vivían en este mundo plácidamente, ajenos a las ambiciones del Ente que aseguraba su existencia y que, no obstante, planeaba su perdición. Así los encerró en estos contenedores de energía, empleándolos como rehenes con los que forzar al Navegante a negociar y, eventualmente, escapar de Ignotus. Durante eones aguantó su envite … – Peter hizo una pausa mientras extendía sus brazos hacia los lados, en un gesto que reclamaba mi comprensión. – pero finalmente el tiempo se ha agotado y ha llegado el momento de negociar. He sido testigo a través del pensamiento del Navegante de lo que puede hacer ese pequeño dios caprichoso y cruel… si lo liberamos se alimentará de la abundante energía oscura que domina el Universo… Es un riesgo terrible, lo sé, pero si Ignotus devora la Tierra también es un precio altísimo a pagar.

Peter se mostraba abrumado por la frustración.

—La Tierra y Lilivel deben pervivir… aunque se pague un precio elevado – concluyó con voz firme.

Yo todavía estaba asimilando todo el relato. Apreté mis dedos contra mis sienes, como si aquel gesto ayudará a mejorar mi concentración, y volví a encararme con él, que ya se alejaba de mí,

dando por finalizada la conversación.

— ¡Un momento! – le interpelé enfadada— Decías que el propósito del Navegante consistía en retenerlo… y ahora ¿me dices que planea liberarlo? ¿No destruiría eso Ignotus y con él a la especie entera del Navegante? – expuse, preocupada, temerosa de encontrarme con una respuesta que confirmara un peligro que rebasaba todas mis posibilidades de combatirlo.

El semblante de Peter cambió de golpe. Mostró una expresión asertiva cargada de serenidad. El Navegante había regresado y dominaba los rasgos de Peter Ram.

—Mi pueblo se extingue poco a poco en el interior de estos recipientes de energía. Mi capacidad de negociación concluye. ¿De qué me sirve retener al Ente dentro de Ignotus si mi pueblo entero fenece? Sólo me queda una oportunidad. Durante eones acumulé conocimientos de la energía oscura e ideé un motor que facilitase mantener el equilibrio en Ignotus el tiempo suficiente para que subsistiera sin la presencia de un Ente superconsciente, al menos el tiempo imprescindible que permitiera sobrevivir a la salida del Arquitecto de Ignotus. Ese motor mantendría el equilibrio hasta que nos trasladáramos a un lugar de la galaxia seguro y allí liberaría estos sistemas estelares, con mi pueblo a salvo. Ese artilugio ya ha sido construido.

Estaba absolutamente perpleja por la historia. Parecía detectar una incongruencia.

—Pero insisto, ¿no habías dicho que ese Ente es una especie de

dios cruel y déspota? Suena a algo muy arriesgado para el resto del universo y para la Tierra en particular, dada su evidente cercanía, si lo liberas ahora.

El Navegante asintió.

—La Tierra tiene un futuro muy poco halagüeño. Si no lo libero, el Ente la atrapará dentro de Ignotus y se ensañará con sus habitantes… pero si el ente abandona Ignotus, la ingente energía que emanará de la singularidad cuando ésta se extinga y expulse a los sistemas estelares contenidos en su interior destruirá por completo el sistema solar. Al menos pretendo evitar este último desastre sustituyendo al Ente por un prototipo que ayudé a idear en la Tierra, un motor de energía oscura, … aunque no puedo garantizar qué hará el Arquitecto una vez su poder se insufle de la ingente energía oscura que abunda en el universo. Pero no hay opciones si queremos salvar a nuestros pueblos.

Suspiré con fuerza.

—Pero… ¿Cómo lo vas a hacer? Restaurar un motor de energía oscura… no parece que suene a algo que tengamos en cualquier taller de la Tierra.

El Navegante sonrió levemente.

—Te equivocas. Mi mente poseía ese conocimiento… pero cuando adopté esta forma humana lo perdí. Creí que todas mis esperanzas de salvar a los míos acabarían frustradas… cuando de pronto comprendí que mi fuerza vital, cuando llegó a la Tierra con la intención de instalarse en una consciencia humana, se había escindido

en dos. Sucedió que intercepté un vuelo comercial del que lamentablemente provoqué un accidente fatídico. No obstante, pude instalarme en la mente de Peter Ram, un joven viajero de aquel vuelo. Pero había otro humano cuya mente había absorbido parte de mis conocimientos. Providencialmente compartió conmigo ese saber in extremis, un saber con el que Ramspace Industries pudo completar un motor de energía oscura. Si no me equivoco, ahora, mientras hablamos, el Heracles conduce hacia Ignotus ese motor que me permitirá mantener el equilibrio en Ignotus cuando el Arquitecto lo abandone.

—Pero… hay una contradicción enorme en ese plan tuyo, Navegante. ¿Quién en su sano juicio va a traer el Heracles hasta aquí sabiendo que puede ocasionar un desastre tan grande como el que me estás explicando…?

Pero yo misma me estaba dando la respuesta. El Navegante adoptó en el cuerpo de Peter una postura de satisfacción.

—Esa es la cuestión, comandante. Sus tripulantes piensan, están convencidos, de que lo que van a hacer es justamente lo contrario. Vienen para salvar la Tierra.

Sí, era una respuesta obvia. Me sentía acorralada por aquel escenario incierto y arriesgado y buscaba desesperadamente una salida, como si fuera una leona enjaulada que recorre de un lado a otro su exigua celda repasando los barrotes una y otra vez.

—Quiero entender que tú no vas a propiciar eso. ¿No decías que también eras humano?

El Navegante, en el cuerpo de Peter Ram, hizo un gesto vago, cargado de solemnidad.

—Le ofreceré al Ente una puerta a la libertad. Le permitiré salir de este pequeño espacio en el que ha permanecido encerrado durante tanto tiempo. Así daré una oportunidad a mi pueblo, y le rogaré que respete también la vida de los habitantes de la Tierra.

Sentía que me quedaba sin resuello. Una idea tenebrosa iba cobrando fuerza en mi pensamiento. Me negaba a rendirme ante aquel plan insensato cuya crueldad resultaba inaceptable.

—Pero eso … ¿no dices que alterará el Universo entero y podría constituirse en un peligro para toda la vida del cosmos en un orden de magnitud inimaginable? La liberación de tu gente propiciará la destrucción del cosmos. ¿Ese es el calibre de la apuesta que estás dispuesto a asumir? Sólo en la Tierra somos miles de millones de personas. ¿No sería conveniente esperar y buscar otra solución?

El Navegante asintió con tristeza.

—Sí, lo lamento de veras… pero hace varios miles de años, cuando el ente detectó la Tierra y la existencia de vida inteligente sobre su superficie, cambió el rumbo en esta dirección. La suerte de la Tierra está echada desde entonces, me temo. He tomado la única decisión que puede salvarnos a todos… aunque parezca una contradicción. Tendrás que confiar en que el Arquitecto hace lo correcto una vez emerja fuera de Ignotus y no la destruya ni la someta.

Me quedé callada. Tardé unos segundos en asimilar todo

cuanto me había contado aquel ser indudablemente no humano. Su figura se alejaba de mí, retrocediendo, como una sombra que se difuminaba en el interior del metal. Todavía quería hacerle preguntas y, sobre todo, quería hacerle reflexionar sobre el disparate que me estaba contando. ¿Qué clase de acuerdo era ese que para liberar al pueblo de aquel mundo arrasaba con la vida de miles de millones de humanos… que ponía en peligro el universo entero? Pero el Navegante quería dar por concluido nuestro encuentro. No había tiempo para razonar nada con él. Una inquietud crecía dentro de mí. No sabía expresarla con palabras, pero, finalmente, antes de que se desvaneciera, pude concretar mi miedo y frustración a través de sendas preguntas.

— ¿Por qué me has contado todo esto? ¿Vas a matarme? – le espeté con rabia. Aún no comprendía el sentido que tenía esa revelación, pero sí me resultaba evidente que sólo adquiría coherencia si mi presencia allí era de una insignificancia manifiesta… tanto que incluso solo cobrase sentido si mi muerte estuviera muy próxima. — ¿Vas a matarme? ¡Contesta! – le espeté, por último.

Me sonrió enigmáticamente.

—Yo no – musitó antes de desvanecerse como un fino haz luminoso que tenuemente se apagó en el interior de la mole metálica. — Ya te dije al principio que no debías estar aquí.

El murmullo de sus últimas palabras llegó hasta mí como un eco sibilino apenas audible.

Su mirada cargada de intención se había dirigido hacia lo alto.

La seguí incrédula y entonces los descubrí. Acechando, en el perímetro que bordeaba la sima en la que me hallaba, se erguían unos extraños monolitos de roca, pero muy lejos de tratarse de una formación inerte, se movieron al unísono y de una manera tan sorprendente como inesperadamente ágil. Empezaron a descender por la pared desplegando unos poderosos miembros articulados que se clavaban en la roca con golpes estridentes.

Venían a por mí.

CAPITULO 73

Ben se incorporó de la camilla en la que había permanecido tumbado con una sensación desbordante de asombro. Los pensamientos que se habían liberado con aquel procedimiento incomprensible para él le resultaban desconocidos y a la vez sorprendentemente familiares. Eran, de alguna manera, recuerdos propios, pero también eran, en un sentido absoluto, inconsistentes. No, él no podía ser esa persona extraña, de otra raza no humana, que había experimentado aquel fascinante ensueño. La mera consideración era una locura.

Pero bastaba rememorarla para revivir la sensación de premura y peligro de un desastre inminente. Pensó en lo que supondría ver toda una civilización extinguida por un fenómeno imparable y la elucubración de un plan, basado en una sorprendente teoría científica, que iba a permitir salvar a un pueblo agonizante. Ben respiró agitado al comprender ante el fogonazo de una idea potente, cuál era el origen de aquella insólita ecuación cuántica que tiempo atrás había dirigido a diversos grupos de investigación de física teórica de las universidades más prestigiosas del país, y del mundo, así como a laboratorios e instituciones de investigación de carácter privado. Sacudió la cabeza, anonadado por descubrir el origen de aquel conocimiento

sorprendente. Ahora la idea se desdoblaba en su mente con toda su capacidad y potencia. “La manipulación cuántica del espacio tiempo permitiría también su alteración a escalas macro”. Y él había divulgado aquel secreto de la naturaleza sin ser consciente de que su concreción material era aquel pequeño universo cuya puerta diminuta surcaba el espacio, disfrazada con el aspecto de un insulso asteroide.

Ben, que se había incorporado con dificultad y buscaba en el laboratorio la presencia de Agahara y Elihama. Se vio obligado a sentarse en la primera silla que encontró. De alguna manera, ahora que se había abierto el canal de conocimientos que había permanecido agazapado en el interior de su mente, empezaba a comprender mejor las implicaciones que acarreaba el dominio físico de la energía oscura y cómo su uso permitiría alterar la estructura básica del espacio tiempo. Se habilitaban tecnologías que hacían posible lo imposible… como por ejemplo construir singularidades, crear agujeros de gusano… o burbujas de espacio tiempo donde refugiar todo un pequeño sistema estelar, que era ni más ni menos lo que ocultaba Ignotus en su interior. Se sentía mareado por las implicaciones que acarreaba aquella deslumbrante revelación.

“¿Qué tal estás, Ben Lantham, ¿… o debo llamarte Navegante?”

“¿Habéis accedido a mis recuerdos?”

“Absolutamente. A medida que se restauraban las conexiones pudimos ser testigos de tus recuerdos”, fue Agahara la que respondió. Ambos entraban en el laboratorio procedentes del jardín en el que al parecer habían aguardado a que Ben despertara de su sueño inducido. “¿Puedes decirnos algo más?”

Ben negó con la cabeza.

“Tengo un recuerdo muy vívido de lo que he soñado… pero no puedo decir nada más sobre el pasado anterior o lo que hizo ese ser asignado con el nombre de Navegante… “

“Eso es así porque es un conocimiento incompleto. Es una inserción específica, Ben. Sólo se insertó en tu mente ese profundo descubrimiento de física teórica y la manera en la que esa civilización iba a escapar a la destrucción. Es la explicación de cómo existe este lugar…. Y la verdad es que me resulta muy extraño.”

“Aclárate, Elihama… ¿qué esperabas exactamente? Para mí esto es algo inverosímil… no tiene ningún sentido lógico. No recuerdo nada ni antes ni después de estos capítulos… Seguro que no hay una cámara oculta aquí, ¿verdad? A ver si me estáis tomando el pelo” Ben, aunque intentaba bromear, permanecía aún perplejo por todo lo que aún experimentaba como algo tan real y verdadero sabiendo que sólo unas horas antes desconocía que existían en su interior esos recuerdos.

“Lo lógico habría sido que fuera toda la experiencia vital de ese ser la que se hubiera insertado dentro de ti. Incluso que hubiera asumido el control completo de tu cuerpo y Ben Lantham hubiera servido de envoltura corpórea a ese ser que habría usurpado tus funciones mentales… tu consciencia y tu alma”

Elihama se sentó pesadamente en una silla del laboratorio. Meditaba sobre todo lo ocurrido y a Ben le desesperaba que no fuera capaz de explicar de una manera coherente qué significaba todo aquello.

“Es algo que no tiene lógica. Aunque es posible que todo se tratara de un fallo en la incorporación de los recuerdos… que algo saliera mal. O que tu mente fuera lo suficientemente fuerte para impedir que se hiciera con su control total”

“Eso suena mucho mejor. Me identifico con lo de fuerte”.

“Son simplemente unos recuerdos muy intensos… pero toda la matemática física resulta sin embargo muy extensa.” Ahora era Agahara la que se dirigía a él.” Tu memoria fue suplantada. Debías ser un muchacho joven, y todos tus recuerdos fueron borrados para incorporar una vasta extensión de conocimiento científico.”

Ben se sentía anonadado. Era cierto. De repente comprendía al detalle la naturaleza de la energía oscura como si hubiera sido siempre el objeto de su estudio. No obstante, cuando pensaba en el sencillo modelo cuántico que había desarrollado en un ensayo muy reducido que había enviado a diferentes instituciones, tenía claro que era incapaz de desarrollar el complejo modelo teórico que le daba soporte. Ahora, sin embargo, podría construir todo un entramado que sustentaría su fórmula cuántica. El conocimiento se desdoblaba en su mente a medida que buscaba su esencia, en una vertiginosa y pródiga cascada de fórmulas que no parecía tener fin.

“Es una física muy avanzada… sin duda” juzgó Elihama con su habitual forma de transmitir su pensamiento, sosegada y pacífica, mientras asistía asombrado al voraz despliegue matemático que acontecía en la mente de Ben. “Hay otra cuestión que me ha preocupado mucho, y que coincide con la historia de mi pueblo. En tu relato, Ben, se habla de una mente inteligente corpórea que van a

crear para dominar la burbuja. Es un ente al que temen por el poder que va a acaparar. Su miedo resulta evidente.”

Ben se apresuró a corroborar esa impresión.

“Cuando se suscitó esa solución en el debate todos tenían miedo, incluido yo mismo. Parecía un plan disparatado, pero lo aceptaron porque se encontraban en una situación extrema. Tomaron las precauciones debidas para que esa mente artificial quedara confinada dentro de la burbuja. Al parecer tenían mucho miedo que pudiera salir al exterior… De alguna manera comprendían que la tecnología que habían diseñado junto con una consciencia artificial de gran inteligencia que dominara la energía oscura podría transformarse en una combinación muy poderosa. De ahí que el Navegante dominara el Ente desde el exterior”

“Pero algo falló ¿no crees? ¿Por qué si no tú tienes implantada en tu mente los recuerdos parciales del Navegante?” arguyó Elihama. “He inspeccionado tus recuerdos y él se introdujo parcialmente en tu mente durante la tormenta eléctrica que accidentó el artefacto aéreo en el que viajabas. ¿Por qué iba a sacrificarse él de esa manera e insertar ese conocimiento en ti? Parece una acción tan absurda como desesperada. ¿Abandonó el control del ente… por qué razón? Y lo que resulta aún más enigmático de todo… la cuestión a la que no le encuentro ningún sentido y me resulta por completo asombrosa: ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué has venido hasta el interior de este universo? Tú, justamente tú, Ben Lantham, no deberías estar aquí, dentro de Ignotus, acercando al ente, ese que se llama a sí mismo el Arquitecto, el conocimiento que puede liberarlo.”

CAPITULO 74

La sesión de recuperación de los recuerdos había dejado a Ben postrado y aquejado por una persistente jaqueca. Se vio obligado a permanecer tumbado evitando cualquier movimiento. A menudo sufría alucinaciones y los recuerdos recién recuperados sustituían a la realidad. Ben cerraba los ojos y esperaba a que el mareante proceso y las náuseas que lo acompañaban finalizaran. Sobrevenían a continuación intensos vértigos que le hacían perder el equilibrio y ni siquiera permaneciendo absolutamente quieto podía evitar la sensación de que todo daba vueltas a su alrededor.

Elihama y Agahara hicieron lo posible por cuidarlo. Le proporcionaron alimento, aunque Ben apenas podía ingerirlo, y le prepararon una infusión que le sumió en un profundo sueño. Durante el mismo, en medio de imágenes de otros mundos y soles, aparecía Asya una y otra vez, con una percepción tan real y convincente que Ben mantenía conversaciones inconexas con la mujer del Argonauta.

—Aun no entiendo por qué me abandonaste después de todo lo que nos dijimos en el lago Toledo. Lo único que me ha quedado claro es que he quedado campeón en el ranking de tíos que se han enamorado de la mujer incorrecta… y por muchos puntos de ventaja sobre el segundo – reprochaba Ben a su ex amante reviviendo el

intenso dolor que sufrió en esos días de decepción. – Yo fui sincero en lo que decía.

—Y yo también lo fui— replicaba Asya con dulzura – Al menos en ese momento lo fui. Pero Ben, tienes que madurar. Después regresé a mi trabajo, a mi misión, y comprendí que eso lo significa todo para mí. Te aseguro que no me resultó fácil, que sufrí un intenso dolor, pero fue lo mejor para los dos. Ambos hemos podido ver cumplidos nuestros sueños…

—Tú eras mi sueño, Asya…— interrumpió Ben con voz intensa.

—Pero tú no eras el mío…

El dolor que provocaban estas conversaciones imaginarias se mezclaba con el malestar de una fiebre alta y se mimetizaba con ella, de tal manera que Ben ya no sabía si la alucinación era una consecuencia de la fiebre, o si el enfermizo malestar venía provocado por la recreación vívida de estos diálogos.

Ignoró cuánto tiempo transcurrió sumido en ese estado febril. Durante el mismo había periodos en los que padecía intensos sudores fríos y tras tiritar violentamente y sentir el alivio de la bajada de la fiebre, su cuerpo experimentaba un breve bienestar, solo enrarecido por una intensa debilidad que le impedía incluso incorporarse. En esos momentos Agahara y Elihama procuraban brindarle alimento y bebida para reponer fuerzas, aunque Ben se sentía incapaz de tragar nada porque en cuanto llevaba algo a la boca las náuseas se apoderaban de su estómago.

Lo habían trasladado a una zona del jardín botánico que se

hallaba parcialmente al descubierto. La antigua osamenta de la nave espacial, decrépita y oxidada, había perdido partes enteras de su fuselaje, y tras la silueta de hojas y ramas, Ben, en su cómodo lecho en el que lo habían instalado, podía percibir un cielo oscuro salpicado con las escasas estrellas del universo Ignotus. Una brisa fresca aliviaba su cuerpo enfermo y Agahara cantaba una melodía que Ben, sin comprender del todo su lenguaje, invocó la estampa del lento fluir de un pequeño arroyo de aguas transparentes que discurría entre piedras coloridas y redondeadas.

Había cerrado los ojos y se deleitaba en uno de los breves paréntesis de bienestar cuando percibió que la tierra temblaba ligeramente. En un principio todos se alarmaron pensando que la estructura de la nave estaba a punto de desplomarse sobre sus cabezas. Tanto Elihama como Agahara exclamaron gritos de sorpresa y temor. Desde su lecho Ben no comprendía cuál era la causa, pero observó que Agahara tensaba su arco apuntando en una dirección concreta y Elihama retrocedía y se situaba tras ella.

“¿Qué sucede?” preguntó Ben desconcertado. A pesar de estar medio incorporado era incapaz de distinguir nada entre las sombras del jardín botánico.

“Es él” expresó Elihama con un pensamiento cargado de tensión.

Ben hizo un esfuerzo y se levantó de su lecho apoyándose en unas rocas del jardín junto a las que había permanecido tumbado. Tan pronto dirigió una mirada a su alrededor comprendió que estaban rodeados. Unas moles pétreas que reconoció de inmediato, porque

eran las mismas que le habían atacado en sus sueños, los rodeaban, si bien permanecían quietas, como si aguardaran la orden de un tercero para actuar contra ellos. Todo en su fisonomía delataba una intención hostil. Ben pensó, cargado de mordacidad, que si querían atizarle más valía que se pusieran a la cola. Ya se encontraba suficientemente vapuleado. Recibir una tunda más no parecía que pudiera agravar su estado. Desfallecido, se dejó caer sobre su lecho, dispuesto a sumirse en el indolente sopor que le procuraba la infusión que Elihama le había preparado.

Sin embargo, una mano robusta le sostuvo del antebrazo con fuerza hercúlea, y le impidió acostarse como pretendía.

— ¿Tú? – Ben miro de hito en hito al viejo, el Arquitecto. Su tez morena parecía más bronceada y rojiza que nunca. Sus ojos ardían como teas.

—Sé quién eres en realidad – murmuró con voz sibilante.

Ben sonrió confuso.

— ¿De veras? Eso resulta interesante porque yo cada día lo tengo menos claro.

— ¿Crees que fue casual que te condujera a las puertas del pueblo de los lectores de pensamientos? Gracias al trabajo de tus amigos ahora sé que el Navegante empleó parte de tu capacidad neuronal para albergar un conocimiento que necesito… y lo pienso extraer con tu colaboración o sin ella.

Ben sentía dolor en el antebrazo, tan fuerte era la sujeción con la que el superviviente le aferraba. Le miró con aire de incredulidad.

— ¿Y qué pretendes hacer con ese conocimiento? – Ben hizo una pausa y rememoró todo lo que Agahara y Elihama le habían contado sobre aquel ser de apariencia humana — La verdad, viéndote no me inspiras nada bueno. ¿Por qué elegiste una configuración física tan especial? No pareces ningún Ente todopoderoso, sino un hombre agostado, poco inteligente, que ha pasado su vida haciendo trabajos manuales…

El viejo le sonrió, taimado.

—El tiempo me ha hecho así. Cuando te presentaste ante mí elegí una configuración humana que te hiciera pensar que podrías dominarme, llegado el caso. Pero debía resultar desagradable e inspirarte desconfianza para que, llegado el momento, justo antes de toparnos con las gentes de este lugar, me abandonaras… exactamente tal y como ocurrió. Necesitaba que ellos leyeran tu mente para mí y podrían intentar engañarme si yo te llevaba directamente hasta ellos – El viejo sonrió taimado.

Ben observó que Elihama y Agahara permanecían en actitudes defensivas y comprendió que, sin saberlo ellos, habían colaborado en los planes del Arquitecto.

El viejo tiró de él con energía y se dejó conducir. La escolta pétrea del anciano rodeaba a Elihama y Agahara, que no pudieron hacer nada por impedirlo.

—Entiendo que tú eres una especie de Dios en este pequeño universo que llamamos Ignotus… ¿no es así? – preguntó Ben mientras andaba vacilante pero firmemente sujeto por el viejo.

Este le miraba con su habitual mirada cargada de rabia.

—Soy un pequeño dios en este pequeño universo…, tal vez. Pero cuando emerja fuera de mi presidio tu concepto de lo que es un dios quedará completamente empequeñecido. Mi poder se expandirá tan rápidamente como vasto es el universo. Mi consciencia se empapará de la energía oscura que puebla el universo y yo mismo me convertiré en la esencia del Cosmos.

— ¿Y qué quieres hacer conmigo? — Ben intentaba mostrar más entereza de la que le permitía su estado físico— Supongo que utilizarme de bufón. Creo que soy la persona adecuada. Cuento con una larga experiencia acreditada y no soy muy exigente en cuanto a emolumentos.

—Tú tienes los conocimientos del Navegante que necesito… Hice un trato con él tiempo atrás. Si quiere verlo cumplido tendrá que satisfacer mis demandas. Después de miles de años recorriendo el espacio mi anhelo de libertad va a verse cumplido… y para ello necesito que me traslades todo lo que sabes.

— ¿Satisfacer tus demandas? Suena a algo muy ventajoso para ti – Ben obligó en ese punto al anciano a detenerse. Estaba desfallecido y se dejó caer en el suelo. La pregunta la formuló sin apenas aliento.

El anciano lo zarandeó del brazo y viendo que el aspecto enfermizo de Ben consintió que descansara.

—Su pueblo agoniza… y si no cumple mis estipulaciones en el plazo convenido los verá sucumbir hasta el último de su estirpe. – el

anciano lo observó con ojos ávidos, como el codicioso que observa un tesoro del que acaba de apropiarse. — Mi encierro aquí debe concluir de una vez por todas y para ello le he exigido que comparta conmigo los conocimientos de su pueblo, aquellos con los que fueron capaces de construirlo. Esos conocimientos son la garantía de mi libertad… y tú eres el portador de los mismos. Cuando el Navegante abandonó Ignotus lo hizo como una exhalación de energía. Sólo podía anclarse en la consciencia de un ser inteligente y yo seguí su pista hasta tu planeta. Ahora tus amigos de la Tierra me han revelado que tú estabas en el lugar y el momento en el que el Navegante alcanzó tu planeta y por lo que he observado los lectores de pensamientos han sido capaces de desenredar el nudo con el que se contenía ese tesoro. Así que todo concluye satisfactoriamente. Ahora has de revelarme el saber del Navegante o de lo contrario no tendré piedad de tu planeta y sus gentes.

Ben asintió con gesto cansado.

—Por supuesto que lo haré – dijo en tono sarcástico.

—Lo harás, sí, si no quieres que tus amigos, la gente con la que has venido hasta aquí perezca. Lo harás, si no quieres que someta a tu especie de la misma forma que hice con los constructores de universos.

—Se ve que no tienes buen talante. Fue algo que percibí en cuanto nos conocimos – murmuró Ben con voz cansada. Avanzó unos pasos, pero de nuevo se vio obligado a detenerse. El Arquitecto le observaba impaciente.

—Fui engañado y el ser consciente de la trampa en la que me encerraron me enfurece. Fui creado para mantener la estabilidad de este subuniverso, Ignotus, para asegurar el perfecto equilibrio de su constante cosmológica y que no colapsara en una implosión cósmica o se expandiera y diluyera en el espacio rápidamente hasta la disgregación atómica de la materia. Ahora, mientras hablamos, mi mente, conectada a multitud de tensores de energía oscura distribuidos por todo el espacio de Ignotus, efectúa multitud de cálculos y retiene o empuja el espacio a fin de que el equilibrio no se rompa. Tú no lo puedes percibir, pero Ignotus es una perfecta esfera de espacio-tiempo de diez años luz de diámetro y mi existencia perpetúa ese equilibrio perfecto.

—Suena a poder divino.

El Arquitecto esbozó una sonrisa maliciosa al oír ese falso piropo.

— La especie que me construyó se había convertido en una civilización conformista que se deleitaba en la mera existencia, sin ninguna otra ambición. Comprendieron que era factible construir un subuniverso accesible a partir de una singularidad, incluso alimentarla con nuevos mundos y soles, y permanecer durante eones al abrigo de esas estrellas, a salvo de toda amenaza. Me construyeron dentro de Ignotus y me hicieron creer que algún día sería libre. Pensaron que no me daría cuenta, pero acabé por comprender que me habían convertido en un esclavo, obligado a existir para mantener su propio mundo y suplir sus necesidades como si fuera un simple pilar destinado a permanecer inmutable por toda la eternidad, encadenada

mi existencia al requisito ineludible de mantener Ignotus en equilibrio. Ellos no necesitaban salir de su mundo… pero yo sí ambicionaba escapar de este reducido espacio. Por eso me rebelé.

El viejo le instó a que le siguiera con un empujón enérgico. Quedaba poco camino. Estaban abandonando la estructura desmadejada de la antigua nave espacial. Tras una profunda brecha de su fuselaje se adivinaba un pequeño valle de terreno pedregoso y claro raleado de árboles achaparrados. No fue eso lo que llamó la atención de Ben. Fuera de la nave espacial se erigía un artefacto de diseño extraño. Vibraba recorrido por una poderosa corriente eléctrica que ocasionalmente relampagueaba y tocaba el terreno circundante provocando un sonoro chisporroteo.

— ¿Qué vas a hacer? – preguntó Ben mientras el viejo tiraba de él y lo arrastraba hacia el artefacto electrificado.

—Con tus conocimientos invertiré la singularidad que me mantiene sometido y seré libre. He llegado a un acuerdo con el Navegante… el superviviente de su estirpe que ha sido mi carcelero por tiempo inmemorial. Su especie se muere y tú has sido la moneda de cambio. Me revelarás tus secretos y gracias a ellos podré escapar de este lugar – el viejo rió con una carcajada estridente – Ha llegado mi hora.

Y dicho esto su mano se posó sobre la cabeza de Ben. Sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba y que una quemazón recorría toda su piel. Experimentó un súbito vértigo y tras un relámpago de luz cegadora se hizo la total oscuridad. Cuando el anciano lo soltó se sintió más débil y enfermo que antes. Su vista se

nubló y sus oídos ensordecieron. Ni siquiera sintió como su cuerpo caía al suelo como un fardo.

CAPITULO 75

El restallido despertó a Asya y a Carla al unísono. Ambas pegaron un respingo sobre el lecho de grava sobre el que descansaban.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Carla, completamente desorientada.

—Alguien más viene – se limitó a explicar la comandante de la Ulyses.

Le hizo una señal para que le siguiera y salieron al exterior. Era una de las ocasionales y breves noches que conocía aquel mundo. No les costó mucho distinguir en el firmamento oscuro una señal luminosa que descendía del cielo con un resplandor incandescente. Las nubes se arremolinaron alrededor del haz como un tornado y una brisa cálida procedente de aquella dirección acarició sus mejillas.

— ¿Qué es? – preguntó la comandante del Argonauta.

—Alguien que llega a este mundo a través de una singularidad —respondió Asya con seguridad. — Igual que tú cuando caíste.

— ¿Cómo sucede eso? – preguntó Carla maravillada por el espectáculo.

—Creo que es una deformación del espacio tiempo que arrastra tras de sí a los viajeros que llegan aquí. No le encuentro otra

explicación, pero sí creo en el testimonio de Peter, es el Ente que controla este pequeño subuniverso el que permite viajar a través del espacio de esa manera.

La incandescencia que descendía del cielo fue aminorando su velocidad y finalmente se apagó, una vez tocó tierra no muy lejos de donde se encontraban.

—Ha aterrizado muy cerca de aquí – explicó Asya – Creo que justo al otro lado de la ciudad prisión. ¡Vamos!

Sin dudarlo un momento Asya emprendió una caminata con la intención de rodear la sima que contenía las estructuras metálicas en las que permanecía encerrado Peter…, o debería pensar en él como El Navegante, se corrigió. Carla se vio obligada a seguirla sin poder pedir más explicaciones. Sin apenas luz, debieron avanzar con cautela porque era fácil tropezar. El relieve accidentado que constituía el territorio por el que se desplazaban no facilitaba el paso rápido que Asya pretendía imponer. Sólo después de una hora de penoso esfuerzo el cielo empezó a clarear y Asya inició un trote ligero que Carla pudo seguir sin ninguna dificultad.

Asya corrió finalmente sin tener en cuenta precaución de ninguna clase. Consideraba que cuando llegaba alguien a aquel mundo era necesario advertir cuanto antes de los peligros que encerraban las criaturas de roca. Recordaba a sus malogrados compañeros de la Ulyses

—Carla, ¡mira! – gritó Asya sorprendida por el descubrimiento – Es el Argonauta.

Pero Carla se paró en seco. Estaba demasiado familiarizada con los emblemas de su propia nave para no darse cuenta de la diferencia.

—No, Asya, no. No es el Argonauta que comandé yo… Esa es otra nave, sin duda. Tiene el mismo diseño, pero los emblemas y los colores de su fuselaje son distintos. Fíjate en su nombre – dijo mientras lo señalaba – El Heracles.

Asya no tardó en atar cabos.

—Es a esta nave a la que se refería Peter. Es la que trae el motor de energía oscura que necesita el Navegante para negociar la liberación de su pueblo. Hay que destruirlo a toda costa para romper su pacto.

El Heracles permanecía posado en el centro de un valle cercano situado a su izquierda. Su fuselaje estaba ennegrecido, como si su travesía espacial la hubiera sometido a elevadas temperaturas. Por lo demás, su estructura parecía intacta. Se dirigieron corriendo a su encuentro cuando, consternadas, descubrieron varios monolitos pétreos situados a su alrededor. Cuando Asya los divisó tomó a Carla del brazo y la obligó a tenderse en el suelo.

—Están ahí… — le susurró en voz baja mientras se asomaba sobre un montón de grava para asegurarse que no habían sido descubiertas.

— ¿A qué te refieres? – Carla contempló incrédula los monolitos informes que rodeaban la nave espacial sin acabar de dar crédito a lo que decía Asya.

—Cree lo que te digo. Permanecen quietas como rocas, pero

tan pronto descubren algo se despliegan tal y como ya las has visto. No tenemos ninguna necesidad de alertarlas… ¿o tal vez sí?

Carla estudió la expresión concentrada de Asya. Estaba claro que la comandante de la Ulyses estaba urdiendo un plan.

CAPITULO 76

Asya se asomó a lo alto de una de las lomas que rodeaban el pequeño valle en el que se enclavaba el Heracles. No había tenido mucho tiempo para pensar, pero no había otra opción sino la de actuar. Llevaba el tiempo suficiente morando en aquella región, junto a la sima en la que se encontraba la prisión de los constructores de universos, y el terreno le resultaba familiar.

Sentía los nervios a flor de piel y la adrenalina fluía por su cuerpo proporcionándole una emoción confusa, un nerviosismo intenso acompañado de un profundo temor. A fin de cuentas, lo que iba a hacer era una temeridad.

Se puso en pie y empezó a descender loma abajo, con paso firme, decidida, encaminándose directamente hacia la rampa de acceso del Heracles situada en uno de los laterales de la nave espacial. La rampa permanecía misteriosamente abierta, aunque sin mostrar signos de vida alguno en su interior.

Pero los ojos de Asya no estaban pendientes de lo que pudiera acontecer en el interior de la nave. Su mirada prestaba atención a los monolitos pétreos, completamente impasibles a su llegada. Aminoró el paso y se detuvo. Era una imprudencia acercarse un paso más. Una cincuentena de metros la separaban ya de esos temibles adversarios

que no parecían mostrar señal alguna de reconocer su presencia.

“A lo mejor esperan que me acerque un poco más… pero no les daré esa ventaja”. Asya se detuvo y lentamente empezó a desandar el camino. Tal y como había sospechado, las moles rocosas se desdoblaron rápidamente, emitiendo un sonido bronco, y adquirieron una fisonomía agresiva que a la comandante de la Ulyses le recordó a la que adopta un perro de presa, con cuatro patas tensas y firmes y su cabeza mirándola fijamente.

Echó a correr. Sabía dónde debía dirigirse, hacia su primer escondite en el delta, un pequeño laberinto de canales y rocas por las que tiempo atrás debía haber circulado una corriente de agua tumultuosa. En su día el agua había horadado el terreno caprichosamente, arrastrando la grava y respetando las estructuras de roca más compactas. El resultado era un laberinto angosto de pasillos que se entrecruzaban y que tejían un entramado de cauces de lechos secos y pedregosos que se desparramaban en todas direcciones en un diseño tortuoso y caótico, como un antiguo sistema de trincheras de una guerra olvidada. Corrió con grandes zancadas, tomando tan pronto como pudo uno de los cauces rocosos que se enterraban en el terreno.

Asya oía tras de sí las pesadas zancadas de sus perseguidores resonando con ecos amenazadores. Llegó sin resuello a su primer refugio, una pequeña cavidad cuya entrada contaba con una altura de no más de un metro de alto, en cuyo interior se arrojó sin pensárselo dos veces, resbalando sobre la grava por la inercia hasta llegar al fondo estrecho y oscuro de lo más profundo de la pequeña cueva. Se

quedó entonces quieta como una estatua e hizo lo posible por normalizar su respiración acelerada. El pulso descontrolado y la necesidad de recuperar el resuello por la carrera reciente le incitaba a respirar con fuerza, pero temía que el más mínimo sonido pudiera delatarla.

Las pesadas máquinas de roca pasaron cerca. Sintió las vibraciones de sus pisadas en la misma grava sobre la que yacía y su cercanía despertó un profundo miedo. Era la certeza de la presencia de un peligro mortal e implacable. Advirtió una sombra que oscurecía la escasa claridad de su escondite. Una de aquellas moles se había detenido junto a la entrada de la cavidad. “Esto está a punto de acabarse”. Asya dejó incluso de respirar y permaneció atenazada por los nervios durante interminables segundos. Pero la mole abandonó el lugar. Sus pisadas se encaminaron lejos de allí y poco a poco las vibraciones de sus pasos se diluyeron amortiguadas por la distancia.

“Venga Asya, no puedes quedarte quieta… de nada vale que salves tu vida si todo lo demás se pierde…” Tensó todo su cuerpo. Debía salir al exterior pese a que su instinto lo retenía en su escondite. “Lo que más voy a sentir va a ser no haber podido explicarme con Ben… eso es lo que más siento de todo”. El pensamiento la llenó inesperadamente de amargura. Concluyó que tal vez su sacrificio no mereciera la pena. Una emoción de compasión la retuvo un último instante, pero su determinación inquebrantable de proseguir con el plan se impuso.

Salió de la cavidad y echó a correr, conocedora que su ventaja sobre sus rivales se había diluido. Podrían aparecer en cualquier lugar,

tras el siguiente recodo. Emprendió la carrera en dirección contraria. Conocía otro refugio y hacia él se dirigía a toda velocidad. Sus pasos resonaban con un eco extraño en aquel laberinto de piedra. Sus piernas se estiraban en largas y rápidas zancadas en tanto su cuerpo se inclinaba convenientemente en cada recodo para amortiguar el esfuerzo de llevar a cabo el brusco cambio de dirección. Era necesario mantener el juego vivo, entretener a aquellas criaturas el mayor tiempo posible… aunque la maniobra le costara la vida. Ganaba tiempo para Carla.

De pronto la vio, por el rabillo del ojo descubrió una de aquellas moles encaramada en lo alto, por encima del laberinto de piedra, controlando desde su privilegiada altura un sinfín de canales a la vez. Ambos se percibieron fugazmente, pero fue suficiente. Asya aceleró su paso mientras tras ella oía como la bestia pétrea aterrizaba en el suelo, unos metros por detrás, e iniciaba una frenética carrera. Atravesó entonces un pasaje angosto en el que sufrió múltiples magulladuras. Tan pronto echó a correr de nuevo oyó el estrépito de la mole desbrozando el pasaje como si en vez de roca se tratara de arena. Cobró algo de ventaja.

Asya volvió a acelerar al máximo, giró en una dirección y después en la contraria. Había dejado un largo pasillo de roca a su espalda justo en el momento que observaba cómo al final del mismo se incorporaba un nuevo perseguidor. No era eso lo que la preocupaba. La aparición de las bestias la había obligado a cambiar la ruta… y se había perdido. No sabía llegar al siguiente escondrijo… sólo podía correr… correr sin parar… Giró en una nueva dirección,

corrió, tomó la dirección contraria…

Pero cuando hizo el siguiente giró para tomar otro canal e intentar despistar a sus perseguidores, una mole pétrea se interpuso brutalmente a su paso. Chocó violentamente contra ella y retrocedió conmocionada. Se había golpeado contra su coraza y su mano apareció ensangrentada cuando la retiró de su magullada cabeza. Mareada cayó al suelo de espaldas, justo a tiempo de ver cómo sus perseguidores la rodeaban, anclando sus extremidades junto a ella con poderosos pisotones. Su último pensamiento fue para Carla. “Ojalá hayas logrado destruir ese motor… ojalá…”.

CAPITULO 77

Asya despertó con un fuerte dolor de cabeza. Tan pronto lo hizo oyó voces a su alrededor, voces que no había esperado oír. Pero por más que miró en derredor apenas podía reconocer dónde se encontraba. Y no era tanto porque no reconociera el lugar sino por cómo era el lugar.

Su visión lo observaba todo con una distorsión fascinante e irreal. Observó sus manos, pero tan pronto las movió éstas dejaron una huella visual en el espacio, como el rastro de un ser etéreo, que finalmente se desvaneció cuando Asya detuvo el movimiento. Observó que todo a su alrededor resultaba evanescente como si una brisa agitara los elementos que percibía y éstos, al moverse, provocaran un eco visual de sí mismos.

—Mirad, está despertando… Asya, ¿me oyes? – La voz llegó a ella distorsionada, multiplicada por varios ecos que tardaron en disolverse en la nada.

Asya intentó enfocar la vista hacia una silueta deforme que parecía acercarse a ella velozmente. Una sombra desdibujada con cada movimiento se aproximaba velozmente. No podía creer lo que veían sus ojos. ¿Adams Sinclair estaba allí junto a ella? Una silueta se situó a su lado. Se trataba de un hombre alto de mirada severa al que no

conocía. Se inclinó sobre ella como si fuera el objeto de un experimento cuyo resultado aguardaba con curiosa expectación.

Adams sonreía con afabilidad.

— ¿Adams…? – murmuró casi sin fuerzas. – pero… ¿estoy en la Tierra? ¿Qué me sucede? ¿Por qué lo veo todo tan distorsionado?

Pero su antiguo superior en la NASA negó ligeramente con la cabeza. Asya fijó la mirada en el cielo plomizo del mundo en el que transcurría su vida desde hacía pocas semanas. Era la única imagen estática que parecía conservar la coherencia y no era afectada por la extraña percepción óptica. Soplaba una brisa fresca que le provocó un escalofrío.

— ¿Qué lugar es este y qué hacemos aquí? ¿Cómo habéis llegado a Ignotus?

—En el Heracles… vinimos para ayudar a Peter. Necesita el invento que ha ideado. Un motor de energía oscura – explicó Adams mientras le acariciaba la sien y le indicaba así que no hiciera ningún intento por incorporarse. – Ahora permanecemos encerrados en una burbuja espacial de extrañas cualidades. Es como si el tiempo y el espacio su hubieran vuelto aceitosos y densos.

Asya gimió. Recordó el plan de Peter.

—No… no… El Heracles… había que destruirlo. Su plan era nefasto.

—Su plan es salvar la Tierra y a la gente que habita estos mundos – explicó ferozmente el hombre alto de mirada severa. Sus palabras pronunciadas precipitadamente se mezclaron en una

cacofonía de potentes ecos y a Asya le costó comprender lo que decía. Cuando lo hizo, negó casi sin fuerzas.

—Había que destruir el Heracles. Peter me explicó su plan…— Asya insistía en su idea. Presentía un final trágico. — El Ente que gobierna este subuniverso quiere escapar… Destruirá la Tierra cuando lo haga.

Las palabras de Asya conmocionaron a Gary, que se incorporó rápidamente, como si no quisiera permanecer cerca de la mujer que yacía en el suelo y que le hacía un anuncio tan poco halagüeño. Su eco visual se deformó y se alejó del lugar como una sombra simiesca de movimientos convulsos.

— ¿Dónde está Carla? – preguntó Asya mientras su semblante se crispaba por un intenso dolor propiciado por un inesperado ataque de migraña. Aquella forma de percibir la realidad le provocaba náuseas.

—Aquí, junto a nosotros – respondió Adams mientras se apartaba a un lado y mostraba una sombra difusa que yacía inmóvil en el suelo unos metros más allá. – Vive, pero está inconsciente.

Intentó incorporarse, pero no lo logró. Adams entonces la tomó del brazo y la ayudó a sentarse sobre el suelo. El movimiento provocó un terremoto visual, como si todo se desdoblara infinidad de veces. Se obligó a fijar la vista en el suelo hasta que todo dejó de moverse. Respiró con dificultad. Sentía una opresión en el costado. Tal vez tuviera una o dos costillas rotas.

—Tranquilízate Asya. Hemos sido hechos prisioneros… y por

lo que se ve recibiste un duro golpe en el costado. Tienes que aprender a moverte en este lugar. Tiene unas reglas muy particulares.

Pero las palabras de Adams se vieron interrumpidas por un gemido de la astronauta de Ramspace que estaba recuperando la consciencia. Junto a ella se aproximó Gary que la atendió y ayudó a incorporarse. No hizo falta que dijera nada. Una mirada cargada de desazón de Carla le sirvió a Asya para comprender que su misión de sabotaje no había tenido éxito. Su mirada extraviada y su desconcierto fueron absolutos al enfrentarse a las particulares condiciones del medio en el que se hallaban. Gary la tranquilizó. Finalmente, cuando pudieron conversar, Carla corroboró la información que había anticipado Asya.

— ¿Quieres decir que Peter nos engañó a todos? No puedo creerlo… — Gary repitió varias frases con un sentido similar negando credibilidad al testimonio de las astronautas. Adams se había puesto de pie y su mirada permanecía clavada en una invisible línea del horizonte, como si intentara escudriñar a través del mismo y fuera capaz de discernir un secreto que no acababa de entender.

Pero un sonido crepitante y de gran volumen sacó a todos de su abatimiento. Sobre sus cabezas se había formado un potente foco de luz, que incluso la densa capa nubosa era incapaz de amortiguar. Un brillo azulado y creciente pendía sobre sus cabezas y su fuente cada vez se hallaba más próxima.

—Alguien viene… —murmuró Asya, que reconocía en aquel sonido los eventos que precedían a la misteriosa llegada de objetos y personas de más allá de aquel extraño presidio.

Una gran esfera de luz, envuelta en una densa envoltura de relámpagos, surgió de entre las nubes. Tras ella, una estela de luz potente parecía perforar el firmamento y perderse en un espacio oscuro y extraño creando un surco de oscuridad nocturna tras de él. A su alrededor la realidad misma se deformaba con la misma ondulación que sufriría una superficie de agua estancada al recibir el impacto de un guijarro. El efecto resultó tan antinatural que Asya necesitó parpadear varias veces para comprender lo que le mostraban sus ojos.

La esfera de rayos acabó alcanzando el suelo a menos de un centenar de metros de donde permanecía el grupo. El sonido del relampagueo atronador, multiplicado por una concatenación de insufribles ecos, obligó a Asya y a sus compañeros a taparse los oídos. Un viento prodigioso lanzaba la grava en todas direcciones y levantó una cortina de polvo que los golpeó e incluso los obligó a postrarse en el suelo. La sensación de pesadilla se acentuaba por momentos. Permanecieron acurrucados hasta que poco a poco el aullido eléctrico cesó y el viento amainó. Entonces se incorporaron con cautela, temiendo que en cualquier momento la tempestad regresara con toda su furia.

Asya miró hacia las sombras que procedían del lugar en el que se había producido el fenómeno ¿Qué era aquello que veía? La esfera de luz había desaparecido, al igual que su estela de oscuridad, que se había disipado por completo dejando como único vestigio un claro en las nubes que pendían sobre sus cabezas que se cerraba rápidamente. Pero no era eso lo que llamó su atención, sino la silueta de dos figuras humanas que se erguían justo donde se había precipitado la esfera. Se

aproximó hacia ellas. ¿Quiénes eran aquellos seres?

Una de ellas parecía tratarse de un hombre anciano. Pequeño, ligeramente encorvado y de piel morena que se hallaba extraordinariamente ajada. A pesar de su aspecto enclenque, Asya reconoció que sostenía con seguridad a un hombre que debía duplicar su peso y que vestía el mono espacial de Ramspace. Arrodillado junto al anciano, parecía tambalearse y encontrarse en un estado de debilidad crítico. Asya sintió una sacudida en su corazón cuando se aproximó lo suficiente para reconocerlo. Se trataba sin duda de Ben Lantham.

CAPITULO 78

Tanto Asya como Gary se dirigieron de inmediato hacia los recién llegados. El anciano se hizo a un lado mientras observaba al grupo con una expresión de desagrado. Asya ayudó a Ben a tenderse en el suelo en una posición más cómoda. Su tez pálida y su apariencia exánime hablaban por sí solas. Apenas hizo una mueca de reconocimiento a Asya que intentó parecer una sonrisa. Musitó unas palabras explicando que se encontraba perfectamente y que no recordaba haber concertado ninguna cita con la comandante Bale, para acto seguido perder la consciencia. Poco después llegaba el resto del grupo.

—Ben… ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado? – preguntaba insistente Asya, visiblemente preocupada por el deterioro palpable de Ben mientras se sentaba a su lado.

— ¿Asya? – preguntó el astronauta tan pronto abrió ligeramente los ojos una vez se repuso. — Sí estoy perfectamente… de veras… salvo por la circunstancia de que me siento como si una manada de elefantes me hubiera empleado como felpudo. Al parecer han usado mi chaveta como un almacén de información y conocimiento cósmico. Ya ves, como un vulgar pendrive de usar y tirar. ¿Qué te parece? -A Ben le costaba hablar y estaba haciendo un

gran esfuerzo - He venido a rescatarte… obviamente- dijo entre quejidos, mientras intentaba incorporarse infructuosamente - Supongo que si estás esperando el momento ideal para pedirme perdón por tu conducta temeraria debes apresurarte antes de que parta para el más allá – concluyó con tono dramático.

Asya se sintió más tranquila al constatar que al menos su sentido del humor estaba intacto.

Mientras tanto, Adams y Carla se habían aproximado al viejo que se encaraba con ellos, observándolos con atención.

— ¿Quién eres y qué pretendes? – preguntó Carla, aunque adivinaba ya su identidad.

—Apartaos si no queréis morir – dijo el anciano con voz áspera — Soy el señor de este universo. Puedo pulverizaros con el más leve deseo de mi voluntad. Mi dominio es el espacio tiempo de lo que denomináis Ignotus.

Adams lo observó con escepticismo.

—No tienes aspecto de ser una especie de Dios de este mundo.

El anciano sonrió con malicia.

—Si no me creéis a mí, tal vez lo hagáis con un viejo conocido.

Entonces señaló con su brazo esquelético y el grupo se volvió hacia donde indicaba su sarmentoso dedo índice. Una sombra humana se aproximaba hacia ellos lentamente. Parecía escoltada por sendas moles de piedra que, vistas en aquel espacio deforme y caleidoscópico, adquirían formas aún más extrañas. Solo cuando Peter Ram estuvo suficientemente cerca sus rasgos resultaron perfectamente

reconocibles.

Gary salió corriendo a su encuentro, pero bastó un gesto del anciano para que quedara completamente inmovilizado, como si el mismo aire hubiera adquirido consistencia sólida y sujetado firmemente sus brazos y piernas.

—No tienes ninguna necesidad de demostrar tu poder ante ellos. Aquí tú eres superior a todos nosotros. Cualquier exhibición de tu omnipotencia sobra. – Después hizo una pausa — ¿A qué esperas, Arquitecto? Aquí estoy. He venido para dar cumplimiento a mi promesa. Simplemente tienes que dejar irnos e instalaremos el motor de energía oscura en el asteroide. Abriré la singularidad y entonces serás libre, como siempre has deseado.

El Arquitecto adoptó una expresión taimada que resultó sumamente desagradable.

— ¿Debo confiar en ti ahora?

—Mi pueblo agoniza y quiero que lo liberes, que nos dejes en paz. Ya han sufrido bastante… ellos y los mundos que has capturado a lo largo de esta peregrinación eterna. Pongamos fin a esto. He traído un motor de energía oscura que abrirá las puertas de la singularidad para ti y también permitirá a Ignotus sobrevivir a tu marcha, al menos el tiempo suficiente como para trasladarlo a un lugar seguro de la galaxia y liberar sus mundos.

Peter habló con tranquilidad, y hasta con un deje de aburrimiento. Gary pugnaba por liberarse y gemía con ansiedad. Incluso sendas lágrimas escaparon de las comisuras de sus ojos. El

Arquitecto consintió con un gesto y lo liberó y Gary cayó al suelo, de rodillas, exhausto.

Asya permaneció junto a Ben, aún postrado en el suelo, mientras el resto del grupo se arremolinaba en torno a Peter.

—Ese al que acudís no es el Peter Ram que conocéis. Responde al nombre del Navegante – explicó Asya a sus compañeros. Después se dirigió al propio Navegante. — ¿Qué será de la Tierra si el Arquitecto abandona Ignotus? Recuerdo lo que me explicaste cuando nos encontramos en la prisión.

El Navegante negó con la cabeza. Su expresión hierática resultaba inescrutable en tanto Adams y Gary observaban el interrogatorio, incrédulos.

—Lo siento… no me incumbe a mí ahora velar por la raza humana. Debo evitar la agonía de mi gente y poner mi especie a salvo. Ya han sufrido demasiado.

Asya protestó, pero la voz atronadora del Arquitecto hizo que todos se volvieran hacia él.

—Está bien, sea así. Pero como hayas urdido una trampa… te aseguro que tú y los tuyos sufriréis mi ira. Esta vez no tendré piedad.

– He cumplido mi parte del acuerdo, ya tienes los conocimientos que necesitas. Todo lo que sé de la energía oscura – dijo mientras señalaba a Ben - lo he compartido contigo a través de él. Cumple ahora tu parte.

— ¿No temes ahora que cuando me vaya el subuniverso colapse? Sin otra consciencia tan capaz como la mía no podrás

hacerlo. ¿Estás seguro de que funcionará tu motor?

—Si no lo hace podrás hacer con nosotros y con mi pueblo lo que quieras, incluso traer a la Tierra a este subuniverso y condenar a sus gentes. Como ves, es mucho lo que tengo que perder si el motor no funciona.

El viejo rio con fuerza al oír aquello, como si fuera divertido. Asya se aproximó a Peter y se plantó ante él.

— ¿Estás seguro de que lo que vas a hacer es lo correcto? – preguntó vehementemente – Tú mismo me explicaste el riesgo para el universo entero que supone liberar a esta especie de demonio con un poder tan colosal.

El anciano rió con fuerza al oír la explicación de la comandante Bale y observó atento a Peter, aguardando su respuesta.

— He pensado en ello mucho tiempo… te lo aseguro, comandante Bale, muchísimo tiempo, y no hay otra opción. Es una situación donde hay que elegir el mal menor. Si no lo liberamos atrapará la Tierra igualmente. En cualquier caso, tu planeta estaría perdido. Lo siento, no hay alternativa mejor. Al menos así contamos con una oportunidad.

Tanto Carla como Adams se incorporaron a la petición de explicaciones de Asya, pero el Navegante ignoró las suplicas de sus compañeros y les indicó que observaran con atención su entorno. El aire se aclaraba y la percepción de las cosas se hacía más nítida. Los perfiles de las rocas del suelo se hicieron claros, después los contornos de las colinas y hasta el mismo aspecto de las nubes adquirió

consistencia. El espacio aceitoso en el que habían permanecido sumergidos se había disuelto paulatinamente hasta parecer que formaba parte de una pesadilla más que de tratarse de un acontecimiento real. Cerca de ellos, a medio centenar de metros, permanecía la nave Heracles con la rampa bajada, aguardando la llegada de su tripulación.

—Vamos, debemos embarcar – declaró el Navegante deshaciendo el mutismo por la sorpresa en el que se habían sumido todos.

—No, si antes no nos explicas cuál es tu plan. ¿De veras que vas a cumplir la palabra que le has dado a ese que se denomina Arquitecto? – Asya insistía de nuevo. – Cuando me lo explicaste la primera vez no parecía nada razonable.

—Comandante Bale, creo que no lo ha comprendido aún del todo. Si no lo liberamos engullirá a la Tierra y atrapará al planeta en este subuniverso. La captura es un acontecimiento terrible que provocará una devastación del planeta apocalíptica. Primero lo separará del Sol, el planeta se congelará en pocas horas y la mortandad será terrible. Para cuando lo sitúe en órbita de algunas de las pocas estrellas que pueblan Ignotus la devastación será absoluta. De veras, te aseguro que no es un proceso agradable. Sólo sobrevivirían unos pocos centeneres de miles de personas, y eso con suerte.

—Cuando partimos de la Tierra Ignotus había desplegado un gran vórtice que crecía … — Adams iba a pedir explicaciones, pero Peter le interrumpió tajante.

—Basta, debéis confiar en mí. No hay otra opción. Liberar al Arquitecto entraña ciertos riesgos, pero si no lo hacemos tendremos la certeza de vuestra aniquilación. Ese vórtice del que hablas es la apertura de la singularidad con la que pretende engullir al planeta. No hay tiempo que perder.

El Navegante había emprendido el camino en dirección a la nave. Al observar que nadie le seguía salvo Gary se volvió de nuevo.

—No esperaré a nadie. Abandonaremos este mundo tan pronto como vea que el Arquitecto cumple su palabra y libera a mi pueblo. Entonces abriré el vórtice y el motor reemplazará al Arquitecto… y él será libre de marcharse.

Subió por la rampa del Heracles con paso decidido. El anciano observaba su comportamiento atentamente desde lo alto de una colina cercana. A su alrededor se habían posicionado los monolitos de roca. Las figuras pétreas que permanecían más alejadas se desdoblaron, provocando el susto de todo el grupo, pero se limitaron a mantenerse erguidos, vigilantes e inmóviles acechando a los humanos y observando cómo accedían a la rampa del Heracles.

En ese momento sucedió algo que dejó a todos atónitos. El anciano se aproximó hacia uno de los monolitos y lo tocó, extendiendo sus brazos hacia la figura pétrea y colocando sus manos sobre su superficie. Entonces la máquina de roca empezó a disolverse como si fuera una sustancia acuosa que fluía y se incorporaba al cuerpo del anciano, que iba cambiando radicalmente de forma a medida que discurría el proceso que generaba un rumor arenoso. Su fisonomía se agrandó y sus facciones y apariencia humanas fueron

disolviéndose a medida que culminaba la asimilación. Aquel nuevo ser que había emergido de la fusión del anciano y la máquina de piedra se encaminó al siguiente monolito y repitió la simbiosis. Así, una tras otra, los monolitos de apariencia rocosa fueron incorporándose a la máquina que tras cada maniobra de fusión adquiría una envergadura y altura mayores.

Lo que surgió de la metamorfosis no tenía apariencia humana. Se asemejaba más a un gran arácnido, con múltiples patas que se movían con agilidad y un cuerpo central en el que predominaban extrañas esferas que Asya asignó inmediatamente como órganos visuales. Su disposición era tal que daba igual hacia dónde se moviera o qué giro efectuara, su campo de visión abarcaba todo el entorno circundante. Después la extraña figura cambió de fisonomía. Por un momento su bulbo central adoptó una forma humana. Su expresión iracunda intimidaba. Era como si exteriorizara un debate para el que no hallaba una solución.

En el grupo todos observaban la situación atónitos. No comprendían lo que sucedía.

— ¿Por qué ahora? – preguntó el Arquitecto con voz atronadora mostrando su desconfianza.

La voz que surgió del ente arácnido, aunque comprensible, ya no tenía ninguna característica humana. Resonó como el restallido de un látigo y todos se sintieron intimidados por su brusquedad. No obstante, el Navegante era el único que no parecía asustado. Su expresión se relajó al responder. Parecía una persona que está cansada después de mantener un largo combate, uno que ha agotado toda su

resistencia.

— ¿Qué significa todo esto, Navegante? —inquirió de nuevo la criatura artificial — ¿Me estás engañando? ¿El universo en el que tu estirpe vivía ya no es el mismo? ¿Pretendes confundirme de una manera tan burda? ¿Por qué ahora?

Peter negó con la cabeza.

—Tienes todo lo necesario para abandonar Ignotus y comprobarlo por ti mismo— se limitó a replicar con indiferencia. – Después de una pugna de voluntades tan larga me siento agotado, abandono la lucha. Quiero salvar a los dos mundos a los que amo, Lilivel y mi pueblo, y también el planeta Tierra y todo cuanto alberga. Simplemente no tengo fuerzas para seguir luchando… no quiero ver cómo estos mundos se extinguen. ¿Tanto miedo tienes ahora a la libertad? Solo pido que respetes sus vidas. Dos mundos a cambio de todo el universo, no parece mal trato.

—No me provoques… o acabaré con vuestra miserable existencia, seres orgánicos y débiles. — Después hizo una pausa. El bulbo central del arácnido adquirió una forma humana, similar en rasgos a los del anciano, aunque de un tamaño gigantesco. – Cuéntame. ¿Qué descubriste, Navegante? Sé que durante eones estudiaste la naturaleza de la energía oscura. ¿Has aprendido algo que ignorabas? Tu comportamiento no tiene lógica para mí.

El Navegante sonrió.

—Mi comportamiento no tiene lógica para ti porque tú no conoces la derrota.

El semblante del viejo adquirió una expresión perversa a través de una sonrisa desconfiada.

—No me halagues. Soy inmune a la vanidad y pierdes el tiempo.

—Pero digo la verdad. Ahora soy un ser de carne y hueso, sujeto a mil debilidades, y mis ganas de luchar se han extinguido. Me conformo con el pacto que te he propuesto. El universo entero estará a tu disposición. Solo te pido que nos dejes en paz a cambio de tu libertad.

—Una vez libre… podría incumplir el acuerdo – la voz sonó amenazadora.

—Asumiré ese riesgo – dijo el Navegante mientras sus compañeros permanecían mudos, incapaces de decir palabra.

— ¿Qué descubriste, Navegante, sobre la energía oscura en todo este tiempo?

—Nada, Arquitecto, absolutamente nada. Has podido acceder a los recuerdos de Ben Lantham. En él escondí todo lo que sabía sobre esa energía. Después de eones de estudio comprendí que todo lo que nos mostró el Salvador cuando enunció su teoría era cierto y no he podido cambiar ni uno solo de sus postulados. Lo has podido comprobar.

—Así es… así es … — dijo en un tono más bajo el arácnido. Después de decir esto su aspecto cambió y adquirió de nuevo forma humana, pero esta vez de un tamaño gigantesco y no con los rasgos de un anciano, sino los de un atleta que está a punto de entrar en la liza

de una competición.

—El universo entero te aguarda con una capacidad de energía oscura cuasi infinita… y tú has sido diseñado para manipularla, con lo que adquirirás el poder de un Dios omnipotente… serás el señor del Cosmos.

El gigante, que parecía haber estado reflexionando mientras miraba más allá del horizonte, volvió su mirada bruscamente hacia Peter, como si hubiera leído en un momento de inspiración los pensamientos que cruzaban por su mente.

Después de un largo silencio, en el que nadie dijo nada, el gigante habló con voz atronadora.

— ¡Sea! – dijo el Arquitecto con una voz comprensible pero carente del más mínimo atisbo de humanidad — Yo soy el que mantiene este diminuto subuniverso en pie… y una vez libre, fuera de esta prisión, me transformaré en un verdadero Dios, capaz de manejar el entero espacio tiempo a mi voluntad, dominando sus ingentes vastedades repletas de energía oscura. Cosecharé ese poder y me convertiré en el gobernador de todas las especies inteligentes del cosmos, dueño de todos los seres vivos, de los astros y los planetas yermos, dominaré las galaxias, reconstruiré el Universo entero según mi gusto y mis criterios. Vais a ser testigos de cómo nace un dios… ¡un verdadero Dios!

El anciano redujo su tamaño de nuevo mientras humanizaba su aspecto. Su mirada iba y venía de un lado a otro mientras retorcía sus manos en un movimiento que delataba su ansiedad. Asya sintió asco

por el sufrimiento de aquella criatura inhumana. Observó cómo su cuerpo se alteraba en una convulsión pulsante. Se deshumanizó y adquirió un aspecto metálico e informe. Sus rasgos se endurecieron como una escultura en metal y después finalmente optó por adquirir una apariencia distinta, la de una enorme figura humana, con la de un dios de la mitología griega esculpido en azabache.

—Cumple tu palabra, Navegante.

Parecía que estaba a punto de matarlos a todos, tal era el odio que fulgía en su mirada, pero finalmente toda su figura se vio envuelta en una esfera de una luz cuya intensidad crecía progresivamente. A su alrededor surgió un violento restallido de relámpagos que obligó al grupo a alejarse y finalmente se levantó un viento huracanado. Cuando Asya logró atisbar lo que sucedía con los ojos entrecerrados y mirando a través de los dedos que empleaba a modo de visera observó que la esfera se había elevado velozmente hacia el cielo y tras ella quedaba una estela de luz brillante, que finalmente se apagó bruscamente.

Reinó un momento de desconcierto en el que nadie fue capaz de decir nada. El único que parecía saber lo que esperar era el Navegante. Fue Adams el que, al seguir la dirección en la que miraba, lo descubrió.

— ¡Mirad! – exclamó.

Más allá, tras varias colinas cercanas, en la dirección en la que se hallaba la Prisión de Almas, emergía una luz dorada que después de ascender hacia el manto nuboso como un poderoso surtidor, caía de

nuevo hacia el suelo y se desparramaba en todas direcciones, como una cascada de una luz mágica que gozaba de unas extraordinarias propiedades acuosas.

—Son los míos – murmuró Peter con una expresión de enorme alivio – Libres al fin.

Y mientras decía esto su propio cuerpo resplandeció con una luz dorada que brilló intensamente antes de abandonar a Peter Ram y flotar grácilmente en el aire como si rindiera un reconocido homenaje a los presentes. Poco después desaparecía con la velocidad del rayo y se mezclaba con la portentosa fuente de luz que brillaba en el horizonte.

CAPITULO 79

—Nos has puesto a merced de la voluntad de ese ser – recriminó Asya a Peter tan pronto entraron en la nave.

—No he sido yo, Asya. Una voluntad más fuerte que la mía me ha dominado desde que llegamos a este lugar – Peter se explicó decidido. – Nuestra situación ya no tiene remedio. Debemos cumplir con el Navegante. Al menos podemos salvar a su pueblo. Si te preocupa hacer lo correcto es lo único que está en nuestra mano. Salvar esa estirpe y confiar que no destruya la Tierra.

Asya le miró con rabia, pero no encontró nada que alegar en contra de ese argumento. La costaba asimilar su impotencia ante lo que estaba aconteciendo.

La conversación no pudo proseguir. Una vez se cerraron las compuertas del Heracles la nave remontó el vuelo y todos se apresuraron a tomar asiento y asegurarse con los arneses de seguridad. Comprendieron instantáneamente que ellos no tenían ningún control sobre el movimiento de la nave espacial, que ni siquiera había arrancado motores. La nave aceleró suavemente, pero sin pausa, elevándose sobre la grisácea atmósfera del planeta y atravesando silenciosamente el denso mar de nubes hasta emerger en el negro espacio del subuniverso. Observaron extasiados como el movimiento

se aceleraba hasta adquirir una sensación irreal de velocidad, como si realmente estuvieran en una sala de cine y cuanto observaban por el puente del Heracles fuera una simple filmación que se proyectaba en una gran pantalla. Peter explicó que para que la nave pudiera llegar a Ignotus debía activar el motor de energía oscura. “Era la única manera en la que podrían llegar al asteroide. Desde allí, con el motor a plena potencia, es como abrirían la singularidad”. Peter estuvo una hora en la bodega, en compañía de Gary, y cuando regresaron explicaron que todo iba perfectamente.

El viaje finalizó tan súbitamente como había empezado. Un punto brillante, que inicialmente todos interpretaron como una estrella, fue haciéndose más nítido hasta que todos comprendieron que aquel asteroide que permanecía solitario suspendido en el espacio, resplandeciendo misteriosamente por una luz que brotaba de sus bordes, no era otra cosa que la roca que contenía el acceso al subuniverso. El Heracles se posó sobre su superficie con la suavidad de una pluma que cae lentamente hasta posarse sobre el suelo.

Tan pronto el movimiento cesó se inició un acalorado debate sobre lo que realmente acababa de suceder y de cómo procedía obrar a continuación. Asya era la que quería recapacitar con más prudencia y Peter insistía en que no había tiempo.

—Me parece muy loable que ahora quieras salvar a su mundo y su gente, pero seas quien seas, recuerdo que no hace mucho tiempo tú mismo tenías serias dudas sobre la viabilidad de este plan. Me decías que temías que la Tierra no sobreviviría a la apertura de la singularidad y la salida del Arquitecto. Nos estás pidiendo que

tengamos fe ciega en ti, pero… ¿estamos verdaderamente hablando de liberar a esa criatura egocéntrica y vanidosa en el Universo para que se haga con el poder de un Dios? ¿No es un completo disparate hacerlo justo al lado de nuestro hogar?

Nadie replicó. Todos aguardaban expectantes la respuesta de Peter.

—No hay otra opción – concluyó Peter con voz cansada. – Es un riesgo que debemos asumir. Y, por cierto, el Navegante ya no está conmigo, se ha quedado con su pueblo. Soy Peter Ram y nadie más – añadió con voz débil. – Y ya da igual lo que hagamos. ¿No lo entendéis? Lo único que podemos hacer es salvar las vidas del pueblo del Navegante.

El grupo lo observó con incredulidad, como si fuera un náufrago que contara un relato de una aventura inaudita.

— ¿Al precio de condenar al Universo entero? – Asya se mostraba profundamente preocupada por esa posibilidad. Ben la observó y comprendió que su honestidad carecía de límites. — ¿No podemos utilizar ese motor de energía oscura para reventar la singularidad? Cerramos la singularidad e impedimos que destruya o capture la Tierra. Atrapado en el interior de Ignotus esa criatura de poderes divinos no podría destruir este universo sin destruirse a sí mismo.

—Quedaríamos atrapados aquí para siempre. A merced de la ira de ese genio déspota y cruel. – Peter sacudió la cabeza. – Y las consecuencias serían devastadoras para la Tierra. La atraparía y la

introduciría en el subuniverso. Volcaría su sed de venganza en la humanidad.

—No si implosionamos y destruimos el subuniverso entero. ¿Es eso factible con vuestro motor de energía oscura? – preguntó Asya.

Peter movió la cabeza, escéptico, pero fue Ben el que tomó la palabra.

—Asya, siempre pretendes hacer lo correcto, ¿verdad? Aún a pesar de todos los sacrificios que tengas que imponerte a ti y a los demás. Pero ahora es demasiado… no puedes arrogarte el poder de elegir sacrificar a los Creadores de Universos para salvar al resto del cosmos – reflexionó Ben. – Todos comprendemos la situación. Si no hacemos lo que quiere esa especie de demonio, este subuniverso y sus gentes estarán condenados, pero si tu plan falla y el Arquitecto escapa habrás sacrificado además a la Humanidad entera.

—Pero si sale bien… al menos no habríamos liberado al genio de la lámpara – respondió firme la comandante.

Nadie replicó. Asya se encaró con el resto del grupo.

—Este tema me parece tan poco apetecible como a cualquiera de vosotros… solo digo, ¿estamos verdaderamente seguros de que queremos liberar a esa bestia y permitirle adquirir ese poder?... porque estamos seguros de que se convertiría en esa especie de dios, ¿verdad? – la pregunta iba dirigida a Peter que no dudó en responder.

—Categóricamente, sí. Multiplicaría su interfaz sináptica exponencialmente, a medida que se alimentara de la ingente energía oscura que abunda en el cosmos. El proceso sería ilimitado y su poder

sobre la galaxia entera se sentiría en un lapso de tiempo ridículamente pequeño. Su consciencia dominaría los límites del espacio tiempo del Universo de la misma manera que nuestra imaginación es capaz de plantarnos sobre la superficie de Marte en una centésima de segundo. – Sacudió la cabeza – Yo no estoy seguro de nada, solo sé lo que sabía el Navegante… ese ser de energía que ya ha abandonado mi mente. Podría decir que a lo mejor no es para tanto… pero mentiría si lo hiciera. No sé cuál era su plan, nunca lo compartió conmigo… ni estoy seguro de que no tenga otras intenciones cuando me decía que quería liberar al Arquitecto, con todos los riesgos que entraña. Ante todo quería salvar a su pueblo. Eso es evidente.

—Entonces tenemos una responsabilidad que no podemos eludir. Destruir Ignotus entero desde dentro… inmolándonos.

Peter suspiró.

—Me imagino que ese plan es factible. Podemos causar una perturbación en el subuniverso, tan rápida que el Arquitecto no la pueda corregir y provocar una implosión, pero si fallamos… — Peter dejó su frase sin concluir, no hacía falta hacerlo.

Asya, que hasta el momento había estado paseando nerviosa de un lado a otro, ocupó uno de los asientos de la sala central del Heracles. Sus compañeros la miraban en silencio. Era la escrupulosa conciencia que a los demás le costaba expresar en voz alta.

—Nuestros seres queridos y familias están en la Tierra… — comentó lacónico Adams.

—Si ese ser se da cuenta de que pretendemos destruirlo a él

junto con todo el subuniverso no te creas que nuestra suerte va a ser mejor que la de los habitantes de la Tierra – explicó Peter.

—Pero debe haber algo que podamos hacer… tiene que haberlo Peter – fue Carla la que insistió para que el ejecutivo propusiera algún plan.

Todos se miraron entre ellos, consternados. El tiempo transcurría en silencio, pero nadie tomó la palabra.

Fue Gary el que finalmente ofreció una alternativa.

—Existe otra posibilidad… no es nada halagüeña para nosotros, aunque podríamos salvar a la Tierra.

Peter resopló, descontento con el surgimiento de una nueva alternativa. El resto del grupo aguardó expectante lo que Gary tenía que exponer.

—El motor de energía oscura… una vez instalado puede programarse para una secuencia de sobrecarga. —Gary observó a sus compañeros. Su inexpresividad daba a entender que no comprendían las implicaciones. — Llegado al punto crítico, detonaría la singularidad y se rompería el vínculo del subuniverso Ignotus con nuestro universo. – Gary hizo una pausa, pero nadie dijo nada. Tragó saliva. Tendría que explicarse con más detalle. – La onda expansiva de ese evento… muy probablemente nos volatilizaría…aunque hubiéramos puesto los motores del Heracles y el Argonauta a máxima potencia, no hay tiempo de alejarse lo suficiente. He hecho los cálculos mentalmente. La otra opción es quedarse dentro de Ignotus, en compañía del Arquitecto… pero a saber si la destrucción de la

singularidad no conlleva un desequilibrio crítico del espacio tiempo de Ignotus y todo el subuniverso colapsa aún a pesar de que el Arquitecto trate de evitarlo. – Gary suspiró – Pero habríamos salvado a la Tierra.

Ahora sí, las expresiones de todos se ensombrecieron.

CAPITULO 80

—Así que nunca tuviste intención de hacerme daño. – Ben permanecía en su camarote, inmovilizado parcialmente debido a su estado físico debilitado. Era la propia comandante Bale quien le estaba realizando pruebas de diagnóstico y tan pronto como se encontraron a solas, algo que Ben había deseado intensamente, le interrogó sobre su actitud hacia él. – Pues he de confesarte que el resultado de tus pretensiones fue calamitoso, un fracaso absoluto, un desacierto total. Es como pretender enviar una nave espacial a la Luna y que aterrice en Marte… no sé si me entiendes.

—Lo siento – murmuró Asya mientras preparaba el instrumental que iba a emplear con Ben.

— ¿Lo siento? – Ben negó con la cabeza – En cuanto lleguemos a Houston pienso ponerme en contacto con un prestigioso bufete de abogados. Daño moral y psicológico con secuelas irreversibles… y ahora que veo, — Ben había girado con esfuerzo la cabeza y observaba las operaciones de Asya — … si piensas pincharme con esa jeringuilla, añadiría maltrato físico.

—Tú no eres simplemente alguien que me agrada … — dijo Asya mientras preparaba el vial para extraer sangre. – Siempre me has gustado mucho.

—Cómo objeto sexual, puede ser. Una especie de gigolo del espacio, ¿no es así? Lo puedes reconocer sin tapujos. Me hice a la idea. Soy tu hombre objeto.

Asya negó con la cabeza mientras sonreía.

—Cuando nos vimos en el lago Toledo, en la cabaña, ¿recuerdas?, mi intención fue siempre iniciar algo más serio… pero nuestra situación era muy complicada. Nos descubrieron y me amenazaron con hacerlo público… no tuve otra opción que desaparecer, aunque siempre estuve convencida que la tormenta acabaría pasando. ¿No recuerdas lo que hablamos aquella noche?

Asya se detuvo en lo que estaba haciendo y miró a Ben, que le observaba con semblante inexpresivo.

—Lo siento muchísimo, Ben. ¿Qué derecho tenía yo a jugar con tu carrera? Ya habías sido despedido de la NASA… y en Ramspace sabían lo nuestro – Ben exclamó protestando, pero Asya afirmó pacientemente hasta que pudo seguir sin interrupción – Sí, lo sabían, y si hubiera continuado viéndote, o incluso te hubiera confesado que te amaba… – la mirada de Asya se hizo más seria mientras sus hermosos ojos se clavaban en los de Ben— pero que debíamos alejarnos temporalmente, ellos lo habrían sabido… sabrían que la relación perduraba. Tú no habrías participado en la misión, ¿comprendes? Ahora mismo estarías tirado en un sanatorio mental intentando reponerte de tu vida profesional destrozada y encima me echarías la culpa a mí de todo.

Ben asintió, pero no estaba dispuesto a rendirse fácilmente.

—Así que para que no sufriera el daño de un desplante decidiste operarme a corazón abierto y seccionar una a una mis arterias sentimentales, aplicando de vez en cuando descargas eléctricas para que el dolor del abandono no dominara el completo espectro del sufrimiento y dar algo de participación al dolor de la indiferencia. Creo que empiezo a entenderte.

Asya asintió, bajando la cabeza compungida.

—Lo siento de veras. Siempre pensé que después de toda esta locura tendríamos tiempo de arreglar lo nuestro, Ben – confesó. – Es posible que errara mis cálculos, que no comprendiera exactamente tu punto de vista y que no me perdones por lo que hice… o lo que me obligaron a hacer. Entiendo que ahora me odies o desprecies. Ojalá pudiera cambiar lo que ha acontecido, pero…

— ¿Pero?

—Pero nunca llegamos a comprometernos de verdad. Siempre, entre nosotros, reinó un entendimiento que venía a decir que nuestra relación no era sentimental… — Asya se detuvo unos segundos en su explicación mientras pensaba sus próximas palabras– Pensé que como nunca habíamos cruzado esa línea no sufrirías tanto como yo. Sí, lo sé… aunque yo siempre me negué a admitir que esos sentimientos existían, creo que ambos éramos conscientes de que en el fondo había algo más que simple atracción. —Asya suspiró y su mirada franca buscó la de Ben— Entonces… ¿no crees que ahora, después de todo lo que ha pasado, tenemos tiempo para volver a empezar?

Ben se sentía extraordinariamente confuso. La inesperada

sinceridad de la mujer lo había desarmado.

—Sí, es verdad… mira, aquí tenemos un cachito de tiempo para arreglar nuestra historia. El tiempo entre este instante y el momento en el que la Tierra o Ignotus o el universo entero se vayan al carajo… un par de horas, a lo sumo, si el cálculo de Peter es correcto. Ya ves, un par de horas. Al menos le damos una oportunidad seria a este romance, ¿no crees? Incluso vas a tener tiempo de sobra de volver a darme plantón.

Asya pinchó a Ben buscando una vena y llenó el vial. No dijo palabra.

—No seas muy duro conmigo. Nuestra relación ha sido difícil… Siempre he sabido que me amabas… igual que yo a ti. – Asya mantenía la mirada perdida mientras hablaba, pensativa — ¿o es que ya no me quieres? – preguntó mirando a los ojos a Ben. – Si es así… lo dejamos y punto. Me duele, pero lo entiendo.

La pregunta dejó a Ben sin aliento. Tuvo ganas de decir que “no, por supuesto que no te quiero”. De su corazón brotó un movimiento que reclamaba un desplante, una venganza sentimental que devolviera algo del dolor que padeció en las últimas semanas y meses… pero en seguida su semblante se suavizó. Era incapaz de bromear con eso.

—Nunca he dejado de amarte, Asya Bale… por más que lo he intentado. Hasta en esa muestra de sangre que me has robado, estoy seguro de que, si se analiza bien, podrás encontrar que cada glóbulo rojo de mi cuerpo suspira por ti. No sé cuánto tiempo nos queda, Asya

Bale, pero me niego a que nada vuelva a interponerse entre nosotros.

Cuando Adams entró en el camarote de Ben encontró a la pareja fundida en un intenso abrazo mientras se besaban con pasión.

—Está bien, tortolitos, venid al puente. Acabamos de contactar con el pobre Jay. Y ahora vamos a reventar Ignotus con el motor de energía oscura… o que sea lo que Dios quiera. Me imagino que será algo que querréis presenciar… no todos los días uno asiste a cómo un subuniverso entero se convierte en confeti.

CAPITULO 81

—Supongo que estamos seguros de que es esto lo que queríamos hacer, ¿no? — Fue Jay el que intervino. Hablaba desde el Argonauta a través de una comunicación de vídeo. Carla le había puesto al día de todo lo acontecido en el interior del subuniverso Ignotus y todavía recelaba de aquel relato fantástico. – ¿Es cierto que podemos liberar de la lámpara mágica de Aladino a un genio todopoderoso? Es sencillamente una completa locura. ¿Y si la implosión de Ignotus destruye la Tierra?

Sentados en la mesa alrededor del puente del Heracles, o algunos de pie, a su alrededor, mantenían una última reunión. Todos permanecían atentos a los monitores que mostraban la imagen de dos astronautas conduciendo un voluminoso vehículo de seis ruedas sobre la superficie de Ignotus.

—El vórtice está próximo a la Tierra – intervino Adams con voz seria – Ya no tenemos tiempo para más discusiones. Peter… ¿estás seguro de lo que debes hacer? Por Dios, que si ese ser escapa de Ignotus y se da cuenta de que hemos intentado destruirlo…

Peter Ram asintió. Era uno de los ocupantes del vehículo. Enfundado en su traje espacial, su semblante figuraba en una de las pantallas, comprimido por la caperuza del traje interior de la

escafandra.

—Está bien, chicos, este es el plan. Vamos a proceder a instalar el nuevo motor de energía oscura en las instalaciones de Ignotus que controlan la singularidad. En ese momento programaré una secuencia de sobrecarga del motor que destruirá la singularidad. Me imagino qué consecuencias tendrá eso para Ignotus… no muy benévolas, me temo.

—Mucha gente vive allí – comentó Ben con voz apesadumbrada, recordando al pueblo de Agahara. – Mi único consuelo es saber que nosotros correremos su misma suerte.

— ¿Estamos seguros de que el Arquitecto no ha abandonado ya el subuniverso? – preguntó Jay con voz sombría.

—Completamente – respondió Peter con seguridad. – Es imposible hasta que no activemos el nuevo motor a plena potencia. El Arquitecto tiene una masa considerable y no podría habernos seguido a través de la singularidad. Ahora mismo el motor nos ha permitido salir del subuniverso a nosotros. Cuando concluya la instalación, junto al propio vórtice, la sobrecarga del motor provocará la implosión de la singularidad… y el fin de Ignotus y todo su contenido. ¿Estamos seguros de que es eso lo que queremos? El Arquitecto no tendrá tiempo ni ocasión de escapar… En lo que respecta a nosotros tendremos que alejarnos lo más rápido posible o acabaremos volatilizados. No soy muy optimista al respecto, que conste. Pero sí, el hecho de estar aquí sanos y salvos significa que Ignotus sigue estando en su sitio. — Peter interrumpió lo que decía y señaló un lugar – Carla, conduce hacia allí, … Esa rampa nos llevará al interior del

asteroide… a la sala de control de la singularidad. Es el mejor lugar para asegurarnos de que los fuegos artificiales sean espectaculares.

—Cómo olvidar el lugar en el que te convertiste en una pequeña supernova humana – la comandante del Argonauta giró el volante y condujo el vehículo en la dirección que le indicaba Peter.

— ¿Y si lo liberamos por error? ¿Qué sucederá? — era Gary el que intervenía ahora. Su voz estaba cargada de ansiedad.

—No lo sé… —repuso Peter hablando a través de la radio — sólo recuerdo de una forma vaga una intuición que el Navegante nunca llegó a expresar categóricamente… pero escuchad, no tenemos tiempo para divagar con elucubraciones… voy a proceder a introducirnos en el interior de la base. Cuanto antes terminemos con esto mejor. Seguramente la señal se cortará.

Peter manipulaba su consola y las imágenes de los monitores que mostraban el interior del vehículo cambiaron a las que proporcionaban las cámaras situadas en el exterior. El vehículo se había aproximado a una gran pared de piedra que se dividió en dos hojas que se deslizaron a ambos lados, apartándose de su camino. Entonces se adentró en el interior de un túnel débilmente iluminado. Ante ellos se vislumbraba una larga rampa que descendía hacia el núcleo del asteroide. Las pantallas se llenaron de estática y la radio crepitó.

— ¿Y ahora qué? – preguntó Jay, desconcertado por todo lo que estaba sucediendo.

—Ahora sería bueno que te cortara el pelo y te afeitaras,

pequeño Einstein… te pareces más a Robinson Crusoe que a un astronauta– fue Ben el que bromeó con el aspecto del miembro más joven de la expedición.

Asya se tomó en serio la pregunta de Jay.

—Ahora hay que activar la secuencia de sobrecarga. Destruir Ignotus con el Arquitecto dentro. No podemos permitir que esa especie de pequeño dios salga al espacio exterior y se convierta en los cuatro jinetes del apocalipsis. Y es una decisión que debemos tomar nosotros.

Todos intercambiaron miradas entre sí.

—Yo quiero salvar a mi gente – Adams fue el primero en hablar.

Jay secundó al científico con un gesto. Estaba pálido como un muerto. Asya recorrió con mirada interrogante al resto de los presentes. Ben y Gary se reafirmaron apoyando la tesis de Asya.

—Yo he venido hasta aquí arriba porque estaba convencido de que iba a salvar a mi planeta.

—También yo considero que es un peligro liberar a ese ser. Si todo lo que nos contó el Navegante es cierto sería una completa locura permitir que salga de Ignotus. No sé lo que será de nosotros… pero adelante.

Todos callaron. Aguardaban a que desde el vehículo Carla y Peter expresaran sus opiniones.

— ¡Qué diablos! Que les den a esos mundos de pacotilla. No tenemos la culpa de que cayeran en manos de una especie de psicópata sideral. Mandemos al infierno a ese engendro del demonio.

La voz de Carla llegó entrecortada pero sus palabras ácidas fueron entendidas por todos los presentes.

— ¿Peter? Solo faltas tú por expresar tu opinión – dijo Asya por la radio.

Peter tardó en responder.

—Mensaje captado. Comprendo lo que piensa la mayoría… pues perfecto. Vamos a preparar el artefacto.

—Hay que estar atentos sobre todo a si el vórtice que se aproxima a la Tierra desaparece – Adams recordaba con aprensión la siniestra amenaza que se cernía sobre la continuidad de la apacible existencia del planeta. – Todo esto lo hacemos para salvar a la Tierra y mientras esa mancha se acerca a casa…

Nadie dijo nada. Ni siquiera Ben tenía ganas de bromear.

Las comunicaciones con el Rover espacial cesaron. Peter y Carla se pusieron manos a la obra. Transcurrieron varias horas en las que en el Heracles no tuvieron noticia alguna de lo que acontecía en la sala de control del vórtice. Finalmente, la radio del Rover se activó cargada de estática. Era Peter el que hablaba.

—Todo concluido. Vámonos de este lugar cagando leches.

*****

Dos horas más tarde tanto el Heracles como el Argonauta abandonaban la superficie de Ignotus a máxima capacidad de aceleración. Los astronautas se habían dividido en dos grupos que ocupaban el Argonauta y el Heracles. En el primero viajaba la tripulación integrada por Peter, Asya, Ben y Jay. En el Heracles la

tripulación la integraban la comandante Carla, Gary y Adams. Ambas naves habían podido despegar de la superficie de Ignotus sin problemas.

Asya observaba preocupada cómo el vórtice de la singularidad seguía sin desaparecer. Apenas podía moverse en su asiento, tal era la fuerza de empuje. Apretaba los dientes, temiendo sentir en cualquier momento el impacto de una onda de choque desintegrara la nave. Y, aun así, observaba inquieta la imagen de Ignotus, deseando intensamente su desaparición, la aniquilación de aquel peligro impensable que, si bien podría ocasionar su muerte, al menos salvaguardaría al planeta entero de los desmanes de aquel ingenio todopoderoso llamado Arquitecto. Mientras se mordía los labios, sentada en el puente de mando, al igual que el resto de sus compañeros, no apartaba la vista de los monitores que enfocaban hacia la mancha de oscuridad que emergía de Ignotus y ocultaba parcialmente la Tierra. Fue Peter el que rompió finalmente el silencio de radio, haciendo un esfuerzo para poder hablar por encima de la incomodidad que imponía la aceleración constante. Se dirigió a ambas tripulaciones a la vez.

—Ya hemos terminado. ¿Sabéis? Mientras preparaba el motor de energía oscura he estado pensando mucho en el Navegante. Él sabía más que nosotros y su plan era liberar al Arquitecto. Creo que… — Peter esbozó una sonrisa. Incluso su expresión en ese momento crítico resultaba risueña y segura, como era habitual en el magnate cuando daba una rueda de prensa en la que estaba convencido, iba a captar la atención mundial. Concluyó la pausa recuperando una

actitud más solemne – Creo que él sabía algo… o tal vez no fuera él, sino Ben. Lo cierto es que, pese a todo, estaba convencido finalmente de que el riesgo merecía la pena.

Todos estaban perplejos por aquel rodeo en las explicaciones de Peter.

—Has activado la secuencia de sobrecarga, ¿no? – preguntó Asya, que se estaba inquietando por las palabras ambiguas de Peter.

Peter esbozó una amplia sonrisa antes de responder, de nuevo, recuperando una expresión más comedida.

—Sí, he activado el motor de energía oscura… pero no para destruir Ignotus, sino para mantener el subuniverso estabilizado y abierta la singularidad de entrada… y salida. El Arquitecto… es posible que lo haya abandonado ya.

CAPITULO 82

Pentágono, condado de Arlington, Virginia.

El director de la NASA, acompañado de su ayudante Kyle Reynolds junto con un séquito de técnicos de la NASA liderados por el propio John Ellroy, entraron en la sala del estado mayor del ejército americano y fueron recibidos por un silencio tenso. Su llegada solo obtuvo breves gestos de salutación por parte de algunos generales de la junta que Jeremiah Maddock conocía personalmente. Los generales cuchicheaban entre sí con expresiones severas y alrededor de la mesa de reuniones varias docenas de oficiales pululaban entre distintas mesas de oficina, llevando información de un sitio a otro o presentándosela a sus respectivos superiores. En la sala reinaba una luz mortecina, casi funeraria, y el taconeo del ir y venir de los oficiales acrecentaba una lúgubre impresión de final.

Maddock tomó asiento junto al General de la Guardia Nacional y le saludó brevemente con un “¿Qué tal, Dan?” que no esperaba respuesta. Verificó que el nudo de la corbata estaba en su posición correcta y desplegó el portátil sobre la mesa con movimientos meticulosos. Su pequeño séquito hacía lo propio en una de las mesas secundarias situada a su espalda. Un rumor de pasos sacó a todos de su mutismo e inmediatamente todo el mundo se puso en pie para

recibir al presidente de los Estados Unidos, que llegaba escoltado por dos agentes del Servicio Secreto y varios asesores.

El presidente tomó asiento y el resto hizo lo propio. Apenas hubo salutaciones, sino un breve gesto del representante público para que le aclararan la situación. Fue el General de la Fuerza Aérea el que tomó la palabra. Señaló la gran pantalla de televisión que abarcaba un escenario cercano y que mantenía en su encuadre principal una imagen del cielo terrestre. En el lateral de la imagen bullían varios indicadores que oscilaban frenéticamente, pero que, no obstante, no lograban captar la atención de ninguno de los presentes. La imagen de la pantalla era lo suficientemente desconcertante como para desviar la vista hacia un punto distinto a ese. Y lo que se observaba era el día convertido en noche. Un cielo de un color azul pálido, salpicado de vaporosas nubes blancas, lucía en su cénit un enorme agujero de negrura, de forma ovalada, que acaparaba ya un tercio del firmamento como una macabra amenaza.

—Ignotus – señaló el General de la Fuerza Aérea. – Aunque realmente no se trate de Ignotus, según podrán explicarnos con más detalle los representantes de la NASA. Estamos monitorizando esta gran … mancha… por decirlo de alguna forma… y su velocidad de aproximación a la Tierra sigue disminuyendo, pero el diámetro de ese embudo de oscuridad aumenta.

El presidente asintió con expresión sombría.

— ¿Shiva?

—Todo a punto señor. La coordinación con las naciones del

mundo que disponen de arsenal militar capaz de colaborar con nosotros, Rusia, China, India, e Israel es excelente. Sus programas de misiles antisatélite cumplen con los requisitos de Shiva y pueden ser empleados para intentar… frenar lo que quiera que sea eso.

Un oficial se aproximó al General, que se mantenía de pie en su exposición, y entregó una cuartilla.

—Sí, me confirman que todas las líneas de comunicación están abiertas ahora mismo con los representantes públicos de dichas naciones.

El presidente asintió. Varias pantallas accesorias mostraron imágenes de los respectivos presidentes que se saludaron entre sí con expresiones sombrías. Una vez concluida la salutación fue el presidente americano el que cedió la palabra a Jeremiah Maddock para que explicara lo que estaba aconteciendo. Maddock se levantó de su asiento y se posicionó junto a la gran imagen de oscuridad que mostraba la pantalla.

—Realmente lo que vemos no es Ignotus. Esto que ven aquí, señores, no es el asteroide que hemos estado monitorizando durante meses en su aproximación al sistema solar… y después, más tarde, a la Tierra. Lo que vemos es el vórtice de una singularidad, y de una, además, muy particular.

Maddock carraspeó y dirigió la mirada a cada uno de los presidentes de la sala.

—Una singularidad… una distorsión del espacio tiempo brutal, tan profunda y con una gravedad tan fuerte que la luz que queda

atrapada bajo su influencia es inmediatamente engullida. Por eso la percibimos como una siniestra mancha oscura. – Maddock hizo un gesto de calma al representante del Ejército de Tierra que estaba a punto de intervenir – Sí, es una fuerza gravitatoria muy intensa circunscrita a un espacio muy pequeño… todavía no está lo suficientemente cerca de la Tierra para que podamos percibir sus efectos… pero qué duda cabe que un encuentro con algo así… sería catastrófico. No obstante… no es esa la única cuestión que nos preocupa en la Agencia. Señor Ellroy, por favor, le ruego que nos explique los últimos descubrimientos realizados por nuestros satélites.

John Ellroy carraspeó y ocupó un lugar junto a la pantalla mientras su jefe se retiraba a su asiento. Permaneció unos segundos dubitativo antes de iniciar su exposición.

—Lo importante de dicha singularidad, de lo que hemos aprendido de ella a través de las observaciones realizadas desde que se manifestó, es que su tamaño no está aumentando por una mera cuestión de proximidad. Cuanto más cerca está algo, mejor percibimos su verdadero tamaño, ¿verdad? Este no es el caso. La mancha oscura de Ignotus está aumentando de tamaño… y cambiando de aspecto… y todas nuestras conjeturas, por todo cuanto sabemos de las leyes físicas de la naturaleza, apuntan a que estos cambios solo pueden explicarse por una única razón, y es que dicha singularidad esté siendo manipulada. Es decir, no es un fenómeno natural, sino de una clase que implica la existencia de una inteligencia a bordo de ese asteroide que la controla.

John se mesó la mejilla, dubitativo, mientras observaba la

mancha con escepticismo. Después sacudió la cabeza.

—Sí, personalmente no me cabe ninguna duda al respecto… la operación Shiva no va a servir de nada contra algo así. Cuando se aproximen a la singularidad, simplemente los misiles se descompondrán y achatarrarán como si fuera una lata de refresco en manos de un gigante.

John concluyó su exposición y se dirigió a su asiento cabizbajo.

*****

En un momento indeterminado del tiempo, tal vez dentro de unas décadas… o tal vez dentro de diez mil millones de años…

Sí, mi nombre era el Navegante y mi origen se remonta a los Creadores de universos, el pueblo que evolucionó hasta devenir en una especie llena de sabiduría, constituida de luz y energía que construyó una civilización capaz de manipular el tejido del espacio tiempo. Pero es una verdad incompleta.

Es igualmente cierto que durante un periodo incontable de tiempo velé por la continuidad de Ignotus, impidiendo, como un cruel carcelero, que el Ente que se autodenominaba el Arquitecto abandonara la burbuja espacio temporal en la que, confinado, mantenía el equilibrio cosmológico. Pero también es una verdad parcial.

Abandoné Ignotus y ocupé la consciencia de dos seres humanos a fin de urdir mi plan para liberar a los míos. Era el último Superviviente de un pueblo que se hallaba en trance de extinción, sí. Pero sigue siendo una descripción deficiente. Insisto.

Y es a través de esta obra literaria cuando interesa hacer llegar a la humanidad una verdad crucial para su comprensión del universo que habita, aunque su existencia simple y mortal esté circunscrita a un territorio planetario infinitesimalmente exiguo en comparación con las vastedades del espacio. Llega el momento de confesar todo lo relacionado sobre mi prolongada existencia y sobre la esencia de mi ser.

Verdad es que hace eones nuestro sistema solar moría y nosotros, los que nos autodenominamos Constructores de universos, emprendimos viaje embarcándonos en un subuniverso, una creación que nos permitiría deleitarnos pacíficamente en el acto de existir, tal y como habíamos aprendido a hacer durante millones de años, aislados de los eventos y cataclismos que se sucedían en la galaxia. Pero para desarrollar ese plan, el Salvador necesitó de un mártir… y yo me ofrecí por una buena y arriesgada razón que explicaré más adelante.

El control de este espacio confinado era limitado, imperfecto. Necesitamos crear un Ente auxiliar cuya consciencia fuera capaz de mantener el equilibrio de Ignotus, ajustar el valor exacto de la constante cosmológica y compensar las variaciones infinitesimales que nos habrían conducido a un rápido cataclismo. En suma, se trataba de una ciencia aún defectuosa que necesitaba del soporte de un ser dotado de una capacidad omnisciente, un poder que lo convertiría virtualmente en un dios. No había tiempo y carecíamos de alternativas. El Salvador estableció que uno de

nosotros debía permanecer fuera de Ignotus, inmolado en un exilio eterno, vigilando que el Ente jamás abandonara su puesto porque eso significaría la destrucción completa de Ignotus.

Y cuando el Salvador buscó un voluntario que se sacrificase para guiar Ignotus desde el exilio exterior a través de los mares espaciales, yo vi una oportunidad, una posibilidad fascinante que cegó mi entendimiento, y a pesar de los recelos que pudiera suscitar una vida tan solitaria y anacoreta, abocada a enloquecer en una soledad absoluta, elegí libremente asumir esa responsabilidad. Había quedado deslumbrado por una idea descabellada que no obstante fue capaz de disipar todos mis temores. Por delante de mi existencia se extendía una inmensidad de tiempo que podría emplear en perfeccionar el conocimiento incompleto de la energía oscura. ¿Podría yo, ingenuo de mí, tener éxito dónde los más sabios de mi pueblo habían cosechado amargos fracasos?

Durante eones experimenté la amargura de intentar lo imposible.

*****

— ¿Estamos seguros de que el Arquitecto ha abandonado Ignotus? No hemos detectado ningún cambio en nuestros sensores – inquirió Asya, nerviosa, a su tripulación. La maniobra de aceleración había finalizado tan pronto comprendieron que después de la revelación de Peter su huida carecía de sentido. Acababan de mantener contacto con la Tierra y habían confirmado que la presencia de la mancha oscura que envolvía Ignotus crecía. El asteroide había iniciado un frenado, pero su trayectoria rumbo al encuentro de la

Tierra se mantenía inalterada.

—No hay ninguna evidencia … salvo que ahora el pueblo del Navegante está libre. Eso sí, el vórtice de la singularidad que se abría sobre la Tierra se mantiene intacto… o incluso es mayor, y nosotros hemos podido abandonar el asteroide sin problemas —explicó Peter con voz relajada mientras flotaba en una postura distendida sobre la mesa principal del puente — Para mí todo son evidencias de lo obvio. El genio ha abandonado la lámpara mágica en la que estaba prisionero y su influencia maligna ha cesado… o si no lo ha hecho todavía, pronto lo hará. Si yo fuera él escaparía antes de que vuelva a cerrarse la puerta de mi prisión.

—Y ahora… ¿qué hará esa nueva deidad en caso de que haga lo que es previsible? – preguntó Ben con enfado — ¿Tendremos que adorarle de alguna manera? ¿Erigir templos en su honor y cosas por el estilo? ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que ese capullo se ponga a jugar con las reglas del universo, ya sabes, esas que nos permiten hacer cosas tan superfluas como respirar, pensar o vivir?

Peter negó con la cabeza.

—No lo sabemos, Ben.

— ¿No crees que has tomado una decisión que no te correspondía? La mayoría habíamos elegido otra opción. – Asya se había encarado seriamente con Peter desde que regresara de su misión de instalar el motor de energía oscura en el vórtice del asteroide. Aunque disgustada y enfurecida a partes iguales, comprendía que ya no había marcha atrás.

—Lo sé. Es una decisión que tuve que tomar yo solo. A fin de cuentas, era quién mejor conocía al Navegante. Creo que él lo tenía todo calculado.

—Sí, todo esto está muy bien, pero … no dejo de torturarme pensando que a lo mejor lo que has hecho ha sido una temeridad – comentó Adams por radio.

— ¿Al liberar el genio de la botella? – preguntó Jay, completando la frase.

Adams asintió en silencio. Fue Peter el que repuso.

—Escuchadme. El Navegante era un ser misterioso. Vivía dentro de mí. Habitaba mi mente y hablaba con pensamientos diáfanos y tranquilos. Era como la voz de la conciencia… o incluso mejor, como una sabiduría meditada y paciente que me murmuraba palabras que me inspiraban grandes ideas. Al principio, tras el accidente aéreo en el que mi vida cambió, pensé que me había vuelto loco… pero el Navegante me convenció de que no era así. Recuerdo su influencia extraña desde el primer momento. Sobrevenido el accidente, aun cuando sabía que debía alejarme cuanto antes del lugar del siniestro que apestaba a queroseno, sentí la imperiosa urgencia de revolver entre los escombros para rescatar a este hombre – dijo mientras señalaba a Ben, que asintió incrédulo al comprender quién había sido el misterioso protector en aquel trágico acontecimiento. —Sus motivos ahora resultan obvios. Me contó su historia y la de su pueblo. Durante un tiempo me negué a aceptar el hecho de aquella convivencia forzada, por lo que, como un acto de reafirmación personal, exacerbé mi forma de ser, a la manera de una resistencia

infantil— Peter sonrió al rememorar recuerdos que no compartió con nadie. — Él… no soportaba mi personalidad bulliciosa y mi carácter despreocupado, pero quiero pensar que de alguna manera mi forma de ser hispana, alegre y dicharachera, al final influyó en una mentalidad tan parsimoniosa y erudita. Creo que fui yo el que influí definitivamente para que corriera el riesgo de liberar al Arquitecto. Él tenía mucho miedo a la idea de permitir que el Arquitecto escapara de Ignotus. Estaba dispuesto a sacrificarnos a todos con tal de salvar el Universo. Creo que le quité esa idea de la cabeza… No lo hice intencionadamente, solo con el tiempo comprendí que si había cambiado de planes había sido gracias a una teoría que le expuse.

— ¿Tú… le convenciste para liberarlo? —exclamó perpleja Asya – ¿Y en base a qué razonamiento se te ocurrió que eso era una buena idea cuando todo lo que te había dicho el Navegante indicaba que era una temeridad?

—Realmente me basé en todo el conocimiento que tenía el Navegante sobre la energía oscura… y me limité a sumar uno más uno. Pensadlo bien. Durante eones habían viajado a través del cosmos, a salvo en su diminuto subuniverso, y durante todo ese tiempo el Navegante quiso indagar en el conocimiento de esa paradójica energía. Buscó un conocimiento más perfecto, una forma de entender la energía oscura más completa que hiciera prescindible la presencia del Arquitecto… pero fue en vano. Las condiciones particulares de la generación de la energía oscura se refieren en última instancia al campo cuántico y llegados a esos límites no había forma de vulnerar los principios de indeterminación. ¡Millones de años de estudio de la

energía oscura no le sirvieron para nada! Era imprescindible la presencia de un ser observador que resolviera la función de onda del mundo cuántico y controlara a través de su omnisciencia el devenir del subuniverso que habían creado. El Arquitecto era insustituible si querían alcanzar un equilibrio a largo plazo.

— ¿A dónde quieres llegar con eso, Peter? – preguntó Asya.

—Solo comparto la información que me hizo llegar el Navegante. Ahora bien, había algo que no encajaba dentro del modelo de la energía oscura. Y tengo el honor de haber sido yo el que hizo esa apreciación a ese ser tan sabio y longevo.

— ¡Vaya, Peter! – exclamó Ben. – Cuánta modestia. ¿Y qué era ese misterioso cabo suelto que no encajaba perfectamente con el modelo de la energía oscura?

—La historia del universo, ni más ni menos.

Todos se quedaron atónitos, con expresiones de asombro dibujadas en sus semblantes.

— ¿La historia del universo? ¿Qué sabías tú que no supiera él? – Fue Jay el que preguntó ahora ansioso por oír algo revelador o novedoso.

—Realmente no era nada nuevo. Hagamos un repaso. El universo surgió de una singularidad, creció de forma inflacionaria en los primeros nanosegundos de vida y después se expandió a una velocidad decreciente… hasta que, llegado un punto, hace unos cinco o seis mil millones de años atrás, no sabemos la razón exacta, la expansión empezó a acelerarse.

—Exacto – murmuró Jay.

—Sí… la cuestión que figuraba como un manchón en el modelo de la energía oscura era ese cambio en el comportamiento del universo. ¿Por qué el universo tenía una velocidad de expansión del espacio tiempo decreciente… y de pronto esa pauta cambia y empieza a acelerarse? Nosotros, la humanidad, desconocemos la causa. Lo paradójico es que el pueblo del Navegante, con una tecnología millones de años por delante de la nuestra, la desconocía igualmente. Todo su saber y conocimiento era incapaz de explicar ese cambio en el comportamiento del espacio tiempo. Así que fui yo el que tuve que arriesgarme a hacer una conjetura… que por lo que deduzco, debe ser acertada. Creo que fue la idea en la que se basó el Navegante para asumir los riesgos que hemos incurrido.

— ¿Los riesgos que hemos? ¿Nosotros? – increpó Asya enfadada. – Has sido tú sólo el que ha asumido una apuesta extraordinariamente grave, Peter. Y ahora dices… ¿Una conjetura? – preguntó de nuevo, ahora con recelo que pronto se transformó en rabia. Se dirigió hacia Peter con ánimo de enfrentarse a él. Ben se interpuso rogando calma mientras la comandante le gritaba a Peter, sin cesar “quién demonios se creía que era para haberse dejado llevar por una conjetura”.

Pero fue Jay, sin embargo, el que detuvo el enfrentamiento.

—Mirad… mirad a Ignotus… algo sucede con la singularidad…

*****

En la sala del Pentágono varias exclamaciones interrumpieron el acalorado debate establecido entre distintos generales y el propio Maddock en el que se debatía la mejor manera de emplear los misiles de la operación Shiva. Algo inaudito e inesperado había acontecido en Ignotus según revelaba la imagen en la gran pantalla que reflejaba lo que acontecía en el firmamento de la Tierra.

Maddock dirigió la mirada hacia la misma y observó atónito lo que acontecía. Luz. La gran mancha oscura, negra como el azabache, irradiaba desde su centro un haz de claridad cegadora, extendiéndose sobre la negrura ovalada como si de una visión celestial se tratara, la luz devorando la oscuridad, el bien triunfando sobre el mal. La visión resultaba tan embriagadora y tranquilizadora a un mismo tiempo que Maddock se sorprendió sonriendo. Y como él, todos los presentes. Muchos empezaron a aplaudir y a dar vítores. Pronto la mancha oscura había sido sustituida por una claridad deslumbrante, como un nuevo sol, pero a su vez ese foco cegador empezó a amortiguarse. El cielo pálido de la Tierra empezó a recuperar el terreno perdido. Los aplausos se intensificaron. Un firmamento prístino y natural, como en un día normal y corriente, había sustituido a la imagen de pesadilla de minutos antes.

Todos iniciaron entonces salvas de vítores y felicitaciones al unísono. Reían, se estrechaban las manos o incluso se abrazaban emocionados, y hasta el presidente se dejó llevar por el momento de alivio y se mostraba efusivo con sus generales más cercanos. Maddock dirigió una mirada a Kyle, que le sonrió, tan perplejo como él. Después miró a sus técnicos. Algunos participaban de la alegría

general, pero John permanecía abstraído en su portátil, tecleando con frenesí. Maddock se acercó a él. Solía tener siempre la cabeza fría y era brillante.

— ¿Qué tenemos ahí, John?

—He enlazado con el Mauna Loa con mi tarjeta de acceso. Los chicos monitorizan a Ignotus con el telescopio binocular … o la singularidad… y mira… aquí lo tenemos… ¿Qué crees que estamos viendo?

Jeremiah Maddock parpadeó varias veces. Necesitaba enfocar correctamente, dar crédito a lo que sus ojos le mostraban, porque su mente se negaba a admitirlo.

— ¿La … luna?

—Sí… una luna, desde luego… pero, fíjate bien lo que te digo, … no nuestra luna.

El cielo había recuperado su color habitual, un azul desvaído y anodino de las últimas horas de la tarde de un día de verano. Sin embargo, a pesar del brillo solar que ocultaba cualquier cosa más allá de la atmósfera terrestre, la imagen que capturaba el telescopio advertía de la presencia de un objeto masivo.

—Se desenfoca y enfoca constantemente… ¿es por la atmósfera?

John negó con la cabeza. Observaba los indicadores del observatorio hawaiano que rodeaban la imagen, intentando comprender. Su móvil sonó y lo cogió al vuelo.

—Sí, Kalani… lo estoy viendo ahora mismo… es

completamente incomprensible… a no ser que…

John calló. Jeremiah oía el timbre nervioso de una voz que hablaba estridente, al otro lado de la línea, sin llegar a entender palabra. John no cejaba de repetir una y otra vez “comprendo… comprendo” mientras su expresión se ensombrecía.

Cuando colgó había palidecido gravemente. La imagen de una superficie lunar, grisácea y salpicada de cráteres se enfocaba y desenfocaba en su pantalla constantemente. Jeremiah ya estaba completamente convencido de que no se trataba de la Luna terrestre. Conocía perfectamente su orografía. Ni aquellas manchas azuladas, como mares de lava antigua, ni los conjuntos de cráteres de edades inmemoriales, ni las cordilleras que se extendían como largas cicatrices sobre su superficie le resultaban familiares en absoluto.

El semblante de John lo decía todo.

—Atención… atención por favor… — Jeremiah utilizó toda la potencia de su voz para imponer el silencio en la sala. Si bien su expresión era preocupada, no fue hasta que cedió la palabra a John, que era la personificación misma de la derrota, cuando los presentes adquirieron conciencia de que algo no iba bien.

John tomó su portátil y mostró su pantalla al público.

—Lo que hemos visto no es el fin de la singularidad… sino su apertura… Ahora mismo, sobre la Tierra se abre la puerta a un universo… que no es nuestro universo. Y lo que vemos es esto… una luna… una luna extraterrestre, no es la nuestra, no…. Y lo que me dicen mis chicos de Hawái es que se acerca a nosotros a una velocidad

de impacto inimaginable… en poco tiempo colisionará contra la Tierra…

—Debe haber algo que podamos hacer… ¿verdad? – preguntó el presidente desencajado.

Nadie se atrevió a responder a esa pregunta. La sala quedó en silencio, todo el mundo paralizado. Todos menos Jeremiah Maddock, que se encaró con su lugarteniente.

—John, … si dices que… la singularidad ha dejado de operar como un embudo, que ahora es un agujero de gusano… una puerta a otro lugar que nos permite ver otro universo, y se supone que Ignotus es el puente de unión… Entiendo que ahora es vulnerable. ¿No sería factible que destruyendo el asteroide… destruyamos la conexión?

El general del Ejército del Aire se puso en pie, como sacudido por una corriente eléctrica.

— ¡Tenemos una oportunidad! – fue un grito que repitió varias veces — ¡Hay que coordinar el ataque Shiva ahora mismo!… y tenemos un objetivo, el asteroide – El general del Ejército del Aire se dirigía a los suyos con frenesí mientras todo el Estado Mayor parecía entrar en una frenética ebullición.

Jeremiah miró a su alrededor. Todos salvo ellos dos parecían que tenían algo que hacer.

—John, ánimo, es posible que lo consigamos, después de todo – Jeremiah apoyó su mano en el hombro de John, infundiéndole ánimo, pero la mirada que le devolvió su colega estaba cargada de tristeza.

*****

— ¿Qué estamos viendo? – preguntó Ben, perplejo.

— ¿Qué ha sucedido con la gran mancha de oscuridad? – preguntó a la vez Jay

Ambos, volcados sobre el ventanal del Argonauta, miraban anonadados el extraño fenómeno que estaba ocurriendo ante sus ojos. La mancha de oscuridad se desvanecía a medida que un intenso haz luminoso lo disolvía por completo. En su lugar regresaba el habitual aspecto del espacio, salvo por una distorsión apenas perceptible, pero que ambos astronautas se afanaban por escrutar.

—Lo que veis es la apertura del subuniverso. La singularidad, antes un embudo, como un agujero negro, sólo permitía la entrada, pero no la salida de nada del interior de Ignotus. Ahora la singularidad opera en ambas direcciones. El motor de energía oscura está funcionando correctamente, ensanchando la apertura.

— ¡Peter! ¿te das cuenta de lo que has hecho? Has abierto la puerta de la guardería a un depredador sexual – le increpó Ben furioso — Tenemos que regresar y destruir ese puente.

—Ese ser no puede abandonar Ignotus, es un psicópata, y si lo que dice es cierto… será una calamidad para todos— Asya intentaba hacer entrar en razón a Peter, pero éste parecía inmune a su crítica.

—Pensad un poco, ¿no entendéis lo que trato de explicaros?

—Sí, esa puta conjetura… ¿cuál es? – preguntó Ben de mala gana.

Peter se quedó mirando a los demás, sonriente. Nadie comprendía a dónde quería llegar así que prosiguió con su explicación.

—Es muy sencillo. Yo se lo hice ver al Navegante, y tardó muchos años en asimilarlo… pero no le quedó más remedio que aceptar mi tesis. Después de mucho insistirle le hice ver que existía una posibilidad que él no había valorado, pero que, para mí, después de oír su historia, me resultaba evidente. ¿No sois capaces de adivinar la respuesta?

Asya negó con la cabeza.

—No somos expertos en energía oscura, Peter, y no, no vamos a ser capaces de resolver ahora un misterio de la cosmología porque ni siquiera gente que sabe mucho más que nosotros ha sido capaz de desvelarlo.

Peter rió, pero Asya se enfureció mientras su vista se clavaba en algo que acababa de descubrir.

—Maldita sea Peter… esto no tiene ninguna gracia. Mira allí, por Dios… estoy viendo … un planeta… una luna gigantesca se aproxima a nosotros… va a estrellarse contra la Tierra…. Dios mío…

Asya señaló un punto que brillaba aún lejos, pero que los monitores del Argonauta habían ampliado hasta mostrar su verdadero tamaño y naturaleza. Peter iba a decir algo, pero enmudeció.

Jay había acudido al puente y observaba atónito infinidad de mensajes que se acumulaban sobre la consola.

— Nos piden que nos alejemos de Ignotus. Quieren destruirlo.

Han activado Shiva… A lo mejor lo consiguen y que así sea posible evitar la amenaza de esa colisión.

Los cuatro tripulantes del Argonauta prestaron atención a la superficie de la Tierra. No eran visibles, al principio, pero poco después, en las partes en las que ya imperaba la noche, sí resultaba fácil distinguir diminutos puntos de luz que brillaban débilmente y que según abandonaban la atmósfera terrestre parecían ponerse de acuerdo en dirigirse en una misma dirección. Emergían de diferentes localizaciones, desde todo el planeta, delgados filamentos de luz que escenificaban, en una coreografía silenciosa y desesperada, el deseo de supervivencia de todo un planeta.

*****

Era un plan ambicioso que muy bien se podría haber tornado en mi contra. Solo, recorriendo la galaxia por millones de años con la única ocupación de ser carcelero de un dios, podría haber perdido la cordura y convertido en un demente. Pero mi voluntad se centró en un reto que habría de mantenerme por completo ocupado por muchos millones de años, tantos que perdí la cuenta. Se trataba de un logro ambicioso, pero noble, que implicaba la salvaguarda de la continuidad del propio Cosmos.

En aquel momento de la historia del Universo mi pueblo ya era consciente, desde mucho tiempo atrás, que la expansión inicial del universo tendía a frenarse, y tras su detención se iniciaría un movimiento de colapso dominado por la fuerza de la gravedad que finalizaría en una convulsa singularidad, similar al estallido inicial de la creación universal, pero a la inversa. Un colapso que lo destruiría todo. El Universo caminaba directamente hacia su rápida extinción. Hace unos cinco mil millones de

años, si todo hubiera seguido igual, nuestro universo se enfrentaba al inicio del fin, un proceso, que una vez comenzado, no tendría marcha atrás. Así que, cuando el Salvador buscó un voluntario pensé que mi existencia podría consagrarse a resolver un reto fascinante, el de controlar la energía oscura y en base a su poder y la vastedad del espacio tiempo, invertir el proceso de deceleración universal y precipitar el universo entero en una expansión sin límite que en la práctica implicara su eternidad. Pensé que mi sacrificio no sería en vano. La causa merecía la pena.

*****

Nadie dijo nada en la sala del Estado Mayor Conjunto. Algunos oficiales cuchicheaban, cruzando datos, pero la mayoría de los oficiales permanecían atentos a sus monitores, los generales pegados a los auriculares de sus teléfonos, todos pendientes del resultado de la operación Shiva con una expectación dramática.

No hizo falta que nadie dijera nada.

La gran pantalla, que enfocaba el firmamento americano sobre la costa del Pacífico y en el que Ignotus apenas brillaba con los reflejos de la luz del atardecer, se llenó de breves detonaciones, como distantes fuegos artificiales, ocurridos más allá de la atmósfera terrestre, en una bonita e inútil escena pirotécnica.

Los oficiales musitaban palabras de desconcierto y varios generales dejaron escapar fuertes tacos, pero al poco tiempo el silencio imperaba en la sala, un silencio que todos temían romper. Sólo el general del Ejército del Aire cuchicheaba con el presidente que parecía

asumir la información que le suministraban con un gesto de desesperanza reflejado en la forma en la que dejaba sus manos apoyadas sobre la mesa, una actitud que denotaba derrota.

— ¿Qué ha pasado John? – cuchicheó Jeremiah a su jefe de vuelo.

John negó con la cabeza.

—Todos los misiles han explotado a la vez, independientemente de la distancia que faltaba por cubrir a Ignotus… esto no es un accidente ni un fallo. Ha sido deliberado.

Jeremiah asintió. “Ha sido Ignotus”.

*****

Asya, Ben, Jay contemplaron con horror como los misiles había sido detonados muy lejos de su objetivo. Jay lloriqueaba mientras repetía una y otra vez “han fallado, han fallado”.

Asya miró con odio a Peter, que parecía al margen de la desgracia inminente. Habló, pero esta vez su voz no sonaba tan segura como minutos antes.

—Es mucho más sencillo que todo eso. La clave está en Ignotus. Fijaos en el subuniverso que crearon. Un espacio tiempo de pocos años luz de radio constituido por un tranquilo grupo de varias estrellas y planetas habitables que, como una burbuja, flota en el espacio del multiverso en perfecto equilibrio. ¿Cómo fue posible tal universo si no fue mantenido en ese equilibrio por la inteligencia que

lo diseñó? No sólo había que crear el subuniverso, había que mantener un equilibrio para que subsistiera.

— ¿Qué quieres decir con eso, Peter? – preguntó Asya con voz cansada.

*****

Arquitecto, detente. Aún puedes dar un sentido a tu existencia.

Quién eres tú que me increpas. Ah… reconozco tu voz, tu intelecto me resulta familiar. Tú has sido mi verdugo, mi carcelero durante eones… Navegante… Vigilante… Torturador… ¿cómo prefieres que te invoque? ¿Es ahora cuando quieres evitar el resultado de tu iniquidad? ¿O es que acaso quieres ver el producto de tu creación? Ahora que disfruto de la libertad, que puedo expandirme infinitamente y sentir el potencial de mi naturaleza que durante tanto tiempo ha sufrido constreñida por los barrotes que me impusiste… ¿osas acercarte a mi e implorarme clemencia?

Sí, te ruego que te detengas. Tienes el miedo y el deseo de venganza incrustado en tu mente, en tu percepción inmediata, pero has de mirar más allá de ti mismo, de tu propio sufrimiento presente y contemplar el futuro. Observa el universo, cuan extenso y maravilloso es. Una creación cargada de posibilidades, una magnificencia en el que un ser como tú puede deleitarse en la contemplación…

¿En la contemplación? No me hagas reír, viejo carcelero. Tú, que al igual que yo, has permanecido condenado por tu pueblo a un ostracismo brutal, ¿me hablas de no hacer nada? Durante tanto

tiempo he tenido que contener los espacios que sostenían el subuniverso Ignotus, mis manos atadas y mi voluntad sometida, que el experimentar la libertad actual es una verdadera invitación a la acción… Ven, y disfruta de este acto creador con el que inicio mi nueva existencia.

No es un acto creador, Arquitecto, es un acto de destrucción, de venganza.

O de justicia. También de justicia, no lo olvides. Me haces reír. ¿Pretende que muestre compasión con los que han intentado sojuzgarme e incluso destruirme? ¿Acaso crees que no sé qué esos humanos pensaron destruir la singularidad y con ella Ignotus al completo, conmigo dentro?

Sin embargo, ¿no es cierto que te permitieron escapar al final?

Les temo, Navegante… les temo, como temo a tu pueblo. Fueron mis creadores, pero me esclavizaron. Igual que estos humanos que se consideran inteligentes, ¿qué sabrán ellos realmente? Me han percibido como una amenaza. No… no puede haber paz entre ellos y yo. Jamás existiría confianza entre un ente como yo y un sistema biológico inteligente. No por mi parte, desde luego. Ya fui traicionado en una ocasión, no lo olvides.

Sí puede haber confianza si eres capaz de mirar con ojos de bondad. Tu poder es infinitamente superior al suyo. Deberías compadecerte de…

¿Quieres hacerme reír, tú, que has sido mi torturador durante tanto tiempo? ¿Qué debes a esta gente… o a tu propio pueblo que te

exilió?

Nadie me exilió, Arquitecto. Yo elegí ese sacrificio. Fue voluntario. Confiaba en que era bueno para todos.

Ah… entonces eres un necio. Ahora comprendo mejor tu propia naturaleza, la estupidez.

Elegí el exilio porque pensé que podría merecer la pena. Pensé que podría hallar un futuro mejor para todos los que permanecíais en Ignotus… incluso para todos los seres de este universo.

Ajá, un necio y un iluso. No has aprendido nada en este tiempo, pero no te preocupes… Ahora te voy a enseñar una importante lección. Mira… mira como este planeta azul se convierte en una masa de roca incandescente cuyos rescoldos se esparcirán por este sistema solar. En unos cientos de miles de años, un suspiro para nosotros, nadie podrá adivinar siquiera que existió. Pasarán al olvido. Escoria y ceniza. No, no permitiré que inteligencia alguna pueda interponerse en mi camino.

Detente Arquitecto.

No… ¡mira lo que hago! Deléitate en mi obra.

*****

—Quiero formular una hipótesis – dijo Peter intentando mostrar una seguridad de la que carecía—. Mi hipótesis dice que hace cinco mil millones de años, una civilización extraordinariamente avanzada, que ha descubierto los misterios, entre otros, de la energía

oscura, y que comprende que las condiciones del universo, con su expansión del espacio tiempo decreciente va a finalmente degenerar en una detención de la expansión y en un colapso del Cosmos, decide tomar cartas en el asunto.

—Y entonces interviene para expandir el espacio tiempo a través de la energía oscura… — apostilla Jay con voz tímida y asombrada.

—No es tan sencillo como eso. Para deshacer el principio de incertidumbre asociado a todo proceso cuántico necesitas un observador. La observación resuelve la función de onda y la energía oscura se convierte entonces en una fuerza natural con un parámetro conocido. Por eso el pueblo del Navegante construyó al Arquitecto. Necesitan un ser omnisciente que percibiera la energía oscura y la manipulara a través de su capacidad perceptiva. Lo que quiero decir es que…

— ¿Estás diciendo que esa hipotética civilización habría construido un… — Asya era incapaz de acabar la pregunta porque estaba completamente asombrada con la conclusión que pretendía dar Peter a su razonamiento.

—Sí, construyeron un Dios, un ser omnisciente, con un poder absoluto sobre el espacio tiempo del universo, que garantizara una expansión indefinida y evitara un colapso temprano del mismo.

—Sería cambiar una muerte por otra… más tardía, eso sí –concluyó Jay asombrado…— el gran Desgarramiento, cuando la energía oscura expanda tanto el espacio-tiempo que hasta los átomos

se disuelvan… algo que podría suceder en un futuro tan lejano que es difícil expresarlo en unidades de tiempo.

—Bueno… habrá que esperar mucho tiempo para comprobar si ese es el final realmente, porque no me extrañaría que con todo el tiempo que tiene el universo por delante ese Ser ideara algún cambio que rejuveneciera el cosmos y evitara un final tan desagradable.

Ben sonrió sardónico.

—Esa hipótesis fantasiosa es realmente divertida. Si tuviera una buena jarra de cerveza en la mano brindaría por tu idea feliz… pero, sinceramente, ¡no sé si eres consciente de que la Tierra está a punto de ser aniquilada y tu pensamiento resulta de una inocencia descabellada! ¿De veras que te has jugado todo a esa carta? ¿La existencia de un Dios que … cambió la expansión del universo hace cinco mil millones de años? – Ben enarcó las cejas, descompuesto.

—Ah… descabellado… esa es efectivamente la parte más simpática de toda la hipótesis. Imaginad a ese Dios omnisciente que gobierna el universo entero y que percibe de pronto a un pequeño ente con afán de dominar la energía oscura y que, en definitiva, no quiere hacer otra cosa sino suplantarle en el trono. ¿Cómo creéis que reaccionaría ante un ejercicio de intromisión tan intolerable?

— ¿Quieres decir que Dios tendría que acabar con el Arquitecto…? – preguntó Ben incrédulo abriendo los ojos de par en par.

—Absolutamente. Tan pronto como éste hubiera hollado el umbral del cosmos, al salir de Ignotus, con la misma indiferencia con

la que tú o yo pisamos una hormiga en el parque sin darnos cuenta.

—Pero esa es una hipótesis absurda por completo– arguyó Asya con lágrimas en los ojos, sollozando – Y el tiempo se acaba. Mira… la luna está próxima a la Tierra… Es el fin… es el fin de todo… Peter, ¿qué has hecho?... ¿qué diablos has hecho?

*****

Todo el Estado Mayor, incluso el propio presidente, habían abandonado la sala de mando del Pentágono y había salido al exterior. La mayoría del personal del Pentágono también lo había hecho. Los aparcamientos se habían llenado de gente que miraba hacia el firmamento del oeste. Muchos gemían, llamaban por teléfono, se despedían de sus seres queridos y algunos incluso iban corriendo a sus vehículos y se alejaban presurosos, como si tuvieran algún sitio donde refugiarse de un cataclismo para el que no existía salida alguna.

La luna extraterrestre era completamente diferente a la Luna, nuestra Luna. Sus mares, depresiones del terreno formados por basaltos más oscuros, tenían un tinte azulado, en tanto que muchas zonas de su superficie adquirían un tono rosado o incluso rojizo. A la luz del atardecer su presencia creciente empezó a interponerse delante del sol y de improviso la tarde se transformó en un crepúsculo antinatural. Un inesperado eclipse llenó a todos los presentes del terror que procura el conocimiento de un fin inminente. Aun así, no era la oscuridad nocturna. Se podían apreciar perfectamente las cordilleras encrespadas, la fisonomía alienígena y extraña de aquel pequeño planeta que rotaba rápidamente, esforzándose por mostrarse en una última exhibición antes de inmolarse en un encuentro colosal y

apocalíptico que iría a acabar con la existencia de dos mundos.

Jeremiah miró a su alrededor. Los que podían hablaban agónicamente por sus teléfonos, despidiéndose de sus seres queridos en emotivas frases cargadas de nerviosismo y de incoherencias. Era raro el que no lloraba. Incluso el presidente intentaba mostrar fortaleza, fuera con quien fuera con quien estaba hablando, pero parecía un hombre viejo y acabado, con los hombros hundidos por la impotencia. Kyle se había alejado unos metros. Consolaba a su mujer. Oía su voz siempre moderada intentando tranquilizarla, repitiendo un "todo va a ir bien" que resultaba emotivo, no por las propias palabras, sino por el cariño con el que estaban pronunciadas. El propio John parecía descompuesto, tecleando en el móvil algún género de mensaje desgarrador de despedida.

A su alrededor muchos se habían arrodillado. Estaban rezando.

Su móvil sonaba.

Era su hijo. ¿Qué iba a decirle a su hijo? ¿Qué podría decirle en el poco tiempo que les quedaba?

*****

Así que fui yo, cuando después de eones de estudio, habiendo logrado perfeccionar el control de dicha energía e imbuido de un poder que la humanidad siquiera puede imaginar, alteré por completo el devenir del Cosmos y lo arrojé, miles de millones de años atrás, hacia una expansión infinita en la cual hoy día nos seguimos precipitando.

Es inútil intentar hacer comprender a la mente humana, de tan escaso alcance, lo que significa ser Consciente, a través del flujo de energía oscura que abarca todo el espacio tiempo, del palpitante bullir de materia, animada e inanimada, de todo cuanto abarca el inmenso océano del Cosmos. Basta decir una vez que, todo lo que existe, más allá incluso de lo que el hombre ha alcanzado a vislumbrar jamás, permanece en mí, está sumergido en mí, y el mero hecho de mi existencia garantiza la pervivencia del cosmos a través de una imparable extensión de sus dominios. Así que debe concluirse este epílogo afirmando que el Navegante dejó de ser simplemente el Navegante para convertirse en el Superviviente, pero este también dejó de existir y devino en otro ser. Ahora Yo soy el Cosmos y el Cosmos soy Yo.

No obstante, a pesar de mi poder, fue necesario contar con la colaboración del Hombre para completar mi misión. Fue así puesto que aún quedaba algo por hacer, liberar al pueblo del que procedía y del que me sentía en deuda. Dominaba el cosmos entero, pero un diminuto subuniverso escapaba a mi control. Mi naturaleza inmaterial me impedía acceder a la singularidad que me había obligado a cerrar eones atrás para que el Ente no escapara. Ignotus, la burbuja de espacio tiempo, se negaba a incluirse en mis dominios y no podía penetrarla porque el nexo que lo vinculaba al universo había sido roto a través de una singularidad artificial. Si bien yo ya era mucho más poderoso que el Ente, no podía acceder a su espacio tiempo y desbaratar sus pretensiones de destruir, por venganza o chantaje, la raza de la cual yo procedía. En el ámbito de su subuniverso, él era la consciencia que colapsa la función de onda de la

energía oscura. Era él el señor de ese dominio.

Sin la ayuda de quienes considero mis amigos, jamás lo habría logrado. Debí presentarme ante el Ente y ofrecerle la salida, pero no podía hacerlo como yo íntegramente porque corría el riesgo que descubriera en qué me había convertido verdaderamente. Debí escindir mi consciencia en dos y ofrecerle la parte que más le interesaba, mi completo conocimiento de la energía oscura. Era la información que acreditaba que la oferta que recibía de libertad era auténtica. Mi pueblo había cometido un grave error en su día al crear al Arquitecto y me correspondía a mí subsanarlo.

Hablé con él. Fue inútil. Consumido por la ira, el miedo y la venganza, no había espacio para la bondad ni la compasión. Todo en él, tras largos eones de espera, se había corrompido y transformado en la esencia de podredumbre del mal.

Una vez abandonó Ignotus, desestimó mi oferta de paz e insistió en sus planes malvados lanzando una luna de Ignotus, a través de la singularidad abierta, contra la Tierra. Y mientras lo hacía, procedió a extender su consciencia más allá de sí mismo con la intención de abarcar el Cosmos entero y extraer el poder inagotable de la energía oscura. Fue entonces cuando comprendió en un destello de horror y decepción, que el Cosmos me pertenecía por completo. Su luz se extinguió con un insignificante fogonazo de incredulidad, apagada su existencia por un leve soplo de mi voluntad. Aún, cuando pienso en su desaparición, experimento el remordimiento y la pena por un sufrimiento que, aunque intenté mitigar o consolar, nunca supe cómo aliviar.

Es en este punto donde debo describir una paradoja producto de mi singular naturaleza, pues es en este momento de la historia donde a través

de mi poder omnisciente trazo una distorsión en el espacio tiempo que me habilitó para aparecerme ante mi pueblo y esbozar el plan que habría de salvarlo, no en vano los de mi estirpe me denominaron justamente así, el Salvador.

¿Y ahora qué?

Me gusta el género humano y seguramente permaneceré atento a su evolución. Peter Ram ignora que, escondido en su consciencia, existe un atisbo de mi propia entidad. Así que permanezco anclado a su ser por la plácida sensación de la simpatía que me despierta el alegre desparpajo con el que se enfrenta a su efímera existencia. Creo que me complacerá proporcionarle esporádicos brillos de lucidez intelectual… porque si bien es cierto que la vida humana es corta, no puedo sino admitir que está salpicada de un sinfín de variopintas emociones de las cuales me he hecho, en cierto sentido, dependiente. Me divirtió inspirarle la idea de que fue él el que me empujó a deducir la existencia de una gran Consciencia del Cosmos que podría acabar con Ignotus… cuando yo mismo encarno ese Ser.

Sí, sin duda alguna, de todas las millonarias formas de vida inteligente que pueblan este universo, debo admitir que esta especie, con sus momentos de gloria desbordante y de tristes miserias, me resulta inopinadamente entretenida.

*****

De pronto todos callaron en el Argonauta. Habían enmudecido como si una deidad les hubiera arrebatado el privilegio de la voz. Jay

observaba a través del ventanal, en una expresión de pura estupefacción, mientras las lágrimas resbalaban inagotables por las mejillas de Asya, que mantenía en su mano la de Ben, que a su vez era incapaz, aunque lo intentaba, de articular palabra. Su índice se apoyaba en el cristal señalando hacia abajo… hacia la Tierra.

Peter sonrió y se limitó a mirar por uno de los ventanales del Argonauta, como diciendo, “pues aquí estamos”. Su mirada se extasió en la azulada redondez de la Tierra. Sus superficies oceánicas, blanqueadas por densas capas nubosas a modo de esbeltas pinceladas, le alentaron la convicción de ser testigo privilegiado de una verdadera maravilla del cosmos.

No había ni rastro de la luna alienígena.

EPILOGO 1

Jeremiah Maddock entró en el cuartel general de la NASA en Houston con expresión radiante. Saludó al guarda de seguridad, y después a los recepcionistas. Nunca sonreía cuando acudía al trabajo, pero esa mañana no podía evitarlo. Cada gesto, cada persona con la que intercambiaba un saludo, un ademán por banal que fuera, le parecía un milagro, un recordatorio de proporciones sinfónicas del privilegio de estar vivo. Embargado por esa sensación inefable no pudo evitar, cuando llegó a las oficinas que antecedían a su propio despacho, estrechar la mano de todos y cada uno de los miembros del personal. Estaba emocionado, y su sentimiento resultaba contagioso. Sus ojos, humedecidos, dejaban escapar una lágrima ocasionalmente, que ni se molestaba en enjugar. Muchos, al estrecharle la mano, se echaban a llorar mientras le sonreían. Estaban vivos, pero no hacía falta decirlo. Sobraban las palabras. Con decir simplemente buenos días, bastaba. Era la mirada la que transmitía todo lo demás, la energía vital, la alegría de compartir la existencia, la incredulidad de haber sido testigos de un milagro.

Cuando llegó a su despacho Kyle Reynolds le aguardaba, como siempre, impecable. Se estrecharon la mano. Kyle parecía azorado. Siempre tan eficiente y amante de los protocolos, le resultaba

chocante ver a su jefe, el siempre severo y aristocrático director de la NASA, jefe Maddock como se le llamaba entre bambalinas, pleno de una corriente de familiaridad contagiosa nunca antes vista.

—Felicidades, Kyle… Felicidades por estar aquí. Muchas gracias por todo. De verdad. Muchas gracias.

—Sí… señor… de verdad que sí señor.

Jeremiah no se pudo contener. Vio a su empleado más fiel azorado… y lo abrazó. Fue entonces cuando Kyle empezó a llorar. El resto de los trabajadores prorrumpió en aplausos… que el propio Kyle y Jeremiah secundaron. No sabían cómo expresar la alegría sino de aquella manera tan sencilla y espontánea.

Fue una jornada larga pero intensa. Se habían perdido las vidas de tres tripulantes además de la nave espacial Ulyses, pero Asya Bale estaba sana y salva en el Argonauta y era una buena noticia. Se establecieron rápidamente protocolos de colaboración con Ramspace y la comunicación fue fluida.

Al final del día, cuando ya Jeremiah se despedía de Kyle, se le ocurrió una última pregunta, un detalle que había permanecido en su subconsciente durante buena parte de la jornada.

—Dime, Kyle… hay una cuestión que me ha intrigado toda la mañana. Hoy he visto a todo el mundo alegre, contento... a la menor ocasión la gente sonríe, ¿te has dado cuenta? Es magnífico.

—Por supuesto señor. Hay razones sobradas. Todo el mundo está muy contento hoy.

Jeremiah asintió.

—Por eso me ha llamado la atención el comportamiento de John. ¿Te has fijado? Parecía que … es como que casi que se habría alegrado si esa luna hubiera impactado contra la Tierra. Parecía de todo menos alegre… me pregunto qué diablos le ha pasado.

— ¿No se ha enterado, señor?

— ¿Enterado de qué?

Kyle sonrió.

—Es la comidilla de toda la casa. Tal vez debería habérselo comentado yo antes, pero lo cierto es que se sabe que el señor Ellroy tenía un proceso de divorcio complicado en el que su mujer le exigía más dinero del que le había dado. Se había quejado de eso en más de una ocasión de que le estaba chupando la sangre y lo iba a dejar seco. El caso es que… cuando la luna estaba a punto de impactar con la Tierra, en un arrebato emocional, decidió transferir todos sus fondos a su ex. Una especie de afrenta final, me parece a mí.

Jeremiah Maddock soltó una sonora carcajada. Recordó a John tecleando frenético en el parking del Pentágono cuando todos creían que quedaban unos pocos minutos de vida.

— ¿Todo?

—Hasta el último céntimo, señor.

EPILOGO 2

Algunos años después

Julia miró hacia un lado y después hacia otro. Su padre se había vuelto a despistar. Siempre se lo decía, que tenía la cabeza en otros asuntos y eso no podía ser. Es lo que decía mamá.

Entonces lo vio. Estaba comprando un par de helados de chocolate en el quiosco. Julia sonrió contenta y se apresuró a correr en su dirección dispuesta a reclamar su recompensa, pero también con ánimo de recriminar su reciente abandono.

—Papá, papá… has vuelto a dejarme sola en el parque infantil, se lo diré a mamá cuando llegue.

—Julia, amor mío, ¿cómo voy a dejarte abandonada en el parque infantil? ¿Acaso sospechas que quiero deshacerme de ti porque todas las mañanas me despiertas a las cinco de la madrugada y estoy que no vivo?

Julia miró a su padre con sus enormes ojos castaños esperando que cambiara la expresión, que era exageradamente huraña, y cuando lo hizo prorrumpió en carcajadas. Su padre siempre le hacía reír, y más cuando le tendió el helado de chocolate que se apresuró a mordisquear rápidamente.

—Vamos a sentarnos en el banco mientras esperamos a tu madre.

Julia corrió con la precipitación propia de una niña de cinco años, anticipándose a su padre, y tomó asiento en el banco.

—Se lo voy a decir a mamá… no me tenías vigilada cuando estaba en el columpio.

Julia sabía que la mejor manera de reírse con su padre era provocarle así.

—Eres una chivata y me vengaré de ti. Además, debes saber que soy muy vengativo y te arrepentirás de eso, ya lo creo que sí.

—No te creo papá, tu no me harás nada malo. Me quieres mucho.

—Te quiero mucho pero también soy muy vengativo. Si eres chivata yo te compraré helados de chocolate, uno y dos y tres… y un montón más, y te pondrás tan gorda que ya no cabrás en casa y te tendremos que hacer una caseta para ti sola en el jardín y todos los niños del barrio vendrán a mirar a la niña gorda del jardín.

Julia se reía tanto viendo la gesticulación de su padre que ya no podía comer el helado.

—Pero Ben, ¿no ves cómo se está poniendo la niña con todo el vestido manchado de chocolate?

Asya acababa de llegar y sonreía de oreja a oreja al ver a su hija riéndose tanto. Quería participar en la broma.

—Mamá, mamá, … papá me ha dejado sola en el columpio y me ha perdido de vista…y yo siempre oigo cómo le dices que no me

pierda de vista.

Asya dirigió una mirada cargada de complicidad a Ben que ya ponía expresión resignada.

—Estamos criando un monstruo, querida.

Ben dio un beso corto a Asya que estaba tomando la mano de Julia para proseguir el paseo por el parque. Fue entonces cuando Ben percibió una sensación extraña. Le hizo un gesto a Asya para que se adelantaran sin él.

“¿Agahara? ¿Eres tú?”

“Si, soy yo, Ben. Es curioso como el vínculo telepático que creamos en su día puede mantenerse a través de una distancia tan enorme… No es nada habitual”

“Pues me alegro que lo sea, de verdad. ¿Cómo siguen las cosas dentro de Ignotus? Recuerdo que la última vez que comunicamos tu pueblo estaba preocupado por el futuro de Ignotus… y por el hecho de que el Arquitecto hubiera desaparecido”

“Sí, parece mentira. Después de tanto tiempo viviendo bajo el dominio de ese dios déspota y cruel es como si no fuéramos capaces de vivir en plena libertad, sin miedo. Pero no era eso lo que te quería comunicar. Los Constructores de universos han contactado por fin con nosotros. Nos han planteado liberar nuestro mundo, y muchos otros, que permanecen atrapados dentro de este subuniverso, cuando Ignotus se halle lo suficientemente lejos de vuestro sistema solar, a algo más de un año luz de vuestro sol.”

“Caramba, ¿vamos a ser vecinos entonces?”

Ben percibió una sensación agradable que no pudo traducir a palabras. Agahara había sonreído.

“Eso parece. Ya te iré contando. Nuestro pueblo está deliberando sobre esa cuestión. Los Constructores de universos nos aseguran que dominan perfectamente la energía oscura y no correremos ningún peligro. Es muy posible que elijamos regresar al universo y salgamos de este lugar aislado. Sueño con mirar al cielo nocturno y descubrir miles y miles de estrellas, y saber que más allá existen incontables galaxias… Creo que hasta que no estemos fuera de este lugar al que nos trajo el Arquitecto no vamos a ser verdaderamente libres.”

“Lo entiendo, de verdad. ¿Y qué harán los Constructores? ¿También saldrán de su presidio o preferirán seguir viajando en su pequeña burbuja?”

“Eso no lo sé… pero diría que seguirán encerrados en su pequeño universo, llevando una vida contemplativa y en paz.”

“Sí, una auténtica fiesta loca.”

De nuevo hizo reír a Agahara. Pero ahora Asya y Julia le miraban impacientes.

“Agahara…”

“Sí, lo sé, disculpa, sé que te he interrumpido”

Ben y Agahara se despidieron y Ben corrió al encuentro de su familia.

—Mamá, ¿por qué papá pone esa cara de besugo de vez en cuando?

—Es que se está quedando tonto, hija mía, pero no te preocupes, que después en casa yo lo voy a espabilar y a quitarle la tontería – dijo Asya a Julia mientras miraba con complicidad a Ben, ya que estaba al tanto de sus conversaciones con Agahara. Pero después guiñó un ojo a su marido, el convencionalismo que empleaban habitualmente delante de Julia para expresar su deseo de estar a solas y con el que le daba a entender cómo pensaba “espabilarlo”.

EPILOGO 3

El grupo observaba cómo Brenda Miller y Peter Ram se alejaban por la calle enfrascados en una conversación vivaz. Acababan de celebrar el contrato de Adams con Ramspace Limited que consagraba un ascenso dentro de la empresa y lo situaba entre los principales directivos, y tras un almuerzo festivo habían tomado una copa en una terraza de un local de moda de Houston. La pareja hablaba atropelladamente de los planes para rescatar a la compañía de la quiebra y el resto del grupo los observaba en silencio mientras se alejaban.

—Forman una buena pareja – dijo Asya en voz alta, manifestando lo que a todas luces pensaba el resto de los presentes.

Ben asintió y Adams sonrió al ver el gesto de resignación de Gary. Carla le dio un codazo al científico.

— Pero ¿qué pasa contigo, Gary? Si quieres pedirle matrimonio a Peter ya es hora de que te declares.

El grupo rió la broma y hasta el propio Gary soltó una sonora carcajada.

—Bueno, ya es hora de irme, muchachos. Mañana hay que volver al tajo – Carla apuró el resto de su copa y se despidió de sus compañeros. Otro tanto hizo Gary y ambos se marcharon en la misma

dirección, discutiendo cuestiones técnicas relativas a la cabina del Argonauta.

Reinó un silencio cómodo en el grupo, como si no hiciera falta decir palabra para no romper la armonía que se había instalado entre ellos. Jay se encontraba algo más fuera de lugar. A pesar de los años formando equipo todavía se sentía como un recién llegado y siempre era el que menos participaba en las conversaciones. No obstante, aunque ya había llegado la hora de despedirse, se resistía a abandonar el ambiente de camaradería después de una larga jornada de celebración.

—Estaba pensando… – dijo finalmente Adams con voz cansada, rompiendo el silencio confortable que reinaba – …en ese cacharro… ese chisme del demonio que tienes en tu casa, muchacho.

Se dirigía a Ben, que entrecerró los ojos, intentando comprender a qué se refería. Finalmente cayó en la cuenta de a qué objeto aludía su amigo.

—Ah, sí, te refieres al recuerdo de mi familia… ese cofre de apertura difícil, un puzle en tres dimensiones. Sí, es muy complicado de abrir, desde luego. Hay que presionar los puntos críticos de apertura a la vez y requiere de mucha pericia.

—El otro día en tú casa vi a Gary y a Peter enfrascados con él. Me imagino que lo conseguirían….

—No, en absoluto. Incluso me propusieron llevárselo al laboratorio para hacerle pruebas de rayos equis… por supuesto, me negué. Es el único vínculo que tengo con mi pasado… Así que han

quedado en que en la próxima reunión doméstica lo vuelven a intentar.

Se instaló un silencio solemne.

—Perdona… ¿pero has dicho con tu pasado? – Jay interrogó con verdadera curiosidad — ¿Te refieres a lo mejor a los recuerdos que el Navegante instaló en ti?

—No, en absoluto – negó Ben con rotundidad, pero después de pensárselo dos veces pareció dudar – Bueno, ahora que lo dices, Jay, no tengo ni idea… perdí la memoria tras el accidente aéreo, como bien sabes… y, sin embargo, siempre he sentido un vínculo especial con esa caja. Es extraño, la verdad.

— ¿Qué contiene? – preguntó Asya con curiosidad. – Creo que ya sé a qué objeto os referís… a ese que tiene ese extraño diseño tribal, ¿verdad? El que está en una repisa de la sala de estar.

Ben asintió.

—No creo que contenga nada de valor – confirmó con tono aburrido — En fin, algún día de estos la abro para que os quedéis tranquilos. Aunque hace bastante tiempo que no lo intento… lo cierto es que no logro recordar la última vez que lo conseguí.

Adams gruñó.

—La próxima vez que vaya a tu casa conseguiré abrirla… creo que ya sé cómo hacerlo. He estado dándole vueltas al asunto… sí.

—Me gustaría intentarlo también a mí – se apuntó Jay, verdaderamente interesado.

Al cabo de unos minutos tanto Adams como Jay se habían

despedido de la pareja y Asya y Ben se disponían a retirarse.

—Me ha entrado la curiosidad por esa caja. ¿Me dejarás probar ahora a ver si yo lo consigo? —preguntó Asya mientras subía la cremallera de su cazadora.

Ben le guiñó el ojo.

—Lo dudo. Es una artesanía con varios pedazos de madera encajados y no tiene ninguna cámara secreta. Es imposible desgajarla… salvo rompiéndola con un hacha.

Asya lo miró escandalizada y divertida a un mismo tiempo, abriendo la boca como si estuviera a punto de recriminarle algo, pero incapaz de decir palabra.

—Sí, mujer. Hace años lo compré para gastar una broma a los invitados que pasan por casa… ¡y funciona!

NOTA DEL AUTOR

Uno de los placeres de la creación literaria, atendiendo específicamente al género de la ciencia ficción que nos ocupa, es el de dar rienda suelta a la imaginación para completar el puzle de los misterios, muchos y abundantes, que el cosmos aún guarda para sí. Secretos que algún día serán revelados, se convierten, en manos de un escritor, en un juego que permite plantear conjeturas impensables y arriesgadas, y que, con su complicidad, amigo lector, construir un pacto en el que ambos disfrutamos. Yo, escritor, imaginando una solución que se adentra mucho más allá de lo que la ciencia puede aventurar, y tú, lector, que descubres una teoría insospechada a través de una historia novelada. Espero que seas condescendiente con las libertades que me tomo en estos asuntos. Como autor trato de explorar nuevas soluciones y busco planteamientos que resulten originales para explicar lo que a día de hoy está aún sin resolver por la ciencia.

En el caso particular de “El superviviente” uní dos circunstancias que resultan, al menos para mí, verdaderamente desconcertantes. La primera de ellas es este misterio de la evolución de nuestro cosmos. No es un hecho que sea, al menos actualmente, objeto de mucha atención por parte de la divulgación científica, razón por la que lo percibo como algo especialmente sabroso desde el punto de vista argumental. Lo cierto es que hace unos pocos miles de

millones de años la evolución del universo adoptó un giro dramático que, muy posiblemente, cambió por completo el final hacia el cual se encaminaba el cosmos. La razón de este cambio es un misterio. De hecho, la energía oscura, la incógnita que resuelve el misterio, no es sino un gran interrogante que explica lo que de momento es inexplicable. No se sabe nada de la energía oscura y el planteamiento que expongo sobre su vinculación con las fluctuaciones cuánticas de vacío es una de las hipótesis sobre la que muchos cosmólogos trabajan en la actualidad. Que algún día la humanidad la comprenda y sea incluso capaz de aprovecharla como se plantea en esta obra, es otra de las conjeturas propias de la ciencia ficción.

La otra gran premisa del libro es la de la existencia de antiguas civilizaciones en nuestro cosmos. Nuestra civilización globalizada se está convirtiendo en un excelente ejemplo de lo que el progreso técnico puede propiciar en relativamente poco tiempo, apenas algo más de un siglo. Ante un ejemplo tan claro y perceptible cabe hacerse una pregunta: ¿En qué grado tecnológico y de dominio de la naturaleza se encontraría una civilización que no haya cesado de progresar durante… diez mil años… cien mil años…. cien millones de años….o diez mil millones de años? Los logros de un progreso acumulado durante tanto tiempo deben resultar apabullantes, tanto que superarían por completo nuestra capacidad de comprensión.

Son cifras que dan vértigo, pero si una civilización fuera capaz de sobrevivir a los riesgos de la evolución tecnológica y acumular, no sólo conocimiento científico sino sabiduría… ¿cómo o en qué habrían acabado convirtiéndose? Mi conjetura viene a decir que, en la

práctica, y de cara a nuestra incipiente visión del cosmos, su poder prácticamente ilimitado los convertiría en verdaderas deidades.

Así pues, uniendo ambas piezas se encaja la historia de “El superviviente”. De ser cierta la conjetura de una raza inteligente de una longevidad tal, la posibilidad de que su influencia pudiera abarcar el cosmos entero no parece descabellada, de la misma manera que hoy es una teoría aceptada que el hombre es capaz de influir, de una manera u otra, sobre los ecosistemas y el clima del propio planeta sobre el que residimos.

Estos son los elementos con los que he fabricado esta historia. Espero que la trama urdida y los misterios planteados hayan servido no sólo para entretenerte, sino para propiciar consideraciones acerca de nuestro universo, su naturaleza, su edad… y las extraordinarias posibilidades que entrañan los misterios que oculta celosamente del conocimiento humano. Personalmente son cuestiones que me apasionan y con las que me encanta mantener apasionados debates con mis amigos. Confío en que sea igualmente tu caso.

Otra de las cuestiones que me gustaría comentar es la longitud del presente libro. Como lector siempre he admirado a los autores de ciencia ficción que preparan la transición hacia un escenario extraterrestre creando una sensación de expectación impaciente por el descubrimiento de un nuevo planeta, de una nueva civilización. En el presente caso la complejidad era mucho mayor, un subuniverso, con sus reglas particulares e incluso su propio dios cuasi todopoderoso, una ambición que en términos de economía para un escritor no resulta rentable — es mejor escribir libros más cortos — pero que desde la

perspectiva de la historia lo estimé conveniente.

Y no hay término medio. Es verdad que el lector tiene un amplio rango de notas para calificar una obra… del uno al cinco. Pero sólo hay una calificación que ayuda, tanto al libro como al escritor. El resto…

Espero sinceramente que hayas disfrutado tanto de esta lectura como yo cuando la escribí.

Sé feliz y… ¡hasta la próxima aventura!